



SANDRA  
BROWN

¿CUANDO  
EL RÍO SUEÑA...

Magnífico relato de pasiones encendidas en busca de un pasado incierto.



Lectulandia

Key, de 34 años, oveja negra de la familia Tackett, propietarios de un imperio petrolero en Texas, regresa a su ciudad después de un año de ausencia. De camino se encuentra con Darcy, antigua compañera de colegio famosa por su moral disoluta. Tras ser sorprendidos por el marido de Darcy, esta dispara a Key con el fin de desviar sospechas. Este logra escapar y llega a un consultorio médico, donde conoce a una doctora joven y guapa llamada Lara Mallory.

Al día siguiente le informan de que Lara es la mujer que arruinó la carrera política de su hermano mayor, Clark, que acabó retirándose y muriendo en un supuesto accidente, y de que estuvo casada con el senador Randall.

Key, colérico, vuelve al consultorio para enfrentarse a Lara. Ella quiere convencer a Key para que la acompañe a Montesangre, en busca del cuerpo de su hija de cinco años, muerta junto a su padre durante los primeros días de la revolución.

Sandra Brown

# **Cuando el río suena...**

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2019

Título original: *Where There's Smoke*  
Sandra Brown, 1993  
Traducción: Enric Tremps Lladó

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## AGRADECIMIENTOS

Durante la redacción de este libro, he dependido enormemente de la ayuda de expertos en una amplia gama de especialidades, que cooperaron con entusiasmo y sin escatimar su tiempo.

Deseo expresar mi agradecimiento al señor Bob McNeece, cuyos conocimientos sobre la industria petrolífera exceden ampliamente mi capacidad de comprensión; al señor Larry Collier, un «bombeador» al que conocí por casualidad y que se convirtió en una fuente muy valiosa de información; al doctor Ernest Stroupe, médico de urgencias, que junto con el amable y complaciente personal del hospital Mother Frances de Tyler, Texas, me guio a lo largo de las secuencias médicas del relato; y al piloto que no sólo compartió conmigo sus conocimientos aeronáuticos, sino que me obsequió con el sincero relato de ciertos sucesos que prefiere olvidar.

Sandra Brown

*26 de octubre de 1992.*

## Uno

Nunca le habían gustado particularmente los gatos.

Sin embargo, su problema consistía en que la mujer que estaba acostada junto a él ronroneaba como un felino. De la garganta hasta el vientre, su cuerpo vibraba con una profunda satisfacción. Tenía los ojos oblicuos y rajados, y se estremecía con un movimiento fluido y sinuoso. Más que andar, se contoneaba con elegancia. Su juego preliminar había consistido en un programa coreografiado de estiramientos y frotamientos contra su cuerpo, como los de una gata en celo, y al alcanzar su auge extático había gritado e hincado las uñas en sus hombros.

Los gatos eran astutos, taimados y, a su parecer, no inspiraban confianza. Nunca se había sentido cómodo de espaldas a un felino.

—¿Cómo he estado? —preguntó con una voz sensual y opresiva.

—¿No me oyes cuando me quejo?

Key Tackett también sentía aversión por las evaluaciones retrospectivas del coito. Si había sido agradable, la charla era superflua. De lo contrario, era claramente preferible no hablar.

Confundió su susurro por un cumplido y se deslizó de la vasta cama. Cruzó desnuda la habitación hasta su abigarrada cómoda y encendió un cigarrillo con un encendedor de orfebrería.

—¿Quieres uno?

—No, gracias.

—¿Una copa?

—Si está a mano, un chupito.

Aburrido, contemplaba la araña de cristal que colgaba del centro del techo. Era un artefacto chabacano y particularmente feo. Se veía excesivamente grande para el tamaño de la sala, a pesar de que la luz de las bombillas quedase atenuada hasta un mero fulgor tras los colgantes de cristal.

La llamativa alfombra rosa también era de muy mal gusto y unas ornamentadas ampollas de cristal adornaban el mueble bar portátil de latón. Le sirvió un bourbon.

—No tienes por qué darte prisa —sonrió—. Mi marido ha salido de la ciudad y mi hija pasará la noche en casa de una amiga.

—¿Con un hombre o una mujer?

—Con una amiga. Santo cielo, sólo tiene dieciséis años.

Habría sido poco caballeroso por su parte recordarle que ella había adquirido la reputación de chica fácil mucho antes de alcanzar los dieciséis años. Guardó silencio, más que nada por indiferencia.

—Lo que intento decirte es que disponemos de toda la noche. —Le entregó la copa a Key, se sentó junto a él y le empujó suavemente con sus caderas.

Key levantó la cabeza de la almohada con funda de seda y se tomó la copa de un trago.

—Debo regresar a mi casa. Estoy en la ciudad desde hace... —hizo una pausa para consultar su reloj de pulsera—, tres horas y media, y todavía no me han visto el pelo.

—Me habías dicho que no te esperaban esta noche.

—No, pero he prometido regresar cuanto antes.

Ella enrolló en su dedo un mechón del cabello de Key.

—Porque entonces no contabas con encontrarte conmigo en The Palm en el momento de llegar a la ciudad.

Key vació el vaso y se lo entregó a ella.

—Me pregunto por qué lo llamarán The Palm. No hay una sola palmera en quinientos kilómetros a la redonda. ¿Vas con frecuencia?

—La necesaria.

Key le devolvió una sonrisa perversa.

—¿Siempre que tu marido sale de viaje?

—Y cuando el aburrimiento de este oasis se me hace insoportable, lo cual, bien lo sabe Dios, ocurre casi a diario. Suelo encontrar compañía interesante en The Palm.

Key echó una ojeada a sus generosos pechos.

—Sí, no me cabe la menor duda. Apuesto a que te divierte excitar a todos los hombres presentes y ponerlos al rojo vivo.

—Me conoces muy bien.

Soltó una ronca carcajada y agachó la cabeza para unir sus húmedos labios a los de Key.

—No te conozco en absoluto —respondió Key después de volver la cabeza.



—Eso no es verdad, Key Tackett —dijo mientras se recostaba con aspecto ofendido—. Fuimos juntos a la escuela.

—Fui a la escuela con mucha gente, pero eso no significa que conociera a todo el mundo, aparte de saludarnos.

—Pero tú me besaste.

—Mentirosa. Puesto que no me gustaba hacer cola —respondió, caballerosidad aparte—, nunca te invité a salir conmigo.

Sus ojos felinos le dirigieron una mirada perversa que se esfumó en un instante. Sus garras se retrajeron con la misma rapidez con que habían emergido.

—No, no llegamos a salir juntos —ronroneó—. Pero un viernes por la noche, después de haber derrotado al Gladewater, tú y el resto del equipo abandonasteis orgullosos el campo. Mis amigas y yo, junto con casi todos los alumnos de Eden Pass, estábamos al borde del campo para felicitaros mientras os dirigíais a los vestuarios.

»Tú —enfaticó, al tiempo que hundía una uña en su pecho desnudo— eras el más macho de todos los machos, el más encantador, y el que llevaba la camiseta más sucia y, evidentemente, todas las chicas te considerábamos el más apuesto. Me parece que tú también lo creías.

Hizo una pausa para que respondiera, pero Key la miraba impasible. Recordaba docenas de viernes por la noche como el que acababa de describirle. El nerviosismo que precedía al partido y la emoción de haber ganado. El fulgor de los focos del estadio. El ritmo de la banda de música. El olor a palomitas de maíz. Los forofos. Las aclamaciones del público.

Y Jody, que era quien vitoreaba con más entusiasmo, le aclamaba a él. Pero de eso hacía mucho tiempo.

—Cuando pasaste junto a mí —prosiguió—, me agarraste por la cintura, me levantaste del suelo, me estrujaste contra tu cuerpo y me diste un besazo en los labios. Fuerte. Casi barbárico.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. Se me empaparon las bragas —respondió mientras hundía los pezones en su pecho—. He esperado mucho a que acabaras lo que empezaste.

—Me alegro de haberte complacido —dijo y después de darle una palmada en el trasero, se incorporó—. Se me hace tarde —agregó mientras extendía el brazo para recuperar sus vaqueros.

—¿De verdad vas a marcharte? —preguntó sorprendida.

—Sí.



Apagó con ceño el cigarrillo en un cenicero de la mesilla de noche.

—Cabrón —susurró.

Luego, cambiando de táctica, se levantó de la cama y retiró los vaqueros antes de que Key lograra ponérselos. Le frotó seductoramente la pelvis.

—Es tarde, Key. Todo el mundo estará profundamente dormido en casa de tu madre. Es mejor que te quedes conmigo esta noche —dijo mientras colocaba la mano entre sus fuertes muslos y le acariciaba, con audacia y destreza, sin dejar de mirarle provocativamente a los ojos, ni de estimularle con los dedos—. No se puede decir que hayas vivido hasta que hayas compartido uno de mis desayunos especiales.

—¿Servido en la cama? —preguntó Key con una sonrisa en los labios.

—Desde luego. Con todos los condimentos. Incluso...

De pronto dejó de hablar, pero sus manos continuaban estrujándole instintivamente con tanta fuerza que incluso hizo una mueca.

—Eh, cuidado. Eso son las joyas de la familia.

—¡Silencio! —dijo antes de soltarle y acercarse de puntillas a la puerta abierta del dormitorio.

—Cariño, estoy en casa —dijo una voz masculina cuando ella llegó al umbral de la puerta.

—¡Mierda! —Exclamó en un tono que había dejado de ser lánguido y seductor—. Tienes que salir de aquí —agregó en voz baja—. ¡Ahora mismo!

Key ya se había puesto los vaqueros y estaba agachado buscando sus botas.

—¿Cómo sugieres que lo haga? —preguntó en un susurro.

—¿Subes, cariño?

Key oyó pasos en las baldosas de mármol de la entrada y luego en la alfombra de la escalera.

—He terminado temprano y he decidido regresar esta noche, en lugar de esperar a mañana.

Ella agitaba frenéticamente la mano en dirección a la puerta del balcón. Key recogió apresuradamente sus botas y la camisa, y salió al balcón. De pronto recordó que estaba en el primer piso de la casa. Miró por encima de la barandilla de hierro forjado y no vio ninguna forma fácil de bajar.

Sin dejar de blasfemar entre dientes, hizo un balance de alternativas. ¿Qué diablos? Se había enfrentado a peores situaciones: huracanes, balas, un par de terremotos, catástrofes de origen divino o provocadas por la mano del hombre. La aparición inesperada de un marido tampoco era una experiencia

nueva pura él. No tendría más que actuar con naturalidad y confiar en la providencia.

Decidió entrar de nuevo en el dormitorio, pero se detuvo al llegar al umbral de la puerta del balcón. El cajón de la mesilla de noche estaba abierto. Su amante se había acostado en la cama y con una de sus manos agarraba la sábana satinada que le cubría hasta la barbilla. En la otra mano tenía una pistola, que le apuntaba directamente a él.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Su penetrante grito le dejó estupefacto. Al cabo de un segundo, un disparo de su pistola sacudió los tímpanos de sus oídos. Sólo después de unos fuertes latidos de su corazón, se percató de que le había dado. Agachó la cabeza para contemplar una herida que le ardía en su costado izquierdo antes de mirarla nuevamente a ella con incredulidad.

Los pasos acelerados habían llegado ahora al pasillo.

—¡Vida mía!

Volvió a gritar en un tono escalofriante. Le apuntó de nuevo con la pistola.

Aterrorizado, Key se volvió en el momento en que ella disparaba. Tuvo la impresión de que no le había dado, pero no podía perder el tiempo para comprobarlo. Arrojó las botas y la camisa por encima de la baranda, levantó la pierna izquierda, luego la derecha, y se equilibró en un par de centímetros de bordillo antes de lanzarse al oscuro vacío.

Se dio un trompazo en el tobillo derecho. El dolor le subió por la espinilla, el muslo y la horcajadura antes de impactar de lleno en la barriga. Parpadeó con violencia, hizo un esfuerzo para recuperar el aliento, se encomendó a los cielos para no vomitar, procuró no perder el sentido mientras recogía las botas y la camisa, y echó a correr como un endemoniado.

Lara se sobresaltó al oír un duro golpe en la puerta trasera.

Estaba absorta en un melodrama clásico de Bette Davis. Bajó el volumen del televisor y escuchó. El golpe se repitió con más fuerza y mayor insistencia. Levantó la manta que le cubría las piernas, abandonó la comodidad del sofá de su sala de estar y corrió por el pasillo encendiendo luces mientras avanzaba.

Cuando llegó a la parte trasera del consultorio vislumbró la silueta de un hombre a través de las persianas parcialmente abiertas de la puerta. Se acercó cautelosamente y miró por una rendija de la persiana.

A la fuerte luz del portal, su rostro parecía pálido e inmóvil. Un día sin afeitarse había ensombrecido la mitad inferior de su cara. El sudor había pegado algunos mechones rebeldes de pelo negro a su frente. Bajo unas frondosas cejas oscuras, sus ojos se esforzaban por ver entre las persianas.

—¿Doctor? —Exclamó después de volver a levantar la mano para llamar de nuevo a la puerta—. ¡Oiga, doctor, abra la puerta! Estoy dejándole los peldaños hechos un asco.

Se secó la frente con el reverso de la mano y Lara vio sangre.

Dejando a un lado la cautela, desactivó el sistema de alarma y abrió el pestillo de la puerta. En el momento en que empezó a abrirse la puerta, la empujó con los hombros e irrumpió descalzo en la sala.

—Ha tardado lo suyo —farfulló—. Pero no se lo recriminaré si todavía guarda ahí una botella de Jack Daniel's —agregó mientras se acercaba a un armario blanco y se agachaba para abrir el último cajón.

—Ahí no hay ninguna botella de Jack Daniel's.

Cuando oyó su voz, volvió la cabeza y, durante unos segundos, miró fijamente a Lara. Ella le observaba con la misma insistencia. Había algo salvaje en él que le atraía y repelía simultáneamente, y a pesar de que estaba acostumbrada al olor de la sangre fresca, olía la suya.

Su instinto le impulsaba a tomar una actitud defensiva, pero no por miedo. Era un impulso femenino de autodefensa. Pero mantuvo su compostura, ante la incrédula y desconfiada mirada del desconocido.

—¿Quién diablos es usted? ¿Dónde está el médico? —dijo mientras escudriñaba con la mirada a su alrededor, sin dejar de sujetar la cola de su camisa desabrochada y empapada de sangre contra el costado.

—Será mejor que se siente. Está herido.

—No le quepa la menor duda, señora. ¿Dónde está el médico?

—Probablemente durmiendo en su cabaña de pesca junto al lago. Se trasladó después de jubilarse, hace unos meses.

—Estupendo —exclamó con asco, después de mirarla fijamente unos instantes—. Maldita sea, lo que me faltaba.

Se pasó los dedos por el cabello mientras soltaba unas cuantas blasfemias. Luego se tambaleó hacia la puerta y tropezó con la mesa de reconocimientos.

Instintivamente, Lara se dirigió hacia él. Key impidió que se le acercara, pero siguió apoyado contra la mesa.

—¿Puede darme un whisky? —preguntó con la respiración entrecortada y una mueca de dolor.

—¿Qué le ha ocurrido?

—¿A usted qué le importa?

—No sólo he ocupado la casa del doctor Patton, sino que también me he hecho cargo de sus pacientes.

Sus ojos de zafiro se centraron inmediatamente en los de la doctora.

—¿Usted es médico?

Ella asintió y abrió los brazos para indicarle que se encontraba en el consultorio.

—Que me parta un rayo —exclamó mientras paseaba la mirada por su cuerpo—. Debe tener mucho éxito en el hospital con esa ropa —agregó al tiempo que levantaba la barbilla para indicar su atuendo—. ¿Es esa la última moda entre las doctoras?

Llevaba una larga camisa blanca sobre unos leotardos que acababan a la altura de las rodillas. Pero a pesar de ir descalza y exhibiendo las piernas, adoptó un tono autoritario.

—No suelo ponerme la bata después de medianoche. No es hora de consulta, pero puesto que sigo siendo una doctora colegiada, por qué no olvida cómo voy vestida y deja que examine su herida. ¿Qué le ha ocurrido?

—Un pequeño accidente.

Cuando le quitó la camisa, se percató de que llevaba el cinturón suelto y la mitad de los botones de la bragueta desabrochados. Le retiró la mano ensangrentada de la herida de su costado izquierdo, a la altura aproximada de la cintura.

—¡Eso es una herida de bala!

—No. Ya se lo he dicho, he tenido un pequeño accidente.

Mentía claramente, lo cual parecía habitual para él y lo hacía sin el menor remordimiento.

—¿Qué clase de accidente?

—Me he caído sobre una horca —respondió mientras señalaba la herida—. Limítese a limpiarla, póngale un poco de esparadrapo y mañana me habré recuperado.

La doctora irguió la espalda y miró con sobriedad su rostro sonriente.

—Déjese de bobadas. Reconozco perfectamente una herida de bala cuando la veo. No puedo atenderle aquí. Es preciso que se traslade al hospital del condado.

La doctora le volvió la espalda para dirigirse al teléfono y marcar un número.

—Procuraré que se sienta lo más cómodo posible hasta que llegue la ambulancia. Por favor, tumbese sobre la camilla. Después de la llamada, haré

todo lo posible para detener la hemorragia. Sí, oiga —dijo junto al teléfono cuando alguien respondió—. Soy la doctora Mallory, de Eden Pass. Tengo una urgen...

Apareció la mano de Key por la espalda de la doctora e interrumpió la comunicación. Ella le miró alarmada por encima del hombro.

—No pienso ir a ningún maldito hospital —se limitó a afirmar—. Nada de ambulancias. Esto no es nada. Nada, ¿comprende? Limítese a detener la hemorragia y a ponerle un esparadrapo. Más fácil imposible. ¿Tiene un trago de whisky? —preguntó por tercera vez.

Lara volvió a levantar decididamente el teléfono, pero antes de que terminara de marcar, le arrebató el auricular de la mano, dio un fuerte tirón y el cable le quedó colgando del puño.

Ella se volvió para enfrentarse a él, pero por primera vez desde que había entrado por la puerta, sintió miedo. Incluso en aquella pequeña población del este de Texas, el abuso de las drogas era un problema. Poco después de hacerse cargo del consultorio, había instalado una alarma antirrobo para impedir que se apoderaran de medicamentos psicotrópicos y analgésicos hipnóticos.

Debió percatarse de su aprensión. Dejó ruidosamente el auricular sobre un armario y la miró con una triste sonrisa.

—Escúcheme, doctora, si hubiera venido a hacerle algún daño, ya se lo habría hecho y me habría largado. Lo que ocurre es que no quiero involucrar a un montón de gente en este asunto. Nada de hospitales, ¿de acuerdo? Atiéndame aquí y seguiré tranquilamente mi camino.

Mientras hablaba, los labios se le pusieron tiesos y pálidos. Aspiró ruidosamente entre sus dientes apretados.

—¿Está a punto de desmayarse?

—No si puedo evitarlo.

—Le duele mucho.

—Sí —admitió mientras asentía lentamente—. Duele como la madre que lo parió. ¿Va a permitir que me desangre mientras discutimos?

Observó unos momentos la decidida expresión de su rostro y llegó a la conclusión de que si no hacía lo que le pedía, se marcharía. Lo primero era preferible, ya que de lo contrario pondría en peligro la salud y posiblemente la vida del paciente. Le ordenó que se tumbara y se bajara los pantalones.

—He pronunciado esas mismas palabras una docena de veces —dijo Key mientras se acostaba sobre la camilla.

—No me sorprende —respondió la doctora, sin dejarse impresionar por su baladronada, al tiempo que se lavaba las manos con jabón desinfectante—. Si conoce al doctor Patton lo suficiente para saber dónde oculta el Jack Daniel's, debe ser de aquí.

—Nacido y criado en esta ciudad.

—¿Entonces cómo que no sabía que se había jubilado?

—He estado ausente algún tiempo.

—¿Era usted uno de sus pacientes habituales?

—De toda la vida. Me curó un sarampión, una amigdalitis, dos costillas fracturadas, una fractura de vértebra, otra de brazo y las consecuencias de un altercado con una lata oxidada que hacía las funciones de segunda base. Todavía conservo la cicatriz en el muslo, de la herida que me hice cuando resbalé sobre la misma.

—¿Tuvo que abandonar el juego?

—Claro que no —exclamó, como si tal cosa fuera inimaginable—. En más de una ocasión he entrado por esa puerta trasera en plena noche, cuando necesitaba que el doctor me curara por una razón u otra. Él no solía ser tan mezquino con el whisky medicinal como usted. ¿Qué es eso que prepara?

—Un sedante —respondió sosegadamente la doctora mientras presionaba el mango de la jeringuilla y expulsaba un poco de líquido al aire.

A continuación dejó la jeringuilla sobre la mesa y le frotó el brazo con un algodón empapado de alcohol. Antes de que la doctora pudiera reaccionar, Key cogió la jeringuilla, presionó el émbolo con el pulgar y echó el líquido al suelo.

—¿Me toma por un imbécil?

—Señor...

—Si quiere anesthesiarme, deme un vaso de whisky. No voy a permitir que me meta nada en las venas que me haga perder el conocimiento y brindarle la oportunidad de llamar al hospital.

—Y al *sheriff*. La ley me obliga a denunciar las heridas de bala a las autoridades.

Hizo un esfuerzo para incorporarse y salió un chorro de sangre de su herida abierta. Emitió un quejido. Lara se puso inmediatamente unos guantes quirúrgicos y empezó a aplicar unas gasas a la herida para determinar su gravedad.

—¿Teme que le contagie el sida? —preguntó mientras señalaba con la barbilla los guantes de sus manos.

—Precaución profesional.

—No se preocupe —dijo con una lenta sonrisa—. He sido muy cauteloso toda la vida.

—No lo ha sido tanto esta noche. ¿Han descubierto que hacía trampas jugando al póquer? ¿Le han atrapado con la mujer de otro? ¿O se le ha disparado accidentalmente la pistola cuando la limpiaba?

—Ya se lo he dicho. Ha sido una...

—Lo sé. Una horca. Que le habría pinchado, en lugar de arrancarle un trozo de tejido —dijo mientras actuaba con rapidez y eficacia—. Escúcheme, voy a tener que limpiar los bordes de la herida y practicarle una sutura profunda. Le dolerá. Debo anestesiarle.

—Olvídelo —respondió al tiempo que movía la cadera hacia el borde de la camilla, como si estuviera dispuesto a marcharse.

Lara apoyó las muñecas sobre sus hombros para impedirle que se moviera. Los dedos de sus guantes estaban manchados de sangre.

—Lidocaína. Es un anestésico local —explicó antes de sacar un frasco del armario y dejar que viera la etiqueta—. ¿De acuerdo?

Key asintió de mala gana y observó cómo preparaba la segunda jeringuilla. Le inyectó cerca de la herida. Cuando el tejido circundante quedó anestesiado, extrajo la suciedad de la herida, la irrigó con una solución salina, suturó el interior de la misma y le colocó una sonda.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Key, que a pesar de estar pálido y sudar en abundancia no se perdía ninguno de los movimientos veloces y precisos de sus manos.

—Es una sonda. Sirve para evacuar la sangre y otros flujos, y evitar las infecciones. Se la retiraré dentro de unos días.

Suturó la parte exterior de la herida y la cubrió con un vendaje estéril.

Después de arrojar los guantes ensangrentados a un cubo metálico, destinado a materiales contaminados, Lara volvió a lavarse las manos. A continuación le pidió que se incorporara para rodearle el torso con una venda elástica que mantendría el vendaje en su lugar.

Retrocedió y examinó críticamente su trabajo.

—Ha tenido suerte de que tuviera mala puntería. Unos centímetros más a la derecha y la bala habría penetrado varios órganos vitales.

—O unos centímetros más abajo y nunca habría podido volver a penetrar nada en mi vida.

—Ha sido muy afortunado —dijo Lara con una mirada retraída.

La doctora mantenía una distancia profesional, a pesar de que cada vez que le había rodeado con sus brazos al colocarle el vendaje, había acercado



mucho la mejilla a su ancho tórax. Su torso era moreno y musculoso, con pelos desparramados. La venda elástica dividía en dos su barriga dura y plana. Había trabajado en el departamento de urgencias de grandes hospitales y atendido muchas veces a personajes sospechosos, pero nunca tan locuaces, divertidos y apuestos como él.

—Créame, doctora. Tengo más suerte que un diablo.

—Le creo. Parece que se desenvuelve en terreno peligroso y sobrevive gracias a su ingenio. ¿Cuándo le administraron por última vez una vacuna antitetánica?

—El año pasado.

La doctora le miró con escepticismo.

—Se lo juro por Dios —dijo después de levantar la mano, como si estuviera ante un juez.

Se bajó cuidadosamente de la camilla y permaneció apoyado con la cadera contra la misma mientras se abrochaba los vaqueros. No se molestó en ajustarse el cinturón.

—¿Qué le debo?

Cincuenta dólares por la consulta de urgencia, cincuenta dólares por las suturas y vendajes, doce por cada inyección, incluida la que ha desperdiciado, y cuarenta por los medicamentos.

—¿Medicamentos?

La doctora sacó dos frascos de plástico de un armario cerrado con llave y se los entregó.

—Un antibiótico y un analgésico. Cuando pase el efecto de la lidocaína, le dolerá.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo de sus ceñidos vaqueros.

—Veamos, cincuenta más cincuenta, más veinticuatro, más cuarenta son...

—Ciento sesenta y cuatro.

Levantó una ceja, aparentemente divertido con su agilidad de cálculo.

—Exacto. Ciento sesenta y cuatro —dijo mientras colocaba sobre la mesa los billetes necesarios—. Quédese con el cambio —agregó después de dejar un billete de cinco dólares, en lugar de cuatro de uno.

A Lara le sorprendió que llevara tanto dinero encima. Incluso después de haberle pagado, le quedaba todavía un fajo de billetes de los grandes.

—Gracias —dijo la doctora—. Tómese dos cápsulas de antibióticos esta noche y luego cuatro al día hasta vaciar el frasco.

Él leyó las etiquetas, abrió el frasco de analgésicos, se metió una píldora en la boca y se la tragó a secas.

—Pasaría mejor con un trago de whisky —dijo en un tono agudo y esperanzado.

La doctora movió la cabeza.

—Tómese una cada cuatro horas. Dos si es absolutamente necesario. Tómeselas con agua —subrayó, aunque dudaba seriamente de que siguiera sus instrucciones—. Venga mañana alrededor de las cuatro y media, y le cambiaré el vendaje.

—Y me cobrará otros cincuenta dólares, supongo.

—No, está incluido.

—Le estoy muy agradecido.

—No lo esté. Cuando se haya marchado, llamaré al *sheriff* Baxter.

Cruzó los brazos sobre su pecho desnudo y la miró con indulgencia.

—¿Y sacarle de la cama a estas horas? —Preguntó mientras movía con remordimiento la cabeza—. Conozco al viejo Elmo Baxter de toda la vida. Él y mi padre eran compinches. Eran unos jovenzuelos cuando lo de la fiebre del petróleo. Siempre decían que era como haber estado juntos en la guerra.

»Solían deambular por las inmediaciones de los pozos y se convirtieron en una especie de mascotas de los técnicos y perforadores. Los mandaban a por hamburguesas, cigarrillos, aguardiente clandestino y lo que se les antojara. Él y mi padre probablemente les trajeron cosas que el viejo Elmo prefiere no recordar —dijo mientras le guiñaba un ojo—. De todos modos, llámele si quiere. Aunque cuando llegue probablemente sólo se alegrará de verme. Me dará unas palmadas en la espalda, dirá algo como «¡cuánto tiempo sin verte!» y me preguntará qué diablos he estado haciendo últimamente.

Hizo una pausa para estudiar la reacción de Lara, y no se dejó desanimar por su rostro impassible.

—Elmo trabaja mucho y cobra poco. Si le llama a estas horas por algo tan insignificante como mi accidente, no hará más que ponerle de mal humor y ya tiene bastante mal genio por naturaleza. El día en que tenga una verdadera emergencia, como si se le presenta un loco drogado en busca de algo con que apaciguar los monstruos de su cerebro, el *sheriff* se lo pensará dos veces antes de acudir en su ayuda.

»Además —agregó después de bajar el tono de su voz—, a la gente de por aquí no le gustará saber que no pueden confiarle sus secretos. Los pobladores de una pequeña ciudad como Eden Pass le dan mucha importancia a la información privilegiada.

—Dudo que muchos conozcan el significado de información privilegiada —refutó sobriamente Lara—. Y al contrario de lo que usted dice, desde que llegué a esta ciudad, he descubierto el alcance y precisión del chismorreo. Aquí un secreto tiene poco tiempo de vida.

»Pero he comprendido perfectamente su mensaje con relación al *sheriff* Baxter. Lo que me dice es que aplica una especie de justicia de viejos compañeros y aunque denuncie su herida de bala, ahí acabará la historia.

—Con toda probabilidad —respondió sinceramente—. Si el *sheriff* investigara todos los tiroteos que tienen lugar en un mes por estas tierras, estaría completamente agotado.

—¿Le han disparado mientras cometía un delito? —suspiró Lara, convencida de que probablemente tenía razón.

—Tal vez algunos pecados —respondió con una lenta y perezosa sonrisa mientras entornaba sus pícaros ojos azules—. Pero nada ilegal, que yo sepa.

Por fin abandonó su actitud profesional y se rio. No tenía aspecto de delincuente, aunque muy posiblemente era un pecador. Dudaba de que fuera peligroso, excepto quizá para las mujeres susceptibles.

—Aleluya. La doctora no es tan ceñuda después de todo. Sabe sonreír. Y dicho sea de paso, su sonrisa es muy atractiva. ¿Qué otras cosas tiene realmente atractivas? —preguntó en un susurro, con los párpados entornados.

Ahora fue ella quien cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Suele tener éxito con esos piropos?

—Siempre he creído que en lo referente a chicos y chicas, hablar es prácticamente innecesario.

—¿En serio?

—Ahorra tiempo y energía. Es preferible utilizar la energía para otras cosas.

—No me atrevo a preguntar «¿qué cosas?».

—No sea tímida, pregúntemelo. No me turbo con facilidad. ¿Y usted?

Hacía mucho tiempo que ningún hombre coqueteaba con ella. Y todavía más tiempo que ella coqueteara con él. Era agradable. Pero sólo momentáneamente. Entonces recordó la razón por la que no podía permitirse coquetear, ni siquiera en broma. Su sonrisa se turbó, y acabó por desaparecer. Recuperó su compostura y volvió a adoptar una actitud profesional.

—No se olvide de la camisa —dijo muy seriamente.

—Puede tirarla a la basura —respondió al tiempo que daba un paso para alejarse de la camilla, pero volvía a caer contra la misma, con el rostro contorsionado por el dolor—. ¡Mierda!

—¿Cómo?

—Mi maldito tobillo. Me lo he lastimado al... Creo que es una torcedura. La doctora se agachó y le subió con todo el cuidado posible la pernera del pantalón.

—¡Santo cielo! ¿Por qué no me lo ha mostrado antes?

El tobillo estaba hinchado y descolorido.

—Porque sangraba como un cerdo. Lo primero es lo primero. No es nada —dijo mientras se agachaba, apartaba las manos de la doctora y se bajaba el pantalón.

—Tendrían que hacerle una radiografía. Podría estar fracturado.

—No lo está.

—No está capacitado para dar una opinión médica.

—No, pero me he roto bastantes huesos para saber cuándo uno está fracturado y este no lo está.

—No puedo hacerme responsable si...

—¿Quiere tranquilizarse? No pienso responsabilizarla de nada.

Descalzo y sin camisa, empezó a dar saltos a la pata coja hacia la puerta por la que había entrado.

—¿No quiere lavarse las manos? —preguntó la doctora.

Él bajó la mirada, contempló las manchas de sangre y movió la cabeza.

—Han estado más sucias.

Lara tuvo la sensación de no cumplir debidamente con sus obligaciones como médico al tratarle de aquel modo. Pero era un ser adulto, responsable de sus propios actos. Había hecho por él todo lo que se le había permitido.

—No se olvide de tomar sus antibióticos —dijo al tiempo que se colocaba bajo su brazo derecho y acomodaba el hombro izquierdo en su sobaco.

La doctora le rodeó con su brazo izquierdo para facilitarle más apoyo mientras daba saltitos hacia la puerta y él le colocó su brazo derecho sobre los hombros. Había una camioneta aparcada a pocos metros de la puerta trasera. Los neumáticos delanteros del vehículo habían estado a punto de arrasar un parterre de precarias petunias.

—¿Tiene unas muletas?

—Las encontraré si las necesito.

—Las necesitará. No cargue ningún peso en ese tobillo durante unos días. Cuando llegue a su casa, aplíquele una bolsa de hielo y manténgalo elevado todo lo posible. Y no se olvide de venir...

—Mañana a las cuatro y media. No me lo perdería por nada en el mundo.

Levantó la cabeza para mirarle. Él inclinó la suya para mirarla a ella. Sus miradas se encontraron y persistieron. Lara sintió el calor que emanaba de su cuerpo. Tuvo la seguridad de que aquel cuerpo recio y musculoso no tardaría en recuperarse. Se trataba de un ejemplar físico, que ella había intentado tratar desde un punto de vista puramente profesional, sin lograrlo plenamente.

La acarició con la mirada, concentrándose en su rostro, su cabello y su boca.

—No cabe la menor duda de que no se parece a ninguno de los médicos que he visto hasta ahora —dijo en un tono bajo y ronco, al tiempo que su mano descendía del hombro hasta la cadera—. Ni tampoco tiene el mismo tacto.

—¿Qué tacto se supone que debe tener un médico?

—No como este —susurró mientras la estrujaba suavemente.

Entonces le dio un beso. De un modo abrupto e impertinente, unió sus labios a los de la doctora.

Lara, atónita, se separó de él. Le latía con fuerza el corazón y un calorillo le recorrió todo el cuerpo. Se le ocurrieron un millar de posibilidades sobre cómo reaccionar, pero consideró que la mejor consistía en pretender que el beso no había tenido lugar. Mencionarlo sólo serviría para darle importancia. Se vería obligada a reconocer el hecho, hablarlo con él, y decidió apresuradamente que eso era algo que deseaba evitar.

—¿Quiere que le lleve a algún lugar? —preguntó en un tono frío y arrogante.

Él sonreía de oreja a oreja, como si viera más allá de su esfuerzo por ocultar su descompostura.

—No, gracias —respondió con descaro—. Mi vehículo es automático. Me las arreglaré con el pie izquierdo.

—Si me entero de algún delito cometido esta noche, tendré que denunciar el incidente al *sheriff* Baxter —agregó bruscamente la doctora.

A pesar del dolor que contorsionaba su rostro, subió a la cabina de su camioneta sin dejar de reírse.

—No se preocupe. No está obstruyendo la justicia —dijo mientras se hacía una cruz imaginaria sobre el corazón—. Que me parta un rayo si le miento. —Arrancó el motor y puso la marcha atrás—. Hasta luego, doctora.

—Tenga cuidado, señor...

—Tackett —respondió por la ventanilla abierta—. Pero llámeme Key.

Todo en el interior de Lara quedó paralizado. Era como si su corazón, que unos momentos antes había estado acelerado, hubiera dejado de latir. La

sangre abandonó su cerebro y se sintió mareada. Debió ponerse terriblemente pálida, pero era demasiado oscuro para que él se percatara de ello cuando retrocedía con su vehículo hacia la calle. Tocó dos veces la bocina y la saludó con la mano cuando la camioneta se perdía en la oscuridad de la noche.

Lara regresó lentamente por los fríos peldaños de hormigón, salpicados de gotas de sangre seca. Se cubrió la cara con unas manos húmedas y temblorosas. La noche era bastante cálida y agradable, pero ella temblaba bajo su holgada camisa blanca. En las piernas se le puso la piel de gallina. Tenía la boca seca.

Key Tackett. El hermano menor de Clark. Por fin había regresado a casa. Aquel era el día que tanto esperaba. Él formaba una parte esencial del audaz proyecto que había elaborado y perfeccionado a lo largo del último año. Ahora estaba aquí, y de algún modo debía asegurarse su ayuda. ¿Pero cómo?

La doctora Lara Mallory era la última persona en el mundo a la que Key Tackett le interesaba conocer.

## Dos

Como todas las mañanas de su vida, Janellen Tackett abandonó su cama solitaria cuando empezó a sonar el despertador. Chirriaron los grifos de la bañera y los tubos del agua caliente se estremecieron ruidosamente entre los muros de la casa, pero aquel sonido era tan habitual que le pasó desapercibido.

Janellen había pasado los treinta y tres años de su vida en aquella casa y era incapaz de imaginar vivir en otro lugar, ni siquiera desearlo. Su padre la había construido para su esposa hacía más de cuarenta años y, a pesar de haberla pintado y modernizado a lo largo de las décadas, las señales imborrables que Janellen y sus hermanos habían dejado en las paredes y en los suelos de roble habían sobrevivido. Dichas marcas contribuían a su personalidad, como los surcos provocados por la risa en el rostro de una mujer.

Para Clark y Key, la casa no era más que un lugar donde alojarse. Pero Janellen la consideraba parte integral de su familia, un elemento tan esencial de su herencia como sus propios padres. Con la atención por los detalles propia de una enamorada, la había explorado tantas veces que la conocía íntimamente desde el desván hasta los sótanos. Le resultaba tan familiar como su propio cuerpo. Puede que más todavía. Nunca se concentraba en su cuerpo, jamás pensaba en su propio ser, no reflexionaba sobre su propia vida ni se planteaba si era feliz. Se limitaba a aceptar las cosas como eran.

Después de la ducha se vistió para ir al trabajo con una falda caqui y una sencilla blusa de algodón. Sus medias eran incoloras y sus zapatos castaños habían sido diseñados pensando en la comodidad, no en la moda. Juntó su cabello oscuro en una conveniente cola de caballo. Su única joya era un sencillo reloj de pulsera. Apenas usaba maquillaje. Un toque mínimo de colorete en las mejillas, una pequeña pincelada de rímel en la punta de las pestañas, una ligera caricia de pintalabios rosa, y estaba lista para enfrentarse al día.



Empezaba a salir el sol cuando descendió por la oscura escalera, cruzó el vestíbulo y entró en la cocina, donde encendió las luces, que bañaron con su luz blanca azulada todos los confines de la estancia. Janellen detestaba la frialdad de aquel intruso resplandor, porque estropeaba la intimidad de aquella cocina otramente tradicional.

Pero así le gustaba a Jody.

Se puso a preparar el café. Había cumplido fielmente aquella rutina matutina desde que habían despedido a la última ama de llaves residente en la casa. Al cumplir los quince años, Janellen había declarado que ya no necesitaba ninguna nodriza, que era perfectamente capaz de organizarse para ir a la escuela y preparar al mismo tiempo el desayuno de su madre.

Maydale, su asistenta actual, trabajaba sólo cinco horas diarias. Se ocupaba de las partes más duras de la limpieza, de la colada y de los primeros preparativos de la cena. Pero en realidad, además de sus responsabilidades en la Tackett Oil & Gas Company, Janellen era el ama de casa.

Abrió el frigorífico para asegurarse de que había un jarro de zumo de naranja y diluyó en partes iguales la nata que introdujo en la jarra correspondiente. Se suponía que Jody no debía tomar nata diluida con el café, debido a su contenido en grasa, pero ella insistía. Jody se salía siempre con la suya.

Mientras la cafetera silbaba y gorgoteaba, Janellen llenó una regadera con agua destilada y salió a la terraza trasera cubierta para humedecer sus helechos y sus begonias.

Fue entonces cuando vio la camioneta. No la reconoció, pero estaba aparcada como si perteneciera a aquel lugar en particular, cerca de la puerta trasera. Estaba donde Key solía...

Dio media vuelta, derramando casi el contenido de la regadera, antes de volver a dejarla sobre una estantería. Cruzó corriendo la cocina y el vestíbulo, agarró el pilarote de la escalera, describió un círculo a su alrededor como una chiquilla y subió a toda prisa por la escalera. Al llegar al primer piso corrió hasta el último cuarto de la derecha y, sin molestarse en llamar a la puerta, irrumpió en la estancia.

—¡Key!

—¿Qué ocurre?

Se pasó los dedos por su revuelto pelo oscuro y levantó la cabeza de la almohada. Parpadeó para enfocar la mirada. Luego gimió, se agarró el costado y volvió a desplomarse.

—¡Maldita sea! No me asustes de ese modo. En una ocasión se me acercó así un beduino y estuve a punto de sacarle las tripas, antes de percatarme de que era uno de los pocos en los que podíamos confiar.

Sin que le importara que la regañara su hermano, se arrojó sobre su pecho.

—¡Key! Estás en casa. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué te has acostado sigilosamente sin despertarnos? Caramba, estás en casa. Gracias, gracias, gracias por haber venido.

Le rodeó fuertemente el cuello con sus brazos y le besó repetidamente en la frente y las mejillas.

—Muy bien, muy bien, mensaje recibido. Te alegras de verme —refunfuñó al tiempo que intentaba rehuir sus besos, pero cuando logró incorporarse sonreía—. Hola, hermanita —agregó mientras la observaba con los ojos irritados—. Deja que te vea. Ninguna cana. Conservas la mayoría de tus dientes. Sólo has engordado dos o tres kilos. En general, parece que te conservas muy bien.

—Para que lo sepas, no he engordado ni un gramo. Y tengo el mismo aspecto de siempre. Lamentablemente —añadió con recato—. ¿Has olvidado que tú y Clark sois los guapos de la familia? Yo soy la feúcha Jane. O, en este caso, Janellen.

—¿Por qué quieres empezar por disgustarme? —preguntó—. ¿Qué necesidad tienes de decir esas cosas?

—Porque es cierto —respondió al tiempo que se encogía de hombros, como si tuviera poca o ninguna importancia—. No perdamos el tiempo hablando de mí. Quiero saber cosas de ti. ¿De dónde vienes y cuándo has llegado?

—Recibí tu mensaje a través de aquel número de teléfono que te di de Londres —dijo mientras daba un enorme bostezo—. Me lo entregaron en Arabia Saudí. He pasado tres o cuatro días viajando. Es difícil controlar el tiempo cuando se cruzan tantas zonas horarias. Ayer pasé por Houston y dejé el avión de la compañía. Llegué a Eden Pass anoche.

—¿Por qué no nos despertaste? ¿De quién es esa camioneta? ¿Cuánto tiempo podrás quedarte?

Se echó el cabello hacia atrás e hizo una mueca como si le dolieran todos los poros.

—Las preguntas una por una, por favor. No os desperté porque era tarde y no lo creí necesario. Un amigo de Houston que ha de llevar un avión a Longview dentro de un par de días me ha prestado la camioneta. Entonces la recogerá y la utilizará para regresar. Y... ¿cuál era la tercera pregunta?

—¿Cuánto tiempo podrás quedarte? —Repitió después de doblar las manos bajo la barbilla, como una niña a punto de rezar sus oraciones antes de acostarse—. No me digas que sólo unos días, o una semana. Dime que te quedarás mucho tiempo.

Agarró las manos de su hermana y las envolvió en las suyas.

—Mi contrato con esa empresa petrolífera de Arabia Saudí ya casi había terminado. En estos momentos no tengo nada en perspectiva. Dejaré abierta la fecha de mi partida. Veremos cómo van las cosas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias, Key —respondió con sus hermosos ojos azules, rasgo que compartía con el resto de la familia, empañados por las lágrimas—. No quería molestarte con nuestros problemas, pero...

—No es ninguna molestia.

—Bueno, a mí me lo parece. No me habría puesto en contacto contigo de no haber creído que tu presencia aquí pueda de algún modo... mejorar la situación.

—¿Qué ocurre, Janellen?

—Se trata de mamá. Está enferma, Key.

—¿Su presión sanguínea ha vuelto a dispararse?

—Es algo peor —respondió Janellen contorsionando las manos—. Ha empezado a tener lapsos de memoria. Suelen ser breves. Al principio me pasaron desapercibidos. Luego Maydale mencionó varios casos en los que mamá había perdido algo y la acusaba a ella de haberlo ocultado. Introduce temas en la conversación de los que ya hemos hablado.

—Está haciéndose vieja, Janellen. Probablemente no son más que primeros síntomas de senectud.

—Tal vez, pero no lo creo. Me temo que es algo más grave que el envejecimiento, porque hay días en los que me he percatado de que no se siente bien, por mucho que intente disimularlo.

—¿Qué dice el médico?

—Se niega a que la reconozcan —exclamó frustrada—. El doctor Patton le recetó un medicamento para controlar la presión sanguínea, pero de eso hace más de un año. Utiliza su influencia con el farmacéutico para que se lo siga suministrando y afirma que con eso basta. No me escucha cuando insisto en que vea a otro médico para que la reconozca.

—¿Qué duda cabe de que eso es típico de Jody. —Sonrió con una mueca—. Siempre lo sabe todo mejor que nadie.

—Por favor, Key, no adoptes una actitud crítica respecto a ella. Ayúdala. Ayúdame a mí.

—Hace demasiado que cargas tú sola con la responsabilidad —dijo después de rodearle suavemente la barbilla con las manos—. Ha llegado el momento de que te eche una mano. Si puedo —agregó, al tiempo que formaba un redondel con los labios.

—Claro que puedes. Ahora será diferente entre tú y mamá.

Refunfuñó con escepticismo, apartó la sábana y puso los pies en el suelo.

—Pásame los vaqueros, por favor.

Janellen estaba a punto de darse la vuelta para coger los pantalones arrugados sobre un sillón, cuando vio el vendaje.

—¿Qué te ha ocurrido? —exclamó—. ¡Y fíjate en tu tobillo!

Se examinó tranquilamente la hinchazón de la pierna.

—Una recepción un poco accidentada.

—¿Cómo te has lastimado? ¿Es grave?

—No. Los vaqueros, por favor.

Sin moverse del borde de la cama, Key extendió la mano. Su desaliñada barbilla indicaba lo testarudo que era y Janellen le entregó los pantalones, antes de agacharse para ayudarle a introducir sus pies descalzos en los mismos.

—Tu tobillo está muy hinchado —susurró preocupada—. ¿Puedes apoyarte en el mismo?

—El médico me ha aconsejado que no lo haga —respondió escuetamente—. Échame una mano.

Ella le ayudó a sostenerse mientras apoyaba todo el peso en el pie izquierdo y se subía los vaqueros por las piernas y las caderas. Mientras se abrochaba la bragueta, le brindó una picara sonrisa que había causado estragos entre una legión de virtuosas reputaciones.

Janellen era incapaz de imaginar cuántas mujeres habían sucumbido a la magia de sus hermanos, especialmente Key. Siempre había tenido la ilusión de mimar a una mezcla de sobrinos y sobrinas, pero su sueño no se había convertido hasta ahora en realidad. A Key le gustaba una amplia gama de mujeres. Nada parecía indicar que estuviera a punto de sentar la cabeza y casarse.

—Lo haces muy bien eso de ayudar a un hombre a ponerse los pantalones —bromeó—. ¿Has ayudado a alguien a quitárselos últimamente? —agregó.

—¡Cállate!

—¿Lo has hecho?

—¡No!

Sintió que se ruborizaba. Key siempre había logrado ponerla nerviosa.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa, he ahí el porqué —respondió altivamente—. Además, no he deslumbrado a nadie con mi encantadora cara y mi tipazo.

—No tienen nada de malo —replicó sinceramente Key.

—Pero están lejos de ser encantadores.

—Porque te has metido en la cabeza que no eres atractiva y vistes en consecuencia. Vas tan... —dijo en un tono desdeñoso mientras indicaba con un gesto su pulcra blusa—, tapada.

—¿Tapada?

—Sí. Lo que has de hacer es desabrocharte. Desatarte. Desligarte. Soltarte, hermanita.

Fingió quedar atónita.

—Como solterona, me ofende ese desvergonzado lenguaje.

—¡Solterona! ¿Quién diablos...? Escúchame, Janellen —dijo mientras señalaba con el índice la punta de su nariz—. No eres ninguna solterona.

—Tampoco soy exactamente una joven doncella.

—Eres dos años más joven que yo. Eso significa que tienes treinta y cuatro.

—Todavía no.

—Bueno, treinta y tres. Todavía en tu plenitud. Maldita sea, las hembras hoy en día esperan a los cuarenta para tener hijos.

—A las que lo hacen, no les gustaría que las llamaras «hembras».

—Bueno, ya me entiendes —insistió—. Ni siquiera has alcanzado todavía tu cúspide sexual.

—Key, por favor.

—Y la única razón por la que todavía eres «doncella», si es que lo eres...

—Lo soy.

—Lamentablemente... se debe a que te encierras en ti misma y rehúyes a cualquier individuo por el mero hecho de que piense en quitarte las bragas.

Janellen, aturdida por su crudeza, se quedó mirándole sin habla. Trabajaba rodeada de hombres ocho horas diarias, cinco días semanales y a veces los fines de semana. Habitualmente su lenguaje era explícito y pintoresco, pero se moderaban cuando la señorita Janellen estaba al alcance del oído. Cuando sus empleados se dirigían a ella, se esmeraban en hablar correctamente.

Evidentemente, Jody habría abatido de un balazo a cualquier individuo que se atreviera a pronunciar vulgaridades en su presencia o en la de su hija. Lo cual era una ironía que parecía pasarle inadvertida, porque,

paradójicamente, la propia Jody utilizaba un amplio léxico de blasfemias y obscenidades.

No le agradaba que de Janellen emanara un rechazo invisible por el trato espontáneo y despreocupado. En realidad, consideraba dicha característica comprometedora. La diferenciaba de los demás y demostraba que no atraía a los hombres a ningún nivel, incluido el de la amistad. Le impedía incluso ser como uno más de la pandilla, a pesar de que durante su crecimiento había tenido que soportar a dos hermanos mayores.

El crudo lenguaje de Key no la había ofendido, pero sí aturdido. En cierto modo se lo había tomado como un cumplido. Pero Key no podía siquiera imaginárselo.

—Maldita sea —exclamó con remordimiento al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Lo siento. No quería decir eso. Lo que ocurre es que eres demasiado dura contigo misma. Anímate, coño. Diviértete. Cógete un año de vacaciones y vete a Europa. Haz juergas. Organiza escándalos. Amplía tus horizontes. La vida es demasiado breve para tomársela tan en serio. Pasa sin que te des cuenta.

Ella sonrió, le agarró la mano y le dio un beso en el reverso de la misma.

—Disculpa aceptada. Sé que no pretendías herir mis sentimientos ni insultarme. Pero te equivocas, Key. La vida no pasa sin que yo me dé cuenta. Mi vida está aquí y me satisface. Estoy tan ocupada que no sé cómo podría dedicarme a cualquier otra actividad, romántica o de otro tipo.

»Admito que mi vida no es tan emocionante como la tuya, pero tampoco quiero que lo sea. Tú eres el trotamundos. Yo soy una persona hogareña, sin ninguna apetencia por las juergas, los escándalos y las bacanales.

»No quiero discutir contigo el primer día de tu llegada a casa, desde que Clark... —dijo con la mano sobre su antebrazo, sin el valor suficiente para completar la oración—. Vamos abajo. El café ya debe estar listo —agregó después de soltarle el brazo.

—Me alegro. Me vendrán bien un par de tazas, antes de enfrentarme a la vieja. ¿A qué hora suele levantarse?

—La vieja está levantada.

En el umbral de la puerta estaba su madre, Jody Tackett.

Bowie Cato despertó cuando la punta de una bota le hurgó con fuerza en las costillas.

—¡Eh, tú, levántate!

Bowie abrió los ojos y se volvió de espaldas al suelo. Tardó varios segundos en recordar que estaba durmiendo en el almacén de The Palm, la más escandalosa, mugrienta y zarrapastrosa de la hilera de escandalosas, mugrientas y zarrapastrosas tabernas, a ambos lados de la autovía de dos carriles en las afueras de Eden Pass.

Como jornalero recientemente contratado, Bowie desempeñaba su trabajo después de las dos de la madrugada, cuando cerraba la taberna, en las noches tranquilas. Además del miserable sueldo que recibía, el propietario le había concedido permiso para dormir en un saco en el suelo del almacén.

—¿Qué ocurre? —preguntó aturdido, con la sensación de haber dormido sólo unas pocas horas.

—Levántate.

Volvió a recibir un puntapié en las costillas, ahora más bien a guisa de propina. Su primer impulso fue el de agarrar el pie del agresor, torcérselo, hacerle perder el equilibrio y tirarle al suelo.

Pero Bowie había pasado los últimos tres años en el centro penitenciario estatal por dejarse llevar por un impulso violento y no le atraía la idea de otros tres años de reclusión.

Sin decir palabra ni discutir, se incorporó y movió la cabeza para despejar las telarañas. Con los ojos semicerrados para protegerse de la luz del sol, que penetraba por la ventana, vio junto a él las siluetas de dos individuos.

—Lo siento, Bowie —dijo ahora Hap Hollister, propietario de The Palm—. Le he dicho a Gus que has estado aquí toda la noche, que no has salido desde ayer a las siete de la tarde, pero dice que tiene que hablar contigo de todos modos por el hecho de ser expresidiario. Él y el *sheriff* hicieron algunas indagaciones anoche y, por lo que han podido averiguar hasta ahora, tú eres el único personaje sospechoso en la ciudad.

—Permítame que lo dude —farfulló Bowie mientras se ponía lamente de pie—. No tiene importancia, Hap —agregó con una triste sonrisa a su jefe, que desapareció al dirigirse a un ayudante del *sheriff* voluminoso y calvo—. ¿Qué ocurre?

—Ocurre —respondió con mala baba el agente—, que anoche alguien estuvo a punto de violar y asesinar a la señora Darcy Winston en su propia cama. Eso es lo que ocurre —concluyó antes de facilitarles los detalles del allanamiento frustrado.

—Cuánto lo siento —dijo Bowie sin dejar de mirar alternativamente a Hap y al agente uniformado, que no le quitaban los ojos de encima—. ¿Quién



es la señora Darcy Winston? —preguntó a continuación, mientras levantaba interrogativamente los hombros.

—Como si no lo supieras —refunfuñó el agente.

—No lo sé.

—Lo siento, Bowie, pero estuviste hablando con ella anoche —dijo Hap—. Estuvo aquí cuando tú trabajabas. Una pelirroja con unas grandes tetas que llevaba unos pantalones morados muy ceñidos y muchas joyas.

—¡Ah! —exclamó sin recordar las joyas, pero sí las tetas, que eran realmente memorables y parecía que la propia señora Darcy Winston lo sabía mejor que nadie.

Tragaba margaritas como si fueran refrescos de menta y se insinuaba a todos los hombres presentes, incluso a él, el humilde chico de la limpieza.

—Hablé con ella —le respondió al agente—, pero no llegamos a presentarnos.

—Hablabla con todo el mundo, Gus —agregó Hap.

—Pero sólo este tiene antecedentes penales. Es el único que está en libertad condicional.

Bowie cambió de posición y ordenó a sus tensos músculos que se relajaran. Maldita sea, sabía instintivamente que había problemas a la vuelta de la esquina, avanzando a todo vapor, resueltos a arrasarlo. Anhelaba apartarse de su camino, pero las perspectivas no parecían halagüeñas.

Aquel policía de más de cien kilos era un matón. Bowie había tratado a demasiados como él a lo largo de su vida para reconocerlo de inmediato. Los había visto corpulentos y musculosos, bajitos y delgados. El tamaño y fuerza del individuo no tenían nada que ver. El denominador común era la perversidad gratuita que se reflejaba en sus ojos.

Bowie la había descubierto por primera vez en su padrastro, poco después de que su madre, viuda y desesperada, se casó con aquel borracho hijo de puta que empezó su relación con él a guantazo limpio. Más adelante la había reconocido en el profesor de gimnasia del instituto, que todos los días humillaba deliberadamente a los pequeños que no tenían aptitudes naturales para el atletismo.

Enfrentarse al bruto de su padrastro y proteger a aquellos niños indefensos del profesor de gimnasia le habían causado los primeros problemas, por los que acabó en la cárcel del condado como delincuente juvenil. Sin haber aprendido la lección, al cabo de unos años le encerraron en el centro penitenciario estatal.

Pero aquel asunto no tenía nada que ver con él. No conocía a Darcy Winston, ni le importaba en absoluto quién pudiera haberla atacado. Se dijo a sí mismo que si conservaba la calma, no sucedería nada.

—Estuve aquí, en The Palm, toda la noche, como ya le ha dicho Hap.

El agente le miró de arriba abajo.

—Desnúdate.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Qué ocurre? ¿Estás sordo? Quítate la ropa. Desnúdate.

—Gus —protestó aprensivamente Hap—. ¿Estás seguro de que es necesario? Este muchacho...

—No te inmiscuyas, Hap —replicó el agente—. Déjame hacer mi trabajo, ¿vale? La señora Winston disparó al intruso. Sabemos que le dio porque había sangre en la baranda del balcón y junto a la piscina. Dejó un reguero cuando huía hacia los matorrales —dijo mientras se desabrochaba la pistolera, incrustada bajo su abultada barriga—. Veamos si tienes alguna herida de bala. Desnúdate, condenado.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Bowie.

El rostro del agente se puso rojo como un tomate y sus diminutos ojos casi desaparecieron entre su grasa carmesí.

Ahora la había armado.

El agente soltó un alarido animal y se abalanzó contra Bowie. Bowie le esquivó. Entonces el agente intentó darle un puñetazo, pero también lo eludió. Hap Hollister se situó entre ambos.

—¡Eh, tranquilos! Aquí no quiero problemas. Estoy seguro de que vosotros tampoco.

—Voy a romperle todos los huesos a ese mamón.

—No lo harás, Gus. Te meterás en un lío con el *sheriff* Baxter si atosigas a un sospechoso.

Gus luchaba para deshacerse de los brazos de Hollister, pero Hap se las había visto con muchos borrachos y era bastante robusto. Sin duda, podía sujetar al agente.

—¡No soy un sospechoso! —exclamó Bowie.

Sin soltar a Gus, Hap miró fijamente a Bowie por encima del corpulento hombro del agente.

—No seas tan desvergonzado, muchacho. Es estúpido. Y ahora, discúlpate.

—¡Y un carajo!

—Discúlpate —chilló Hap—. No hagas que me arrepienta de haberte defendido.

Mientras el agente seguía agitado, Hap y Bowie intercambiaron retadoras miradas. Bowie reflexionó. Si no conservaba el empleo, tendría problemas con la libertad condicional. Era un trabajo inhumano y sin ninguna perspectiva de futuro, pero demostraba su deseo de reintegrarse a la sociedad.

No estaba dispuesto en modo alguno a regresar a Huntsville. Aunque tuviera que besarles el culo a todas las bolas de grasa desprovistas de cuello con una placa en la camisa, no volvería a la cárcel.

—Retiro lo dicho —declaró, al tiempo que se desabrochaba la camisa y le mostraba el pecho y la espalda al agente—. Ninguna herida de bala. Estuve aquí toda la noche.

—Y debe haber por lo menos tres docenas de clientes que pueden atestiguarlo, Gus —dijo Hap—. Fue otra persona la que intentó penetrar en el dormitorio de la señora Darcy Winston anoche. No fue Bowie.

Gus no estaba dispuesto a darse por vencido, aunque era evidente que aquel no era su hombre.

—Es curioso que en el momento en que ese condenado llega a la ciudad, recibamos la primera denuncia de un delito grave desde tiempos inmemoriales.

—Una coincidencia —dijo Hap.

—Supongo —farfulló el agente sin dejar de mirar fijamente a Bowie.

Hap decidió contarle un chisme para distraer su atención.

—Por cierto, ¿a que no sabes quién regresó a la ciudad anoche? Key Tackett.

—¡No me digas!

La maniobra de Hap surtió efecto. El agente abandonó su actitud oficial, apoyó el codo en una estantería y, por el momento, se olvidó de Bowie y del motivo de su visita a aquel tugurio. Bowie bostezó. Lo único que deseaba era meterse de nuevo en el saco y descansar.

—¿Qué aspecto tiene el viejo Key? ¿Ya ha engordado? —preguntó el agente con una carcajada, al tiempo que se daba unas afectuosas palmadas en la barriga.

—Ni un gramo. No ha cambiado en absoluto desde su último curso en la universidad, cuando logró que su equipo jugara en las finales estatales. Alto, moreno y apuesto como el propio diablo. Esos penetrantes ojos azules que tiene todavía perforan con la mirada. También es tan listillo como siempre. Es su primera visita a la ciudad desde que enterraron a su hermano.

Bowie levantó la oreja. Recordaba al individuo del que hablaban. Tackett era una de esas personas que causan impresión, tanto a los hombres como a las mujeres. Los hombres querían ser como él. A las mujeres les atraía su compañía. Apenas acababa de sentarse en un taburete junto a la barra, cuando la señora como quiera que se llamara, pelirroja y de grandes tetas, se le pegó como una lapa. Durante más de media hora parecieron intimar. Tackett abandonó el local pocos minutos después de su sigilosa desaparición.

¿Mera coincidencia? Bowie se rio para sus adentros. No creía en las coincidencias. Pero se dejaría cortar la lengua y que se la dieran a los coyotes antes de contarle al agente lo que había visto.

—La muerte de Clark fue un duro golpe para la vieja Jody —decía Gus.

—Desde luego.

—No ha sido la misma desde entonces.

—Y por si faltaba poco, esa doctora se trasladó a la ciudad y avivó de nuevo los rumores.

La mirada del agente se perdió momentáneamente en la lejanía mientras movía con tristeza la cabeza.

—¿Qué le impulsó a venir a Eden Pass después de lo ocurrido entre ella y Clark Tackett? Sabes lo que te digo, Hap, las personas de hoy en día no valen un carajo. No les importan los sentimientos de los demás, sólo los suyos.

—Tienes razón, Gus —suspiró Hap, al tiempo que le daba al agente una palmada en la espalda—. Por cierto, cuando no estés de servicio, ven a tomarte una cerveza por cuenta de la casa.

A Bowie le impresionó la diplomacia de Hap cuando salió con el agente del almacén y cruzaron juntos el bar vacío hablando de la trágica situación del mundo.

Bowie volvió a meterse en el saco de dormir, se acostó con las manos tras la nuca y se dedicó a contemplar el techo. Las telarañas formaban una compleja marquesina entre las vigas desnudas. Ante sus propios ojos, una laboriosa araña completaba la obra.

Hap regresó al cabo de un momento. Se sentó sobre una caja de Beefeater, encendió un cigarrillo, le ofreció otro a Bowie, este lo aceptó y acercó la cabeza para que le diera fuego. Fumaron en silencio.

—Deberías pensar en buscarte otro trabajo —dijo finalmente Hap.

Bowie se apoyó sobre un codo. No le sorprendía la noticia, pero tampoco estaba dispuesto a aceptarla literalmente tumbado.

—¿Me despide, Hap?

—No, no inmediatamente.

—No he tenido nada que ver con esa zorra.

—Lo sé.

—¿Entonces a qué viene eso? ¿Quién diablos es esa mujer? A juzgar por como hablan de ella, se diría que es la reina de Saba.

Hap se rio.

—Para su marido lo es. Fergus Winston es el superintendente de nuestro departamento de enseñanza. También es propietario de un motel, al otro lado de la ciudad, y le van bastante bien los negocios. Tiene unos veinte años más que Darcy. Es un verdadero adefesio y no muy inteligente. Todo el mundo cree que se casó con él por el dinero. ¿Quién sabe? —Dijo mientras se encogía filosóficamente de hombros—. Lo único que sé es que cuando Darcy logra deshacerse de Fergus, viene aquí en busca de diversión. Es una calentorra —agregó sin ningún rencor—. Yo mismo me la he llevado un par de veces a la cama. Hace años, cuando éramos unos chiquillos —aclaró mientras señalaba a Bowie con la punta encendida del cigarrillo—. Si un ladrón penetró en su habitación anoche, probablemente le disparó porque *no* la había violado.

Bowie soltó una carcajada, pero pronto dejaron de reírse.

—¿Por qué me despide, Hap?

—Por tu propio bien.

—Siempre y cuando no sirva bebidas alcohólicas, la asistente social me ha dicho...

—No es eso. Haces el trabajo para el que te he contratado —respondió mientras le miraba con unos ojos impregnados de sabiduría—. Mi local es bastante decente, pero todas las noches lo frecuentan montones de maleantes. Puede suceder cualquier cosa, y a veces ocurre. Sigue mi consejo y busca trabajo en un lugar donde existan menos probabilidades de meterte en líos. ¿Comprendes?

Bowie le comprendía. Era la historia de su vida. Parecía atraer los problemas hiciera lo que hiciese, y un trabajador honrado como Hap Hollister no necesitaba a un problemático innato en su local.

—No existe exactamente una gran oferta de empleo para los expresidarios. ¿Puede darme unos días? —preguntó resignado.

Hap asintió.

—Hasta que encuentres otra cosa, puedes dormir aquí. Utiliza mi camioneta si la necesitas —dijo con el cigarrillo entre los labios mientras se ponía de pie—. Bueno, tengo muchas facturas por pagar. No te des prisa en levantarte. Has dormido poco esta noche.

Cuando se quedó a solas, Bowie volvió a acostarse, pero sabía que no dormiría. Desde el primer momento había sido consciente de que su trabajo en The Palm no tenía futuro, pero tenía la ventaja de incluir el alojamiento. Creía, esperaba, que le ofrecería un respiro temporal, una especie de puente entre la cárcel y la vida en el mundo exterior. Pero no. Gracias a una zorra a la que ni siquiera conocía, y a un hijo de puta que había cometido allanamiento de morada, estaba de nuevo en el punto de partida.

Donde había estado toda la vida.

## Tres

Jody Tackett y su hijo se miraron a través de la distancia que los separaba. Era una brecha que no habían salvado en treinta y seis años y Key dudaba de que nunca lo hicieran.

—Hola, Jody —dijo con una sonrisa forzada.

Hacía muchos años que había dejado de utilizar la palabra madre, o cualquier diminutivo de la misma.

—Key —respondió con una triste mirada a Janellen—. Supongo que esto es cosa tuya.

Key colocó el brazo sobre los hombros de su hermana.

—No tiene nada que ver con Janellen. He sido yo quien ha querido daros una sorpresa.

Jody Tackett se aclaró ruidosamente la garganta, su forma de comunicarle a Key que sabía que mentía.

—¿No decías que el café estaba listo?

—Sí, mamá —respondió entusiasmada Janellen—. Os prepararé a ti y a Key un buen desayuno, para celebrar su regreso.

—No estoy segura de que su regreso sea motivo de celebración —replicó Jody antes de dar media vuelta y alejarse.

Key dio un profundo suspiro. No esperaba un cálido beso, ni siquiera un abrazo de compromiso. Nunca había compartido aquel tipo de afecto con su madre. Hasta donde se remontaba su recuerdo, Jody había sido siempre remota e inaccesible para él, y se había limitado a seguir su ejemplo.

Durante muchos años habían coexistido bajo un pacto implícito. Cuando estaban juntos, él la trataba con buenos modales y esperaba la misma cortesía por su parte. Unas veces la recibía y otras no. Esta mañana su conducta había sido descaradamente hostil, a pesar de ser el único hijo vivo que le quedaba.

Puede que esa fuera la razón.

—Sé paciente con ella, Key —suplicó Janellen—. No se siente bien.

—Comprendo a lo que te refieres —comentó reflexivamente—. ¿Desde cuándo parece tan vieja?



—Ha transcurrido más de un año, pero todavía no ha superado lo de... bueno, ya sabes.

—Sí —respondió, después hizo una pausa—. Procuraré no disgustarla mientras esté aquí —agregó con una sonrisa torcida—. ¿Hay un par de muletas en la casa?

—En el mismo lugar donde las dejaste después de tu accidente de coche. Janellen se acercó al armario y sacó unas muletas de aluminio del fondo.

—Ya que estás ahí, tráeme también una camisa. La que llevaba puesta no llegó a casa anoche.

Key hizo caso omiso de la mirada interrogativa de su hermana y señaló las camisas colgadas en el armario. Janellen le trajo una blanca de algodón, que olía ligeramente a naftalina. Key se la puso sin molestarse en abrocharla, se acomodó las muletas bajo los sobacos, e indicó la puerta con un movimiento de la cabeza.

—Vámonos.

—Estás pálido. ¿Te sientes en condiciones de seguir adelante?

—No. Pero por nada en el mundo querría demorar el desayuno de Jody.

Estaba sentada en la cocina, tomando café y fumándose un cigarrillo, cuando llegó Key. Janellen pasó desapercibida mientras preparaba el desayuno. Key se sentó frente a su madre y apoyó las muletas al borde de la mesa. Era perfectamente consciente de que iba despeinado y sin afeitarse.

Como siempre, Jody estaba impecable, aunque no era una mujer atractiva. El sol de Texas había dejado su complexión surcada y moteada. Debido a su intolerancia por la vanidad, su única concesión para suavizar su apariencia consistía en espolvorearse ligeramente con un cosmético barato. Durante toda su vida adulta había acudido una vez por semana al salón de belleza para que le lavaran el cabello y se lo peinaran, pero sólo porque no quería molestarse en hacerlo personalmente. Su corto cabello canoso tardaba veinte minutos en secarse. Entretanto, una manicura cortaba y limaba sus pequeñas uñas cuadradas. Nunca se las pintaba.

Sólo usaba vestidos los domingos para ir a la iglesia, o cuando un compromiso social lo exigía. Esta mañana llevaba una camisa a cuadros y unos pantalones perfectamente planchados y almidonados.

Cuando apagó el cigarrillo, se dirigió a Key en un tono tan intimidante como su mirada.

—¿Qué has hecho en esta ocasión?

Sus palabras eran acusadoras, claramente indicativas de que Key era responsable de su propio percance. Lo era, pero no habría cambiado la

situación de haber sido víctima de un accidente fortuito. Los accidentes *siempre* habían sido culpa suya.

Cuando se cayó de las ramas de un árbol de pacana, al que él y Clark se habían encaramado, Jody declaró que una vértebra fracturada era lo que se merecía por cometer tales imprudencias. Cuando un bateador le golpeó en la sien y le produjo una contusión, le regañó por no haberse concentrado en el juego. En una ocasión en que un capón le pisó un pie, Jody le acusó de haber asustado al caballo. Un cuatro de julio, después de estallarle un petardo en la mano y lastimarle el pulgar, recibió un castigo. Clark se libró del correctivo, aunque había estado jugando con fuegos artificiales junto a su hermano.

Pero en una ocasión, la ira de Jody estaba justificada. Si Key no hubiera estado tan borracho, si no hubiera conducido a ciento cincuenta por aquella oscura carretera rural, tal vez habría cogido la curva, evitado el choque contra el árbol y satisfecho la ambición de su madre de convertirse en capitán de un equipo de primera división.

Nunca le perdonaría que hubiese estropeado los planes que había hecho para él.

Basándose en la experiencia del pasado, Key sabía que no podía esperar compasión por parte de su madre. Pero el autoritario tono de su voz le hizo tiritar los dientes.

—Me he torcido el tobillo —respondió escuetamente.

—¿Y eso? —preguntó, al tiempo que levantaba su taza de café en dirección a su vendaje.

—Un mordisco de tiburón —contestó mientras le guiñaba un ojo a su hermana y le sonreía.

—¡No intentes tomarme el pelo! —exclamó Jody, como el chasquido de un azote.

«Ya la tenemos armada», pensó tristemente Key. Maldita sea, quería evitarlo a toda costa.

—No es nada, Jody. No tiene importancia.

Janellen le colocó delante una taza de café humeante.

—Gracias, hermanita. Con eso me basta.

—¿No vas a comer algo?

—No, gracias. No tengo apetito.

Ocultó su decepción tras una tentativa sonrisa, que le partió el corazón. Pobre Janellen. Tenía que soportar todos los días a la vieja quisquillosa. Jody tenía un talento extraordinario para convertir la curiosidad en inquisición, la observación en crítica y toda mirada en condenatoria. ¿Cómo se las arreglaba

Janellen para aguantar su intolerancia día tras día? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no se buscaba un hombre respetable y se casaba aunque no estuviera locamente enamorada de él? No podía ser tan difícil convivir con cualquier otra persona como con Jody.

Aunque también era cierto que Jody no era tan crítica respecto a Janellen como a él. Tampoco había sido tan dura con Clark. A él, el destino parecía haberle maldecido con el talento de incitar la ira de su madre. Suponía que ello se debía a que era idéntico a su padre, y Dios sabe que Clark Junior provocó a Jody hasta el momento de su muerte. Ella no había derramado una sola lágrima en su funeral.

Key lo había hecho. Nunca había llorado hasta —ni desde— entonces, pero había sido incapaz de controlar su llanto junto a la tumba de Clark padre, y no porque hubiera sido siempre un padre considerado. La mayoría de los recuerdos que tenía de él eran de despedidas, que le dejaban afligido. Pero los escasos recuerdos felices que Key guardaba de la infancia estaban relacionados con su padre, que era una persona alegre y divertida, amante de la risa y de los chistes, rodeado siempre de admiradores atraídos por su ingenio y su encanto.

Key tenía sólo nueve años cuando murió su padre, pero con una inexplicable sabiduría infantil, comprendió que la mejor oportunidad de ser amado era la de estar en aquella fosa.

—¿Has venido para verme morir? —preguntó de pronto Jody, como si acabara de leerle el pensamiento, al tiempo que Key le dirigía una mirada penetrante—. Porque en tal caso —agregó—, vas a llevarte una gran decepción. No pienso morir en un futuro próximo.

La actitud de Jody era combativa, pero Key decidió tratar la provocativa pregunta como un chiste.

—Me alegro mucho, Jody, porque mi traje negro está en la tintorería. En realidad he venido para ver cómo estabais todos.

—Nunca te ha importado un camino cómo estuviéramos. ¿Por qué ahora?

Lo último que Key deseaba era discutir con su madre. Esta mañana no estaba en su mejor forma física y Jody siempre alteraba su estado mental. Era el antídoto del sentido del humor y del optimismo. Su propósito era el de suavizar aquella reunión familiar, aunque sólo fuera para complacer a su sufrida hermana. Sin embargo, Jody parecía decidida a ponérselo difícil.

—Nací aquí —respondió sosegadamente Key—. Esta es mi casa. O solía serlo. ¿He dejado de ser bien recibido?

—Claro que eres bien recibido, Key —se apresuró a responder Janellen—. ¿Qué te apetece, mamá, tocino o salchichas?

—Lo que sea —respondió Jody irritada mientras gesticulaba como si ahuyentara una mosca antes de encender otro cigarrillo—. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Últimamente en Arabia Saudí.

Mientras se tomaba el café, relató lo que antes ya le había contado a Janellen, sin mencionar que había regresado a petición de su hermana.

—Transportaba equipos de especialistas a los pozos incendiados. Suministros y medicamentos urgentes, de vez en cuando. Pero puesto que ya estaban terminando y que no tenía ningún contrato pendiente, decidí venir a pasar una temporada. Puede que te resulte difícil creerlo, pero empezaba a echar de menos Eden Pass. Hacía más de un año que no estaba en casa, desde el funeral de Clark.

Tomó otro sorbo de café. Transcurrieron varios segundos antes de que se percatara de que Janellen lo miraba fijamente, como un animal nocturno atrapado ante la luz de unos faros, y de que Jody fruncía el entrecejo.

Dejó lentamente la taza en el plato.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —se apresuró en responder Janellen—. ¿Te apetece otra taza de café?

—Sí, pero me la serviré yo mismo. Creo que se te quema el tocino —agregó al comprobar que salía humo de la sartén.

Key se acercó a la pata coja a la cocina y se sirvió otro café. Necesitaba otro analgésico, pero se lo había dejado arriba, en su cuarto de baño. A pesar de las instrucciones de la doctora, se había tomado un par de pastillas con un vaso de whisky antes de acostarse, que le habían ayudado a pasar una buena noche.

Ahora volvía a dolerle. Le habría gustado tener las agallas de coger de la despensa la botella de coñac que Janellen utilizaba para cocinar y agregarle un chorro a su café. Pero con eso sólo le facilitaría a Jody otra razón para atacarle. De momento, tendría que soportar el persistente dolor del costado y las desagradables molestias de su tobillo derecho.

A pesar de lo valeroso que había sido respecto a sus heridas, no pudo evitar una mueca involuntaria cuando regresaba a su asiento.

—¿Vas a contarnos cómo has quedado tan maltrecho? —preguntó Jody.

—No.

—No me gusta que me oculten las cosas.

—Créeme, es preferible que no lo sepas.

—No me cabe la menor duda —comentó ásperamente—. Pero prefiero que no sea otra persona quien me cuente los sórdidos detalles.

—No te preocupes por eso. No es de tu incumbencia.

—Lo será cuando se divulgue que en tu primera noche en la ciudad acabaste en el hospital.

—No fui al hospital. Acudí a la consulta del doctor Patton y me encontré con una doctora hermosa como una Venus —dijo con una enorme sonrisa—. Ella me curó.

A Janellen se le cayó una espátula de las manos, que hizo un ruido considerable sobre la cocina. Al principio, Key creyó que el aceite de la sartén le había salpicado la mano. Luego se percató de la expresión dura e implacable en el rostro de Jody y comprendió que era ira. La había visto con suficiente frecuencia para reconocerla perfectamente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miráis como si acabara de mearme sobre una tumba?

—Lo has hecho —respondió Jody, con un trasfondo iracundo que envolvía sus palabras—. Has profanado la tumba de tu hermano.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Key... —empezó Janellen.

—De la doctora —la interrumpió Jody irritada al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa—. ¿No te fijaste en su nombre?

Key hizo memoria. No estaba tan maltrecho como para que le pasaran desapercibidos ciertos atributos: sus expresivos ojos castaños, su atractiva cabellera despeinada, y sus largas y estilizadas piernas. Incluso había tomado nota mentalmente del color del barniz de las uñas de sus pies y de la fragancia de su perfume. Recordaba aquellos detalles, pero no conocía su nombre. ¿Qué podía importarles a Jody y Janellen? A no ser que por culpa de una tuvieran prejuicios contra todas las mujeres que practicaban la medicina.

Mientras reflexionaba, empezó a sentir náuseas en las entrañas. Maldita sea, no podía ser.

—¿Cuál es su nombre?

Jody se limitó a mirarle fijamente. Key volvió la cabeza hacia Janellen en busca de una respuesta. Su hermana escurría nerviosa un trapo de cocina con aflicción en cada una de las facciones de su rostro.

—Lara Mallory es su nombre profesional —susurró—. Su nombre de casada es...

—Lara Porter —concluyó Key inexpresivamente.

Janellen asintió.

—Mierda.

Se cubrió los ojos con los puños y pensó en la mujer a la que había conocido la noche anterior. No se parecía a la vampiresa cuyas fotografías habían aparecido en los periódicos sensacionalistas. Ninguno de sus amaneramientos o cándidas expresiones correspondían a la imagen que se había hecho de Lara Porter, la mujer que había llevado a su hermano a la perdición, y que según las hipótesis de algunos analistas políticos, había cambiado el curso de la historia norteamericana.

Por fin, Key bajó las manos y se encogió humildemente de hombros.

—No tenía forma de saberlo. No me dijo su nombre, ni se lo pregunté. Tampoco la reconocí por las fotografías que había visto. Eso ocurrió hace... ¿cuánto? ¿Cinco o seis años?

Detestaba disculparse, a sabiendas de que el daño ya estaba hecho y que Jody no le perdonaría, independientemente de lo que dijera ahora. Por consiguiente, decidió cambiar de táctica.

—¿Qué diablos hace Lara Porter en Eden Pass?

—¿Importa? —Preguntó bruscamente Jody—. Está aquí. Y tú no tendrás nada que ver con ella, ¿comprendido? Cuando acabe con ella, huirá de la ciudad con el rabo entre las piernas.

»Hasta entonces, los Tackett y todo aquel que desee conservar nuestra amistad la tratarán sólo con el desprecio que merece. Eso te incluye a ti. *Especialmente* a ti —agregó mientras le señalaba con el cigarrillo—. Acuéstate con cuantas zorras se te antoje, Key, como estoy segura de que lo harás, pero mantente alejado de ella.

Key adoptó inmediatamente una actitud defensiva y levantó la voz para equipararla a la de su madre.

—¿Por qué me chillas? No ha sido a mí a quien han sorprendido acostándose con ella, sino a Clark.

Jody se puso lentamente de pie y apoyó las manos sobre la mesa para mirar a su hijo menor por encima de las botellas de salsa de tomate y de tabasco.

—¿Cómo te atreves a hablar así de él? ¿No tienes ni un ápice de honor, ni una pizca de respeto por tu hermano?

—*Clark* —exclamó después de levantarse para ponerse a la altura de Jody—. Se llamaba Clark, ¿y con qué respeto le tratas tú, que ni siquiera pronuncias su nombre?

—Duele hablar de él, Key.

—¿Por qué? —preguntó dirigiéndose a su hermana, que había hecho tímidamente el comentario.

—Pues, porque... porque su muerte fue tan inoportuna. Tan trágica.

—Sí, lo fue. Pero no tiene por qué anular su vida —respondió después de volverse hacia Jody—. Antes de su muerte, papá se ocupó de que Clark y yo compartiéramos algunos buenos momentos. Quería que hubiera intimidad entre nosotros a pesar tuyo, y la hubo. Dios sabe que Clark y yo éramos polos opuestos en todo, pero era mi hermano. Le quería. Me afligí cuando murió. Pero me niego a fingir que no existió para no herir tus sentimientos.

—No eres digno de pronunciar el nombre de tu hermano.

Le dolió. Incluso ahora le afectaba enormemente cuando decía algo parecido. No le dejó más alternativa que la de contraatacar.

—Si hubiera sido tan perfecto, Jody, ahora no tendría lugar esta conversación. Nunca habría habido una Lara Porter en nuestras vidas. Nada en la prensa. Ningún escándalo. Nada de que avergonzarse. Clark habría seguido siendo la joven estrella del capitolio.

—¡Cállate!

—Con mucho gusto.

Se acomodó las muletas bajo los brazos y se dirigió a la puerta trasera.

—¿Key, adonde vas? —preguntó Janellen asustada.

—Tengo hora para ver al médico.

Lanzó una desafiante mirada a Jody antes de dejar que la puerta se cerrara a su espalda.

Lara había dormido mal aquella noche. Incluso en óptimas circunstancias, su sueño no era profundo. Pesadillas y prolongados períodos de insomnio perturbaban frecuentemente su descanso. Intentaba oír un llanto que nunca volvería a escuchar. Aflicción era la base de su insomnio habitual.

El hecho de haber conocido anoche a Key Tackett había turbado particularmente su descanso. Había despertado con una molesta jaqueca. Los productos cosméticos habían contribuido a disimular sus oscuras ojeras, pero no las habían eliminado. Dos fuertes tazas de café habían aliviado su jaqueca, pero no lograba alejar de su mente los turbadores pensamientos sobre su visitante nocturno.

No creía que pudiera haber otro hombre tan atractivo como Clark Tackett, pero Key lo era. Los hermanos eran indudablemente distintos. Clark tenía el aspecto impecable de un recluta de los marines. Nunca llevaba un solo

mechón de su cabello rubio fuera de lugar. Sus pulcros trajes a medida estaban siempre planchados y sus zapatos brillaban como espejos. Era el modelo ejemplar del joven norteamericano irreprochable que toda madre aspiraba a que su hija trajera a casa.

Key era el tipo del que las madres protegían a sus hijas. Aunque tan apuesto como Clark, se diferenciaba tanto de su hermano como un maleante callejero de un misionero.

Key era piloto profesional. Según Clark, volaba por instinto y confiaba más en su propio juicio y en su pericia mecánica que en los instrumentos aeronáuticos. Sólo se fiaba de la tecnología cuando no tenía otro remedio. Clark aseguraba con orgullo que no existía el avión que su hermano no fuera capaz de pilotar, pero Key había optado por trabajar como piloto independiente, en lugar de hacerlo para unas líneas aéreas comerciales.

«Demasiadas reglas y normativas para él —solía decir Clark, con una indulgente sonrisa de afecto para con su hermano menor—. A Key le gusta ser su propio dueño».

Después de haberle conocido y haber experimentado personalmente el ineludible atractivo de su picara sonrisa, Lara era incapaz de imaginar a Key Tackett con el elegante uniforme de comandante comunicando melodiosamente a sus pasajeros las condiciones meteorológicas de su lugar de destino.

Muchas horas con la mirada concentrada en cabinas de vuelo le habían dejado unas atractivas líneas que radiaban de sus ojos, tan azules como los de Clark. Pero Clark era rubio y muy blanco. Los ojos de Key estaban rodeados de unas robustas pestañas negras. Era indudablemente la oveja negra de la familia, incluso en términos físicos. Su cabellera era frondosa, oscura y tan rebelde como él. Clark iba siempre impecablemente afeitado. Key llevaba una barba de varios días, pero curiosamente no mermaba su atractivo, sino que lo incrementaba.

Ambos hermanos eran unos excelentes ejemplares de la especie humana. Clark estaba domesticado. Key permanecía en estado salvaje. Cuando se enojaba, o se excitaba, Lara le imaginaba capaz de soltar alaridos.

—Buenos días.

Se sobresaltó como si la hubieran sorprendido haciendo algo de lo que debiera sentirse culpable.

—Oh, buenos días, Nancy. No la había oído llegar.

—No me sorprende. Parecía estar en otro mundo —dijo la enfermera/recepcionista antes de dejar el bolso sobre un archivo y ponerse



una bata color pastel—. ¿Qué le ha ocurrido al teléfono del consultorio?

Nancy había entrado por la puerta trasera antes de reunirse con Lara en un pequeño cuarto donde guardaban suministros, bebidas y comida. La cocina de la casa estaba reservada al uso personal de Lara.

—Era demasiado endeble y he decidido cambiarlo.

Puesto que todavía no había aclarado sus sentimientos respecto a la visita de Key Tackett al consultorio, prefería no mencionárselo a Nancy.

—¿Café? —preguntó con el jarro en la mano.

—Desde luego —respondió la enfermera, que agregó dos cucharadas de azúcar a la taza humeante que le sirvió Lara—. ¿Queda algún buñuelo?

—En el armario. Creí que estaba a régimen.

Nancy Baker encontró los buñuelos y, después de engullir la mitad de uno de un solo mordisco, se lamió el azúcar de los dedos.

—He abandonado el régimen —respondió con remordimiento—. Estoy demasiado ocupada para contar calorías. Además, aunque ayunara desde hoy hasta el fin del mundo, nunca sería una sífide. Por otra parte, a Clem le gusto como soy. Dice que prefiere la abundancia.

—¿Cómo le ha ido su día libre? —sonrió Lara.

—Bien —respondió Nancy al tiempo que chasqueaba los labios—. Dadas las circunstancias, no ha estado mal. La perra está en celo, y el pequeño Clem encontró unos zapatos de baile de su hermana, se los puso en los pies equivocados y los llevó todo el día. Cuando intentamos quitárselos, armó un escándalo y decidimos que era más fácil dejar que los llevara puestos, aunque pareciera un payaso. El ruido de los zapatos es tolerable, pero los alaridos me resultan insoportables.

Las anécdotas de Nancy sobre su caótica familia eran siempre divertidas. Se quejaba con buen humor de su ajetreada rutina, que giraba en torno a tres hijos muy activos que estaban pasando por una «etapa difícil», pero Lara sabía que su enfermera amaba a su marido y a sus hijos, y no cambiaría con nadie su situación.

Nancy había respondido a un anuncio de Lara en el periódico local y la doctora la había contratado después de la primera entrevista, en parte porque Nancy había sido la única solicitante. Tenía muy buenas referencias, aunque se había tomado tiempo libre para criar al pequeño Clem hacía un par de años.

—Ahora que ha llegado el momento de enseñarle a utilizar el retrete —le dijo a Lara—, prefiero volver a trabajar y cederle los honores a la abuela Baker.

A Lara le había caído bien desde el primer momento, e incluso le provocaba cierta envidia. Había experimentado también caos en su vida, pero no aquel ajetreo alocado y feliz de la vida cotidiana de Nancy. Los suyos habían sido trastornos que alteran la vida, que lastiman y dejan cicatrices profundas. Sus calamidades habían sido irrevocables.

—Si no fuera por Clem —decía Nancy cuando acababa de comerse el segundo buñuelo—, mataría al perro, posiblemente también a los niños y luego me arrancaría el pelo. Pero anoche, cuando regresó del trabajo, insistió en que dejáramos a los niños en casa de su madre y saliéramos solos a cenar. Nos pusimos como cerdos de croquetas y aros de cebolla en el Dairy Queen. Fue maravilloso.

»Cuando el pequeño Clem se quedó dormido, escondí los zapatos de su hermana en la parte superior del armario, para que hoy no los encontrara. Clem padre ha llevado a la perra al veterinario, donde será inseminada o esterilizada. Por cierto, si disponen de un semental, ¿quiere que le guarde un perrito?

—No, gracias —respondió Lara con una carcajada.

—No se lo reprocho. Probablemente tendré que quedarme con toda la maldita camada —dijo mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Voy a mirar la agenda para comprobar a quién esperamos hoy.

Ambas sabían que la agenda no estaba llena. Había muchos más espacios en blanco que citas concertadas. Hacía seis meses que estaba en Eden Pass, pero todavía no se había formado una clientela. Si no hubiera tenido un fondo de reserva, habría tenido que cerrar el consultorio hacía tiempo.

Más importantes que las consideraciones financieras eran las profesionales. Era un buen médico. Quería ejercer la medicina... aunque no habría elegido necesariamente hacerlo en Eden Pass.

La elección de Eden Pass era ajena a su voluntad.

Aquel consultorio había sido un regalo inesperado, aunque le facilitaba el plan que venía formulando desde hacía tiempo. Necesitaba un pretexto viable para acercarse a Key Tackett. Cuando se le presentó la oportunidad de cruzarse en su camino, no la desperdició. Pero era consciente de que ser el único médico de medicina general en una pequeña ciudad supondría una difícil transición para ella.

También sabía que el ajuste sería todavía más difícil para los habitantes de la ciudad, acostumbrados al doctor Patton y a su abigarrado y pequeño consultorio. Se había ganado a pulso los diplomas que ahora adornaban las paredes. Los libros de medicina de las estanterías le pertenecían. Pero el

despacho conservaba todavía el sello masculino de su ocupante anterior. Tan pronto como la economía lo permitiera, se proponía pintar las oscuras paredes y cambiar el mobiliario castaño por algo más alegre y contemporáneo.

Dichos cambios serían sólo decorativos. Para cambiar la mentalidad de la gente necesitaría más tiempo y esfuerzo. Antes de su jubilación, el doctor Stewart Patton había practicado la medicina general en Eden Pass durante más de cuarenta años y en todo aquel tiempo no se había hecho un solo enemigo. Desde que ella se había hecho cargo del consultorio, le preguntaban frecuentemente por el viejo doctor, con la misma suspicacia con que Key Tackett lo había hecho la noche anterior, como si hubiera usurpado el puesto del anciano en provecho propio.

A la doctora Lara Mallory le quedaba un largo camino por recorrer antes de ganarse el mismo nivel de confianza del que disfrutaba el doctor Patton con los habitantes de Eden Pass. Sabía que nunca gozaría del mismo afecto que los pacientes sentían por el doctor Patton, porque ella era, a fin de cuentas, la mujer escarlata que había mantenido relaciones con Clark Tackett. Todo el mundo en su ciudad natal la conocía como tal. De ahí que su llegada les hubiera cogido por sorpresa. Lara confiaba en que, cuando se recuperaran del susto inicial y comprendieran que era una doctora colegiada, olvidaran el escándalo.

Lamentablemente, había menospreciado, la enorme influencia que Jody Tackett ejercía en la comunidad. Aunque nunca se habían visto cara a cara, la madre de Clark menoscababa sus esfuerzos por triunfar.

Una tarde, cuando se sentía particularmente desalentada, se lo había mencionado a Nancy.

—Supongo que no es ningún misterio que los habitantes de Eden Pass estén dispuestos a conducir treinta kilómetros para ver a un médico en el pueblo más cercano.

—Claro que no —respondió Nancy—. Jody Tackett ha hecho saber a todo el mundo que cualquier persona que se acerque a este consultorio, por enferma que esté, quedará incluida en su lista negra.

—¿Por lo de Clark?

—Bueno, todo el mundo en la ciudad conoce los incitantes detalles de su idilio. Habían caído casi en el olvido cuando Clark falleció. Luego apareció usted al cabo de unos meses. Jody se sintió ultrajada y decidió convertirla en una marginada.

—¿Entonces por qué está usted dispuesta a trabajar para mí?

—Mi padre trabajó durante veinticinco años como bombeador para la Tackett Oil & Gas. De eso hace muchos años, cuando Clark padre era jefe de la empresa. —Nancy suspiró, después hizo una pausa—. ¿Sabía que Clark, su Clark, era Clark Tackett de tercera generación? Su abuelo y su padre se llamaban también Clark.

—Sí. Él me lo había contado.

—El caso es que hubo un accidente en uno de los pozos —prosiguió Nancy— y mi padre murió.

—¿Aceptaron los Tackett su responsabilidad?

—Hicieron lo indispensable para cubrirse legalmente. Mi madre recibió todo el dinero del seguro al que tenía derecho. Pero ninguno de ellos acudió al funeral. Nadie llamó. Encargaron un gran ramo de crisantemos que la florista trajo a la iglesia, pero ninguno de ellos se dignó visitar a mi madre.

»Entonces yo era sólo una niña, pero pensé y sigo pensando que es asqueroso ser tan arrogante. Es cierto que la muerte de mi padre no afectó en absoluto ni un solo barril de su repugnante petróleo, pero había sido un trabajador leal y esforzado. Desde entonces he tenido muy mala opinión de los Tackett, pero en particular de Jody.

—¿Por qué particularmente de Jody?

—Porque sólo la avaricia de apoderarse de Tackett Oil la impulsó a casarse con Clark —dijo antes de acercar la silla—. Verá, Clark abuelo era explorador durante la fiebre del petróleo. Encontró oro negro la primera vez que perforó, ganó un montón de dinero prácticamente de un día para otro y siguió enriqueciéndose. Luego llegó Clark padre. Su ambición primordial en la vida era pasárselo bien y gastarse todo el dinero de su padre que pudiera, sobre todo en el juego, el whisky y las mujeres.

»Era el hombre más atractivo que he visto en mi vida. —Suspiró nostálgicamente—. Mujeres de todos los confines lloraron su muerte. A excepción de Jody. Cuando murió, consiguió lo que siempre había deseado.

—¿Tackett Oil?

—El control total. El viejo ya estaba muerto. Cuando Clark padre se cayó en aquella montaña helada, creo que fue en el Himalaya, y se desnucó, Jody se subió las mangas de la camisa y se puso a trabajar.

Nancy no necesitaba que la alentaran para seguir hablando.

—Es dura como una piedra —prosiguió—. Procede de una familia de pobres granjeros. Un huracán los dejó sin casa. Ella fue la única que se salvó. Una viuda la adoptó y acabó de criarla.

»Era una chica muy lista y consiguió una beca para la politécnica de Texas. Recién salida de la universidad, fue a trabajar para Clark abuelo. Su trabajo consistía en la negociación de parcelas y adquirió algunos de los mejores terrenos, incluso cuando se creía que todo el petróleo del este de Texas ya estaba adjudicado. Al viejo le caía bien. Jody tenía todas las virtudes de las que Clark padre carecía: responsabilidad, ambición e impulso. Creo que Clark abuelo fue quien instigó la boda.

—¿A qué se refiere?

—Se cuenta que Clark padre se había echado una novia en Fort Worth, cuyo padre estaba vinculado con la mafia. A pesar de su dinero y rango social, no era más que un chulo enaltecido. Clark abuelo, que no quería relacionarse con esa gente, impulsó a Clark padre a casarse apresuradamente con Jody.

»No sé si es cierto, pero sí posible. A Clark padre le encantaban las juergas. Podía elegir entre centenares de mujeres. ¿Por qué iba a acceder a cargar con Jody, de no haber sido con el propósito de evitarse problemas con un mafioso?

»En todo caso, se casaron. Clark tercero tardó muchos años en nacer. Las malas lenguas afirmaban que Clark padre había necesitado mucho tiempo para conseguir una erección con Jody, que nunca fue muy agraciada. En realidad, se esfuerza en ser sencilla. Supongo que considera que el cerebro y la belleza se anulan mutuamente.

—¿No le importaba que Clark padre fuera un mujeriego?

—Si lo hacía —respondió Nancy al tiempo que se encogía de hombros—, nunca lo manifestó. Hacía caso omiso de sus correteos y se concentraba en los negocios. Supongo que le importaba mucho menos su marido que el precio del crudo. Si hubiera dependido de él, Tackett Oil probablemente se habría arruinado. Pero no con Jody al timón. Ha prosperado cuando otros acababan en la bancarrota. Es una mujer de negocios despiadada.

—Estoy aprendiendo a apreciar esa cualidad —comentó en voz baja Lara.

—No es difícil comprender el origen de su rencor. —Nancy se acercó a ella y bajó el tono de su voz, aunque no había nadie a su alrededor que las escuchara—. Lo único que Jody quería más que Tackett Oil era a su hijo, Clark. Para ella era el centro del universo. Supongo que nunca le llevó la contraria. En todo caso, tenía su futuro perfectamente proyectado, incluido un período en la Casa Blanca. La acusa a usted de haber destruido ese sueño.

—Ella y todos los demás.

—Tenga cuidado, doctora Mallory —dijo Nancy después de reflexionar unos instantes—. Jody tiene dinero, poder y sed de venganza. Eso la convierte en una persona peligrosa. —Le dio unas palmaditas a Lara en la mano—. Personalmente, me adhiero a sus enemigos.

Nancy formaba parte de una minoría. En los meses transcurridos desde aquella conversación, no había aumentado palpablemente el número de pacientes que acudían al consultorio. Sólo unas pocas personas de Eden Pass se habían arriesgado a enemistarse con Jody para solicitar los servicios profesionales de Lara. Paradójicamente, una de ellas era el propio hijo de Jody.

Sin duda, a estas alturas Key Tackett habría descubierto su metedura de pata. Probablemente su nombre había rebotado de las paredes de su casa con la ferocidad de una pelota de frontón.

No le importaba que la maldijeran. Había venido a Eden Pass con un propósito específico, que no era el de ganarse la simpatía de los Tackett. Quería algo, pero no era su consentimiento.

Cuando llegara el momento de exigirles lo que le debían, no le importaba que fuera o no de su agrado.

Aquella mañana estaba relativamente ocupada. Tenía que ver a cinco pacientes antes del mediodía. El primero era una anciana con una retahíla de dolencias.

Cuando la reconoció, Lara comprobó que estaba sana y fuerte como un roble, pero se sentía sola. Le recetó unas pastillas, que no eran más que multivitaminas, y le habló de unas amenas clases de gimnasia en la iglesia metodista.

Nancy acompañó al próximo paciente, un revoltoso niño de tres años con dolor de oído y treinta y nueve grados de fiebre. Estaba preguntándole a la madre por los particulares de la dolencia cuando oyó que se organizaba un escándalo en la recepción. Dejó al pequeño en brazos de su madre, se disculpó y salió al vestíbulo.

—Nancy, ¿qué ocurre? —preguntó.

No fue la recepcionista quien irrumpió en la sala, sino Key Tackett. Sus muletas no le impedían avanzar hacia ella a gran velocidad. Estaba claramente furioso.

Aunque se acercó a escasos centímetros antes de detenerse, Lara permaneció inmóvil.

—No tiene usted hora hasta esta tarde, señor Tackett.

La madre había seguido a Lara al vestíbulo y estaba detrás de ella. Los alaridos del niño eran ensordecedores. Nancy estaba a la espalda de Key, dispuesta a defender a Lara. Ella y Key estaban entre ambos, pero sólo Lara se sentía atrapada.

—¿Por qué no me dijo anoche quién era usted?

—Como puede comprobar, esta mañana estoy muy ocupada —respondió haciendo caso omiso de su pregunta—. Tengo pacientes esperando. Si tiene algo de lo que desee hablar conmigo, pídale hora a mi recepcionista.

—No le quepa la menor duda de que tengo algo de que hablar con usted.

Le rodaba una gota de sudor por la sien. El color casi había desaparecido de su rostro. Ambos eran síntomas de dolor.

—Creo que debería sentarse, señor Tackett. Está débil y no se encuentra en condiciones de...

—Olvide esa mierda sanitaria —exclamó—. ¿Por qué no me dijo anoche que usted era la zorra que destruyó la vida de mi hermano?

## Cuatro

Las feas palabras se le clavaron como dagas. Ligeramente mareada, Lara llenó los pulmones de aire y se aguantó la respiración. El suelo y las paredes del pasillo parecían inclinarse precariamente. Extendió el brazo y se apoyó en el arrimadero de la pared.

Nancy se abrió paso con los codos y se situó delante de Key.

—Key Tackett, no tienes ningún derecho a entrar en el consultorio y organizar semejante escándalo.

—Me encantaría charlar contigo, Nancy, y recordar los viejos tiempos, pero he venido para hablar con la doctora —respondió con un desdeñoso énfasis en la última palabra.

Lara había recuperado parcialmente su compostura, y le indicó a Nancy que se ocupara de la madre y de su hijo que lloraba.

—Tenga la bondad de atender a la señora Adams y a Stevie. Iré tan pronto como me sea posible.

Nancy titubeó, pero después de dirigirle a Key una amenazadora mirada, acompañó a madre e hijo al consultorio y cerró la puerta a su espalda.

Lara pasó al otro lado de Key para dirigirse al grupo de pacientes curiosos que se habían asomado a la puerta del pasillo.

—Por favor, siéntense —dijo la doctora en el tono más sosegado del que fue capaz—. Ha habido una ligera alteración del orden en el consultorio. Como pueden comprobar, el señor Tackett está herido y precisa atención médica inmediata, pero nos ocuparemos de él y abandonará pronto el consultorio.

—No esté tan segura.

Los pacientes le oyeron y la miraron con incertidumbre.

—Estaré con ustedes tan pronto como pueda —les aseguró. Después se dirigió a Key—: Hablaré con usted en mi despacho.

En el momento en que cerró la puerta del despacho, dio rienda suelta a su enojo:



—¡Cómo se atreve a hablarme de ese modo en un consultorio lleno de pacientes! ¡Debería llamar a la policía!

—Esa escena podía haberse evitado —respondió Key al tiempo que movía la cabeza en dirección al pasillo—, si me hubiera revelado anoche su identidad.

—No preguntó mi nombre y yo no me enteré del suyo hasta pocos segundos antes de que se marchara.

—Pues ahora ya lo sabe.

—Sí, ahora lo sé, y no me sorprende que sea uno de los Tackett. La soberbia es un distintivo familiar.

—Esto no tiene nada que ver con los Tackett, sino con usted. ¿A qué diablos ha venido a nuestra ciudad?

—¿*Su* ciudad? Curioso término para alguien que pasa tan poco tiempo aquí. Clark me contó que raramente venía a Eden Pass. ¿A qué debemos el honor de esta visita?

Key, amenazante, se acercó otro paso.

—Ya le he advertido que no pretenda pasarse de lista conmigo. No he venido a jugar con usted, doctora, de modo que no intente eludir la cuestión.

—¿Es decir?

—¡Qué diablos está haciendo aquí! —chilló.

De pronto se abrió la puerta y Nancy asomó la cabeza.

—¿Doctora Mallory? ¿Quiere que... haga algo?

Key no movió un solo músculo, como si la interrupción le hubiera pasado perfectamente inadvertida.

Inconscientemente, Lara se había preparado para aquel enfrentamiento y, por consiguiente, no estaba demasiado sorprendida por su aspecto iracundo. Puesto que la confrontación parecía inevitable, decidió resolverla cuanto antes.

—No, gracias, Nancy —respondió mirando a la enfermera—. Procure mantener a los pacientes tranquilos hasta que pueda ocuparme de ellos. Yo intentaré controlar el mal genio del señor Tackett —agregó mientras contemplaba el rostro furioso de Key.

Nancy tenía dudas respecto a la decisión de Lara, pero los dejó solos.

—Por favor, siéntese, señor Tackett. —Le ofreció una silla—. Está usted muy pálido.

—Estoy bien.

—No lo parece. Se tambalea.

—Le repito que estoy bien —insistió obstinado, levantando nuevamente la voz.

—De acuerdo. Lo que usted diga. Pero no creo que ni usted ni yo deseemos que se repita lo que hablemos. ¿Tendría la amabilidad de bajar la voz?

Apoyado en las muletas, se inclinó hasta acercar su rostro a pocos centímetros del de la doctora.

—Usted no quiere que se repita porque teme que las pocas personas que todavía no lo saben averigüen que su marido la sorprendió desnuda en la cama con mi hermano.

Había oído muchas veces aquella acusación y no parecía haber ningún antídoto para su doloroso impacto. El tiempo no había disminuido su efecto.

Lara le dio la espalda y se dirigió a la ventana, que daba al aparcamiento. Una de sus pacientes de la sala de espera se subía a su coche. No habría tenido un aspecto más avergonzado si hubiera salido de una librería para adultos con una bolsa llena de revistas pornográficas. Cuando el vehículo se retiraba, levantó una gran nube de polvo.

Entretanto, Lara había tenido tiempo de pensar en la respuesta.

—Hago grandes esfuerzos para dejar atrás el incidente de su hermano y seguir adelante con mi propia vida.

Se volvió de nuevo para mirarle y se sintió mucho más cómoda con el espacio que los separaba, aunque a pesar de la distancia su presencia era poderosa. Todavía no se había afeitado y su aspecto era aún menos respetable que la noche anterior. Lo más inquietante era la sexualidad salvaje que emanaba de él y lo placenteramente que ella la captaba, con lo cual parecía dar crédito a la mala opinión que tenía de ella, y eso la perturbaba enormemente.

—¿No merezco una segunda oportunidad, señor Tackett? —preguntó después de bajar la mirada—. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Sé el tiempo que hace. Cinco años. Todos los habitantes de este país saben exactamente cuándo ocurrió, porque la mañana en que la sorprendieron en la cama con mi hermano significó el principio del fin para él. Su vida nunca volvió a ser la misma.

—¡Tampoco la mía!

—Supongo que no —refunfuñó con sarcasmo—. No después de convertirse en la vampiresa más célebre del país.

—No me lo proponía.

—Debió habérselo planteado antes de introducirse subrepticamente en el dormitorio de Clark. Maldita sea —exclamó mientras movía perplejo la cabeza—. ¿Cómo se le ocurrió cometer adulterio, cuando su marido estaba acostado en una habitación a lo largo del mismo pasillo?

Aprender a ocultar sus sentimientos se había convertido en cuestión de supervivencia. Durante el ápice del escándalo, se había ejercitado en la forma de paralizar las facciones de su rostro para que no revelaran nada de lo que pensaba o sentía. Utilizó la misma técnica y, para que su voz no la traicionara, no dijo nada.

—Algunos de los detalles son un poco confusos —dijo Key—. Acláremelos.

—Prefiero no hablar de eso con usted. Además, tengo pacientes esperando.

—Yo soy uno de sus pacientes, ¿lo ha olvidado? —dijo. Después apoyó las muletas contra la mesa y, agarrado a la misma, se acercó dando unos saltitos sobre el pie izquierdo—. Ofrézcame un tratamiento completo.

La insinuación no fue accidental, como lo demostraba su pícaro sonrisa. Lara no reaccionó, por lo menos visiblemente.

—Adelante, doctora. Rellene las lagunas. Clark había ofrecido una cena la noche anterior, ¿no es cierto?

Lara permaneció obstinadamente callada.

—Dispongo de todo el día —le advirtió tranquilamente—. Lo único que debo hacer es descansar el tobillo. Puedo hacerlo en otro lugar, o sin moverme de aquí. Me da exactamente lo mismo.

Llamar al *sheriff* para que se lo llevaran físicamente era una de las posibilidades, pero ya le había dicho que el *sheriff* Baxter era un viejo amigo de la familia. Involucrar a la autoridad sólo serviría para empeorar la situación. ¿Qué sentido tenía prolongarla, a excepción de guardar las apariencias? Hacía años que las había sacrificado. Desde entonces, había aprendido a tragarse expertamente el orgullo.

—Clark había invitado a un grupo de personas de Washington a pasar una velada en el campo —empezó—. Randall y yo nos encontrábamos entre los invitados.

—No era la primera vez que usted visitaba la casa de campo de Clark en Virginia, ¿no es cierto?

—No.

—¿Conocía bien la casa?

—Sí.

—En realidad, debido a que Clark estaba soltero, había actuado en numerosas ocasiones como su anfitriona oficial.

—Le había ayudado a organizar varias cenas.

—Y eso de algún modo los había unido.

—Naturalmente, teníamos que organizar los menús...

—Por supuesto.

—Clark era un funcionario público. Incluso las reuniones extraoficiales precisaban organización y preparación.

—¿Se lo he discutido?

Su condescendencia la enfurecía tanto como sus iracundas acusaciones. De pronto, Lara se percató de que tenía los puños cerrados, y se esforzó en relajarse.

—Organizar esas cenas —prosiguió Key—, con todos los preparativos necesarios, debió ocuparle mucho tiempo.

—Disfrutaba haciéndolo. Era un cambio muy agradable respecto a mi trabajo en el hospital.

—Vaya, vaya. De modo que cuando estaban los dos juntitos, usted y Clark, organizando esas cenas, llegaron a... intimar bastante.

—Sí —respondió suavemente Lara—. Su hermano era un hombre muy carismático. Tenía una personalidad magnética. No creo haber conocido nunca a nadie con tanta energía, tanto entusiasmo. Parecía activo incluso cuando estaba inmóvil. Se emocionaba por las cosas y tenía unos ideales muy elevados, unas metas muy ambiciosas, no sólo para sí mismo, sino para la nación. No era ningún misterio para mí que los electores de Texas le hubieran votado para el congreso.

—Recién salido de la facultad de derecho —dijo Key, aunque Lara ya lo sabía—. Sirvió una sola legislatura en la cámara baja, antes de optar por el senado. Derrotó al titular por una mayoría aplastante.

—Su hermano era un hombre de visión. Podía pasar horas escuchándole hablar de cualquier tema. Su convicción y entusiasmo eran contagiosos.

—Esto suena a amor.

—Ya le he confesado que había mucha intimidad entre nosotros.

—Pero usted estaba casada.

—En realidad, Clark y Randall eran amigos antes de que yo le conociera. Randall nos presentó.

—¡Vaya! —exclamó con el índice levantado—. Entra en escena el marido. El pobre cornudo. Menudo tópico. Siempre el último en descubrir que su mujer le engaña. Y para colmo, con su mejor amigo. ¿No sospeché

algo su marido cuando usted insistió en pasar aquella noche en Virginia, en lugar de regresar a Washington con los demás invitados?

—Fue idea de Clark. Él y Randall tenían previsto jugar al golf al día siguiente. Habría sido absurdo conducir hasta Washington para regresar a primera hora de la mañana. A Randall le pareció lógico.

—Debía ser realmente conveniente para usted, doctora. Me refiero a tener un marido tan acomodaticio. ¿Jodió también con él aquella noche para evitar que sospechara?

Le dio un fuerte bofetón que la dejó tan atónita a ella como a Key. En toda su vida no había pegado nunca a nadie, ni se consideraba capaz de hacerlo.

Aprender a controlarse había sido una parte fundamental de su educación. Dejarse llevar por las emociones habría sido impensable en casa de sus padres. Los pataleos, la risa incontrolada y la libre expresión de los sentimientos se consideraban formas de comportamiento inaceptables. Su capacidad de distanciamiento le había sido muy útil en Washington.

No sabía cómo se las había arreglado Key para desarmar su condicionamiento habitual, pero lo había logrado. De no haber sido por el fuerte escozor en la palma de la mano, no habría creído que realmente le había pegado.

Con mayor rapidez que el pensamiento, Key la agarró por la muñeca, se la acercó y le dobló el brazo a la espalda.

—No vuelva a hacer eso nunca en su vida —pronunció las palabras con mucha precisión y sin apenas mover los labios, mientras la miraba fijamente con sus ojos brillantes.

—No tiene derecho a hablarme de ese modo.

—¿Ah, no? ¿Por qué no?

—No tiene derecho a juzgarme.

—Claro que lo tengo. En algunos lugares del mundo todavía apedrean a las mujeres que son infieles a sus maridos.

—¿Le habría parecido justo que me hubieran apedreado? Créame, haber sido víctima de la brutalidad de los medios de información fue igualmente destructivo —dijo mientras movía los dedos de la mano retenida, que se le quedaba dormida—. Me hace daño.

La soltó lentamente y retrocedió un paso.

—Actos reflejos.

Aquello sería lo más próximo a una disculpa que le ofrecería. Curioso dadas las circunstancias, pero creyó que realmente lamentaba haberla lastimado.

Key hizo una mueca y se presionó la mano contra el costado.

—¿Le duele?

—No es nada.

—¿Quiere tomar algo?

—No.

Como médico, su instinto le impulsaba a acercarse a él, reconocerle y prestarle ayuda. Pero no lo hizo. Por una parte, porque él se lo impediría. Pero primordialmente porque le producía aprensión tocarle por cualquier razón. Sólo ahora que el contacto se había interrumpido, se percató de lo cerca de él que la había sujetado.

—No suelo abofetear a mis pacientes —bromeó mientras se frotaba la mano para reactivar la circulación, con el propósito de infundir seguridad, tanto a sí misma como a él.

Su intento fracasó. Ni siquiera sonrió.

—No la reconocí anoche por las fotografías que había visto —dijo sin dejar de escudriñarle obstinadamente el rostro—. Ahora tiene otro aspecto.

—He envejecido cinco años.

—Hay algo más —insistió al tiempo que movía la cabeza—. Su cabello es diferente.

Se tocó instintivamente el pelo.

—He dejado de aclarármelo. A Randall le gustaba más rubio.

—Volvemos al marido. Pobre Randall. Apuesto a que se sintió como si le hubieran quitado la alfombra de debajo de los pies. Me pregunto por qué siguió con usted —dijo en un tono que había recuperado su sarcasmo—. Ahí estaba usted, la esposa de Randall Porter, en primera plana del *National Enquirer*, expuesta como la amante casada del senador Clark Tackett. Las fotos mostraban a Randall llevándosela de la casa de campo, envuelta en su camisión.

—No es preciso que rememore los acontecimientos. Los recuerdo perfectamente.

—¿Y qué hizo Randall? —preguntó, como si Lara no hubiera hablado—. ¿No es cierto que trabajaba para el Departamento de Estado, como diplomático? Se le suponía el don de la palabra, de una respuesta ingeniosa en la punta de la lengua. ¿Pero negó las alegaciones? No. ¿Salió en defensa de su honor? No. ¿La repudió como zorra adúltera? No. ¿Proclamó que usted había reconocido el error de su conducta y renacido como cristiana? No.

»Se aferró a usted como una maldita lapa —agregó con las manos sobre las rodillas, e inclinado hacia delante—. En lugar de hacer cualquier

declaración, se la llevó consigo a esa república bananera. «Sin comentarios», fue lo único que los medios de información lograron arrancarle.

»Claro que supongo que no hay mucho que uno pueda decir —añadió mientras se encogía lastimosamente de hombros— cuando sorprenden a su esposa en la cama con su mejor amigo, ante sus propias narices, y el idilio se convierte en un incidente político de importancia nacional.

—Supongo que no —respondió Lara, decidida a no perder nuevamente el control, por mucho que la provocara.

—Aunque Randall murió como mártir al servicio de su país, si quiere saber mi opinión, era un cobarde.

—El caso, señor Tackett, es que no le he pedido su opinión. Además, me niego a hablar con usted de mi difunto esposo y de nuestra vida íntima. Pero ahora que ha tocado el tema de la cobardía, ¿qué me dice de su hermano? Tampoco consta que hiciera ninguna declaración para negar los hechos o defender mi honor.

Al igual que su esposo, Clark no había ofrecido ninguna disculpa ni explicación. La había sacrificado a ella para enfrentarse a solas al escándalo. El silencio de ambos equivalía a una acusación, y había sido la mayor humillación que había tenido que soportar, tanto a nivel público como privado.

—Ya no había vuelta atrás. ¿Qué podía hacer?

—Hizo muchas cosas. ¿Cree que destinaron a Randall a Montesangre por casualidad?

—Nunca pensé en ello.

—Pues piénselo ahora. Ese país es un infierno —subrayó—. Una cloaca. Una pequeña república fea, sucia y corrupta. Desde un punto de vista político, era un violento barril de pólvora a punto de estallar.

—Randall no fue quien tomó la decisión de trasladarse allí, señor Tackett. No solicitó el destino. Su hermano se aseguró de que nos mandaran —añadió con desdén—. Su reacción ante el escándalo no fue la de enfrentarse al mismo, sino la de barrer el polvo bajo la alfombra.

—¿Cómo pudo lograrlo? Gracias a usted, todo el mundo le volvió la espalda. Sus amigos resultaron ser muy volátiles.

—Pero había muchos funcionarios que debían favores a Clark. Los llamó y, en un santiamén, destinaron a Randall al lugar potencialmente más peligroso del mundo en aquellos momentos.

»¿Conoce la historia de la Biblia de David y Betsabé? El rey David —prosiguió sin darle tiempo a responder— mandó al marido de Betsabé al

frente de batalla, con la seguridad casi absoluta de que le matarían. Y así ocurrió.

—Pero aquí acaba el paralelismo —dijo Key, que se había deslizado del borde de la mesa y se había situado de nuevo delante de ella—. El rey David se quedó a Betsabé consigo. ¿No le parece que esto no dice mucho de usted? —Preguntó con sorna—. Clark no la valoraba lo suficiente para conservarla. Debió ser una amante desastrosa.

Se le enrojecieron las mejillas de ira.

—Después del escándalo, Clark y yo no teníamos ningún futuro juntos.

—Clark no tenía ningún futuro y punto. Usted le costó su carrera política. Ni siquiera puso a su partido en un aprieto, presentándose a unas nuevas elecciones. Sabía que los norteamericanos estaban hartos de que sorprendieran a sus políticos con alguna zorra.

—No soy una zorra.

—De acuerdo. Es probable que incluso sepa escribir a máquina —declaró agriamente—. El caso es que hasta que usted apareció, mi hermano era la joven promesa de Washington. Pero después de aquella mañana en Virginia, se convirtió en el paria del Capitolio.

—¡No espere que me compadezca del «pobre Clark»! Su hermano conocía las consecuencias potenciales de sus actos.

—Y estaba dispuesto a arriesgarse, ¿no es cierto?

—Eso es.

—¿Qué es exactamente lo que hace usted en la cama que es tan maravilloso como para que un hombre olvide su sensatez?

—No pienso concederle el honor de una respuesta —replicó enojada—. ¿Cree que Clark fue el único en sufrir consecuencias? —Agregó con la mano abierta sobre el corazón—. Yo también sufrí pérdidas. Mi carrera, por ejemplo, que era tan importante para mí como la de Clark lo era para él.

—Usted abandonó el país.

—¿Y eso qué importa? Aunque no hubiera acompañado a Randall a Montesangre, nunca habría podido volver a ejercer la medicina en Washington o sus entornos. Todavía estaría buscando empleo, si la culpabilidad no hubiera impulsado a Clark a comprarme este lugar.

—¿Cómo? —exclamó al tiempo que levantaba bruscamente la cabeza.

Lara dio un pequeño suspiro. Se le separaron los labios de asombro. Era evidente que Key estaba realmente atónito.

—¿No lo sabía?

Se le fruncieron las cejas sobre el puente de la nariz.



—No puedo creerlo —susurró Lara sin dejar de observar atentamente la expresión de Key—. Clark le compró el consultorio al doctor Patton cuando se jubiló y lo puso a mi nombre.

Key la miró fija y prolongadamente, con tanta intensidad que a ella le resultaba difícil aguantar su mirada, pero lo hizo sin parpadear. Sus ojos reflejaban sospecha y confusión.

—Miente.

—No tiene por qué aceptar mi palabra. Consta en la escritura.

—Yo estaba presente cuando se leyó el testamento de Clark. A usted no se la mencionó. Lo recordaría.

—Así fue cómo lo organizó. Pregúnteselo a su hermana. O a su madre. Me ha amenazado repetidamente con disputar la legalidad de mi propiedad, pero Clark se aseguró de que la escritura fuera inexpugnable.

Lara irguió la espalda. El hecho de que Key lo ignorara le había brindado cierta ventaja indiscutible.

—Yo tampoco lo supe hasta después de su muerte. Me lo comunicó su abogado. Quedé estupefacta y supuse que debía tratarse de un error, porque Clark y yo no habíamos tenido contacto alguno desde el escándalo.

—¿Espera que me lo crea?

—Me importa un rábano que se lo crea —replicó.

—Está diciéndome que mi hermano, sin más, decidió comprar una propiedad que debe valer... ¿cuánto?, ¿unos doscientos mil dólares?, y se la regaló a usted —dijo antes de hacer un chasquido de sorna—. Y un carajo. Usted debió someterle a algún tipo de presión.

—Ya se lo he dicho, hacía años que no hablaba con él —insistió Lara—. No deseaba hacerlo. No tenía ninguna intención de hablar con el hombre que había permitido que me convirtiera en la víctima del escándalo público, que me había desterrado a aquel lugar olvidado de la mano de Dios y que era indirectamente responsable de la muerte de mí...

Su voz se perdió en la lejanía.

—¿Su marido? —Key sonrió ligeramente—. Con qué facilidad se olvida.

—No, señor Tackett, mi hija.

Le volvió la espalda sólo el tiempo necesario para levantar una fotografía enmarcada de su escritorio. Extendió el brazo y se la colocó delante de las narices.

—Le presento a Ashley. Mi hija. Mi hermosa niña. También pereció en Montesangre. O como usted gusta elocuentemente de decirlo, dio la vida por su país.

A Lara se le llenaron los ojos de lágrimas, que difuminaron la imagen de Key. Retrajo los brazos con la fuerza de unos pistones y se apretó la fotografía contra el pecho.

Key farfulló una exclamación.

—Lamento lo de su hija —dijo después de un prolongado momento—. Yo estaba entonces en Francia y lo leí en un periódico inglés. También recuerdo haber leído que Clark asistió al funeral de Porter y de su hija.

—Sí, Clark asistió al funeral, pero yo no. Estaba todavía en un hospital de Miami, donde me recuperaba de mis heridas —dijo mientras se apartaba de la frente un mechón de cabello, y volvía a dejar la fotografía enmarcada sobre su escritorio—. Su hermano no intentó ponerse en contacto conmigo, lo cual supuso un alivio para mí. Por su participación en nuestro exilio a Montesangre, creo que podía haberle matado si me hubiera encontrado con él en aquel momento.

—Su resentimiento no llegaba al punto de rechazar su donativo.

—No, efectivamente. Debido a mi mala fama, me rechazaron en todos los trabajos. Durante los años transcurridos desde mi recuperación, no logré conservar ningún empleo por mucho tiempo, sólo hasta que los directivos del establecimiento lograban relacionar el nombre de la doctora Lara Mallory con el de Lara Porter. No importaba lo bien que desempeñara mis funciones, me obligaban a abandonar el cargo.

»Clark debió ser consciente de ello y evidentemente consideró que me debía algo por todo lo que había perdido. Intentó asegurar mi futuro profesional. De lo contrario, ¿por qué me habría comprado este consultorio, plenamente equipado, y listo para ser ocupado si lo deseaba? Es curioso que se ahogara a los pocos días de haber agregado este codicilo a su testamento —agregó mientras inclinaba especulativamente la cabeza.

Incluso antes de que hablara, Lara se percató de que la reacción de Key era furiosamente defensiva.

—¿Qué diablos sugiere con eso?

—Sin duda llegaron a sus oídos los rumores relacionados con la muerte de Clark. Se dijo que no fue un accidente, sino suicidio.

—Está usted completamente loca —exclamó con el labio torcido—, al igual que todo aquel que piense seriamente en dichas habladurías. Clark cogió la barca para salir a pescar al lago. Conociéndole, era demasiado testarudo para llevar puesto el chaleco salvavidas. Yo tampoco lo habría usado.

—Clark era un excelente nadador. Pudo haberse salvado.

—Normalmente sí —respondió escuetamente—. Debió ocurrirle algo.

—¿Como qué? No hubo ninguna tormenta aquel día, ni indicio de problema alguno con el fuera borda. La embarcación no zozobró. ¿Qué cree usted que ocurrió?

Key se mordió el interior de la mejilla, pero fue incapaz de hallar una respuesta.

—Lo único que sé es que mi hermano no se habría quitado su propia vida. Y que las razones que pudiera tener para regalarle este lugar se las ha llevado a la tumba.

—Las razones realmente no importan. El caso es que estoy aquí.

—Con lo cual volvemos a mi pregunta inicial. ¿Por qué ha querido venir aquí? Clark era el hijo predilecto de Eden Pass. A usted sólo se la considera como a una ramera que destruyó su futuro político. Mi madre se asegurará de que nadie lo olvide.

Considerando el estado de ánimo iracundo del momento, aquella no era la mejor oportunidad para revelar su verdadera razón para venir a Eden Pass. Eso podía esperar a que amainara su hostilidad mutua, si era posible. Ahora lo más sensato era referirse a su última afirmación.

—Estoy segura de que lo intentará.

—¿Merece este lugar —preguntó mientras movía la mano abierta hacia el consultorio— tanta aflicción? Y créame Jody tiene muchos recursos.

—Quiero ejercer la medicina, señor Tackett. Soy un buen médico. Lo único que pido es que permitan que me ocupe de mi consultorio sin que se metan conmigo.

—Pues no va a serle fácil —respondió lentamente Key—. En realidad, creo que su vida en Eden Pass hará que el infierno palidezca comparativamente.

—¿Debo tomármelo como una amenaza?

—Me limito a exponer los hechos, doctora. Nadie en Eden Pass osará ofender a Jody convirtiéndose en su paciente. Puede estar segura de ello. La vida de demasiadas familias depende de Tackett Oil. Conducirán sesenta kilómetros para comprar una aspirina antes de acercarse a su puerta. —Sonrió—. Será divertido ver el tiempo que tarda en recoger sus bábulos y regresar por donde llegó. Antes de que todo termine, habrá fuegos artificiales. Supongo que deberíamos darle las gracias por romper la monotonía de este lugar.

Se acomodó las muletas bajo los sobacos y se dirigió a la puerta. Al llegar al umbral volvió la cabeza y la miró lentamente para dirigirle un último insulto.

—Clark fue un imbécil de jugárselo todo por una mujer. La única explicación es que usted debe ser una joya en la cama. ¿Pero vale la pena perder todo lo que perdió por acostarse con usted? Francamente lo dudo —dijo mientras le paseaba la mirada por el cuerpo—. Ni siquiera es particularmente atractiva.

Dejó la puerta abierta a su espalda, como indicación clara de su desprecio. Lara esperó a oírle salir por la puerta principal y se sentó a su escritorio. Sentía debilidad en las rodillas. Apoyó los codos en la mesa y descansó la frente en las manos, frías y pegajosas, mientras que de su rostro y tórax emanaba un fuerte calor.

Bajó las manos y contempló la fotografía de Ashley. Con una triste sonrisa, extendió la mano para acariciar la rechoncha mejilla de su hija, pero su tacto sólo percibió la dureza y frialdad del cristal. Aquella generosa sonrisa y aquellos alegres ojos alimentaban la voluntad de Lara. Hasta lograr lo que se proponía, soportaría todas las penas que le impusieran los Tackett.

—¿Está usted bien, doctora Mallory? —preguntó Nancy cuando irrumpió en el despacho.

—No recomiendo una dosis diaria de ese individuo —respondió con una sonrisa forzada—. Pero, sí, estoy bien.

La enfermera se retiró y regresó al cabo de un momento con un vaso de agua fría.

—Tómeselo. Probablemente le vendría mejor algo más fuerte. Key tiene la capacidad de alterar a la gente.

—Gracias —dijo Lara antes de tomar un buen trago—. Para que lo sepa, Nancy, estuvo aquí anoche. Se había torcido el tobillo y vino con la esperanza de encontrarse con el doctor Patton.

Para proteger la intimidad de Key y su propia culpabilidad, no le habló a la enfermera de la herida de bala que no había denunciado a las autoridades.

Sin que le invitara a hacerlo, Nancy se dejó caer en la silla situada frente al escritorio.

—Key Tackett ha sido siempre muy agresivo. Recuerdo que en una ocasión llevó una serpiente de cascabel viva a la escuela, en una bolsa, y aterrorizó a todas las chicas. Sólo Dios sabe cómo se las arregló para que no le mordiera. Supongo que el reptil tenía demasiado sentido común para meterse con él.

»Está como para comérselo, y estoy segura de que lo sabe. Esos ojos azules y esa sonrisa perezosa le han abierto muchos muslos. Además, estoy convencida de que debe ser un experto. Dios sabe que ha tenido bastante

práctica. Docenas de mujeres podrían demostrar que estoy en lo cierto. Pero, personalmente, siempre he creído que es un cretino.

—Discúlpeme unos minutos —dijo Lara con una sonrisa profesional forzada—. Después de ordenar mis pensamientos y refrescarme un poco, volveré a ocuparme de los pacientes.

—Doctora Mallory —respondió amablemente Nancy—, uno por uno, sus pacientes han recordado que tenían algo «importante» que hacer. Amiga mía —agregó compasivamente, dejando a un lado la formalidad—, no queda ni una alma en la sala de espera.

## Cinco

Janellen estaba sentada tras su escritorio, en las oficinas comerciales de Tackett Oil & Gas Company. El edificio cuadrado de ladrillo había sido diseñado por hombres, construido por hombres y amueblado por hombres, en la época gloriosa de Clark abuelo. Jody no se había preocupado en lo más mínimo de la decoración. La mayoría de los empleados de Tackett Oil trabajaban en la empresa desde hacía muchos años y estaban acostumbrados a sus oficinas, se sentían cómodos en las mismas. Por consiguiente, aunque Janellen pasaba allí más tiempo que cualquier otro, nunca se le había ocurrido renovar o embellecer el aspecto de las dependencias sólo para complacerse a sí misma.

El único toque personal que había agregado era una hiedra, en una maceta de arcilla en forma de conejo, colocada en una esquina del escritorio, parcialmente oculta por la correspondencia, las facturas y otros documentos.

Dirigir la oficina con gusto y eficacia era motivo de orgullo para Janellen. Abría las puertas todas las mañanas de los días laborables a las nueve en punto, comprobaba los mensajes de los contestadores automáticos y del fax recibidos por la noche, y luego consultaba una enorme agenda en la que escribía notas para sí misma, como «llamar a la iglesia respecto a las flores del altar», para conmemorar el aniversario de su difunto padre, o «visita al dentista en Longview».

Pero esta mañana estaba preocupada por la salud de su madre, y por el persistente antagonismo entre Jody y Key. No se habían levantado la voz desde la mañana siguiente al inesperado regreso de Key, pero la hostilidad estática crujía en el ambiente cuando se encontraban ambos en la misma sala.

Janellen procuraba, generalmente en vano, actuar como amortiguador. Gracias a las incesantes habladurías de Eden Pass, Jody se había enterado de la segunda visita de Key al consultorio de la doctora Lara Mallory. Ella le acusó de desobediencia flagrante, y él le recordó que ya no era un niño al que tuvieran que decir lo que debía hacer o dejar de hacer. Ella le dijo que se había puesto en ridículo y él respondió que se limitaba a seguir su ejemplo.

Y así sucesivamente.

La hora de las comidas era una tortura. La responsabilidad de la conversación recaía en Janellen y era un reto agotador. Jody nunca había sido amante de la conversación en la mesa, y ahora menos que nunca.

Key se dignaba a hacer un esfuerzo. Las obsequiaba con anécdotas de sus aventuras. A Jody sus relatos no le parecían divertidos. Frustraba todos sus intentos humorísticos y volvía persistentemente al tema de la doctora Mallory, que nunca dejaba de irritar el mal carácter de Key. Tan pronto acababa de comer, inventaba un pretexto para abandonar la casa. Janellen sabía que iba de copas, porque raramente regresaba antes de las tantas de la madrugada y solía tambalearse por la escalera.

Probablemente también alternaba, pero las voces del pueblo no revelaban quién podía ser objeto de sus favores.

Hacía una semana que estaba en casa y su regreso había estado lejos de satisfacer las expectativas de Janellen. En lugar de mejorar las perspectivas de Jody, la presencia de Key en la casa sólo había servido para empeorar su humor. Era desconcertante. Cuando estaba lejos, a Jody le preocupaba no tener noticias de él y se inquietaba por su seguridad. Nunca era demostrativa, pero Janellen había detectado el alivio que se reflejaba en su rostro cuando les mandaba una postal para decirles que estaba bien.

Ahora que estaba en casa, nada de lo que hacía complacía a Jody. Si estaba taciturno, le rechazaba. Si Key intentaba reconciliarse, ella le volvía la espalda. Se enfurecía ante la menor instigación, y Janellen reconocía que su hermano podía ser un provocador. Como el agua y el aceite, sus estados de ánimo no parecían armonizar con los de Jody.

Las cosas se pusieron feas la noche en que Key le echó en cara lo del codicilo del testamento de Clark.

—¿Por qué no se me informó de que le había comprado y regalado esa propiedad a Lara Mallory?

—Porque no era de tu incumbencia —respondió Jody.

Lo que Clark había hecho era incomprensible, especialmente para su madre. Janellen sabía que la había torturado. Habría preferido que Key no lo averiguara jamás. Pero dado que ya lo sabía, deseaba que no se lo mencionara a Jody.

—¿Que no era de mi incumbencia? —repitió con incredulidad—. ¿No crees que debía haberseme mencionado una decisión tan estúpida por su parte? Nos afecta a todos.

—Desconozco las razones de Clark para hacer lo que hizo —exclamó Jody—. Pero no permitiré que, precisamente tú, le llames estúpido a tu hermano.

—No lo he hecho. He dicho que su decisión era estúpida.

—Es lo mismo.

Su acalorada discusión duró media hora, y sólo sirvió para que Key se pusiera furioso y la presión sanguínea de Jody se le disparara. Nunca se sabría lo que había impulsado a Clark a tomar aquella decisión. A Janellen le parecía inútil especular respecto a sus motivaciones. De lo que sí estaba segura era de que a su hermano mayor le habría producido un gran disgusto la fricción que, involuntariamente, había provocado. En su casa reinaba un ambiente lúgubre y antagónico, que Janellen deseaba vana y desesperadamente cambiar.

—¿Señora?

Janellen estaba tan imbuida en sus pensamientos que se sobresaltó al oír inesperadamente la voz de un hombre. Estaba en el umbral de la puerta, con la luz del sol a su espalda y el rostro sumido en la sombra.

Avergonzada por el hecho de que la hubiera sorprendido soñando despierta, se puso inmediatamente de pie y se llevó instintivamente la mano al escote de la blusa.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Tal vez. Eso espero.

Se quitó el sombrero de paja que llevaba puesto y se acercó al escritorio. Tenía las piernas ligeramente torcidas. Era bastante más bajo que Key, parecía que no llegaba siquiera al metro ochenta. No era muy musculoso, pero parecía recio, fuerte y resistente. Su ropa era limpia y parecía nueva.

—Busco trabajo, señora. ¿No tendrán alguna vacante?

—Lo siento, no tenemos nada en este momento, ¿señor...?

—Cato, señora, Bowie Cato.

—Encantada de conocerle, señor Cato. Me llamo Janellen Tackett. ¿Qué tipo de trabajo busca? Si es nuevo en Eden Pass, tal vez pueda recomendarle a otra empresa petrolífera.

—Gracias por su amable oferta, pero no serviría de nada. Ya he preguntado. Podría decirse que he reservado lo mejor para el final —agregó con una sonrisa pasajera—. Parece que nadie contrata.

—Me temo que esta es la realidad, señor Cato. —Janellen sonrió compasivamente—. La economía en el este de Texas está en crisis, especialmente en la industria petrolífera. Prácticamente nadie perfora. Por supuesto, muchos de los pozos existentes todavía producen.



Sus míseros ojos castaños se iluminaron.

—Eso, señora, era principalmente lo que solía hacer; es decir, era bombeador. Me ocupaba del mantenimiento de varios pozos en otra empresa.

—¿De modo que tiene experiencia? ¿Conoce el negocio?

—Desde luego, señora. Del oeste de Texas. Me crié en una mierdecita, discúlpeme, en una *pequeña* ciudad cerca de Odessa y trabajé en los campos de Permian Basin desde que tenía doce años —declaró. Después hizo una pausa para brindarle la oportunidad de cambiar de opinión ahora que conocía su formación—. Bueno, de todos modos se lo agradezco, señora —agregó al cabo de unos momentos, al comprobar que no le respondía.

—¡Espere!

En el momento en que Janellen se percató de que le había tendido instintivamente la mano, la retiró confundida, la agarró con la otra mano y se las llevó a la cintura.

—¿Sí, señora? —preguntó sin dejar de mirarla con curiosidad.

—Puesto que está aquí, podría rellenar una solicitud de empleo. Si aparece alguna vacante en un futuro próximo... No anticipo que la haya, compréndalo, pero no le perjudicará tener una solicitud en nuestro fichero.

—No, supongo que no me perjudicará —respondió después de unos momentos de reflexión.

Janellen se sentó tras su escritorio y le ofreció la silla frente al mismo. En el cajón inferior, entre otros formularios, guardaba algunas solicitudes de empleo.

—¿Quiere una pluma? —preguntó después de entregarle una para que lo rellenara.

—Sí, por favor.

—¿Le apetece un café?

—No, gracias.

Agachó la cabeza después de coger la pluma que le ofreció y empezó a escribir su nombre en la parte superior del formulario.

Janellen calculó que tenía aproximadamente la misma edad que Key, aunque con más arrugas en la cara y canas en las patillas. Su cabello era castaño y llevaba marcado el círculo de su sombrero alrededor de la cabeza.

De pronto levantó la cabeza y la sorprendió mirándole fijamente.

—¿Le apetece un café? —preguntó instintivamente, sin reflexionar, antes de recordar que le había ofrecido uno hacía menos de treinta segundos—. Lo siento. Ya se lo había preguntado, ¿verdad?

—Sí, señora. Sigue sin apetecerme. Pero muchas gracias —respondió, y volvió a concentrarse en el formulario.

Mientras jugaba nerviosa con un sujetapapeles, Janellen pensaba en que hubiese deseado haber dejado la radio encendida después de las noticias de la mañana, que algún ruido interrumpiera el agobiante silencio y que estuviera mejor dotada para mantener una charla superficial.

Por fin acabó de rellenar el formulario y se lo devolvió, junto con la pluma. Janellen repasó las primeras líneas y le asombró comprobar que era mucho más joven que Key, en realidad dos años menor que ella. Habían sido treinta y un años muy duros para aquel individuo.

—¿Actualmente trabaja en The Palm? ¿En ese cuchitril? —preguntó después de leer unas líneas más abajo.

—Sí, señora —respondió antes de aclararse la garganta y levantar pudorosamente los hombros—. Admito que no es un gran trabajo. Es sólo temporal.

—No pretendía menospreciarlo —agregó apresuradamente Janellen—. Alguien tiene que trabajar en esos lugares —añadió también ofensivamente, sin proponérselo, antes de morderse el labio inferior—. Mi hermano lo visita con bastante frecuencia.

—Sí, me han indicado quién es. Pero no recuerdo haberla visto nunca a usted.

Tuvo la clara impresión de que reprimía una sonrisa. Se llevó instintivamente la mano al escote de la blusa y empezó a jugar con los botones.

—No, nunca he estado allí.

—Claro, señora.

—Veamos. —Janellen se humedeció los labios mientras se concentraba de nuevo en el formulario—. Antes de trabajar en The Palm, trabajaba usted en la peniten...

Se quedó sin habla al leer aquella inconfundible palabra. Demasiado avergonzada para mirarle después de su metedura de pata, mantuvo la mirada fija en el formulario hasta que se le confundieron las líneas y las palabras.

—Es cierto, señora —dijo apocadamente—. Pasé una temporada en la cárcel estatal de Huntsville. Ahora estoy en libertad condicional. Esa es la razón por la que necesito desesperadamente encontrar trabajo.

Después de reunir todo su valor, levantó la cabeza para mirarle.

—Lamento no disponer de ningún trabajo para usted, señor Cato.

Le consternó comprobar que era sincera.

—Bueno, de todos modos la posibilidad era muy remota —dijo después de levantarse.

—¿Por qué lo dice?

—Siendo expresidiario y todo lo demás —respondió al tiempo que se encogía de hombros.

No quiso mentirle y decirle que sus antecedentes penales no afectarían sus posibilidades de empleo en Tackett Oil. Jody se opondría rotundamente a que le contrataran. No obstante, Janellen no quería que se marchara sin una palabra de aliento.

—¿Tiene alguna otra posibilidad en perspectiva?

—No, que yo sepa —respondió antes de ponerse el sombrero y bajárselo hasta las cejas—. Gracias por su tiempo, señorita Tackett.

—Adiós, señor Cato.

Salió del despacho, cerró la puerta a su espalda, cruzó tranquilamente el rellano de hormigón, bajó dando saltos por los peldaños y se subió a una camioneta.

Janellen abandonó su silla y se acercó rápidamente a la puerta, desde donde, a través de la persiana, vio cómo se alejaba en su vehículo. Al llegar a la carretera, tomó la dirección de The Palm.

Más deprimida que antes, regresó a su escritorio. El papeleo la esperaba, pero no se sentía dispuesta a desempeñar su labor con su autodisciplina habitual. En su lugar, cogió el formulario que Bowie Cato había rellenado y volvió a leer atentamente sus datos personales.

Había puesto una cruz junto a «soltero». El espacio destinado al familiar más próximo estaba en blanco. De pronto, Janellen se percató de que actuaba como una fisgona. Habría sido distinto si hubiera existido la posibilidad real de ofrecerle algún trabajo. Pero ese no era el caso y, aunque hubiera habido alguna vacante, Jody se habría negado rotundamente a contratar a un expresidiario.

Impaciente consigo misma por haber perdido el tiempo durante media mañana, guardó la solicitud de Bowie Cato en el último cajón y se concentró en su trabajo.

—Esa corbata no, Fergus. Por el amor de Dios —exclamó desesperada Darcy Winston—. ¿No te das cuenta de que no hace juego con tu camisa?

—Ya me conoces, cariño —respondió mientras se encogía afablemente de hombros—. Sabes que soy daltónico.

—Pues yo no lo soy. Ponte esta —dijo al tiempo que le arrojaba otra corbata que acababa de sacar del armario—. Y date prisa. Esta noche somos la atracción principal y por tu culpa vamos a llegar tarde.

—Ya te he pedido disculpas por mi retraso. Un autobús de jubilados de Fayetteville ha parado inesperadamente en The Green Pine. Treinta y siete en total. He tenido que ayudar a acomodarlos. Un montón de gente muy agradable. Han pasado dos semanas en Harlingen construyendo una misión anabaptista para los mexicanos. Dan clases bíblicas y cosas por el estilo. Dicen que esos niños mexicanos cogen los helados como...

—Maldita sea, Fergus, no me interesa —le interrumpió con impaciencia—. Acaba de vestirte, por favor. Voy a decirle a Heather que se dé prisa.

Darcy avanzó a grandes zancadas por el pasillo superior de su espaciosa residencia hacia la única habitación infantil.

—Heather, ¿estás lista?

Llamó por costumbre a la puerta, pero entró sin esperar respuesta.

—¡Heather, cuelga ese maldito teléfono y vístete!

La joven de dieciséis años cubrió el auricular con la mano.

—Ya estoy lista, mamá. Sólo hablo con Tanner hasta que llegue el momento de marcharnos.

—Ha llegado el momento —respondió Darcy al tiempo que le arrebató el teléfono de las manos—. Adiós, Tanner —agregó con dulzura junto al auricular antes de colgarlo.

—¡Madre! —exclamó Heather—. ¡Qué malos modales! ¡Me muero de vergüenza! ¡Eres tan desagradable con él! ¿Por qué lo haces?

—Porque ahora nos esperan en la escuela.

—Todavía no son las seis y media. Se supone que debemos llegar a las siete.

Darcy se acercó al tocador de su hija, buscó entre las botellas de perfume hasta que encontró uno que le gustaba y se roció con el mismo.

—¿Qué tienen de malo tus propios perfumes? —preguntó Heather enojada—. Tienes docenas entre los que elegir. ¿Por qué usas el mío?

—Pasas demasiado tiempo al teléfono con Tanner —dijo Darcy sin prestar atención a la queja de su hija.

—No es verdad.

—A los chicos no les gustan las chicas demasiado fáciles.

—Por favor, mamá, deja mi joyero. Me lo dejas todo revuelto cada vez que lo tocas.

Heather extendió la mano y lo cerró.

Darcy le dio un empujón y, con actitud desafiante, volvió a abrir la caja color espliego.

—¿Qué tienes ahí escondido que no quieres que vea?

—¡Nada!

—Fumas porros...

—¡No es verdad!

Darcy hurgó entre el contenido del joyero, pero sólo encontró una selección de pendientes, brazaletes, medallones y collares que Fergus le había comprado a Heather el día de su nacimiento.

—¿Lo ves? Ya te lo había dicho.

—No te pases de lista conmigo, jovencita —dijo Darcy antes de cerrar la caja y observar atentamente a su hija con ojo crítico—. Y antes de salir, quítate por lo menos la mitad de esa sombra de los párpados. Pareces una cualquiera.

—No es verdad.

Darcy sacó un pañuelo de papel de una caja y lo puso en la mano de Heather.

—Y probablemente te comportas como tal cada vez que sales con Tanner Hoskins.

—Tanner me respeta.

—Sí, y los elefantes también vuelan. Lo que quiere es quitarte las bragas, al igual que todos los hombres que conozcas.

Sin prestar atención a las protestas de Heather, Darcy abandonó su habitación y bajó por la escalera. Estaba satisfecha consigo misma. Creía que los padres no debían permitir nunca que sus hijos les tomaran la delantera y se aferraba a Heather como las pulgas a un perro. Insistía en saber lo que su hija hacía minuto por minuto a lo largo del día, dónde estaba, con quién y cuánto tiempo. Según Darcy Winston, sólo los padres bien informados pueden ejercer el control necesario para educar a sus hijos adolescentes.

En general, Heather era obediente. Su horario escolar no le dejaba mucho tiempo para buscarse problemas, pero durante el verano, cuando era más fácil disponer de tiempo libre, abundaban las oportunidades de hacer travesuras.

La vigilancia que ejercía Darcy no se basaba tanto en su instinto maternal como en los recuerdos de su propia adolescencia. Conocía todos los trucos que utilizaban los jóvenes con padres ingenuos, porque ella los había usado todos y cada uno de ellos. Maldita sea, los había inventado.

Si su madre hubiera sido más rigurosa y hubiese estado más pendiente de lo que hacía, la juventud de Darcy habría sido más prolongada. Tal vez no se

habría casado a los dieciocho años.

Su padre había abandonado a su madre cuando Darcy tenía nueve años, y aunque al principio sentía compasión por el dilema de su madre, no tardó en inspirarle desdén. Con el transcurso de los años, el desdén se convirtió en rebeldía. A la edad actual de Heather, circulaba con una pandilla que se emborrachaba todas las noches y cambiaban frecuentemente de compañeros sexuales.

Acabó el bachillerato por los pelos, en realidad sólo después de habérsela chupado a un profesor de biología, de gafas gruesas y manos húmedas. Durante sus primeras vacaciones veraniegas en la universidad, el batería de un conjunto de *country and western* la dejó embarazada. Logró localizarlo en De Ridder, Luisiana, donde negó haberla conocido. En el fondo, Darcy se alegró de que no se responsabilizara. Era un perdedor sin talento, un drogata que gastaba su pequeña porción de los beneficios del conjunto en sustancias que pudiera fumar, esnifar o meterse en las venas.

Cuando regresó a Eden Pass, su futuro parecía lúgubre. Casualmente, se paró a desayunar en el motel The Green Pine. Con una radiante sonrisa equina, Fergus Winston, que era un solterón ya maduro, la recibió en la puerta del concurrido café.

En lugar de examinar la carta, Darcy se dedicó a contemplar a Fergus cuando marcaba los recibos en la caja. A mitad de su primera taza de café, tomó una decisión que alteraría su vida. Al cabo de dos horas había conseguido un empleo. Después de dos semanas, había atrapado a un marido.

En su noche de bodas, Fergus creía sinceramente que se había casado con una virgen y cuando, al cabo de unas semanas, Darcy le comunicó que estaba embarazada, nunca se le ocurrió pensar que el hijo hubiera podido ser engendrado por otro.

En todos los años transcurridos desde entonces, todavía no se le había ocurrido, a pesar de que Heather había sido casi ocho semanas «prematura» y pesaba casi cuatro kilos al nacer.

Fergus no tenía tiempo de pensar en dichas discrepancias, porque Darcy se aseguraba de que se concentrara en el motel. A lo largo de los años, le había convencido de que un hombre de negocios inteligente gasta dinero para ganarlo. Había modernizado el restaurante, actualizado la decoración del motel y alquilado letreros en la autopista.

Fergus se mantuvo firme en algo. Sólo él tenía acceso a los libros del motel. Por mucho que Darcy intentara persuadirle, llevaba siempre la contabilidad a solas. Ella dedujo que no declaraba todos sus beneficios a

hacienda, pero no le importaba. Lo que le molestaba era que de haber tenido acceso a los libros, probablemente habría descubierto posibles triquiñuelas que a él le habían pasado desapercibidas. Pero en sus dieciséis años de matrimonio, no había alterado su decisión. Era una de las pocas discusiones que Darcy había perdido. Después de tantos años soltero, estaba completamente embaucado con su joven y atractiva esposa pelirroja, y con su hija, y se consideraba el hombre más feliz de la tierra. Era un esposo generoso. Le había construido a Darcy la mejor casa de Eden Pass. Dispuso de carta blanca para equiparla con muebles de diseño de Dallas y Houston.

Cambiaba de coche todos los años. Era un padre adorable para Heather que, al igual que su madre, hacía con él lo que quería.

Era iluso e impasible, incluso cuando Darcy tuvo su primera relación extramatrimonial, tres meses después del nacimiento de Heather. Era un huésped del motel, vendedor de sillas de montar de El Paso, que se dirigía a Memphis. Utilizaron la habitación doscientos tres. Le resultó fácil convencer a Fergus de que iba a visitar a su madre durante unas horas.

A pesar de sus frecuentes infidelidades Darcy apreciaba sinceramente a Fergus, principalmente debido a que la posición de su marido en la sociedad había elevado considerablemente la suya, y porque le daba todos los bienes materiales que deseaba. Ahora, al verle bajar por la escalera del brazo de Heather, le brindó una sonrisa.

—Hacéis una hermosa pareja —dijo—. Toda la ciudad estará esta noche en la reunión, y la familia Winston será el centro de atención.

Fergus le colocó el brazo sobre los hombros y le dio un beso en la frente.

—Me sentiré feliz y orgulloso de estar en la tarima con las dos mujeres más hermosas de Eden Pass.

Heather levantó la mirada al cielo.

Fergus era demasiado ingenuo para captar el gesto.

—Lo que me molesta es el motivo de esta reunión. —Suspiró y contempló el rostro de su amada esposa—. Siento escalofríos sólo de pensar en que un ladrón pudo haberte lastimado.

—A mí también me pone la carne de gallina —agregó Darcy al tiempo que le daba unas palmaditas en la mejilla, antes de librarse con impaciencia de su abrazo—. Marchémonos ya, o de lo contrario llegaremos tarde. Aunque, por otra parte —añadió con una sonrisa afectada—, no creo que puedan empezar sin nosotros, ¿no te parece?

## Seis

Lara tenía razones específicas para asistir a la reunión de aquella noche.

Si en Eden Pass había una ola de delincuencia, ella necesitaba saberlo. Vivía sola y debía tomar precauciones para protegerse a sí misma y la propiedad.

También era importante para su futuro en Eden Pass que participara activamente en todas las facetas de la vida comunitaria. Ya se había comprado un abono para asistir a todos los partidos de fútbol y había contribuido a la colecta para un nuevo semáforo en el único cruce de la ciudad. Si se la veía con frecuencia en lugares habituales, como la tienda de ultramarinos Sak'n'Save y la gasolinera, tal vez los habitantes de la ciudad dejarían de considerarla forastera. Puede que incluso llegaran a aceptarla, a pesar de Jody Tackett.

La tercera razón por la que quería asistir a la reunión era mucho más personal. Le parecía muy curioso que el inicio de la delincuencia coincidiera con la llegada de Key Tackett a su puerta trasera con una herida de bala. Era altamente improbable que hubiera intentado entrar en la casa de Fergus Winston con intención de robarle, pero no dejaba de ser una extraña coincidencia que, para su tranquilidad, quería aclarar.

El auditorio del instituto, orgullo del campus consolidado, se utilizaba frecuentemente como centro comunitario. Lara llegó temprano, pero el aparcamiento ya estaba lleno de coches, furgonetas y camionetas. El periódico local había calificado la reunión de «vitalmente importante». En su artículo se citaba al *sheriff* Elmo Baxter, que decía: «Todo el mundo debería asistir a esta reunión. Corresponde a los ciudadanos de Eden Pass detener esta oleada de delincuencia antes de que se nos escape de las manos. Dicho y hecho, por decirlo de algún modo. Aquí tenemos una pequeña ciudad limpia y honrada que no dejará de serlo mientras yo sea *sheriff*».

Su apelación había asegurado una buena concurrencia. Lara era una de las muchas personas que se acercaban al bien iluminado edificio. Pero cuando



entró en el auditorio se quedó sola y oyó que la gente susurraba a su espalda. A pesar de que el griterío ahogaba el murmullo, no le pasaba desapercibido.

Procuró hacer caso omiso de quienes le volvían la cara o la miraban fijamente, y saludó a las personas que reconocía: el señor Hoskins del supermercado, la empleada de correos y los pocos que habían osado desafiar las amenazas implícitas de Jody Tackett para solicitar sus servicios profesionales.

En lugar de instalarse en una de las sillas disponibles al fondo de la sala, que habría sido cómodo pero cobarde, Lara avanzó por el congestionado pasillo central. Vio a Nancy y Clem Baker con sus retoños. Nancy le hizo una seña para que se uniera a ellos, pero Lara movió la cabeza y encontró una butaca en la tercera fila.

Su valor ante tan adversa atención era una firme actitud. Era molesto saber que las malas lenguas hablaban y que tenía docenas de ojos clavados en la nuca, la mayoría para criticarla. Sabía que en voz baja se comentaban aspectos de su vida privada, para que los menores no oyeran hablar de la descarada zorra que se encontraba entre ellos.

Lara no podía controlar lo que la gente pensara o dijera, pero todavía le dolía que mancillaran su reputación y no podía hacer absolutamente nada para impedirlo. Su única forma de autoconservación habría consistido en quedarse en casa, pero para ella aquella no era una alternativa viable. Tenía perfecto derecho a asistir a una función comunitaria. No estaba dispuesta a dejarse vencer por los rumores, ni por los cobardes sometidos a la influencia de una vieja bruja, como había llegado a considerar a Jody Tackett.

Evidentemente, la señora Tackett tenía otra opinión de sí misma. Cuando efectuó su elegante entrada tardía, avanzó lentamente por el pasillo central, sin volver la cabeza a la derecha ni a la izquierda. Consideraba que la amabilidad era una pérdida de tiempo, o impropia de su dignidad. En todo caso, no se detuvo para charlar ni siquiera con los que la saludaron.

Su porte era militar, aunque físicamente menos imponente de lo que Lara suponía. Clark se la había descrito con tanto detalle que no tuvo dificultad en reconocerla, pero se había formado una imagen mental de Jody a medio camino entre Joan Crawford y Juana de Arco.

Pero Jody era una mujer baja, robusta, de pelo canoso, con aspecto común y ropa de calidad aunque anticuada. Sus manos eran bastas y sin adornos. Sus facciones duras, casi masculinas, reflejaban la voluntad férrea por la que se la conocía.

Se hizo un silencio en la sala cuando avanzaba por el pasillo.

Su llegada equivalía a pregonar que la reunión podía empezar. Era indudablemente la primera ciudadana de Eden Pass, a quien todo el mundo rendía sus respetos.

Lara fue probablemente la única persona en la sala que se percató de que Jody Tackett estaba gravemente enferma.

Tenía las arrugas clásicas de una fumadora empedernida, alrededor de la boca y de los ojos. Además, tenía la piel agrietada. Tenía los brazos cubiertos de manchas y cardenales. Cuando le tendió la mano al alcalde, Lara se percató de que su cutícula era gruesa. Eso era sintomático de problemas arteriales.

La seguía una mujer que aparentaba la edad de Lara. Sus sonrisas eran sinceras, pero inciertas. Parecía que le incomodaba compartir el escenario con su madre. Janellen correspondía exactamente a la descripción de Clark. En una ocasión había calificado a su hermana de «ratonera», pero sin malicia alguna.

«Papá la dejó abandonada. Tal vez, si no hubiera fallecido cuando era todavía tan joven, habría acabado por florecer. Nuestra madre no tenía tiempo para ocuparse de ella. Estaba demasiado atareada con el negocio. Supongo que el hecho de crecer junto a Key, mi madre y yo, todos con fuertes personalidades, convirtió a mi hermana en tímida apocada. Raramente tenía oportunidad de abrir la boca».

Janellen tenía un rostro delicado y una complexión clara. Su boca era demasiado pequeña y su nariz un poco larga, pero al igual que sus hermanos, sus espectaculares ojos azules compensaban sobradamente la ordinariez de sus facciones.

Puesto que Jody había influido evidentemente en ella, su falta de estilo no era sorprendente. Sin embargo, incluso el atuendo de Jody era ligeramente más elegante que el de Janellen. Iba francamente desaliñada. Su riguroso peinado era dolorosamente feo. Era como si se esforzara en no ser atractiva para pasar desapercibida y permanecer a la enorme sombra de Jody.

Key cerraba la comitiva. Al contrario de su madre, no avanzó decididamente por el pasillo. Se detuvo con frecuencia para intercambiar saludos y anécdotas con personas a las que evidentemente no había visto desde hacía algún tiempo. Lara oyó fragmentos de lo que se decían.

—¡Tan cierto como que respiro! ¡Key Tackett en persona!

—¡Hola, Tacuacín! Feo, cabrón, ¿cómo te trata la vida?

Mientras el individuo denominado Tacuacín hablaba de su éxito en el negocio de los piensos y fertilizantes, Key vio por casualidad a Lara. Cuando la miró por segunda vez se le tensaron los músculos del estómago. Se miraron

mutuamente hasta que el individuo apodado Tacuacín, debido probablemente a su aspecto marsupial, le formuló una pregunta directa.

—Lo siento, ¿qué me decías? —dijo Key al tiempo que dejaba de mirarla, pero cuando Tacuacín y sus acompañantes ya se habían percatado de quién había capturado su atención.

—Decía...

Tacuacín estaba tan concentrado en dirigir la mirada de sus diminutos ojos de Lara a Key que fue incapaz de repetir la pregunta.

Afortunadamente, el director del instituto eligió aquel momento para subir a la tarima. Se acercó a un micrófono, que no funcionaba. Después de manipular los controles, casi rompió los tímpanos de los asistentes con un:

—Gracias por su asistencia esta noche.

Por fin reguló los controles y repitió el saludo.

Key prometió reunirse con Tacuacín al día siguiente para tomar una cerveza antes de reunirse con Jody y Janellen en la primera fila, donde el alcalde les había reservado unas butacas.

Empezó la reunión, presidida por él director del instituto. Presentó a la familia Fergus Winston, cuyos tres componentes emergieron de detrás del telón de terciopelo dorado. Lara los observó atentamente. A la joven adolescente, a quien presentó como Heather, parecía molestarle ser vista con sus padres en un lugar tan público. La señora Winston no parecía estar a punto de desmayarse, como lo sugería el solemne tono del director del instituto. Tenía un aspecto muy sano y rebosante de vitalidad. Las luces del escenario hacían que su cabello pelirrojo pareciera una hoguera. Introdujo recatadamente la mano junto al codo del brazo de su marido.

Lara desconfió inmediatamente de ella.

Fergus era alto, con la espalda permanentemente doblada. Su escaso cabello canoso cubría inadecuadamente su puntiaguda cabeza. Unos profundos surcos provocados por la risa rodeaban su ancha boca, pero no sonreía cuando ocupó el lugar del director del instituto en la tarima y contó su versión de su escalofriante experiencia.

Si se inclinaba ligeramente a la izquierda, Lara lograba ver a Key Tackett sentado junto a su hermana. Tenía los codos apoyados en los brazos de la butaca y se golpeaba los labios con los dedos. Descansaba el tobillo lastimado sobre la otra rodilla. Estaba hundido en su asiento y miraba de un lado para otro, como si aquello le resultara sumamente aburrido, y tan ávido de que terminara como un niño en la iglesia.

Lara volvió a mirar al escenario y comprobó que no era la única que estaba pendiente de Key. La señora Winston también le miraba fijamente. Su expresión era taimada, casi afectada.

—Y eso es todo lo que tengo que decirles —concluyó el señor Winston—. Sólo me queda por recomendarles que presten atención a cualquier personaje sospechoso, cualquier forastero que deambule por la ciudad, y denuncien al *sheriff* todo suceso inusual.

Entre aplausos, le cedió el micrófono al *sheriff*.

Elmo Baxter era un personaje desaliñado, que se movía a la velocidad de una babosa y con la expresión agobiada de un podenco.

—Agradezco a Fergus y a Darcy que compartan esta experiencia con nosotros —dijo antes de cambiar de posición—. Pero no se les ocurra ahora a todos acostarse con una pistola cargada bajo la almohada. Si detectan algún indicio de allanamiento de morada o ven a algún forastero que deambula por su barrio, denúncienlo a mi oficina. Gus o yo mismo investigaremos siguiendo el debido procedimiento policial.

»No se les ocurra tomarse la ley por cuenta propia. El Ayuntamiento y yo hemos decidido que necesitamos una junta de prevención del crimen, como en las grandes ciudades. Dicha junta organizaría grupos de personas en distintos barrios para vigilar lo que ocurre y mantener a los demás informados. Evidentemente se necesita a una persona para presidir dicha junta. Tomaré las nominaciones ahora mismo.

—Me ofrezco voluntaria —declaró Darcy Winston, con una voz clara y fuerte.

Recibió una salva de aplausos. Fergus le apretó la mano y la miró con una adoración incondicional.

—Y me gustaría que Key Tackett compartiera la presidencia —agregó Darcy.

Key se sobresaltó. Su bota aterrizó duramente en el suelo y Lara vio que hacía una mueca de dolor.

—¿Qué diablos dice? —exclamó ante la risa general provocada por su asombrada reacción—. Ni siquiera vivo aquí. Además, ¿qué sé yo de juntas?

El *sheriff*, divertido, se tiró de su prolongada oreja.

—No creo que sea necesario ser entendido en juntas, pero si alguien es capaz de cuidar de sí mismo, ese es Key, ¿no es cierto, Jody?

Jody miró a su hijo, sentado junto a Janellen.

—Creo que debes hacerlo. ¿Desde cuándo no has prestado ningún servicio a la comunidad?

—¡Desde que llevó a los Devils al campeonato estatal! —exclamó Tacuacín desde el pasillo central mientras agitaba las manos por encima de la cabeza—. ¡Quién apoya al temible número once, Key Tackett!

Otros se levantaron y se unieron al jolgorio. Los niños inquietos aprovecharon la oportunidad para huir de sus padres. Ruidosos adolescentes se saludaron con palmadas de camino a las salidas. Restaurar el orden era inconcebible y el *sheriff* Baxter pegó los labios al micrófono:

—Todos los que estén a favor que digan «sí». Se aprueba la propuesta. Pueden retirarse. Conduzcan con cuidado.

Lara se vio trasladada por la multitud al pasillo. De puntillas, comprobó que Darcy Winston gesticulaba imperiosamente para que Key se reuniera con ella en el escenario. Parecía perfectamente capaz de disparar a un amante para que no la sorprendieran con él. Había premeditación en sus labios, permanentemente apretados, y en sus ojos rasgados.

—Discúlpeme.

Lara respondió al educado ruego moviéndose a un lado y luego, cuando volvió la cabeza para disculparse a su vez por interrumpir el paso, se encontró cara a cara con Janellen.

La sorprendió con una incierta sonrisa, que se transformó rápidamente en expresión de consternación, sin que por ello dejara de mirarla descaradamente.

—Buenas noches, señorita Tackett —dijo amablemente Lara—. Perdone que le interrumpiera el paso.

—Usted es... usted es...

—Soy Lara Mallory.

—Bueno, yo...

Aunque Janellen hubiera sido capaz de formular una respuesta apropiada, Jody no le dio tiempo a hacerlo.

—¿Qué ocurre, Janellen? —preguntó con una expresión cargada de malicia al percatarse de la presencia de Lara.

—Por fin tenemos la oportunidad de conocernos, señora Tackett —dijo Lara al tiempo que le tendía la mano.

Jody hizo caso omiso de la mano y del saludo. Se limitó a empujar a su hija.

—Date prisa, Janellen. De pronto necesito aire fresco.

Lara permaneció unos momentos paralizada por la mirada iracunda de Jody. Pero el encuentro casual no había pasado inadvertido y pronto se dio cuenta de que el público deliberadamente la eludía. Retiró la mano

avergonzada. Cuando avanzaba por el pasillo, todo el mundo le cedió el paso. Parecía que fuera una leprosa. La gente no se dignaba siquiera mirarla.

Al llegar a la puerta volvió la cabeza hacia el escenario, donde vio a Key junto a la señora Winston. Lara sonrió con desdén para sus adentros. Estaban hechos el uno para el otro.

Puesto que Darcy era tan sutil como un pregonero de carnaval, a Key no le quedó otra alternativa que reunirse con ella en el escenario. Después de llamarle de un modo tan teatral, habría despertado curiosidad que no accediera a su petición.

Cuando subía al escenario, Key intentó localizar a Lara Mallory entre el público y le dejó estupefacto comprobar que hablaba con su madre.

Vio cómo Jody desdeñaba la mano que la doctora le tendía y azuzaba bruscamente a Janellen por el pasillo. La doctora Mallory hizo gala de una conducta ejemplar, sin acobardarse ni perder su compostura. No se echó a llorar, ni se encolerizó con ellas cuando se retiraban. Por el contrario, avanzó con la cabeza erguida cuando se dirigía airoso a la salida.

Key tuvo la tentación de perseguirla y... ¿qué?

¿Preguntarle por qué había elegido a su hermano, cuando en Washington había millares de jóvenes mujeriegos, ávidos de echar un polvo?

¿Comprobar si podía aclararle las misteriosas circunstancias de la muerte de su hermano?

¿Amenazarla para que abandonara la ciudad antes del amanecer?

No haría más que ponerse en ridículo y no quería brindarle dicha satisfacción. Además, tenía un asunto pendiente con Darcy. Era preferible resolverlo antes de enfrentarse a otra crisis.

—¿Qué coño te propones, Darcy? —le preguntó después de subir por los peldaños del escenario.

—¡Hola, Key! —respondió ella con una radiante sonrisa antes de presentarle a pesar de su expresión iracunda—. ¿Conoces a mi hija? Heather, este es el señor Tackett.

—Mucho gusto, señor Tackett —dijo educadamente la niña, aunque sin duda tenía otras cosas en la mente—. Tanner está esperándome —agregó dirigiéndose a su madre—. ¿Puedo marcharme ahora?

—Debes volver directamente a casa.

—Pero todo el mundo va al lago.

—¿A estas horas de la noche? No.

—¡Mamá! Va todo el mundo. Por favor.

La mirada que Darcy le lanzó a Heather transmitía advertencias implícitas.

—Quiero que estés en casa a las once y media. Ni un segundo de retraso.

—Nadie tiene que regresar tan temprano —protestó Heather con hocico.

—Jovencita, lo tomas o lo dejas.

Lo tomó. Después de despedirse formalmente de Key, se reunió con un apuesto joven que la esperaba junto al escenario.

Mientras Darcy discutía con Heather sobre la hora de su regreso, Key contempló cómo Lara Mallory avanzaba en solitario por el pasillo. Había algo muy noble en su porte. Antes de abandonar la sala volvió la cabeza para mirar al escenario.

—¿Key?

—¿Qué? —respondió, sin haberle prestado atención a Darcy hasta que desapareció la doctora.

Después de seguir la dirección de su mirada, ella también se había concentrado en las puertas traseras del auditorio.

—De modo que nuestra escandalosa doctora nos ha honrado con su presencia esta noche —comentó con malicia—. ¿Has tenido el honor de conocerla?

—Pues sí, la he conocido. Ella me curó después de que me pegaste un tiro —respondió Key, encantado de poder borrar del rostro de Darcy su complaciente sonrisa.

—¿Acudiste a *ella*? —exclamó Darcy—. ¿Te has vuelto completamente loco? Creí que tendrías el buen sentido de ir al hospital, donde te habrían reconocido, pero por lo menos está fuera de la ciudad.

—Buscaba al doctor Patton. Nadie me había dicho que se hubiera jubilado.

—¿Ni que tu hermano le había puesto un negocio aquí a su examante?

—No. Tampoco me lo habían dicho.

Procuró que el tono de su voz no le delatara, pero Darcy tampoco lo habría detectado. Sabía que las ruedas de su cerebro maquinador funcionaban a plena potencia.

—Podría denunciar la herida de bala al *sheriff* —dijo preocupada.

—Podría, pero dudo que lo haga —respondió con una mirada hacia la salida—. Tiene bastante de que preocuparse. Además, no podría demostrar nada. Ninguna bala. Me desgarró un trozo de carne al pasar —dijo antes de agacharse y bajar el tono de su voz para que no les oyeran las personas que

circulaban cerca de allí—. Debería despellejarte por haberme disparado. Podías haberme matado, mala zorra.

—No me hables de ese modo —replicó intentando conservar con dificultad su engañosa sonrisa—. Si no hubiera actuado con rapidez, Fergus nos habría sorprendido completamente desnudos y follando como conejos. Entonces él podía habernos matado y ningún jurado de este estado le habría condenado.

—¡Vida mía!

Volvió la cabeza al oír la voz de su esposo. Key le saludó con la cabeza.

—Hola, Fergus. Cuánto tiempo sin vernos.

—¿Cómo estás, Key?

—No puedo quejarme.

Años atrás, había habido un conflicto entre Fergus y Jody relacionado con una propiedad de Tackett Oil adjunta al motel de Fergus. Los detalles eran confusos y a Key nunca le habían interesado lo suficiente para querer averiguarlos. Suponía que Jody, en su avidez por conseguir petróleo, así como el poder y dinero que ello suponía, había engañado de algún modo a Fergus.

La disputa no era de su incumbencia, aunque Fergus siempre le había considerado como algo más despreciable que la mierda de pájaro, si bien ello se debía probablemente a su conducta de joven. En más de una ocasión, él, Tacuacín y el resto de su pandilla habían pasado la resaca en el café del motel de Fergus. Tenía vagos recuerdos de haber depositado litros de vómito en los rosales del jardín de The Green Pine, después de una bacanal particularmente salvaje.

En todo caso, Fergus Winston no le tenía simpatía, pero eso a Key nunca le había impedido conciliar el sueño.

—No me entusiasma en absoluto ese cargo que tu esposa me ha impuesto en la junta. Por cierto —se dirigió a Darcy y añadió—: dimito. A partir de ahora mismo.

—No puedes dimitir. Todavía no has empezado.

—Tanto mejor. Yo no he pedido formar parte de ninguna junta de vigilancia del crimen. No quiero pertenecer a la misma. Búscate a otro para compartir la presidencia.

—Evidentemente quiere que se lo pidan de rodillas, Fergus —dijo Darcy con la más radiante de sus sonrisas—. ¿Por qué no vas a por el coche y lo traes a la puerta? Me reuniré allí contigo. Entretanto, intentaré hacer cambiar de opinión al testarudo de Key.



Key contempló cómo se alejaba Fergus con toda tranquilidad entre bastidores y le daba las buenas noches al vigilante, que esperaba pacientemente a que todo el mundo abandonara el edificio para cerrar las puertas.

Darcy esperó a que su marido se alejara para concentrarse de nuevo en Key.

—¿Eres incapaz de ver una oportunidad cuando la tienes ante las narices? —preguntó en voz baja.

—¿A qué te refieres, encanto? —respondió Key con fingida ingenuidad.

—Me refiero —declaró con énfasis— a que si formamos parte de la misma junta, a nadie le sorprenderá vernos juntos. Podríamos vernos cuando quisiéramos —insistió exasperada, puesto que la mirada de Key permanecía opaca—, sin tener que ocultarnos para hacerlo.

Esperó unos segundos antes de soltar una carcajada.

—¿Crees que volveré a acostarme contigo? —exclamó después de dejar de reírse tan inesperadamente como había empezado, con el rostro contorsionado por la ira—. Realmente me das asco, señora Winston. Podías haberme matado con aquella maldita pistola. Aun así, apenas puedo subir a la cabina de un avión con este tobillo lastimado.

—Un pequeño precio que hay que pagar por el placer del que disfrutamos, ¿no te parece? —respondió mientras le contemplaba con la mirada turbia.

—Estás completamente equivocada, encanto. Hablas como si eso fuera toisón de oro —dijo Key con la mirada claramente fija en su entrepierna—, pero los he probado mejores. Mucho mejores. En todo caso, si crees que voy a volver a acercarme a ti después de esa peripecia, eres tan ilusa como lasciva.

Desapareció la niebla de su mirada. Key vio fuego.

—¡Yo tampoco follaría contigo!

—En tal caso, por lo que he oído, soy una minoría de uno.

Darcy estaba furiosa.

—Eres un hijo de puta y siempre lo has sido, Key Tackett.

—En eso tienes razón —asintió—. En el sentido más literal de la palabra.

—Vete a la mierda.

Puesto que todavía circulaba gente por el auditorio, lo único que pudo hacer fue ocultar su ira, dar media vuelta y retirarse. Respondió escuetamente a quienes la saludaron cuando avanzaba con paso decidido por el pasillo.

Key la siguió mucho más relajado, divertido, contento y al mismo tiempo ligeramente insatisfecho. Darcy se merecía todo lo que le había dicho, pero insultarla no le había producido tanto placer como anticipaba.

Como un fiel sirviente, Fergus esperaba junto a su El Dorado con la puerta abierta. Cuando Darcy se subió al vehículo, Key oyó que decía:

—Llévame inmediatamente a casa, Fergus. Tengo una jaqueca terrible.

A Key, Fergus le daba pena, pero no por el hecho de haberse acostado con su esposa, que era algo que, maldita sea, todo el mundo que llevaba pantalones había hecho en alguna ocasión. Aunque en su motel ganaba dinero, nunca sería un buen empresario. Para ello se precisaba cierta actitud de la que claramente carecía en su fino y prolongado rostro, su posición corporal, y su visión conservadora de los negocios. En este mundo había por una parte los Jody Tackett, y por otra los Fergus Winston. Los agresores y los vencidos. Unos avanzaban arrasándolo todo por la vida, mientras los otros les cedían el paso o eran arrollados.

Tanto en la vida como en el amor, Fergus pertenecía a la segunda categoría.

Dicha pasividad eludía la capacidad de comprensión de Key. ¿Por qué hacía Fergus caso omiso de las infidelidades de Darcy? ¿Por qué estaba dispuesto a hacer el ridículo? ¿Por qué aceptaba y perdonaba sus indiscreciones?

¿Por amor?

«Y un carajo», exclamó Key para sus adentros. El amor era una palabra que utilizaban los poetas y compositores. Dotaban dicha emoción de enormes poderes sobre el corazón y la mente humana, pero se equivocaban. No transformaba las vidas como lo pretendían sus estrofas edulcoradas. Key nunca había visto ninguna prueba de su magia, a no ser que fuera magia negra.

El amor había destrozado su joven corazón cuando murió su padre, dejándole sin ningún aliado en un ambiente hostil. El amor había mantenido a su hermana encadenada emocional y psicológicamente a su madre. El amor le había costado a Clark su prometida carrera como estadista. ¿Era también el amor lo que había impulsado a Randall Porter a permanecer con la ramera de su esposa?

«No es para mí», afirmó Key para sus adentros cuando cruzaba el aparcamiento a zancadas tan grandes como su lastimado tobillo le permitía. El amor, el perdón y ofrecer la otra mejilla eran conceptos propios de los domingos en la iglesia. No eran aplicables a la vida real. En todo caso, no a la suya. Si algún día, en un lapso mental, llegaba a casarse y descubriría a su esposa en manos de otro los mataría a ambos.

Al llegar junto a su coche, introdujo la llave en la cerradura.

—Buenas noches, señor Tackett.

Volvió la cabeza y vio a Lara Mallory junto a él. La brisa acariciaba suavemente su ropa y cabellera, con su rostro sumido parcialmente en la oscuridad. A él le iluminaba la luz de la luna. Aunque ella era la última persona a la que deseaba ver en aquel momento, estaba arrebatadora y momentáneamente se sintió como si le hubieran atravesado con una lanza.

Por el tono de su voz era evidente que estaba irritado.

—¿Me ha seguido usted hasta aquí?

—A decir verdad, le esperaba.

—Me emociona. ¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—Le he visto por la ciudad en este coche. Lo mínimo que se puede decir de él es que es característico.

—Era de mi padre.

El Lincoln de un kilómetro de longitud, que devoraba gasolina, tenía casi dos décadas, pero Key había dado órdenes en el taller de Bo de que lo conservaran en todo momento como si acabara de salir de la fábrica. Lo conducía siempre que estaba en casa y así se sentía vinculado al padre que había perdido.

Aquel coche reflejaba la personalidad extravagante de Clark padre. Amarillo por dentro y por fuera, con adornos dorados en el radiador y los tapacubos. Key lo denominaba afectuosamente el «chulomóvil». A Jody le disgustaba el apodo del vehículo, tal vez porque sabía que se ajustaba bastante a la realidad.

—Todavía cojea —dijo Lara—. Debería usar las muletas.

—A la mierda con las muletas. Me tienen hasta los huevos.

—Su tobillo podría sufrir un daño irreparable.

—Me arriesgaré.

—¿Cómo está su costado? No volvió al consultorio.

—No me diga.

—Es preciso retirarle el drenaje.

—Me lo he arrancado yo mismo.

—Comprendo. Un tipo duro. Bueno, por lo menos se ha afeitado... por lo que parece con un cuchillo de cocina.

Key no respondió, porque tuvo la clara impresión de que le tomaba el pelo.

—¿Se cambia el vendaje con regularidad? De lo contrario, todavía se le podría infectar. ¿Se cierra debidamente la herida?

—Está perfectamente. Fíjese —respondió al tiempo que apoyaba el codo sobre el techo del coche—. ¿Debo considerar esto como una visita a domicilio? ¿Piensa cobrármela?

—No en esta ocasión.

—Caramba, doctora, gracias. Buenas noches.

—En realidad —dijo después de acercársele un paso—, hay algo más de lo que quiero hablar con usted, y he pensado que preferiría hacerlo aquí, donde nadie pueda oírnos.

—Piense de nuevo. No me importa de lo que quiera hablar, no estoy de humor para escucharla. A decir verdad, mi humor podría calificarse de irritable. Hágase un favor a sí misma y lárguese.

Estaba a punto de sentarse al volante cuando volvió a sorprenderle agarrándole del brazo.

—Tiene usted mucha jeta, señor Tackett. De eso no cabe duda. ¿O fue idea de la señora Winston fingir allanamiento de morada para ocultar el adulterio?

Key quedó desconcertado, pero sólo momentáneamente. La doctora le miraba con mucha solemnidad, tanta solemnidad que sonrió.

—Mira por dónde. Esta listilla cree haberlo descubierto todo.

—¿No es cierto que el señor Winston los sorprendió en la cama?

—¿Por qué me lo pregunta a mí? Conoce todas las respuestas.

—Cuando huía sé torció el tobillo. Para disimular, la señora Winston le disparó. Una escena propia de una mala película. ¿Sabía usted que iba a dispararle?

—¿Qué coño le importa?

—Eso significa que no lo sabía.

—No hable por mí —replicó enojado—. Le he hecho una pregunta. ¿Qué coño le importa? ¿O simplemente siente una curiosidad morbosa por la vida amorosa de los demás?

—La única razón por la que me importa —respondió irritada— obedece a que usted irrumpió en mi consultorio y me calificó de ramera por hacer lo mismo que ha hecho usted.

—No es exactamente lo mismo, ¿no cree?

—¿En serio? ¿Cuál es la diferencia?

—Darcy y yo no perjudicábamos a nadie.

—¡No perjudicaban a nadie! —exclamó—. Está casada. Usted afirmó que eso era un pecado gravísimo.

—No, lo grave en su caso fue que la descubrieran.

—De modo que mientras su marido no se entere, ¿no tiene nada de malo que se acueste con ella?

—Puede que no esté bien, pero tampoco es catastrófico. Los únicos que sufren las consecuencias son los pecadores.

—No es verdad, señor Tackett. Ha sembrado el pánico en toda una ciudad sobre una «ola de delincuencia» que ni siquiera existe.

—Eso no ha sido cosa mía. Fergus enloqueció cuando oyó que Darcy gritaba y disparaba la pistola. Se ha excedido un poco.

—O tal vez utilizó al mítico intruso para disipar sus propias sospechas.

A Key también se le había ocurrido aquella posibilidad, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—No soy responsable de lo que ocurre en su cabeza.

—¿No le importa haber asustado a toda una ciudad?

—¿Asustado? —repitió en tono burlón—. Maldita sea. Están emocionados con la alarma. Les encanta. Ahora tienen algo en que ocupar la mente durante estas últimas semanas insípidas hasta el día del Trabajo. El *sheriff* Baxter me ha contado que ha recibido denuncias de todos los confines de la ciudad de intentos de allanamiento de morada y de gente que fisga por las ventanas —dijo con una carcajada—. Tome por ejemplo a la señorita Winnie Fern Lewis. Vive en una escalofriante casa de tres pisos en la calle Cannon. Todos los años, en la víspera de todos los santos, solíamos destrozarle los hilos de colgar la ropa, porque era mezquina y tacaña, y sólo nos daba caramelos de un penique.

»El caso es que, ayer mismo, Elmo me contó que la señorita Winnie Fern había denunciado que un hombre había estado observándola a través de la ventana, cuando se desnudaba, durante seis noches seguidas. Dijo que no podía describirle ni identificarle, porque siempre se ocultaba tras los rosales, donde «se sobaba hasta procurarse a sí mismo goce sexual», según lo describió Elmo. Si no se le escapa la risa, tiene más control que yo.

»La existencia de un fisgón oculto tras los rosales de la señorita Winnie Fern es tan irreal como la de un hombre en la luna, pero desde hacía muchísimos años no estaba tan emocionada. ¿Qué tiene de malo?

—En otras palabras, ¿considera que le ha prestado un servicio a la comunidad?

—Tal vez. Los habitantes de una pequeña ciudad como Eden Pass necesitan algo que genere emoción —dijo al tiempo que se acercaba lo suficiente para oler su perfume—. ¿Y usted qué me cuenta, doctora? —

preguntó con la voz muy grave—. ¿Qué hace usted para generar emoción, dado que en Eden Pass no hay ningún parlamentario para seducir?

Lara se estremeció de indignación y Key se percató inmediatamente de que había mentido cuando le dijo que no comprendía lo que le había atraído de ella a su hermano. La ira embellecía a Lara Mallory. Su cabeza altivamente erguida podía haber adornado con orgullo la proa de un velero.

Pero era más tierna. Mucho más tierna. Key pensaba en su ternura cada vez que la brisa del sur le pegaba la ropa al cuerpo, o le levantaba algún mechón de cabello de las mejillas. También tenía una boca muy suave.

—¿Ha elegido ya a su próxima víctima? —preguntó Key intentando apartar las ideas que le pululaban por la mente.

—¡Clark no fue mi víctima!

—Usted fue la única mujer casada con la que se relacionó en toda su vida.

—Lo cual demuestra que era más selectivo que usted.

—O menos.

Furiosa, dio media vuelta y echó a andar, pero Key la agarró y le impidió que se alejara.

—Puesto que usted lo ha empezado, va a tener que escucharme.

—¿Y bien? —exclamó al tiempo que sacudía la cabeza.

—Usted ha dicho que mis acusaciones eran injustas.

—Exacto. Son terriblemente injustas. Usted no sabe nada de mi relación con Clark, sólo lo que ha leído en la prensa sensacionalista, o lo que ha deducido en su propia mente pervertida.

Key sonrió. La doctora acababa de introducir su delicado pie en la trampa.

—Pues usted no tiene ni la más puñetera idea de mi relación con Darcy, ni para el caso con cualquier otra persona. Pero ello no le impide acosarme y echarme un sermón sobre el pecado, como cualquier vocinglero bíblico. Si es injusto que yo saque conclusiones precipitadas sobre usted, ¿no debería ser igualmente injusto que usted me ahorque sin ser juzgado?

Antes de darle tiempo a responder, la soltó, se sentó al volante del Lincoln amarillo y arrancó el motor.

—Usted no sólo fue una ramera casada, sino que es una maldita hipócrita —agregó por la ventanilla abierta del vehículo.

## Siete

Lara conducía despreocupadamente. La noche era clara y cálida. La brisa sólo servía para que circulara el calor que emanaba de la tierra de aquel vasto y duro territorio.

Texas.

«Texas no es sólo un lugar —le había oído decir muchas veces a Clark—. Es un estado de la mente. Xanadu con botas de vaquero».

Lara nunca había pisado el territorio texano hasta hacía seis meses, cuando tomó posesión del regalo que había heredado. Había llegado con ideas preconcebidas procedentes de Hollywood: enormes paisajes desiertos, interrumpidos sólo por matorrales secos arrastrados por el viento, como en *El gigante*, *Hud* y *El último espectáculo*. En dichas películas se representaba fielmente Texas, pero sólo su región occidental.

El este de Texas era verde. Sus frescos bosques estaban poblados predominantemente por pinos, con sus rectos y oscuros troncos tan perfectamente alineados que parecía que la naturaleza hubiera utilizado una regla para plantarlos. En primavera, cuando florecían los cornejos y los frutales silvestres, los bosques se cubrían de manchas color pastel. Rebaños de bueyes y vacas pastaban en sus lozanos prados. Numerosos ríos y torrentes, que habitualmente inundaban sus riberas, alimentaban lagos llenos de peces.

Y por todas partes había espacio, grandes extensiones de tierra que los texanos daban por sentada si no habían visitado nunca el denso nordeste, que la mayoría despreciaban como criadero de perversos, rojillos y maricas.

Los yanquis no tenían absolutamente ningún interés para ellos.

Sus hijos prestaban juramento a la bandera de Estados Unidos de Norteamérica, pero los nativos se consideraban en primer lugar texanos y en segundo lugar norteamericanos. La sangre de los héroes del Álamo circulaba por sus venas. Sus tradiciones estaban repletas de personajes fantásticos, y aunque su estado abarcaba buena parte del «cinturón bíblico», hablaban con orgullo de bandoleros y salteadores convertidos en héroes legendarios.

Cuanto mayor era la mala fama del personaje, más populares eran sus leyendas.

Aunque a Lara le resultara difícil comprender a la gente, había sentido una admiración inmediata por su tierra. De Eden Pass salían carreteras comarcales en todas direcciones, como los radios de una rueda. Cuando abandonó el instituto eligió una al azar y hacía aproximadamente una hora que conducía sin rumbo fijo. Había dejado atrás los límites de la ciudad y, aunque no sabía exactamente dónde se encontraba, no se consideraba perdida.

Detuvo el coche en el arcén y paró el motor. Cuando cesó el ruido de su propio vehículo, oyó que la rodeaba el sonido discordante de un coro de cigalas, grillos y ranas. Crujían las hojas, mecidas por el viento, de los jóvenes chopos que crecían en las laderas de la cuneta.

Apoyó la frente en las manos cruzadas sobre el volante y se regañó a sí misma por permitir que Key Tackett la sacara de quicio.

Había hecho exactamente lo que le acababa de decir: arrojar piedras sin un conocimiento adecuado de los hechos. Había un millar de circunstancias atenuantes, susceptibles de cambiar la complejidad de lo que parecía una relación deshonrosa. Era consciente de que las circunstancias no eran siempre lo que parecían. A menudo, factores desconocidos diferenciaban lo justo de lo injusto, el bien del mal, la culpa de la inocencia. ¿No debería saberlo ella mejor que nadie?

Sus pensamientos le producían claustrofobia y salió del coche. Un enorme prado se extendía a ambos lados de la carretera, hasta donde alcanzaba la vista. A poca distancia, bajo una exuberante pecana, se había aposentado un pequeño rebaño de vacas para pasar la noche. Se vislumbraban las oscuras e imponentes siluetas de pozos de petróleo, que bombeaban rítmicamente cuales sombras móviles en la noche. Agachaban sucesivamente sus cabezas de caballo hacia la tierra, rindiéndole honores como leales feligreses.

Supuso que pertenecían a los Tackett.

No llovía desde hacía más de una semana y la cuneta estaba perfectamente seca. La cruzó sin dificultad y se acercó a la verja de alambre que rodeaba el prado. Procurando no lastimarse con los pinchos, se apoyó en una estaca de cedro y echó la cabeza atrás para contemplar la cúpula estrellada del firmamento y la brillante media luna.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lara?

Se había formulado frecuentemente la misma pregunta. Incluso antes de la muerte de Clark, había pensado en la posibilidad de trasladarse a Texas y



plantearle sus condiciones para saldar su cuenta. Se proponía presentarle una factura por todo lo que había perdido.

Clark había fallecido antes de que pudiera llevar a cabo su plan. Por trágica que su muerte hubiera sido, poco tenía que ver con la consecución del mismo. Clark no constituía una parte fundamental del plan, pero Key sí.

Key. Él la odiaba. Por ello, su misión no sería fácil. Pero la dificultad no mermaba su determinación. Su formación médica le había demostrado que, para que las cosas mejoraran, a menudo tenían que empeorar antes. Para curar una herida era preciso cortar y extraer el veneno. Estaba dispuesta a soportarlo todo, por doloroso que fuera, a fin de poner a descansar el resto de los duendes que la atormentaban.

Sólo entonces recobraría la paz que había perdido desde la muerte de su hija. Sólo entonces lograría dejar atrás las tragedias del pasado y saborear el resto de su vida, en Eden Pass o en otro lugar.

Los años transcurridos desde su regreso de Montesangre, después de las muertes de Randall y Ashley, habían sido un páramo de desolación. No había vivido, sólo existido. Desesperada, afligida y sola, existía día tras día sin vincularse con nada de lo que la rodeaba. El trabajo pudo haberle aliviado el sufrimiento, pero también se le había negado dicha oportunidad. Era un paria, un objeto de curiosidad y de ridículo, la ramera de Clark Tackett.

Eso era lo que Key la había llamado. Una ramera. Lo mismo pensaba Jody. Lara había detectado el desprecio infinito en su mirada. En realidad, no esperaba otra cosa.

Incluso sus propios padres la habían condenado. Nunca habían mantenido una relación afectuosa con su única hija, pero se había deteriorado particularmente desde el escándalo. Fueron, sin duda, incapaces de comprender por qué se proponía ejercer en un lugar tan remoto como Eden Pass, en Texas, especialmente dado que aquel era el territorio de los Tackett.

—Necesitan un médico —les había respondido Lara cuando expresaron su incredulidad ante su decisión.

—Se necesitan médicos en todas partes —replicó su padre—. ¿Por qué elegir ese lugar?

—Porque siempre escoge la peor de las situaciones posibles, querido —respondió su madre en un tono suave pero frío—. Es una costumbre que ha adquirido para mortificarnos.

—Elegir el camino que menos resistencia ofrece no es un crimen, Lara —agregó su padre—. Después de todo lo ocurrido, sería de esperar que lo hubieras aprendido.

Se habrían horrorizado si les hubiera contado el motivo real de su traslado a Texas y optó por no hacerlo.

—Sé que no será fácil conseguir una clientela en aquel lugar, pero es la mejor oportunidad que me han ofrecido —respondió en un vano intento por defenderse.

—Y tú eres la única culpable de ello, y de todas tus desgracias. Si nos hubieras escuchado a tu madre y a mí, tu vida no estaría ahora patas arriba.

Podía haberles recordado que la habían alentado a casarse con Randall Porter. Incluso antes de conocerle, les habían impresionado sus credenciales. Era encantador, urbano y cosmopolita. Hablaba tres idiomas a la perfección y ocupaba un cargo prometedor en el Departamento de Estado, lo cual les permitía presumir en sociedad.

Todavía consideraban que Randall se había portado como un santo al seguir casado con ella después de su escándalo con el senador Tackett. ¿Habría afectado de algún modo su opinión, se preguntaba Lara, saber lo desgraciada que era con Randall hasta que le presentó a Clark?

Incómoda con sus recuerdos, Lara regresó hacia el coche y cuando estaba a punto de subirse, oyó un ruido sobre su cabeza. Miró y vio un aeroplano. Era una simple luz parpadeante en el horizonte, pero se acercó a baja altura. En realidad, volaba excesivamente bajo, casi a ras de las copas de los árboles que rodeaban el prado. Era un avión pequeño, de un solo motor, supuso con sus limitados conocimientos de aeronáutica.

Pasó sobre el prado y cruzó la carretera a unos cien metros del coche de Lara. Se aguantó la respiración cuando se acercaba al bosque. Pocos segundos antes de llegar a los árboles de la ladera, el avión levantó la proa y se elevó casi verticalmente, luego viró a la izquierda y se situó a una altura más prudente. Lara lo observó hasta perder de vista sus luces.

¿Estaría alguien fumigando cultivos a aquellas horas de la noche? ¿Espolvorearían con productos químicos los prados donde pastaba el ganado? No, debía tratarse de un exhibicionista.

—Imbécil —susurró Lara cuando se subía al coche y hacía girar la llave.

Claro que muchos consideraban que ella era una imbécil por instalarse en Eden Pass, y agitar un trapo rojo ante las narices de los Tackett. Pero cuando alguien no tiene absolutamente nada que perder, está más dispuesto a tomar grandes riesgos. ¿Qué podían hacerle o decirle los Tackett que no le hubieran hecho o dicho ya?

Después de satisfacer sus exigencias, tendría mucho gusto en dejar que se ocuparan de su propia ciudad. Entretanto, no le preocupaba lo que pensarán

de ella. Sin embargo, de algún modo debía vencer su aversión incluso a hablar con ella. ¿Pero cómo?

Jody era inabordable.

Key era falso y abusivo, y no le apetecía someterse a sus insultos más de lo estrictamente indispensable.

¿Janellen? Había intuido en la hermana de Clark un vestigio de curiosidad antes de que Jody intercediera. ¿Podría servirse de dicha curiosidad como grieta para perforar la armadura de los Tackett?

Valía la pena intentarlo.

Janellen estaba enojada consigo misma. Se había reservado el día para pagar facturas y había organizado su escritorio en consecuencia. Pero cuando buscó la carpeta donde guardaba las facturas a saldar, recordó haberla llevado a la tienda el día anterior con el propósito de comparar los albaranes con cierto equipo que habían recibido y comprobar que todo era correcto. Para ella no era normal estar tan distraída y se regañó a sí misma mientras conducía el kilómetro y medio que separaba las oficinas de la tienda, como la llamaban los obreros.

La tienda, en realidad, era todavía más fea que la oficina. Conforme crecía la empresa, el edificio inicial había ido extendiéndose para dar cabida al creciente inventario de equipos, suministros y vehículos. Puesto que era sábado, el edificio estaba desierto. Janellen condujo el coche hasta la parte trasera del mismo y aparcó junto a una puerta trasera que daba a un diminuto despacho. Allí los obreros tenían acceso a un teléfono, un frigorífico, un microondas, una cafetera, un tablón de anuncios y buzones individuales con sus correspondientes nombres, donde Janellen depositaba su salario dos veces al mes.

Después de utilizar su llave, entró y, sin prestar atención a los calendarios eróticos ni al olor enmohecido a tabaco, se dirigió al escritorio metálico donde recordaba haber dejado la carpeta. La encontró, se la colocó bajo el brazo y cuando estaba a punto de marcharse, oyó un ruido tras la puerta que daba al garaje. La abrió, dispuesta a dar voces, pero una situación inusual la dejó sin habla.

La enorme puerta del garaje estaba cerrada y el edificio, dotado de escasas ventanas, sumido en la penumbra. Había una camioneta aparcada entre dos camiones de la empresa, en la que uno de sus obreros cargaba pequeña maquinaria, tubos y otros utensilios. Comprobaba los artículos con una lista

que llevaba en el bolsillo de la camisa. Después de una última comprobación subió a la cabina de la camioneta.

Janellen salió rápidamente de su escondite y se colocó entre el radiador cubierto de insectos y la salida para impedirle la huida.

—Señorita Janellen —exclamó—. No sabía que estuviera usted aquí.

—¿Qué está haciendo aquí un sábado por la mañana, Muley?

Se le subieron los colores a la cara, a pesar de estar moreno, y tiró de la visera de la gorra con el escudo azul de Tackett Oil.

—Sabe tan bien como yo, señorita Janellen, que esta mañana he hecho mi ruta de inspección.

—Después de lo cual, su trabajo ha terminado.

—He pensado que me prepararía para el lunes por la mañana y he venido a recoger algunos utensilios.

—¿Con la puerta del garaje cerrada y todas las luces apagadas? Además —señaló la caja de la camioneta—, no ha cargado la mercancía en un camión de la empresa, sino en su propia camioneta, Muley. Está robándonos, ¿no es cierto?

—Son sólo trastos viejos, señorita Janellen. Nadie los utiliza.

—Y usted ha decidido apropiárselos.

—Ya se lo he dicho, son desperdicios, nadie los utiliza.

—Pero fueron adquiridos y pagados por Tackett Oil. No puede disponer de ellos como si le pertenecieran —dijo Janellen. Respiró hondo, irguió la espalda y añadió—: Tenga la bondad de descargarlos de su camioneta.

Cuando terminó, hundió los pulgares en su cinturón y la miró agresivamente.

—¿Piensa retenerme el sueldo?

—No. No voy a retenerle el sueldo. Está despedido.

Cambió instantáneamente de actitud. Retiró los pulgares del cinturón, cerró los puños y dio dos grandes pasos en dirección a ella.

—Y un carajo. Jody me contrató y sólo ella puede despedirme.

—Y lo haría sin parpadear si supiera que ha estado robándole. Después de cortarle la mano.

—Usted no sabe lo que ella haría. Además, no puede demostrar nada. En lo que a usted concierne, iba a pedirles que me lo vendieran.

Janellen se sintió traicionada y movió con tristeza la cabeza.

—Pero no lo ha hecho, Muley. No nos ha hecho ninguna oferta. Ha venido sigilosamente un sábado, cuando no creía encontrar a nadie, y ha

cargado el material en su camioneta. Lo siento. Mi decisión es irrevocable. Puede recoger su última paga el día quince.

—Putita adinerada —exclamó con una mueca—. Sí, me iré, pero solo porque esta empresa se va a la mierda. Todo el mundo sabe que Jody está en las últimas. ¿Se cree capaz de dirigir la empresa como ella? —pregunto en tono burlón—. Nadie la toma en serio. Nos reíamos de usted, ¿no lo sabía? Cuando acabábamos de trabajar, nos reuníamos aquí y hablábamos de usted. Es divertido ver como intenta sustituir a su madre, porque no tiene nada mejor que hacer. Como follar por ejemplo. Entre nosotros apostamos si todavía conserva el himen o no intacto. Yo afirmo que sigue ahí, duro como el cemento. Aunque heredara todo el dinero de los Tackett, ¿quién querría follar con una mujer tan frágil, que se rompería al subirse sobre ella?

Aquellos groseros insultos hicieron que Janellen se tambaleara. Le silbaban los oídos y la piel tenía la sensación de que la hubieran picado un millón de avispas. Milagrosamente, no perdió el juicio.

—Si no ha salido de aquí en diez segundos, llamaré al *sheriff* Baxter para que le detenga.

Le hizo una señal grosera con el dedo, se subió a su camioneta, arranco el motor, acelero y salió del garaje como un cohete.

Janellen se acerco al interruptor de la pared, bajó inmediatamente la puerta del garaje y hecho el cerrojo antes de regresar al despacho y cerrar también la puerta con llave.

Se dejo caer en su silla detrás del escritorio y, ligeramente doblada por la cintura, se agarro los codos. Se había enfrentado a un bruto de más de cien kilos, pero ahora que todo había terminado, temblaba incontroladamente y le castañeaban los dientes.

Retrospectivamente, enfrentarse a Muley había sido una imprudencia. Podía haberla lastimado, incluso asesinado, sin que jamás sospecharan de él. Habrían supuesto que había sido víctima de un ladón pasajero, tal vez el mismo que había entrado en casa de los Winston.

Se mecía hacia delante y hacia atrás sobre el cojín rasgado de vinilo. ¿Qué le había impulsado a desafiarle? Debía tener un gen de valentía que desconocía, y que le había provocado aquel destello de temeridad cuando lo necesitaba.

Tardo media hora en tranquilizarse. Entonces había empezado a comprender las consecuencias de su impulsiva conducta. Su decisión espontanea de despedir a Muley había sido correcta. Sin embargo, ahora tendría que comunicárselo a Jody. Estaba segura de que su madre ratificaría

su decisión, pero temía contárselo. Puede que no lo hiciera hasta que hubiera encontrado a un sustituto. ¿Pero cómo lo conseguiría? No sería fácil encontrar a alguien con tanta experiencia. Muley era un buen bombeador...

Bowie Cato.

Su nombre le vino a la mente y se le aceleró el corazón. Había pensado mucho en él, no sólo ocasionalmente, más de lo normal, más de lo que gustaba admitir. Con frecuencia había soñado despierta con sus piernas torcidas y la visión cínica del mundo que reflejaban sus ojos castaños.

¿Se atrevería a llamarle y preguntarle si todavía le interesaba el trabajo?

Probablemente habría abandonado ya la ciudad.

Además, ¿a quién se le ocurriría contratar a un expresidiario después de despedir a un empleado por robar?

A Jody le daría un ataque. Le subiría enormemente la presión sanguínea y, por su culpa, tal vez se pusiera gravemente enferma.

Enumeró una docena de contundentes objeciones, pero abrió la guía telefónica y buscó el número de The Palm. Alguien contestó a la primera llamada.

—¿Está... sí, llamo para... con quién hablo, por favor?

Su gen de la valentía había regresado a su aletargamiento.

—¿Con quién quiere hablar?

—Soy Janellen Tackett. Estoy buscando a...

—No está aquí.

—¿Cómo dice?

—Su hermano no está aquí. Vino anoche después de aquella reunión. Se quedó una media hora. Se tomó tres dobles en un tiempo récord y luego se marchó. Dijo que iba a pilotar —declaró aquella voz masculina con una carcajada—. Ni por todo el oro del mundo me habría subido a un avión con él, con todo el whisky que se había tragado y el mal humor que llevaba encima.

—Válgame Dios —susurró Janellen.

El «chulomóvil» no estaba en su lugar habitual por la mañana. Tenía la esperanza de que Key se hubiera levantado y salido temprano, no que hubiera pasado la noche fuera de casa.

—Soy Hap Hollister, señorita Janellen, el propietario de The Palm. Si Key viene por aquí, ¿quiere que le dé algún recado? ¿Desea que llame a su casa?

—Sí, por favor. Me gustaría saber que está bien.

—No se preocupe, ya conoce a Key. Sabe cuidar de sí mismo.

—Sí, pero de todos modos, dígame que me llame.

—De acuerdo. Hasta luego.

—A decir verdad, señor Hollister —agregó precipitadamente Janellen—, la razón de mi llamada era otra.

—Usted dirá —dijo Hap cuando ella titubeaba.

Janellen se secó el sudor de la palma de la mano en la falda.

—¿Trabaja todavía en su casa un joven llamado Bowie Cato?

Lara estaba arrancando las malas hierbas de su parterre de petunias cuando oyó cómo chirriaron los neumáticos de una furgoneta azul que doblaba la esquina, mordía el bordillo de la acera, entraba en el camino de su casa, daba un frenazo y se detenía. Se abrió inmediatamente la puerta del conductor y saltó un joven en bañador, con pánico en la mirada.

—¡Doctora! ¡Mi hija... su brazo... Dios mío, ayúdenos!

Lara soltó la paleta y salió del parterre a toda pastilla. Se quitó los guantes de jardinería mientras se acercaba al otro lado del coche y abrió la puerta. En el interior del vehículo había una mujer que estaba todavía más histérica que el hombre.

Llevaba en brazos una niña de unos tres años. Había mucha sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lara al tiempo que levantaba suavemente los brazos de la mujer.

La sangre era de un rojo vivo: sangre arterial.

—Nos dirigíamos al lago —respondió el hombre entre sollozos—. Letty iba en el asiento trasero, con el brazo fuera de la ventanilla. No me había dado cuenta de que estaba tan cerca cuando doblé la esquina. El poste telefónico... santo cielo... Dios mío.

La niña tenía el brazo casi amputado, con la articulación del hombro grotescamente expuesta. La sangre brotaba de la arteria partida. Tenía la piel prácticamente azul y su respiración era rápida y superficial. No reaccionaba.

—Denme una toalla.

El hombre sacó una toalla de playa de una bolsa del asiento trasero y se la dio a Lara, que la empujó fuertemente contra la herida.

—Manténgala así hasta que regrese —dijo Lara. La madre asentía, sin dejar de llorar—. Apriete tanto como pueda —agregó dirigiéndose al padre—, y despejen la parte trasera del vehículo.

Salió corriendo hacia el consultorio. Mientras recogía lo necesario para una sonda intravenosa de glucosa, llamó al número de urgencias del hospital Mother Frances en Tyler.

—Habla la doctora Mallory de Eden Pass. Necesito un helicóptero. La paciente es una niña. Está en estado de *shock*, con cianosis, no reacciona y ha perdido una cantidad considerable de sangre. Su brazo derecho está casi amputado. Ningún indicio de heridas en la cabeza, espalda o cuello. Puede trasladarse.

¿Puede llevarla a la pista de aterrizaje de Dabbert County?

—Sí.

—En este momento ambos helicópteros están realizando otros servicios. Le mandaremos uno con la mayor brevedad posible.

Lara colgó, cogió su maletín de urgencias y salió corriendo. Con evidente frenesí, el asustado padre había vaciado la parte posterior de la furgoneta. Frente a la casa había ahora un colchón de goma y unos flotadores deshinchados, una cesta de comida, seis paquetes de refrescos, dos termos, una nevera portátil y un viejo edredón.

—Ayúdeme a trasladarla atrás.

Entre Lara y el padre levantaron a la niña de los brazos de su madre y la trasladaron a la parte trasera del vehículo. Lara subió al coche y le indicó al padre cómo colocarla sobre la alfombra. La madre se agachó junto a la niña.

—Deme el edredón —dijo Lara. El padre se lo entregó y cubrió el cuerpo de la niña para conservar su temperatura corporal—. Ahora llévenos a la pista de aterrizaje del condado. Espero que sepa dónde está.

Asintió.

—Pronto llegará un helicóptero para llevar a la niña a Tyler.

Cerró la puerta trasera de la furgoneta, se colocó al volante y, a los dos minutos de haber llegado, emprendieron el camino. Con suma rapidez, Lara retiró la toalla empapada de sangre del hombro de la niña y la reemplazó por unas gasas estériles que insertó en la herida, antes de envolverla con una venda. La hemorragia podía ser fatal si no se atajaba.

A continuación buscó una vena en el reverso de la mano de la niña cuando esta empezaba a vomitar. Su madre lloraba desconsoladamente.

—Vuélvale la cabeza de lado para que no se asfixie —dijo sosegadamente Lara.

La madre obedeció. Las vías respiratorias de la niña estaban libres, aunque su pulso y su respiración eran erráticos.

El padre conducía como un loco, dando bocinazos a todos los coches con los que se encontraba, acelerando en los cruces y maldiciendo entre lágrimas. El llanto de la madre era húmedo y sonoro.



A Lara le inspiraban una gran compasión. Conocía la sensación de ver morir desangrada a una hija sin poder hacer nada para evitarlo.

Insatisfecha con la pequeña vena que había localizado en el reverso de la mano, decidió inmediatamente practicarle una incisión a la niña. Levantó el edredón para descubrir uno de sus pies y, ante la mirada horrorizada de su madre, le hizo un pequeño corte con un bisturí en el tobillo. Localizó una vena, la pellizó, e introdujo la pequeña sonda endovenosa. Con un movimiento rápido pero experto de los dedos, suturó la diminuta incisión para sujetar la sonda.

Estaba empapada de sudor y se secó la frente con la manga.

—Gracias a Dios —susurró cuando se percató de que habían llegado a la pista de aterrizaje.

—¿Dónde está el helicóptero? —exclamó el padre.

—Toque la bocina.

Un individuo de ojos húmedos con un mono grasiento salió corriendo de un hangar de hojalata ondulada y se dirigió inmediatamente al conductor.

—¿La doctora Mallory?

El padre señaló la parte trasera del vehículo. El mecánico se agachó y contempló el horrendo espectáculo.

—¿Doctora?

Lara abrió la puerta y se apeó.

—¿Ha tenido noticias del hospital Mother Frances?

—Uno de sus helicópteros había ido a recoger a un hombre con un ataque cardíaco al lago Palestine y el otro había acudido a un siniestro en la interestatal veinte.

—¿Se han puesto en contacto con Medical Center?

—Su helicóptero está en el mismo siniestro. Supongo que ha sido un accidente bastante grave. Han dicho que mandarían otro de algún lugar. Ahora están llamando.

—¡Dispone de muy poco tiempo!

—¡Dios mío, mi hija! —exclamó la madre—. Va a morir, ¿no es cierto? ¡Oh, Dios mío!

Lara contempló el pequeño cuerpo y vio cómo la vida lo abandonaba.

—Dios tenga piedad de mí.

Se cubrió la cara con las manos sin quitarse los guantes que olían a sangre. Volvía la misma pesadilla. Ver desangrarse a una niña, a punto de morir, y no poder hacer nada para evitarlo.

—¡Doctora! —exclamó el padre después de agarrarle y sacudirle el brazo—. ¿Y ahora qué? ¡Haga algo! ¡Nuestra hija está muñéndose!

Lo sabía perfectamente. También sabía que no podía enfrentarse a solas a una emergencia de tal magnitud. Podía controlar temporalmente el *shock*, pero la niña perdería indudablemente el brazo y tal vez la vida si no recibía tratamiento de urgencia inmediatamente. El pequeño hospital del condado no estaba equipado para el tratamiento de casos tan graves. Habrían podido ocuparse de una herida profunda o de un hueso fracturado, pero no de aquello. Llevarla allí equivaldría a perder un tiempo.

—¿Puede usted llevarnos? —le preguntó al atónito mecánico—. Es una situación de vida o muerte.

—Yo sólo los reparo. Nunca he pilotado. Pero aquí hay un piloto que tal vez los lleve a su destino.

—¿Dónde está?

—Allí —respondió al tiempo que señalaba el hangar con el pulgar—. Pero él tampoco se siente muy bien.

—¿Hay algún avión disponible? O mejor todavía, ¿algún helicóptero?

—¿Aquel profesional de golf que se retiró hace poco? Tiene aquí un helicóptero. Lo utiliza una o dos veces por semana para ir a jugar al golf en Dallas. Es un buen hombre. No creo que le importe que lo utilicen, especialmente tratándose de una emergencia.

—¡De prisa, de prisa! —suplicó la madre.

—¿Puede manejar un helicóptero ese piloto? —le preguntó Lara al mecánico.

—Sí, pero como ya le he dicho, no está en condiciones...

—Mantenga el suero elevado —le dijo a la madre—. Vigile su respiración —le indicó al padre.

Era arriesgado abandonar a la paciente, pero no confiaba en que aquel mecánico charlatán le transmitiera debidamente al piloto la urgencia de la situación.

Se dirigió corriendo al edificio. En su interior había varios aviones desarmados. No vio a nadie.

—¡Oiga! ¿Hay alguien?

Entró por una puerta a la izquierda, que daba a un pequeño cuarto mal ventilado. En la esquina había un catre, sobre el que alguien roncaba sonoramente.

Era Key Tackett.

## Ocho

Olía como una destilería. Lara se agachó y le sacudió violentamente el hombro.

—Despierte. Necesito que me lleve a Tyler. ¡Ahora mismo!

Key susurró algo incomprensible, la empujó y se volvió del otro lado.

En un ruidoso y oxidado frigorífico, Lara encontró varias latas de cerveza, un trozo de queso que apestaba, una vieja naranja y un recipiente de plástico lleno de agua, que era lo que esperaba encontrar. Agarró el asa, quitó el tapón y vertió todo su contenido sobre el rostro de Key.

Se incorporó rugiendo, con los puños cerrados y fuego en la mirada.

—¡Qué coño!

Cuando vio a Lara con la lata en la mano, se quedó sin habla y la miró con incredulidad.

—Le necesito para que traslade a una niña al hospital Mother Frances. Su brazo derecho está pendiente de un hilo y también su vida. No hay tiempo para discutir, ni para más explicaciones. ¿Es capaz de llevarnos allí sin estrellarse?

—Puedo pilotar en cualquier momento, a cualquier lugar.

Puso los pies en el suelo y cogió sus botas.

Lara dio media vuelta y salió del edificio. El padre de la niña se le acercó corriendo.

—¿Le ha encontrado?

—Ahora viene —respondió sin dar explicaciones.

No le pareció prudente comunicarle que el piloto estaba durmiendo una resaca. El mecánico se encontraba junto a un helicóptero con el pulgar levantado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Lara al joven padre cuando cruzaban apresuradamente el asfalto.

—Jack. Jack y Marion Leonard. Nuestra hija se llama Letty.

—Ayúdeme a introducir a Letty en el helicóptero.

Entro ambos la sacaron de la furgoneta y la llevaron hacia el helicóptero, seguidos de Marion con la bolsa de glucosa.

Cuando llegaron al aparato, Key ya estaba en el asiento del piloto.

El motor estaba funcionando y giraban los rotores. Los Leonard estaban demasiado preocupados por su hija para percatarse de que el piloto llevaba la camisa desabrochada y no se había afeitado. Por lo menos ocultaba sus ojos irritados tras unas gafas de aviador con lentes de espejo.

Cuando estaban todos a bordo, volvió la cabeza para mirar a Lara.

—¿Todos listos? —preguntó.

Lara asintió con tristeza y despegaron.

Había demasiado ruido para charlar, pero en todo caso no había nada que decir. Los Leonard permanecían abrazados mientras Lara controlaba la presión sanguínea y el pulso de la niña. Confiaba en que Key supiera cómo llegar al helipuerto del hospital Mother Frances. Llevaba puestos unos auriculares y vio que movía los labios frente al micrófono.

—He encontrado su frecuencia y estoy hablando con el equipo de traumatología. —Key volvió la cabeza para mirar a Lara—. Quieren conocer sus constantes vitales.

—La presión sanguínea es de cincuenta sobre treinta y desciende. El pulso ciento cuarenta y errático. Dígales que avisen a un cirujano vascular y a un ortopeda. Los necesitará a ambos. Le he aplicado una sonda endovenosa.

—¿Le ha administrado algún anticoagulante?

Se lo había planteado, pero había decidido no hacerlo.

—Es demasiado joven. La hemorragia está provisionalmente controlada.

Key transmitió la información. Lara siguió controlando la presión sanguínea, la respiración y el pulso de Letty. Procuraba ser objetiva, pero era difícil con una paciente tan joven, tan indefensa y tan gravemente herida.

De vez en cuando Marion extendía la mano para acariciar el cabello o la mejilla de su hija inconsciente. En una ocasión acarició con el pulgar los dedos de los pies de Letty. Aquel gesto tan maternal rompió el corazón de Lara.

Cuando vieron a sus pies las afueras de la ciudad, Key habló de nuevo.

—El equipo de traumatología está a la espera. Nos han concedido permiso para un aterrizaje de emergencia.

De pronto se detuvo la respiración superficial de Letty. Lara le llevó los dedos al cuello, pero no detectó pulso alguno.

—¿Qué ocurre? ¿Doctora? ¡Doctora! —exclamó Jack Leonard alarmado.

—Paro cardíaco.

—¡Hija! ¡Santo cielo, hija mía! —exclamó Marion histérica.

Lara se inclinó sobre la niña, apoyó las manos en la base del esternón y empujó varias veces con fuerza procurando estimular el corazón con la presión del tórax.

—No, Letty, no. Lucha. Por favor. ¿Cuánto falta, Key?

—Ya veo el hospital.

Lara cubrió la boca y ventanas de la nariz de Letty con la suya y sopló.

—No mueras. No mueras, Letty —susurró con fervor.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con la voz ronca—. Nos ha abandonado.

—¡Letty! —chilló Marion—. ¡Por favor, Señor! ¡No!

Lara ni siquiera oía sus gritos histéricos. Estaba plenamente concentrada en el pequeño cuerpo, cuyo estrecho tórax empujaba rítmicamente, al tiempo que le aplicaba la respiración artificial.

Cuando percibió una pulsación, dio un suspiro de alivio. El pecho de la niña empezó a subir y bajar, conforme reanudaba la respiración. Lara siguió ayudándola con la respiración artificial. El pulso de la niña era débil, pero respiraba de nuevo.

—¡Lo hemos logrado!

Key posó el helicóptero en el suelo.

Los miembros del equipo de traumatología se acercaron agachados por debajo de las hojas del rotor. Lara les entregó a la paciente y ayudó a sostener a Marion mientras colocaban a la niña en una camilla para trasladarla al quirófano. La siguieron, pero una enfermera les cortó el paso y los condujo a una sala de espera.

—Quiero estar con mi hija —dijo Marion, que intentaba seguir la camilla que se alejaba.

—Lo siento, señora, tiene que esperar aquí. Está recibiendo la mejor atención médica posible.

—Me ocuparé de ella —asintió Lara—. Gracias.

Entre Lara y Jack lograron que Marion entrara en la sala de espera.

—Tengo que llamar a la familia, Marion —dijo sosegadamente Jack.

—No se preocupe, me quedaré con ella.

—No —exclamó categóricamente Marion moviendo la cabeza—. Quiero ir con Jack.

No lograron disuadirla. Apoyados el uno en el otro, salieron en busca de un teléfono público.

—¿Se salvará la niña?

Al oír la voz de Key a su espalda, Lara volvió la cabeza. Miraba cómo los Leonard se alejaban por el pasillo.

—Puede que lo logre por los pelos.

—Ha estado a punto de perderla, ¿no es cierto? —preguntó entonces, después de dirigirle la mirada—. Y ha luchado denodadamente para devolverle la vida.

—Es mi trabajo.

—¿Y su brazo? —preguntó al cabo de unos momentos.

—No lo sé. Puede que lo pierda.

—Mierda —exclamó al tiempo que se guardaba las gafas en el bolsillo de la camisa, que se había abrochado antes de entrar en el hospital—. Necesito un café. ¿Le apetece?

—No, gracias.

—Cuando esté lista para regresar a Eden Pass...

—Esperaré con ellos —respondió Lara moviendo la cabeza—. Por lo menos hasta que la niña salga del quirófano. No se preocupe por mí. Me las arreglaré para regresar de algún modo.

—Voy a tomarme un café —se limitó a responder, después de echarle una mala mirada.

Lara vio cómo se alejaba por el estéril pasillo, erguido y con buen paso, a excepción de una ligera cojera en la pierna derecha. A pesar de su desaliño, nadie habría sospechado que hacía poco le había despertado de un coma alcohólico.

Había posado el helicóptero entre un aparcamiento elevado y el edificio del hospital. Todo un alarde de pilotaje. Cuando decía que era capaz de pilotar cualquier aparato a cualquier lugar, no presumía en vano.

Los Leonard regresaron de sus llamadas telefónicas e iniciaron su larga espera. Key volvió con varias tazas de café y chucherías para comer. Lara le presentó a la angustiada pareja.

—Nunca podremos agradecersele debidamente —dijo Marion entre sollozos—. Acabe como acabe, si usted no nos hubiera traído, Letty...

Key le estrujó el hombro para darle ánimos, en lugar de minimizar la gravedad de la situación con palabras vacías.

—Volveré dentro de un rato —se limitó a decir antes de ausentarse.

Las noticias del quirófano eran agonizantemente lentas. Cada vez que aparecía la enfermera, los tres se ponían nerviosos. Pero el breve mensaje en sus periódicas visitas era que los cirujanos hacían todo lo que podían para estabilizar a Letty y evitar la amputación de su brazo.

El departamento de urgencias estaba muy atareado aquella mañana. Varias personas habían sufrido heridas graves en el accidente de la carretera interestatal, en el que habían intervenido tres vehículos, uno de ellos un minibús con excursionistas de la tercera edad. El personal estaba apresurado, pero al parecer de Lara era competente.

Key regresó al cabo de una hora con una enorme bolsa de compra de Walmart, que les entregó a Lara y Marion.

—Me ha parecido que estarían más cómodas si se cambian de ropa.

Dentro de la bolsa había pantalones deportivos y camisetas. Las prendas que llevaban puestas habían quedado rígidas con la sangre de Letty. Utilizaron los servicios más próximos para lavarse y cambiarse. Cuando Jack intentó reembolsar a Key, este se negó rotundamente a aceptar su dinero.

—¿No es usted el hijo de Barney Leonard, el que dirige la tintorería de su padre?

—En efecto, señor Tackett. No sabía que me conociera.

—Lava y plancha mis camisas a la perfección, con la cantidad justa de almidón —dijo Key—. Con eso me doy sobradamente por pagado.

Jack le estrechó solemnemente la mano.

Sus parientes llegaron al cabo de una hora, junto con el sacerdote de los Leonard. Se agruparon en silencio y rezaron por la vida de Letty. A lo largo de su carrera médica, Lara había presenciado muchas escenas semejantes y había dejado de sentirse incómoda ante la tragedia humana.

Pero Key se sentía evidentemente molesto. Paseaba por el pasillo y con frecuencia desaparecía. Cada vez que se ausentaba, Lara suponía que había decidido devolver el helicóptero prestado a Eden Pass, pero luego volvía para preguntar si había alguna noticia de Letty. Durante una de sus ausencias se había afeitado y arreglado la camisa. Con el cambio parecía medianamente respetable.

Casi siete horas después de que Letty entrara en el quirófano, un individuo barrigudo, de mediana edad, con una bata azul, entró en la sala de espera y llamó su nombre. Los Leonard se pusieron de pie y se cogieron de la mano preparados para lo que estaban a punto de oír.

—Soy el doctor Rupert —dijo antes de explicarles que era el cirujano vascular—. Su hija se repondrá. A no ser que aparezca alguna complicación inesperada, sobrevivirá.

Marion se habría desplomado si su marido no la hubiera sostenido.

—Gracias. Gracias —dijo entre sollozos.

—¿Y su brazo? —preguntó Jack.

Hemos logrado salvarlo, pero en estos momentos no puedo decirlo hasta qué punto le será útil. La circulación ha sido plenamente restablecida, pero puede que haya sufrido algún daño en los nervios o los músculos que no se manifieste hasta más adelante. El doctor Callahan, que es el cirujano ortopédico, hablará con ustedes dentro de poco de la fisioterapia. Ahora, lo importante es que está viva y que sus constantes vitales son buenas.

—¿Cuándo puedo verla? —preguntó Marion.

—Permanecerá en la UVI varios días, pero podrá verla a breves intervalos. Las enfermeras la avisarán. Ahora vendrá el doctor Callahan.

Cuando todos los parientes se acercaron a Jack y a Marion para abrazarles, el cirujano se dirigió a Key.

—¿Doctor Mallory?

—No, no soy yo.

—Yo soy la doctora Mallory —dijo Lara con la mano extendida—. Practico la medicina general en Eden Pass.

—Ha hecho usted un trabajo excelente, dadas las circunstancias. Han llegado por los pelos.

—Me alegro —respondió Lara con una sonrisa indecisa. Inmediatamente bajó el tono de su voz y preguntó—: ¿Se aventuraría a hacer un pronóstico profesional sobre las posibilidades de recuperación de su brazo?

—Si fuera aficionado a las apuestas, diría que más del cincuenta por ciento. Es lo suficientemente joven para aprender a compensar cualquier incapacidad. Si recupera plenamente su uso, ni siquiera recordará lo ocurrido —respondió. Una lánguida sonrisa reflejaba el cansancio de la intensa cirugía—. Pero apuesto a que no volverá a sacar el brazo por la ventanilla abierta de ningún automóvil.

Volvieron a estrecharse la mano. Después de intercambiar unas últimas palabras con los Leonard, se alejó por el pasillo. La pareja abrazó a Lara y fueron a llamar por teléfono a otros parientes, con la buena noticia de que la crisis había pasado.

Lara miró torpemente a Key.

—Supongo que ya he terminado.

—Estoy a su disposición, doctora.

Cuando despegaron, la tensión de Lara se convirtió en profunda fatiga. Los acontecimientos del día habían dejado su huella. Le dolían todos los músculos



del cuerpo, e hizo girar la cabeza con la esperanza de deshacer los nudos del cuello.

Desde lo alto, el crepúsculo era hermoso, pero la idea de lo cerca que había estado de perder a Letty Leonard le impedía gozarlo.

La fragilidad de la vida se ponía de relieve cuando fallecía un niño. Todas las muertes le afectaban, pero la de un niño le producía un impacto particularmente devastador, porque le recordaba la forma trágica en que Ashley le había sido arrebatada. En un momento dado, su encantadora hija producía alegres sonidos infantiles y, al cabo de unos instantes, yacía inmóvil empapada de sangre.

A Lara se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le formó un nudo en la garganta. De no haber sido por la proximidad de Key Tackett en la reducida cabina, se habría echado a llorar amargamente.

Pero se obligó a conservar el control. Permaneció estoica hasta que posó el helicóptero en la pista de aterrizaje del condado de Dabbert, donde los recibió el mecánico.

—¿Cómo está la niña? —preguntó cuando Lara se apeó del aparato.

—Viva y le han salvado el brazo.

—Alabado sea Dios. Creí que ya no lo contaba. ¿Qué me dice, Key, no es una maravilla de aparato?

—De primera, Balky —admitió Key al tiempo que le devolvía las llaves.

—¿Puede encargarse de que alguien la limpie antes de que vengan a recogerla? —dijo Lara señalando la furgoneta de los Leonard.

—Ya lo he hecho —respondió el mecánico—. Bo ha mandado a un chico del garaje para limpiar la sangre.

—Ha sido usted muy amable... ¿Balky, es así como se llama?

—Balky Willis —asintió el mecánico al tiempo que le tendía la mano—. Mucho gusto, señora.

—Doctora Lara Mallory —respondió con un estrechón de manos.

—Sí, señora, suponía que era usted.

—Estoy segura de que los Leonard agradecerán lo considerado que ha sido con su vehículo.

—No ha sido idea mía. Key ha llamado desde Tyler y me lo ha sugerido.

Lara le miró sorprendida y él se encogió indiferentemente de hombros.

—Sea como sea, estoy seguro de que no necesitan ningún recuerdo desagradable. ¿Lista para marcharnos?

—¿Marcharnos? —exclamó asombrada antes de percatarse de que no disponía de ningún medio de transporte—. Si no es abusar demasiado...

Key señaló el Lincoln amarillo aparcado en el fondo del hangar.

Lara le pidió a Balky que le diera las gracias al jugador de golf por el uso del helicóptero.

Dígale que me mande la cuenta por cualquier gasto incurrido.

—De acuerdo —respondió antes de saludarla y despedirse de Key.

—Espero que usted también me mande su minuta, señor Tackett —dijo cuando se acercaban al Lincoln—. ¿Cuáles son sus honorarios?

Key abrió la puerta del coche y la aguantó para que subiera.

—Depende de los servicios prestados.

Sin sonreír, Lara se subió al coche y miró fijamente al frente a través del parabrisas.

—No parece tener un gran sentido del humor —comentó Key cuando estaban en la carretera de camino a la ciudad—. ¿No se ríe nunca?

—Sólo cuando oigo algo que tiene gracia.

—Ah, ya comprendo. No le parezco gracioso.

—Las insinuaciones sexuales han dejado de divertirme. Las he oído con demasiada frecuencia para que me parezcan humorísticas.

Key estiró su largo cuerpo para acomodarse mejor en el asiento. El cuero crujió placenteramente.

—Supongo que ese es el precio que se paga cuando le sorprenden a uno en un escándalo sexual.

—Es sólo uno de los precios que se pagan.

La miró con sincera admiración antes de concentrarse de nuevo en la carretera. Guardaron silencio mientras el coche avanzaba suavemente por la autovía al caer de la noche.

—¿Tiene hambre?

Lara no había pensado en ello, pero ahora que lo mencionaba se percató de que estaba famélica. Lo único que había tomado por la mañana, antes de salir a arrancar malas hierbas en el jardín, había sido un yogur y dos tazas de café solo.

—Sí —respondió.

—¿Le gustan las costillas de cerdo?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Conozco un lugar donde preparan las mejores del mundo. He pensado que podríamos pasar por ahí y comernos unas cuantas.

Bajó la mirada para contemplar la ropa que Key le había traído al hospital.

—Aunque le estoy muy agradecida por estas prendas, no me parece el atuendo adecuado para salir.

Key soltó una carcajada.

—Va casi demasiado elegante para ir a Barbecue Bobby's.

—Un nombre muy apropiado.

—No recibió el apodo por asador, sino por ser asado —dijo Key. Lara le dirigió una mirada de incompreensión—. Lo que ocurrió fue que una noche, Bobby Sims se enemistó con un cabalgador de toros, llamado *Pequeño* Pete Pauley. Estaban en un baile, después de un rodeo, y se pelearon por una mujer. Bobby ganó la pelea y humilló al *Pequeño* Pete, que era muy susceptible porque sólo medía metro sesenta y seis con las botas puestas.

»Aquella misma noche, el *Pequeño* Pete se vengó incendiando la casa de Bobby. Bobby salvó la vida, pero salió con casi todo el pelo chamuscado. Durante seis meses circuló tan pelado como un lagarto y con un ligero olor a humo de leña. Todo el mundo empezó a llamarle Barbacoa. Desde entonces, su vida tomó un nuevo derrotero de un modo natural.

Lara sospechaba que le tomaba el pelo, pero antes de poder expresar sus dudas, se detuvo en un aparcamiento.

—Caramba. Esta noche está muy concurrido.

—Esto es una taberna —protestó Lara al contemplar la única hilera de bombillas amarillas que colgaba del tejado, la mitad de ellas fundidas—. No pienso entrar ahí.

—¿Por qué no? —preguntó Key—. ¿Somos demasiado ordinarios para usted?

Acababa de acorralarla. Si se negaba a acompañarle, la acusaría una vez más de ser una hipócrita, una esnob mojigata capaz de arrojar piedras a los demás cuando a ella la habían sorprendido con las manos en la masa.

Por otra parte, tampoco quería que se rumoreara por la ciudad que circulaba en compañía de Key Tackett. ¡Cómo chismorrearían! La doctora había pervertido al senador Clark Tackett, dirían las malas lenguas, y ahora le había echado las garras a su hermano menor.

Pero enfrentarse a las habladurías era una posibilidad futura, mientras que el escarnio de Key era real y presente. Abrió la puerta y se apeó. Key esgrimía una insoportable sonrisa de complacencia cuando llegaron a la entrada y abrió la puerta.

El interior del tugurio no era más atractivo que el exterior. Una nube de humo de tabaco pegada al techo ensombrecía la tenue iluminación. El olor a cerveza era casi tan fuerte como el sonido del bajo, procedente del chillón tocadiscos del rincón. Varias parejas bailaban en la pequeña pista. Una larga

barra se extendía de un extremo a otro de una de las paredes y había varias mesas esparcidas por el sombrío perímetro de la sala.

Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta cuando entraron. Las mujeres inspeccionaron a Key, Lara fue el blanco de las miradas masculinas. Insegura de sí misma, dejó que la condujeran a su mesa.

—¿Toma cerveza?

—¿Con carne asada? —exclamó respondiendo al nuevo reto—. Por supuesto.

Key se llevó dos dedos a la boca y dio un fuerte silbido.

—Eh, Bobby, dos cervezas.

—¡Que me parta un rayo si no se trata de Key Tackett! —exclamó el camarero—. Marchando dos cervezas.

Key se sentó frente a Lara y apartó las vinagreras del centro de la mesa.

—En un solo día ha salvado la vida de una niña y está tomando cerveza conmigo. Parece que disfruta al borde del peligro, ¿no es cierto, doctora?

Key no esperaba ninguna respuesta, ni Lara tuvo tiempo de formularla antes de que apareciera un robusto individuo con un delantal blanco cubierto de manchas de carne y de salsa, que llevaba dos botellas de cuello largo de cerveza en una mano. Con la otra, le dio una soberana palmada a Key en la espalda.

—Cuánto tiempo sin vernos —exclamó después de dejar las botellas sobre la mesa.

Antes de que se derramara, Lara cogió inmediatamente la suya. Bobby hablaba con Key y no le prestó atención.

—He oído decir que acabas de regresar de esos países árabes. Dicen que basta mirar a sus mujeres de reojo para que le corten a uno la polla. ¿Es cierto? Me pregunto cómo se las arregla un mujeriego como tú para sobrevivir allí. Ya tenía ganas de que vinieras a verme, cabrón.

—El local tiene un aspecto maravilloso, Bobby. Parece que el negocio va bien.

—Y que lo digas. Mientras a la gente le guste comer, beber y follar, saben que este es el mejor lugar para las tres cosas. Todo en el mismo local. ¡Esta es mi filosofía comercial! ¿Quién es esta? —preguntó, señalando con un dedo a Lara.

Key se la presentó y el dueño de la taberna no fingió ocultar su asombro.

—De modo que usted es la dama sombría de la que tanto he oído hablar. Que me parta un rayo —exclamó mientras la contemplaba con una admiración que Lara apreció, después de las miradas lascivas de los demás—.

Ha instalado su tenderete en la ciudad, en la antigua madriguera del doctor Patton, ¿no es cierto?

—Eso es —respondió Lara al tiempo que observaba las cicatrices de quemaduras sobre sus cejas y línea del cabello.

—Nunca dejarás de asombrarme —dijo Bobby mirándoles alternativamente a ambos—. No creía que os dirigierais la palabra.

—No lo hacemos —respondió Key—. Pero coincidimos en que los dos tenemos hambre y aquí estamos. ¿Vas a darnos de comer, o piensas pasar toda la noche charlando?

—Claro que voy a daros de comer —sonrió Barbecue Bobby—. No puedo esperar a embolsarme tu dinero. ¿Qué queréis?

—Dos platos de costillas. El mío sin salsa.

—Traeré la salsa por separado y os las sazonáis a gusto. ¿Otro par de cervezas?

—Cuando traigas la comida.

—Espero sinceramente ponerme enfermo cuanto antes —dijo Bobby al tiempo que le guiñaba un ojo a Lara.

Luego, moviendo sorprendido la cabeza por los antojos del destino, regresó lentamente a la barra.

Key tomó varios tragos de su cerveza mientras Lara saboreaba la suya.

—¿Salió a volar anoche? —preguntó Lara.

Dejó de beber, pero sin retirar la boca de la botella de sus labios y frotárselos con la misma.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Simple curiosidad —respondió Lara después de desviar la mirada.

—Sí, salí a volar anoche. Cogí un Piper Cub. ¿Sabe lo que es? —preguntó. Lara movía la cabeza, aunque ahora tenía una ligera idea de su aspecto—. Es como una agradable cometa pequeña para dar unas vueltas. ¿Por qué le interesa?

No quiso admitir que, para aclararse la cabeza después de su altercado en el aparcamiento del instituto, había salido a dar una vuelta en coche por el campo y allí había observado a un intrépido piloto que coqueteaba en un alarde de destreza con la destrucción y la muerte.

—Pensaba en su tobillo —respondió—. Puesto que todavía cojea al andar, no estaba segura de que pudiera pilotar.

—Todavía duele. Pero no podía permanecer en tierra sin volverme loco.

—¿Entonces este descanso es inusual para usted?

—Pilotar es mi trabajo. Contrato mis servicios a todo aquel que tenga un trabajo que parezca interesante.

—¿Cuál es su criterio? ¿El interés de la misión?

—Y el dinero —sonrió—. No trabajo gratis.

—¿Puede elegir a sus clientes?

—Generalmente. Hay empresas excelentes, con aviones caros y sofisticados. Incluso aplican ciertas normas y reglamentaciones respecto a las horas durante las que un piloto puede volar sin haber dormido, o las que deben haber transcurrido desde la última cerveza. Esperan que uno rellene todos los papeles exigidos por las autoridades.

»Pero también hay muchas empresas en las que los aviones no están tan cuidados. Puede que las pistas de aterrizaje en los puntos de destino no sean ideales. Y lo único que esperan del piloto es que pueda mantener un ojo abierto.

—¿Ha pilotado usted en esas condiciones?

—En «esas condiciones» ha sido cuando más dinero he ganado.

Después de escucharle, Lara decidió que el dinero era el menor de sus incentivos.

—Le encanta, ¿no es cierto?

—Sólo lo supera el sexo. A veces es incluso mejor que el sexo, porque se prescinde de los preliminares y los aviones no hablan.

Lara no, mordió el anzuelo.

—Ahí arriba —prosiguió Key—, todo es tan limpio... Ninguna bobada le turba a uno el pensamiento —agregó con los párpados entornados, como si buscara las palabras adecuadas—. En el cielo, las cosas carecen de complicación.

—Sin embargo, parece sumamente complicado.

—Pilotar es una habilidad motriz —respondió, con una brusca sacudida de la cabeza—. Los pilotos nacen, no se hacen. Sale de las entrañas, no de la cabeza. Uno es bueno, o malo. Las decisiones son correctas, o erróneas. Metes la pata y pierdes la vida. Es así de simple. No hay áreas de penumbra ni tiempo para análisis. Sólo decisiones rápidas, que uno espera que sean las correctas.

—Hoy no ha sido tan simple —recordó Lara.

—Para mí sí lo ha sido. Yo no estaba involucrado en la urgencia. Mi trabajo consistía en pilotar el aparato y eso he hecho.

Lara no creía que fuera tan despreocupado como aparentaba. Se había involucrado emocionalmente en salvarle la vida a Letty Leonard más de lo

que estaba dispuesto a admitir y se habría llevado un enorme disgusto si la niña hubiera fallecido antes de llegar al hospital.

Barbecue Bobby les sirvió las cervezas y la comida. Cada plato contenía unas succulentas costillas, patatas asadas en su piel, col aliñada, una tajada de cebolla roja, dos rebanadas de pan blanco y un pimiento picante del tamaño de un pequeño plátano. Key lo mordió como si se tratara de un tomate. Sólo con su aroma, a Lara se le llenaron los ojos de lágrimas y decidió no probarlo. Las costillas, sin embargo, eran tan exquisitas como Key había prometido. El cerdo, cocido a fuego lento con leña de mezquite, se desprendía literalmente del hueso.

—¿Siempre quiso ser piloto? —preguntó Lara entre mordiscos.

—¿Quiso usted siempre ser médico?

—No recuerdo haber deseado otra cosa.

—¿Cuando jugaba a médicos de niña, ya se lo tomaba en serio? —preguntó con una picara sonrisa.

—Pues, sí —sonrió Lara—. Pero no como se lo imagina. Mis compañeros se hartaban y querían jugar a «maestros», «estrellas de cine», o «modelos». Pero yo nunca me cansaba de vendarles hasta que parecían momias. Les tomaba la temperatura con palitos de helado y les ponía inyecciones con pinchitos.

—Menudo dolor.

—Mis padres confiaban desesperadamente en que lo superara, pero no lo hice.

—¿No les gustó que se dedicara a la medicina?

—En absoluto. Querían convertirme en una dama de ocio que almuerza con los amigos, desempeña algún cargo voluntario al servicio de la sociedad y organiza funciones benéficas. Todo lo cual no tiene nada de malo. Para muchas mujeres supone un reto y una gratificación. Pero no era lo que yo deseaba.

—¿Papá y mamá no lo comprendieron?

—No, mis padres eran incapaces de comprenderlo —respondió Lara, al tiempo que Key levantaba las cejas para indicar que la puntualización no le había pasado inadvertida—. Yo había sido una hija tardía. A decir verdad, una sorpresa inesperada y desagradable.

»Pero, como no podían librarse de mí, hicieron de tripas corazón y organizaron el rumbo de mi vida. Puesto que me negué a seguir el camino que tan meticulosamente habían elegido, nunca me permitieron olvidar la carga que supuse para ellos. Y a veces lo fui —agregó con una carcajada—. En una

ocasión retuve a una amiga en la «UVI» hasta que sus padres, preocupados, vinieron a por ella. La encontraron en mi habitación, respirando a través de unas pajitas que le había introducido en la nariz. Es asombroso que no se asfixiara. En otra ocasión preparé a una amiga para una intervención cerebral, con la cabeza casi rapada.

Key se secó los labios entre carcajadas.

—Luego estuvo también lo de *Molly*.

—¿Qué le hizo?

—La abrí.

—¿Cómo? —exclamó Key, quien se atragantó con la cerveza.

—*Molly* era el perdiguero dorado de nuestros vecinos. Una perra encantadora con la que había jugado desde antes de aprender a caminar. Se puso enferma y...

—¿Decidió operarla?

—No, murió. Nuestros vecinos estaban desconsolados y no quisieron enterrarla el mismo día de su muerte. De modo que la envolvieron en un plástico y la dejaron durante la noche en el garaje.

—Santo cielo. ¿Le practicó la autopsia?

—Sí, una autopsia rudimentaria. Obligué a una amiga, que quería ser enfermera, a que me acompañara a hurtadillas al garaje con los utensilios de cocina de nuestra ama de llaves.

Key se pasó la mano por la cara sin dejar de reírse.

—La mayoría de las niñas que yo conocía jugaban con muñecas Barbie.

—Convencida de que *Molly* no sufría —agregó Lara a la defensiva—, no creí que tuviera nada de malo abrirla para mirar en su interior. Quería aprender algo de anatomía, aunque en aquella época no sabía ni que la palabra existiera.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando empecé a extirparle los órganos a la perra, mi supuesta amiga se puso a chillar. Al oír los gritos, los dueños de *Molly* llamaron a la policía. Llegaron aproximadamente cuando mi compañera y yo acabábamos de escabullirnos de mis padres. Entraron en el garaje, vieron la carnicería y se armó la de San Quintín.

»Evidentemente, mis padres estaban horrorizados y empezaron a acusarse mutuamente de ser portadores de «malos genes» en ambas ramas de la familia. Los padres de mi amiga les dijeron a los míos que yo estaba con toda claridad gravemente trastornada y que deberían someterme a tratamiento



siquiátrico antes de que me convirtiera en un verdadero peligro para mí misma y para los demás.

»Mis padres estuvieron de acuerdo. Después de varias semanas de sesiones siquiátricas extensas y caras, el doctor llegó a la conclusión de que era una niña de once años perfectamente normal. Mi única característica inusual era un interés obsesivo por la anatomía humana, desde un punto de vista estrictamente médico.

—Apuesto a que sus padres se alegraron de saber que no habían criado a un monstruo.

—No del todo. Siguieron pensando que mi deseo de ser médico era extraño. Hasta cierto punto, todavía lo piensan —dijo mientras seguía inconscientemente con el dedo una gota de condensación en la botella—. Mis padres son unas personas muy sociales. Para ellos cuentan mucho las apariencias y detestan cualquier tropiezo en sus organizadas vidas. Yo les he proporcionado bastantes, empezando por mi nacimiento y concluyendo con... —hizo una pausa para levantar la cabeza y mirar a Key a los ojos—... el espectáculo en la casa de campo de Clark. Al igual que usted, señor Tackett, no me recriminaron el hecho de mantener relaciones con él. Sólo que pasara a ser del dominio público.

En aquel momento, un cuerpo humano aterrizó sobre su mesa.

## Nueve

Los platos sucios se precipitaron al suelo y los huesos de las costillas se desparramaron por el mugriento encerado. Cayeron cuatro botellas de cerveza. La primera se rompió, las demás rodaron por el suelo.

El peso del individuo había colocado la mesa en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Le sangraba la nariz. Entre blasfemias, logró ponerse de pie y se abalanzó sobre el individuo que le había golpeado.

—Ha llegado el momento de retirarse —dijo Key al tiempo que se ponía tranquilamente de pie y agarraba a Lara por el brazo—. No debemos permitir que una pelea estropee su primera visita a Barbecue Bobby's.

Lara estaba fascinada por aquel inesperado estallido de violencia. Mientras los dos jóvenes seguían dándose porrazos, se formó un corro de curiosos a su alrededor que les vitoreaban. Horrorizada, observó cómo se derramaba la sangre y escuchó cómo crujían los cartílagos.

—¡Están lastimándose!

Conforme Key la conducía hacia la puerta, intentó hincar los talones en el suelo, pero él hizo caso omiso de sus esfuerzos y la empujó inexorablemente en dirección a la salida. Sólo paró momentáneamente para entregarle a Bobby un billete de veinte dólares.

—Tan buenas como de costumbre. Gracias.

—Por supuesto. Hasta la próxima.

Bobby no alejaba la mirada de la pelea, que se había enardecido. Los contendientes se arreaban terribles puñetazos y se obsequiaban mutuamente con las peores groserías.

—Debería quedarme —protestó Lara—. Necesitarán atención médica. Podría ser útil.

Key volvió la cabeza para mirar con indiferencia a los contendientes mientras empujaba a Lara por la puerta.

—No agradecerían su ayuda, créame. Especialmente esos dos. No les gusta que los demás metan las narices en sus asuntos familiares.

—¿Son parientes? —preguntó Lara atónita.

—Cuñados —respondió Key cuando ya estaban en el coche y abandonaban el aparcamiento para entrar en la carretera—. Lem y Scoony han sido siempre íntimos amigos. Hace unos años, Lem empezó a interesarse particularmente por la hermana menor de Scoony. Comenzaron a salir juntos y eso no le sentó muy bien a Scoony, después de haber visto cómo se portaba Lem con otras chicas. Scoony le advirtió que si se propasaba con su hermana, le molería a palos.

Key se concentró en la carretera mientras adelantaba a un camión cargado de troncos.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó con impaciencia Lara.

—Que Lem se propasó y Scoony le molió a palos.

—¿Y han sido enemigos desde entonces?

—No, todavía son íntimos amigos. Missy, la hermana de Scoony, se enteró de que su hermano quería darle una paliza a Lem y les localizó, creo que fue en The Palm, para intervenir en la pelea. Les propinó una soberana patada a cada uno en el lugar más vulnerable.

»Cuando llegó el *sheriff*, los dos estaban con los ojos llenos de lágrimas, protegiéndose los genitales y balbuceando como niños. Missy le dijo a Lem que si no se casaba con ella le dejaría permanentemente castrado y le advirtió a Scoony que, si no le gustaba, podía irse a tomar por... El caso es que Missy nunca ha sido muy delicada con su lenguaje. Lem y Missy se casaron, tuvieron un hijo, y todos fueron felices.

—¿Felices? —exclamó Lara—. ¿Y lo de esta noche?

—Ah, eso no es nada. No hacían más que gastar energía sobrante. Es probable que ahora estén bebiendo juntos.

Lara movió la cabeza desconcertada.

—Ese lugar. Esa gente. Siempre creí que las historias que se contaban de Texas eran exageraciones destinadas a perpetuar el mito de este estado. Como lo de Barbecue Bobby. Lo que me ha contado es lo que realmente ocurrió, ¿no es cierto? Un montador de toros llamado *Pequeño* Pete Pauley le incendió la casa, se le chamuscó el cabello y así fue cómo consiguió su apodo.

Key la miró sorprendido.

—¿Creía que mentía?

—No sé qué pensar.

Miró por el parabrisas, como si contemplara el paisaje de un planeta desconocido. Aunque nunca se lo confesaría, estaba aturdida y abrumada. ¿Llegaría algún día a adaptarse? ¿Se engañaba a sí misma al decirse que podía

hacerlo? Eden Pass era un lugar tan peculiar y a veces intimidante como un país extranjero.

—Aquí todo es muy diferente —se limitó a decir.

—Qué duda cabe. Por lo menos para usted —respondió Key al tiempo que señalaba las luces de la ciudad que se aproximaban—. Para cada persona de Eden Pass hay una historia. Podría pasar toda la noche con usted y no habérselas contado todas.

Lara volvió rápidamente la cabeza. Key había elegido cuidadosamente sus palabras. Era evidente por su forma de mirarla.

—Pero no creo que pasemos ninguna noche juntos, ¿no es cierto, doctora? —agregó en un tono sumamente sensual.

—No, no lo haremos.

—Porque usted y yo no tenemos absolutamente nada en común, ¿verdad?

—Sólo una cosa: Clark. Tenemos a Clark en común.

Al oír el nombre de su hermano, su sensual mirada se enfrió inmediatamente. Cambió por completo su expresión.

—El caso es que él y yo tampoco teníamos mucho en común, a excepción de nuestros padres y el mismo domicilio. Nos queríamos, e incluso nos gustábamos. Pero Clark obedecía todas las reglas. Yo las infringía. Yo le respetaba a regañadientes por su permanente bondad, y creo que él envidiaba secretamente mi capacidad de saltármelo todo a la torera. Éramos todo lo diferente que puedan ser unos hermanos, sin dejar de serlo —dijo al tiempo que la repasaba con la mirada—. En lo que realmente nos diferenciábamos era en nuestro gusto por las mujeres.

—Dudo que ambos pudieran haberle gustado a una misma mujer —replicó Lara.

—Exactamente. Tenía que ser uno u otro. Por ejemplo, si esta noche hubiera salido a cenar con Clark, no habría tenido el placer de conocer Barbecue Bobby's. Se habría puesto extraordinariamente elegante y habrían cenado en un club de campo. Se habrían codeado con la alta sociedad, gente de alcurnia, pilares de la comunidad.

»También son borrachos, mentirosos, tramposos y fornicadores, pero menos honrados en cuanto a sus defectos que los clientes de Bobby —dijo con la cabeza ladeada—. Por cierto, creo que habría encajado mucho mejor en el club de campo, con los demás hipócritas.

Lara asimiló sosegadamente el insulto.

—¿Qué hay en mí, señor Tackett, que tanto le molesta?

En una ocasión durante el día le había llamado por su nombre de pila. Eso había ocurrido en plena crisis de Letty Leonard. Ahora los apellidos parecían más apropiados. Marcaban debidamente las distancias.

Paró el Lincoln en el camino de entrada a su casa, a escasa distancia de los utensilios de *camping* de los Leonard, desparramados todavía por el suelo.

Colocó el brazo sobre el respaldo del asiento y volvió la cabeza para mirarla.

—Lo que me molesta es que todo el mundo sabe que es una ramera. Su propio marido la sorprendió con las manos en la masa. Pero no asume lo que realmente es. Finge ser otra clase de mujer completamente distinta.

—¿Qué sugiere que haga, que me haga tatuar la letra A en el pecho?

—Estoy seguro de que muchos pagarían por ese placer. Incluido yo.

—¿Cómo se atreve a juzgarme? No sabe nada de mí y mucho menos acerca de mi relación con su hermano —dijo mientras abría la puerta del coche—. ¿Qué le debo por lo de hoy?

—Olvídelo.

—No quiero deberle nada.

—Ya me debe algo —respondió Key—. Le costó a Clark todo lo que era importante para él. Él ya no está para reclamárselo, pero yo sí. Y cuando lo haga, no será barato.

—Está usted muy equivocado, señor Tackett. Yo soy quien tiene el pagaré y usted quien lo hará efectivo.

—¿De qué está hablando?

Lara le miró fijamente a los ojos.

—Usted me llevará en avión a Montesangre.

Se le esfumó del rostro su arrogante sonrisa y, momentáneamente, la observó con la mirada en blanco. Luego se llevó la mano a la oreja.

—¿Le importaría repetirlo?

—Me ha oído perfectamente.

—Sí, la he oído, pero no puedo creerlo.

—Créalo.

—¿Significa algo para usted la expresión «jamás en la vida»?

—Usted me llevará, señor Tackett —afirmó Lara al tiempo que se apeaba del coche—. Me aseguraré de que lo haga.

—Sí, claro, lo que usted diga, doctora.

Se reía a carcajadas cuando el Lincoln retrocedía por el camino. Derrapó en la carretera y se alejó.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Heather Winston y su novio, Tanner Hoskins, estaban entrelazados sobre el edredón extendido en la hierba. Cerca de allí, las perezosas aguas del lago acariciaban la playa rocosa. Acababa de salir la luna, que se reflejaba en la superficie.

Incluso en los días más calurosos había una fresca brisa junto al lago, para mayor comodidad de los jóvenes amantes que acudían a su orilla. En Eden Pass, el lago era uno de los lugares más populares de cortejo. Cuando alguien llevaba a una persona al lago, todo el mundo suponía que la relación era seria.

La relación que mantenían Heather y Tanner, ahora de cuatro meses de antigüedad, lo era. Anteriormente, Heather había salido con el mejor amigo de Tanner, hasta que descubrió que tonteaba con otra chica. Después de la ampliamente divulgada escena de ruptura en la puerta del laboratorio de química, Tanner fue a su casa para consolarla.

Fue encantador, calificó a su mejor amigo de cretino y compartió en todo el punto de vista de Heather. Ella examinó a Tanner con mayor atención y decidió que era mucho más apuesto que el imbécil que la había engañado.

Después de llevar a cabo una encuesta entre sus amigas y descubrir que ellas también creían que Tanner era un buen partido, cambió el tono del tiempo que pasaban juntos. Pronto se corrió la voz por la escuela de que «salía» con Tanner. Heather no podía sentirse más feliz de la forma en que habían evolucionado los acontecimientos.

Puesto que Heather Winston era la chica más anhelada de su curso, Tanner también estaba en el séptimo cielo. El primer beso que se dieron fue a la francesa y a Tanner casi le saltó la tapa de los sesos. Todos los chicos coincidían en que tenía un cuerpo espectacular, a semejanza de su madre, que era indiscutiblemente la hembra más sensual de Eden Pass. Abundaba la especulación ingenua en los vestuarios, sobre el punto hasta el que el viejo Hoskins había gozado de los deleites de Heather.

Las respuestas de Tanner eran deliberadamente vagas. La mayoría de los chicos preferían creer que había conseguido todo lo que deseaba, pero protegía la reputación de Heather con un caballeroso silencio. Los más cínicos aseguraban que no había visto ni tocado lo que cubre un bañador.

La verdad estaba entre lo uno y lo otro.

Esta noche le había desabrochado la blusa e introducido la mano debajo del sujetador. Heather le permitía que la tocara en cualquier parte del cuerpo, por encima de la cintura. Por debajo era donde solía impedírsele.

No obstante, estaban a punto de dar el próximo paso. El roce suave de la lengua de Tanner sobre sus pezones había elevado a Heather a un nivel de excitación sexual desconocido hasta entonces. Acarició con anhelo la bragueta de su pantalón corto.

—Sigue, Heather —farfulló en un tono gutural.

Apoyo tentativamente la mano sobre el bulto de su entrepierna. A pesar de que sus amigas le habían advertido que se ponía enorme y dura, su erección le inspiraba timidez. Pero también curiosidad. Y deseo. Además, sus amigas empezarían a tomarla por un bicho raro si no progresaba en su relación.

—¿Quieres que siga, Tanner?

—Santo cielo —farfulló mientras manipulaba precipitadamente la cremallera de su bragueta.

Entonces le agarró la mano y se la llevó al interior de sus calzoncillos, donde antes de haberse preparado para ello Heather palpó la plenitud pulsátil de la lujuria adolescente.

Tanner farfullaba incoherentemente mientras ella exploraba con cautela la forma de su órgano. Sabía cómo se suponía que aquel apéndice monstruoso debía acoplarse a su cuerpo, pero no comprendía que fuera posible. No obstante, era emocionante imaginárselo. Acudió a su mente una retahíla de imágenes eróticas, intensificadas por el recuerdo de algunas versiones recientes de Hollywood sobre temas sexuales, que su madre le había prohibido ver.

Entonces, él lo estropeó todo.

—¡Dios mío! —exclamó Heather—. ¿Qué...? ¡*Tanner!* ¡Qué asco!

—Lo siento, lo siento —jadeó Tanner—. No he podido evitarlo. Heather, yo...

Heather se incorporó de un brinco y se abrochó el sujetador y la blusa mientras corría hacia el lago. Al llegar a la orilla se agachó y se enjuagó la mano en el agua. Sentía asco, no tanto por la sustancia de su mano como por todo lo sucedido. Era tan juvenil, tan vulgar, tan poco romántico... Tan distinto de las sutiles escenas de amor de las películas...

Caminó por la orilla hasta el espigón de los pescadores, se dirigió al extremo del mismo, se sentó y contempló el agua. Al cabo de unos minutos, Tanner llegó junto a ella y se agachó.

Momentáneamente guardó silencio. Cuando se decidió a hablar, lo hizo con la voz empañada por la emoción.

—Lo siento. Maldita sea, no lo he hecho a propósito. ¿Vas a contárselo a alguien?

Heather comprendió que se sentía humillado y lamentó su reacción adversa, ante lo que sabía que no había sido enteramente culpa suya. Le acarició el cabello.

—No te preocupes, Tanner. No me lo esperaba y mi reacción ha sido exagerada.

—No lo ha sido. Es comprensible que te repugnara.

—No lo ha hecho. En serio. No ha pasado nada. Y, por supuesto, no se lo contaré a nadie. ¿Cómo se te ha podido ocurrir que lo hiciera? Olvídalo.

—No puedo, Heather. No puedo porque... —titubeó como si cogiera aliento antes de proseguir—, si desde el primer momento lo hubiéramos hecho como es debido, no habría ocurrido.

Heather volvió a contemplar el agua iluminada por la luna.

Tanner no había expresado en ningún momento que pretendiera llegar a las últimas consecuencias. Ella sabía que lo deseaba.

Pero saberlo y oírsele decir eran cosas muy distintas. Oírlo habría sido mucho más aterrador, porque le obligaría a tomar una decisión.

—No te pongas furiosa —dijo Tanner—, pero escúchame. Por favor. Te quiero, Heather. Eres la chica más hermosa, tierna e inteligente que he conocido en mi vida. Quiero conocerte a fondo, ya me comprendes. Penetrar en tu interior —agregó en voz baja.

Sus palabras la desconcertaron placenteramente. Hicieron vibrar su cuerpo en lugares secretos.

—Esta es una forma muy sensual de hablar, Tanner.

—No intento sólo conquistarte. Lo digo en serio.

—Lo sé.

—Mira a tu alrededor —dijo al tiempo que movía la mano en dirección a los numerosos coches aparcados—. Todo el mundo lo hace.

—También lo sé.

—Bueno, ¿crees que...? Quiero decir, ¿no te apetece?

Heather contempló la ferviente mirada de su compañero. ¿Lo deseaba? Tal vez. No porque estuviera apasionadamente enamorada de él. No imaginaba una vida entera junto a Tanner Hoskins, el hijo del tendero, con hijos y nietos, envejeciendo juntos. Pero era un chico encantador y claramente la adoraba.

Accedió condicionalmente.

Alentado por su respuesta, Tanner se le acercó sobre las rugosas tablas del malecón.



—No es como si corrieras el riesgo de contraer el sida ni nada por el estilo, porque no somos desconocidos. Además, me aseguraré por todos los medios de que no quedés embarazada.

Divertida por su seriedad, le agarró la mano y la estrujó entre las suyas.

—Nada de eso me preocupa. Confío en que tomes las debidas precauciones.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Tus padres?

La sonrisa se esfumó de su rostro.

—Papá probablemente te pegaría un tiro si supiera de lo que estamos hablando. Mi madre... —suspiró— cree que ya lo hemos hecho.

He ahí la clave de la indecisión de Heather. Su madre. No quería confirmar la mala opinión que Darcy tenía de ella.

La relación con su padre carecía de complicaciones. Para él, ella era el centro del universo. Era su tesoro, su niña hermosa. Daría gustoso la vida por ella. Se sentía segura de su amor incondicional.

La relación con su madre no era tan fácil de definir. El temperamento de Darcy era volátil e imprevisible. No era tan fácil quererla como a su imperturbable padre. Si Fergus era tan constante como la salida y la puesta del sol, Darcy era tan variable como el clima.

Algunos de los primeros recuerdos de Heather eran de cuando su madre la vestía elegantemente para llevarla al centro de la ciudad. La exhibía a lo largo de la calle Texas, entraban en varias tiendas, y se aseguraba de que todo el mundo las viera y hablara con ellas. A Darcy siempre le había gustado vanagloriarse de su hija.

Pero cuando regresaban a casa, cesaba el indulgente afecto de su madre. Retiraba el cariño con que obsequiaba a Heather en público, e iniciaba los preparativos para la próxima salida.

«Practica el piano, Heather. No te otorgarán ningún galardón en el concurso si no practicas.

»Mantén la espalda erguida, Heather. La gente creerá que no tienes orgullo si vas con los hombros caídos.

»Deja de morderte las uñas, Heather. Tus manos tienen un aspecto horrible y, además, es una mala costumbre.

»Vuelve a lavarte la cara, Heather. Todavía veo algunas manchas alrededor de tu nariz.

»Debes mejorar tus saltos, Heather. El próximo año no volverán a elegirte como animadora si empiezas a perder facultades».

Aunque Darcy aseguraba que la presionaba porque quería para ella lo mejor de lo mejor, Heather sospechaba que el propósito era el de satisfacer a su madre, más que a sí misma. También sospechaba que tras su amor materno se ocultaba un profundo resentimiento, al borde de una simple rivalidad. Heather estaba confundida. No se suponía que las madres debieran sentirse celosas de sus propias hijas. ¿Qué había hecho, o dejado de hacer, para provocar aquel sentimiento antinatural?

Conforme Heather maduraba, sus diferencias pasaron a ser más frecuentes y virulentas. Darcy imaginaba que Heather se propasaba sexualmente. Persistía en lanzarle indirectas e insinuaciones maliciosas.

«Tiene gracia», pensaba desdeñosamente Heather.

Su madre era quien practicaba una conducta sexual libertina. Todo el mundo conocía su reputación, incluso los chiquillos de la escuela, aunque nadie se lo había dicho abiertamente a Heather, porque no se atrevían a hacerlo. Era demasiado popular.

Pero le habían llegado los rumores y tenía que hacer un esfuerzo para ignorarlos, sobre todo en su casa, cuando su madre era particularmente ofensiva. En numerosas ocasiones podía haber repetido las últimas habladurías sobre Darcy para cerrarle la boca. Pero no lo había hecho, ni lo haría, a causa de Fergus. No haría ni diría nada que pudiera disgustar o avergonzar indirectamente a su padre.

De modo que cuando Darcy le pedía explicaciones sobre su relación con Tanner y le formulaba preguntas sobre el alcance de la misma, soportaba el interrogatorio con un adusto silencio.

A excepción de sobar, no había hecho nada vergonzoso. La razón fundamental de su abstención era el hecho de no querer ser como su madre. Evidentemente, había heredado la robusta sexualidad de Darcy, pero no se sentía obligada a ejercerla. Lo último que deseaba era adquirir la misma reputación de chica fácil que su madre: de tal palo tal astilla. Tampoco estaba dispuesta a traicionar el amor de su padre, como lo hacía su madre.

Tanner permanecía sentado junto a ella en silencio esperando pacientemente a que resolviera sus aprensiones.

—Siento lo mismo que tú, Tanner, te lo aseguro —dijo Heather—. Tal vez no con la misma urgencia —agregó con una cariñosa sonrisa—. Pero te quiero lo suficiente para querer acostarme contigo.

—¿Cuándo? —preguntó inquieto.

—Cuando consideremos que el momento y el ambiente son propicios. ¿De acuerdo? Por favor, no me presiones.

Aunque estaba evidentemente decepcionado, se le acercó sonriente y la besó con ternura.

—Será mejor que te lleve a casa antes de que sea demasiado tarde. Tu madre se pondrá furiosa si llegas con treinta segundos de retraso.

Llegaron puntualmente. No obstante, Darcy los esperaba en la puerta con una mala mirada para Tanner y un discurso para Heather sobre el hecho de que una chica no podía proteger nunca excesivamente su buena reputación.

—Buenos días.

—Buenos días.

Bowie Cato y Janellen Tackett estaban uno a cada lado del escritorio en el abigarrado despacho de la tienda. A Bowie le sorprendió que Janellen le mirara a su misma altura. No se había percatado, cuando la vio por primera vez, de que era casi tan alta como él. Además de un aspecto tan delicado, incluso frágil, tras su enorme escritorio parecía tan nerviosa como una puta en una iglesia.

¿Por qué se le ocurriría semejante analogía en presencia de una dama como ella? Como si hubiera expresado su pensamiento en voz alta, se apresuró a disculparse.

—Lamento no haber estado en The Palm cuando usted llamó. Hap, es decir, el señor Hollister, me dio su mensaje de que viniera a verla cuando fuera conveniente. ¿Lo es ahora?

—Sí, y el señor Hollister ha sido muy amable de recordarlo.

—Se ha portado muy bien conmigo.

—Gracias por haber venido. Por favor, siéntese.

Janellen le ofreció con un ademán una silla metálica a su espalda. Bowie se instaló en la misma, al tiempo que ella ocupaba su asiento tras el escritorio, después de alisarse cuidadosamente la parte posterior de su falda. En ocasiones como aquella actuaba con suma elegancia, sin pensar siquiera en ello. En otros momentos, en particular cuando le miraba directamente, sus movimientos eran tan torpes y desbaratados como los de un potro recién nacido. Era la persona más nerviosa a la que Bowie había conocido en su vida. Si le daba un susto, probablemente se desmayaría.

Era incapaz de imaginar por qué la señorita Janellen Tackett estaba tan nerviosa en aquella entrevista. Estaba en posesión de todos los ases. Él la necesitaba, su futuro estaba en sus manos, no a la inversa.

—Yo... —empezó a decir erróneamente y se aclaró la garganta antes de proseguir—. Ha aparecido una vacante.

—Sí, señora.

—¿Lo sabía? —preguntó con sus enormes ojos azules muy abiertos.

¿Cuándo aprendería a mantener su boca cerrada?

—He oído decir que despidió a un hombre después de acusarle de haber robado.

—¡*Estaba* robando!

Dio un grito que les asustó a ambos. Janellen parecía avergonzada de su estallido y Bowie decidió ayudarla, al tiempo que aprovechaba para congraciarse con ella.

—No me cabe la menor duda, señorita Tackett. Usted no parece el tipo de persona que lanzaría acusaciones infundadas.

Bowie había oído al individuo que todo el mundo llamaba Muley prácticamente vanagloriándose de que «esa puta esquelética de la Tackett» le hubiera despedido. Pero ni los insultos que aquel fanático sureño había proferido contra Janellen, ni su irrespetuosa forma de hablar de ella habían malogrado el recuerdo que Bowie guardaba de la amable y tímida dama que había conocido.

Se había informado discretamente y había descubierto que la reputación de los Tackett era la de gente justa. Esperaban de sus obreros un buen rendimiento en el trabajo, pero estaban bien pagados. A la señorita Tackett se la consideraba particularmente razonable y siempre dispuesta a ayudar a sus empleados. Muley Bill era evidentemente un mentiroso, además de ladrón.

—Ese Muley es un bocazas, señorita Tackett —dijo Bowie—, de modo que no presté mucha atención a sus palabras. Sólo me pregunto por qué perdemos su valioso tiempo hablando de él.

—Trabajaba como bombeador.

—Sí, señora.

—Le ofrezco su trabajo.

A Bowie le dio un vuelco el corazón, pero su expresión permaneció inescrutable. Esperaba que le hubiera convocado para ofrecerle trabajo, pero temía que si por una parte la fortuna le sonreía, por otra recibiría un bofetón de contrapartida.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Lo que he pensado —respondió con la voz entrecortada mientras jugaba con los botones de su blusa—, es ofrecerle el empleo a prueba, para comprobar cómo... cómo se desenvuelve entre nosotros.

Ahí estaba el bofetón.

—Sí, señora.

—Este negocio es de mi familia, señor Cato. Yo pertenezco a la tercera generación y considero que mi responsabilidad es la de proteger...

—¿Tiene usted miedo de mí, señorita Tackett?

—¿Miedo? Claro que no —mintió con una pequeña carcajada—. No faltaría más. Pero cabe la posibilidad de que no le guste trabajar para Tackett Oil. Puede que un empleo fijo le exija ciertos ajustes difíciles después de haber salido recientemente de... —dijo mientras se movía en su asiento—. Si después de algún tiempo estamos todos de acuerdo en que funciona, le ofreceré un empleo fijo. ¿Qué le parece? —concluyó con una temblorosa sonrisa.

Bowie también se movió en su silla y concentró la mirada en el ala de su sombrero mientras la movía con los dedos. Si cualquier otra persona le hubiera ofrecido un empleo temporal hasta que demostrara su capacidad, la habría mandado a la porra y la habría dejado con la palabra en la boca. Pero reconoció su propio defecto y controló su temperamento.

—¿Todos los nuevos empleados tienen que pasar por un perdido de prueba?

Janellen se humedeció los labios y jugó un poco más con los botones de la blusa antes de responder.

—No, señor Cato. Pero, francamente, usted es la primera persona a la que hemos pensado en contratar mientras está en libertad condicional. Soy responsable del funcionamiento cotidiano de la empresa. No quiero equivocarme.

—No lo hará.

—Estoy segura de ello. Si no lo estuviera, no le habría llamado.

—Puede verificar mi historial con el departamento penitenciario. He conseguido mucha remisión por buena conducta.

—Ya he hablado con el asistente social —dijo al tiempo que Bowie levantaba la cabeza para mirarla directamente a los ojos. Ella se ruborizó—. He considerado que debía hacerlo. Quería saber lo que usted... había hecho.

—¿Se lo ha contado?

—Dice que atacó y agredió a alguien.

Desvió la mirada y se mordió varias veces el labio inferior. Una vez más sintió la tentación de largarse. No le debía absolutamente nada, ni siquiera una explicación. No consideraba que tuviera la obligación de justificarse ante nadie.

Sin embargo, curiosamente, quería que Janellen Tackett comprendiera por qué había cometido aquel delito. No sabía exactamente por qué lo deseaba. Tal vez porque le trataba como a un ser humano y no como a un expresidiario.

—El cabrón se lo merecía —respondió.

—¿Por qué?

Irguió la espalda, dispuesto a relatar los hechos y dejar que ella los interpretara a su antojo.

—Era el dueño de mi casa. Él y su esposa vivían en el piso debajo del mío. Era un cuchitril, pero lo mejor que podía permitirme en aquellos momentos. Su mujer era una de las personas más amables que he conocido. Fea como el diablo, pero con un corazón de oro, ¿comprende?

Janellen asintió.

—Me hacía muchos favores. Me cosía los botones y cosas por el estilo. A veces me traía las sobras de un cocido o un trozo de tarta, porque decía que los solteros nunca comen debidamente y una persona no se puede alimentar sólo de comida de lata.

»Un día me la encontré por la escalera —prosiguió, levantando ligeramente el sombrero de las rodillas—. Tenía un ojo morado. Intentó ocultármelo, pero todo el lado izquierdo de su cara estaba hinchado. Me dio algún pretexto, pero comprendí que su marido la había zurrado. Muchas veces había oído cómo le gritaba, pero no sabía que hubiera empezado a darle puñetazos.

»Me encontré con él y le dije que si quería boxear, podía hacerlo conmigo. Me respondió que me ocupara de mis asuntos. Al cabo de un par de semanas le dio otra paliza. En esa ocasión, no nos limitamos a intercambiar palabras. Le di unos cuantos puñetazos, pero ella intervino y me suplicó que no le maltratara —declaró moviendo la cabeza—. Imagínese. En todo caso, le advertí que la próxima vez que la maltratara, le mataría. Transcurrieron varios meses y creí que había comprendido el mensaje. Entonces, una buena noche, me despertó el escándalo de su piso. Ella chillaba, lloraba y suplicaba por su vida.

»Bajé a su casa y derribé la puerta de una patada. La había arrojado contra la pared con tanta fuerza como para abrir un boquete en el tabique y romperle el brazo. Estaba acurrucada contra la pared y él la azotaba con un cinturón.

»Recuerdo que me lancé por el aire y caí sobre su espalda. Le di una soberana paliza. Casi le maté. Afortunadamente, otro inquilino llamó a la policía. Si no hubieran llegado cuando lo hicieron, me habrían acusado de

homicidio involuntario —dijo mientras pensaba en lo sucedido—. Toda mi vida he tenido que vérmelas con matones como él. Supongo que estaba harto y perdí los estribos.

»Durante mi juicio —prosiguió después de un momento de silencio, con la mirada fija en sus manos—, se echó a llorar, pidió perdón a Dios y a los hombres por sus actos, y juró no volver a levantarle nunca la mano a su esposa. Mi abogado me aconsejó que le dijera al jurado que no recordaba lo sucedido, que había enloquecido temporalmente, que estaba demasiado furioso para percatarme de lo que hacía.

»Pero puesto que había jurado por la Biblia decir la verdad, declaré con toda sinceridad que había deseado matar a aquel hijo de puta. Cualquier hombre que azote a una mujer indefensa de ese modo merece que le maten, afirmé con toda convicción —declaró al tiempo que se encogía de hombros—. De modo que él siguió libre y a mí me mandaron a la cárcel.

Después de otro silencio, crujió ligeramente la silla de Janellen, cuando se levantó para acercarse a un alto archivo metálico, del que sacó varios formularios.

—Le ruego que los rellene.

Bowie permaneció sentado y levantó la cabeza para mirarla.

—¿Ha decidido contratarme?

—Sí, está usted contratado —respondió antes de mencionarle un sueldo inicial que le dejó atónito—. Además —agregó—, después de oír lo que me ha contado, he decidido olvidar lo del período de prueba. De todos modos, era una idea absurda.

—No tan absurda, señorita Tackett. Todas las precauciones son pocas hoy en día.

Su sonrisa parecía confundirla. Después de titubear unos instantes, dejó los formularios delante de él, sobre el escritorio.

—Son para los impuestos y el seguro. Me temo que son un engorro, pero indispensable.

—No me importa el papeleo, si eso significa que tengo trabajo.

Mientras Janellen le ayudaba a rellenar los formularios, Bowie intentó concentrarse en los mismos, pero le resultaba difícil estando tan cerca de ella. Olía muy bien, sin estar excesivamente perfumada, como las prostitutas que había frecuentado desde que le habían puesto en libertad.

Olía a limpio, como el jabón y las sábanas secadas al sol. Sus manos, finas, pálidas y delicadas, le tenían fascinado cuando ordenaba los documentos y le indicaban los lugares donde debía firmar.

De reojo, Bowie veía el perfil de Janellen. No era guapa, pero tampoco se la podía calificar de fea. Tenía la piel suave y clara, casi translúcida. No se detectaba artería alguna en su expresión, como en algunas mujeres que parecían calcular su próxima jugada. Por el contrario, daba la impresión de ser franca y sincera, cualidades con las que raramente solía encontrarse. También le gustaba oír su voz. Era tierna y tranquilizadora, como imaginaba que debía ser la de una buena madre.

Y sus ojos... Diablos, su mirada podría derribar a un hombre a cincuenta pasos si se lo propusiera.

No comprendía cómo Muley, o cualquier otro hombre, podía calificarla de «un palo de mujer». Claro que, de perfil, era evidente que no abundaba en carnes ni curvas. Era estrecha de caderas, fina de cintura y pequeña de pecho. No obstante, echó varias miradas furtivas a esos botones con los que acostumbraba a jugar y lamentó percatarse de que no le habría importado hacerlo él. Sabía por experiencia que las mujeres de pecho pequeño solían tener los pezones más sensibles.

Alejó los pensamientos eróticos de su mente. ¿Cómo diablos se atrevía a pensar en los pezones de la señorita Janellen? Era una dama correcta y respetable. Si le pudiera leer el pensamiento, llamaría probablemente a la policía.

—Gracias, señorita Tackett, creo que ahora ya puedo arreglármelas solo —refunfuñó al tiempo que se inclinaba sobre la mesa, excluyéndola de su campo de visión.

Cuando terminó de rellenar los formularios, los empujó hacia el otro lado de la mesa y se puso de pie.

—Aquí los tiene. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Mañana si puede.

—Mañana es perfecto. ¿A quién me presento?

Janellen le dio el nombre de su supervisor.

—Hace mucho que trabaja para nosotros y sabe cómo nos gusta que se hagan las cosas.

—¿Sabe que he estado en la cárcel?

—Me ha parecido justo contárselo, pero no es el tipo de persona que lo utilice contra usted. Le gustará. Se reunirá con usted aquí por la mañana y le conducirá a todos los pozos de los que será responsable. Probablemente le acompañará los primeros días. Evidentemente, tendrá a su disposición un camión de la empresa. ¿Supongo que tiene permiso de conducir?

—Acabo de renovarlo.



—¿Cómo podemos ponernos en contacto con usted?

—Esto podría ser un problema. Todavía no dispongo de un lugar fijo donde vivir. Hap me ha autorizado para dormir en el almacén de su local, pero no puedo hacerlo indefinidamente.

Janellen abrió el cajón de su escritorio y sacó un gran talonario comercial.

—Búsquese un lugar donde vivir y ocúpese de que le instalen un teléfono para que podamos ponernos en contacto con usted en cualquier momento. Nunca se sabe cuándo puede haber una emergencia. Si la compañía telefónica le pide un depósito, dígales que se pongan en contacto conmigo.

Extendió un cheque, lo arrancó del talonario y se lo entregó. ¡Así, sin más, trescientos dólares a su nombre! Bowie no sabía si alegrarse o sentirse ofendido.

—No acepto limosna.

—No se trata de limosna, señor Cato. Es un anticipo. Le descontaré cincuenta dólares de cada una de las seis primeras pagas. ¿Le parece satisfactorio?

Puesto que la amabilidad y la confianza no eran algo a lo que estuviera acostumbrado, no supo cómo reaccionar. Con Hap era fácil. Por regla general, los hombres no tenían que mostrar su agradecimiento a otros hombres. Parecían comprenderse sin expresar verbalmente sus sentimientos. Pero con una mujer era distinto, especialmente cuando ella le miraba a uno con sus enormes ojos azules como el firmamento.

—Muy bien —respondió con la esperanza de no parecer tan torpe como se sentía.

—Me alegro —sonrió Janellen antes de ponerse de pie y tenderle la mano.

Bowie la contempló momentáneamente y sintió el impulso descabellado de secarse la suya en los pantalones antes de tocársela. Se la estrechó y la soltó inmediatamente. Janellen retiró la suya al instante. Momentáneamente se hizo un incómodo silencio y luego empezaron a hablar ambos al mismo tiempo.

—Si no tiene...

—Hasta...

—Siga —dijo Janellen.

—No. Las damas primero.

—Iba a decirle que, si no tiene ninguna pregunta, nos alegraremos de verle mañana.

—Y yo iba a decir «hasta mañana» —dijo al tiempo que se ponía el sombrero y se acercaba a la puerta—. Será agradable volver a trabajar como

es debido. Le estoy muy agradecido por el trabajo. Gracias, señorita Tackett.

—De nada, señor Cato.

En el umbral de la puerta, se detuvo y dio media vuelta.

—¿Llama a todos los hombres que trabajan para usted por su apellido?

La pregunta pareció cogerla desprevenida. En lugar de responder, movió rápidamente la cabeza.

—En tal caso, llámeme Bowie, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió después de deshacer visiblemente el nudo de su garganta.

—Por cierto, mi nombre se pronuncia como el de Jim Bowie y los cuchillos Bowie. No como el de David Bowie, la estrella del rock.

—Por supuesto.

¿Qué diablos podía importarle a ella cómo se pronunciara su nombre? Con una sensación de estupidez por haberlo mencionado, se tocó el ala de su sombrero y se retiró.

## Diez

—¿Está demasiado seco el asado, Key?

La pregunta de Janellen le sacó de su profundo abatimiento. Irguió la espalda, miró a su hermana desde el otro lado de la mesa y sonrió.

—Delicioso como siempre. Pero esta noche no tengo mucho apetito.

—Eso es lo que ocurre cuando te llenas de whisky —prorrumpió Jody.

—He tomado una sola copa antes de la cena. Lo mismo que tú.

—Pero eso es todo lo que yo voy a tomar. Tú saldrás esta noche y te emborracharás, como todas las noches.

—¿Cómo sabes lo que haré esta noche? ¿O cualquier otra noche? Además, ¿qué puede importarte?

—Por favor —exclamó Janellen con las manos sobre los oídos—. Dejad de discutir. ¿No podemos comer juntos por una vez sin pelear?

—Lo siento, Janellen —dijo Key, consciente de la profunda angustia de su hermana—. Has preparado una comida excelente. No pretendía estropearla.

—No me importa la comida. Me importáis vosotros. Mamá, tu cara está roja como un tomate. ¿Has tomado hoy tu medicina?

—Sí, muchas gracias. No soy una niña, ¿sabes?

—A veces te comportas como si lo fueras, a la hora de tomar tu medicina —replicó Janellen—. Y dar voces en la mesa fue algo que nunca nos permitiste de niños.

Jody apartó el plato y encendió un cigarrillo.

—Vuestro padre no permitía que se discutiera en la mesa. Decía que le estropeaba la digestión.

Janellen se animó al oír hablar de su padre de quien sólo guardaba turbios recuerdos.

—¿Tú lo recuerdas, Key?

—Imponía su criterio respecto a esas cosas —respondió mientras miraba sonriente a su hermana—. ¿Sabes que a veces tú me haces pensar en él?

—¿Bromeas? —exclamó Janellen, lastimosamente fácil de complacer, mientras se le subían los colores desde su esbelto cuello hasta las mejillas—. ¿En serio?

—En serio. Tienes los mismos ojos que él. ¿No es cierto, Jody?

—Supongo.

Se negaba a coincidir con él, incluso en algo tan evidente e insignificante, pero Key no permitía que eso le preocupara.

—Los tres heredamos el azul de los Tackett. Yo odiaba que a Clark y a mí la gente nos dijera: «Tenéis unos ojos preciosos, igual que vuestro papá».

—¿Por qué lo odiabas? —preguntó Janellen.

—No lo sé. Supongo que me hacía sentir afeminado. A un niño no suele gustarle que le digan que tiene algo «precioso».

—A tu padre no le importaba que se lo dijeran —prorrumpió bruscamente Jody—. Le encantaban los halagos, especialmente de las mujeres.

—Debiste estar muy orgullosa de tener un marido tan apuesto, mamá —dijo Janellen, tan cándida e ingenua como de costumbre.

Jody apagó la colilla en el borde del cenicero.

—Tu padre podía ser encantador —respondió con las facciones relajadas—. El día en que nació el pequeño Clark, me trajo seis docenas de rosas amarillas. Me enfurecí con él porque me pareció extravagante, pero respondió que no todos los días se tenía un hijo.

—¿Y cuando nació Key?

Se despejó la bruma que empañaba los ojos de Jody.

—Aquel día no recibí flores.

—Tal vez papá sabía que no te gustarían —dijo Key con la voz muy baja después de un tenso silencio—. Que te limitarías a arrojarlas a la basura.

—Mamá explicó por qué las arrojó a la basura, Key —aclaró inmediatamente Janellen—. Le hacían estornudar. Debieron producirle alergia.

—Sí, debió ser eso.

Key no creía ni una palabra. Aquella misma semana, en un intento vano por congraciarse con Jody, le había traído un ramo de flores. Janellen las había puesto en un florero, que colocó sobre la cómoda de la habitación de Jody, cuando su madre había salido con Maydale.

Al día siguiente, Key las encontró en el cubo de basura junto a la puerta trasera. No fue tanto el hecho de que las hubiera tirado lo que le ofendió, como el de que ni siquiera las mencionara hasta que se presentó ante ella con las flores marchitas y le pidió una explicación.

Con todo el sosiego y la tranquilidad del mundo, le respondió que le habían producido alergia. No mencionó que fueran bonitas, ni que lamentara no poder disfrutar de ellas. Tampoco le agradeció el detalle.

No quería ni necesitaba su agradecimiento. Podía sobrevivir sin él. Pero le enfurecía que le considerara tan estúpido como para aceptar aquel absurdo pretexto para rechazar su regalo. En lugar de darle la satisfacción de mostrarse ofendido y enojado, fingió ahora darle tan poca importancia como la mañana en que había arrojado el ramo a la basura.

—¿Cómo funciona el nuevo empleado? —preguntó Jody después de otro prolongado silencio.

A Janellen casi se le cayó la taza de café de las manos, que le tembló ruidosamente sobre el plato.

—Muy... bien. Creo que resultará satisfactorio.

—Todavía no he visto sus credenciales.

—Lo siento. Siempre olvido traerlas a casa. Pero su supervisor asegura que hace un buen trabajo. Nunca llega tarde y es muy concienzudo. Se lleva bien con los demás. No crea problemas, ni he oído ninguna queja.

—Sigo sin comprender por qué Muley se despidió sin previo aviso.

Janellen le había relatado a Key las circunstancias del despido de Muley, pero le había pedido que no se lo contara a Jody. Era probable que la transformación de un empleado de confianza en ladrón la exaltara y ello suponía un riesgo para su elevada presión sanguínea. Key estuvo de acuerdo.

También sabía que Bowie Cato era un expresidiario, que apenas había tenido tiempo de perder la palidez de la celda. Incluso antes de que Janellen se lo presentara, ya le había visto en The Palm. Hap le había contado el historial de Cato.

Key no tenía prejuicios contra los expresidiarios. Incluso él había pasado unos días en una cárcel italiana, hacía años. Cato era amable, pero no servil. Era discreto, hacía su trabajo y eludía los problemas. Era más de lo que se podía decir de muchos hombres sin antecedentes penales.

Jody no tenía un punto de vista exactamente liberal sobre la reforma social. Toleraba difícilmente los errores. No le agradaría tener a un expresidiario entre sus empleados y, por consiguiente, cuanto menos supiera respecto al historial de Cato, mejor para todos. Muley se había despedido y Janellen había encontrado a alguien capacitado para reemplazarle. Esa era la versión simplificada que le habían ofrecido. Pero, al parecer, Jody se olía algo. Aquella no era la primera vez que se interesaba por el tema.

Key permaneció impasible y esperaba que Janellen hiciera otro tanto. Pero mentir no le resultaba fácil. Empezó a moverse nerviosa bajo la persistente mirada de su madre.

—¿Cato no es de por aquí?

—No, mamá. Se crio en el oeste de Texas.

—¿Sabes algo de sus padres?

—Creo que están muertos.

—¿Está casado?

—Es soltero.

Jody siguió mirando fijamente a su hija, sin dejar de darle caladas al cigarrillo. Después de un silencio aparentemente interminable, Janellen miró nerviosa a Key.

—Key le ha conocido y no ha visto nada de malo en él.

¡Maldita sea! No quería inmiscuirse en la discusión, pero acudió a rescatar a su hermana.

—Es un buen hombre.

—También lo es Papá Noel. Pero eso no significa que conozca la diferencia entre un pozo y el ojo del culo.

Janellen hizo una mueca ante la crudeza del lenguaje de su madre.

—Bowie sabe mucho sobre el petróleo, mamá. Ha trabajado en eso desde que era niño.

Puesto que ya estaba metido en el ajo, Key decidió seguir defendiendo la causa de su hermana.

—Cato hace su trabajo. A Janellen le cae bien y también a los otros hombres. ¿Qué más puedes desear?

Sabía, evidentemente, lo que su madre deseaba: ser joven, fuerte y saludable; Jody quería mantenerse al timón de Tackett Oil & Gas, y le molestaba que Janellen contratara a un empleado sin consultárselo. Aunque hubiera contratado a H. L. Hunt reencarnado a Jody no le habría gustado.

—Trabaja para nosotros desde hace... ¿cuánto, Janellen, dos semanas?

—Eso es.

—Y no ha causado un solo problema —prosiguió Key—. De modo que, a mi parecer, Janellen ha tomado una decisión correcta.

—Como si tu opinión contara para algo en lo que a Tackett Oil se refiere —declaró Jody con todo el desdén del que fue capaz.

—No hablaba como experto en el negocio del petróleo —respondió sosegadamente Key—, sino como un individuo que ha estrechado la mano de otro. Cato me miró directamente a los ojos, como alguien que no tiene nada

que ocultar. Le conocí al final del día. Estaba sudado y con la ropa sucia, lo cual indicaba que había estado trabajando sin tregua al calor del sol.

Jody soltó una bocanada de humo en dirección al techo.

—Parece que tú podrías aprender un par de cosas de la ética laboral de ese tal Cato. No te sentaría mal sudar un poco, ensuciarte las manos, trabajar ahora que estás aquí.

—Key ha trabajado, mamá. Ha arreglado el pestillo del portalón.

—Eso es un pasatiempo. Estoy hablando del sudor de la frente, del trabajo en serio.

—En tus pozos, quieres decir.

A pesar de su sincero propósito de no excitarse, Key empezaba a elevar el tono de su voz.

—¿Supongo que no te mataría?

—No, no me mataría, pero no es lo mío. Es lo tuyo.

—De modo que esa es la razón por la que nunca has querido formar parte del negocio. ¿Porque yo llegué primero? No quieres jugar un papel secundario respecto a una mujer.

Key soltó una lastimera carcajada mientras movía la cabeza.

—No, Jody. Nunca he querido formar parte del negocio, porque no me interesa.

—¿Por qué no?

Jody nunca se contentaba con una simple respuesta. Key se había visto siempre obligado a elaborar, explicar y justificar sus opiniones, especialmente cuando discrepaban de las de su madre. No le sorprendía que su padre hubiera preferido la compañía de otras mujeres. Con Jody, todo se convertía siempre en una contienda para comprobar quién dominaba a quién. Poco tardaría cualquier hombre en hartarse de aquel juego.

—Tal vez si todavía perforáramos —respondió Key con un esfuerzo para conservar la tranquilidad—, si el trabajo supusiera un reto, me interesaría por el negocio.

—Necesitas hacer algo excitante, ¿es eso?

—Lo rutinario no me atrae.

—Entonces deberías haber vivido durante la fiebre del petróleo. Atraía a la gente como tú. El este de Texas estaba lleno de jugadores, estafadores, chorizos y prostitutas. Todos vivían de la suerte y la esperanza. Apostaban todo lo que tenían. Al diablo con el mañana, que estaba en manos del destino.

»Ese es el tipo de vida que te atrae, ¿no es cierto? No eres feliz si no vives como un funambulista, con cocodrilos debajo de la cuerda dispuestos a

devorarte si te caes. Te encanta la aventura, igual que a tu padre.

Key tenía los dientes tan apretados que le dolía la mandíbula.

—Piensa lo que quieras, Jody —respondió después de inclinarse hacia adelante y hurgar la mesa con el índice para realzar cada una de sus palabras—. Pero nunca he querido, ni querré, limitarme a custodiar un puñado de pestilentes pozos de petróleo.

—Key —exclamó lastimosamente Janellen.

Apenas se la oyó con el crujido de la silla de Jody, que se retiraba de la mesa. Tenía las mejillas encendidas.

—¡Esos pestilentes pozos de petróleo te han permitido vivir como un rey toda la vida! ¡Han llenado tu barriga de comida, te han cubierto el cuerpo de ropa, te han comprado nuevos coches y han pagado tu estancia en la universidad!

Key se puso también de pie.

—Lo cual agradezco. ¿Pero sé supone que debo dedicarme al negocio del petróleo para recompensarte por cumplir con tu obligación maternal? Si tú y papá hubierais sido fontaneros, ¿debería pasar el resto de mi vida limpiando cloacas? Nunca esperasteis que Clark se dedicara al negocio del petróleo, ¿por qué yo?

—Clark tenía otros planes en la vida.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le preguntaste alguna vez cuáles eran sus ambiciones? ¿O se limitó a seguir tus planes para su vida?

Jody irguió la espalda.

—Su carrera estaba trazada y la habría seguido, de no haber sido por esa puta de doctora a la que tú paseas por el campo.

—Aquello fue una emergencia, mamá —intervino Janellen—. Aquella niña habría muerto de no haber sido por Key.

El accidente de Letty Leonard había aparecido en grandes titulares en la prensa local.

—Gracias, Janellen —dijo Key—, pero no necesito que defiendas lo que hice. Lo habría hecho incluso por un perro, ni que decir tiene por una niña.

A Jody le obsesionaba un solo aspecto de lo sucedido.

—Te advertí que te mantuvieras alejado de Lara Porter.

—Maldita sea, no piloté hasta el hospital por ella. Lo hice por la niña.

—¿Pensabas también en la niña cuando invitaste a la doctora a cenar?

En lugar de aparentar sorprenderse o sentirse culpable al comprobar que sabía lo de su cena con Lara Mallory, se limitó a encogerse de hombros.



—No había comido en todo el día. Tenía hambre. Estaba conmigo por casualidad cuando paré para comer.

La mirada de Jody estaba impregnada de ira.

—Te lo advierto por última vez. Mantente alejado de ella. Búscate a otras mujeres para beber y acostarte con ellas.

—Gracias por recordármelo. Esta noche empiezo tarde —respondió mientras se dirigía al aparador, se servía un whisky y se lo tomaba provocativamente de un trago.

Con un chasquido de asco, Jody dio media vuelta, abandonó marcialmente el comedor y subió por la escalera.

—¿Por qué no podéis ser amables el uno con el otro?

Key se volvió hacia su hermana, dispuesto a defenderse, pero su expresión de remordimiento se lo impidió.

—No he sido yo quien ha empezado, sino Jody.

—Sé que no es una persona apacible.

Key soltó una sardónica carcajada ante lo evidente del comentario.

—Gracias por guardar el secreto respecto al señor Cato. Mamá no querría a un expresidiario en plantilla, aunque fuera un empleado ejemplar.

—¿Empleado ejemplar? —preguntó Key con una ceja levantada—. ¿No es demasiado pronto para saberlo?

—El señor Cato no es el quid de la cuestión —declaró Janellen antes de cambiar de tema—. ¿La llevaste realmente a cenar?

—¿A quién? ¿A Lara Mallory? Maldita sea, ¿qué importancia tiene? Fui a Barbecue Bobby's para comer unas costillas. Ella estaba conmigo porque la llevaba a su casa desde el aeródromo. Eso es todo. ¿Merece eso la pena de muerte?

—Me llamó por teléfono.

Desapareció su enojo.

—¿Cómo dices?

—Me llamó por teléfono la semana pasada. Como caída de las nubes. Cuando levanté el teléfono del despacho, se identificó. Fue muy amable y me invitó a almorzar.

—¿Te invitó a almorzar? —rio Key ante lo descabellado de la propuesta.

—Me dejó tan perpleja que no supe qué responder.

—¿Qué le dijiste?

—Evidentemente no acepté.

—¿Por qué?

—¡Key! Hablamos de la mujer que arruinó el futuro político de Clark.

—No le violó a punta de pistola, Janellen —respondió, con una sesgada sonrisa—. Dudo incluso de que le atara a la cama, a no ser que lo hiciera con fines recreativos.

—No comprendo cómo puedes tomártelo a broma —replicó Janellen enojada—. ¿De qué bando estás?

—Del nuestro. Lo sabes perfectamente —respondió, con la mirada perdida momentáneamente en la lejanía, mientras jugaba con el vaso vacío que tenía en la mano—. Pero tal vez habría sido interesante que aceptaras su invitación. Me gustaría saber qué se propone.

—¿Crees que trama algo?

Key reflexionó unos instantes. Indudablemente, había crecido su estimación por Lara Mallory después de presenciar el ahínco con que había luchado para salvar la vida de la pequeña Leonard. Había visto a médicos militares que se esforzaban mucho menos por salvar a sus pacientes.

No obstante, a pesar del valor y de la pericia que había demostrado en aquella crisis, seguía siendo la protagonista del escándalo que había comprometido irremediablemente a Clark. No habría venido a Eden Pass sin un motivo muy poderoso. Quería algo. Se lo había confesado explícitamente cuando le dijo que tenía en su posesión un pagaré que se proponía cobrar.

«Me llevará en avión a Montesangre».

A Key no se le había ocurrido, ni momentáneamente, que hablara en serio. Había expresado claramente su mala opinión de dicho país. Ni un caballo salvaje lograría arrastrarla a aquel lugar.

Entonces, ¿por qué lo había dicho? ¿Para provocarle? ¿Desconcertarle y despistar en cuanto a sus auténticos motivos?

—No te habría llamado si no quisiera algo de ti —dijo un tanto irritado.

—¿Como qué?

—¿Quién coño lo sabe? Tal vez algún recuerdo de la infancia de Clark, como un osito de peluche. O algo tan abstracto como aprobación social. Tú eres un miembro respetable de la comunidad. Quizá piense que ser vista contigo le facilitaría la aceptación necesaria para tener éxito en la consulta. Cuando vuelva a llamar...

—Si lo hace.

—Creo que lo hará. Es una mujer decidida. Cuando llame, piénsatelo. Almorzar con ella puede ser interesante.

—Mamá tendría un infarto.

—No tiene por qué saberlo.

—Se enterará.

—¿Qué importa? Eres una mujer adulta. Tienes derecho a tomar tus propias decisiones, aunque no sean del agrado de Jody.

Janellen colocó ambas manos sobre el brazo de su hermano y le habló con sinceridad:

—Te lo ruego, Key, tanto por ti como por ella, procura establecer una relación pacífica.

—Lo intento, Janellen. Ella es quien no quiere la paz conmigo.

—No es cierto. Lo que ocurre es que no sabe cómo ceder con elegancia. Es una vieja cascarrabias. Se siente sola. No se encuentra bien y creo que le da miedo la perspectiva de la muerte.

Key estaba de acuerdo en todo, pero ello no resolvía el problema.

—¿Qué quieres que haga que no haya intentado ya? Me he esforzado todo lo posible en ser cortés y agradable. Incluso le compré flores y tú pudiste comprobar para qué sirvieron —declaró con amargura—. No pienso arrastrarme y besarle los pies cada vez que me cruce con ella.

—No te pido que le des coba. Detectaría inmediatamente tu hipocresía y sólo serviría para generar resentimiento. Pero podrías ser menos abrupto con ella. Cuando ha empezado a hablar del trabajo, podías haberle comentado alguna de las cosas que has hecho últimamente.

—No tengo por qué presumir de mis proezas. No me propongo impresionarla. Además, lo que yo hago no le interesa. Cree que pilotar es un pasatiempo. No se sentiría satisfecha aunque fuera el comandante del avión presidencial —dijo desalentado al tiempo que dejaba lentamente el vaso vacío en la bandeja—. A Jody no le gusta que esté aquí. Se alegrará de que me marche cuanto antes.

—Por favor, no te lo tomes así. Y no te marches con ese rencor entre nosotros. Está todavía asolada por la muerte de Clark y, puesto que es incapaz de tolerar esa debilidad en sí misma, se ensaña contigo para compensarla.

—Siempre he sido un buen chivo expiatorio. No le he gustado desde el día en que nací y papá no le mandó seis docenas de rosas amarillas.

—Él la agraviaba, Key. Ella le quería y él la agraviaba.

—¿Quererle? —exclamó con una amarga carcajada.

Janellen le miró con seriedad, un tanto perpleja.

—Le quería muchísimo. ¿No te habías dado cuenta?

Antes de poder discutirlo, sonó el timbre de la puerta.

—Las cosas mejorarán entre vosotros. Ya lo verás —dijo Janellen, al tiempo que le estrujaba el brazo. Después se lo soltó y añadió—: Voy a abrir la puerta.

Sin compartir el optimismo de su hermana, decidió servirse otro whisky y se lo tomó de un trago. Le ardía la garganta, le escocía el esófago y, con toda probabilidad, le descompondría el estómago. No le gustaba tanto beber como en otra época.

Casi nada le gustaba tanto como antaño. ¿Desde cuándo llevarse a una mujer a la cama había dejado de tener más ventajas que desventajas? Le amargaba la vida en general y no sabía por qué.

Atribuía su desilusión reciente a su tobillo dislocado y a la herida de su costado. Pero su tobillo sólo le molestaba ahora ocasionalmente y lo único que le recordaba su herida ya cicatrizada era una zona ligeramente sensible y una cicatriz rosada.

Entonces, ¿qué le ocurría?

Aburrimiento.

Disponía de demasiado tiempo libre para reflexionar. Pensaba invariablemente en el accidente que había provocado la muerte de Clark y en todos los cabos sueltos de las teorías que colgaban como de un manto deshilachado. Key quería conocer los hechos, pero no se esforzaba en averiguarlos por temor a descubrir algo que prefería ignorar. Debajo de todas las piedras que había levantado últimamente, encontraba asquerosos gusanos. Había decidido que era preferible no perturbar ciertas cosas.

Afortunadamente, había empezado a pilotar de nuevo. No había sido la publicidad que generaría lo que le había inducido a trasladar a Letty Leonard a Tyler, pero desde entonces su teléfono no había dejado de sonar. Había conseguido algunos buenos contratos y tenía otros en perspectiva. No le hacía falta el dinero, pero nunca estaba de más. Lo que necesitaba desesperadamente era la actividad y la sensación de libertad que sólo le proporcionaba el volar.

Para sentirse tranquilo, ni el estado, ni la ciudad, ni la casa donde se encontraba eran lo indicado. Deseaba hallar un lugar completamente diferente a todo lo que había experimentado, donde la lengua fuera extranjera y la comida extraña. Algún lugar exótico donde los habitantes ni siquiera hubieran oído hablar de los Tackett.

Buscaba por todo el mundo un sitio donde nadie supiera que era hermano de Clark Tackett. La búsqueda permanente.

«¿Tackett? —acababan por preguntarle, después de reflexionar, los desconocidos—. ¿Algún parentesco con el exsenador texano? ¿Su hermano menor? ¡Que me parta un rayo!».

A lo largo de toda su vida, Clark había sido el punto de referencia con el que se había comparado a Key.

«Key ya es casi tan alto como Clark».

«Key ya corre casi tanto como Clark».

«Key no se porta tan bien como Clark».

«Key no ha recibido ninguna mención de honor, pero Clark siempre la consigue».

Un buen día acabaría por ser más alto que su hermano. En la adolescencia, le superó como atleta. Sin embargo, las comparaciones desfavorables le perseguirían en la vida adulta. No obstante, y por extraño que pareciera, nunca se había sentido celoso de Clark. Jamás había querido ser como su hermano, aunque todos los demás creyeran que Clark era el modelo al que debía aspirar. Jody era quien más convencida estaba de ello.

De niño, le había dolido que su madre prefiriera tan evidentemente a su hermano. Le vendaba las rodillas cuando se lastimaba, pero nunca se las besaba. Por el contrario, le regañaba por ser travieso. Nunca valoraba los dibujos que pintaba en la escuela, ni los pegaba al espejo de su tocador, se limitaba a echarles una breve ojeada.

De adolescente, le molestaba la frialdad de su madre. La desobediencia y rebelión flagrantes habían sido su forma de reaccionar ante el favoritismo que manifestaba por Clark. Sólo contaba con su aprobación cuando hacía jugadas espectaculares con los Eden Pass Devils, aunque aquello era pura autocomplacencia que poco tenía que ver con él personalmente.

Fuera del campo, Key se esforzaba en demostrarle lo poco que le importaba, aunque en el fondo le afectaba enormemente y era incapaz de comprender por qué no era merecedor de su amor.

Pero con la madurez llegó simplemente la aceptación de que su madre no le quería. No le gustaba. Nunca lo había hecho, ni lo haría. Había dejado de intentar analizar el porqué y, francamente, ya no le importaba. Era la realidad. Habían descubierto a Clark en la cama con una mujer casada, pero era a Key a quien se le acusaba de mujeriego.

Hacía algunos años, después de llegar finalmente a la conclusión de que ganarse la aprobación de su madre, por no hablar de su amor, era una causa perdida, había decidido que sería preferible para todos ausentarse, con lo cual satisfaría asimismo su anhelo aventurero.

Ahora, incluso eso se le reprochaba.

Estaba inquieto y aburrido, y las incógnitas relacionadas con la muerte de su hermano le habían impulsado a regresar a su casa. Necesitaba ir de nuevo

en busca del anonimato, pero cuando sentía la tentación de hacer las maletas y largarse, la visión del rostro suplicante de su hermana le cargaba de culpabilidad.

Las preocupaciones de Janellen eran válidas y justificadas. El envejecimiento y la pérdida de control que lo acompañaba eran aterradores para una mujer tan tenaz como Jody. Honradamente, Key no podía dejar que Janellen se ocupara de ella a solas. Ahora compartía los temores de su hermana, de que la confusión y olvido de Jody eran indicios de algo más grave que la sucedía. En el caso de que se produjera una crisis médica, nunca se lo perdonaría si se encontraba a millares de kilómetros de distancia e incomunicado. Aunque no fuera su hijo predilecto, Jody seguía siendo su madre. De momento, su obligación era la de permanecer en Eden Pass.

—¿Key?

Perdido en sus divagaciones, volvió la cabeza al oír la voz reticente de su hermana.

—Hay alguien en la puerta que desea verte —dijo Janellen mientras le miraba de un modo peculiar e interrogativo.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Una mujer.

## Once

—Lara arqueó momentáneamente la espalda para estirar los músculos entumecidos. Poco a poco se relajó y se frotó los ojos, antes de apoyar de nuevo las gafas sobre el puente de su nariz.

Después de una cena temprana mientras veía las noticias, había decidido no seguir viendo la televisión porque no ofrecía nada interesante. La emoción de la literatura de ficción había quedado tristemente reducida desde aquella mañana en Virginia. Ningún novelista podía elaborar un argumento con tantos giros, tropiezos y calamidades como los que habían plagado su vida en los últimos cinco años. Era difícil identificarse con un protagonista, cuyo dilema era suave comparado con el suyo.

Sin nada que hacer para divertirse, había optado por leer las fichas de sus pacientes. La complejidad de la medicina nunca dejaba de fascinarla.

Mientras que otros compañeros de facultad no habían dejado de quejarse en toda la carrera, para Lara había sido como unas vacaciones. Disfrutaba de las imprescindibles horas de estudio. Para ella era un lujo disponer de un número ilimitado de textos y desconcertantes historiales médicos. Los devoraba con un apetito insaciable.

Al contrario de sus padres, ninguno de sus profesores o compañeros le reprochaba su insatisfecha sed de conocimientos, ni insistía en que el estudio de la medicina fuera inadecuado para una joven de buena familia y en que había otras carreras mucho más aceptables a las que podía dedicarse.

Había sido la tercera de su promoción en Johns Hopkins, se había distinguido como interna y había podido elegir a su antojo el hospital de su residencia. Naturalmente, había gozado de la envidiosa admiración de sus compañeros, pero la verdadera gratificación emanaba de la curación. Un simple «gracias» de un paciente superaba los halagos de sus compañeros.

Lamentablemente, dicha gratificación se había convertido ahora en algo inusual. Esa era la razón por la que a Lara le gustaba examinar las fichas de sus pacientes y registrar su progreso desde el diagnóstico hasta la curación.

Le llamó la atención un coche que se acercaba. Puesto que no esperaba que se detuviera, observó perpleja cómo entró por el camino de su casa, hasta detenerse junto a la puerta trasera del consultorio. Dejó lo que estaba leyendo y se dirigió inmediatamente a su despacho. Cuando cruzaba el consultorio, tuvo la sensación de haber vivido ya aquella situación. Era desconcertantemente parecida a la noche en que Key Tackett había aparecido en el umbral de su puerta con una herida de bala en el costado.

Tal era la semejanza que apenas le sorprendió verle en los peldaños cuando abrió la puerta. Pero en esta ocasión, no estaba solo.

Lara miró con curiosidad a la joven antes de dirigirse a él.

—Tengo un horario de trabajo, señor Tackett. Eso es algo que usted parece olvidar. O ignorar. ¿O se trata de una visita social?

—¿Podemos entrar?

Key no estaba de humor para discutir con ella. Venía con cara de pocos amigos, con el entrecejo fruncido y los labios fuertemente apretados. Si hubiera llegado solo, probablemente Lara le habría cerrado la puerta en las narices. A decir verdad, estaba a punto de hacerlo cuando miró de nuevo a la joven y comprobó que había estado llorando. Sus ojos y su nariz estaban húmedos, y su cara manchada. Apretaba con tanta fuerza el pañuelo que sus nudillos estaban blancos.

A excepción de su visible trastorno, parecía una joven perfectamente sana de poco menos de veinte años. Era robusta, con un pecho generoso y unas anchas caderas. Su rostro era atractivo, o lo habría sido de haber sonreído. Su cabellera oscura y sin ondulaciones le llegaba hasta los hombros. Debido a la lúgubre expresión de sus ojos castaños, junto a su evidente sufrimiento, Lara no pudo dejar de prestarle atención.

Se echó a un lado y les indicó que entraran.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

La joven guardó silencio.

—Doctora Mallory, le presento a Helen Berry —dijo Key—. Necesita que la vea un médico.

—¿Está enferma? —preguntó Lara.

—No exactamente —respondió Helen después de mirar furtivamente a Key.

—No puedo ayudarla, a no ser que me diga cuál es su problema. Si lo que quiere es una revisión general, puede ser mi primer paciente mañana por la mañana.



—¡No! —protestó la joven—. No quiero que... nadie lo sepa... No puedo...

—Helen necesita que la examine.

—¿Por qué necesita que la examine, si no está enferma? —preguntó Lara dirigiéndose a Key.

—Precisa un reconocimiento ginecológico.

Lara le dirigió una mirada interrogativa, con los ojos muy abiertos, a la espera de más explicaciones. Key guardó silencio, con una expresión inmutable. La joven, nerviosa, se mordía el labio inferior.

—Helen —preguntó Lara con ternura—, ¿te han violado?

—No —respondió moviendo decididamente la cabeza—. Ni nada por el estilo.

Lara la creyó y sintió un gran alivio.

—Esperaré ahí —prorrumpió Key. Dio media vuelta y avanzó a grandes zancadas por el pasillo, en dirección a la oscura sala de espera.

Su ausencia creó un silencioso vacío. Lara tardó varios segundos en dar un suspiro y mirar a Helen Berry con una reconfortante sonrisa.

—Por aquí, por favor.

La joven la siguió al consultorio, donde Lara le indicó que se tumbara sobre la camilla.

—¿No quiere que antes me desnude?

—No —respondió la doctora—. No pienso practicarle un reconocimiento ginecológico hasta que disponga de más información. Además, ahora no está mi enfermera y nunca práctico este tipo de reconocimientos sin ayuda.

Lo hacía para protegerse a sí misma, además de a la paciente. En una sociedad tan propensa a los pleitos, los médicos estaban paranoicos ante la posibilidad de denuncias por irresponsabilidad profesional. En su caso, debido al escándalo que había protagonizado, se sentía todavía más vulnerable.

A la paciente se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—Pero tiene que reconocerme. Debo saberlo. Es preciso que lo averigüe ahora para decidir lo que debo hacer.

Evidentemente desolada, hacía añicos del pañuelo empapado que tenía en las manos. Lara se las sujetó para tranquilizarla.

—Helen —dijo con ternura, pero en tono autoritario, con el propósito de que la paciente se sosegara—. Antes de proseguir, necesito más información.

Cogió papel y pluma, y preguntó por su nombre completo. El papeleo podía haber esperado, pero hacerlo ahora obligó a la joven a componerse. Después de formularle las preguntas habituales del formulario, Lara descubrió

que Helen vivía en una zona rural de los alrededores. Tenía dieciocho años y había terminado el bachillerato el mayo anterior. Su padre trabajaba en la compañía telefónica. Su madre era ama de casa. Tenía dos hermanas menores y un hermano. No había enfermedades graves en la familia.

—Y ahora dime, ¿por qué te ha traído aquí el señor Tackett? —preguntó Lara después de dejar los papeles sobre la mesa.

—Yo se lo he pedido. Tenía que hacerlo.

Se le descompuso de nuevo el rostro y volvió a morderse brutalmente el labio inferior. Las lágrimas rodaban por sus rechonchas mejillas.

Lara, convencida de haber descubierto la causa de su desazón, se dirigió al meollo de la cuestión.

—¿Crees estar embarazada?

—Maldita sea. ¡Qué estúpida he sido! —exclamó Helen.

A continuación se arrojó sobre la camilla, dobló las rodillas junto al pecho y se echó a llorar incontrolablemente.

Lara se le acercó rápidamente y volvió a cogerla de la mano.

—Tranquilízate, Helen. Todavía no sabemos nada con seguridad. Puede que estés llorando en vano, que no sea más que una falsa alarma.

Hablaba en un tono sosegado y tranquilizador, pero su impulso era el de chirriar los dientes. Habría querido tener a mano una escopeta cargada para volarle los testículos a Key Tackett. Acostarse con mujeres descamadas como Darcy Winston era una cosa y seducir a niñas en edad escolar otra muy distinta.

—¿Cuándo tuviste tu última menstruación? —preguntó Lara mientras le apartaba a Helen unos cabellos de la cara.

—Hace seis semanas.

—¿De modo que has tenido sólo una falta? Eso no significa que estés necesariamente embarazada.

—Sí, lo estoy —insistió Helen mientras movía enfáticamente la cabeza—. Nunca me retraso.

«Tal vez», pensó Lara, pero había infinidad de razones por las que se podía retrasar la menstruación, y el embarazo era sólo una de ellas.

Sin embargo, también había aprendido que los pacientes solían conocer su propio cuerpo mejor que nadie. No podía descartar a ciegas la conclusión de Helen.

—¿Has tenido relaciones sexuales?

—Sí.

—¿Sin utilizar ningún anticonceptivo?

Helen asintió.

A Lara le parecía lamentable que los estudiantes de instituto olvidaran todavía el uso del preservativo, que era la forma más sencilla, barata y sin embargo fiable de evitar embarazos indeseados y de protegerse de las enfermedades de transmisión sexual. En una comunidad como Eden Pass, una discusión abierta sobre dichos métodos de protección generaría indudablemente oposición por parte de los padres más conservadores y grupos religiosos. No obstante, era fundamental, y en realidad cuestión de vida o muerte, concienciar a los adolescentes sobre los riesgos a los que se exponían si eran sexualmente activos y no tomaban precauciones.

—¿Alguna molestia en los senos?

—Un poco. No más de lo habitual. Pero me he hecho yo misma una de esas pruebas del embarazo.

—¿Ha salido positiva?

—Indudablemente.

—Son bastante fiables, pero en toda prueba hay cierto margen de error —dijo Lara al tiempo que le tendía una mano para ayudarla a incorporarse—. Entra en el baño y déjame una muestra de orina. Haré una prueba preliminar esta noche.

—De acuerdo. Pero ya sé que estoy embarazada.

—¿Lo has estado alguna vez anteriormente?

—No. Pero lo sé. Si lo estoy, me matará.

Helen se retiró al baño. Al pensar en Key Tackett, sentado tranquilamente en la sala de espera, Lara sintió el impulso de enfrentarse a él y expresarle el asco que le inspiraba, pero debía pensar primero en su paciente.

—La he dejado sobre la cisterna —dijo Helen cuando salió del baño.

—De acuerdo. Acuéstate sobre la camilla y procura relajarte.

Al cabo de unos minutos se confirmaron una vez más los peores temores de Helen.

—Lo sabía —exclamó entre sollozos cuando Lara le comunicó que los indicios eran positivos.

Se echó a llorar de nuevo. Lara la rodeó con sus brazos y la retuvo hasta que el llanto se transformó en un hipo seco y carrasposo.

—Hasta que no quede duda alguna respecto a tu embarazo, prefiero no administrarte ningún sedante. ¿Te apetece algo de beber?

—¿Tiene Coca-Cola?

Lara la dejó el tiempo necesario para ir en busca del refresco. Cuando regresó, Helen lloraba en silencio, pero estaba más sosegada. Tomó varios

tragos con avidez.

—Helen, ¿hay que descartar la posibilidad de que el padre se case contigo?

—Sí —susurró—. Un hijo es lo último que quiere o necesita.

Lara se sintió presa de una ira que le invadió todo el cuerpo.

—Comprendo. ¿Y tus padres? ¿Puedes contar con su apoyo?

—Mis padres me quieren —respondió con los ojos nuevamente llenos de lágrimas—. No me echarán a la calle. Pero mi papá es diácono de nuestra iglesia. Y mi mamá... Dios mío, se morirán de vergüenza.

—¿Deseas tenerlo?

—No lo sé.

—Siempre podrías dejar que lo adoptara alguien.

—No creo que me lo permitiera. Además, si lo tengo, nunca podré desprenderme de él.

—¿Has considerado la posibilidad de un aborto?

—Eso es probablemente lo que tendré que hacer. —Sollozó y se sonó la nariz—. Excepto que... le quiero, ¿sabe? No quiero matar a su hijo.

—No tienes por qué decidirlo esta noche —dijo Lara con ternura mientras le acariciaba la mano.

—Si decidiera hacerlo, ¿se ocuparía usted de ello, de modo que nadie se enterara?

—Lo siento, Helen, no. No practico intervenciones para la interrupción del embarazo.

—¿Por qué no?

Después de haber visto morir a su propia hija, Lara no se sentía capaz de destruir a un ser vivo, a no ser que corriera peligro la vida de la madre.

—Es sencillamente mi política —respondió—. Pero si estás embarazada y esa es la alternativa que eliges, me ocuparé de organizártelo.

Aunque Helen asentía, Lara dudaba de que absorbiera gran parte de la conversación. Cuando entró en la sala de espera, pulsó el interruptor y un resplandor fluorescente, frío e implacable, inundó la estancia. Key se había acomodado en uno de los sillones. Después de parpadear, para acostumbrar los ojos a la nueva luz, se puso lentamente de pie.

—¿Por qué me la ha traído? —preguntó Lara enojada.

—Me ha parecido que necesitaba clientes.

—Agradezco su consideración —respondió de mal talante—, pero habría preferido no verme inmiscuida en otra de sus intrigas.

Key se cruzó de brazos.

—A juzgar por su tono, supongo que Helen estaba en lo cierto. ¿Está embarazada?

—Eso parece.

Dejó caer la cabeza hacia el pecho y echó una soberana maldición.

—Parece que no le alegra la noticia.

—Y que lo diga, doctora —exclamó después de levantar nuevamente la cabeza—. Es una calamidad.

—Debió haber pensado en ello antes de acostarse con una joven tan poco sofisticada como Helen. ¿Y por qué no tomaron precauciones? Suponía que alguien tan experto como usted tendría siempre una reserva de preservativos a mano. ¿O va su utilización contra sus principios machistas?

—Espere un puñetero momento. Usted...

—Clark me habló de su reputación de sátiro. Creí que exageraba, pero ahora veo que no lo hacía. Las mujeres de Key Tackett. Por aquí es como una cofradía, ¿no es cierto? La única condición para pertenecer a la misma es la de haberse acostado con usted —declaró Lara sin dejar de mirarle con desprecio—. Tal vez deberían cambiar el título por el de Las niñas de Key Tackett —agregó con una mueca—. ¿Qué diablos le ocurre? ¿Está perdiendo su encanto juvenil? ¿La madurez lastima su ego? ¿Se siente tan inseguro respecto a su juventud marchita que recurre a jovencitas de la escuela?

—¿Y a usted qué le importa? —respondió con los ojos medio cerrados—. ¿Está celosa? —agregó en un susurro.

Lara recuperó la compostura, enojada por haberse rebajado a su nivel, e invitar así un contraataque.

—Helen está pensando seriamente en la posibilidad de un aborto —dijo en un tono frío y profesional—. Hasta que tome una decisión definitiva, me encantará ofrecerle los debidos cuidados prenatales, a condición de que acuda sola a la consulta, sin usted.

—No volverá a verla. Lo único que queríamos de usted esta noche era un sí o un no —respondió enojado mientras sacaba un fajo de billetes del bolsillo de sus ceñidos vaqueros desgastados—. ¿Cuánto le debo?

—Esta va por cuenta mía, pero quiero algo a cambio.

—¿Como qué? No, deje que lo adivine. ¿Un vuelo gratuito a Tombuctú?

Se había preguntado si mencionaría su última conversación y no le sorprendió el sarcasmo de su comentario. Pero no mordió el anzuelo.

—Lo que quiero de usted es una promesa...

—Nunca hago promesas a las mujeres. ¿No se lo mencionó Clark cuando le hablaba de mi vida sexual?

Lara hizo un esfuerzo para no alterar el tono de su voz.

—No quiero que vuelva a dejar su basura en la puerta trasera de mi casa. Esta es la segunda vez que me he visto obligada a paliar uno de sus embrollos. No me inmiscuya en ellos, se lo ruego. No quiero saber nada de sus juveniles lances románticos.

—¿En serio?

—En serio.

Se le acercó con actitud amenazadora, hasta que sus ropas llegaron a tocarse. Lara percibía el calor de su cuerpo y su aliento en su rostro erguido. Su furor era evidente. Sólo su determinación le impedía retractarse.

—Es curioso, doctora —susurró con la voz ronca—. Tenía entendido que este tipo de aventuras románticas eran precisamente su especialidad.

Lara mantuvo su posición y resistió la mirada fija de sus ojos azules tanto como pudo antes de retroceder unos pasos y volverle la espalda.

—He procurado tranquilizar a Helen en la medida de lo posible, pero todavía está disgustada —dijo por encima del hombro—. Si aún conserva un mínimo de decencia, la tratará con ternura esta noche. Nada de acusaciones ni recriminaciones. Hasta que decida cómo resolver esta crisis, necesitaré paciencia y comprensión.

—No se preocupe, puedo ser la ternura personificada.

Lara le lanzó una mirada fulminante, volvió a darle la espalda y se alejó por el pasillo. Llamó a la puerta del consultorio antes de entrar. Helen estaba tumbada de espaldas sobre la camilla, con la mirada fija en el techo. A la doctora le tranquilizó comprobar que había dejado de llorar, y le brindó una sonrisa con la esperanza de que no pareciera demasiado forzada.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, supongo.

—Me alegro. Key está esperándote.

La ayudó a incorporarse y salieron juntas al pasillo. Key esperaba junto a la puerta trasera, aparentemente dispuesto a salir corriendo. Afirmar que su moral era la de un gato callejero equivalía a insultar a los gatos. Era lamentable que su carácter no correspondiera a su encanto.

El cuello abierto de su camisa permitía entrever lo que Lara sabía que era un robusto tórax. Sus vaqueros se ceñían sobre sus genitales, estrechas caderas y largos muslos como una segunda piel. Clark raramente usaba ropa deportiva y nunca Levi's. Nunca los había visto, ni a él ni a Randall, con botas camperas. Las de Key estaban desgastadas.

«Las mujeres de Key Tackett», pensó sardónicamente.

Dado lo apuesto que era, su éxito con las mujeres no era sorprendente. En pocas semanas se había acostado con Darcy Winston y con aquella jovencita de dieciocho años. ¿Cuántas otras habría? Su idilio con Darcy no era tan sorprendente como su relación con esa chica, mucho más joven e inocente que él. Por alguna razón vaga e inquietante, se sentía decepcionada.

En un alarde de ternura le abrió los brazos a Helen, quien se arrojó a ellos. La sujetó fuertemente durante un momento, con la cabeza agachada, mientras le susurraba algo al oído que Lara no alcanzaba a distinguir. Entre sollozos, Helen asintió junto a su pecho.

—Espérame en el coche, cariño —dijo Key después de soltarla—. Voy ahora mismo.

De camino hacia la puerta le dio apresuradamente las gracias a Lara. Key no volvió a hablar hasta que Helen se había alejado.

—Me ocuparé de que reciba los cuidados necesarios, pero no será usted quien se los proporcione.

Lara lamentaba perder una paciente, pero dedujo que era el precio que debía pagar por sermonearle. En lugar de decir algo que podría lamentar más adelante, se limitó a inclinar brevemente la cabeza. Para ella, aquel habría sido un buen momento de dar la conversación por concluida. Pero no para Key.

—Cuando venía he oído algo por la radio que puede interesarle —dijo antes de despedirse—. A última hora de esta tarde ha muerto Letty Leonard.

Key no era el único que había oído la noticia de la muerte de la niña. Jody también la había oído.

Eden Pass estaba situado a medio camino entre Dallas, el área metropolitana de Fort Worth y Shreveport, Luisiana. Su situación le permitía disfrutar de una amplia selección de emisoras de televisión. Los tres canales tenían filiales en dichas ciudades, que distribuía la compañía local por cable, además de la CNN y otras cadenas importantes.

Pero para las noticias regionales, Jody sintonizaba la emisora que transmitía desde Tyler. Conocía personalmente a sus propietarios y estaba familiarizada con su habilidad televisiva. Ver sus noticiarios era como recibir todas las noches en su casa a alguien conocido que le contaba lo sucedido.

Esta noche estaba inusualmente cansada. Su iracunda confrontación con Key había agotado su energía. Además, su conversación sobre Clark la había dejado mental, emocional y físicamente agobiada. Aunque hacía más de dos

décadas que había fallecido, pensar en su difunto esposo siempre le producía una sensación de resentimiento y depresión.

Después de abandonar el comedor malhumorada, se había retirado a su habitación para ver la televisión y apenas había logrado mantenerse despierta durante las noticias de las diez, la realidad, descansaba en su cama sobre las almohadas, adormecida, cuando la despertó la noticia de Letty Leonard.

Inmediatamente atenta, utilizó el control remoto para subir el volumen del televisor. La noticia fue breve. La única imagen era una fotografía de la niña junto a un perro de orejas caídas, sentada delante de un árbol de Navidad y rodeada de montones de regalos por abrir.

El presentador recordó con solemnidad a los televidentes el trágico accidente ocurrido recientemente en Eden Pass y la cirugía altamente especializada que había salvado temporalmente la vida de Letty. Una embolia en el pulmón había causado su muerte repentina, que había cogido por sorpresa a los médicos que la atendían, así como a su familia, que la creían en vías de una plena recuperación. La noticia ocupó menos de veinte segundos de tiempo televisivo.

Jody apagó el volumen, apartó las sábanas y se levantó. Luego encendió un cigarrillo y, mientras se llenaba los pulmones de humo, empezó a andar de un lado para otro.

La noticia no había mencionado a la doctora Lara Mallory, ni a Key. En lo que concernía al público en general, su participación era inconsecuente. Pero para Jody era una molestia que le amargaba la vida.

Maldita sea, le había ordenado a Key que se mantuviera alejado de esa mujer. No sólo la había desobedecido, sino que había ayudado a la doctora a rescatar a una niña moribunda. Jody no podía permanecer impasible y dejar que Lara Porter se convirtiera en una heroína local.

¿Pero se la consideraría como tal ahora que la niña había muerto? ¿Qué era exactamente una embolia? ¿Qué podía haberla causado? ¿Qué podía haberla impedido? No lo sabía, pero sin duda averiguaría si Lara Mallory Porter era de algún modo responsable de la muerte de la niña.

Reflexionaba todavía sobre la tragedia cuando llegó Janellen para darle las buenas noches. No le devolvió el beso a su hija. Nunca le habían gustado las manifestaciones externas de afecto, ni siquiera las simbólicas, y consideraba que los sentimientos eran una pérdida de tiempo.

Era absurdo aferrarse a recuerdos como el de las seis docenas de rosas amarillas, que su marido le había regalado el día del nacimiento del pequeño Clark. Su membranza debería haberse marchitado, como lo habían hecho los



pétalos de las flores. ¿Por qué no lo había olvidado? ¿De qué le había servido aquel recuerdo?

—Buenas noches, mamá. Procura dormir. No te levantes de nuevo, ni vuelvas a fumar esta noche. No te sienta bien.

En el momento en que se quedó sola, Jody encendió otro cigarrillo. Pensaba mejor con un pitillo en la mano. A menudo permanecía horas despierta, fumando en la oscuridad. Si Janellen no lo sabía, no podía reprochárselo.

Janellen. ¿Qué le ocurría a su hija? Ahora parecía estar siempre distraída, a menudo con la mirada perdida durante mucho rato en la lejanía y una expresión boba en su cara. En otras ocasiones se molestaba por cualquier insignificancia. Se ponía frenética por pequeños contratiempos, que normalmente no le habrían preocupado. Su conducta no era habitual. Probablemente se trataba de algún cambio hormonal.

Pero Jody no podía perder el tiempo intranquilizándose por su hija cuando su preocupación permanente era su desasosiego respecto a Key. Era un chico imposible y lo había sido desde su nacimiento, o incluso antes si pensaba en las veintiséis horas de dolores que le habían precedido. Veintiséis horas, largas y agonizantes, que había soportado a solas, porque nadie logró localizar a su marido.

Key nació en el momento en que su padre, impregnado del perfume de otra mujer, llegó al hospital. Entonces fue cuando empezaron sus dificultades con Key. Estaba furiosa con él antes de que se llenara por primera vez los pulmones de aire, e incluso el recién nacido lo detectó. Su aversión recíproca había aumentado durante su infancia, cuando parecía incapaz de no hacer travesuras.

El deseo de su madre era convertirle en una réplica del pequeño Clark, pero los hermanos no podían ser más distintos. Todos los actos de Clark estaban motivados por el anhelo de satisfacer a su madre. Su beneplácito era esencial para la paz de su alma. Estaba desconsolado cuando creía haberla disgustado.

Con tanto fervor como su hermano intentaba complacerla, Key procuraba provocarla. Cuando Jody quería o esperaba algo de él, hacía inevitablemente todo lo contrario. Disfrutaba de su enojo, se alimentaba del mismo. Muchas veces se había preguntado si habría precipitado deliberadamente su coche contra un árbol con el propósito de que no se cumpliera su sueño de verle convertido en futbolista profesional. Era lo suficientemente testarudo como para jugarse la vida antes de rendirse a sus deseos.

Se sentía secretamente orgullosa de sus éxitos, pero reconocerlo habría equivalido a admitir que se había organizado la vida mejor de lo que ella habría podido hacerlo.

Una de las razones por las que tanto le gustaba su trabajo era el hecho de que le mantenía alejado de su casa. Aunque todos lo negarían, sabía que Janellen le había llamado para verla morir. Eso le molestaba. Si no le importaba, no le importaba. Nunca lo había hecho, ni nunca lo haría. Era así de simple. ¿Por qué fingir que su relación era otra cosa? Key y Janellen creían que su muerte era inminente. Lo detectaba en sus ojos. ¡No sabían la sorpresa que iban a llevarse!

Se rio en la oscuridad y tosió con el humo del cigarrillo. ¿No sería una desagradable sorpresa para ellos descubrir que era inmortal? Había convertido en una profesión el hecho de coger por sorpresa a la gente. No era prudente distraerse alrededor de Jody Tackett. Quien tuviera alguna duda, podía preguntárselo a Fergus Winston.

Jody volvió a reírse y una vez más tosió, con más fuerza, lo cual le recordó que en lo concerniente a su mortandad puede que no tuviera dónde elegir.

Con el entrecejo fruncido, maldijo furiosamente el destino. No estaba lista para morir. Le quedaban cosas por hacer, la principal de las cuales era echar de Eden Pass a esa zorra de Porter. Clark debía estar loco, o bajo la influencia de algún psicotrópico, para haberle comprado y regalado el consultorio del doctor Patton. Maldita sea, ¿en qué diablos pensaba?

Mientras Lara Mallory Porter permaneciera en Eden Pass, supondría un riesgo muy superior al que Janellen y Key imaginaban, no sólo para ellos, sino para todo lo que les era sagrado.

Jody no había deducido todavía la razón de su presencia. Sin embargo, sabía con toda certeza que no había venido sólo para aceptar la herencia de Clark. Si no hubiera tenido algún otro propósito, habría vendido el consultorio para embolsarse el dinero y nunca habría puesto un pie en el territorio de los Tackett. Estaba ahí por alguna razón. Jody temía averiguarla, pero debía hacerlo antes de que ella misma o uno de sus hijos cayera en una trampa tendida por Lara Porter.

Ella, Jody Tackett, había salido de la pobreza y se había casado con el hombre más rico de la región. No se había mantenido muchos años al timón de una empresa petrolífera independiente, ni se había convertido en una mujer temida y reverenciada permaneciendo sentada mientras intentaba deducir las

motivaciones de otros. Actuaba antes de que ellos tuvieran oportunidad de hacerlo. La serpiente de cascabel ataca sin dar tiempo a que la pisen.

Jody permaneció despierta mucho rato, fumando y cavilando. Cuando empezó a quemarse el filtro de su último cigarrillo, había formulado su próxima jugada.

Darcy bajó las ventanillas del coche. El viento la despeinaba, pero disiparía el olor a humo de tabaco que había absorbido en el bar. Podría despertar las sospechas de Fergus. No se permitía fumar en la residencia donde vivía su madre. Sus visitas a aquel lujoso establecimiento le proporcionaban un pretexto excelente para salir de noche. Últimamente lo había hecho más que de costumbre, porque necesitaba reforzar su autoestima. Gracias al señor Key Tackett, no se sentía excesivamente segura de sí misma.

A Darcy la corroía por dentro como una rata hambrienta el hecho de pensar que había sido rechazada. Esa era la razón por la que últimamente no se divertía. No lograba concentrarse en ningún otro hombre y no descansaría hasta compensar a Key por el trastorno que le había causado.

Ni siquiera había tenido la satisfacción de mostrarle lo poco que le importaba. Curiosamente, no se le había visto por los tugurios habituales. Por la ciudad se rumoreaba que hacía muchos vuelos trasladando clientes de Dallas a Little Rock, e incluso tan al sur como Corpus Christi. Pero no podía estar volando permanentemente todas las noches. ¿Dónde estaba cuando no trabajaba? ¿Cómo pasaba su tiempo libre?

¿Con otra mujer? No había oído ninguna habladuría y sin duda lo habría hecho. No se había relacionado su nombre con ninguna mujer local, a excepción de...

Darcy reaccionó como si acabara de recibir un bofetón.

—Imposible —protestó en voz alta.

¿Key Tackett y la doctora Mallory? Se habían relacionado sus nombres cuando trasladaron a aquella niña a Tyler, pero indudablemente no se trataba de una fiesta.

Por otra parte, la doctora era una conocida devoradora de hombres. Había seguido con sus idilios ante las narices de su propio marido. Ni siquiera Darcy era tan inmoral, ni insensata, como para hacerlo.

Pero a algunos hombres les gustan las mujeres con espíritu aventurero. Aporta sabor e interés. ¿Se acostaba acaso James Bond con inocentes florecillas?

Se agarró con fuerza al volante. Si Key mantenía relaciones secretas con la amante de su hermano, Darcy se aseguraría de que todo el mundo en el este de Texas lo supiera. Cuando acabara de difundir rumores, se habría convertido en un hazmerreír. ¿Aprovechando los desperdicios de Clark? ¡Menuda broma! Ese cabrón se lo merecía.

Pero los rumores debían contener al menos una pizca de verdad, o de lo contrario el hazmerreír sería ella. ¿Cómo podía cerciorarse de que se acostaba con Lara Mallory? No había hablado ni una sola vez con la doctora. Además, Lara comprendería inmediatamente el propósito de cualquier aproximación amigable. No era imbécil.

¿Cómo podría acercarse a ella sin despertar sospechas? Debía reflexionar, pero estaba segura de que encontraría la forma de hacerlo.

Cuando llegó a su casa, entró y caminó de puntillas en la oscuridad para no despertar a Fergus ni a Heather, que dormían arriba. No quería verse obligada a justificar lo tarde que había llegado, a no ser que fuera estrictamente necesario. Odiaba mentir a su marido y procuraba evitarlo en la medida de lo posible.

Al pasar junto a la puerta de la sala de estar, se percató de que se habían dejado el televisor encendido. Entró para apagarlo. Cuando rodeaba el sofá de cuero, se incorporaron dos personas asustadas, que profirieron expresiones de sorpresa mientras recogían diversas prendas de ropa desparramadas.

Darcy encendió la luz, echó una fugaz ojeada y exigió que le explicaran lo que evidentemente ya había comprendido:

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí?

## Doce

El pastor de la primera iglesia anabaptista encomendó el alma de Letty al Señor y pronunció un último amén sobre el pequeño ataúd blanco. Los gemidos de Marion Leonard, acarreados por el viento que azotaba el cementerio, ponían la carne de gallina a quien los oía. Jack Leonard guardaba silencio, pero las lágrimas rodaban por sus demacradas y pálidas mejillas cuando apartaba a su afligida esposa del féretro de su hija. Era un cuadro desolador que merecía intimidad. Los asistentes empezaron a dispersarse.

Lara se había mantenido en la periferia, procurando ser lo más discreta posible. Cuando se volvió para retirarse, el flash resplandeciente de una cámara de tecnología avanzada estalló cerca de su cara. Levantó instintivamente el brazo para protegerse. Al primer flash cegador le siguió otro y un tercero.

—Señora Porter, ¿algún comentario sobre la denuncia de los señores Leonard por tratamiento indebido?

—¿Cómo? —exclamó al tiempo que apartaba un micrófono que le habían acercado a la boca—. No sé de qué me habla. Y mi nombre es doctora Mallory.

Cuando empezaron a desaparecer los destellos del flash de su mirada, vio una legión de periodistas que le interrumpía el paso. Cambió de dirección y el grupo la persiguió. A algunos, que evidentemente pertenecían a cadenas de televisión, los seguían sus ayudantes cámara en mano. Otros, de diversos periódicos, iban acompañados de fotógrafos con sus odiosos flashes. Cinco años atrás se había familiarizado ampliamente con los artefactos de los medios de comunicación.

¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Qué pretendían de ella? Tuvo la sensación de que se iniciaba una vez más su pesadilla.

—Por favor, déjenme pasar.

Cuando volvió la cabeza comprobó que los demás asistentes al entierro de Letty Leonard susurraban excitados en pequeños susurros mientras

contemplaban boquiabiertos el espectáculo. Ella no lo había creado, pero era indudablemente su protagonista.

—Señora Porter...

—Me llamo *Mallory* —insistió—. Doctora Mallory.

—¿No estaba usted casada con el difunto embajador de Estados Unidos, Randall Porter?

Cruzó apresuradamente el impecable césped para acercarse al camino donde estaba aparcado su coche, entre otros, tras el coche fúnebre blanco y una limusina.

—¿No es cierto que usted es la misma Lara Porter que fue amante del senador Tackett?

—Por favor, apártense de mi camino —dijo cuando finalmente llegó junto a su coche y hurgaba en su bolso en busca de las llaves—. Déjenme tranquila.

—¿Qué la ha traído a Eden Pass, señora Porter?

—¿Es cierto que el senador Tackett la trajo aquí antes de su muerte?

—¿Eran todavía amantes?

—¿Qué sabe usted del accidente en el que falleció ahogado, señora Porter? ¿Fue realmente un suicidio?

—¿Ha sido negligencia por su parte lo que ha causado la muerte de la pequeña Leonard?

Le habían formulado las demás preguntas un millar de veces y había desarrollado inmunidad a las mismas. A costa de repetición, no penetraban su armadura. Pero la última la afectó y volvió la cabeza para mirar directamente a los ojos de la joven periodista que se la había formulado.

—¿Cómo? ¿Qué acaba usted de decir?

—¿Ha sido su negligencia la causante de la embolia que ha acabado con la vida de Letty Leonard?

—¡No!

—Usted fue el primer médico que la atendió.

—Es cierto. Hice todo lo posible para salvarle el brazo y la vida.

—Al parecer no lo creen así los señores Leonard, o no la habrían denunciado por tratamiento indebido.

De no haber sido por la experiencia de Lara para disimular los sentimientos personales ante las preguntas incisivas y la agresión verbal, puede que aquella la hubiera hundido. Pero se limitó a mirar fijamente a la periodista, sin revelar su torbellino interior. A pesar de que los músculos de su cara parecían petrificados, logró mover suficientemente los labios para que emergieran las palabras.

—Tomé medidas extremas para salvar la vida de Letty Leonard. Sus padres lo saben perfectamente. No se me ha informado de que exista ninguna denuncia contra mí. Eso es todo lo que tengo que decir.

Naturalmente, los cazadores de noticias no aceptaron aquello como su última palabra. Cuando se alejaba en el coche todavía le acercaban micrófonos y objetivos, y la bombardeaban a preguntas. Agarró el volante con manos sudorosas y miró directamente al frente, sin prestar atención a los curiosos que la observaban.

Era una mañana húmeda y cálida, pero el clima no le había resultado incómodo hasta que los periodistas empezaron a exhumar su repulsivo pasado. Ahora llevaba la ropa pegada a su humedecida piel, le palpitaba el corazón y su pulso estaba alarmantemente acelerado. Sentía náuseas.

¿Qué había llamado la atención de los medios de información? Su traslado a Eden Pass había pasado inadvertido y vivía, desde hacía más de un año, en un anonimato relativo. Había habido nuevos escándalos que explotar, casos más sensacionales que exponer, mayores pecadores sorprendidos con las manos en la masa. La historia de Lara Porter y el senador Tackett estaba muerta y sepultada desde hacía años.

Hasta esta mañana. La muerte de Letty Leonard la había resucitado. Una vez más se había convertido en un personaje público de mala fama.

Sin embargo, el accidente de Letty, a pesar de lo trágico que había sido, no había despertado el interés de los medios de comunicación nacionales ni estatales; sólo la prensa local lo había publicado. Evidentemente, su nombre figuraba en la ficha médica de Letty, pero a no ser que un periodista fuera muy astuto, no habría relacionado a la doctora Lara Mallory de Eden Pass con Lara Porter, amante del senador Clark Tackett.

En artículos subsiguientes sobre la cirugía y recuperación de Letty, se alegraba de que ni siquiera se la hubiera mencionado. Deseaba generar la menor publicidad posible. No le habría importado que su nombre nunca volviera a aparecer en ningún periódico. Pero lo haría ahora, mancillado por las fatídicas palabras *tratamiento indebido*.

A lo largo del prolongado incidente con Clark, o del desastre de Montesangre, nunca se había cuestionado su capacidad como médico. Su excelente reputación profesional había soportado el bombardeo de su carácter. Se había aferrado a aquel último vestigio de orgullo.

Ahora, bastaría con que los Leonard sugirieran la posibilidad de un pleito por tratamiento indebido para que su trabajo se colocara bajo una lupa. Hurgarían y lo despedazarían, como lo habían hecho con su vida privada. No

encontrarían nada incriminatorio, pero eso no importaba. La propia investigación generaría titulares. En la opinión pública, la sospecha equivalía a culpabilidad.

Una vez más se convertiría en pasto de las rotativas. Su precario consultorio, que era lo único importante que le quedaba, padecería hasta extinguirse.

Alguien debía haber comunicado a los medios de información que la doctora Mallory que había atendido en primer lugar a Letty Leonard era ni más ni menos la conocida zorra Lara Porter en persona.

Como se temía, aparcados junto al consultorio había coches y furgonetas con letreros en los costados. Cuando aparcó el coche junto a la entrada trasera de la casa, los periodistas la rodearon. Se abrió paso entre la muchedumbre y entró por la puerta trasera del consultorio, que Nancy mantenía abierta.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó la enfermera cuando entró Lara, después de cerrar de un portazo.

—Circula el rumor de que los Leonard me han denunciado por tratamiento indebido.

—¿Se han vuelto locos?

—De aflicción, estoy segura.

—Esa gentuza —dijo Nancy, refiriéndose a los periodistas apostados al otro lado de la puerta—, para no llamarlos otra cosa, llegó hace aproximadamente una hora y empezó a llamar a la puerta. No sabía qué pensar. El teléfono no ha dejado de sonar.

Y, efectivamente, sonó el teléfono.

—No lo conteste.

—¿Qué quiere que haga, doctora Mallory?

—Llame al *sheriff* Baxter y pídale que desaloje a esos periodistas de mi propiedad.

—¿Puede hacerlo?

—Puede obligarlos a que abandonen la finca. Nada podrá impedirles aparcar en la calle y estoy segura de que lo harán. Durante los próximos días, estaremos asediadas. Tal vez debería tomarse una semana de vacaciones.

—Ni lo sueñe. No pienso dejarla a solas con esos chacales —dijo mientras Lara se quitaba la chaqueta, se la entregaba a Nancy y esta comprobaba que tenía el forro empapado—. Nunca había visto una gota de sudor en su piel. Dudaba incluso de que tuviera glándulas sudoríparas.

—Es respiración nerviosa. Me han tendido una emboscada en el entierro.

—Esos cuervos.



—Aclárese. Cuervos o chacales.

Era reconfortante comprobar que no había perdido el sentido del humor.

—Qué más da. Ambos son carroñeros. Debería llamar a Clem para que viniera con su escopeta. Entonces se dispersarían.

—Gracias por la oferta, pero no, gracias. No necesito la mala publicidad —dijo Lara con tristeza—. Cuando todavía no he logrado establecerme como doctora Mallory, médico de pueblo, vuelvo a convertirme en Lara Porter, la amante casada de Clark Tackett.

—Es verdaderamente una pena —respondió Nancy con el rostro compungido—. Cuánto lo siento.

—Gracias. Voy a necesitar a los pocos amigos que tengo. —Lara suspiró consternada—. No estaba exactamente escondida, pero no quería divulgar mi paradero por temor a que ocurriera algo como esto. Alguien ha alborotado deliberadamente el gallinero. No creo en absoluto que haya ocurrido de un modo espontáneo.

—El nombre es Tackett y su juego la traición.

—¿Key? —exclamó Lara con la mirada fija en su enfermera.

—No es su estilo —respondió Nancy moviendo negativamente la cabeza—. Apostaría a que es cosa de la vieja. Usted aquí va ganando terreno. No a grandes zancadas, pero sí a pequeños pasos. Para ella eso es intolerable. Jody se ha enterado de la muerte de la niña, sabía que usted había sido el primer médico que la había atendido y ha visto la oportunidad de crear un escándalo.

—Pudo haberlo hecho cuando llegué a la ciudad.

—Pero entonces habría salido a relucir que Clark se lo había organizado. Eso habría sugerido que persistía entre ustedes un vínculo sentimental y Jody no quería halagarla hasta tal punto. En esta ocasión, Clark está perfectamente a salvo.

Lo que Nancy decía tenía sentido.

—Dudo de que algún paciente se atreva siquiera a acudir hoy al consultorio —dijo Lara mientras se dirigía hacia su despacho—, pero aquí estaré por si me necesitan.

Bajó las persianas para no ver cómo los ávidos periodistas le destrozaban el césped. Después de sentarse junto al escritorio, consultó la guía telefónica. Su personalidad había experimentado grandes transformaciones desde aquella mañana en Virginia. Ahora era mayor, más madura, y no permitiría que la pisotearan. Levantó el auricular y marcó un número.

—¿Señorita Janellen?

—¡Bowie! ¿Qué está haciendo aquí? —Janellen estaba sentada junto a la mesa de la cocina contemplando el teléfono que acababa de colgar. Bowie se asomó a la puerta y ella le indicó que entrara.

—Parece que siempre la cojo por sorpresa, cuando está imbuida en sus pensamientos. Lo siento —dijo mientras entraba con reticencia en la sala—. La asistente me ha dicho que volviera más tarde. Si este no es un buen momento para usted...

—Sí, no se preocupe. Es que me sorprende verle aquí.

—La he buscado en su despacho y luego en el almacén. Allí me han dicho que hoy se había marchado temprano.

—Mi madre no se sentía bien cuando he ido a trabajar esta mañana y estaba preocupada por ella —respondió con dificultad para encontrar las palabras, como le ocurría siempre que estaba en presencia de Bowie. Le indicó que tomara una silla—. Siéntese. Estaba a punto de tomarme un té. ¿Le apetece una taza?

—¿Té? —exclamó mientras contemplaba con reticencia el agua hirviendo sobre el fogón—. ¿Té caliente? La temperatura exterior es de treinta y ocho grados.

—Lo sé, pero qué le vamos a hacer, me gusta el té —dijo, y se encogió de hombros, a guisa de disculpa—. Es refrescante.

—Si usted lo dice.

—¿Le apetece entonces otra cosa? ¿Una limonada? ¿Un refresco? ¿Una cerveza? Key guarda cervezas en la nevera.

—No, gracias. Además, no puedo sentarme. Estoy sucio.

A ella su aspecto le parecía impecable. Hasta que lo mencionó, no se había percatado de las manchas de sus vaqueros y camisa. Llevaba también porquería pegada a la suela de sus botas y a sus guantes de trabajo, que se había colocado bajo el cinturón, y su sombrero estaba polvoriento.

—No sea bobo —respondió Janellen—. Mamá obligaba a mis hermanos a trabajar durante las vacaciones de verano. Regresaban empapados de sudor y malolientes, que no es su caso —agregó apresuradamente—. Sólo pretendo decirle que la cocina está pensada para hombres que trabajan... ya me comprende, para relajarse y ponerse cómodo.

Al darse cuenta de que divagaba, dejó de hablar y cambió de tono.

—Evidentemente, ha venido para hablar conmigo de algo. Por favor, siéntese.

Después de titubear unos instantes, se sentó en una de las sillas de la cocina, con los glúteos al borde del asiento.

—¿No le apetece beber algo? —insistió Janellen.

—Supongo que una limonada no me vendría mal —respondió. Se aclaró la garganta y prosiguió—. Parecía estar en otra galaxia cuando he llegado. — Hizo una pausa para tomar un buen trago.

—Acababa de recibir una llamada muy desconcertante.

No estaba segura de que debiera comentarle la llamada. Él la miraba con avidez y pensó que sería un alivio hablar de ello con alguien ajeno y, por consiguiente, imparcial.

—¿Ha seguido la historia de la niña de Eden Pass que estuvo a punto de perder el brazo?

—He oído que murió ayer.

—Sí. Hoy ha tenido lugar el entierro. Una gran tragedia —dijo. Hizo una pausa—. La doctora que la trató en primer lugar y que la llevó a Tyler...

—La doctora Mallory.

—Sí. Pues... me acaba de llamar. El caso es que en otra época... mi hermano mayor era...

—Lo sé.

Janellen le brindó una sonrisa de agradecimiento.

—Entonces comprenderá lo molesta e incómoda que ha sido para nosotros su presencia en Eden Pass.

—¿Por qué?

La pregunta la cogió por sorpresa y la dejó momentáneamente desconcertada.

—Porque nos trae a todos muy malos recuerdos —respondió al cabo de unos instantes.

—Ah —exclamó Bowie, aparentemente no convencido.

Janellen se sintió obligada a agregar:

—Lara Porter arruinó la carrera política de Clark.

Bowie ladeó la cabeza y se rascó ligeramente el cuello, como si reflexionara sobre lo que había dicho.

—Está muy lejos de ser un monstruo. No creo que lo agarrara por la fuerza, lo desnudara y lo obligará a acostarse con ella, ¿no le parece?

Aquella no era la primera vez que Janellen consideraba aquel punto de vista, pero sólo en privado. Si hubiera expresado sus pensamientos, Jody se habría puesto terriblemente furiosa.

Janellen tuvo la prudencia de abandonar aquel aspecto de la discusión.

—De algún modo, los medios de comunicación han averiguado que Lara Porter está en Eden Pass haciéndose pasar por la doctora Mallory. Al parecer, los periodistas la han acosado esta mañana en el entierro de Letty Leonard y se ha visto obligada a llamar al *sheriff* Baxter para dispersar a los que habían asediado su consultorio.

Bowie chasqueó los labios de asco.

—¡Perturbar de ese modo el entierro de esa niña!

—Sí, es repugnante —respondió. Janellen reflexionó momentáneamente sobre la persistente turbulencia causada por el idilio de su hermano con Lara Mallory Porter—. Se cree que los Leonard intentan denunciarla por tratamiento indebido de su hija —agregó, después dio un profundo suspiro—. Cree que es cosa de mi madre.

—¿Lo es?

—No.

—No parece muy convencida.

Se rozó los labios con la punta de los dedos, después bajó la mano hasta la blusa desprovista de botones, acarició la tela y luego acabó por dejarla con nerviosismo sobre la mesa, junto a la taza de té que no había tocado.

—La verdad es que no lo sé —admitió por fin—. La doctora Mallory ha llamado para hablar con ella y Maydale le ha dicho que estaba descansando. Entonces la doctora ha insistido en hablar con quien estuviera disponible —añadió sin dejar de manosear el salero—. Ojalá hubiera estado Key en casa. Es un experto en confrontaciones. Él habría sabido qué decirle.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Que estaba segura de que mi familia no era la causante de sus actuales contratiempos.

—¿Cree que se lo habrá tragado? —preguntó Bowie con escepticismo.

—Ha dicho que dudaba de que yo pudiera ser tan rencorosa, pero mi madre y mi hermano no le inspiraban confianza. Detesto pensar que puedan ser capaces de tanta crueldad —agregó en voz baja.

Antes de concentrarse de nuevo en su interlocutor, su mirada se perdió momentáneamente en la lejanía.

—Lo siento, Bowie. No pretendía hacerle perder el tiempo con los problemas de mi familia. ¿Para qué quería verme?

—Seguramente no tiene importancia —respondió encogiéndose de hombros—. En realidad, hace varios días que intento convencerme de que no debería molestarla. —Apartó el sombrero que había dejado sobre la mesa y se

inclinó hacia adelante—. ¿Ha notado alguna vez algo extraño en el pozo número siete?

—No, ¿debería haberlo hecho?

—Probablemente no, pero he preferido mencionárselo para quedarme tranquilo. El caso es que no produce tanto gas natural como debería. Por lo menos en mi opinión. Su producción no es comparable a la de otros pozos semejantes.

—Los pozos son todos diferentes.

—Lo sé, señora. Tienen su propia personalidad y cambian constantemente. Un poco como las mujeres. Cada pozo tiene sus idiosincrasias y hay que conocerlo a fondo. Mimarlos de vez en cuando.

Janellen agachó con tanta rapidez la cabeza que no se percató de que Bowie había agachado también la suya. Le salieron los colores a la cara, pero puesto que hablaban de negocios, le pareció imperativo proseguir con la conversación.

—¿Cuál es su producción diaria?

El gas se medía en millares de metros cúbicos.

—Seis y medio. En mi opinión, la producción de ese pozo debería ser superior.

—Consideramos tolerable una pérdida del cuatro al cinco por ciento, Bowie. Incluso hasta un diez. Es probable que haya una pequeña fuga en el conducto y el gas escape a la atmósfera.

Bowie se mordió momentáneamente la mejilla y movió con obstinación la cabeza.

—Creo que la pérdida es superior a la permitida. Después de controlar ese pozo durante las últimas tres semanas, estoy convencido de que debería ser un buen productor de gas, especialmente teniendo en cuenta el petróleo que extraemos del mismo. No obstante, es uno de los menos productivos.

—Ha pasado mucho tiempo estudiándolo.

—En mi tiempo libre.

A Janellen se le hinchó el pecho de orgullo. Bowie era un empleado concienzudo, que hacía más de lo que se le exigía. Su decisión de contratarle había sido acertada. Sin embargo, y aunque apreciaba su interés, lo estimaba desencaminado.

—No sé cómo decírselo, Bowie. El pozo número siete produce lo que esperamos de él.

—El caso es que se lo he comentado al encargado, pero se ha limitado a encogerse de hombros y me ha dicho que ese pozo, que él recuerde, siempre

ha rendido poco. Sin embargo, no comprendo por qué. Es una de esas cosas que no dejan de preocuparle a uno, ¿comprende?

—Sí, le comprendo —respondió con la mirada fija en la taza de té. Después de un prolongado silencio, levantó la cabeza y añadió—: Ya he vuelto a lo mismo. No puedo concentrarme en el trabajo. No hago más que pensar en la familia de aquella niña. Su padre lava en seco toda nuestra ropa. Es un hombre amable y agradable. Sé lo devastados que deben estar él y su esposa, porque sentimos lo mismo cuando se ahogó Clark. Creí que tendríamos que enterrar a mi madre con él.

—Nunca he tenido un hijo, pero si lo tuviera, no puedo imaginarme tener que enterrarlo.

Janellen le miró interrogativamente. Nunca había tenido un hijo, pero se preguntaba si habría estado casado. Había un millar de preguntas personales que deseaba formularle, pero no se atrevía a hacerlo. Quería saber cómo había adquirido su capacidad de introspección. Tenía una extraña habilidad para ver más allá del afecto, y penetrar en el corazón y en la mente de las personas.

Confiaba en los instintos de Bowie.

—¿Cree que la doctora Mallory hizo algo que causó la muerte de esa niña? —preguntó.

—Lo único que sé sobre la medicina es que realmente no hay cura para el resfriado ni para la resaca.

Janellen sonrió.

—Sólo he visto a Lara Mallory una vez en persona, pero parecía tan... tan... compuesta.

«Todo lo contrario de mí», pensó con tristeza. Después de haber visto a Lara Mallory, había dejado de sorprenderle que Clark lo hubiera arriesgado todo para estar con ella. No era solamente hermosa. Su mirada reflejaba compasión e inteligencia, y proyectaba habilidad y seguridad en sí misma.

Janellen deseaba despreciarla. Sabía que sus sentimientos no habrían sido ambiguos si la doctora Mallory hubiera parecido un chorlito sexualmente apetitoso, con mucha espuma y sin contenido. Pero era todo lo contrario.

—No creo que la mujer a la que conocí pudiera ser negligente —afirmó con una convicción que la sorprendió a sí misma, e hizo que se sintiera desleal—. Sé que debería odiarla, pero...

—¿Según quién?

—Mi madre.

—¿Hace siempre lo que dice su madre? ¿No piensa nunca de otro modo?

—Raramente.

Su admisión la hacía parecer debilucha. Probablemente sacrificaba el respeto que Bowie pudiera sentir por ella, como persona y como jefe.

Pero la llamada de Lara Mallory la había disgustado profundamente. Había superado la etapa de ocultar sus sentimientos. Con el codo sobre la mesa, apoyó la frente en la palma de la mano.

—Dios mío, ojalá nunca hubiera tenido lugar su idilio con Clark. Habría disfrutado de una gloriosa carrera política, a gusto de mamá. Puede que incluso estuviera todavía vivo. Mamá sería feliz. Y yo...

Se detuvo antes de decir que si las cosas hubieran sido distintas ahora no se sentiría tan responsable de mantenerlo todo unido. Procurar la felicidad y el bienestar de todos era agotador. También era imposible.

Desde la noche en que aquella joven había llamado a la puerta preguntando por Key, estaba más irascible que antes. Él y Jody no habían vuelto a pelearse, pero ello se debía a que ambos se habían esforzado en eludirse mutuamente. Key respondía a las preguntas directas con gruñidos monosílabos. Sólo Dios sabía lo que le preocupaba y Janellen no se atrevía ni a imaginarlo. Caminaba enojado por la casa dando taconazos, con los hombros caídos y expresión beligerante. Se sentía tan incómodo en casa que a menudo se marchaba tan bruscamente como aparecía.

Ahora Lara Mallory la había cargado con un nuevo motivo de preocupación. Antes de percatarse de que estaba llorando, una lágrima rodó por sus mejillas.

—Eh, ¿qué es eso?

Janellen se percató de que Bowie movía el brazo, pero no esperaba que la tocara. Cuando sintió sus callosos dedos en su mejilla, levantó la cabeza y le miró atónita con la boca entreabierta.

Raramente alguien la acariciaba, y tal era su anhelo de contacto con otra persona que levantó instintivamente la mano y la colocó sobre la de Bowie.

Él permaneció increíblemente inmóvil. Sólo sus ojos se movían. Desplazó la mirada de sus ojos a la mano que cubría la suya, y luego de nuevo a sus ojos. Janellen permanecía tan inmóvil como él, pero en su interior era un torbellino. Tenía una sensación de calor, llenura y pesadez en la parte inferior de su cuerpo. Sentía un cosquilleo y una tensión en sus pechos que le impulsaban a sujetarlos con las palmas de sus propias manos para contener el flujo de excitación.

Nunca supo el tiempo que pasaron mirándose mutuamente. Estaba embelesada por la mirada tierna y triste de Bowie, y por la presión de sus dedos que las lágrimas habían humedecido. Si él no hubiera oído el coche de

Key que se acercaba, tal vez habría permanecido todavía paralizada en aquella posición cuando su hermano irrumpió en la cocina.

—¡Hola, Key! —exclamó en un tono exageradamente agudo después de incorporarse de un brinco cuando le oyó llegar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cuando he salido por la mañana, esta era todavía mi casa.

Los miró interrogativamente a ambos. Janellen esperaba que Bowie supiera ocultar mejor que ella la sensación de culpa. Le ardían las mejillas. Sabía que debía estar ruborizada desde el cuello, donde le palpitaba el pulso, hasta el cuero cabelludo. Key sacó una cerveza del frigorífico.

—¿Te apetece una cerveza, Bowie?

—No, gracias.

—Ya le había ofrecido una, pero ha preferido limonada —dijo Janellen.

—Sólo he venido para comunicarle a la señorita Janellen que...

—Cree que la producción del pozo número siete es baja y...

—Probablemente no es nada, pero...

—Ha considerado que debíamos saberlo por si...

—De modo que se lo he mencionado a la señorita Janellen y...

—Y eso era lo que hacíamos. Hablar de ese pozo —Janellen concluyó con escasa convicción.

—Vaya, vaya. —Key sonrió. Abrió la cerveza y se tomó un trago—. No quiero interrumpir esta importante conferencia de negocios.

—No tiene importancia —respondió Bowie al tiempo que retiraba su sombrero de la mesa, como si fuera una prueba incriminatoria—. Ya me iba.

—Sí, estaba a punto de marcharse cuando has llegado. Le... acompañaré a la puerta —dijo Janellen azorada, incapaz de mirar a ninguno de ellos, antes de salir y sostener la puerta abierta hasta la llegada de Bowie—. Gracias por la información, Bowie —agregó sin levantar la mirada.

—Me ha parecido que debía mencionárselo. Es su dinero —respondió antes de ponerse el sombrero.

—Lo investigaré.

—No creo que sea una buena idea.

Al oír la voz de su hermano, volvió la cabeza. Key saboreaba tranquilamente su cerveza, con el hombro apoyado en la puerta abierta del comedor.

—¿Qué no es una buena idea? —preguntó Janellen.

—Que investigues las deficiencias de ese pozo.

—¿Por qué no?

—En estos momentos, los Tackett volvemos a ser noticia.



—¿Eso qué importa?

—Que los periodistas acudirán a Eden Pass como las abejas a la miel. Hasta que ocurra algo más interesante, por supuesto. Cuando no consigan nada de mí, y no lo harán, es probable que te persigan en busca de alguna declaración. Bowie —se dirigió al bombeador—, vigílala, ¿de acuerdo? Y si decide inspeccionar algún pozo, acompañaala.

Bowie miró con reticencia a Janellen.

—Con el debido respeto, señor Tackett, pero quien manda es ella.

—Mande quien mande, te lo pido como favor. Hazlo por su hermano.

Bowie volvió a mirar fugazmente a Janellen, que estaba furiosa y no se atrevía a hablar.

—De acuerdo, señor Tackett —respondió Bowie después de titubear.

—Llámame Key.

—Sí, señor. Bueno, hasta luego.

No perdió un solo instante en subirse al camión de la empresa y alejarse. A decir verdad, se alegraba de haber conservado su integridad física.

—¡No necesito a nadie que me cuide! —exclamó Janellen furiosa.

—Pues yo sí —respondió su hermano sin dejarse impresionar por su enojo—. Si te acosa algún periodista, iré a por él para romperle la crisma. Eso generará más noticias y empeorará todavía más la situación.

A Janellen le molestaba que le diera órdenes a su empleado, que diera la impresión de que era incapaz de cuidar de sí misma. Pero su explicación era razonable. Si algún periodista lograba acorralarla y le exigía una declaración, era imprevisible lo que Key haría si le encontraba. En una ocasión, cuando estudiaba en el instituto y llegó a casa llorando, Key estuvo a punto de estrangular a su acompañante, sin darle tiempo a explicar que la película que acababan de ver era la causante de su tristeza.

Consciente de que era su bienestar lo que preocupaba a su hermano, dejó que su ira se apaciguara.

—La situación ya es peor de lo que supones —dijo Janellen—. Lara Mallory ha llamado hace un rato con la intención de hablar con mamá. La doctora Mallory cree que ha sido ella quien ha informado a la prensa de su presencia en Eden Pass.

—Mira por dónde —exclamó Key al tiempo que se acariciaba la nuca.

—¿Te sorprende?

—No. Lo que me sorprende es que la doctora y yo empezamos a pensar del mismo modo. Yo también había llegado a la conclusión de que era Jody quien había instigado esto. Conozco a muchos periodistas inteligentes, pero

muy pocos sabían que Lara hubiera intervenido en el caso de la pequeña Leonard, y habría sido una coincidencia extraordinaria que lograran atar los cabos sueltos. Astuta zorra —exclamó. Y levantó la mirada hacia el primer piso de la casa.

—No hables así de nuestra madre.

—Lo digo como cumplido. Hay que reconocer el mérito de su creatividad.

—¿Creatividad?

—¿A qué te refieres?

—Tú estabas presente, Key —respondió Janellen preocupada—. Lo viste todo. ¿Actuó la doctora Mallory con negligencia? ¿Tienen los Leonard fundamento para acusarla de tratamiento indebido?

—Yo me concentraba en pilotar el helicóptero, pero por lo que pude ver, Lara luchó como una leona para salvar la vida de aquella niña. Según el informe de la autopsia, la embolia obedece a un capricho de la naturaleza. Pudo haber ocurrido en cualquier momento. Además, los Leonard no parecen personas vengativas. Son cristianos devotos.

—¿De modo que te sorprende que busquen un chivo expiatorio?

—Exactamente. Considero a Jody perfectamente capaz de haber divulgado el rumor de una denuncia por tratamiento indebido, haya o no algo de verdad en ello. Lara es un objetivo fácil.

Janellen le miró interrogativamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Key.

—Varias veces la has llamado Lara. Parece curioso.

—¿No es así como se llama? —exclamó quisquilloso después de titubear.

Janellen tenía demasiadas cosas en su mente para preocuparse por algo tan insignificante.

—Parecía realmente furiosa. Key. Me ha dicho que os comunicara a ti y a mamá que no permitiría que la echaran de la ciudad como en la ocasión anterior. ¿A qué se refería?

—Hablaba de cuando ella y Randall Porter fueron a Montesangre —respondió con el entrecejo fruncido—. Está convencida de que Clark organizó el nombramiento de Porter, con ciertas presiones en el departamento de Estado. Todo parecía muy correcto, pero en la práctica equivalía a un destierro legalizado.

—¿Tú la crees? —preguntó Janellen atónita—. ¿Pudo Clark haber sido tan tortuoso?

—Tortuoso es una palabra muy fuerte, pero nuestro hermano mayor era bastante hábil para salirse de los embrollos.

—Pero nunca logró salirse de este.

—No, no lo logró —respondió lentamente Key—. Y mientras Lara siga por ahí para recordárselo a todo el mundo, nunca lo hará.

—Entonces estás de acuerdo con lo que ha hecho mamá. *Si es que lo ha hecho.*

—No. Quiero que Lara Mallory se marche de Eden Pass, pero quiero que sea ella misma quien se ahorque. Si le damos bastante cuerda, creo que acabará por hacerlo —respondió antes de mirar de nuevo hacia arriba—. Pero ya conoces a Jody. Nunca ha sido partidaria de dejar que las cosas sigan su curso natural. Si no avanzan a su ritmo y según su plan, juega a ser Dios.

—Por favor, no seas tan severo, Key. Está enferma. ¿Por qué no intentas convencerla para que vea a un médico?

—Esa sería la mejor forma de garantizar que no lo hiciera —respondió con una carcajada—. Pero estoy de acuerdo. Deberían hacerle una revisión completa y algunos análisis —agregó. Puso la mano sobre el hombro de su hermana—. Pero me temo, hermanita, que tendrás que ser tú quien la convenza. Deberás insistir.

Después de estrujarle ligeramente el hombro, se dirigió hacia la escalera con la cerveza en la mano.

—¿Vas a salir esta noche, Key?

—Tan pronto como me haya duchado.

—¿Sales con Helen Berry?

—¿Por qué me lo preguntas? —respondió. Se detuvo en medio de la escalera y volvió la cabeza.

A juzgar por su expresión, Janellen se percató de que había tocado un punto delicado. También comprendió por qué a veces la gente le temía.

—Helen ha salido regularmente con Jimmy Bradley desde que empezaron sus estudios. Se rumorea... —hizo una pausa para humedecerse los labios— que últimamente ha roto con él, de la noche a la mañana.

—¿Y bien?

—Válgame Dios, Key —exclamó, haciendo de tripas corazón—. ¿Por qué? ¿Por qué pudiendo elegir entre tantas mujeres la escoges a ella? Helen tiene la mitad de tu edad.

—Ten cuidado, Janellen. Si empiezas a meterte en mis asuntos personales, tendré que meterme en los tuyos —respondió antes de bajar un par de peldaños y convertir su voz en un susurro—. Por ejemplo, podría preguntarme qué hay entre tú y Bowie Cato.

Le dio un vuelco el corazón.

—¡Nada en absoluto!

—¿No? ¿Entonces a qué venían todas esas explicaciones atropelladas cuando he entrado en la cocina? No había oído tanta palabrería desde que el padre de Drenda Larson nos sorprendió en el pajar cuando teníamos trece años.

—Bowie es un empleado. Hablábamos del trabajo.

—De acuerdo, me lo creo —dijo Key después de recuperar su picara sonrisa—, a condición de que tú creas que lo único que Drenda Larson y yo hacíamos en el pajar era buscar un alfiler.

El pronóstico de Lara resultó correcto.

Una semana después del entierro de Letty Leonard, los periodistas se trasladaron a nuevos pastos para alimentarse de los dilemas y tragedias personales de otras personas. Pero durante aquella semana, habían acosado a Lara cada vez que cruzaba el umbral de la puerta. El *sheriff* Baxter, aunque a contrapelo, había cumplido con su obligación y mantenido a los fotógrafos y periodistas fuera de su propiedad. No obstante, su presencia en la calle la había convertido prácticamente en prisionera en el consultorio.

Las emisoras de televisión de Dallas y Shreveport de las grandes cadenas habían grabado reportajes para las noticias nacionales, pero Lara Porter y su papel en la caída del senador Clark Tackett, cinco años antes, ocuparon sólo quince segundos de tiempo televisivo en los últimos minutos de las noticias. Había perdido interés como noticia.

Los Leonard se habían convertido también en centro de atención, pero habían contratado como portavoz a un abogado. Era un novato recién salido de la facultad de derecho de Baylor, que acababa de colegiarse. Pero supo estar a la altura de los acontecimientos y no se dejó intimidar por las candilejas. Les repitió obstinadamente a los periodistas que sus clientes no deseaban hacer ninguna declaración, y que intentaban superar su aflicción antes de pensar en responsabilidades con relación a la muerte de su hija.

Lara había reflexionado intensamente. Había sido una difícil decisión profesional, si debía o no administrarle un anticoagulante a Letty. Muchas horas de estudio e investigación corroboraron su conclusión inicial. No obstante, para tranquilizar su propia conciencia, habló con el médico de urgencias que había atendido después de ella a la joven paciente. Este apoyó su decisión y le aseguró que estaba dispuesto a declarar ante un tribunal si era necesario.

Cuando transcurrieron los días y Lara no tuvo noticias del abogado de los Leonard, tuvo la esperanza de que el rumor de la denuncia por tratamiento indebido no fuera más que eso: un rumor. Divulgado, indudablemente, por alguno de los Tackett. Sus repetidas llamadas habían servido sólo para incrementar su frustración. Jody Tackett estaba realmente demasiado enferma para acudir al teléfono, o rodeada de buenos mentirosos que la protegían.

Había hablado con la asistenta y con Janellen, pero no había visto ni oído a Key desde la noche en que había aparecido con Helen Berry. Probablemente creía que bromeaba cuando le había hablado de llevarla a Centroamérica. No se había presentado otra oportunidad de hablar del tema, pero su determinación no había disminuido en absoluto, aunque otros sucesos la hubieran distraído temporalmente.

Al despertar aquella mañana, la última de las furgonetas de la televisión había desaparecido, pero debido a la mala publicidad, todos los pacientes habían llamado para anular la visita. Era difícil conservar el optimismo en cuanto a cultivar una clientela, cuando no lograba que la gente entrara en su consultorio. Ella y Nancy hacían como si trabajaran, pero tenían más tiempo libre del que estaban dispuestas a reconocer.

A media tarde, Lara salió de su despacho con la intención de decirle a Nancy que podía marcharse. Sorprendentemente, la enfermera hablaba con alguien en la sala de espera.

—Queremos ver inmediatamente a la doctora. Sé que no tenemos hora concertada, pero no están exactamente abarrotados de pacientes, ¿verdad?

Era la voz estridente y condescendiente de Darcy Winston.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

## Trece

—¿En qué puedo ayudarla?

Cuando Lara habló desde la puerta, Darcy volvió la cabeza. Vista de cerca, su aspecto no era tan impecable como lo parecía en el escenario del auditorio del instituto. Había indicios de patas de gallo alrededor de sus ojos y surcos en su frente. A pesar de su hábil maquillaje, su rostro reflejaba los síntomas inconfundibles de una vida dura y una profunda amargura.

Lara se había formado una opinión poco halagadora de la personalidad de Darcy Winston, pero sabía por experiencia que dichos prejuicios eran injustos. Procurando no juzgarla de antemano, le brindó una sonrisa y le tendió la mano.

—Hola, señora Winston, soy Lara Mallory.

Darcy levantó con curiosidad una ceja meticulosamente dibujada.

—Oí su discurso en la reunión comunitaria —agregó Lara, para aclararle cómo la había reconocido—. Fue sumamente convincente.

Darcy utilizó una vez más su ceja como medio de comunicación. Evidentemente intentaba adivinar cuánto sabía Lara respecto a su «intruso».

—Y tú te llamas Heather, ¿no es cierto? —Lara se dirigió a la joven que estaba junto a su madre.

—Sí, señora.

—Encantada de conocerte, Heather.

—Gracias.

—Heather es la razón de que estemos aquí —dijo Darcy.

—¿Ah, sí? ¿Qué le ocurre?

—Quiero que le recete la píldora anticonceptiva.

—¡Madre!

La joven estaba molesta y Lara no se lo reprochaba. Lamentablemente, Darcy no defraudaba las expectativas de Lara. Era una zorra de primera magnitud.

—Nancy, ¿qué consultorio está libre? —preguntó Lara para ahorrarle a Heather mayores embarazos.

—El número tres —respondió Nancy sin dejar de observar la expresión amargada de Darcy.

—Gracias. ¿Heather? —Lara sonreía mientras mantenía la puerta del consultorio abierta para la joven.

Darcy se pegó a sus talones.

—Señora Winston, puede esperar ahí, donde estará más cómoda. Nancy necesita que le facilite cierta información para abrirle una ficha médica a Heather. Si le apetece, le dará algo de beber mientras espera.

—Es mi hija.

Por su tono era evidente que estaba acostumbrada a intimidar a la gente y salirse con la suya.

—Y este es mi consultorio —respondió Lara en un tono igualmente imperioso— Heather es mi paciente, y yo respeto y protejo la intimidad de mis pacientes.

Sin mediar otra palabra, invitó a la joven a entrar en el consultorio ante la mirada iracunda de su madre y le cerró la puerta en las narices. Nancy se ocuparía de que se desnudara, se pusiera una bata y la pesaría antes de tomarle la presión, y recoger muestras de sangre y orina.

Al cabo de unos instantes, Nancy llamó suavemente a la puerta y le preguntó a Lara en un susurro:

—¿Cómo se supone que debo apaciguar a esa vampiresa?

—Échele un ratoncillo.

Nancy le indicó con la mano que no se preocupara. Cuando Lara entró en el consultorio, Heather estaba cautelosamente sentada al borde de la camilla.

—¿Todo bien?

—Supongo que sí. No me gusta que me pinchen el dedo.

—A mí tampoco.

—Pero todavía es peor que le saquen a una sangre del brazo. Detesto las agujas.

—Tampoco son mis instrumentos predilectos.

—Pero usted es médico.

—También soy una persona.

La joven sonrió, ahora más relajada.

—¿Cuándo empezáis los ensayos las animadoras?

—¿Cómo sabe que soy animadora?

—He recibido una solicitud para hacerme socia del club —respondió Lara mientras examinaba sus oídos con un otoscopio—, y he visto tu fotografía.

—Empezamos los ensayos la próxima semana.

—¿Tan pronto? Abre la boca —dijo al tiempo que le sujetaba la lengua con un palillo y le miraba la garganta—. Pero todavía falta un mes para que empiece el curso.

—Sí, pero queremos lucirnos. El año pasado ganamos varios trofeos.

—Traga saliva. ¿Duele? —preguntó Lara mientras le palpaba las amígdalas.

—No, señora.

—Bien. Debes cuidar de tu garganta. Si sientes algún dolor, dímelo. Las inflamaciones de garganta son comunes entre las personas que gritan.

—De acuerdo. Lo haré.

Lara levantó la bata y colocó el estetoscopio debajo del pecho izquierdo de Heather. La joven dio un suspiro.

—Sé que está frío —se disculpó Lara con una sonrisa—. Ahora respira hondo por la boca. —Le auscultó los pulmones por la espalda después de haberle examinado el corazón—. ¿Son tus menstruaciones regulares? —preguntó cuando terminó, de nuevo delante de la joven.

—Sí, señora.

—¿Copiosas?

—Generalmente sólo los dos primeros días.

—¿Tienes calambres?

—Sí. Muy molestos.

—¿Tomas algo?

—Midol, aspirina, cosas por el estilo.

—¿Te alivian?

—Sobreviviré —respondió con una sonrisa torcida.

Después de asegurarse de que Heather estuviera lo más cómoda posible sobre la camilla, Lara llamó a Nancy para que la ayudara a practicar un reconocimiento de los senos y ginecológico.

—Esto es muy desagradable —dijo Heather mientras Lara le colocaba los pies en los sujetadores.

—Sí, lo sé. Procura relajarte todo lo posible.

—Por supuesto —respondió Heather con sarcasmo, cuando Lara abría el espéculo.

Cuando terminó el reconocimiento, Lara dejó a Heather para que se vistiera y regresó a su despacho. Al cabo de unos minutos llegó Heather. Lara le indicó que se sentara en el sofá y se instaló junto a ella, creando un ambiente más social que clínico.

—¿Deseas tomar píldoras anticonceptivas, Heather?



—Ella quiere que las tome.

—¿Tu madre?

—Tiene miedo de que me quede embarazada.

—¿Existe dicha posibilidad?

Heather titubeó.

—Supongo que sí. El caso es que tengo novio y... bueno, ya sabe.

—No pretendo ser chismosa —dijo Lara suavemente—. Ni hago ningún juicio moral. Soy una doctora que debe decidir lo que es mejor para su paciente. La única forma de hacerlo consiste en disponer de la mayor cantidad de información posible —declaró. Hizo una pausa para que absorbiera sus palabras—. ¿Mantienes relaciones sexuales?

Heather bajó la mirada para contemplarse las manos fuertemente apretadas.

—Todavía no —respondió. Dirigió una mirada furtiva a la puerta cerrada—. Ella piensa que ya lo hemos hecho. Le he dicho que no, pero no me cree.

Cuando empezó a hablar, se le amontonaron las palabras apresuradas por salir al exterior.

—Nos sorprendió a Tanner y a mí manoseándonos en el sofá. En realidad no hacíamos nada. Bueno, yo me había quitado la blusa y el sujetador, y Tanner la camisa, pero reaccionó como si estuviéramos completamente desnudos y haciéndolo —dijo, y de pronto levantó la cara para mirar directamente a Lara—. Maldita sea, lo siento. Debí contárselo de otro modo. No pretendía relacionarlo con lo suyo y el senador Tackett.

—No me has ofendido —respondió tranquilamente Lara—. Estamos hablando de ti, no de mí. ¿Estás diciéndome que cuando tu madre os sorprendió a ti y a Tanner llegó a una conclusión equivocada?

—Para expresarlo con delicadeza, se puso como una fiera —respondió Heather, con la mirada hacia el techo—. Levantó tanto la voz que despertó a mi padre. Papá bajó con la pistola en la mano, convencido de que alguien había entrado de nuevo en casa —prosiguió al tiempo que sacudía su brillante cabello pardo—. Fue terrible. Tanner insistía en que no haría nada que me perjudicara, pero mi madre le echó de la casa y no me ha permitido volver a verle desde entonces. Me tiene detenida. Me ha quitado las llaves del coche y mi teléfono —agregó con los ojos llenos de lágrimas—. Es como si estuviera en Siberia. ¡Es terrible! ¡Y no hice nada! Me mira como si fuera, ya sabe, una ramera. Papá ha intentado apaciguarla, pero no olvida ni perdona con facilidad. Le he repetido un millar de veces que todavía soy virgen. Es decir,

desde un punto de vista técnico. Tanner, ya sabe, ha utilizado el dedo, pero no su...

Lara asintió para indicar que la comprendía.

—Pero mi madre no se lo cree. Esta mañana me ha comunicado que veníamos a verla y que, tanto si me gustaba como si no, tomaría la píldora anticonceptiva. Dice que si voy a ir por ahí acostándome con chicos, por lo menos no tendrá ningún nieto del que ocuparse.

Lara compartía los sentimientos de la chica, porque la visión de Darcy coincidía con la de sus propios padres. Su mensaje había sido: haz lo que se te antoje, pero asegúrate de que no te descubran y nos crees problemas a nosotros. Heather dio un sollozo y Lara le entregó una caja de pañuelos de papel.

—Echo mucho de menos a Tanner. Él me quiere. Y yo le quiero a él.

—Estoy segura de ello.

—Es tan encantador conmigo... No como ella. Nada la complace.

Lara esperó a que Heather se sonara ruidosamente la nariz.

—No tengo ningún inconveniente en recetarte la píldora. Tu salud parece buena.

—Me harán engordar, ¿no es cierto?

—El aumento de peso puede ser un efecto secundario —sonrió Lara—, pero dudo que eso sea un problema para una joven tan activa y enérgica como tú —agregó, con la mirada fija en los ojos de la joven—. Aspectos físicos aparte, quiero que estés psicológicamente preparada para este paso. ¿Estás segura de que eso es lo que tú quieres, Heather?

Dirigió otra mirada furtiva a la puerta.

—Sí, lo es. Tanner ha prometido utilizar algo, pero si además tomo la píldora, no habrá forma de que me quede embarazada.

—No olvides que la píldora no te protege de las enfermedades de transmisión sexual. Si vas a ser sexualmente activa, te sugiero que utilices siempre preservativos, incluso con tu novio habitual. Y aconséjales a tus amigas que hagan lo mismo.

Después de extender la receta, se dirigieron juntas a la sala de espera. Darcy hojeaba con impaciencia una revista, que dejó de lado cuando las vio llegar.

—¿Y bien?

—Le he entregado a Heather una receta para anticonceptivos orales y le he pedido que vuelva dentro de seis meses para comprobar que no hay

ninguna novedad. Evidentemente, debe ponerse en contacto conmigo si aparece algún efecto secundario negativo o alguna molestia.

—Han estado ahí mucho tiempo.

Lara se negó a ponerse a la defensiva.

—Su hija es una joven encantadora. Me ha gustado mucho hablar con ella. A propósito, me gustaría introducir unos programas de educación sanitaria en el instituto. Como presidente de la junta rectora, ¿estaría el señor Winston dispuesto a oír mis ideas?

—Tendrá que preguntárselo a él.

—Lo haré —respondió amablemente Lara, a pesar de la brusquedad de Darcy—. Me pondré en contacto con él en cuanto empiece el semestre.

—¿Cómo desea que salde la cuenta?

—Nancy se ocupará ahora de ello —respondió Lara. Después se dirigió a Heather—. Buena suerte con la animación. Te veré desde las gradas.

—Gracias, doctora Mallory. La saludaré cuando la vea —Heather sonrió—. Todavía me parece extraño que una señora sea médico —agregó.

Se habían alejado varias manzanas del consultorio cuando Darcy rompió el silencio antagonista con su hija.

—Daba ciertamente la impresión de que os llevabais muy bien.

—Es agradable.

—Clark Tackett también lo creía y mira cómo acabó —replicó Darcy—. No es más que una cualquiera. Y trae problemas.

Heather volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

La mayoría de las críticas de Darcy emanaban de los celos. No esperaba ni deseaba que Lara Mallory fuera tan encantadora. Era tranquila y elegante. Cada uno de sus gestos instintivos delataba su buena educación y excelentes modales. Era tan pulcra que había hecho sentir a Darcy como si necesitara darse un baño. Era esbelta como un junco y probablemente no tenía un gramo de celulitis en sus muslos. Su cabellera era densa y sana. Su tensa piel parecía carecer de poros. Desde un punto de vista femenino, tenía mucho que envidiar.

¿Pero qué vería en ella un hombre, especialmente como Key Tackett? Su figura no era voluptuosa. Su mirada era sincera, como la de un hombre. ¿O se volvía tal vez misteriosa cuando estaba con un amante?

Después de decidirse a visitar a Lara Mallory, Darcy se vio obligada a esperar una semana antes de hacerlo. Heather y Tanner le habían facilitado el

pretexto ideal, pero luego la muerte de la pequeña Leonard había puesto la ciudad patas arriba. Todas las miradas se habían centrado en Lara Mallory y Darcy consideró que sería prudente esperar a que amainara el temporal. Quería ver de cerca y en persona a la doctora Mallory, pero sin que toda la ciudad fuera consciente de su curiosidad.

¿Era Lara Mallory la nueva amante de Key? Maldita sea, se había marchado tan confusa como antes. La doctora parecía demasiado elegante para la naturaleza lasciva de Key, pero a veces las apariencias engañan. Además, los gustos no tienen fronteras, particularmente respecto a las mujeres, que como ella bien sabía eran distintos para cada hombre.

De modo que lo único que Darcy había logrado con la visita era la admiración incondicional de Heather por la mujer que tal vez le había robado a Key. Claro que tampoco podía reclamar ningún derecho de propiedad sobre él. Se la había ligado en un bar y se habían acostado juntos una sola vez, pero ella creía en su futuro como amantes. Sin la intromisión de otra mujer, pudo haber ocurrido. Lara Mallory podía haberlo estropeado.

—¿Habéis hablado de mí? —preguntó bruscamente Darcy—. Apuesto a que me has dejado como un trapo sucio.

—No, no lo he hecho.

—¿Qué habéis dicho de mí?

—Nada. Sólo cosas generales.

—¿Entonces de qué habéis hablado durante tanto rato?

Heather suspiró con resignación adolescente.

—Hemos hablado de mi actividad como animadora, de mis menstruaciones, de Tanner, del ejercicio de la sexualidad y cosas por el estilo.

—¿Qué te ha dicho en cuanto a tu ejercicio de la sexualidad?

—Que no emite juicios morales.

—Por lo menos no es hipócrita. Sería como si la sartén tildara de sucia a la olla, ¿no te parece?

—Supongo.

—Creí que te sermonearía para disuadirte de tomar la píldora anticonceptiva a tu edad.

—No —respondió Heather con hastío—. Sólo me ha hecho un discurso sobre los preservativos.

—¿Los preservativos?

—Exactamente. Oye, mamá, ¿vas a devolverme ahora mi teléfono?

—¿Qué ha dicho la doctora sobre los preservativos?

Heather miró enojada a su madre antes de recitar apresuradamente:

—Que siguen siendo la mejor forma de protegerse contra las enfermedades, y que si yo y mis amigas vamos a acostarnos con chicos, debemos utilizarlos siempre.

—¿Te ha dicho que tuvieras un preservativo a mano por si una cita acababa en actividad sexual?

—Algo por el estilo —respondió Heather encogiéndose despreocupadamente de hombros—. ¿Vas a devolverme el teléfono, mamá? Por favor. ¿Y las llaves del coche?

En la mente de Darcy empezó a fraguarse el germen de una idea. La examinó desde distintos ángulos y decidió que valía la pena conservarla y elaborarla. Con una sonrisa y más segura de sí misma, extendió la mano para darle unos golpecitos a Heather en la rodilla.

—Por supuesto, cariño. Te los devolveré inmediatamente cuando lleguemos a casa. Pero primero pararemos para comer un bocado con papá. He estado de muy mal humor toda la semana y quiero recompensarte, desde ahora mismo.

Bowie Cato salió de la autopista para entrar en la carretera que pasaba junto al extremo norte del motel The Green Pine, donde Darcy se apeaba de su último modelo de Cadillac.

—¿Es esa la señora Winston?

—Sí —respondió Janellen, que había vuelto la cabeza para saludarla con la mano—. ¿La conoce?

—De vista. ¿Quién la acompaña?

—Su hija, Heather. En estos momentos, es la chica más popular del instituto.

—Es atractiva —comentó Bowie, que volvió la cabeza para verlas entrar en el vestíbulo del motel.

—Mucho. Trabaja a horas en el motel para su padre. La veo cuando vamos a comer algo los domingos, al salir de la iglesia. Es amable, cariñosa y estimada.

Bowie se preguntó si la hija sería tan «estimada» como la madre. Había visto muchas veces a Darcy Winston en acción en The Palm, empezando por la noche en que Key Tackett acababa de regresar a la ciudad y hasta la noche anterior, cuando jugaba una ruidosa partida de billar con tres individuos que habían salido de juerga sin sus esposas.

Darcy era una cualquiera y todo el mundo lo sabía. Así como todo el mundo sabía que Janellen Tackett era una dama. De ahí que la gente los mirara atónita cuando los veía juntos. Se preguntaban qué hacía la señorita Janellen con un desgraciado expresidiario como Bowie Cato.

Él también se lo preguntaba. Estaba al mismo tiempo agradecido y enojado con Key por haberle pedido que la vigilara. Agradecido porque estar cerca de Janellen era la situación más distinguida en la que jamás se encontraría. Enojado porque empezaba a gustarle demasiado estar cerca de ella.

Le gustaba verla todos los días y tener un buen pretexto para hacerlo. Pero era una bienaventuranza pasajera. Sabía perfectamente que algo pondría fin a aquella situación. La espera de lo inevitable y la perspectiva del desastre que supondría, estaban volviéndolo loco. Ahora vivía en un cuento de hadas. El problema era que no creía en los cuentos de hadas. No eran más que fantasías para niños y para bobos. Indudablemente él ya no era un niño, pero empezaba a creer que era bobo.

Estaba exponiéndose a un gran fracaso. No había vuelta de hoja.

Pero, maldita sea, se sentía incapaz de evitarlo. Aprovechaba toda oportunidad para estar cerca de ella. Como hoy. Cuando oyó que Janellen se proponía echar una ojeada al pozo número siete, cogió el camión y se dirigió a su despacho para llegar antes de que ella saliera.

Llegó cuando ya se marchaba y le recordó que Key no quería que circulara sola. También le sugirió que el camión era más adecuado que su vehículo compacto para el terreno del pozo. Ella reconoció que tenía razón y se subió con él a la cabina.

Pero no se sentía a gusto.

Estaba inquieta como un chihuahua entre nidos de serpientes y no le miraba a los ojos. Probablemente se avergonzaba de que la vieran en compañía de un demostrado delincuente. Maldita sea, ¿quién podía reprochárselo?

—De aquí en adelante es bastante accidentado —le advirtió Bowie.

—Lo sé —respondió escuetamente—. He conducido por aquí muchas veces.

Bowie giró sin prestarle atención. El camino sin asfaltar, esculpido en la tierra por los surcos de los neumáticos, corría paralelo a la carretera varios centenares de metros. Entre ambas vías se encontraba el motel The Green Pine. Había oído habladurías de que Jody Tackett, tiempo ha, le había arrebatado con malas artes el título del pozo a Fergus Winston.

Fergus había llegado de joven a Eden Pass, con una pequeña herencia y grandes sueños. Había comprado un terreno que aparentemente no era nada especial, pero daba a la carretera y se rumoreaba la existencia de petróleo en su subsuelo.

Conoció a Jody, que por aquellos entonces trabajaba para Clark Tackett abuelo y a quien ya se consideraba como gran concedora del territorio. Jody cultivó su amistad y le ofreció los servicios de un geólogo de Tackett Oil para que inspeccionara su propiedad y le ofreciera su experta opinión. Después de varias semanas de evaluación, le comunicó con tristeza a Fergus que parecía dudoso que en su propiedad hubiera algún depósito significativo de petróleo.

Fergus, entonces parcialmente enamorado de ella, la creyó, pero decidió que necesitaba otra opinión imparcial. Contrató los servicios de otro geólogo, que le informó lamentablemente de que el único provecho que con toda probabilidad podría sacarle a su parcela consistiría en criar sapos en ella.

Fergus se llevó una decepción, pero había llegado al convencimiento de que su futuro no radicaba en la competitiva industria petrolífera, sino en ofrecer alojamiento temporal a los que negociaban en la misma. Jody, todavía en su fingido papel de amiga preocupada, le expresó lo mal que le sabía que tuviera que quedarse con un terreno que no servía para nada y ofreció comprarle el título en nombre de Tackett Oil, que lo descontaría de sus impuestos. De ese modo, Fergus dispondría de suficiente capital para empezar a construir su motel.

Aliviado ante la perspectiva de quitarse un muerto de encima y recuperar parte de su inversión, vendió el terreno con todos los derechos de explotación del subsuelo por una miseria, y se quedó sólo con la franja que daba a la carretera, donde pensaba construir el motel.

Pero el muerto de Fergus yacía sobre un lago negro de excelente crudo. Jody lo sabía, al igual que el geólogo de Tackett Oil y el segundo geólogo al que Jody había sobornado para que corroborara la mentira del primero. Todavía no se había secado la tinta del contrato cuando Tackett Oil levantó una torre de perforación. Cuando empezó la extracción, Fergus estaba realmente furioso. Acusó a Jody y a los Tackett de ladrones y mentirosos. Cuando Jody se casó con Clark hijo, la maldijo todavía con mayor ahínco. Pero puesto que nunca llevó sus alegaciones de fraude ante los tribunales, la gente consideró que sólo estaba resentido y celoso porque Jody le había abandonado por Clark hijo.

Fergus construyó su motel y empezó a ganar dinero casi desde el día de su inauguración. Pero aunque fuera tan lujoso como el Ritz Carlton, nunca sería

tan rico como Jody Tackett. En la actualidad, todavía conservaba el rencor.

Bowie aparcó el camión junto a la alambrada, que formaba una verja perfectamente cuadrada alrededor del pozo. Después de apearse, se dirigió al otro lado del vehículo para ayudar a Janellen, pero cuando llegó, ella ya estaba en el suelo. Utilizó su llave para abrir el portal.

El motor que accionaba la bomba funcionaba con regularidad. Lo había inspeccionado unas horas antes, como lo hacía todos los días, a excepción de sus días libres, cuando un sustituto hacía su ruta. Ni a él ni a Janellen les interesaban la bomba ni los depósitos de almacenamiento, sino la caja del contador, donde unos lápices rojo, verde y azul registraban la presión de la línea, la temperatura del gas y el régimen de fluidez, en unos cuadros circulares que se cambiaban cada dos semanas. Afortunadamente, la caja del contador del pozo número siete estaba a pocos metros del propio pozo y no, como en otros casos, a varios kilómetros.

Al cabo de quince minutos, Bowie se sentía como un imbécil. No parecía haber nada inusual en el pozo número siete. El contador funcionaba debidamente. Todo parecía estar en perfecto estado.

—Supongo que me tomará por loco —farfulló.

—No creo que esté loco, Bowie. En realidad, para que se quede tranquilo, le autorizo a que instale un medidor de pruebas entre el pozo y el contador.

Bowie tuvo la sensación de que le daba coba.

—De acuerdo, lo haré. —Bowie le tomó la palabra—. ¿Sabe si este pozo había tenido alguna vez un conducto de escape?

—Si lo tenía, se anuló cuando los declararon ilegales. Ahora ya no desperdiciamos el gas de ese modo.

Regresaron al portal y Bowie lo cerró con llave.

—¿Se lo ha comentado a su madre?

—No.

—¿No lo consideraba lo suficientemente importante?

Janellen había llegado a la puerta del camión y volvió la cabeza, con la mano sobre las cejas para protegerse del sol.

—Le agradeceré que no hable por mí, Bowie. Lo que ocurre es que actualmente procuro no molestar a mi madre si no es imprescindible.

—Es usted muy atractiva, señorita Janellen.

—¿Cómo? —exclamó, con la palma de la mano extendida todavía a la altura de las cejas.

Maldita sea. Ahora acababa de meter la pata. Se llevó la mano a la parte posterior de su sombrero para rascarse la nuca. No era su intención la de decir



lo que pensaba. Las palabras habían emergido como por cuenta propia. Y ahora tenía que dar alguna explicación.

—De pronto se me ha ocurrido lo atractiva que estaba aquí de pie. Con el sol en la cara y su cabellera acariciada por el viento.

El viento cálido le había pegado también la ropa al cuerpo y, por primera vez desde que la había conocido, se le revelaron claramente las formas de su cuerpo. A su parecer era muy atractivo, pero no pudo satisfacer mucho tiempo su curiosidad, porque a Janellen se le arrugaba el rostro y se le llenaban los ojos de lágrimas que nada tenían que ver con los rayos del sol.

—¡Oh! —sollozó—. ¡Oh, Dios mío! ¡Podría *morirme!*

Su reacción alarmó a Bowie. Lo último que necesitaba alguien que estaba en libertad condicional era a una histérica en sus manos, llorando, chillando, e invocando la muerte. Se secó las palmas de las manos en los muslos.

—Oiga, señorita Janellen, no se ponga nerviosa —dijo mientras miraba intranquilo a su alrededor, con la esperanza de que nadie presenciara su dolor—. Cuando le he dicho... bueno, no pretendía faltarle al respeto. Está a salvo conmigo, y de eso no le quepa la menor duda. Lo que quiero decir es que nunca...

—Que le dijera que me vigilara, no significa qué deba colmarme de cumplidos falaces.

Bowie entornó los párpados y ladeó la cabeza, inseguro de haber comprendido.

—¿Cómo dice?

—No necesito que él me vigile, ni usted tampoco.

—¿Él? ¿Se refiere a su hermano? ¿Key?

—Evidentemente —respondió enojada—. Desde que le pidió que me vigilara, no puedo dar un paso sin tropezarme con usted.

—Pues le pido perdón por las molestias que pueda haberle causado, pero le prometí a Key que cuidaría de usted y yo cumplo mis promesas. Seguiré vigilándola hasta que él me diga que deje de hacerlo.

—Y yo le ordeno que lo abandone. A partir de este mismo momento. Todos los periodistas se han marchado de Eden Pass. Ya no corro el peligro de que me tiendan una emboscada, de modo que no tiene por qué seguir molestándose.

—No ha sido ninguna molestia acompañarla, señorita Janellen.

—¡Puedo conducir sola! Lo hago desde que tenía dieciséis años.

—Sí, señora, ya lo sé, pero...

—Y soy tan capaz de leer un contador como cualquier hombre. Sin que nadie me acompañe.

—Estoy seguro de ello.

—Y aunque se sienta obligado a acompañarme a todas partes, no tiene por qué brindarme falsos cumplidos para...

—No era un falso cumplido.

—... para reírse luego.

—¿Reírme?

—Sé lo que piensan los hombres de mí. Creen que soy una solterona amargada. Muley me contó que se reían de mí a mis espaldas. Lo único que usted pretende es congraciarse con mi hermano...

—Oiga, espere un momento —interrumpió Bowie enojado—. No pretendo congraciarme con nadie. ¿Comprendido? Y no meta a su hermano en esto, porque no tiene absolutamente nada que ver con lo que le he dicho. Además, me importa un comino lo que piensen los demás hombres. Yo saco mis propias conclusiones sobre las cosas, y si alguien discrepa de mi opinión, que le zurzan. Cuando le he dicho que estaba muy atractiva, ha sido porque verdaderamente me lo ha parecido.

»¡Válgame Dios! La mayoría de las mujeres se habrían limitado a responder: «Gracias, Bowie, eres muy amable». Pero no usted. No. Usted tiene que ver en ello una doble intención, porque es quisquillosa, remilgada y tiene un complejo del tamaño de Dallas.

Sus palabras retumbaron entre ellos, hasta que el viento se las llevó.

Pero no con la suficiente rapidez, pensó tristemente Bowie. Había perdido el control de sí mismo, aunque creía que nunca le ocurriría con ella. Ahora había metido realmente la pata. Le despediría y la culpa habría sido enteramente suya.

Janellen le miró con los ojos muy abiertos, temblando, e incapaz de hablar. Las lágrimas habían convertido en estanques sus ojos azules, lo suficientemente profundos para ahogar a un hombre maduro. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Dio un pequeño suspiro y su labio inferior entró fugazmente en contacto con sus dientes.

Era demasiado.

Convencido en aquel momento de que tanto se ahorca al santo como al pecador, agachó la cabeza y la besó. Fue un beso fuerte y breve. Tenía que serlo. En cualquier momento podía empezar a gritar. Además, no confiaba en sus propias fuerzas si lo prolongaba y saboreaba. Podría acabar por hacer algo realmente estúpido y su triste pellejo volvería a la cárcel.

Inmediatamente después de besarla, le obligó a dar media vuelta y subirse al camión. Él se colocó al volante, puso el ruidoso motor en marcha, introdujo la primera velocidad y avanzó por los profundos surcos del camino.

Viajaron en silencio hasta las feas oficinas de la empresa, donde la había recogido. Cuando paró el motor, el silencio era tan agobiante como las sofocantes olas de calor que emanaban del suelo.

Probablemente Janellen estaba todavía demasiado disgustada para hablar, de modo que le correspondía a él decir algo. Después de mirar durante varios minutos a través del sucio parabrisas, dijo:

—Dejaré el camión en el almacén y devolveré las llaves. Puede mandarme el último cheque por correo.

Oyó un suspiro, pero no se atrevió a mirarla. No quería presenciar el asco que debía sentir.

—¿Abandona Tackett Oil? —preguntó finalmente con un hilo de voz.

Volvió entonces la cabeza con tanta rapidez para mirarla que le crujió el cuello.

—¿No?

—¿Lo desea?

—¿No quiere usted que lo haga?

—No —respondió con una voz apenas audible al tiempo que movía la cabeza.

Bowie no se atrevía a moverse por temor a quebrar la fragilidad del momento.

—Esas cosas que he dicho, señorita Janellen... Nunca debí haber utilizado ese lenguaje en su presencia.

—Me he criado con dos hermanos, Bowie. Conozco bien el vocabulario. Y lo que significa la mayoría del repertorio —respondió Janellen con una picara sonrisa, que Bowie no le devolvió.

—En cuanto a la otra cuestión, la de haberla besado, qué duda cabe de que es una buena razón para que me despida. Pero quiero que sepa que sólo lo hice porque perdí la cabeza.

—Ah —exclamó antes de sumirse en un prolongado silencio, durante el que aumentaron la tensión y el calor—. ¿Entonces no ha sido más que un acto impulsivo?

Alga en la mirada de Janellen le obligaba a ser sincero.

—No, señorita Janellen, sinceramente no puedo afirmar que haya sido así. Había pensado antes en hacerlo.

—Yo también lo había pensado.

No podía creer lo que acababa de oír, pero estaba mirándola directamente a los ojos. Había visto cómo las palabras emergían de sus labios y, puesto que un fuego líquido le había invadido las entrañas, sabía que no soñaba.

Pero la situación sólo mejoró.

Se acercó ligeramente a ella. Janellen ladeó caprichosamente la cabeza y se encontraron en algún lugar del medio del asiento. A los pocos segundos de la suave declaración de Janellen, Bowie la abrazaba, ella le rodeaba el cuello con los brazos y se besaban apasionadamente.

Los labios de Janellen respondían pero con timidez, aunque eso no importaba porque Bowie tenía escasa experiencia con los besos. Nunca había mantenido relaciones estables con una mujer, y las mujeres fáciles y las prostitutas solían prescindir de los besos. De modo que él y Janellen se educaban mutuamente, y cuando introdujo la lengua entre los dientes y entró en contacto con la de su compañera, ambos expresaron en un susurro lo delicioso del descubrimiento.

¿Era su boca realmente más dulce que la de cualquier otra mujer a la que había besado, o era simplemente la primera a la que había besado a la francesa con amor y no sólo como apresurado prelude del coito?

Bajó la mano hasta su cintura y se la estrujó. Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo de Janellen. Cielos, era excitante. Bowie deseaba comprobar el temblor desde sus pechos, por el cuello y hasta la boca. Pero evidentemente no lo hizo.

Por fin Janellen echó la cabeza atrás y le miró con un rápido parpadeo. Estaba avergonzada. Tenía las mejillas encendidas. Su respiración era rápida y superficial. Se mordió los labios y soltó una pequeña carcajada.

—Creo que ahora debo marcharme. Llegaré tarde a cenar y Key seguramente vendrá a buscarme.

—Por supuesto —respondió Bowie al tiempo que se colocaba de nuevo al volante.

—Hasta mañana —dijo Janellen con un ligero deje de interrogación.

—A primera hora —respondió con una sonrisa forzada, porque tenía el pene terriblemente hinchado.

Janellen abrió la puerta y cuando estaba a punto de apearse, volvió la cabeza y, en un suspiro, dijo:

—Te quiero, Bowie.

Cerró el camión de un portazo, corrió hacia su coche, se colocó inmediatamente al volante y se alejó. Bowie contempló la nube de polvo hasta que desapareció. Pero permaneció sentado al volante del camión, con la

mirada perdida entre cadáveres de insectos y la mugre del campo petrolífero, paralizado, pasmado ante sus últimas palabras.

Bueno, eso explicaba el besuqueo, pensó. Janellen Tackett no estaba bien de la cabeza. En realidad, estaba como un cencerro.

Nadie había querido jamás a Bowie Cato.

## Catorce

—¿Está despierta?

—Lo estoy ahora —respondió Lara después de comprobar que el reloj de su mesilla de noche marcaba las dos y tres minutos de la madrugada—. ¿Con quién hablo?

—Key Tackett.

Lara refunfuñó, hundió la cabeza en la almohada y estuvo a punto de caérsele el teléfono de la mano.

—¿Es esta otra de sus urgencias?

—Sí.

Al detectar la tensión de su voz, Lara despertó por completo. No se trataba de una broma. Se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoce la carretera estatal que todo el mundo llama Old Ballard Road?

—Sé dónde está.

—Vaya por ella tres kilómetros hacia el sur, hasta después de Dairy Queen. Entonces encontrará un cruce a su derecha. Allí hay un viejo molino, de modo que no puede confundirse. A unos cien metros, a su izquierda, verá una casa de campo. Mi Lincoln está aparcado en la puerta. Traiga sus bártulos.

—¿Qué bártulos?

—El instrumental médico. Dese prisa.

—Pero...

Había colgado. Apartó las sábanas y sus pies empezaron a correr al llegar al suelo. Era su reacción instintiva a una llamada de urgencia. No reflexionó sobre la sensatez de responder a aquella llamada hasta que conducía a gran velocidad por la oscura y desierta carretera. Si en realidad los Tackett se proponían deshacerse permanentemente de ella, ¿qué mejor forma de hacerlo que con una llamada de urgencia en plena noche, de la que nunca regresaría?

Se había vestido con lo primero que había encontrado y metido los pies en unas zapatillas. En el consultorio había llenado el maletín con material adecuado para la mayoría de urgencias, pero evidentemente no todas.

Cabía perfectamente la posibilidad de que le hubieran tendido una trampa, pero no podía negarse a acudir a la llamada. Además, por extraño que pareciera, creía que la urgencia en el tono de Key era verdadera.

Pasó a toda velocidad el molino antes de verlo. Si no se lo hubiera mencionado, nunca habría encontrado el pequeño sendero sin señalar. Retrocedió y giró bruscamente. Al cabo de unos momentos, los faros de su coche iluminaron una casa de campo. Tal como le había dicho, el Lincoln amarillo de Key estaba aparcado frente a la puerta. Paró junto al mismo, agarró su maletín y se apeó.

Los perros parecieron volverse locos.

Key la vigilaba desde la ventana de la sala de estar. En el momento en que apareció su coche, abrió la puerta principal. Lamentablemente, no llegó a tiempo de llamar a los sabuesos, que salieron disparados de sus respectivos cubiles para rodear a Lara con agresivos gruñidos. Organizaron un gran escándalo.

Ella se subió al capó de su coche y empezó a dar patadas, procurando mantenerlos a raya. Key dio una agudo silbido, que apaciguó de inmediato a la jauría. Algunos de los perros gemían al regresar a sus escondrijos.

—¡Santo cielo! Podían haberme despedazado.

—Ahora todo está controlado. Dese prisa —respondió mientras le abría la puerta de tela metálica.

Lara puso un pie cautelosamente en el suelo. En la oscuridad se oyó un gruñido amenazador.

—¡Calla! —exclamó Key, y el perro guardó silencio.

Lara se acercó precavidamente a la puerta.

—¿De quién es esta casa? ¿Para qué me ha llamado?

—Helen ha perdido el niño.

Lara paró de súbito y le miró interrogativamente. Key le indicó que entrara con un brusco movimiento de la cabeza. A la luz de la sala de estar de la casa de los Berry, comprobó que Lara no llevaba maquillaje. Tampoco había tenido tiempo de cepillarse el cabello, todavía revuelto de la almohada, que le recordaba la primera vez que la vio. Aquella noche todavía no conocía su nombre. Le había sonreído un par de veces, incluso cuando le amenazaba

con denunciar su herida de bala al *sheriff*. Pero esta noche no sonreía. A juzgar por su expresión, no malgastaría siquiera su saliva en él aunque estuviera ardiendo.

—¿Dónde está?

—Por aquí.

—¿Cuándo han aparecido las primeras manchas?

—¿Manchas? —repitió Key—. Estaba casi desangrada cuando he llegado.

La acompañó por un estrecho y largo pasillo. Las paredes estaban decoradas con fotografías enmarcadas, que daban constancia del crecimiento de la familia. Algunas estaban amarillentas por el tiempo. La más reciente era la de la graduación de Helen, con su toga y su birrete.

Key se echó a un lado y le cedió el paso a Lara para que entrara en el dormitorio donde estaba acostada Helen en una cama individual, abrazada a un osito de peluche y sollozando silenciosamente.

—Helen, ha llegado la doctora.

Key se acercó a la cama y le agarró una mano flácida y fría, que estrujó entre las suyas para intentar infundirle calor y vida.

No sabía si era preferible su actual decaimiento, o su histeria anterior. Le había llamado a The Palm.

«Es una mujer —dijo Hap cuando le pasaba el teléfono—. Dice que tu hermana le ha sugerido que te llamara aquí. Parece desesperada».

Aquello era una descripción suave de la realidad. Apenas había logrado oír su voz con el barullo del bar, pero su pánico era inconfundible. Cuando entró en la habitación, después de trasladarse apresuradamente a su casa, vio una cantidad abundante de sangre oscura coagulada en las sábanas. Llamó inmediatamente a Lara Mallory.

—Hola, Helen —dijo Lara después de colocarle suavemente una mano sobre la frente—. Todo saldrá bien. Te lo aseguro.

El trato de la doctora era impecable, pero Helen no estaba convencida.

—He perdido a mi hijo.

—¿Estás segura?

Helen asintió y miró hacia el otro lado de la habitación. Lara le siguió la mirada hasta un montón de sábanas sucias, que Key había retirado de la cama y arrojado a un rincón.

—¿Tendrá la bondad de dejarnos solas? —Lara se dirigió a Key.

—Aguanta, cariño —respondió al tiempo que le estrujaba la mano a Helen—. Estaré en la sala de estar por si se me necesita.

—Gracias, Key.



Lara le vendaba el brazo a Helen para tomarle la presión sanguínea, cuando Key cerró la puerta de la habitación y se acercó a una de las ventanas de la sala de estar para contemplar la noche. Lejos de las luces de la ciudad, las estrellas eran magníficas.

Nunca dejaba de asombrarle su abundancia. Aquella era una de las razones por las que le gustaba pilotar de noche. Sólo entonces podía apreciar la infinidad del firmamento y sentirse en paz.

Le habría gustado enormemente encontrarse allí ahora.

Apareció uno de los sabuesos junto a la puerta principal, bebió agua de un recipiente en el suelo, dio un gran bostezo, dejó caer la cabeza entre sus dos patas delanteras y volvió a quedarse dormido. Un ave nocturna gemía lastimosamente. De vez en cuando crujían las viejas vigas de la casa. Por lo demás, reinaba el silencio.

Key se preguntaba qué debía ocurrir en el dormitorio. ¿Cuánto tardaría la doctora Mallory en hacer lo que hiciera? El tiempo avanzaba con suma lentitud. Cuando por fin se abrió la puerta del dormitorio, se alejó de la ventana para reunirse con la doctora en medio del pasillo. Llevaba guantes quirúrgicos y las sábanas ensangrentadas en las manos.

—Le disgusta su presencia. Hay que ponerlas en remojo.

Key la acompañó a un patio trasero cercado, lo ancho de la casa. Allí había un lavadero en el que Lara introdujo las sábanas y luego abrió el grifo del agua fría.

—Conoce muy bien la casa.

—El padre de Helen es uno de los mejores cazadores del este de Texas. He salido con él muchas veces, desde que era niño.

—De ahí que sepa cómo controlar a los perros.

—Sí. Aquí era donde veníamos a lavarnos después de repartir las piezas —respondió mientras que con un movimiento de la cabeza indicaba el lavadero, ahora lleno de agua rosada.

La presencia de la sangre nunca le había preocupado. Había visto terribles heridas de guerra, hombres cuya carne se desprendía de sus esqueletos a raíz de los incendios de los pozos, e incluso a una mujer musulmana decapitada, después de haberla sorprendido cometiendo adulterio. Creía tener un estómago de acero en lo concerniente a la violencia, que nada podía afectarle.

Estaba equivocado. Aquella sangre le afectaba enormemente. Se pasó la mano por la cara y desvió la mirada.

—He examinado la expulsión —dijo Lara como si acabara de leerle el pensamiento—. Ha abortado el feto.

Key asintió.

—¿Dónde están sus padres?

—Hoy han llevado a sus hijos menores a Astroworld —respondió mecánicamente mientras miraba cómo Lara se quitaba los guantes quirúrgicos—. Helen no se sentía bien y decidió quedarse. Menos mal que lo ha hecho. Todavía no les había hablado de su embarazo. Imagínese que esto no le hubiera ocurrido en su casa, en su propia cama. Santo cielo —agregó lúgubrementes—, da miedo pensar en ello.

—Además, cuanto menos gente lo sepa mejor, ¿no es cierto? Particularmente para usted. Míreselo de ese modo, ahora ya no tiene de qué preocuparse.

A pesar de que para ello necesitó toda su fuerza de voluntad, hizo caso omiso de su insulto.

Cuando se llenó el fregadero, cerró el grifo.

—Le he dado a Helen una inyección para reducir la hemorragia y un sedante para que duerma. Por la mañana puede pasar por mi consultorio y le haré un raspado.

—Perfecto. Sus padres no piensan regresar hasta mañana por la noche.

—Entonces Helen ya estará de nuevo en casa, pero debería guardar cama unos días. Puede decirles que tiene calambres, lo cual es lamentablemente cierto. También recomiendo —agregó después de una significativa pausa— que durante varias semanas se abstenga de mantener relaciones sexuales. Tendrá que buscarse otra compañera.

Key la miró fijamente a los ojos.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó con la misma socarronería.

No dejaron de mirarse mutuamente a los ojos hasta que se alborotó de nuevo la jauría y se oyó el portazo de un coche, seguido de pasos en el vestíbulo.

—¿Helen?

Key pasó al otro lado de Lara y se dirigió a la sala de estar, donde se encontraba Jimmy Bradley mirando frenéticamente a su alrededor.

—¡Key! —exclamó—. ¿Qué está haciendo aquí? Esta noche había ido a dar una vuelta por Longview con mis amigos y, cuando he regresado a mi casa, mi hermano me ha comunicado que usted había llamado para decirme que viniera aquí inmediatamente. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Helen?

—En su dormitorio.

Jimmy se percató de la presencia de Lara, que acababa de entrar en la sala, la miró confundido y volvió a dirigirse a Key:

—¿Qué ocurre?

—Es la doctora Mallory.

—¿Doctora? ¿Para Helen? —preguntó progresivamente alarmado.

Key colocó una mano sobre la ancha espalda del joven.

—Esta noche ha tenido un aborto involuntario, Jimmy.

—¿Un a...? —exclamó con una fugaz mirada a Lara y luego a Key—. Maldita sea —agregó antes de echar a correr por el pasillo para irrumpir en su habitación—. ¿Helen?

—¿Jimmy? ¡Oh, Jimmy! ¡Cuánto lo siento!

Key volvió la cabeza hacia Lara, que le miraba atónita y con la boca ligeramente abierta.

—Lamento decepcionarla —se limitó, a decir—, pero no se trataba de mi hijo. Helen me pidió ayuda porque sabía que podía confiar en mí.

Sólo se sintió momentáneamente ofendido. De pronto dio media vuelta y siguió a Jimmy al dormitorio. Jimmy estaba sentado al borde de la cama, abrazado a Helen, acariciándole los hombros y la espalda. Ambos lloraban.

—¿Por qué no me lo dijiste, Helen? ¿Por qué?

—Porque temía que renunciaras a tu beca. No quería que el niño y yo nos convirtiéramos en una carga para ti.

—Cariño, mientras sea capaz de correr con un balón, podré ir a la universidad. En la facultad a nadie le importaría que tuviera tres esposas y seis hijos. Debiste habérmelo dicho. Has pasado una terrible experiencia tú sola.

—Key me ha ayudado —sollozó—. Sabía cuánto respeto sentías por él y cuando no supe a quién recurrir ni qué hacer, fui a pedirle consejo. Me suplicó que te lo contara, pero también prometió guardar el secreto.

—He considerado que no debía seguir guardando el secreto, Helen —dijo Key desde el umbral de la puerta abierta—. Me ha parecido que Jimmy tenía derecho a saberlo ahora y le he llamado esta noche.

—Me alegro de que lo haya hecho —aclaró fervientemente Jimmy.

—Ahora, también yo —agregó suavemente Helen, con la cabeza pegada a su pecho—. Te he echado tanto de menos...

—Yo también. Cuando me dejaste, los primeros días me puse furioso. Luego me acostumbré al dolor. No comprendía que de pronto hubieras dejado de quererme.

—No había dejado de quererte. Nunca lo haré. Es por quererte tanto que no quería ser una carga para ti, agobiarte, o impedir que aprovecharas esta oportunidad.

—Aunque te lo propusieras, no podrías ser una carga para mí, Helen. ¿No lo sabías? —dijo Jimmy antes de agachar la cabeza y besarla suavemente en los labios—. Siento lo del niño —susurró después de separarse ligeramente de ella.

Cuando Helen empezó a llorar de nuevo, Key supo que había llegado el momento de dejar que los jóvenes amantes resolvieran a solas sus remordimientos y su reconciliación. Penetró sólo lo necesario en la habitación para recoger el maletín negro de Lara.

—Antes de que regresen sus padres, ocúpate de lo del patio trasero —dijo Key dirigiéndose a Jimmy—. Llévala al consultorio de la doctora Mallory por la mañana. Nadie lo sabrá jamás.

—Gracias, Key —asintió el joven—. Es una gran persona.

Key se besó la punta de los dedos, tocó con las mismas a Helen en la sien y abandonó la habitación.

Lara estaba en el sofá de la sala de estar, abrazándose los codos, y le dirigió una fría mirada de reproche.

—Podía habérmelo dicho.

—¿Y estropearle la diversión? Piense en el tiempo del que ha disfrutado despreciándome.

—Lo siento.

De pronto, Key se sintió cansado y no le apeteció insistir. Siempre que estaban juntos, no hacían más que pelearse. Pero los sucesos de aquella noche le habían dejado emocionalmente agotado y sin ganas de luchar.

—Olvídelo.

Lara se levantó para recoger su maletín. Key se lo entregó. Pesaba una tonelada.

—¿Se siente bien? —preguntó Key—. No tiene muy buen aspecto. Está pálida.

Lara parecía también cansada, entumecida y desanimada.

—No es de extrañar. Me ha despertado de un profundo sueño y no he tenido tiempo de maquillarme —respondió de camino hacia la puerta—. ¿Puedo salir de aquí sin que me descuarticen los sabuesos?

Abandonaron juntos la casa y Key cerró la puerta principal. Los perros empezaron a ladrar inmediatamente. Pero Key les ordenó que permanecieran quietos. Cuando Lara entró en su coche, apoyó la cabeza sobre el volante.

—¿Está segura de que se siente bien?

—Es sólo cansancio —respondió al tiempo que extendía el brazo para cerrar la puerta.

Key se echó a un lado y observó cómo se alejaba. No la había perdido todavía de vista cuando se subió a su «chulomóvil». Lara conducía despacio, como si acabara de aprender.

Al llegar al cruce, Key se planteó la posibilidad de volver a The Palm. Era tarde. Sólo se encontraría con los peores borrachos y no le apetecía ir de parranda. Pero tampoco quería regresar a su casa, donde siempre se sentía claustrofóbico.

En dirección contraria, las luces traseras del coche de Lara desaparecieron tras una cuesta.

—Qué diablos —exclamó para sus adentros mientras giraba su Lincoln.

A pesar de sus protestas, no parecía demasiado animada. Él era quien la había obligado a levantarse a aquellas horas de la madrugada. Lo mínimo que podía hacer era seguirla para asegurarse de que llegaba sin ningún percance a su casa.

Para Lara, que no se había percatado de las luces en el retrovisor, fue una desagradable sorpresa comprobar que el Lincoln paraba junto a su casa cuando abría la puerta trasera del consultorio.

—¡Está cerrado! —exclamó, sin que ello desalentara a Key, que se le acercó—. ¿Qué quiere? ¿No puede dejarme en paz?

Empezaba a hablar con la voz entrecortada y, si ella era consciente de ello, también debía serlo él. Las lágrimas que había logrado contener durante el viaje empezaron a inundarle los ojos, difuminando su imagen.

Le volvió la espalda e introdujo la llave en la cerradura. O por lo menos lo intentó, pero su visión era borrosa y le temblaban las manos.

—Permítame —dijo Key después de extender el brazo.

—¡Largúese!

Le quitó la llave de las manos, la introdujo fácilmente en la cerradura y abrió la puerta. Empezó a sonar la alarma. Key entró delante de ella y se acercó al control de mando.

—¿Cuál es el código?

Lara quería mandarle al infierno, echarle físicamente, pero no tenía fuerzas para lo uno ni lo otro.

—Cuatro, cero, cuatro, cinco. —Key pulsó los números indicados y la alarma dejó de sonar—. Pero no le servirá de nada conocer el código —agregó enojada—. Lo cambiaré mañana.

—¿Dónde está la cafetera?

—En la cocina. ¿Por qué?

—Porque tiene un aspecto horrible, como si estuviera a punto de derrumbarse de un momento a otro. Una buena taza de café probablemente la ayudará a reponerse de todos sus males.

—Usted es la causa de mis males. Me sentiré bien cuando se marche. ¿No puede hacerlo? ¿Por favor? ¡Es muy sencillo! ¡*Largúese!*

Lara no quería desmoronarse en su presencia, pero ya no tenía dónde elegir. Se le entrecortaron sus últimas palabras. Levantó la mano para señalar la puerta trasera, pero en su lugar se cubrió con la misma la boca para sofocar un sollozo y le flaquearon las rodillas. Se dejó caer en la silla más próxima. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Empezaron a temblarle los hombros. A pesar de sus esfuerzos, fue incapaz de contener el llanto.

Apoyó el brazo en el respaldo de la silla, hundió la cabeza en el mismo y se abandonó a su lloro. Desapareció su orgullo. La aflicción, la amargura y el dolor se habían abierto paso hasta la superficie y, después de tanto tiempo reprimidos, no había forma de sofocarlos.

Para honra de Key, no se entrometió con pregunta ni trivialidad alguna. La luz seguía apagada y el amparo de la oscuridad ofrecía cierto consuelo. Lloró hasta que le dolía la cabeza. Luego, durante varios minutos, su rostro permaneció sumergido en su manga y soportó las secuelas de la dura catarsis. Experimentaba oleadas de escalofríos, significativos, pero no lo suficiente para producir otra marea emocional.

Por fin levantó la cabeza, convencida de que Key estaría recreándose en su dolor. Estaba sola, pero comprobó que había una tenue luz procedente de la cocina. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie, se ordenó el cabello y se acercó a la puerta.

Key estaba apoyado contra el fogón, con sólo una pequeña luz encendida que cubría de sombras su cara mientras se tomaba una taza de café humeante. También había encontrado su botella de coñac, que estaba abierta sobre la mesa. Lara olió su fuerte aroma, seductoramente entremezclado con el del café recién hecho.

Cuando Key se percató de su presencia, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cafetera.

—¿Le sirvo una taza?

—No, gracias. Lo haré yo.

Tenía la voz ronca después de tanto llorar. Le inquietaba que Key estuviera en su cocina como Pedro por su casa poco antes del amanecer. Key Tackett, su autoproclamado adversario, había estado hurgando en su despensa, manoseando sus pertenencias, y ahora le ofrecía una taza de café en su propia cocina.

—¿Se siente mejor?

Lara intentó detectar algún deje sarcástico en aquella pregunta aparentemente inocente, pero no lo hizo. Asintió, se acercó a la mesa con la taza en la mano, se sentó y tomó un sorbo. El café era muy fuerte y ardiente, como solían prepararlo los hombres.

—Ahora puede marcharse. No tiene por qué seguir aquí. No soy autodestructiva.

Sin prestar atención a sus palabras, tomó asiento al otro lado de la mesa, agarró la botella de coñac y agregó un chorro a la laza de Lara.

Key tenía la mirada serena y desconcertantemente atenta. Las puntas de sus dedos se paseaban por la lustrosa superficie de la laza, entre sus fuertes y morenas manos. Lara temía que si no dejaba de mirarla, acabarían por ejercer en ella un efecto hipnótico.

—¿A qué venía todo eso?

Lara, insegura de sí misma, se recogió el cabello tras la oreja.

—¿No le parece que eso no es de su incumbencia?

Key dejó caer la cabeza y echó una maldición mientras expulsaba el aire de sus pulmones.

El cabello le crecía en espiral alrededor de la coronilla. A pesar de la semioscuridad reinante, Lara distinguía los surcos. Su cabello supondría un reto incluso para el más experto de los barberos. Puede que esa fuera la razón por la que llevaba el cabello largo, suelto y sin ningún estilo en particular.

—Está decidida a impedir que me porte como un caballero —dijo Key después de levantar la cabeza, con ira en la mirada.

—Usted no es un caballero.

—Puede que intente cambiar —exclamó todavía más enojado, ante la mirada retraída de Lara—. ¿No puede enterrar de una vez el hacha? Y a ser posible no en mi cabeza. Olvide mi apellido. Aunque sólo sea temporalmente. Yo procuraré olvidar el suyo. ¿De acuerdo?

La miró fijamente a los ojos, hasta que ella desvió la mirada y Key consideró que accedía.

—Gracias por lo que ha hecho esta noche —dijo entonces—. Yo estaba fuera del entorno que me es familiar y lo he comprendido al comprobar el estado emocional y físico en que se encontraba Helen. Era una situación dantesca, que usted ha resuelto como una auténtica profesional. Ha estado... maravillosa.

De nuevo, Lara intentó detectar algún sarcasmo, pero no lo había. Sabía que aquellas no eran palabras fáciles para él. Habría sido mezquino por su parte no aceptar el cumplido.

—Gracias —respondió con una carcajada, riéndose de sí misma—. En realidad se me dan muy bien las urgencias —agregó—. Nunca me desmorono ante la presión. Pero luego me derrumbo por completo.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que Key hablara de nuevo y, cuando lo hizo, su voz era un susurro que inspiraba confianza.

—¿A qué venía ese llanto, Lara?

Reaccionó no sólo a su tono, sino al hecho de que hubiera pronunciado su nombre. No obstante, todavía titubeaba y no estaba dispuesta a desnudar su alma ante él. Aunque, ¿qué podía importar ahora, cuando ya le había visto perder el control?

Le dolía la garganta de tanto llorar y se la aclaró antes de hablar.

—Mi hija. Era por mi hija.

—Lo suponía. Cuénteme.

Lara echó la cabeza atrás y la movió de un lado para otro.

—Algunas veces, cuando el caso afecta a un menor, evoca la pesadilla. Ashley muere de nuevo —respondió. Se sonó la nariz con una servilleta de papel de la mesa—. Ha ocurrido dos veces en los últimos días. Primero Letty Leonard. Y ahora el feto de Helen. Todavía me afecta profundamente el hecho de que una vida tierna, indefensa e inocente se pierda innecesariamente —agregó mientras se encogía elocuentemente de hombros.

Tomó un sorbo de su taza de café, que parecía muy pesada en su mano temblorosa. El coñac había sido una buena idea. Le infundió calor y bienestar en todo el cuerpo.

—Hábleme de ella.

—¿De quién, de Ashley?

—Bonito nombre.

—Era hermosa. —Rio avergonzada—. Todas las madres piensan lo mismo de sus hijos, lo sé, pero Ashley era hermosa. Desde el día en que nació. Rubia y de ojos azules, como un querubín. Tenía la cara perfectamente redonda y las mejillas rosadas. Una niña realmente bella. Y muy buena.



Satisfecha. Apenas lloraba, ni siquiera durante los primeros meses. Tenía un temperamento excepcionalmente feliz. Su sonrisa brillaba como la luz del sol. Incluso los desconocidos lo comentaban. Era... radiante. Sí, radiante.

»Parecía que su destino consistía en hacer que todo el mundo sonriera a su alrededor, iluminar la estancia en la que entraba. Sin duda iluminó mi vida.

El café se le enfriaba y envolvió la taza con ambas manos, en un intento vano por mantenerlo caliente.

—Hasta que nació —prosiguió Lara—, fui terriblemente desgraciada. El trabajo de Randall exigía que le dedicara todo su tiempo y concentración. Montesangre es un lugar odioso. Lo detesto. El clima, el país, la gente. Nuestro destierro en aquel lugar fue el período más lúgubre de mi vida. O por lo menos eso creí en aquel momento. No supe lo que era estar verdaderamente desesperada hasta que perdí a mi hija —dijo. Después hizo otra pausa para sofocar su aflicción, respirar hondo, llevarse brevemente el puño a los labios, y proseguir después de aclararse la garganta y de recuperar suficientemente el control—. Gracias a Ashley, incluso aquel horrible lugar era tolerable. Cuando la amamantaba, era tan enriquecedor para mí como para ella.

»Cuando dejé de amamantarla, durante varias semanas me dolieron los pechos —dijo mientras se los cubría con las manos, con la sensación, una vez más, del dolor del desuso y del remordimiento. Cuando se percató de lo que estaba haciendo, bajó las manos y miró fugazmente a Key, que la escuchaba y miraba sin inmutarse—. Y luego murió.

—No murió. La mataron.

Lara tomó un sorbo de café, pero estaba frío, y dejó la taza sobre la mesa.

—Es cierto. Y no es lo mismo, ¿verdad?

—Definitivamente.

Esperó a que Key prosiguiera, pero no lo hizo.

—¿Qué pretende, que se lo relate todo paso por paso?

—No —respondió en un susurro—. Creo que eso es lo que usted necesita.

Estuvo a punto de mandarle a la porra, pero las palabras no emergieron de sus labios. No tenía bastante energía para pelear. Además, puede que tuviera razón. Tal vez necesitaba hablar de ello.

—Íbamos de camino a una fiesta —empezó a contar—. Un rico empresario local había organizado una ostentosa celebración de cumpleaños para uno de sus siete hijos. No me interesaba particularmente asistir. Sabía que sería una conmemoración fastuosa. La forma en que los acaudalados de Montesangre exhibían su riqueza casi le hacía a una simpatizar con los

rebeldes. Pero Randall insistió en que asistiéramos a la fiesta, porque el anfitrión era un hombre influyente.

»Le puse a Ashley un vestido nuevo. Amarillo. Su color. Le coloqué un lazo amarillo en el cabello, encima de la cabeza, donde sus rizos eran más tupidos —dijo mientras se llevaba la mano a la cabeza para indicar el lugar exacto—. Randall se ocupó de que un funcionario de la embajada condujera el coche, porque consideró que sería más impresionante llegar en un vehículo conducido por un chófer. Ashley y yo íbamos en el asiento trasero. Jugábamos a darnos palmadas en las manos, cuando el coche se acercó a un concurrido cruce. Ashley daba gritos y carcajadas de alegría. Se sentía feliz.

Lara fue incapaz de proseguir. Apoyó la cabeza en la palma de la mano y cerró los ojos. Al cabo de unos momentos, se obligó a continuar.

—El chófer paró en el semáforo. De pronto, el coche estaba rodeado de guerrilleros armados y enmascarados. En aquel momento no me percaté de ello. Todo ocurrió con mucha rapidez. No comprendí que ocurría algo grave hasta que el chófer se desplomó sobre el volante. Le habían disparado en la cabeza a bocajarro. La segunda bala destrozó el parabrisas y alcanzó a Randall.

»La tercera bala también iba dirigida a él, pero acababa de caerse a un lado y en su lugar alcanzó a Ashley —dijo Lara al tiempo que se tocaba el costado del cuello—. Su sangre me salpicó la cara y el pecho. Grité y me arrojé sobre ella para protegerla.

Entonces fue cuando recibí un disparo en el hombro. No lo sentí.

Hizo una pausa, con la mirada perdida en la lejanía. Suponía un esfuerzo proseguir, pero sabía que los procesos curativos solían ser dolorosos.

—Los peatones empezaron a chillar. Los que iban en coche abandonaron sus vehículos para ponerse a cubierto. No corrían ningún peligro. Los rebeldes iban a por nosotros. Tres de ellos abrieron la puerta del coche y agarraron a Randall, que chillaba de dolor e indignación. Me pareció que uno de los pistoleros le golpeaba con la culata en la sien. Randall perdió el conocimiento antes de que le arrastraran a su camioneta. Leí todo esto más adelante en los periódicos, cuando ya le habían ejecutado. No me percaté de nada en el momento del secuestro. Lo único que sabía era que mi hija estaba muriéndose.

»Lo sabía, pero no podía aceptarlo —prosiguió en un tono ronco—. Chillaba. No podía detener la hemorragia. Introduje el dedo en el agujero de la bala en su cuello para intentar pararla. Las autoridades llegaron en pocos minutos, pero yo estaba histérica. Tuvieron que arrancarme a Ashley de los

brazos. Me llevaron a una ambulancia. No recuerdo nada de lo que ocurrió a continuación. Perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, estaba en un hospital de Miami.

No se había percatado de que las lágrimas le rodaban por las mejillas, hasta que una de ellas llegó a la esquina de sus labios y la lamió.

—La emboscada a nuestro coche señaló el inicio oficial de la revolución. Los rebeldes perpetraron también un ataque en la fiesta. Fue una carnicería. Sólo unos pocos sobrevivieron para relatar lo ocurrido. Allí, sin duda, nos habrían asesinado. No sé por qué decidieron atacarnos por el camino.

»Debido a lo sucedido a Randall, Estados Unidos cerró su embajada en Montesangre, o lo que quedaba de la misma después de que la saquearon, e interrumpieron bruscamente las relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno.

»Después de su ejecución, los revolucionarios mandaron el cadáver de Randall a Estados Unidos. Fue más bien un gesto de desprecio que de generosidad, porque también mandaron unas horrendas fotografías del pelotón de ejecución a la secretaria de Estado. No devolvieron los restos de Ashley, ni ninguna fotografía de su cadáver o de su ataúd. Ni ningún certificado de defunción. Nada. Hicieron caso omiso de las peticiones de Washington solicitando más información o la devolución del cadáver. Al cabo de un tiempo, el gobierno perdió interés y dejó de insistir. Yo no he dejado de importunarles, pero en lo que concierne al gobierno, el caso está cerrado.

»Dios mío —exclamó después de cubrirse la cara con las manos—. Mi hija sigue allí. Nunca pude tocarla, ver su rostro por última vez. Ni darle un beso de despedida. Está en alguna parte de aquel repugnante lugar. Aquel...

—No, Lara —dijo Key, que se le había acercado inmediatamente, mientras le acariciaba el cabello—. Tiene razón. Es una maldita pesadilla, pero para Ashley todo acabó en un instante. No sintió miedo ni dolor.

—Sí, el dolor ha sido todo mío. Gracias a Dios. Pero a veces es tan agobiante que no me siento con fuerzas para seguir soportándolo. No hay forma de aliviarlo —dijo mientras empujaba el puño contra su propio pecho—. Duele tanto. ¡Quiero recuperar a mi hija!

—Déjelo. No se torture. No lo haga —respondió Key, al tiempo que la levantaba y la rodeaba con sus brazos.

Instintivamente, los dedos de Lara acariciaron la tela de su camisa y descansó la cabeza sobre su pecho.

—Nunca lo olvidaré. Pero hay cosas que no recuerdo. Como fotogramas de una película, fragmentos que han sido cortados, y me temo que son

importantes. Quiero recordar los espacios en blanco, pero mi mente me lo impide. A veces casi llego a recuperar algún recuerdo perdido, pero luego desaparece. Es como si tuviera miedo de alcanzarlo. Temo lo que no puedo recordar.

—Tranquila. Todo ha terminado y usted está a salvo —susurró junto a su cabello. Después le dio un beso en la frente.

Lara sintió lo agradable que era estar en brazos de alguien físicamente más fuerte que ella. No había habido nadie con quien poder compartir su aflicción. Ni sus padres, que implícitamente la responsabilizaban de todo lo ocurrido, incluida la muerte de Ashley, ni sus amigos, que la habían abandonado cuando su nombre apareció en grandes titulares como amante de Clark. Durante años había soportado a solas aquella carga. Era un lujo inesperado apoyarse en alguien y, momentáneamente, desprenderse de una parte de su agobiante peso.

Key colocó la punta de los dedos debajo de su barbilla, le levantó la cabeza y le rozó los labios con los suyos.

—Deja de llorar, Lara —susurró en un tono ronco cerca de su boca—. Tranquilízate —agregó antes de rozarle de nuevo los labios—. No llores.

Entonces le dio un fuerte beso, cálido, húmedo y anhelante.

Lara cerró lentamente los ojos. Flotaba en un torbellino de calor líquido. Abandonó voluntariamente sus defensas y su mente emprendió un viaje sensual, en el que sólo importaba el vínculo entre boca y boca, lengua y lengua, mujer y hombre. Satisfacía una necesidad vital, que ni siquiera era consciente de que poseía.

Su reacción fue instintiva. Le agarró anhelante con las manos y levantó las caderas, en un gesto puramente femenino que expresa el deseo silencioso de intimidad.

Como desde la lejanía, oyó su suave susurro, antes de percibir sus manos en los hombros, por la espalda y hasta las caderas, que la empujaban hacia él. Todavía más cerca.

Fue aquella repentina y turbadora familiaridad con su cuerpo, o tal vez la emergencia de un sentido común de autoconservación, lo que sacó a Lara de la niebla sensual para devolverla a la fría realidad.

Se separó de Key y le volvió la espalda. Para no tambalearse, se apoyó en la superficie de la cocina. Respiró hondo varias veces, e intentó en vano hacer caso omiso del anhelante torbellino que la embargaba.

—Llévame allí.

Key guardó silencio.

Lara soltó la superficie de la cocina y se volvió para mirarle.

—Llévame allí. He de saber lo que ha ocurrido con mi hija. Debo ver su certificado de defunción, tocar el suelo en el que ha sido enterrada. Descubrir... algo.

El rostro de Key permanecía impassible.

—Ese punto final, ese último adiós, es esencial para los supervivientes. Esa es la razón de las capillas ardientes, los funerales y los velatorios —dijo Lara ante la impassibilidad absoluta de Key—. ¡Maldita sea! Di algo.

—No bromeas. Realmente quieres regresar.

—Sí. Y tú vas a llevarme.

—¿Por qué cometería tal estupidez? —preguntó Key con los brazos cruzados.

—Porque eres bastante inteligente para comprender que tengo razón. Clark instigó el nombramiento de Randall en Montesangre. Mi hija murió como consecuencia de las cobardes maquinaciones políticas de tu hermano.

—Sería discutible en el mejor de los casos —respondió Key—. ¿Y para que tus razones sean más convincentes, has decidido agregarles unos apasionados besos?

—Lo uno no tiene nada que ver con lo otro —exclamó sulfurada.

Key soltó una carcajada de desdén.

—Sabes lo que te digo, doctora, no has defraudado en absoluto ninguna de mis expectativas. A decir verdad, las has superado —declaró con un prolongado silbido, mientras movía la mano como si acabara de tocar algo ardiente—. Un pequeño beso y te pones al rojo vivo, encanto.

Se rio ofensivamente mientras la miraba de arriba abajo, antes de dirigirse a la puerta.

—Búscate otro pelele. No me apetecen unas vacaciones en una zona bélica. Ni tengo ningún interés en acostarme con los despojos de mi hermano fallecido.

Estaba tan iracundo que se jugaba la vida al volante, pero encaminó el Lincoln en dirección a su casa y surcó la noche como si condujera un tanque Sherman. Estaba furioso con ella, pero eso no tenía nada de nuevo ni sorprendente.

Lo asombroso era que estaba enojado consigo mismo. Él, que nunca analizaba sus acciones ni se excusaba por nada de lo que hacía, estaba impregnado de culpabilidad por desear a la amante de su difunto hermano. En

otras circunstancias, si ella hubiera accedido, ahora estaría disfrutando de sus placeres carnales.

Cielos. ¿Tan poca era su entereza que deseaba acostarse con la mujer que había provocado la caída de su hermano? A fin de cuentas, Jody tenía razón en lo que decía de él. ¿Quién podía conocer mejor la personalidad de alguien que su propia madre? Tenía el corazón podrido, como su padre. En lo concerniente a las mujeres, carecía de discreción y de conciencia. De lo contrario, su polla no estaría tan dura como una piedra, ni persistiría en su lengua el gusto de la boca de Lara Mallory.

Cuando crecían, él y Clark habían compartido muchas cosas, unas veces voluntariamente y otras obligados por sus padres. Se intercambiaban los jerseys, la loción de afeitar y los monopatines. Pero nunca habían compartido las mujeres. Ni las chicas fáciles del instituto. Ni siquiera las prostitutas.

Ese acuerdo tácito había emergido en su adolescencia, posiblemente debido a que el romance era un terreno en el que no querían competir. Como hermanos, eran sujeto permanente de comparación, pero establecieron la frontera en lo referente a habilidad sexual. Key nunca quiso relacionarse con una chica que hubiera salido antes con Clark y, a pesar de que no sabía lo que pensaba su hermano, suponía que sentía lo mismo que él. De ahí la confusión y la ira que le producía la atracción que sentía por Lara Mallory. Vulneraba uno de sus propios mandamientos.

Sabía que debía superar su anhelo, porque nunca podría satisfacerlo. Desear a la mujer que había mancillado el nombre de su hermano y destruido su futuro era pecaminoso. Y aunque el pecado nunca le había disuadido de hacer lo que se le antojara, la estupidez ciertamente lo hacía.

He ahí el quid de su ira. Se sentía necio por haber escuchado su triste historia como un viejo amigo de confianza. ¡Maldita sea, le había preparado incluso un café! Luego, por si faltaba poco, la había abrazado. Y besado.

—Mierda —exclamó al tiempo que le daba un puñetazo al volante.

Probablemente todavía estaría riéndose de él, consciente de que había encendido un fuego en sus entrañas, que difícilmente otras diez mujeres serían capaces de extinguir. Una mujer no le permitía a uno besarla de aquel modo, sin saber exactamente el efecto que causaba. No le extrañaba que hubiera elegido aquel momento, para reiterar su demanda de que la llevara a Centroamérica. Supuso que le tenía tan atrapado, que la llevaría a Marte si se lo pedía.

«Vuelve a pensártelo, doctora», dijo para sus adentros con una sonrisa. Había deseado a muchas mujeres, pero ni siquiera en los momentos más

apasionados había perdido la razón.

Por otra parte, su aspecto no era particularmente de complacencia cuando se marchó. Parecía tan confusa y humillada como él ahora. La historia de la muerte de su hija era indudablemente dolorosa. Todavía no confiaba en ella, pero en lo concerniente al asesinato de Ashley, ¿quién podía dudar de que el sufrimiento era verdadero? La muerte de la niña la había destrozado y todavía no la había superado.

«Cuando la amamantaba, era tan enriquecedor para mí como para ella.

»Parecía que su destino consistía en hacer que todo el mundo sonriera a su alrededor».

Adoraba a aquella niña y su asesinato le había afectado mucho más que la brutal ejecución de Randall Porter. Evidentemente, a raíz del escándalo relacionado con Clark, las bases de su matrimonio no podían ser muy sólidas. Según ella misma le había confesado, se sentía terriblemente desgraciada en Montesangre. Sólo el nacimiento de su hija había convertido su vida en tolerable. Para ella, Ashley debió ser como un premio de consolación, una muestra del perdón divino. Después de perder a Clark, había vertido todo su amor y atención en la niña.

De pronto, Key levantó el pie del acelerador. El Lincoln redujo la velocidad. Dirigió la mirada hacia la oscuridad creciente del horizonte al levantarse. Pero no le llamó la atención la inminente salida del sol. Ni se percató de que el Lincoln estaba en medio de la carretera cuando se paró.

Otras cosas que Lara había dicho retumbaban en su cabeza.

«Rubia y de ojos azules.

»Su sonrisa brillaba como la luz del sol.

»Era radiante».

Key sólo conocía a otra persona a la que se había descrito en aquellos rutilantes términos solares: Clark Tackett nieto.

—Cabrón —exclamó al tiempo que soltaba el volante y dejaba caer despreocupadamente las manos sobre las rodillas.

La querida Ashley de Lara Mallory era hija de su hermano.

## Quince

Ollie Hoskins cogió su plumero y se puso a quitar el polvo de las latas de judías con tocino, chile con carne, tamales y atún en el pasillo seis. Como director del supermercado Sak'n'Save, podía haber delegado aquella tarea a uno de los mozos, pero le gustaba hacer trabajos triviales como pegar etiquetas, hacer inventario o amontonar género, porque eran fáciles y rápidos. Eran tareas para las que no era preciso concentrarse y le permitían pensar en otras cosas.

Había prestado servicio en la marina estadounidense durante quince años antes de licenciarse y, aunque no echaba de menos los meses en alta mar, sentía una gran nostalgia de su carencia de responsabilidad como marino. Nunca había aspirado a ser oficial y todavía era más apto para recibir órdenes que para darlas.

Una primavera, cuando estaba de permiso en Galveston, había conocido a una joven en la playa, se había enamorado y casado con ella en menos de un mes. Cuando llegó el momento de reengancharse, ella insistió en que no lo hiciera y se trasladaron a su ciudad natal de Eden Pass, para estar cerca de su madre.

Probablemente habrían estado mejor de seguir en el servicio, pensaba ahora Ollie cuando entraba en el pasillo cinco, donde las pulcras estanterías estaban repletas de harina, azúcar, especias y mantecas. La familia de su esposa nunca le había aceptado. Ollie procedía de «algún lugar del norte» y, a su parecer, lo único peor que ser yanqui era tener sangre de otra raza. El hecho de ser anglosajón le convertía en medianamente tolerable.

Después de veinte años, todavía no sentía ninguna pasión por sus suegros, ni ellos por él. Hacía mucho tiempo que se había marchitado el enamoramiento de su matrimonio. Ahora, casi lo único que él y su esposa compartían era a su hijo, Tanner.

Cada uno a su estilo, estaban locos por él. Su madre a menudo hacía que se sintiera molesto con sus demostraciones públicas de afecto. No había logrado volver a concebir después del nacimiento de Tanner, según ella



debido no a sus carencias sino a las de Ollie, y le mimaba como una osa a su cachorro. Le encantaba que saliera regularmente con Heather Winston. El hecho de que su hijo tuviera relaciones con la chica más popular del instituto elevaba, de algún modo, su nivel social entre sus amigas.

Ollie no tenía nada contra Heather. Era una monada de niña, amable y bulliciosa. Sólo esperaba que Tanner evitara que el romance se saliera de quicio. Habría detestado ver el futuro de su hijo comprometido por una sana lujuria.

A menudo, Ollie contemplaba a Tanner y se maravillaba del capricho genético que, a partir de su semilla y la insípida genealogía de su esposa, había producido a un chico tan apuesto e inteligente. Gracias a Dios que era deportista. Si le hubiera dado por tocar un instrumento en una banda musical, o aspirado a convertirse en químico o científico espacial, sus parientes le habrían rechazado por extravagante. Pero Tanner podía correr con el balón, lanzarlo y darle patadas, y eso merecía los vítores, los abrazos y los aplausos de sus bulliciosos primos y tíos. Le consideraban como a uno de los suyos y olvidaban convenientemente que Ollie fuera responsable de su origen.

A Ollie no le importaba. Tanner era su hijo y sentía una enorme emoción cada viernes por la noche, cuando el número veintidós salía al campo con su camiseta negra y carmesí de los Fighting Devils. La próxima temporada prometía ser la mejor hasta ahora para Tanner.

Ollie acabó de ordenar unas latas, rodeó un montón de galletas y entró en el pasillo cuatro: café, té y bebidas enlatadas. Avanzaban dos mujeres por el pasillo. La más joven empujaba el carro, mientras la mayor consultaba una lista de compras.

—Buenos días, señorita Janellen, señora Tackett —dijo amablemente Ollie—. ¿Cómo están ustedes esta mañana? —agregó con un acento norteno, que le distinguía todavía como forastero.

—Buenos días, señor Hoskins —respondió Janellen.

—Ollie, dígame al carnicero que nos corte tres chuletones de dos centímetros y medio de grosor. Y conste que no he dicho dos centímetros. La última vez los cortó demasiado finos y estaban tan duros que no había quien los masticara.

—Lo siento, señora Tackett. Me aseguraré de que en esta ocasión se haga a su gusto.

Tan seguro era que la señorita Janellen sonreiría, como que Jody Tackett era una mala pécora.

—Me alegra ver que vuelve a salir —mintió Ollie.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Sólo pretendía ser amable, pero a juzgar por su actitud, se diría que la había insultado.

—Ninguna razón en particular —respondió, con la sensación de que la pajarita le apretaba el cuello—. Había oído decir que últimamente no se sentía muy bien. Pero ya sabe cómo habla la gente.

—Me siento de maravilla. Como puede comprobar.

—Hacía tiempo que mamá y yo no salíamos juntas de compras —intervino con dulzura Janellen intentando suavizar la tensión del momento— y hemos decidido agasajarnos.

—Es ciertamente muy agradable verlas juntas. Voy a pasarle la orden al carnicero y tendrán los chuletones en la caja.

Introdujo el mango del plumero en el bolsillo trasero de sus pantalones, dio media vuelta, giró al fondo del pasillo y tropezó con un carro empujado por otra mujer.

—¡Doctora Mallory! —exclamó.

—Hola, señor Hoskins. ¿Cómo está usted hoy?

«Dios se apiade de nosotros», pensó Ollie. Jody Tackett y la doctora Mallory en rumbo de colisión. No quería problemas en su local.

—Pues... bien. ¿Ha visto las sandías que tenemos de oferta, doctora Mallory? Han llegado del sur de Texas a primera hora de esta mañana.

—Me temo que toda una sandía es demasiado para una sola persona.

—Le cortaré un trozo.

—No, gracias. Prefiero los melones.

Cuando sonrió, se le aceleró un poco el corazón. A pesar de la reputación de los marinos, nunca se había dedicado a perseguir a las mujeres. Pero había que estar ciego para no percatarse de que la doctora Mallory era realmente atractiva. Tenía un rostro y una figura admirables. En Eden Pass su nombre era sinónimo de *calentorra*.

A decir verdad, nunca había visto en ella dicha faceta. Era amable, pero nunca coqueteaba. Puede que él no fuera su tipo, pero las verdaderas coquetas solían insinuarse con todos los miembros del sexo opuesto. Como la madre de Heather. Aquella sí que era una cualquiera, si alguna vez la había habido. En dicho sentido, confiaba en que Heather no se pareciera a Darcy. Tanner era un buen chico, pero no necesitaría mucha persuasión por parte de una chica tan atractiva como Heather para hacer algo indebido.

—Dígame si necesita algo, doctora Mallory.

—Gracias, señor Hoskins. Lo haré.

Lamentablemente, no se le ocurrió la forma de impedir el desastre. Se echó a un lado y le cedió el paso, pensando en que tal vez debería advertirle que Jody Tackett estaba en el próximo pasillo. Esperaba que la doctora no necesitara café ni té. Vio cómo fatalmente introducía el carro en el pasillo cuatro y se quedó donde estaba, fingiendo ordenar unos paquetes. Confiaba en que no lo llamaran para intervenir como árbitro en una pelea.

Cesó el crujido de la rueda delantera del carro de la doctora Mallory.

—Buenos días —oyó que decía después de unos momentos de silencio.

—Buenos días —respondió tímidamente Janellen.

—Me alegro de comprobar que se siente mejor, señora Tackett —dijo la doctora Mallory. Hizo una prolongada pausa para brindarle a Jody la oportunidad de responder—. La he llamado varias veces a su casa con la esperanza de hablar con usted —agregó al comprobar que no lo hacía.

—No tenemos nada de que hablar —respondió Jody Tackett, con un rencor que sólo ella era capaz de imprimir en aquellas simples palabras—. Vámonos, Janellen.

—Discúlpeme, señora Tackett, pero tenemos mucho de que hablar. Me gustaría muchísimo hablarle de Clark.

—Nos veremos antes en el infierno.

—¡Mamá!

—¡Cállate, Janellen! Vámonos.

—Por favor, señora Tackett. ¿Señora Tackett? ¡Señora Tackett!

Al principio, el tono de la doctora era de súplica, luego de pregunta y finalmente de alarma.

—¡Mamá!

Ollie Hoskins derribó varios paquetes de galletas con la prisa por llegar al pasillo cuatro para comprobar qué había sucedido. Llegó a tiempo de presenciar cómo Jody Tackett se desplazaba de costado contra su carro y extendía los brazos con las palmas de las manos hacia el suelo, como si intentara recuperar el equilibrio. El carro se desplazó hacia adelante, ella perdió el punto de apoyo y se cayó contra unas estanterías repletas de paquetes de té. Varios tarros de cristal de té descafeinado se rompieron inmediatamente al estrellarse contra el suelo, dispersando su aromático contenido. Jody se cayó de espaldas contra la estantería y resbaló al suelo. Yacía postrada entre cristal y té instantáneo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Janellen, agachada junto a ella.

Lara Mallory no perdió un instante. Estaba junto a Jody antes de que Ollie pudiera parpadear.

—Llamen al nueve uno uno —ordenó la doctora—. Necesitamos una ambulancia.

Ollie, al estilo típicamente militar, pasó la orden a una de sus subordinadas, una dependienta que amontonaba cigarrillos frente a la caja. La chica dio media vuelta y corrió hacia el despacho. El pasillo estaba ahora lleno de clientes, atraídos por los gritos de Janellen. Después de abandonar sus carros, habían acudido de todos los rincones del supermercado. Ollie les ordenó que no se acercaran para que la doctora pudiera ocuparse de la señora Tackett.

—Sujétele los brazos. Podría fracturarse un hueso.

Janellen intentó agarrar los agitados brazos de Jody para que no se los golpeará contra las estanterías. Aunque no se rompiera ningún hueso, se produciría abundantes magulladuras.

La doctora Mallory metió la mano en su bolso y sacó un llavero de plástico transparente que tenía la forma de una gran llave. Se lo introdujo a Jody en la boca y lo utilizó para sujetarle la lengua.

—No se preocupe —le dijo entonces a Janellen—. Ahora sus vías respiratorias están libres. Estoy sujetándole la lengua. Puede respirar.

—¡Pero está quedándose azul!

—Ahora recibe oxígeno. No deje de sujetarle los brazos. Señor Hoskins, ¿ha llamado a una ambulancia?

—Sí, señora —respondió enérgicamente Ollie al tiempo que volvía la cabeza para mirar a la dependienta y comprobar que asentía—. ¿Puedo hacer algo más?

—Encuentre a mi hermano —respondió Janellen—, y dígame que venga.

A Jody le salía saliva por las esquinas de los labios. Sacudía todavía las piernas. Janellen tenía que utilizar todas sus fuerzas para sujetarle los brazos. La doctora Mallory mantenía la presión sobre su lengua con el llavero, pero su respiración sonaba como una máquina de trillar. A pesar de que Ollie no sentía gran simpatía por Jody Tackett, consideró que la señora merecía cierta intimidad.

—Desalojen el pasillo —exclamó.

Evidentemente, nadie se movió. Se abrió paso entre la creciente muchedumbre y corrió hacia su despacho elevado en la parte delantera del local.

Puesto que sabía que Key Tackett era piloto, llamó en primer lugar al aeródromo del condado. Key no estaba allí, pero el viejo Balky Willis le dio el número de su teléfono portátil.

—Hace unos quince minutos que se ha marchado y llevaba consigo ese artilugio de bolsillo.

Al cabo de veinte segundos, Key contestó su teléfono portátil con un alegre:

—«Chulomóvil».

Ollie estaba nervioso. Nunca se había enemistado con Key, pero había oído hablar de quienes habían tenido la mala suerte de hacerlo. Incluso sus cuñados, todos tan salvajes como las liebres en primavera y dispuestos a pelearse por menos de nada, pronunciaban el nombre de Key Tackett con respeto y reverencia.

—¿Señor Tackett? Le habla Ollie Hoskins, del Sak'n'Save...

—Hola, Ollie. La otra noche vi la reyerta de los negros y carmesí. Tanner dará mucha guerra esta temporada.

—Sí, señor, gracias. Señor Tackett, su madre acaba de desplomarse aquí en...

—¿Desplomarse?

—Sí, señor. Su hermana y...

—¿Está bien?

—No, señor. Hemos llamado a una ambulancia.

—Voy inmediatamente.

Ollie colgó el teléfono y regresó al pasillo cuatro, donde numerosos clientes se habían amontonado a ambos extremos del mismo.

—Discúlpenme. Déjenme pasar —dijo, satisfecho de comprobar que había recuperado su porte militar, lo suficiente como para que le obedecieran—. Por favor, retrocedan —agregó, ahora más seguro de sí mismo, antes de colocarse exactamente detrás de la doctora Mallory.

—¿Se trata de un infarto? —le preguntó Janellen atemorizada a la doctora.

—Posiblemente uno pequeño. Las pruebas lo determinarán. ¿Le ha ocurrido antes?

—No.

—Señora Tackett —dijo la doctora Mallory después de acercarse—, ahora viene una ambulancia. No se asuste.

Jody había dejado de esforzarse para respirar. Sus extremidades ya no estaban tensas, sino relajadas. Miró de un lado para otro, como si intentara orientarse. Lara retiró lentamente la gran llave de plástico de su boca. Había dejado en ella la marca de sus dientes, lo cual explicaba la razón por la que la doctora Mallory no había utilizado sus dedos para mantener libre el conducto

respiratorio de Jody. Le limpió la saliva de la barbilla con un pañuelo de su propio bolso.

—Ha tenido un ataque, pero ya ha pasado.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —preguntó Janellen después de agarrarle la mano.

—Estará mareada unos minutos —dijo la doctora Mallory—, pero se le pasará.

—Déjenme pasar. ¿Qué hacen ahí encantados? ¿No tienen algo mejor que hacer? Váyanse a otra parte.

Key se abrió camino entre la muchedumbre de mirones, que le cedieron el paso. Ollie se le acercó.

—Debía estar cerca para llegar tan rápido.

—Gracias por llamarme, Ollie. Disperse a los curiosos, ¿de acuerdo?

Ollie estuvo a punto de responder con un saludo militar. Key Tackett ejercía aquel efecto en la gente.

—¡Sí, señor! Escúchenme todos. Ya han oído al señor Tackett. Retírense.

—¡Key! ¡Gracias a Dios! —exclamó Janellen—. Mamá ha tenido un ataque.

—¿Jody?

—No dejéis que me toque.

Key se agachó junto a su madre, pero con la doctora en el foco de su penetrante mirada.

—¿Qué le ocurre?

—Lo que acaba de decir su hermana, ha tenido un ataque. Grave y preocupante, pero no mortal.

—Han llamado a una ambulancia, Jody —dijo Key cerca de su madre, en un tono grave y reconfortante—. Pronto llegará. No te preocupes.

—Alejadla de mí. No quiero que me toque.

Farfullaba, pero el mensaje era inconfundible.

—La doctora Mallory te ha salvado la vida, mamá —dijo Janellen con ternura.

Jody intentó incorporarse, pero no pudo y lanzó una funesta mirada a la doctora Mallory. Aunque no logró expresarlo verbalmente, manifestó su inconfundible rencor.

Key hizo un rápido gesto con la cabeza.

—Lárguese, doctora. No quiere verla. Sólo empeora la situación.

—Key, si no hubiera... —empezó a decir Janellen.

—Pero... —interrumpió la doctora.

—Ya me ha oído —exclamó Key—. Apártese de su vista.

Se miraron mutuamente durante lo que a Ollie le pareció una eternidad, como si hubiera mucho más de lo que el ojo podía captar. Por fin, la doctora Mallory se puso de pie. Estaba visiblemente alterada y le temblaba la voz.

—Su madre está gravemente enferma y debe recibir atención médica inmediata.

—No de usted.

Aunque no hablaba con él, Ollie sintió un escalofrío al oír el tono agresivo y aterrador de Tackett.

—Gracias, doctora Mallory —dijo discretamente Janellen—. Nos aseguraremos de que mamá reciba la atención médica necesaria.

Después de que rechazaron irrevocablemente sus servicios, la doctora les volvió la espalda a los Tackett y avanzó por el pasillo hacia los mirones, que se separaron para abrirle paso como lo habían hecho con Key. En lugar de recuperar su carro, se encaminó directamente hacia la salida.

Ollie la observó, con mayor respeto que antes. Tenía mucha dignidad. No había pasado entre los curiosos con la cabeza gacha, sino que caminaba erguida y con orgullo. Ni los Tackett ni los mirones la habían turbado. Decidió que le llevaría personalmente la compra a domicilio, después de la crisis.

Se oyó una sirena en la calle y a los pocos momentos entraron unos enfermeros en el local, que trasladaron a la señora Tackett en una camilla a la ambulancia, antes de alejarse a toda velocidad. Key y Janellen la siguieron en el Lincoln amarillo.

Mucho después de haber barrido el té instantáneo del pasillo cuatro y ordenar las estanterías, había todavía clientes en el local que hablaban de lo que habían visto y oído, y recreaban la escena para los recién llegados que no la habían presenciado. La gravedad de Jody Tackett era sujeto de especulación. Algunos aseguraban que era demasiado mezquina para morir y que viviría hasta los cien años. Otros calculaban que tenía un pie en la tumba. Algunos se preguntaban en voz alta por el futuro de Tackett Oil. ¿Significaría la muerte de Jody, cuando ocurriera, el fin de la empresa petrolífera, o dejaría Key de dar saltos por el mundo para quedarse en Eden Pass y dirigirla, o era la señorita Janellen lo suficientemente fuerte e inteligente para controlarla? Había opiniones para todos los gustos.

Sin embargo, las habladurías más sabrosas del día giraban en torno a la doctora Lara Mallory y al hecho de que Jody Tackett, incluso ante el riesgo de

perder la vida, había rechazado su ayuda. Se rememoró el idilio tristemente famoso del senador Tackett para refrescar el recuerdo de los olvidadizos.

A Ollie le molestaba el chismorreo. No es que su opinión contara para mucho, pero no consideraba que la doctora Mallory recibiera un trato equitativo. ¿No había salvado el miserable pellejo de esa maldita y tacaña Jody Tackett, cuando probablemente habría preferido ver cómo la vieja se tragaba su propia lengua?

Casi se le saltaban las lágrimas de agradecimiento cuando le llevó la compra aquella tarde. Le dio efusivamente las gracias y le ofreció un refresco por sus molestias. A su parecer, puede que fuera una pecadora, pero sería imposible encontrar a una dama más agradable.

—¿Qué os parece? La vieja Jody estaba en el suelo del Sak'n'Save, con espuma que le salía por la boca, según cuentan, estremeciéndose y contorsionándose terriblemente. Pero a la vieja le quedaba el suficiente espíritu guerrero para rechazar la atención médica de Lara Mallory.

El ama de llaves de los Winston había preparado pollo con queso a la cazuela para la cena. Darcy dedicaba más tiempo a hablar que a comer. Fergus trasladaba concentradamente la comida de su plato a la boca. A Heather le parecía que alguien había vomitado aquel plato y movía los ingredientes de un lado para otro fingiendo que comía. Ahora que tomaba la píldora anticonceptiva, contaba meticulosamente las calorías y no estaba dispuesta a desperdiciar varios centenares con aquella basura.

Además, el deleite que le habían producido a su madre los rumores que circulaban por la ciudad sobre el infarto de la señora Tackett le había quitado el apetito a Heather. Darcy se había enterado de todos los escabrosos detalles en el salón de belleza y los relataba con repugnante entusiasmo.

—Se ha meado en las bragas. Jody Tackett se ha meado en las bragas. ¿No os parece increíble? —canturreó Darcy—. Lo llaman inconsistencia.

—«Incontinencia», Darcy —aclaró Fergus—. Y no es exactamente un tema del que me guste hablar durante la cena.

Heather agarró su vaso de té helado.

—El padre de Tanner dice que la doctora Mallory le ha salvado la vida a la señora Tackett. Yo en su lugar habría dejado que esa vieja bruja se muriera.

Darcy golpeó el plato con el tenedor.

—¡Vaya forma de hablar para una joven de buenos modales! Y esa infatuación juvenil por Lara Mallory es muy molesta, Heather.



—No estoy «enamorada» de ella. Pero me parece una estupidez por parte de la señora Tackett no permitir que la doctora la ayudara. Cuando alguien está muriéndose, ¿no es preferible que le atienda cualquier médico, aunque personalmente le desagrade, que ninguno?

—No cuando se trata de Jody Tackett —comentó Fergus mientras hacía una pausa para secarse los labios—. El corazón de esa mujer es lo más duro de este planeta. Estoy de acuerdo contigo, Heather. Yo habría dejado que se asfixiara.

—Como de costumbre, os aliáis contra mí —exclamó Darcy enojada, al tiempo que empujaba el plato.

—¿Aliarnos? —Preguntó Fergus desconcertado—. No sabía que debiéramos tomar partido. ¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—Nada en absoluto —replicó Darcy—. Sólo que no comprendo lo que convierte a Lara Mallory en una maldita heroína para Heather.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Heather hastiada.

—¡No! No has probado bocado.

—No tengo apetito. Además, esta comida es repugnante. Apesta a grasa.

—¡Ojalá hubiera tenido yo una asistenta que me preparara la cena a tu edad!

—Por favor.

«Ahí va otra vez —pensó Heather— con una melodramática historia de su triste infancia».

—No deberías obligarla a comer si no le apetece —dijo Fergus.

—Evidentemente, tú permites que se salga con la suya.

—Gracias, papá. Tanner y yo comeremos algo más tarde.

—¿Sales otra vez con Tanner esta noche? —preguntó Fergus.

—Por supuesto. —Heather sonrió mientras miraba afectadamente a su madre—. Ahora estamos oficialmente juntos.

—¿Juntos?

—Son novios —respondió impacientemente Darcy sin quitarle los ojos de encima a Heather—. Y no puedo decir que me encante.

Heather tomó otro sorbo de té sin dejar de mirar fijamente a su madre. Darcy era quien había decidido que tomara la píldora anticonceptiva, pero ahora Heather le devolvía la pelota. Aprovechaba todas las oportunidades para recordarle a su madre que, cuando salía con Tanner, podían acostarse juntos sin temor a las consecuencias.

Darcy no podía reprochárselo, especialmente delante de Fergus. Todavía no sabía nada sobre los anticonceptivos y se habría enfurecido con Darcy por

incitarla a tomarlos. Se aferraba a la curiosa idea de que la moralidad actuaba como disuasivo del sexo prematrimonial.

A Heather le encantaba mantener a su madre permanentemente en vilo. Sus miradas de soslayo e insinuaciones sugerían que ahora practicaba activamente el sexo. Pero todavía no le permitía a Tanner consumir el acto. No era porque no le quisiera, ni por temor a un embarazo indeseado, ni tampoco por miedo al reproche paterno.

Su razón era la misma de siempre: no quería convertirse en una réplica de su madre.

Tanner toleraba con mucha elegancia su abstinencia. Desde la noche en que había metido la pata junto al lago, era cariñoso, paciente, y se contentaba con las migajas de erotismo que ella le ofrecía, sin intentar propasarse.

Heather todavía era como un ángel para Fergus y cuando estaba con él, procuraba conservar dicha imagen. Sin embargo, su relación con su madre se había deteriorado. Eran implícitamente adversarias, dos mujeres que mantenían un duelo silencioso. Las líneas de batalla antes insinuadas estaban ahora claramente delimitadas.

—No sabía que hubieras idealizado a la doctora Mallory, Heather — comentó Fergus mientras removía el café con una cucharilla—. Ni siquiera sabía que la conocieras.

—Mamá me llevó a verla. ¿No te lo contó?

—Para que le hiciera una revisión —agregó apresuradamente Darcy—. Le pidieron un certificado médico para participar en el conjunto de animadoras y habría tenido que esperar un mes para ver a otro médico. Decidí que era absurdo discriminar contra la doctora Mallory sólo por el hecho de haberse relacionado en otra época con Clark Tackett. ¿A quién le importa? Pertenece al pasado. Además, todo enemigo de Jody Tackett es amigo tuyo, ¿no es cierto?

—Debo admitir que la doctora Mallory ha demostrado ser muy emprendedora trasladándose a Eden Pass. Además, dispara sin levantar el arma. Eso también me gusta.

—¿Cuándo has hablado con ella? —preguntó Darcy.

—Ayer. Me llamó para pedir audiencia con la junta escolar. Quiere hablar con los alumnos del instituto sobre responsabilidad sexual. Creo que la idea es un poco revolucionaria para Eden Pass, pero le he dicho que escucharíamos sus ideas en la reunión de la próxima semana.

Durante unos instantes Darcy miró en silencio a su marido.

—Tienes razón, Fergus. Es una mujer muy audaz. La sorprendieron cometiendo adulterio. ¿Se puede ser más sexualmente irresponsable?

—Insistió en que los aspectos morales no son de su incumbencia. Sólo pretende que los jóvenes conozcan los riesgos que comporta para la salud.

—Dudo que esto les caiga bien a los curas locales. Y no estás tan seguro de que la moralidad no intervenga de algún modo. Libertinaje, eso es lo que es. Le dijo a Heather que siempre tuviera un preservativo a mano.

—¡No fue eso lo que dijo! —exclamó Heather.

—Tal vez no con estas palabras —replicó bruscamente Darcy—. Antes de que nos demos cuenta, los alumnos del instituto llevarán preservativos en sus bolsas y aprovecharán para practicar en los descansos.

—¡Por favor, Darcy! —protestó Fergus—. No deberías hablar así delante de Heather.

—Despierta, Fergus. Los jóvenes de hoy en día están al corriente de todo. Cuando Lara Mallory les dé la luz verde, empezarán a follar como conejos.

Fergus se estremeció.

—No piensa exhortarles a que practiquen el sexo. Lo que pretende es advertirles de sus posibles consecuencias.

—¡Válgame Dios! Realmente te ha embaucado, ¿no es cierto? Lo que quiere es una plaga de embarazos juveniles para conseguir el trabajo que tanto necesita.

—Eso es absurdo, mamá.

—¡Cállate, Heather! Estoy hablando con tu padre.

—Estás tergiversando las palabras de la doctora Mallory. No es justo.

—Esta es una conversación entre adultos y nadie te ha invitado a que participes en ella.

En aquel momento, Heather odiaba a su madre y sentía un fuerte deseo de denunciar su hipocresía. Pero su amor por su padre garantizaba su silencio. Darcy lo sabía y lo utilizaba. Ahora era ella quien sonreía afectadamente. Heather retiró ruidosamente su silla de la mesa y abandonó el comedor.

—Adelante, Fergus, concédele a la doctora Mallory una entrevista con la junta escolar —oyó que su madre decía cuando se retiraba—. Será divertido comprobar el revuelo que organiza.

—He pensado que... Probablemente no debí haber venido.

Ahora que estaba en la puerta principal del consultorio de Lara Mallory, iluminada por la lámpara que colgaba del techo, Janellen se sentía como una

estúpida. No le habría sorprendido que la doctora le cerrara la puerta en las narices. No podría reprochárselo.

—Me alegro de que haya venido, señorita Tackett. Pase.

Janellen entró en la sala de espera tenuemente iluminada y miró a su alrededor.

—Es tarde. No debí haberla molestado.

—No se preocupe. ¿Cómo está su madre?

—No demasiado bien. De eso he venido a hablarle.

Lara le indicó el pasillo que conducía a la parte trasera del edificio y Janellen la siguió a sus aposentos privados.

—Estaba tomando un vaso de vino. ¿Me acompaña?

Entraron en una acogedora sala, con revistas desparramadas por las superficies de las mesas y velas aromáticas encendidas. El televisor estaba sintonizado en una emisión por cable que transmitía películas clásicas. La que ponían en aquel momento era en blanco y negro.

—Soy una entusiasta de las películas antiguas —declaró Lara al tiempo que sonreía autodespectivamente—. Tal vez porque siempre tienen un final feliz —agregó. Apagó el televisor desde el control remoto—. Sólo tengo Chablis. ¿Le apetece?

—Prefiero un refresco.

—¿Coca-Cola *light*?

—Perfecto.

Mientras Lara iba a por la bebida a la cocina, Janellen permaneció de pie en el centro de la sala, como si estuviera clavada al suelo. Había invadido el campo enemigo, pero era un lugar indudablemente acogedor. Dos paredes de la sala estaban cubiertas de estanterías de libros. En su mayoría eran textos de medicina, pero había también una colección de literatura de ficción. Sobre la chimenea, donde en otra época había estado colgada la cabeza disecada de un ciervo, había ahora una litografía de Andrew Wyeth. Sobre una mesilla frente al sofá, se encontraba una fotografía enmarcada de una niña.

—Mi hija.

Janellen se sobresaltó al oír la voz de Lara, que acababa de entrar con un vaso en la mano.

—Se llamaba Ashley. La asesinaron en Montesangre.

—Sí, lo sé. Cuánto lo siento. Era una niña encantadora.

—Sólo tengo dos fotografías tuyas —asintió Lara—. Esta y otra en mi despacho. Las he recobrado de mis padres. Nunca recuperamos nuestras pertenencias de Montesangre. Ojalá tuviera algo de Ashley. Su chupete. Su

osito de peluche. El vestido de su bautizo. Algo —dijo, con un ligero movimiento de la cabeza—. Por favor, señorita Tackett, siéntese.

Janellen se instaló tímidamente en el sofá y Lara se sentó en el sillón que evidentemente ocupaba cuando sonó el timbre. Había una manta de punto sobre un taburete frente a la butaca y un vaso de vino blanco en el extremo de la mesa.

—¿Está su madre en el hospital?

Janellen movió la cabeza.

—¿No? —exclamó Lara, que esperaba otra respuesta—. Estaba convencida de que en su estado debería pasar por lo menos una noche en el hospital.

—Debería estar ingresada —respondió Janellen con un esfuerzo para contener las lágrimas. Después cogió la servilleta de papel que envolvía el vaso—. He venido porque... porque quiero saber lo que piensa. Usted estaba presente cuando mi madre tuvo el ataque. Me gustaría conocer su opinión profesional.

—A su madre, evidentemente, no le interesa.

—Lamento su forma de comportarse con usted, doctora Mallory —declaró sinceramente Janellen—. Y si me pide que me marche, lo comprenderé.

—¿Por qué tendría que hacer tal cosa? No la considero responsable de las palabras ni de los actos de su madre.

—Entonces, se lo ruego, deme su opinión sobre su estado de salud.

—No es ético que comente el diagnóstico de otro médico sin haber tenido siquiera la oportunidad de examinar a la paciente.

—Por favor. Debo hablar de esto con alguien y no tengo con quién hacerlo.

—¿Y su hermano?

—Está turbado.

—También lo está usted.

—Sí, pero cuando Key está turbado o preocupado... —respondió después de bajar la mirada para contemplar el vaso que tenía en las manos—. Digamos que en estos momentos es inaccesible. Por favor, doctora Mallory, deme su opinión.

—¿Basada exclusivamente en lo que he visto?

Janellen asintió.

—¿Perfectamente consciente de que puedo equivocarme?

Janellen asintió de nuevo.

Lara tomó un sorbo de vino. Con la mirada en el retrato de su hija, se llenó los pulmones de aire y lo soltó lentamente antes de mirar de nuevo a Janellen.

—¿Qué tratamiento ha recibido su madre en el hospital del condado?

—La han reconocido en urgencias, pero se ha negado a que la ingresaran.

—Ha cometido una estupidez. ¿Le han comunicado algún diagnóstico?

—El doctor ha dicho que había padecido un infarto leve.

—Estoy de acuerdo. ¿Le han hecho un análisis completo de sangre?

—Sí. Le han recetado un medicamento para diluir la sangre. ¿Es eso lo que usted recomendaría?

—Además de una serie de pruebas y observación. ¿Le han practicado un electrocardiograma?

—¿Eso que mide el funcionamiento del corazón?

Lara asintió.

—No. Se lo han recomendado, pero ella no ha querido esperar tanto tiempo.

—¿Le han practicado una exploración cerebral?

—Sí, pero sólo después de que Key la amenazó con atarla si no daba su consentimiento. El médico ha dicho que no había detectado ninguna infartación cerebral significativa —respondió Janellen procurando repetir textualmente las palabras del facultativo—. No estoy segura de lo que eso significa.

—Quiere decir que su madre no tiene una cantidad significativa de tejido cerebral muerto, debido a la falta de irrigación sanguínea. Es una buena noticia. Sin embargo, eso no significa que el suministro de sangre al cerebro no se vea interrumpido o completamente obturado. ¿No ha sugerido una ecografía de la arteria carótida? Lo denominan exploración Doppler.

—No estoy segura —respondió Janellen al tiempo que se frotaba las sienes—. Hablaba muy de prisa, mamá no dejaba de protestar a gritos y...

—Esa prueba revelaría la presencia de alguna obstrucción en dicha arteria, si la hubiera. En tal caso, y si no se elimina, existirían muchas posibilidades de un infarto, que podría producir una parálisis irreversible o incluso la muerte.

—Eso ha sido lo que nos han dicho —respondió gravemente Janellen—. O algo por el estilo.

—¿Ningún angiograma que indicara dónde puede encontrarse la obturación?

—Mamá no se lo ha permitido. No ha hecho más que protestar, asegurar que sólo había tenido un mareo y que eso era todo. Lo único que necesitaba era volver a su casa y descansar.

—¿Ha durado mucho tiempo su dificultad en hablar y controlar los músculos?

—Cuando hemos llegado a casa, parecía que no hubiera ocurrido nada.

—El hecho de recuperarse con tanta rapidez engaña a los pacientes y les hace suponer que sólo ha sido un mareo —dijo Lara mientras se inclinaba hacia adelante—. ¿Suele olvidar cosas su madre? ¿Se le nubla alguna vez la visión?

Le contó a la doctora lo que le había relatado a Key hacía unas semanas.

—Nunca lo admite, pero los lapsos son evidentes. He intentado convencerla para que vea a un médico, pero se niega a hacerlo. Creo que tiene miedo de oír su respuesta.

—No puedo estar segura sin reconocerla —dijo Lara—, pero creo que ha sufrido un AIT, que significa ataque isquémico transitorio. La isquemia hace referencia a una circulación sanguínea insuficiente.

—De momento la sigo.

—Cuando eso ocurre, se interrumpe el flujo de sangre al cerebro. Es como un apagón eléctrico. La parte afectada del cerebro queda desconectada. Los síntomas que me ha descrito, visión nublada, dificultad al hablar y mareos, son indicios, señales de alarma. Si el paciente no se somete a tratamiento, puede sufrir un grave infarto. Lo de hoy ha sido probablemente el aviso más importante. ¿Se ha quejado de entumecimiento en las extremidades?

—No a mí, pero tampoco lo haría.

—¿Está alta de presión sanguínea?

—Mucho. Se medica para controlarla.

—¿Fuma?

—Tres paquetes diarios.

—Debería dejarlo inmediatamente.

—Ni lo sueñe. —Janellen sonrió tristemente.

—Incítela a comer debidamente y controlar el colesterol. Debería hacer algún ejercicio moderado. Asegúrese de que toma su medicación. Estas precauciones contribuirán a evitar un infarto mortal, pero no ofrecen ninguna garantía.

—¿No existe una curación definitiva?

—En algunos casos específicos, se puede eliminar quirúrgicamente el bloqueo arterial. Es una operación bastante común. Lamentablemente, sin las

pruebas adecuadas y la plena colaboración de su madre, dicha alternativa es inexistente —respondió Lara—. Lo siento —agregó después de inclinarse hacia adelante y estrujarle la mano a Janellen al detectar su congoja—. Y no lo olvide, podría estar equivocada.

—Lo dudo, doctora Mallory. Me ha dicho esencialmente lo mismo que el médico de urgencias. Gracias por la charla. Y por el refresco.

Janellen dejó la bebida intacta sobre la mesa y se puso de pie para retirarse.

—Dadas las circunstancias, dudo que podamos ser amigas, pero me gustaría que nuestro trato fuera cordial. Por favor, llámeme Lara.

Janellen sonrió, pero sin comprometerse. Cuando llegaron a la puerta, a ambas les sorprendió descubrir que estaba lloviendo. Era mucho más fácil hablar de algo tan trivial como el tiempo. Por fin, Janellen estrechó la mano de la doctora.

—Habría sido perfectamente comprensible que me hubiera mandado a la porra. Gracias por recibirme en su casa.

—Gracias por dar crédito a mi opinión. La próxima vez que venga a visitarme, espero que la razón no sea tan grave.

—¿La próxima vez? ¿Me invita a que regrese?

—Por supuesto. Venga cuando se le antoje.

—Es usted muy amable, doctora... Lara. Comprendo que mi hermano se sintiera tan atraído hacia usted.

Lara sacudió la cabeza para echar el cabello hacia atrás, contempló el nublado ornamento y soltó una triste carcajada.

—Se equivoca. Key no se siente en lo más mínimo atraído hacia mí.

Janellen se quedó atónita.

—¿Key? —repitió desconcertada—. Me refería a Clark.



## Dieciséis

Bowie se levantó el cuello de la chaqueta de algodón y se pegó al muro exterior de la casa. El alero del tejado ofrecía escasa protección de la copiosa lluvia. Estaba empapándose.

A decir verdad, no sabía por qué estaba junto a la casa de los Tackett a aquella hora de la noche aguantando el chaparrón. Debía haber estado tumbado frente a su televisor de ocasión. Su remolque alquilado disponía de pocas comodidades, pero por lo menos estaba seco.

Independientemente del tiempo, no tenía por qué estar allí. La salud de Jody Tackett era un asunto familiar privado. Lo último que deseaban era la intromisión de una persona ajena. Nada de lo dicho había afectado su decisión, se limitaba a obedecer un impulso irresistible. Cuando llegó, comprobó que no estaba el Lincoln de Key, ni el coche de Janellen. Aparcó el camión de la empresa, oculto tras el garaje. El único coche que había delante de la casa era el del ama de llaves.

No se sintió obligado a manifestarle su presencia. ¿Qué podía haberle dicho? Suponía que podía haberle contado la verdad: que estaba preocupado por la señorita Janellen, por su reacción al desmayo de su madre en el supermercado. Entonces, el ama de llaves habría querido saber en qué le concernía eso a él y, puesto que no tendría más remedio que responder que no le incumbía en absoluto, le ordenaría que se retirara e incluso llamaría con toda probabilidad a la policía.

Por consiguiente, permanecía oculto, con el agua hasta los tobillos. No habría podido justificar debidamente la razón de su presencia. Sólo sabía que debía estar allí. Además, por muchas que fueran las contrariedades, estaba decidido a seguir donde estaba hasta comprobar personalmente que la señorita Janellen estaba bien.

No había vuelto a verla desde aquella tarde del beso, seguido de su asombrosa declaración de que le quería. Evidentemente, no se lo había tomado en serio. Algo la había impulsado a disparatar: la tensión premenstrual, haber tomado demasiado el sol, o tal vez algún antihistamínico

que le había afectado el cerebro. Retrospectivamente, con toda probabilidad habría deseado cortarse la lengua.

Puesto que comprendía perfectamente a las personas que hablaban sin pensar, había procurado no encontrarse con Janellen para evitarle el embarazo de enfrentarse a él y disculparse por su extraña conducta. Con toda seguridad, ella también había hecho todo lo posible para no verle.

Pero no podían ocultarse eternamente el uno del otro. Puesto que tarde o temprano se encontrarían, no tenía por qué no ser esta noche, cuando Janellen tenía algo más terrible de que preocuparse. No podía hacer nada respecto a la precaria salud de su madre, pero sí quitarle otro peso de encima. Le aseguraría que no tenía ninguna intención de aprovecharse de algo que había dicho durante un lapso mental de origen desconocido.

Aparecieron unos faros al fondo del camino privado de la finca. A Bowie se le formó un nudo en el estómago mientras observaba el coche que salía de la carretera para entrar en la propiedad de los Tackett. Se pegó completamente a la pared, para no ser visto hasta estar seguro de que se trataba de Janellen. Se decía que Key llevaba una Beretta cargada bajo el asiento de su coche. Puede que fueran sólo habladurías, pero Bowie prefería no averiguarlo por las malas. Si Key veía a alguien que merodeaba por la propiedad, puede que disparara primero y preguntara después.

Los faros, difuminados por la lluvia, se acercaron lentamente. Bowie reconoció el coche de Janellen. Aparcó, se apeó y corrió bajo la lluvia hacia la puerta trasera. La puerta de tela metálica crujió al abrirse. Acababa de introducir la llave en la cerradura cuando oyó que llamaban suavemente su nombre.

Volvió la cabeza sobresaltada. Su pálida cara estaba mojada al mirar entre la lluvia.

—¡Bowie! ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—¿Estás bien?

—Yo sí, pero tú estás empapado. ¿Cuánto hace que estás aquí? Pasa.

—No. Ahora voy a regresar a mi casa —respondió, consciente de que debía tener un aspecto lamentable, con la lluvia que caía del ala de su sombrero y los pantalones mojados hasta las rodillas—. Sólo quería asegurarme de que estabas bien después de lo ocurrido esta mañana. Se dice que la señora Tackett no se siente muy bien.

—Lamentablemente, es verdad.

Abrió la puerta e insistió en que la siguiera. Bowie la obedeció con reticencia, pero se quedó junto a la puerta de la cocina.

—Quítate la chaqueta —dijo Janellen—. Y las botas. Están empapadas.

—No quiero molestarte.

—No es ninguna molestia. Voy a ver cómo está mamá, mandaré a Maydale a su casa y luego prepararé un café —dijo mientras cruzaba la cocina a oscuras, pero volvió la cabeza al llegar al umbral de la puerta—. No te vayas.

A Bowie se le hinchó tanto el corazón que apenas podía respirar. No había chillado, temblado, ni se había alarmado al verle. Era un buen indicio. Y ahora le pedía, casi le suplicaba, que no se marchara.

—No temas. Aquí estaré.

Cuando Janellen se retiró, Bowie se quitó el sombrero y la chaqueta empapados de agua y los colgó en un perchero junto a la puerta. Haciendo equilibrios sobre una pierna, se quitó las botas y las dejó junto a otras que pertenecían evidentemente a Key. La punta de sus calcetines estaba húmeda, pero se alegró de comprobar que no tenía agujeros.

Cruzó de puntillas el suelo de vinilo. Sin encender las luces, contempló a través de la ventana situada detrás del fregadero cómo caía la lluvia del alero. Al cabo de unos minutos oyó voces apagadas junto a la puerta principal y vio a Maydale, con un estúpido gorro de plástico que protegía su encumbrado peinado, dirigiéndose hacia su coche mientras procuraba evitar los charcos.

Cuando oyó los pasos de Janellen, volvió la cabeza.

—¿Cómo está tu madre?

—Durmiendo.

—¿Entonces se ha recuperado?

—Realmente no. Se niega a obedecer a los médicos. Es demasiado testaruda para prestar atención a las advertencias, como la de esta mañana. No cree que su estado sea grave.

—Por lo que he oído, es una mujer muy obstinada.

—En el mejor de los casos.

—Puede que no esté tan enferma como creen los médicos.

—Tal vez.

—A veces exageran para asustar al paciente y justificar sus honorarios. Su triste sonrisa indicaba que no lo creía, y sabía que Bowie tampoco.

—Bueno —dijo. Irguió la espalda y añadió—: Te he prometido un café.

—No es necesario.

—Sí. Insisto. A mí también me apetece. No voy a dormir mucho esta noche, de modo que me vendrá bien.

Se acercó a la despensa, pero con paso inseguro y voz temblorosa. No encendió la luz, probablemente para que no viera las lágrimas en sus ojos. Bowie las vio de todos modos.

Cuando iba a poner el bote de café sobre la mesa estuvo a punto de caérsele de las manos. Sacar un solo filtro del paquete no le resultó fácil. Luego se le cayó parte del café sobre la mesa al sacarlo del bote.

—Dios mío. Estoy haciendo un desastre —dijo mientras retorció las manos y se mordía con los dientes el labio inferior.

Bowie se sentía tan inútil como un paraguas en el desierto.

—¿Por qué no te sientas, Janellen, y dejas que prepare yo el café?

—Lo que realmente me gustaría que hicieras... —dijo mientras se esforzaba por encontrar las palabras—. Lo que realmente querría...

—¿Sí?

—Si no es demasiado pedir, Bowie —imploró después de volverse para mirarle.

—Lo que sea.

Emitió un pequeño gemido, ladeó la cabeza y se tambaleó hacia adelante. Bowie la recibió entre sus brazos, la acercó a su pecho y la abrazó. Era tan ligera que tenía miedo a estrujarla demasiado, pero ella apoyó confiadamente la mejilla en su hombro.

—Bowie, ¿qué haré si mamá muere? ¿Qué?

—Seguirás viviendo. Eso es lo que harás.

—¿Pero qué clase de vida será la mía?

—Eso dependerá de ti.

—Tú no lo comprendes. —Janellen sollozó—. Key y mamá son los únicos parientes que me quedan. No quiero perderlos. Si mamá muere, Key se irá por ahí a vivir su vida y yo me quedaré aquí sola.

—Te las arreglarás perfectamente sola, Janellen.

—No, no lo haré.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca he tenido una identidad propia. La gente sólo me ve con relación a mi familia. Yo soy la hija de Clark junior. La hermana menor de Clark y Key. La niña de Jody. Aunque durante este último par de años me he ocupado prácticamente de todo en Tackett Oil, todo el mundo cree que no soy más que una marioneta de mamá. Supongo que no están muy equivocados. Siempre me ha dicho lo que tenía que hacer y la he obedecido, en parte porque suele tener razón, pero supongo que principalmente porque me siento demasiado insegura para enfrentarme a ella y expresar un punto de vista

distinto al suyo. Nunca me ha importado acatar sus órdenes, ¿pero qué haré cuando se vaya? ¿Quién seré yo? ¿Quién soy?

La separó y le dio una ligera sacudida.

—Eres Janellen Tackett. Y con eso basta. Eres más fuerte de lo que crees. Cuando llegue el momento de enfrentarte a solas a la vida, lo harás.

—Tengo miedo, Bowie.

—¿De qué?

—De fracasar, supongo. De no colmar las expectativas de los demás —respondió con una triste carcajada—. O, para ser más exactos, lo que temo es colmar las expectativas de todo el mundo y fracasar rotundamente cuando no esté aquí mamá para darme órdenes.

—Eso no ocurrirá —afirmó Bowie moviendo decididamente la cabeza—. Tienes muchos años de experiencia. Los hombres están acostumbrados a recibir tus órdenes. Eres muy inteligente. Yo siempre me he considerado bastante listo. He aprendido cierta astucia callejera, pero junto a ti, y te juro que no miento, me siento terriblemente torpe.

—Tú no eres torpe, Bowie. Eres muy listo. Nadie más que tú detectó la discrepancia del pozo número siete.

—Que resultó no ser nada.

—No lo supimos hasta que instalaste el medidor de pruebas.

Instaló el medidor de pruebas a medio camino entre el pozo y el contador y obtuvo la misma lectura. El escape podía estar en cualquier lugar a lo largo del conducto. Para localizarlo tendría que desplazar el medidor de pruebas hasta aislar un sector del conducto. Eso podía durar indefinidamente. Consultó los archivos y, efectivamente, aquel pozo había tenido un conducto de escape, pero anulado desde hacía muchos años. Se sintió como un imbécil de haber llamado tanto la atención por algo que sus jefes consideraban insignificante.

Janellen tenía las manos apoyadas todavía en su cintura, y aquello era lo único en lo que entonces era capaz de pensar.

—Siento lo de tu madre, Janellen, porque sé lo mucho que te preocupa —dijo por fin Bowie—. Ojalá viva muchos años para evitarte la aflicción de su muerte. Pero con o sin ella, tú eres tú. No tienes por qué ser la hija, la hermana, ni la... esposa de nadie. Te bastas a ti misma. Estás perfectamente capacitada para el juego y no permitas que nadie te convenza de lo contrario.

—Eres muy bueno conmigo, Bowie —susurró.

—Pamplinas. Yo no soy bueno para nadie.

—¡Eso no es cierto! ¡Lo eres! Eres muy bueno para mí. Diriges mi atención hacia mis puntos fuertes, y no hacia mis debilidades. No me interpretes mal. Conozco mis propias limitaciones. He vivido con ellas toda mi vida. Sé que soy inteligente, pero no excesivamente. Carezco de autoridad, soy tímida y me siento insegura. No soy atractiva. No como mis hermanos.

—¿Que no eres atractiva? —exclamó Bowie atónito, tan atónito que no lograba recordar cuándo empezó a pensar en lo hermosa que era—. Por Dios, Janellen, eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

Perpleja y confundida, Janellen agachó la cabeza.

—No tienes por qué decir eso sólo por lo que te dije el otro día.

—Quiero que sepas ahora mismo —respondió Bowie después de aclararse la garganta—, que no te tomo la palabra.

—¿Ah, no?

—No señora.

—Vaya —exclamó con una mueca. Después levantó la cabeza para mirarle—. ¿Por qué no?

—Pues —respondió nervioso, sin dejar de moverse—, porque sé que no lo sentías.

—A decir verdad, Bowie —dijo Janellen después de humedecerse los labios y dar un pequeño suspiro—, sí que lo sentía.

—¿En serio?

—Lo sentía en lo más hondo de mi corazón. Y si te apetece, bueno, ya sabes, volver a besarme, quiero que lo hagas.

El zumbido que sintió Bowie en la cabeza casi apagó el ruido de la lluvia en el tejado. Su corazón latía con tanta fuerza y velocidad que casi le dolía.

—Claro que quiero volver a besarte, Janellen —logró decir, a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

Introdujo las manos debajo de su cabello, le levantó la barbilla y acercó los labios a su boca. Janellen abrió cálidamente los labios. En esta ocasión no necesitaron ningún preámbulo, ningún aprendizaje. En lugar de volver a explorarse, partieron de donde lo habían dejado y se dieron un beso que, cuando por fin se separaron, les había dejado a ambos sin aliento.

Bowie presionó los labios contra su cuello mientras las manos de Janellen le acariciaban la espalda.

—Nunca imaginé que pudiera sentirme así, Bowie.

—Ni yo tampoco. Y hace algún tiempo que lo práctico.

Se besaron una y otra vez, cada beso más dulce e íntimo que el anterior. Se besaron hasta que se les hincharon los labios, rebosantes de pasión.

Bowie deseaba aplacar su erección en el punto de encuentro de sus largos muslos, pero reprimió su impulso. Sin embargo, con un anhelo instintivo y casi infantil en su inocencia, Janellen arqueó el cuerpo facilitándole lo que no se había atrevido a hacer por cuenta propia.

El contacto fue eróticamente estremecedor. Habría estimulado los impulsos salvajes de un santo, y eso era algo que Bowie Cato nunca había pretendido ser.

Hurgó debajo de su falda hasta agarrarle el trasero cubierto de seda, que empujó hacia sí mientras le frotaba el montículo con su abultada bragueta. No era premeditado. No sopesó las ventajas y las consecuencias. No lo habría hecho si hubiera reflexionado. Era algo inimaginable.

Una pequeña exclamación de Janellen le volvió a la realidad, y con ella a la vergüenza y al autodesprecio.

La soltó inmediatamente. Sin decir palabra, cruzó la cocina a grandes zancadas, cogió sus botas, su sombrero y su chaqueta, y salió de la cocina a la lluvia del exterior.

En el momento en que llegó junto al camión, aparcado detrás del garaje, un rayo zigzagueó en la oscuridad conectando el cielo y la tierra con su poderoso brillo blanco, que crujió de ira e impregnó de ozono el aire.

Bowie supuso que Dios intentaba fulminarle. Pero por poco no había dado en el blanco.

Los truenos sacudían las botellas y los vasos tras la barra.

—Se ha desatado una buena tormenta ahí afuera —comentó Hap Hollister mientras le servía otra copa a Key.

—Me ha paralizado a mí. Esta noche tenía que volar a Midland para llevar a un empresario de la industria petrolífera y a su esposa a su casa.

—Me siento orgulloso de ti, Key. Tienes el buen sentido de no volar en estas condiciones.

—No he sido yo quien se ha acobardado, sino la esposa. Ha dicho que no quería morir en un accidente de aviación.

Sin dejar de mover la cabeza ante la audacia de aquel joven, Hap se alejó para servir a otros clientes que se habían enfrentado a la tormenta para acudir a The Palm. Algunos jugaban al billar y saboreaban cervezas de cuello largo, apoyados en sus tacos a la espera de su turno. Otros contemplaban un partido de béisbol en un enorme televisor colgado del techo en un rincón de la barra. Los clientes formaban grupos de dos o tres.

Key era el único que bebía solo a un extremo de la barra. Su lúgubre expresión y su espalda doblada eran indicios de su estado de ánimo. La noticia del incidente en el Sak'n'Save había llegado a todos los oídos de la ciudad y los clientes del local respetaban amablemente su petición silenciosa de que no le molestaran.

Jody era quien ocupaba su mente mientras saboreaba su última copa, pero no era la amabilidad lo que dominaba sus pensamientos. Habría querido darle a su madre una buena patada en el trasero. Tanto en el hospital como más adelante, cuando él y Janellen la habían llevado a su casa contra la recomendación de los médicos y su propio sentido común, Jody no había hecho más que luchar, quejarse y rechazar todo intento de ofrecerle comodidades.

—Voy a contratar a una enfermera residente para ti, Jody —le había dicho Key cuando Janellen insistía en que se metiera en la cama—. Janellen trabaja durante el día. Yo no estoy casi nunca en casa. Maydale es una buena ama de casa, pero no podemos esperar que solucione emergencias médicas como la de esta mañana. Deberías tener a alguien que estuviera permanentemente contigo.

—¡Es una gran idea, Key! —exclamó Janellen—. ¿No te parece, mamá?

Sin prestarle atención a Janellen, Jody le lanzó una bocanada de humo a Key del nuevo cigarrillo que acababa de encender.

—¿Has decidido por tu cuenta contratar a una enfermera para mí?

—Estará contigo día y noche y hará todo lo que le pidas.

—Puedo hacerlo todo por mí misma, muchas gracias. No quiero a ninguna fisgona que me atosigue, me dé órdenes, toque mis cosas y me robe despiadadamente cuando vuelva la espalda.

—Me he puesto en contacto con una agencia sumamente respetable de Dallas —explicó pacientemente—. No nos mandarían a una ladrona. Les he especificado nuestras necesidades. Les he aclarado que no estás inválida, que eres independiente y que aprecias tu intimidad. Están consultando sus archivos para comprobar quién está disponible, pero me han prometido que nos mandarían una enfermera mañana al mediodía a lo más tardar.

Jody entornó los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.

—Llámalos. Anúlalo. ¿Quién diablos te ha dado permiso para que tomes decisiones en mi nombre?

—Mamá, Key se limita a hacer lo que considera mejor para ti.

—Yo le diré lo que es mejor para mí. No quiero que se meta en mi vida. Ni tú tampoco —dijo al tiempo que le arrebató la chaqueta de las manos a



Janellen, que la había ayudado a quitársela—. Largaos de mi habitación. Los dos.

Para no correr el riesgo de provocarle otro ataque, le habían obedecido.

Estaba enormemente preocupado por ella. Al verla en el suelo del Sak'n'Save, con saliva en la barbilla, desprovista de su dignidad, había estado a punto de desmayarse. Pero difícilmente podía seguir siendo compasivo cuando ante todo intento de ser amable recibía sólo desprecio y malos tratos.

Maldita sea, era perfectamente capaz de soportar los malos tratos de Jody. Lo había hecho toda su vida. Comparada con su precaria salud, su agresión verbal parecía insignificante. Lo preocupante ahora era que su madre se negaba a aceptar la gravedad de su enfermedad. Podía morir si no seguía el tratamiento prescrito. Sólo un loco mostraría tal vanidoso desprecio por la muerte.

Luego, con una sonrisa torcida, Key se recordó que había estado dispuesto a pilotar en un frente tormentoso y que lo habría hecho si los clientes que habían alquilado el avión no se hubieran echado atrás.

Pero aquello era un juego de apuestas en el que intervenían ciertos riesgos, y cuyo resultado era incierto. No era como saber por boca de especialistas que uno era una bomba de relojería en funcionamiento, y que si no se ocupaba del problema, podía morir o, lo que para Key era todavía peor, pasar el resto de la vida en estado vegetativo.

El médico del hospital del condado les había delectreado claramente a Janellen y a él los hechos relacionados con el diagnóstico de Jody. Le habría gustado tener una segunda opinión. La opinión de Lara Mallory.

—Mierda.

Le hizo una seña a Hap para que le sirviera otra copa.

Lo último en lo que deseaba pensar era en Lara Mallory. Pero al igual que el whisky, penetraba de algún modo en su cabeza, la impregnaba, la saturaba. Silenciosa e invisible, estaba siempre allí, manipulando su mente.

¿Era su hermano el padre de su hija? ¿Lo sabía su marido? ¿Lo sabía Clark? ¿Había precipitado su suicidio la noticia de la muerte violenta de su hija?

En cuyo caso, ¿no le debía a Clark, y a Lara, un viaje a Montesangre para averiguar los detalles de la muerte de la niña?

Maldita sea, no. No era de su incumbencia. Nadie le había nombrado guardián de Clark. Era un problema de Lara, y era ella quien debía resolverlo. No tenía nada que ver con él.

Pero cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que Ashley era su sobrina. Había intentado borrarlo de su mente, pero era imposible. Como lo era olvidar lo desolada que estaba Lara cuando le narró el violento asesinato de su hija. Cielos, ¿cómo había podido alguien no volverse loco después de semejante experiencia?

Hace unas semanas habría apostado su último centavo a que no perdería el tiempo compadeciéndose de Lara Mallory. Pero después de oír lo que le había contado, tendría que ser un auténtico cabrón para no sentir compasión alguna. De modo que la había abrazado. Consolado. Besado.

Enojado, vació su vaso de un trago y se dedicó a contemplarlo mientras lo hacía girar sobre la superficie reluciente de la barra.

Sin duda, la había besado. Y no un solo beso insignificante de compasión en la mejilla. Había besado apasionadamente a la amante casada de su hermano y vengadora de su familia. Ella le había acusado de aprovecharse de su crisis emocional, pero se equivocaba. Había fingido que sus motivos estaban perfectamente claros pero, santo cielo, cuando la besaba, lo último en lo que pensaba era en que fuera una adúltera tramposa y mentirosa que había emboscado a Clark. En sus brazos, con sus bocas perfectamente acopladas, se había convertido sencillamente en una mujer a la que deseaba acariciar desesperadamente. Había obedecido las reglas que él mismo había estipulado: olvidar su nombre.

—¿No tienes nada mejor que hacer que ver cómo se derriten los cubitos de hielo? ¿Por ejemplo, invitar a una dama a una copa?

Con el entrecejo fruncido por la desagradable interrupción, Key volvió la cabeza para comprobar que Darcy Winston estaba junto a él, sentada en un taburete de la barra.

—¿De dónde has salido?

—Sólo he entrado para refugiarme de la lluvia. ¿Vas a invitarme a una copa?

Hap se acercó. Key asintió de mala gana y Darcy le pidió al camarero un vodka con tónica. Key se excusó cuando Hap le preguntó si deseaba tomar otra copa.

—¿Me obligarás a beber sola? ¡Qué malos modales! —exclamó Darcy con sus labios meticulosamente pintados en forma de morros.

—De eso se trata. De que bebas sola. No captaste la indirecta.

Darcy tomó un sorbo de la bebida que Hap acababa de servirle.

—¿Preocupado por tu madre?

—Entre otras cosas.

—Cuánto lo siento, Key.

Dudaba de que a Darcy le importara el bienestar de cualquiera, a excepción del suyo propio, pero asintió para darle las gracias.

—¿Qué otras cosas te preocupan?

—Poca cosa.

—Mentiroso. Estás enfurruñado. ¿No tendrá algo que ver con el hecho de que Helen Berry haya vuelto con Jimmy Bradley? He oído decir que están más enamorados ahora, que antes de que provocaras su ruptura.

Key bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocaba casi el pecho. La incomunicación era tan absurda que soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De esta ciudad. El otro extremo del mundo podría desintegrarse, podrían estallar las estrellas y provocar otro Big Bang, y la gente de aquí seguiría preocupándose por quién folla con quién.

—¿Y tú con quién follas?

—No es de tu incumbencia.

—Cabrón.

Le miró con tanta saña que Key soltó otra carcajada.

—Vas muy engalanada para un martes por la noche, Darcy —comentó al tiempo que contemplaba su vestido conservador y sus zapatos de tacón.

Claro que nada parecía conservador ni ordinario cuando se lo ponía Darcy. El llamativo vestido de seda rosa le caía bien a pesar de su cabello pelirrojo. Su busto llenaba generosa y sobradamente la blusa. Había dejado los tres botones superiores desabrochados para ofrecer una visión más tentadora del escote. Los tacones agregaban forma y longitud a unas piernas ya muy bien formadas.

—Regresaba a mi casa después de una reunión de la sociedad bibliotecaria —dijo Darcy.

—¿Hay una sociedad bibliotecaria en Eden Pass? Ni siquiera sabía que tuviéramos una biblioteca.

—Claro que la tenemos. Y la sociedad cuenta con cuarenta y dos socios.

—¡No me digas! ¿Cuántos de ellos saben leer?

—Muy gracioso —dijo antes de vaciar el vaso y dejarlo de mala gana sobre la barra—. Gracias por la copa. Llámame si algún día recuperas tu sentido del humor. En la actualidad, eres un auténtico plomo.

—¿Qué le has dicho para ofenderla? —preguntó Hap, después de que Darcy abandonó el local. Después recogió su vaso y lo introdujo en un fregadero lleno de agua jabonosa.

—¿Importa? —replicó Key malhumorado.

Seguía lloviendo, pero Key ni siquiera agachó la cabeza cuando se dirigía a su coche. Tenía tantas cosas en la cabeza que las inclemencias del tiempo carecían de importancia.

Se sentó al volante del Lincoln y cuando ya había introducido la llave en el contacto, se percató de su presencia. Se le acercó por el asiento de cuero amarillo y colocó la mano entre sus muslos.

—Sé lo que te ocurre.

—No tienes la más remota idea, Darcy.

—Soy una experta en esas cosas, ¿no lo sabías? Nací con un sexto sentido. Me basta mirar a un hombre para saber lo que quiere y necesita.

—¡No me digas!

—Te lo aseguro. Cuando un hombre lo desea, desprende cierto olor, al igual que una mujer.

—Si eso es cierto, a ti debería seguirte una manada de perros.

Darcy se lo tomó como un cumplido y subió la mano hasta su entrepierna.

—Tú me deseas. Key. Lo sé. Pero eres demasiado testarudo para retractarte de los feos comentarios que me hiciste en la reunión comunitaria —dijo mientras le acariciaba. Key tuvo que admitir que su técnica era excelente—. Esto es absurdo. Ninguno de nosotros quiere dar el primer paso para reconciliarnos. No tiene sentido que estemos deprimidos por una pequeña cuestión de orgullo, ¿no te parece? —agregó al tiempo que empezaba a desabrocharle la bragueta.

Key adoptó el papel de un observador pasivo. Sentía curiosidad por comprobar su propia reacción. Se la sacó de los pantalones y empezó a darle un masaje con las manos. Su polla comenzó a endurecerse.

—Cariño —suspiró—. Sabía que lo único que necesitabas era el toque mágico de Darcy.

Le sonrió seductoramente antes de bajar la cabeza. Su lengua era alternativamente rápida y suave, lánguida y perezosa. Lamía con delicadeza y succionaba con vigor. Sus dientes estaban a punto de lastimarle y luego le besaba con ternura. Sabía lo que hacía.

Key apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró fuertemente los ojos. No deseaba a Darcy y le sorprendía que su cuerpo reaccionara positivamente. Por otra parte, ¿por qué tenía que sorprenderle? Se había acostado con mujeres cuyo nombre ni siquiera conocía. Había olvidado a más mujeres que las que recordaba. Se habían limitado a hacer para él algo que

podía haber hecho perfectamente a solas. Su cuerpo era capaz de reaccionar sin la participación de su mente.

Se alegraba de que Darcy no le hubiera besado. Ello lo habría convertido en algo personal. Habría tenido que compartir parte de sí mismo con una mujer que no significaba nada para él. Ni siquiera le gustaba.

Si Darcy le hubiera besado, su avariciosa lengua podría haber borrado el sabor de otro beso que no estaba dispuesto a olvidar. Guardaba su recuerdo bajo llave. De vez en cuando se permitía pensar en él, recordar su dulce atractivo sexual. Luego, enojado consigo mismo y sintiéndose como un imbécil, cerraba las puertas de su recuerdo.

Era lamentable, pensaba Key, que los seres humanos aspiraran a algo que nunca podrían conseguir.

Ahora dejó su mente en blanco, desvinculándose del acto, pero dándole permiso a su cuerpo para que reaccionara. No tocó a Darcy, ni siquiera cuando eyaculó. En su lugar, se agarró fuertemente al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Cuando terminó, se abrochó tranquilamente la bragueta.

Darcy se incorporó y abrió el bolso para sacar un pañuelo de papel, con el que se secó delicadamente los labios.

—¿Sabes por qué podemos decir que Dios era hombre? —preguntó Darcy.

Key no respondió, a pesar de que ya conocía el chiste.

—Porque si hubiera sido mujer, el semen tendría gusto a chocolate.

—Encantador.

Darcy no detectó el asco implícito en el comentario de Key, u optó por ignorarlo. Con una carcajada, se frotó los pechos contra su brazo.

—¿Dónde quieres ir? ¿O prefieres que utilicemos ese maravilloso asiento trasero? —sugirió mientras miraba por encima del hombro—. Es una pena que los coches modernos ya no sean como los de antes. Algunos de mis mejores polvos...

—Buenas noches, Darcy. Me voy a mi casa.

—¡Ni lo sueñes! No hemos terminado.

—Yo sí.

—Estás diciéndome que...

—Has hecho exactamente lo que has querido. Yo no te he pedido nada — le recordó sin levantar la voz—. ¿Y ahora tendrás la amabilidad de sacar tu culo de mi coche para que pueda irme a mi casa?

Darcy le escupió en la cara.

Con la rapidez de una cobra, le agarró un puñado de cabello y le dobló la cabeza.

—No te maté por haberme disparado, pero puede que lo haga por lo que acabas de hacer.

## Diecisiete

Darcy le creía. Era perfectamente consciente del instinto asesino por el que Key era famoso. No obstante, cuando la suerte estaba echada, iba contra su naturaleza retractarse.

—Suéltame, hijo de puta.

Key abrió la mano y le soltó el cabello.

—Lárgate —se limitó a decir.

—Me voy. Pero no antes de decirte exactamente lo que pienso de ti. Estás enfermo. No sólo eres un cerdo, sino que estás enfermo.

—De acuerdo. Y ahora que sabemos lo que me ocurre, sal de mi coche.

—Tienes la cabeza jodida y no es esa gorda jovencita de Berry la responsable de ello, sino Lara Mallory.

Movió ligeramente el ojo derecho, pero el resto de su cuerpo permaneció peligrosamente inmóvil.

Darcy, consciente de que había tocado un punto débil, decidió insistir.

—¿No te sientes un poco ridículo de haberte enamorado de la exfulana de tu hermano mayor?

—Cierra el pico, Darcy.

—La ignominiosa doctora tiene agarrado al feroz Key Tackett por los cataplines. Al parecer, no ha aprendido nada de la experiencia de su hermano.

Sabía que debía callarse cuando llevaba la delantera, pero no podía resistir la tentación de humillarle. Desde la adolescencia, había logrado manipular a todos los hombres que había conocido. Excepto a Key. Eso había lastimado gravemente su ego, pero sabía que no era mortal.

—¿Ya te la has follado, Key? —preguntó con insolencia, muy cerca de su rostro—. ¿Qué nombre gritó en el momento del orgasmo, el tuyo o el de tu querido hermano fallecido? ¿Quién será mejor en la cama, el senador Clark Tackett o su hermano menor? ¿Fue eso lo que te impulsó hacia ella? ¿Pretendes demostrar que eres tan buen follador como lo fue Clark?

Key se movió con tanta rapidez que a Darcy no le dio tiempo ni de parpadear. Abrió la puerta y se apeó. Luego extendió el brazo, la agarró por la

parte delantera del vestido y la sacó del coche. La seda rosada quedó empapada de agua. Se le hundieron los tacones en el barro.

Key hizo caso omiso de sus gritos y blasfemias, se sentó al volante y arrancó el motor. Cuando intentó cerrar la puerta, Darcy se agarró a la manecilla y no quiso soltarla.

—¿A dónde vas, Key? ¿A visitar a la amante de tu hermano? Serás el hazmerreír de todos cuando se divulgue la noticia. Y puedes apostarte las pelotas a que se divulgará. Me aseguraré de que ocurra. Por si no bastara con el hecho de que es una puta, es la puta de tu difunto hermano.

—Por lo menos, las putas cobran, Darcy. Tú no logras ni venderte gratis.

Dio un tirón a la puerta del coche, lo puso en retroceso y aceleró. La tierra y el barro despedido por las ruedas cubrieron los zapatos y medias de diseño de Darcy, que no dejaba de insultarle a gritos.

Luego, empapada por la lluvia, decidió darle una merecida lección a ese cabrón. Descubriría la mayor debilidad de Key y encontraría la forma de perforarla. Pero no esta noche. Esperaría a estar calmada y enfocaría analíticamente el problema.

Cuando se dirigía hacia su coche pensaba en algo de lo que estaba completamente segura: nadie trataba a la señora de Fergus Winston como lo había hecho Key y se salía con la suya.

—Gracias, caballeros —dijo Lara para concluir su intervención ante los siete miembros de la junta escolar de Eden Pass—. Espero que consideren debidamente mi propuesta para organizar charlas informales sobre educación sexual. Si desean más información para facilitar sus deliberaciones, no duden en ponerse en contacto conmigo.

—Ha presentado usted unos argumentos muy convincentes y ha señalado puntos de gran interés —respondió Fergus Winston—. Es un asunto delicado. Hay mucho en que pensar. Puede que tardemos una semana o dos en tomar una decisión.

—Comprendo. Gracias por permitirme...

Se interrumpió al oír que se abría la puerta a su espalda. Todas las cabezas se volvieron con asombro en cada uno de sus rostros. Lara también volvió la suya. Darcy Winston, acompañada de Jody Tackett, acababa de entrar en la sala.

Lara se puso casi a temblar al detectar la malicia que había en la mirada de Darcy. No sonreía, pero también parecía estar contenta. Jody ni siquiera se



dignó dirigirle la mirada a Lara.

Los siete componentes de la junta se pusieron apresuradamente de pie. Fergus fue el único que habló, dirigiéndose a su esposa, pero con la mirada fija en Jody Tackett.

—¿Qué estás haciendo aquí, Darcy? Esto es una reunión a puerta cerrada.

—Ahora ya no lo es —exclamó Jody con una voz bastante potente, aunque todavía no tenía muy buen aspecto.

—Ha insistido en venir —aclaró Darcy en el momento en que Fergus dejaba por fin de mirar perniciosamente a Jody para concentrarse en su esposa—. Lo siento, Fergus. Sé que me habías dicho que no hablara de los temas de discusión de la junta hasta que se hicieran públicos, pero estaba tan preocupada por esta cuestión en particular, que he tenido que hacer algo.

Lara se puso de pie.

—En este momento, señora Winston, yo tengo la palabra. Si quiere dirigirse a la junta escolar, sugiero que lo haga por los canales apropiados y solicite una audiencia, como lo he hecho yo. ¿O no es el reglamento aplicable a todo el mundo? —preguntó mientras miraba interrogativamente a Fergus, que contemplaba a Jody Tackett como si fuera una serpiente venenosa.

Parecía dispuesto a estrangular a su mujer por haberla traído a una reunión que él presidía.

—La doctora Mallory tiene razón —dijo—. Si tú y Jody tenéis algo que comunicarle a esta junta, debéis seguir el procedimiento adecuado. No podéis entrar de este modo, e interrumpir la reunión.

—No lo habríamos hecho —respondió Darcy—. Pero...

—Hablaré por mí misma —dijo Jody con impaciencia antes de acercarse a la mesa de conferencias y esperar a que todos los miembros estuvieran pendientes de ella—. ¿Han perdido el sentido? —preguntó entonces sin tapujos.

Todo el mundo bajó la mirada. Nadie dijo ni una palabra. Por fin, Fergus le ofreció forzosamente una silla.

—Prefiero seguir de pie.

—Haga lo que se le antoje.

—Siempre lo hago.

Su aversión mutua era palpable. Los demás parecían sentirse avergonzados y desviaron la mirada, pero Lara no permitió que eso le impidiera hablar.

—Señor Winston —dijo—, insisto en que la junta tenga la cortesía de dejarnos concluir esta reunión.

No se le prestó la menor atención.

—No puedo entenderle, predicador —prosiguió Jody dirigiéndose al reverendo Massey, pastor de una de las iglesias de la ciudad—. Todos los domingos predica contra la fornicación, ¿y está pensando en permitir que una adúltera hable con nuestra juventud sobre el sexo? —resopló con desdén e incredulidad—. Me pregunto si hago bien en dar limosna a su iglesia.

—No hemos tomado ninguna decisión, Jody. —El sacerdote sonrió grotescamente—. Nos hemos limitado a escuchar la propuesta de la doctora Mallory. Puede estar segura de que no propugna el pecado.

—¿Eso cree usted? —preguntó Jody. Volvió la cabeza y se dirigió a Darcy—. Repita lo que me ha contado.

Darcy avanzó procurando situarse exactamente debajo de los focos, como una vieja profesional que busca el centro del escenario.

—Hace unas semanas le llevé a Heather para una revisión —declaró apresuradamente—. Luego mi hija me dijo que la doctora Mallory le había sugerido que llevara siempre preservativos consigo cuando tuviera una cita.

—¡Eso no fue lo que le dije! —exclamó Lara—. Le advertí a Heather de los peligros de practicar el sexo sin usar preservativos. Evidentemente, mis palabras han sido tergiversadas. O bien no comprendió lo que le decía, o la señora Winston lo adapta a sus propósitos.

—No hago tal cosa —replicó Darcy—. Pero eso no es todo —agregó dirigiéndose a los miembros de la junta—, le dijo a Heather que aconsejara a todas sus amigas hacer lo mismo. Si eso no es incitar a los adolescentes al desenfreno, no sé lo que es. Basta con que se les implante la sugerencia y el resto lo ponen ellos. Todos sabemos cómo son los jóvenes. Decirles que lleven condones consigo cuando tengan una cita es como otorgarles un permiso para... bueno, ya saben —concluyó mientras bajaba inocentemente la mirada.

Lara quería desquitarse, contarles que Darcy le había llevado a Heather con el propósito específico de que le recetara la píldora anticonceptiva. Pero no podía hacerlo sin violar el secreto entre médico y paciente. La sonrisa de Darcy indicaba que era perfectamente consciente de ello.

—Le advertí a Heather de los peligros de la promiscuidad y las relaciones múltiples —admitió Lara—. Y le sugerí que compartiera la información con sus amigas. No la incité en modo alguno al extravío sexual.

—¿A pesar de que usted es una experta en la materia?

—Por favor, Darcy —refunfuñó suavemente Fergus—. No nos pongamos personales. Lo que importa aquí es la juventud de nuestra comunidad.

—Amén —declaró el reverendo—. Francamente, tengo reparos en cuanto a mantener unas discusiones tan abiertas sobre la sexualidad humana. Nuestra juventud ya tiene bastantes tentaciones a las que enfrentarse. Sus mentes son fértiles. Deberíamos plantar semillas que fructifiquen en fuerza espiritual, no en dudas y confusión sobre las artimañas del diablo.

—Deje el sermón para el domingo, predicador —dijo Jody—. Pero me alegro de saber que puedo contar con su voto contra esa.

Paseó la mirada a lo largo de la mesa, deteniéndose en cada miembro de la junta.

Miró a través de Lara como si no estuviera.

—Cuando hayan tenido tiempo de pensar en ello, estoy segura de que todos llegarán a la misma conclusión —prosiguió—. De lo contrario, tendré que revisar mis propios planes.

—Qué planes —preguntó uno de los miembros de la junta.

—A mi hijo Clark le encantaron todos y cada uno de los días que estuvo escolarizado en Eden Pass, y a menudo les atribuyó el mérito de haberle preparado para su carrera política. Le habría gustado que alguna instalación escolar llevara su nombre. «Pabellón Clark Tackett». Hemos llegado al punto de que me da miedo asistir a los partidos de baloncesto por temor a romperme un hueso en esas inseguras gradas. Tampoco están nada mal los marcadores electrónicos informatizados ¿no les parece? ¿No sería maravilloso que el instituto de Eden Pass fuera el primero de la zona en disponer de uno de ellos? ¿No seríamos la envidia de otras escuelas de mayor envergadura?

Lara agachó la cabeza. Oía en su mente los clavos del ataúd que sepultaba su propuesta.

Jody dejó que sus avariciosas mentes devoraran el cebo antes de proseguir.

—Yo nací en Eden Pass. He vivido aquí toda la vida. Pasé doce años en la escuela, como lo han hecho mis tres hijos. Siempre he presumido de que nuestro sistema escolar es uno de los mejores del estado —dijo al tiempo que apoyaba sus pecosas manos sobre la mesa y la golpeaba con el puño cerrado—. Cambiaré de opinión en menos que canta un gallo si permiten que esa mujer pronuncie una sola palabra entre las paredes de esta institución. ¿Cómo diablos se les ocurre pensar siquiera en ello teniendo en cuenta lo que el país entero sabe acerca de ella? ¿Quieren que una mujer de su calaña ejerza *alguna* influencia en sus hijos?

—Yo prefiero la muerte antes de permitir que me ponga la mano encima —prosiguió con el rostro encendido y respirando con dificultad—.

Pregúntenselo a cualquiera de los que estaban presentes en el Sak'n'Save el martes por la mañana.

—Se ha explicado usted con mucha claridad, señora Tackett —dijo Lara, que temía la inminencia de otro infarto y no deseaba que se la culpara de haberle provocado la muerte—. Estoy segura de que todos los presentes conocen su resentimiento por mis esfuerzos para salvarle la vida. No pienso cometer la indelicadeza de discutirlo. En segundo lugar, sé que no puedo ganar. No dispongo de los medios para sobornar a la junta escolar con nuevos gimnasios y marcadores de diseño.

—Oiga —exclamó el reverendo—, me ofenden sus implicaciones.

Lara no le prestó atención.

—En primer lugar, no pienso insistir porque temo que la pelea pueda acabar con su vida.

Jody la miró por primera vez desde su llegada.

—Se equivoca. No moriré hasta haberle obligado a abandonar la ciudad. Mi ciudad. La ciudad de Clark. No descansaré hasta que se haya marchado y el aire sea una vez más digno de ser respirado.

Lara guardó meticulosamente las páginas mecanografiadas que había utilizado para la presentación en una cartera de cuero negro, cerró la cremallera y se la colocó, junto con su bolso, bajo el brazo.

—Gracias, caballeros, por prestarme su atención esta mañana. A no ser que me comuniquen lo contrario, supondré que mi petición ha sido denegada.

Ninguno de ellos tuvo el valor de mirarla a los ojos. Aquello a Lara le produjo cierta satisfacción cuando dio media vuelta y abandonó la sala.

Darcy la siguió. Lara no se detuvo hasta llegar a la puerta principal del edificio, donde se volvió para dirigirse a ella.

—Sé por qué Jody Tackett me detesta —dijo—. ¿Pero por qué me odia usted? ¿Qué le he hecho?

—Tal vez considere que la gente debe estar donde le corresponde. Usted no tenía por qué venir a Eden Pass. No encaja en nuestra comunidad. Nunca lo hará.

—¿Qué puede importarle a usted si encajo o dejo de hacerlo? ¿En qué supongo yo una amenaza para usted, señora Winston?

Darcy emitió un sonido burlón.

¿Podía estar relacionado con Key Tackett el odio que Darcy sentía por ella? Era una idea inquietante que prefería mantener alejada.

—Debe ser eso, estoy segura —dijo Lara—. Por alguna razón indescifrable, me considera una amenaza para usted. Créame, señora Winston,

usted no tiene nada que yo desee.

Darcy se lamió los labios.

—¿Ni siquiera una hija?

Lara titubeó, incapaz de asimilar el alcance de la crueldad de aquella mujer.

—No la había valorado en su justa medida —dijo Lara—. No sólo es egoísta y vengativa, sino mortífera.

—No le quepa le menor duda, doctora Mallory. Cuando me propongo algo, no me limito a dar puñetazos. No tengo ningún escrúpulo y por consiguiente soy peligrosa. Guárdese esa información y llévesela consigo cuando abandone la ciudad.

Lara movió la cabeza.

—No pienso marcharme. A pesar de lo que usted, o Jody Tackett, o cualquier otra persona digan sobre mí, o de lo resabioso de sus amenazas, no pueden obligarme a que me vaya.

—Esto va a ser divertido —dijo Darcy con una hermosa sonrisa en los labios.

Soltó una carcajada, dio media vuelta y regresó hacia las oficinas del centro. Su risa retumbaba aterradoramente en el cavernoso vestíbulo.

Darcy se sonó la nariz con un pañuelo bordado.

—No soporto que estés enojado conmigo, Fergus.

Después de acompañar a Jody Tackett a su casa, regresó a la suya, donde Fergus la esperaba furioso. Lo había visto tan iracundo con otras personas, pero nunca con ella. Estaba asustada. Fergus era su red de seguridad. Siempre dispuesto a consolarla cuando había algún problema.

—Por favor, deja de chillarme —dijo con la voz entrecortada.

—Lo siento. No pretendía levantarte la voz.

Darcy suspiró y limpió el rímel que se le había corrido.

—Lo que he hecho, lo he hecho por ti.

—No logro entenderlo, Darcy.

—La doctora Mallory te había puesto en una situación imposible. Puesto que eres el presidente de la junta escolar, has tenido que tratarla con deferencia y concederle la audiencia solicitada, ¿no es cierto?

—Cierto —respondió cautamente.

—Pero sabía que no querías que diera charlas sobre el sexo y les entregara preservativos a los alumnos del instituto, incluida nuestra hija. Sólo pretendía

ayudarte a salir de un aprieto.

—¿Involucrando a Jody Tackett? Maldita sea —exclamó mientras se pasaba la mano por su puntiaguda cabeza—. ¿No has aprendido nada sobre mí en los años que llevamos casados? No quiero saber nada de Jody. Ni quiero que sea precisamente ella quien me saque de ningún aprieto. Es la última persona de la tierra con quien quiero relacionarme.

—Lo sé. Lo sé, Fergus —dijo en un tono ahora halagüeño—. Pero en casos extremos hay que tomar medidas extremas.

—Nunca me sentiré lo suficientemente desesperado como para pedirle ayuda a Jody Tackett. La única ocasión en la que confié en ella, me engañó como a un primo. La gente se rio durante muchos años del timo.

—Ahora han dejado de reírse.

—Eso es porque he trabajado como un negro para triunfar en mi negocio. Mi nombre significa algo en esta ciudad, a pesar de Jody Tackett.

—Entonces, tranquilízate. La has puesto en su lugar.

—No basta. Nunca bastará.

—La contienda ha terminado, Fergus —suspiró Darcy con desaliento— y tú has ganado. Jody es vieja.

—Sólo unos años mayor que yo.

—Comparada contigo, es una anciana. Además, es un personaje secundario. La responsable de este lío es la doctora Mallory.

—La mayor parte de lo que ha dicho era razonable.

Darcy se tragó una blasfemia.

—Estoy segura de ello —dijo comedidamente en su lugar—. Es lista. Tiene títulos y diplomas colgados de las paredes —agregó mientras se secaba la nariz con el pañuelo—. Yo, sin embargo, no soy más que una ignorante ama de casa. ¿Qué puedo saber?

—Cariño, cuánto lo siento.

Fergus se agachó junto a ella al borde de la cama y le agarró la mano. A lo largo de los años, le había convencido equívocamente de que le preocupaba su carencia de una educación superior y, cuando la ocasión lo requería, lo utilizaba como palanca.

—No pretendía sugerir que la doctora Mallory fuera más lista que tú.

Una elocuente lágrima rodó por su mejilla.

—Pues lo es. Y también es una manipuladora. Probablemente a raíz de mezclarse con los políticos, ha convencido a Heather de que ha conseguido lo imposible y ahora tú te pones de su parte contra mí.

—No, cariño. No es eso en absoluto. Lo que ocurre es que me ha molestado muchísimo que le pidieras ayuda a Jody.

—No lo he hecho porque considerara que tú lo necesitabas —dijo después de extender el brazo y acariciarle la cara—. Dios sabe que esa no es la razón por la que he acudido a ella.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—Porque quería colocar a la doctora Mallory en su lugar. ¿Y quién mejor para ello que su archienemiga? ¿No lo comprendes, Fergus? Jody ha hecho el trabajo sucio, pero a ti, como presidente de la junta escolar, te atribuirán el mérito de haber rechazado a esa doctora yanqui y sus ideas supuestamente progresistas.

Se le cubrió la frente de surcos mientras reflexionaba.

—No me lo había planteado de ese modo.

Darcy le miró por debajo de sus pestañas.

—¿Te parece atractiva la doctora Mallory?

—¿Atractiva? Pues, sí, supongo que sí.

—¿Más atractiva que yo?

—No, cariño —respondió al tiempo que le acariciaba el cabello—. No hay ninguna mujer en el mundo tan atractiva como tú.

—Y te pertenezco a ti, Fergus —susurró después de acercarse a él—. Tú eres el mejor marido del mundo —agregó con la mano en su nuca—. ¿Pensarías mal de mí si quisiera acostarme contigo ahora?

—¿En pleno día?

—Es una travesura, lo sé, pero caramba, Fergus, en estos momentos siento tanto amor por ti que quiero demostrártelo.

—Puede que Heather...

—Le queda todavía una hora de ensayo con las animadoras. Por favor, cariño. Cuando me muestras tu lado duro y me chillas un poco, siento que me derrito por dentro. Ver esa faceta tan viril me pone muy caliente. Quedo... húmeda. Ahí abajo. Ya sabes.

Su enorme nuez subió y volvió a bajar.

—Pues... no tenía ni idea.

—Toca —dijo al tiempo que conducía su mano bajo la falda y fingía estremecerse cuando la tocó entre los muslos—. ¡Oh, Dios mío! —suspiró.

A los pocos minutos, Fergus había olvidado la discusión y las razones que la habían motivado. Con besos, caricias, contorsiones y jadeos, Darcy volvió a ganarse su confianza.

Si Fergus sabía que le había tomado el pelo, fingía gustoso ignorarlo.

Lara tardó dos semanas en admitir que podía haber algo de cierto en las amenazas de Darcy Winston y Jody Tackett. A los veintiún días se alarmó. Desde aquel martes por la mañana en que Jody Tackett se había desmayado en el supermercado, no había visto a un solo paciente.

Nancy se presentaba fielmente todos los días a trabajar y buscaba formas de entretenerse para pasar las horas muertas hasta que llegaba el momento de regresar a su casa. Lara ocupaba el día leyendo publicaciones médicas. Se decía a sí misma que aquel tiempo era valioso, y que tenía suerte de poder mantenerse al día respecto a nuevos descubrimientos e investigaciones. Pero no podía engañarse por completo a sí misma. Los médicos con muchos pacientes raramente disponían de tiempo para leer.

No había tenido ninguna noticia del joven abogado contratado por Jack y Marion Leonard. Si la habían denunciado por tratamiento indebido, todavía no se lo habían comunicado. Si llegaba el caso, estaba convencida de que cuando se conocieran todos los detalles sería exonerada. No obstante, la mala publicidad generada por el pleito sería desmoralizadora y profesionalmente devastadora. Confiaba en que hubieran cambiado de opinión.

La junta escolar nunca se puso en contacto con ella. Darcy había movilizado a amigas y miembros de la asociación de padres para que instigaran a la junta escolar a no permitir la infiltración de personas o proyectos ofensivos en el sistema escolar. En el periódico aparecían a diario cartas al director de padres y líderes comunitarios furiosos por las propuestas que la doctora Lara Mallory había presentado recientemente a la junta escolar. El consenso de las cartas era que Eden Pass no estaba lista para incorporar proyectos tan inmorales en su programa escolar, ni nunca lo estaría. El rechazo era explícito y vehemente.

En todas partes fingían no verla, la trataban con desprecio, o se encontraba con fanáticos sureños que la miraban de soslayo porque la consideraban inmoral por haber hablado abiertamente de un tema tan delicado con la junta escolar.

Era como una paria. La Hester Prynne de Eden Pass. De no haberlo experimentado, no habría creído que fuera posible un rechazo tan absoluto en la Norteamérica contemporánea. Empezó a creer que la profecía de Jody se cumpliría: vivir hasta comprobar que Lara Mallory abandonaba la ciudad.

Pero no antes de conseguir aquello a por lo que había venido.

Los Tackett la habían convertido en una idiota. Habían saboteado su consultorio. Pero no permitiría en modo alguno que Key ignorara su



exigencia. La llevaría a Montesangre. Ahora.

## Dieciocho

—¿Está aquí?

El Lincoln amarillo estaba aparcado junto al hangar.

—No, doctora, no está aquí —respondió Balky, francamente amable—. Pero se supone que debe regresar a alguna hora de esta tarde. A no ser que decida quedarse en Texarkana. Con Key nunca se sabe.

—¿Le importa que me quede un rato?

—En absoluto. Pero puede que pierda el tiempo.

—Esperaré.

Movió la cabeza como para indicar que la gente era un misterio para él. Comprendía mucho mejor los motores y lo que los hacía funcionar. Susurrando para sus adentros, el mecánico regresó al avión desarmado en el que estaba trabajando cuando llegó Lara.

Prefería esperar fuera del hangar, donde el aire estaba ligeramente menos viciado. Había transcurrido media hora cuando vio las luces parpadeantes del avión que se acercaba y oyó el zumbido de sus motores. El cielo estaba despejado, profundamente azul al este, violáceo arriba y de carmesí a dorado al oeste. En una ocasión, Key había intentado explicar la paz que experimentaba cuando volaba. En noches como aquella, Lara llegaba casi a identificarse con su vínculo místico con el firmamento.

Key efectuó un aterrizaje impecable y acercó el bimotor Beechcraft al hangar. Lara estaba en la pista cuando bajó de la cabina. Se percató inmediatamente de su presencia, pero fue incapaz de deducir su estado de ánimo, porque su expresión no reflejó sorpresa, alegría, decepción ni enojo.

Después de flexionar las rodillas y arquear la espalda, se le acercó tranquilamente.

—En Hawaii, cuando a tu llegada te recibe una hermosa muchacha, te ofrece su... —sonrió con una impecable dentadura blanca, que brillaba a la luz del crepúsculo—... cordialidad.

—Comprendo —respondió escuetamente Lara.

—Estaba seguro de que una chica tan lista como tú lo comprendería.

Lara le acompañó hacia la ancha puerta del hangar.

—¿Qué vas a hacer ahora? Me refiero después de haber aterrizado y terminado tu trabajo.

—Entregarle las llaves a Balky y largarme.

—¿Eso es todo?

—Después de recoger mi dinero.

—¿A quién has llevado hoy?

—A un ganadero y a su capataz de Arkansas, han venido para ver un toro. Los he recogido esta mañana en Texarkana. Han pasado la mayor parte del día negociando el precio del toro con su propietario, un individuo llamado Anderson que tiene una gran finca cerca de aquí. El avión es suyo. Me ha contratado para que los llevara de ida y vuelta.

—Es un aparato muy bonito —dijo Lara después de volver la cabeza para mirarlo.

—Vale unos noventa y cinco mil. Es un Queen Air.

—Tiene nombre de colchón.

—Cierto. —Key sonrió—. Hola, Balky —saludó cuando entró en el edificio.

El mecánico volvió la cabeza y Key le arrojó las llaves del avión.

—¿Algún problema?

—Todo como una seda. ¿Dónde está mi dinero?

Balky se secó las manos con un trapo mientras se dirigía al pequeño cuarto donde Lara había encontrado durmiendo a Key la mañana del accidente de Letty Leonard. Se dirigió al escritorio situado en el rincón opuesto al del catre y encendió una lámpara de cuello flexible. Sacó un sobre blanco del cajón y se lo entregó a Key.

—Gracias.

—No hay de qué.

Balky se retiró. Key abrió el sobre, contó el dinero que contenía y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿Te paga al contado? —preguntó Lara.

—Pues, sí.

—¿Sin papeles ni facturas? ¿Ninguna constancia de la transacción?

—He hecho un trato verbal con mi cliente. ¿Para qué involucrar a otra gente?

—¿Como Hacienda?

—Pago mis impuestos.

—Claro. ¿Y la federación?

—Supondría un montón de papeleo para cada pequeño viaje. ¿Quién lo necesita?

—¿No tienes que presentar un plan de vuelo o algo por el estilo?

—Hasta cuatrocientos metros, el espacio aéreo no está controlado. Se rige por la norma de «ver y evitar».

—¿Siempre vuelas por debajo de dicho límite?

Key se hartó de preguntas.

—¿Quieres tomar lecciones de vuelo, doctora? Tengo título de instructor y podría enseñarte a pilotar sola en un abrir y cerrar de ojos. Soy caro, pero bueno.

—No me interesan las lecciones de vuelo.

—¿Has venido sólo a tomar el fresco?

—No, quería hablar contigo.

—Te escucho —respondió. Se acercó al frigorífico y sacó una cerveza. Después apoyó un codo sobre la anticuada nevera, echó la cabeza atrás y tomó un buen trago.

—Es sobre un trabajo.

Key bajó la lata y la miró atentamente.

—Hemos eliminado las lecciones de vuelo y supongo que no se trata de otro vuelo de urgencia al hospital.

—No.

Volvió a mirarla prolongadamente en silencio. Después levantó la lata de cerveza y le preguntó:

—¿Quieres una?

—No, gracias.

—¿Y bien? —preguntó después de tomar otro trago—. Me muero de curiosidad.

—Quiero que me lleves a Montesangre.

Key vació tranquilamente la lata y la arrojó con gran precisión al cubo de la basura. Se sentó en la silla basculante, se puso cómodo y colocó los pies sobre un rincón de la mesa después de empujar la lámpara con los tacones de las botas.

Lara permaneció de pie. No tenía dónde sentarse, a excepción del catre. Key no se lo ofreció pero, aunque lo hubiera hecho, no lo habría aceptado.

—Me lo has pedido ya más de una vez y te he dicho que no. ¿Tienes algún problema en el oído?

—No bromeo.

—Ah, no bromeas —repitió con sarcasmo—. Discúlpame. En tal caso, ¿piensas lanzarte en paracaídas?

—Claro que no —respondió con los brazos cruzados bajo el pecho.

—No estarás sugiriendo un aterrizaje en territorio Montesagrino. Porque si es eso lo que sugieres, estás más loca que una cabra.

—Hablo en serio.

—Yo también, doctora. ¿Cómo está tu español? Tal vez debas refrescarlo un poco. ¿Te das cuenta de lo que significa Montesangre?

—Sí. Montaña sangrienta. Y me consta de primera mano que es verdad. Toqué la sangre cálida y húmeda de mi hija con mis propias manos.

Key puso los pies en el suelo e incorporó el respaldo de la silla.

—Entonces, ¿por qué diablos quieres regresar?

—Lo sabes perfectamente. Hace años que lo intento, desde que recuperé el conocimiento en aquel hospital de Miami. No puedo entrar en el país por los canales normales. Están cerrados.

—De modo que has pensado en mí como canal clandestino.

—Por así decirlo.

—Por así decirlo, allí matan a la gente como moscas.

—Lo sé perfectamente.

—¿Y a pesar de todo quieres ir?

—Tengo que hacerlo.

—Pero yo no.

—No, tú no tienes por qué hacerlo. Pero he pensado que tal vez lo considerarías como una aventura.

—Pues piénsatelo de nuevo. Me han llamado muchas cosas, pero nunca imbécil. Si quieres ir allí y que te hagan papilla, es cosa tuya, pero yo le tengo bastante apego a mi vida y puedes eliminarme de tus planes.

—Escúchame, Key.

—No me interesa.

—Estás en deuda conmigo.

—Tú misma lo has dicho. Pero me niego a hacerlo.

—Te agradecerá saber que no he tenido un solo paciente en el consultorio desde la mañana en que tu madre sufrió el ataque. Jody se negó a permitir que la ayudara. Y tú me denunciaste bruscamente ante todo el mundo.

—No tuve tiempo para hablarte con tacto, mi madre estaba en las puertas de la muerte.

—Exactamente. Y cuando se divulgó la noticia de que los Tackett preferían la muerte a aceptar mi atención médica, desaparecieron los pocos

pacientes que me había ganado. Se derrumbaron meses de duro trabajo. Unas ásperas palabras bastaron para destruir la confianza que tan difícilmente me había ganado. Desde entonces no he hecho más que rascarme la barriga.

—Estás rompiéndome el corazón.

Lara respiró hondo y procuró apaciguarse.

—Me había propuesto dar unas charlas sobre educación sexual en el instituto. Tienen una importancia fundamental y habrían beneficiado a la juventud de la comunidad.

—Sí, lo leí en el periódico.

—Lo que no publicaron fue la forma en que Jody sobornó a la junta escolar para que rechazara el proyecto.

—Realmente sabes cómo excitar a la gente, ¿no es cierto?

—Comparada con tu madre, soy una pánfila. Cuando acabó conmigo, tu querida Darcy aniquiló la escasa credibilidad que me quedaba.

—Sabes lo que te digo, he oído hablar de casos mentales como el tuyo. Los llaman complejos de persecución.

—He cerrado oficialmente el consultorio —dijo Lara sin prestar atención a lo que acababa de oír—. Hoy he despedido a Nancy. Mi carrera ha quedado temporalmente suspendida. De modo que habéis conseguido lo que os proponíais. Tu familia ha destruido efectivamente todas mis oportunidades de ejercer la medicina en Eden Pass. Dadas las circunstancias, considero que me debes una compensación.

—No te debo un carajo.

—He cerrado el consultorio, pero eso no significa que esté dispuesta a abandonar la ciudad —declaró con su último as todavía en la mano—. Tu madre ha jurado que viviría hasta verme abandonar Eden Pass ignominiada. Dudo que lo haga. Puedo permanecer aquí sin trabajar hasta agotar mis ahorros y, si vivo con frugalidad, podré hacerlo varios años.

—Pamplinas. Te gusta demasiado la medicina. No la abandonarías.

—Preferiría no hacerlo, pero lo haré.

—¿Sólo por despecho?

—Exactamente. Pero estoy dispuesta a negociar. Le ahorraré a tu familia agravios y molestias, a condición de que me llesves a Centroamérica. Cuando regresemos, me iré. Créeme, no me sabrá mal hacerlo. Estoy harta de peleas y habladurías mezquinas, harta de prepararme siempre antes de salir con la esperanza de ser aceptada.

»Permíteme que te diga una cosa —dijo después de inclinarse sobre la mesa—, en lo que a mí concierne, los indeseables son los habitantes de Eden

Pass. Son unos hipócritas criticones y cargados de prejuicios, unos cobardes que se doblegan a la voluntad de una vieja amargada.

»Llévame a Montesangre, Key, y abandonaré esta ciudad, no porque yo no esté a su altura, sino porque no está a la mía.

—¿Eso es todo? —preguntó Key con los brazos abiertos después de un largo silencio.

Lara asintió.

—Me alegro —dijo al tiempo que erguía la espalda y se ponía de pie—. Debo darme prisa. Me muero de hambre y Janellen me espera para cenar.

Lara le agarró la manga y se colocó al otro lado, de la mesa.

—No me trates con paternalismo, hijo de puta. Me has destruido a mí y mi consultorio, pero no permitiré que me ignores.

Key le sacudió la mano.

—Escúchame, no me importan un carajo las habladurías ni la política local. Lo que mi madre haga con la junta escolar o cualquier otra persona es cosa suya. A no ser que me afecte directamente a mí, prefiero no entrometerme.

»Supongo que eres una buena doctora y tu consultorio ha sido muy útil en algunas ocasiones, pero me da exactamente igual que practiques la neurocirugía, te rasques la barriga o lo cierres definitivamente. Darcy Winston no es mi amante. Y si pretendes infiltrarte en un país que está en la lista negra de nuestro gobierno, allá tú. Pero no cuentes conmigo.

—¡Con qué facilidad apelas ahora a la ética —exclamó acalorada mientras señalaba el bolsillo de su camisa—, cuando efectúas vuelos clandestinos a diario!

—Mi negativa a cooperar contigo no tiene nada que ver con la ética. No quiero exponerme a que me maten. Además, tus motivos no me inspiran ninguna confianza. De modo que has perdido...

—¿Y si Ashley todavía viviera?

Key guardó silencio y le dirigió una mirada penetrante.

—Perdón, Key —titubeó Balky desde el umbral de la puerta mientras los miraba alternativamente con sus húmedos ojos—. Me voy. ¿Te ocuparás de cerrar?

—Por supuesto, Balky. Buenas noches.

—Buenas noches. Buenas noches, doctora.

Escucharon hasta oír que se alejaba. Su interrupción neutralizó la tensión, pero sólo marginalmente. Key le volvió la espalda a Lara y se pasó las manos por el cabello.

—¿Existe dicha posibilidad?

—Probablemente no. Pero el caso es que no lo sé. Supongo que en el fondo de mi alma me he aferrado a la remota esperanza de que de algún modo haya sobrevivido. Nunca devolvieron su cadáver, como lo hicieron con el de su padre —respondió mientras se frotaba hastiadamente la nuca—. Claro que, como médico y considerando la gravedad de la herida, sé que es sumamente improbable. Murió y la enterraron. En algún lugar ajeno y desconocido. No puedo vivir así. Por lo menos quiero recuperar sus restos y sepultarlos en territorio norteamericano.

Key volvió la cabeza para mirarla, pero no dijo nada.

—Necesito que hagas esto por mí —insistió—. De un modo u otro debo sacar a mi hija de ese lugar y traerla a casa. Pero no puedo entrar en el país. Incluso los países aliados realizan muy pocos vuelos a Montesangre, debido a la inestabilidad permanente de su gobierno. E incluso aunque lograra llegar, como ciudadana norteamericana me negarían la entrada en el país y me devolverían en el próximo vuelo.

—Parece bastante probable.

—Más que probable. He estado en contacto con otras personas en circunstancias parecidas. Muchos norteamericanos tienen a seres queridos desaparecidos en Montesangre. Todo esfuerzo por averiguar su paradero ha sido en vano. Los que llegaron a Ciudad Central recibieron muy malos tratos. Algunos pasaron horas en la cárcel, o incluso días, antes de devolverlos al aeropuerto para ser deportados. Algunos aseguran que estuvieron a punto de perder la vida, y les creo.

—Esa es la razón por la que no quiero volar sobre ese país, ni mucho menos aterrizar y pisar su suelo —declaró Key.

—Si hay alguien capaz de aterrizar y despegar allí, ese eres tú. Clark presumía constantemente de tu habilidad como piloto. Me habló de misiones imposibles que realizaste para transportar suministros, e intentos de rescate. También me dijo que te encanta el peligro, exponerte a las circunstancias más arriesgadas —dijo antes de detenerse para recuperar el aliento—. Supongamos que estuvieras de acuerdo, ¿podrías conseguir un avión?

—Es mucho suponer.

—Sólo teóricamente. ¿Podrías conseguirlo?

Reflexionó unos instantes.

—Conozco a un individuo que en una ocasión me pidió que estrellara su avión para poder cobrar el seguro. Tenía muchas deudas. Me ofreció el treinta por ciento si sobrevivía.



—¿Podrías hacerlo? ¿Estrellar deliberadamente un avión y sobrevivir?

—Si se hace como es debido. —Sonrió fugazmente—. Su oferta era tentadora. Un montón de dinero. Pero el riesgo era excesivo.

—¿Sigue en su aprieto?

—Que yo sepa, sí.

—¿Tiene todavía el avión?

—Que yo sepa, sí.

—De modo que tal vez accedería a que lo pilotaras en unas circunstancias potencialmente peligrosas. Si no regresaras, podría cobrar el dinero del seguro y quedarse con todo. Si lográramos volver, dispondría del dinero que le pagaríamos para utilizar el avión. ¿Cuánto nos cobraría por su alquiler?

—Es un buen avión. Un Cessna trescientos diez. Bastante nuevo. Teniendo en cuenta la distancia... unos veinte mil.

—Veinte mil —repitió suavemente Lara—. ¿Tanto?

—Eso es. Sin contar mis honorarios.

—¿Tus honorarios?

—Si mi culo va a ser el blanco de algún guerrillero con un rifle automático, no te quepa la menor duda de que quiero mis honorarios.

Por la expresión de su rostro, sabía que no podría permitirselo.

—¿Cuánto, Key?

—Cien mil. Pagaderos antes de despegar —agregó al comprobar su estupefacción.

—Esto supone casi todo lo que tengo.

—Mala suerte —respondió al tiempo que se encogía de hombros—. Supongo que no tendremos que vacunarnos después de todo. Me alegro. Detesto las inyecciones.

Una vez más intentó salir. En esta ocasión, Lara se cruzó en su camino y le agarró los brazos.

—Realmente lo detesto. Creo que no lo harías si no supieras lo mucho que lo odio.

—¿Hacer qué?

—Tratarme con desprecio. Hablarme en tono paternalista. ¡Maldito seas! No pienso permitir que te lo tomes a broma. Sabes lo importante que es para mí.

Aprovechando la fuerza que ejercía la propia Lara, Key avanzó hasta acorralarla contra un exfichero del ejército.

—¿Hasta qué punto es importante para ti?

—Muchísimo. De lo contrario, ¿crees que le habría pedido un favor a un Tackett, a cualquier Tackett?

La presión de su cuerpo era excitante. También lo eran sus profundos ojos. Pero Lara no quiso darle la satisfacción de manifestárselo. Mantuvo la barbilla desafiadoramente elevada y la mirada fija.

—Podría incluso decirse que soy tu última esperanza, ¿no es cierto, Lara?

—Tú eres la razón por la que vine a Eden Pass —declaró Lara desconcertando a Key como esperaba hacerlo—. Clark me ofreció una magnífica oportunidad de ejercer de nuevo la medicina, pero la habría rechazado de no haber sido por ti. Quería conocer a su intrépido hermano, capaz de «pilotar en cualquier momento, a cualquier lugar», según tus propias palabras.

»Sabía que estabas fuera la mayor parte del tiempo, pero también sabía que tarde o temprano regresarías. Decidí que, de un modo u otro, lograría que me llevaras a Montesangre. En un sentido muy literal, sí, eres mi última esperanza.

La había escuchado con suma atención, evidentemente aturdido por su confesión. Pero no tardó en recuperarse de su asombro y se dibujó una sonrisa en sus labios.

—De modo que puedo decidir el precio, ¿no es cierto?

—Ya lo has hecho. Cien mil dólares.

Extendió perezosamente la mano y le acarició la mejilla.

—Pero estaría dispuesto a hacerlo gratis a cambio de follar contigo.

Lara levantó inmediatamente la mano para alejar la de Key de su rostro, pero en su lugar le agarró la muñeca con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Sabía que convertirías esto en algo desagradable. He procurado apelar a tu dignidad, pero no tienes ninguna. No sientes ninguna responsabilidad hacia nadie, a excepción de ti mismo.

—Ahora empezamos a comprendernos, doctora —susurró Key—. No puedes imaginarte lo liberador que es sentirse completamente libre de toda obligación.

—¿Libre de toda obligación? Tu hermano es parcialmente responsable de la muerte de Ashley. Entre todos los pecadores, mi hija ha sido la única víctima inocente de todo este embrollo. No considero a Clark exento de responsabilidad. Ni a mí misma tampoco.

»En lo que concierne a Ashley, carezco de orgullo —agregó después de soltarle la muñeca—. Nunca volveré a verla haciendo piruetas, oír las escalas cuando practica el piano, besarle una rodilla lastimada, u oír sus oraciones

antes de acostarse. Sólo quiero lo que puedo lograr, que es darle sepultura en territorio norteamericano. Si acostarme contigo es la única forma de lograrlo, me habrá salido muy barato.

El fulgor apasionado de su mirada se transformó en frío cinismo. Se retiró, pero con mucha lentitud, de modo que pareció transcurrir una eternidad hasta que dejaron de estar en contacto.

—Como bien has dicho, doctora, carezco de dignidad. Ayudaría a una anciana a cruzar la calle si corriera el peligro de que la atropellara un camión, pero ese es más o menos el límite de mi caballerosidad. No me parezco absolutamente en nada a mi hermano. Dejé para él todas las buenas acciones. Pero a pesar de mi curiosidad por saber lo que halló de irresistible en ti, paso.

»Cierra cuando te marches, ¿de acuerdo? —chilló por encima del hombro cuando cruzaba el umbral de la puerta.

—Llegas tarde.

—Lo sé.

—No te hemos esperado para cenar.

—De todos modos, no tengo hambre.

Key y Jody intercambiaban palabras como si fueran obuses. Key se dirigió inmediatamente al aparador y se sirvió una copa.

—Hay frijoles con jamón para cenar, Key —dijo Janellen—. Te encantan los frijoles. Siéntate y deja que te sirva un plato.

—Voy a sentarme, pero no me apetece comer.

Estaba de un humor de mil demonios desde que Lara Mallory le había pedido que la ayudara a rescatar los restos de su hija, que probablemente era de su propia sangre. ¿Podía el sentido de culpabilidad de Clark haberle inducido a suicidarse? Al principio no había prestado atención a los rumores. Pero ahora ya no parecían tan descabellados.

Trajo la botella consigo a la mesa y, a pesar de la crítica mirada de Jody, se sirvió otra copa.

—¿Cómo has pasado el día, Jody? ¿Te sientes mejor?

—Estoy perfectamente. Siempre lo he estado. Tuve un desmayo y todo el mundo ha exagerado.

Para que no le subiera la presión sanguínea, Key prefirió no discutir. Desde su ataque, la había tratado con suma delicadeza y había hecho todo lo necesario para aplacarla, en lugar de provocarla.

Seguía pensando que tener a una enfermera en casa sería una buena idea, pero no había vuelto a mencionarlo. Eludía todos los misiles verbales que ella le lanzaba, consciente de que era predominantemente el miedo lo que provocaba su pésimo humor. Maldita sea, si él hubiera tenido un infarto semejante, también estaría nervioso.

—¿Y cómo estás tú, Janellen? ¿Te ha ocurrido hoy algo emocionante?

—No. En el trabajo, como de costumbre. ¿Qué has hecho tú?

Les contó lo del ganadero de Arkansas.

—Anderson me ha pagado bien. Ha sido un trabajo fácil. Pero terriblemente aburrido.

—Y para ti eso es lo más importante, ¿no es cierto? —Dijo Jody—. Dios te libre del aburrimiento.

Key levantó su vaso de whisky para brindar por la precisión de lo que acababa de decir.

—Igual que tu padre —refunfuñó Jody con desdén—. Siempre en busca de aventura.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Hay pastel de tapioca de postre, Key. ¿Quieres un poco?

—Yo te diré lo que tiene eso de malo —respondió Jody sin prestar atención a los desesperados intentos de Janellen para evitar una discusión—. Eres como un niño que vive en un mundo de fantasía. ¿No ha llegado el momento de que crezcas y te comprometas con algo que valga la pena?

—Trabaja para una de las empresas madereras, mamá. Se dedican a fumigar bosques de pinos. Salvar bosques es algo que vale la pena.

Jody no oyó a su hija. Pensaba sólo en Key.

—La vida no está hecha de aventuras. Hay que trabajar día tras día, al sol y bajo la lluvia, durante los buenos y los malos tiempos, tanto si te gusta como si deja de gustarte.

—A mí, eso no me parece «vida» —respondió Key—. Yo lo llamaría hastío.

—La vida no es siempre diversión.

—Exactamente. Esa es la razón por la que hay que buscarla. O creársela.

—¿Como lo hacía tu padre?

—Sí. Porque no la encontraba en casa —dijo con los nervios a punto de estallar—. La buscó en otros lugares, con otras mujeres, en otras camas.

Jody se levantó de un brinco.

—No permitiré que digas esas porquerías en mi mesa.

Key se puso también de pie para enfrentarse a ella.

—Y yo no permitiré que difames a mi padre.

—¿Padre? —exclamó en son de burla—. No era un padre. Se ausentaba durante períodos de muchos meses.

Le dolió el recuerdo de las innumerables ocasiones en las que había visto desaparecer su coche a la vuelta de la esquina, consciente en su tierno y afligido corazón de que transcurrirían muchos días antes de volver a verle.

—Huía de ti, no de nosotros —contraatacó Key.

—¡Key! —exclamó Janellen, que una vez más pasó inadvertida.

Ahora que estaba abierto el pozo del resentimiento, no pudo controlar el flujo de iracundas palabras.

—Nunca me hablaste ni me acariciaste con cariño. ¿Trataste a papá del mismo modo? ¿Le hablaste alguna vez sin hacerle un discurso sobre sus defectos? ¿Dejaste alguna vez de pensar en el petróleo el tiempo suficiente para reírte con él, bromear y hacer bobadas sólo para divertirte? Cuando estaba deprimido, ¿le ofreciste tu pecho para consolarle? Claro que tu pecho tampoco habría supuesto un consuelo, ni siquiera un alivio. Es tan duro como el granito.

—¡Key! —chilló Janellen—. Mamá, siéntate. Estás...

—Tu padre no necesitaba mi amor. Lo obtenía de putas en el mundo entero. Además, me las restregaba por las narices. Estaba con una de ellas el día en que naciste —dijo. Hizo una pausa para respirar varias veces con dificultad—. Lo único bueno que salió de mi matrimonio con Clark Tackett hijo fue tu hermano.

—San Clark —dijo Key con una risita—. Tal vez no era tan bueno como supones. Esta noche he estado hablando de él con su examante. Parece que la doctora Mallory culpa a Clark de haberla mandado con su familia a Centroamérica y de que los mataran. Me ha pedido que la lleve allí y la ayude a rescatar los restos de su hija. ¡Menuda zorra!

—¿No estarás pensando en hacerlo? —preguntó Janellen estupefacta.

—¿Por qué no? Su dinero vale tanto como el de los demás.

—Todavía están en plena revolución. Matan a un montón de gente todos los días.

A pesar de que hablaba con Janellen, sus ojos nunca se apartaban de Jody.

—La doctora Mallory considera que los Tackett se lo debemos. A cambio de mis servicios, se ha comprometido a abandonar Eden Pass para no volver.

—Te prohíbo que lo hagas, ¿comprendes? —dijo Jody con la voz temblorosa por la ira.

—¿Aunque suponga deshacernos de Lara Mallory?

—No puedes confiar en su palabra. No debes pensar en modo alguno en acompañarla a Centroamérica.

—Caramba, mamá, tu preocupación por mi seguridad me emociona —dijo Key con la mano sobre el corazón.

—Me importa un comino tu seguridad. Mi única preocupación es la de proteger los vestigios que quedan de la reputación de Clark. Si vas a algún lugar con esa puta, mereces que te vuelen la cabeza de un balazo.

Janellen se llevó la mano a la boca para disimular un suspiro y se desplomó en su silla.

—¿Por qué no lo confiesas abiertamente, Jody? —exclamó Key—. Si no puedes tener a Clark, preferirías que yo también estuviera muerto.

Jody agarró sus cigarrillos y el encendedor, dio media vuelta y abandonó el comedor.

Los largos brazos de Key permanecieron mucho rato agarrados al respaldo de la silla. Sus nudillos estaban blancos alrededor del roble lustrado, como si estuviera a punto de levantar la silla y arrojarla por la ventana del comedor.

Hasta que oyó su voz, no recordó que Janellen estaba presente.

—Lo que has dicho es tan... horrible, mamá estaba demasiado furiosa para refutarlo.

Key la miró con tristeza. Se relajaron los músculos de sus brazos y dejó caer las manos. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Te equivocas, Janellen. No me lo ha refutado porque es la verdad.

Se encendió la lámpara de la mesilla de noche. Lara se despertó inmediatamente, se acercó a la luz y se incorporó con un vuelco en el corazón.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado?

—He usado una ganzúa en la puerta trasera —respondió Key—. Has olvidado cambiar el código de la alarma.

Le llamaron la atención sus pechos desnudos. Lara, todavía desorientada, no intentó cubrirse. La mirada de Key permaneció fija en lo mismo unos instantes. Luego, mientras blasfemaba para sus adentros, levantó una bata del pie de la cama y se la arrojó.

Paseaba de un lado para otro mordiéndose el labio inferior. De pronto, se paró para mirarla.

—Nunca nos darán permiso para aterrizar. ¿No has pensado en eso?

Lara seguía todavía confusa de la forma abrupta en que la había despertado.

—No. Quiero decir, sí —respondió. Respiró hondo para despejarse y se apartó el cabello de la cara—. No, no nos autorizarán a aterrizar, pero sí, por supuesto que he pensado en ello.

—¿Y bien?

—Tengo un mapa donde aparece un aeródromo privado.

—¿Una CNA?

—¿Una qué?

—Una carta de navegación aeronáutica. Un mapa especial para pilotos.

—Creo que no. Parece un mapa corriente.

—Algo es algo —dijo Key—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo mandaron.

—¿Alguien de confianza?

—Un cura católico. El padre Gerald. Nos hicimos amigos cuando estábamos allí. Randall le nombró capellán oficial de la embajada.

—Creía que los rebeldes habían ejecutado a todos los curas.

—Asesinaron a muchos de ellos. Él logró sobrevivir.

Key reflexionó unos instantes mientras se sentaba en una silla junto a la cama, tan cerca de Lara que sus rodillas casi se tocaban.

—Me da la impresión de que ese cura debe jugar con dos barajas.

—Es muy posible —admitió Lara con una pequeña sonrisa—. Asegura ser bipartisan.

—Sigue la corriente.

—Es la única forma de seguir haciendo el trabajo del Señor.

—O de salvar el pellejo.

—Sí —admitió a regañadientes—. Pero no tengo ninguna razón para desconfiar de él. Además, es nuestro único contacto.

Key dio un soplo.

—De acuerdo. Dejemos eso momentáneamente y pasemos al punto siguiente. ¿Sabes si tienen radar?

—Estoy segura de que lo tienen, pero no puede ser muy sofisticado. Allí no hay nada que lo sea. Tecnológicamente, llevan varias décadas de retraso respecto al resto del mundo.

—¿A qué distancia de Ciudad Central está la pista de aterrizaje?

—A unas cuarenta millas —respondió después de convertir mentalmente los kilómetros.

—Demasiado cerca —silbó Key—. ¿Cómo se supone que puedo evitar su radar?

—Debe haber algún modo. Los traficantes de drogas lo hacen constantemente.

—Nunca he sido traficante de drogas —respondió con la mirada fija en sus ojos.

—No pretendía sugerir que...

—Claro que lo pretendías —replicó sin dejar de mirarla, hasta que se encogió impacientemente de hombros—. Qué más da. Cree lo que se te antoje.

Key dejó la silla y empezó a pasear de nuevo. Lara deseaba formularle un sinfín de preguntas, pero no se atrevía a hacerlo. Sobre todo quería saber por qué había cambiado de opinión. Entretanto, él deambulaba por la habitación como un animal enjaulado.

—Si logramos ocultarnos de su radar y si el aeródromo está donde se supone que debe estar...

—¿Sí?

—¿Cómo nos desplazaremos?

—Puedo ponerme en contacto con el padre Geraldo para que nos recoja.

—Sigue.

—Hay una organización clandestina que logra hacer entrar y salir suministros, cartas y cosas por el estilo de Montesangre. Así fue cómo conseguí el mapa. Tuve que esperar un año para recibirlo, pero lo tengo desde hace varios meses. A través de dicha organización, puedo comunicarle al padre Geraldo que nos espere.

—¿Tardará otro año?

—No. Ya están todos en estado de alerta. Les he mandado aviso.

—¿Tan segura estabas de que accedería?

—Estaba segura de que haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

Hicieron una pausa y se miraron mutuamente.

Key fue el primero en reaccionar.

—¿Habla inglés ese cura?

—En realidad, su nombre es Gerald Mallone. Es norteamericano.

Key echó una maldición.

—Eso significa que es doblemente sospechoso y probablemente le siguen a todas partes.

—Lo dudo. Se ha sumergido plenamente en la cultura de Montesangre y su temperamento es más latino que irlandés. Además, es plenamente



consciente del peligro. Hace muchos años que vive allí y sabe cómo evitarlo. El aeródromo parece bastante seguro. Me han dicho que está en la costa, al pie de una cordillera de vegetación muy frondosa.

—¿Seguro? ¡Maldita sea! Tendré que volar de noche, sobre mar abierto, ocultándome de su radar y aterrizar en medio de una maldita jungla, con la esperanza en todo momento de no estrellarnos contra una montaña, ni nos hagan estallar en pleno vuelo —dijo. Cuando se percató de que Lara iba a responder, levantó ambas manos—. Lo sé, lo sé. Los traficantes de drogas lo hacen constantemente. Sin duda en ese mismo aeródromo.

Volvió a pasear unos minutos sin que Lara interrumpiera sus pensamientos.

—Bien, supongamos que logremos aterrizar sin estrellarnos ni que se incendie el aparato, que consigamos abandonar el avión sin que nos acribille a balazos un ejército de rebeldes o de contras, y que ese dudoso cura esté esperándonos. ¿A dónde nos llevará?

—A Ciudad Central.

Key se pasó la mano por la cara.

—Me lo temía.

—Allí es donde, con toda probabilidad, está enterrada mi hija.

Key echó una ojeada a su despeinada cabellera pelirroja.

—Allí llamarás tanto la atención como un oso polar en el Sahara. ¿No temes alarmar a nadie cuando entres en un cementerio con una pala y empieces a cavar una fosa?

Lara dio un suspiro.

—Lo siento. Disculpa mi insensibilidad —dijo antes de regresar a su silla y proseguir en un tono más amable—. Dudo que te permitan exhumar el ataúd, Lara. ¿Sabes en qué cementerio puede estar enterrada tu hija?

—No.

—¿Y ese padre, como se llame?

—Según las últimas noticias que tuve de él —respondió mientras movía la cabeza—, intentaba averiguarlo. Los archivos civiles de los últimos años son bastante caóticos. Cuando lleguemos, espero que haya descubierto alguna pista. —Sonrió a guisa de disculpa—. Es lo mejor que puedo hacer.

—¿Y si no obtiene ninguna información?

—Me ocuparé personalmente de investigar.

—Mierda. Eso es imposible.

—No tanto como parece —dijo Lara con toda la convicción de la que fue capaz—. Hay un montesagrino que trabajaba en la embajada, un joven astuto

que conoce bien el lugar. Se le contrató inicialmente como administrativo, pero pronto pasó a ser indispensable para Randall para la traducción de documentos oficiales. Randall tenía sólo unas nociones de español. Emilio es listo e intuitivo. Si logro encontrarle, sé que nos ayudará.

—¿Si logras encontrarle?

—Puede que no sobreviviera al ataque a la embajada. Su nombre no apareció en las listas de bajas, pero dudo de que fueran completas. Si no murió, probablemente se ha ocultado. Cualquiera que hubiera trabajado en la embajada norteamericana, sería considerado como un traidor por los rebeldes.

—Supongamos que esté muerto, o que por cualquier otra razón sea inaccesible. ¿Qué hacemos entonces?

—Tendré que arreglármelas por mi cuenta.

—¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

—Haré lo que sea necesario para recuperar a Ashley.

—Exacto —dijo Key—. Incluso ofrecer tu dulce cuerpo a ese desarrapado que soy yo —agregó con la mirada en sus muslos, donde se le había abierto la bata unos centímetros por encima de las rodillas.

Lara permaneció inmóvil y en silencio.

Key se puso inesperadamente de pie.

—Ponte en contacto con esa organización clandestina. Reúne toda la información que puedas. No rechaces nada, ni confíes tampoco en tu memoria; toma abundantes notas. Quiero saberlo todo: la hora de la salida y la puesta del sol, temperatura, población, límite de velocidad y todo lo que se te ocurra. Deja que yo decida lo que es importante y lo que no lo es. En situaciones como esta, uno nunca sabe qué parte de la información puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

»Viajaremos con poco equipaje. Coge sólo una bolsa que puedas llevar fácilmente. No incluyas nada de valor, nada que si se te cae no puedas literalmente abandonar. Ten en cuenta que si tenemos éxito, volveremos con un ataúd. Puede que eso sea lo único que podamos transportar. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ocurre con el avión?

—Yo me ocuparé del avión y de las armas.

—¿Armas?

—¿No creerás que voy a meterme en un campo de batalla sin ir armado? ¿Sabes disparar?

—Puedo aprender.

—Empezarás tan pronto como haya conseguido las armas. Yo me ocuparé de las transacciones, pero confío en que todos los gastos me sean reembolsados.

—Por supuesto.

—Hay una sola condición: no me formules ninguna pregunta respecto a las armas o al avión. Si los federales se ponen curiosos y empiezan a husmear, podrás responderles sinceramente que no sabes nada.

—¿Y tú qué les dirás?

—Mentiré. Convincentemente. ¿Cuándo quieres salir?

—Tan pronto como dispongas de un avión.

—Estaré en contacto.

—Gracias, Key —dijo Lara después de ponerse de pie—. Muchísimas gracias.

Key se situó exactamente delante de ella, sin ninguna brusquedad en su tono ni en sus movimientos.

—En cuanto a mis honorarios, ¿permanece abierta tu oferta?

Lara miró sus penetrantes ojos oscuros, e intentó convencerse de que la debilidad de sus rodillas se debía a que hubiera aceptado efectuar el viaje y no a la energía sexual que irradiaba.

Bajó la cabeza y se desabrochó el cinturón. Se abrió la bata. Esperó sólo unos momentos antes de quitársela y dejarla caer al suelo.

Permaneció desnuda ante él.

El silencio era denso, la tensión tangible. Aunque ella no le miraba, sentía que sus ojos se paseaban por su cuerpo. Sentía unos ligeros escalofríos, como si la acariciara con la mirada, dejando pequeñas pinceladas de calor. Pechos, barriga, sexo, muslos, todo ello acariciado por su mirada.

Se sintió caliente. Húmeda. Se le endurecieron los pezones.

Le ardía la pera de las orejas. Y en algún lugar de sus entrañas, palpitaba el conocimiento carnal.

—Mírame.

Lara levantó la cabeza.

—Pronuncia mi nombre.

—Key —dijo primero en un susurro—. Key —repitió.

Él le colocó la mano en la nuca y agachó la cabeza. Su beso fue duro y posesivo. Tras cada impulso de su lengua había un indicio de enojo... al principio. Luego parecía buscar algo que no encontraba. Tal vez un deseo tan amplio como el suyo.

Lo encontró. Sólo que nunca lo supo, porque tan abruptamente como había empezado, terminó.

—Aceptaré diez mil ahora —dijo en un tono asombrosamente tranquilo, aunque había indicios de tensión en sus labios, que se movían torpemente—. Negociaremos el resto de lo que me debes si regresamos vivos —agregó antes de darse la vuelta.

Lara se cubrió con la bata.

—¿Key?

Se detuvo en el umbral de la puerta y, después de mucho titubear, volvió la cabeza.

—Yo sé por qué lo hago, ¿pero por qué lo haces tú? —preguntó mientras movía con perplejidad la cabeza—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Qué vas a salir ganando?

—A excepción de unos miserables diez mil dólares, nada en absoluto. El caso es que, como tú, no tengo nada que perder.

## Diecinueve

—¿Querías a mi hermano?

La pregunta era como caída del cielo.

Lara había cerrado los ojos, pero no dormía. Estaba demasiado nerviosa para conciliar el sueño, aunque le pesaban los párpados de falta de descanso. No había dormido bien los últimos días, antes de su partida.

Había transcurrido por lo menos media hora sin que ella y Key intercambiaran una palabra. El único ruido en la cabina era el zumbido de los motores. Habían salido de Brownsville, Texas, a última hora de la tarde. Luego, durante varias horas, el escarpado terreno del interior de México se extendía hasta el horizonte. Después de cruzar la península de Yucatán, Key se había adentrado en el océano Pacífico para describir un gran semicírculo. No se veía todavía la tierra cuando se acercaban a Montesangre por mar.

Había sólo un pequeño tajo de luna en el firmamento; Key había organizado el viaje de acuerdo con el ciclo lunar. Había eliminado también las luces de las alas. Sólo la tenue iluminación del cuadro de mandos mitigaba la oscuridad estigiana.

Su creciente tensión era palpable conforme se preparaba mentalmente para el difícil aterrizaje y Lara no quiso distraerle con comentarios fútiles. Habían salido de Eden Pass al mediodía y volaron hasta Brownsville, donde habían comido. Ella no tenía hambre, pero Key había insistido en que limpiara el plato.

—Quién sabe cuándo podrás volver a comer —dijo.

Llenó de combustible el avión, que Lara supuso que pertenecía a aquel individuo endeudado, puesto que era un Cessna trescientos diez. Tal como lo habían acordado, no se lo preguntó. En preparación para el viaje, Key retiró tres de los cinco asientos, Lara supuso que con el propósito de acomodar el ataúd. También había instalado una radio de navegación en el aparato.

—Se llama «loran» —explicó—. Le puedo introducir la latitud y la longitud del aeródromo y este aparatito me lo localiza. ¿Puedes darme las coordenadas?

A través de la organización clandestina, habían conseguido aquella vital información, pero habían experimentado unos días de angustia antes de su llegada.

—No podemos viajar durante la maldita luna llena —declamaba Key—. Si ese cura no da señales de vida antes del veinticinco, tendremos que esperar otro mes.

Podían haber esperado, pero estaban mentalmente preparados para emprender el viaje. La espera habría sido insoportable. Habían hablado una y mil veces del tema. Sus nervios estaban crispados. Afortunadamente, en el último momento, el cura les había hecho llegar las coordenadas que Key necesitaba.

Detrás de los asientos llevaban las bolsas, que contenían un par de mudas y artículos de aseo. La bolsa de la doctora estaba completamente llena. Key había traído también una máquina de fotografiar de treinta y cinco milímetros y varios objetivos. Si les interrogaba alguna autoridad, aunque Key le había asegurado a Lara que era improbable, fingirían ser una pareja de viaje a Chichén Itzá para fotografiar las pirámides.

Había un armario secreto en una de las alas, donde Key había ocultado un rifle. Llevaba también dos pistolas en la cabina. Al verlas por primera vez, a Lara le habían dado miedo.

—Este es el tuyo —dijo con un revólver en la mano.

—Apenas puedo levantarlo.

—Lo harás si es necesario, créeme. Agárralo con ambas manos cuando dispires.

—Randall quería enseñarme a disparar cuando nos trasladamos a Móntesangre, pero me negué a aprender.

—Con esto no hace falta puntería. Es un Magnum tres cinco siete. Sólo hay que dirigir aproximadamente el cañón hacia el objetivo y apretar el gatillo. Considéralo como un cañón de mano. Destruirá o dañará gravemente todo aquello contra lo que dispires.

Lara se estremeció de pensar en ello. Haciendo caso omiso de su aversión, Key le había dado un curso intensivo sobre cómo disparar y cargar el revólver.

Nunca estarían mejor preparados y ahora se acercaban a su punto de destino. Podían surgir infinidad de problemas, algunos de los cuales se los había comentado y otros, Lara sospechaba que se los guardaba probablemente para sí.

¿Era su inesperada pregunta sobre si quería a Clark su forma de distraerse de los peligros a los que se enfrentaban?

Lara volvió la cabeza para contemplar su perfil. Hacía una semana que no se afeitaba.

—Camuflaje natural —le había respondido cuando le preguntó por la pelusa.

La barba sólo incrementaba su atractivo y aumentaba el encanto de su dudosa reputación.

—¿Quería a Clark? —repitió Lara antes de volver de nuevo la cabeza para contemplar la impenetrable oscuridad a través del parabrisas.

Procuró no pensar en que lo único que la separaba del océano Pacífico era aquella isla tecnológica voladora. A su entender, la aerodinámica era contraria a toda lógica. El aparato parecía diminuto y terriblemente vulnerable en aquel vacío de negrura.

—Sí, le quería —respondió, consciente de que Key volvía la cabeza para mirarla, sin alejar la vista del parabrisas—. De ahí que su traición fuera tan devastadora. Me arrojó a los lobos y vio cómo me despedazaban desde la seguridad de su despacho parlamentario. No sólo se negó a acudir en mi ayuda, sino que su silencio equivalía a una denuncia. Nunca le habría creído capaz de tal deslealtad y cobardía.

—No le faltó valor para llevarse a su amante a la cama, cuando el marido dormía a lo largo del pasillo —comentó—. ¿O fue mera estupidez? A veces no es fácil distinguir el valor de la ignorancia. ¿Por qué lo hicisteis con tantas posibilidades de que os sorprendieran?

—El amor es un gran motivador. Nos convierte en sus víctimas y nos induce a cometer locuras, cosas que no haríamos en una situación normal. Durante aquel fin de semana en la casa de campo, el ambiente estaba... cargado. Lleno de expectativas. Cuando el deseo es tan fuerte —dijo al tiempo que agachaba la cabeza y se frotaba las palmas de las manos—, ofusca el buen juicio y la conciencia. Es más poderoso que el temor a ser descubierto. —Suspiró y levantó la cabeza—. Debía haber prestado atención a las advertencias. Sus indicios eran evidentes. Retrospectivamente, está claro que el desastre era inevitable e inminente. Pero no presté la debida atención.

—En otras palabras, estabas tan dominada por la lujuria salvaje que el sentido común no tenía ni la más mínima posibilidad de imponerse.

—No adoptes esa actitud de superioridad. ¡Debido a tu «lujuria salvaje» por una mujer casada, te pegaron un tiro! Además, eso pertenece al pasado. ¿Para qué hablar de ello ahora?

—Porque si no salgo con vida de esa república bananera olvidada de la mano de Dios, me gustaría creer que he muerto por una causa noble. Me gustaría creer que tú no eras un simple consuelo sexual para el calentorro de mi hermano y que, para ti, él no era sólo una diversión que rompía la monotonía de un matrimonio desgraciado.

Lara estuvo a punto de mandarle a freír espárragos. Pero, en realidad, había depositado su vida en sus manos. Sin él, sus posibilidades de supervivencia en aquel viaje eran inexistentes. Para bien o para mal, eran compañeros con un fin común. Debían procurar no pelearse entre sí.

—A pesar de la forma en que acabó nuestra relación, amaba a Clark — declaró Lara—. Y en lo más hondo de mi corazón, estaba convencida de que él me quería. ¿Convierte esto la misión en algo lo suficientemente noble para ti?

—¿Era el padre de Ashley?

La pregunta la cogió completamente desprevenida. Quedó momentáneamente aturdida. Nunca había insinuado que Clark fuera el padre de su hija. Ni siquiera a los sabuesos de la prensa con los colmillos más afilados se les había ocurrido. Por otra parte, comprendió que no era sorprendente que Key fuera el primero en preguntárselo. Era una pregunta típicamente desconcertante.

—No puedo responder a esa pregunta.

—¿Significa eso que no lo sabes? ¿Qué te acostabas con ambos al mismo tiempo?

—Te lo diré de otro modo —agregó Lara acalorada—. No quiero responderla. No lo haré hasta que hayamos resuelto lo que hemos venido a resolver.

—¿Cuál es la diferencia?

—Tú has sido quien se ha interesado por la paternidad de Ashley. Dime tú cuál es la diferencia.

—Comprendo. Crees que haré mayor esfuerzo por encontrar sus restos si se trata de una Tackett —dijo con un desagradable chasquido—. Tu opinión de mí debe ser todavía peor de lo que suponía. ¿Dónde encajo exactamente en tu escala de seres vivos? ¿Un eslabón por encima de los gusanos? ¿O un eslabón por debajo?

La ira suponía una terrible pérdida de energía considerando la epopeya que los esperaba.

—Escúchame, Key, hemos tenido indudablemente nuestras diferencias. Ambos nos hemos lanzado más barro del necesario. En parte merecido. En



parte debido al rencor. Pero confío en ti. Si no lo hiciera, no te habría pedido que me trajeras.

—No tenías otra alternativa.

—Podía haber contratado a un mercenario.

—La tarifa vigente está fuera de tus posibilidades.

—Probablemente, pero no me habría arredrado por falta de dinero. De una forma u otra lo habría conseguido, aunque tuviera que esperar a mi herencia.

—Pero consideraste que los Tackett te lo debíamos.

—Hasta cierto punto —titubeó, mientras Key volvía la cabeza para mirarla—. Es verdad que vine a Eden Pass con el propósito específico de obligarte a que me trajeras. Pero no esperaba sentirme tan segura de mi elección.

Durante un momento, sus miradas permanecieron entrelazadas. Por fin, Lara desvió la suya.

—Cuando estemos de regreso sanos y salvos —prosiguió Lara—, prometo contarte todo lo que desees saber. Entretanto, deja de lanzarme flechas envenenadas, ¿de acuerdo? Yo tampoco lo haré.

Key guardó silencio durante varios minutos.

—De un modo u otro, pronto bajaremos —dijo finalmente en un tono malhumorado, sin volver a referirse a los orígenes de Ashley.

—¿De un modo u otro?

—O llegaremos a la costa y encontraremos el aeródromo, o nos quedaremos sin combustible y caeremos al mar. Entretanto, por qué no procuras dormir un poco.

—¿Pretendes hacerte el gracioso?

—Sí. —Sonrió.

—No le veo la gracia.

Escudriñó el horizonte, pero no pudo discernir absolutamente nada en la oscuridad. Key vigilaba atentamente los instrumentos cuando Lara se percató que descendían de altitud.

—¿Descendemos?

—A menos de doscientos metros, por si su radar es más sofisticado de lo que supones. ¿Estás segura de que el cura estará allí? —preguntó por enésima vez.

—No tengo una garantía absoluta —respondió, tan segura como podía estarlo dadas las circunstancias—. Se le ha comunicado nuestra hora estimada de llegada. Cuando oiga que se acerca el avión, encenderá linternas en la pista de aterrizaje.

—Linternas. —Rio con sorna—. Probablemente latas de tomate llenas de queroseno.

—Allí estarán él y las linternas.

—El viento ha subido a veinte nudos.

—¿Es eso malo?

—Menos de diez sería ideal. Cuarenta sería imposible. Me contento con veinte. Los vientos laterales son siempre un factor a tener en cuenta en la costa. Me pregunto a qué distancia de la orilla estará la jungla.

—¿Por qué?

—A estas horas de la noche podría producir niebla, con lo cual podrían pasarnos desapercibidas no sólo las luces, sino también la montaña. Hasta que nos topáramos con ella, por supuesto.

—¿No se te ocurre nada alentador? —preguntó Lara, a quien habían empezado a sudarle las palmas de las manos.

—Sí.

—¿Qué?

—Si muero, Janellen será doblemente rica.

—Creí que eras el más intrépido de los pilotos —dijo exasperada—. El rey de los cielos de los noventa. Me dijiste que eras capaz de pilotar cualquier aparato, en cualquier momento, a cualquier lugar.

Key no la escuchaba.

—Ahí está la costa —dijo mientras comprobaba su loran—. Hemos llegado. Empieza a buscar las luces. Depende de ti.

—¿Por qué de mí?

—Porque yo debo concentrarme para no estrellarnos contra esas malditas montañas, siempre por debajo de los doscientos metros. Es arriesgado. Pero por lo menos no hay niebla.

La costa rocosa se vislumbraba vagamente en la lejanía. Hacía muchísimos milenios, se había desprendido un fragmento de montaña del istmo de Centroamérica, que ahora era Montesangre. Dicho fragmento se había desplazado por el Pacífico, hasta convertirse en una isla a seiscientos kilómetros de la costa. A escala geológica, aquello era un suceso reciente. La cara escarpada de la montaña no había tenido tiempo de erosionarse para convertirse en playas arenosas. Por consiguiente, las montañas dominaban la costa de Montesangre con acantilados inaccesibles.

El país no gozaba pues de un abundante flujo turístico como sus más afortunados vecinos, cuyas economías nacionales dependían en gran parte de la afluencia de norteamericanos y europeos. Su precariedad económica había

causado más de un conflicto armado entre Montesangre y las repúblicas centroamericanas circundantes.

Desde el aire, la cordillera tenía una forma parecida a la de la letra ce, cuya curvatura empezaba en el interior del país, donde se encontraba su frontera septentrional con la nación vecina, para seguir luego durante muchos kilómetros paralela a la costa, hasta disminuir gradualmente. En el hueco de la ce se encontraba su capital, Ciudad Central. El noventa y cinco por ciento de la población de Montesangre se concentraba en dicha ciudad, o en pueblos dispersos a su alrededor.

Más allá de dichos pueblos, se extendían en todas direcciones kilómetros de densa jungla, poblada sólo por animales salvajes y algunas tribus indias que vivían como lo habían hecho durante muchos siglos, sin los conocimientos ni la corrupción de la civilización moderna.

Lara había viajado una sola vez a Montesangre, y desde su llegada no había abandonado el país, hasta el día en que se la trasladó herida e inconsciente. Cuando de pronto se distinguió con mayor claridad la orilla, se sintió invadida por una sensación de pavor. Recordó lo terriblemente desgraciada que se había sentido a su llegada con Randall. En aquella ocasión, el único sostén de su devastado espíritu era el conocimiento de la vida que germinaba en sus entrañas. Ashley era la única razón que podía haberla impulsado a volver.

—Mantén también los ojos bien abiertos por si ves algún otro avión —dijo Key—. Yo no tengo tiempo de contemplar el paisaje.

—Nadie sabe que venimos.

—Se supone. Por si acaso, no me gustaría que de pronto apareciera un helicóptero militar a nuestra espalda.

Lara le echó una breve ojeada. La temperatura de la cabina era agradable, pero comprobó que a Key le rodaba una gota de sudor por su barbuda mejilla. Su piel estaba también húmeda de nerviosismo.

—Lo único que podemos hacer es descender —susurró después de comprobar el tablero de mando—. No lograría siquiera salir del espacio aéreo montesangrino. Se nos ha acabado el combustible. ¿Dónde coño están las luces?

Lara se acercó frenéticamente al parabrisas para escudriñar la costa. Lo único que vio fue una estrecha playa, que se esfumaba entre los árboles, junto a la imponente presencia oscura de las montañas.

¿Y si el padre Geraldo no había aparecido? ¿Y si le habían torturado hasta obligarle a revelar la información? ¿Y si los comandantes rebeldes habían

averiguado que la viuda del difunto embajador estadounidense iba a regresar? No sólo su vida, sino también la de Key, estarían en peligro. No tendrían a nadie para ayudarles. Estarían a merced de sus captores y, como Lara bien sabía, los montesangrinos no eran exactamente piadosos. Su mejor esperanza sería la de estrellarse y morir instantáneamente.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—Hemos de elevarnos. Agárrate.

Tiró de la palanca y el aparato empezó a elevarse rápidamente. Lara miró hacia abajo. Acababan de salvar por los pelos la cima de la montaña. Key viró a la izquierda y pasó rozando la empinada y frondosa ladera antes de descender de nuevo junto a la playa.

—¿Dónde está el padre, Lara?

—No lo sé —respondió mientras se mordía angustiada el labio inferior. Había confiado en que estuviera esperándolos.

—¿Ves algo?

—No.

—¡Espera! Creo que veo...

—¿Dónde?

—A las cuatro.

Lara tuvo la sensación de que se le hundía el estómago cuando Key efectuó otra compleja maniobra. Cerró los ojos para recuperar su equilibrio. Cuando volvió a abrirlos, el horizonte estaba de nuevo en su lugar y vislumbró tres puntitos luminosos delante y por debajo de ellos. Luego vio parpadear un cuarto.

—¡Es él! —exclamó. Lara—. Está aquí. Ya te he dicho que vendría.

—Agárrate. Vamos a aterrizar.

Niveló el aparato y redujo su altitud y velocidad. Antes de lo que Lara anticipaba, los puntos luminosos se les acercaron velozmente. Aterrizaron con una buena sacudida. El avión se desplazó a trompicones por la rugosa pista sin asfaltar. Key utilizó toda su fuerza para sujetar la palanca. Cargaba prácticamente todo su peso en los pedales. La pista estaba construida en una pendiente para ayudar a reducir la velocidad y facilitar el aterrizaje en un espacio reducido. No obstante, pareció durar eternamente. Llegaron a acercarse espantosamente a los árboles al final de la rudimentaria pista.

Key paró los motores y ambos suspiraron aliviados.

—¿Estás bien? —preguntó Key con la mano sobre su rodilla.

—Sí —respondió cuando extendía el brazo para abrir la puerta, puesto que debía apearse antes que él.

—Espera —dijo tenso e inmóvil, mientras escudriñaba la oscuridad a su alrededor—. Quiero ver quién compone nuestra comitiva de bienvenida.

Permanecieron sentados en silencio. A su espalda, las seis antorchas, tres a cada lado de la pista, se apagaron una por una.

Key no movió su mano derecha de la rodilla de Lara. Con la izquierda cogió la pistola que llevaba debajo de su asiento. Le había dicho a Lara que se trataba de una Beretta de nueve milímetros. Cargó la recámara. Había quitado el seguro y estaba listo para disparar.

—¡Key!

—Somos como pajaritos en una jaula, pero no me daré por vencido sin ofrecer siquiera una resistencia simbólica.

—Pero...

Levantó la mano para que se callara. Ella también lo oyó... un vehículo que se acercaba. Volvió la cabeza, y vio un *jeep* que emergía de la oscuridad, con sus formas progresivamente mejor definidas. Se acercó a la cola del avión y se detuvo. El conductor se apeó y se dirigió hacia el avión.

Key le apuntó con su Beretta.

—Es el padre Geraldo —suspiró Lara aliviada—. Está solo.

—Eso espero.

Lara abrió la puerta del avión y se apeó cautelosamente por las ranuras del ala.

—Padre Geraldo —exclamó cuando llegó al suelo—. Gracias a Dios que está aquí.

—Me alegro muchísimo de verla, señora Porter —respondió al tiempo que le tendía ambas manos.

Lara le ofreció una mano, que el cura estrechó calurosamente entre las suyas.

—Tiene muy buen aspecto.

—Y usted también.

—¿Ha averiguado algo sobre el lugar donde está enterrada mi hija?

—Me temo que no. He hecho averiguaciones, pero ha sido en vano. Lo siento.

La noticia era decepcionante, pero no sorprendente.

—Sabía que no sería fácil —dijo en el momento en que Key descendía por el ala—. Le presento a Key Tackett.

—Padre —dijo escuetamente Key—. Gracias por las coordenadas. Sin ellas no le habríamos encontrado.

—Me alegro de que hayan sido útiles.

—¿Está seguro de que no le han seguido?

—Bastante seguro.

—Debemos ocultar esto antes de que llame la atención —dijo Key con el entrecejo fruncido.

—Le aseguro —declaró el sacerdote— que de momento estamos a salvo.

—No me gusta arriesgarme. ¿Hacia dónde?

—A causa de la revolución, el tráfico de drogas ha disminuido considerablemente. Hace tiempo que la pista no se utiliza. He traído un machete y, mientras esperaba, he limpiado un poco de maleza —respondió al tiempo que señalaba lo que parecía ser un muro de jungla impenetrable.

—Adelante.

Después de cortar la parte más densa, entre los tres sacaron el aparato de la pista, retiraron las cosas que habían traído, incluido el rifle escondido, y lo cubrieron de matorrales.

—Este es un lugar muy remoto —dijo el sacerdote dirigiéndose a Key, que inspeccionaba el aparato camuflado desde todos ángulos—. Incluso durante el día, dudo de que lleguen a detectarlo. Permítame, señora Porter.

Cogió la bolsa de Lara y la del equipo fotográfico y se dirigió hacia el *jeep*.

—Habías olvidado decirme que el padre es un borracho —dijo Key a media voz, con su propia bolsa en la mano y el rifle al hombro.

—Ha celebrado una misa. Lo que hueles en su aliento es el vino sacramental.

—Y un carajo. Es ron jamaicano. He vomitado el suficiente pura saber cómo huele.

—Entonces no tienes ningún derecho a juzgar a los demás.

—No me importa que beba meados de burra, siempre que sea de fiar.

Antes de poder defenderle, llegaron al *jeep*. El padre Geraldo, que a sus cuarenta años aparentaba sesenta, ayudó a Key a guardar el equipaje en la parte trasera.

—Si no le importa quedarse atrás, la señora Porter estará más cómoda delante.

—No me importa —dijo Key al tiempo que se acomodaba en el asiento trasero—. Desde aquí podré proteger la retaguardia.

—Bien dicho —sonrió el cura—. Son unos tiempos muy turbulentos.

—Tiene razón. En alguna ocasión, me encantaría filosofar con usted mientras tomamos unas copas. Pero ahora creo que debemos movernos. Cuanto antes.

Si el sacerdote se dio por aludido con la referencia de Key a la bebida, no lo manifestó. Después de ayudar a Lara a subir al vehículo, se sentó al volante.

—Es preferible no encender las luces hasta que estemos cerca de la ciudad. A veces vigilan las carreteras por la noche.

—¿Quién las vigila? —preguntó Key.

—El que toma la iniciativa de patrullar por las mismas. Cambia a diario.

—¿Cuál es el clima político en estos momentos? —preguntó Lara.

—Volátil.

—Fantástico —farfulló Key.

—El antiguo régimen quiere recuperar el poder. El presidente Escávez sigue escondido, pero se rumorea que intenta reunir un ejército para derrocar a sus contrincantes.

—Los rebeldes no cederán sin una encarnizada lucha —dijo Lara.

—Indudablemente —afirmó el sacerdote—. Pero Escávez no es su primer objetivo. Él cree que el pueblo todavía le quiere, pero se equivoca. Nadie quiere volver al despotismo anterior a la revolución. No es más que un anciano que se engaña a sí mismo, más molestia que amenaza. Los rebeldes tienen problemas más importantes de los que preocuparse.

—¿Por ejemplo? —preguntó Key, empapado de sudor después de utilizar el machete y empujar el avión.

Se quitó la camisa y la utilizó para secarse la cara y el cuello. Lara envidiaba su libertad. Estaba muy sudorosa y llevaba la blusa pegada a la piel.

—Su principal problema es la falta de dinero —respondió el cura—. Carencia de suministros. Falta de entusiasmo. Sus hombres están decepcionados. Después de pasar años en campamentos militares en la jungla, la revolución no es tan emocionante como parecía al principio.

»Están hartos de pelear, pero temen demasiado a sus líderes para regresar a sus casas. Están hambrientos, enfermos y echan de menos a sus familias. Algunos no han visto a sus parientes desde que Escávez fue derrocado. Viven ocultos en la jungla y sólo salen para provocar altercados en los pueblos y robar comida. Luchan principalmente entre sí mismos. Desde el asesinato de Jorge Pérez Martínez...

—¿Fue asesinado? —exclamó Lara sorprendida—. No recibimos la noticia en Estados Unidos.

Pérez era el general del ejército de Escávez, que había dirigido el golpe para derrocarlo, y los rebeldes le consideraron salvador de los oprimidos.

—Le asesinó uno de sus propios hombres, hace más de un año —dijo el sacerdote—. Durante los meses siguientes, fueron varios los que intentaron hacerse con el poder. Primero uno y luego otro intentaron convertirse en los sucesores de Pérez, pero ninguno de ellos logró unir a los rebeldes. Había demasiadas facciones sin la cohesión necesaria. Entonces, los contrarrevolucionarios, entre ellos Escávez, empezaron a ganar terreno.

»Luego emergió uno de los protegidos de Pérez y se declaró general del ejército rebelde. A lo largo de los últimos meses ha ganado apoyo, creo que debido principalmente a que sus hombres le temen. Se le supone despiadado y dispuesto a todo para afianzarse en el poder. El corazón del diablo. Así es cómo le llaman —dijo mientras miraba de reojo a Lara—. Odia apasionadamente a los norteamericanos.

Habría sido superfluo seguir hablando. Lara volvió la cabeza y comprobó que Key la miraba fijamente.

—No es peor de lo que suponíamos —dijo a la defensiva.

—Ni tampoco mejor.

—He traído algo de ropa —dijo el padre Geraldo al tiempo que señalaba un bulto a los pies de Lara—. Antes de llegar a las afueras de la ciudad, será mejor que se la pongan.

Avanzaban por un accidentado sendero que serpenteaba por la jungla, sin rumbo aparente. Cada vez que se oía el ruido de algún pájaro nocturno, a Lara se le ponía la carne de gallina, a pesar de la agobiante humedad. Le molestaba el peso del cabello en el cuello, particularmente cuando se puso un áspero pañuelo sobre la cabeza como solían hacerlo las matronas montesangrinas, a diferencia de la nueva generación de jóvenes que luchaban con las armas junto a sus compañeros masculinos.

En el fardo encontró también un deforme vestido de algodón estampado. Lo recogió con las manos, introdujo las piernas en el mismo y se lo subió por las caderas, hasta llegar a la altura de los brazos e introducirlos en las mangas. Se lo sujetó con un cinturón.

Para Key, el cura había traído una túnica de algodón, unos pantalones de labriego y un sombrero de paja. Cuando acababa de ponérselo, el *jeep* llegó a la cima de una colina. Un manto de luces parpadeantes se extendía a sus pies, era Ciudad Central.

A la vista de la ciudad que detestaba, el corazón de Lara se llenó de miedo y odio. Si en aquel momento hubiera tenido dónde elegir, puede que hubiera



abandonado su descabellado proyecto y regresado al avión. Pero en algún lugar de aquella urbe estaba enterrada su hija.

Como si detectara su ansiedad, el padre Geraldo detuvo el *jeep*.

—Lo que usted se propone, señora Porter, es sumamente peligroso. Tal vez debería recapacitar un poco.

—Quiero encontrar a mi hija.

El padre Geraldo puso de nuevo el coche en marcha y encendió los faros. Empezaron a descender por una carretera llena de curvas, con un diminuto arcén que daba al vacío. Lara pensó temerosa en la cantidad de ron que el padre Geraldo podía haber consumido aquella noche. Cada vez que las ruedas pisaban el blando arcén, se agarraba al borde del asiento.

El estado de la carretera y el de intoxicación del padre Geraldo resultaron ser inconsecuentes. Al doblar una curva, se vieron obligados a detenerse ante unos cegadores focos y un coro de voces que gritaban.

—¡Alto!

Los rodeó inmediatamente un grupo de guerrilleros, armas en alto y a punto de disparar.

## Veinte

Jody llamó a la puerta de la habitación de Janellen.

—¿Mamá?

Jody abrió la puerta, pero se quedó en el umbral. No recordaba la última vez que había visitado el cuarto de su hija y parte de su contenido no le resultaba familiar. Sin embargo, reconoció su lecho con baldaquín de madera de cerezo, su cómoda y su tocador, que pertenecían a Janellen desde que había abandonado la cuna.

Las cortinas y el papel de las paredes eran nuevos, o por lo menos eso parecía. El estampado dorado y azul claro era demasiado alegre y femenino para su gusto. Recordaba vagamente haberle dado permiso a su hija para decorar su cuarto, pero no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. ¿Cinco años? ¿Un día?

Janellen descansaba en un sillón tapizado en zaraza, con los pies sobre un taburete del mismo estilo y una novela abierta sobre la falda. Una pequeña lámpara de bronce junto a su codo proyectaba sobre ella una suave y atractiva luz. Fue para ella una desagradable sorpresa comprobar que su hija era casi atractiva.

Durante su infancia, Jody se percató de que Janellen nunca poseería una belleza arrebatadora, pero en lugar de lamentarlo, había hecho todo lo posible para convertirla en una persona hogareña. Nunca le había puesto vestidos vistosos ni llamativos, ni peinaba su cabello a la moda.

Estaba plenamente convencida de que desexualizar a su hija era lo mejor que podía hacer por ella. Querer atrapar a un hombre era una debilidad intrínseca de las mujeres. Jody quería asegurarse de que Janellen no caería nunca en dicha trampa.

Convenientemente, Janellen se había adaptado al modelo que su madre había diseñado para ella. Se había convertido en una mujer competente e inteligente, a quien nunca se podría tildar de frívola o coqueta. Había sido demasiado razonable para enamorarse. Su escaso atractivo le había ahorrado

el acoso de los mujeriegos, los cazadores de fortunas y los hombres en general. En dicho sentido, Jody consideraba a su hija sumamente afortunada.

Había un gran inconveniente. Janellen tenía los ojos de los Tackett. Sus ojos. Hacía años que estaba muerto, pero aquella herencia viviente, con la que todos sus hijos habían nacido, nunca dejaba de desconcertarla. Era como si Clark hijo estuviera en la casa con ella, observándola tras el rostro de su hija.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Estás bien? ¿Hay algún problema?

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

La curiosidad de Janellen era comprensible. Jody nunca buscaba la compañía de su hija y menos a esta hora de la noche. Eran casi las doce. Janellen le había dado las buenas noches hacía horas, pero Jody no había logrado conciliar el sueño. Se había dedicado a andar de un lado para otro de su habitación, sin dejar de fumar. Su cuerpo estaba cansado, pero su mente se negaba a relajarse y permitirle descansar.

Siempre había padecido insomnio, incluso de niña, cuando la pobreza de la familia le afectaba el sueño. Noche tras noche, despierta a causa de los ronquidos de sus hermanos, cavilaba sobre cómo librarse del estrangulamiento de la miseria.

El tornado que destruyó su casa y acabó con la vida de su familia le había venido como caído del cielo.

Cuando empezó a trabajar para Tackett Oil, el reto del trabajo mantenía su ágil mente demasiado excitada para dormir. Luego, había pasado años caminando a solas de un lado para otro de su habitación imaginando las destructivas y enfurecedoras escenas de Clark hijo con otras mujeres.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Jody dejando su amargura aparte.

—¿Key?

—Claro, Key —respondió con una mala mirada.

—Ha salido de la ciudad.

El problema de Janellen consistía en haberse aprendido demasiado bien la lección. Había obedecido, había hecho lo que se esperaba de ella, nunca había sido rebelde ni creado ninguna escena desagradable, pero era una timorata. A veces, su anhelo de complacer provocaba náuseas. Eso era lo que ocurría ahora. Jody habría querido sacudirla.

—Ha ido a Centroamérica, ¿no es cierto? Ha llevado a esa zorra, sólo para demostrarme que no le importaba un comino lo que yo piense.

—Sí, ha ido a Montesangre con la doctora Mallory, pero no porque...

—¿Cuándo ha salido?

—Hoy. Esperaban llegar esta noche. Ha dicho que llamaría si podía, pero le parecía improbable.

Jody permaneció rígida. De no haber sido porque la ropa de su bata ocultaba su mano de Janellen, su hija se habría percatado de la fuerza con que se agarraba a la manecilla de cristal.

—Es un maldito idiota. Ha bastado con que le hiciera una seña con el dedo para que corriera tras ella —declaró con los labios desdeñosamente torcidos—. Al igual que tu padre, es incapaz de resistir la tentación de acostarse con una mujer, independientemente de quién sea o lo que le cueste.

—Key la ha acompañado porque la doctora Mallory quiere recuperar los restos de su hija.

—¿Cuándo piensan regresar? —preguntó sin dejarse ablandar por las connotaciones sentimentales.

—No lo sabía —respondió Janellen con los ojos llenos de lágrimas—. Ha dejado unos documentos conmigo. Sólo debo abrirlos si él no... si ellos no...

Si Jody no se hubiera agarrado con tanta determinación a la puerta, puede que se hubiera desplomado del impacto de sus emociones. Debía retirarse antes de ponerse en ridículo.

Sin decir otra palabra, salió al pasillo y cerró decididamente la puerta. Sólo entonces dio rienda suelta a su torbellino interno. Bajó los hombros, agachó la cabeza y empujó el puño contra sus labios para evitar que emitieran un sonido angustiado.

Al poco rato regresó a su dormitorio asustada y con sensación de soledad.

Key metió la mano entre los asientos delanteros del *jeep* y empujó el Magnum contra la pierna de Lara.

—Cógelo —susurró—. Y no dudes en usarlo si es necesario.

Lara no discutió. Los guerrilleros los habían rodeado por completo. Su expresión era amenazadora. Ella cogió el revólver y se lo colocó sobre las rodillas, oculto entre los pliegues de su voluminosa falda.

—Buenas noches, señores —dijo amablemente el padre Geraldo dirigiéndose a la pandilla de hombres armados.

Eran una docena. Probablemente había tres veces más ocultos en la maleza. Llevaban las de perder.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los guerrilleros que se separó del grupo.

Llevaba uniforme de camuflaje e iba armado hasta los dientes. Su tono y actitud eran beligerantes, sus ojos hostiles y desconfiados.

El cura se presentó y el guerrillero escupió al suelo.

—Tú me conoces, Ricardo González Vela —agregó imperturbable el padre Geraldo en un impecable castellano—. Yo celebré el funeral de tu madre.

—Hace muchos años —refunfuñó el guerrillero—, cuando todavía creíamos en esas patrañas.

—¿Ya no crees en Dios?

—¿Dónde estaba Dios cuando ese cerdo a las órdenes de Escávez exterminó a mujeres y niños que sólo pedían comida?

Al padre Geraldo no le apetecía entablar un debate teológico o político, particularmente teniendo en cuenta que los demás guerrilleros vitoreaban y levantaban las armas para apoyar la opinión de su camarada.

El joven rebelde miró con ira al sacerdote y luego a Lara, que tuvo el buen sentido de mantener la cabeza gacha para ocultar sus facciones anglosajonas.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Ricardo al tiempo que dirigía hacia ella el cañón de su arma—. ¿Y ese?

—Viven en un pequeño pueblo al pie de las montañas. Su marido murió defendiendo el pueblo de los contras. Está embarazada. Su cuñado —dijo mientras señalaba a Key con el pulgar, que permanecía acurrucado y aparentemente desinteresado— tiene ya cuatro hijos. No puede permitirse alimentar a otras dos personas. Yo me he ofrecido para traerla a la ciudad y darle cama y comida, a cambio de sus servicios como sirvienta en la rectoría, hasta que encuentre a alguien que pueda cuidar de ella.

Uno de los guerrilleros hizo un comentario grosero sobre los «servicios» que prestaría para el cura. Key sólo comprendía un poco el castellano. No captó todas las palabras, la mayoría de las cuales formaban parte de la jerga local, pero los servicios de los que hablaban tenían algo que ver con ponerse de rodillas.

A Ricardo le provocó una gran sonrisa el ingenio de su compañero, pero recuperó inmediatamente la seriedad para concentrarse en Key.

—Pareces alto y fuerte. ¿Por qué no luchas? El ejército del Corazón necesita soldados.

A Key se le tensaron los músculos del estómago, pero fingió no comprender que la pregunta iba dirigida a él. Afortunadamente, el padre Geraldo reaccionó de inmediato y le hizo una seña a Ricardo para que se acercara.

El guerrillero avanzó cautelosamente en la oscuridad, con el ruido siniestro de sus artilugios bélicos. Key oyó que se cargaban varias armas y se preguntó si debería hacer lo mismo con la que llevaba escondida en la manga de su camisa de labriego.

—Es un idiota —susurró el padre Geraldo en un tono confidencial mientras se daba unos golpecitos con el índice en la sien—, sólo sirve para ordeñar cabras y plantar porotos, por lo demás es un inútil —agregó al tiempo que se encogía elocuentemente de hombros.

—Creí haber entendido que tenía cuatro hijos —respondió Ricardo.

—Sólo se llevan nueve meses y diez minutos. Ese pobre imbécil no comprende que el coito produce hijos.

Los guerrilleros se rieron a carcajadas y Ricardo relajó su vigilancia.

—¿Cuándo volverá a su pueblo?

—Dentro de unos días.

—Entretanto, tal vez deberíamos visitar su pueblo —dijo maliciosamente Ricardo—. Puede que su mujer se sienta sola.

Todos se rieron, incluido el padre Geraldo.

—Me temo que no la encontrarás muy dispuesta a complacerte, amigo. Se siente muy aliviada de poder descansar unas noches.

Ricardo abrió los brazos en dirección a la carretera.

—No vamos a retenerlos. Estoy seguro de que quiere que la viuda empiece a prestar sus servicios cuanto antes.

—Gracias, señores —dijo dirigiéndose al grupo de rostros sonrientes—. Dios los bendiga a ustedes y al ejército del Corazón del Diablo.

El sacerdote arrancó de nuevo el *jeep* y a Key se le empezaron a relajar los músculos del estómago. Pero habían avanzado sólo unos metros, cuando Ricardo les ordenó que volvieran a detenerse.

—¿Qué ocurre, camarada? —preguntó el padre Geraldo.

—Esta noche se ha avistado un avión que volaba bajo sobre las montañas procedente de la costa. ¿Lo ha visto?

—No —respondió el sacerdote—, pero lo he oído. Era inconfundible. Hace aproximadamente una hora. Por allí —dijo mientras señalaba en dirección a las montañas, pero a varios grados del lugar donde habían escondido el aparato—. Supuse que traía suministros para vuestro ejército.

—Eso hacía —mintió Ricardo, con la misma indiferencia que el cura—. El ejército del Corazón del Diablo tiene todo lo necesario, especialmente valor. Lucharemos a pecho partido, si es necesario hasta la muerte.

El padre Geraldo le saludó y soltó el freno. Entonces les permitieron seguir sin volver a detenerlos. Todos se aguantaron la respiración hasta haberse alejado de los guerrilleros.

—Le felicito, padre —susurró Key desde el asiento trasero—. Ni yo mismo habría sido capaz de mentir con tanta convicción.

—Lamentablemente, esta no es la primera vez que me he visto obligado a desobedecer un mandamiento para salvar vidas.

—¿Estás bien, Lara?

La doctora asintió.

—¿Cree que volverán a pararnos? —preguntó Lara dirigiéndose al sacerdote, con su voz amortiguada por el pañuelo.

—Lo dudo, pero si lo hicieran, les contaría la misma historia. Mantenga la cabeza gacha como si estuviera afligida.

—Lo estoy —respondió Lara.

Desde el asiento trasero, Key le dijo que tuviera el revólver listo para disparar, si era necesario. Lara asintió con la cabeza, pero sin decir palabra.

En otra época, la población de Ciudad Central había superado el millón de habitantes, pero Key dudaba de que en la actualidad llegaran a la mitad. Incluso teniendo en cuenta lo avanzado de la hora, la ciudad parecía desierta. Sus calles estaban oscuras, como las de cualquier población después de la medianoche. Pero aquí no estaban sólo oscuras y dormidas, sino muertas.

Los edificios donde en otro tiempo había prósperos negocios y elegantes residencias, ahora no eran más que cascarones destrozados por las bombas. Casi todas las ventanas de la ciudad estaban tapiadas. Los jardines que no habían sido arrasados por los saqueadores estaban tristemente abandonados. Las hiedras y los hierbajos crecían a sus anchas. La jungla se apoderaba del territorio que ya le había pertenecido, antes de que el tesón humano lo hubiera domesticado.

En las vallas, paredes y toda superficie imaginable, había pintadas en pro de una junta u otra. Lo único en lo que todos parecían coincidir era en su odio contra Estados Unidos. Se veían dibujos del presidente en toda suerte de posturas repugnantes y humillantes. La bandera norteamericana había sido profanada de innumerables maneras. Key había estado en muchos países hostiles a Estados Unidos, pero nunca se había encontrado con una antipatía tan explícita como la de aquel lugar, poderosa como el hedor de las cloacas.

—¡Oh, Dios mío!

El suspiro de Lara llamó la atención de Key. El cuerpo de una mujer colgaba de un semáforo. Su boca era un agujero negro lleno de moscas.

—Obra del Corazón —les aclaró el cura a sus horrorizados pasajeros cuando pasaban por debajo del cuerpo ahorcado—. Tratan a las montesangrinas como a cualquier otro soldado. No están exentas del servicio militar por ser mujeres. Cuando se las declara culpables de algún delito, se las trata con la misma severidad que a los hombres.

—¿Qué crimen cometió esta? —preguntó Lara con la voz ronca por la repulsión.

—Se descubrió que espiaba y le revelaba secretos a Escávez. Le cortaron la lengua. Se ahogó en su propia sangre. Luego colgaron su cuerpo en este transitado cruce, como advertencia general de lo que ocurre si se traiciona al Corazón del Diablo.

Considerando a lo que se exponía el padre Geraldo por ayudarles, a Key no le sorprendió que se tomara unas copas a escondidas.

—Hemos llegado —dijo el cura cuando entraba con el *jeep* en un patio amurallado—. Comprobaré que todo ha cambiado desde que se marchó, señora Porter. Los montesangrinos que son todavía fieles a la iglesia no se atreven a manifestarlo. Celebro misa todos los días, pero casi siempre soy el único asistente. Eso significa que los cepillos están vacíos.

Se apearon y miraron a su alrededor. El patio estaba cerrado por tres costados por muros cubiertos de buganvilla.

—Hasta hace tres años —dijo el padre Geraldo cuando se percató de que Key se interesaba por la abertura en forma de arco por la que habían entrado —, ahí había una hermosa y afiligranada verja de hierro forjado. La requisaron los rebeldes.

—Recuerda la guerra civil, cuando el ejército confederado fabricó balas para los cañones con verjas de hierro. ¿Para qué utilizaron los rebeldes la suya?

—Lanzas. Decapitaron a los generales del ejército de Escávez, espetaron sus cabezas en las lanzas y las dejaron en la plaza mayor hasta que se pudrieron. Eso ocurrió poco después de que se marchó, señora Porter.

Lara no tembló, empalideció ni se desmayó.

—Me gustaría entrar en la casa —dijo con una voz perfectamente controlada—. Había olvidado lo feroces que pueden ser aquí los mosquitos.

Key quedó admirado de su fortaleza. Tal vez el peligro que habían experimentado aquella noche, junto a las pruebas de tantas atrocidades de la guerra, la habían inmunizado. Luego, cuando trasladaban sus enseres hacia la entrada de la rectoría, se recordó a sí mismo que Lara había experimentado una atrocidad de primera mano.



Uno de los muros del patio era también una de las paredes exteriores de la iglesia. Tenía una altura dos tercios superior a la de los otros dos. De una arquitectura típicamente española, el templo tenía un campanario, pero sin campana.

Otro de los muros constituía la pared exterior de la escuela. El padre Geraldo les comunicó con tristeza que ya no funcionaba.

—Yo quería enseñar el catecismo, pero todas las juntas pretenden que se les inculque a los niños violencia y sed de venganza, que es incompatible con las enseñanzas de Jesucristo. Las monjas eran fieles, pero temían por su vida. Los padres, expuestos a que los ejecutaran, tenían miedo de mandar a sus hijos a la escuela. Acabamos por quedarnos sin alumnos. Clausuré la escuela y solicité que mandaran a las monjas a Estados Unidos. Habían ejecutado a tantos religiosos que optaron por marcharse.

—Durante algún tiempo, se utilizó el edificio de la escuela para hospedar huérfanos. Había muchísimos, víctimas de la guerra. Sus padres habían muerto, o los habían abandonado para incorporarse a la lucha. Un buen día llegaron soldados con camiones y se los llevaron a otro lugar. Nadie supo decirme dónde.

—Aquí es donde vivo —dijo al tiempo que abría una gruesa puerta de madera—, y realizo el poco trabajo que todavía se me permite hacer.

Para Key, la rectoría era un lugar sumamente claustrofóbico, pero estaba acostumbrado a tener el firmamento como techo. Los aposentos del cura eran una madriguera de pequeños cuartos con estrechas ventanas y bajos techos de vigas expuestas. Key tenía que agacharse para cruzar las puertas y sus hombros casi tocaban las paredes de los estrechos pasillos. En más de una ocasión, tropezó con la punta de las botas en los bordes desiguales de las baldosas del suelo.

—Lo siento —dijo el cura cuando Key tropezó y se cayó contra la pared—. Esta rectoría fue construida por y para religiosos europeos, mucho menos corpulentos que usted.

—No me sorprende que no hicieran más que rezar. No tenían espacio para otra cosa.

El padre Geraldo les indicó que le precedieran por una puerta.

—Tengo algo de comer en la cocina. Les alegrará saber que la modernizaron a finales de los años cincuenta.

Para el nivel actual norteamericano, la cocina era terriblemente anticuada, pero modernísima comparada con los demás cuartos de la rectoría. Se sentaron junto a una mesa redonda mientras el padre Geraldo les servía fruta,

queso, pan y unas lonchas de jamón enlatado, que uno de sus parientes en Norteamérica le había traído de contrabando. En deferencia a su paupérrima despensa, comieron poco.

—Se supone que el agua ha sido esterilizada, pero yo la hiervo de todos modos —dijo mientras sacaba un jarro del frigorífico.

Introdujo rajadas de limón en sus vasos. No había hielo. Colocó también una botella de ron jamaicano sobre la mesa. Sólo después de que Key se sirvió, el cura llenó su propio vaso.

—Me ayuda a dormir —dijo tímidamente.

Lara tuvo la delicadeza de esperar a que acabaran de comer para tocar el tema de la sepultura de su hija.

—¿Por dónde empezaremos, padre Geraldo?

—Creí que tendría algún plan —respondió mientras los miraba intranquilo—. Todas mis investigaciones han acabado en un callejón sin salida. Esto no significa que la información no exista, sino que nadie está dispuesto a facilitarla.

—El resultado es el mismo —dijo Key.

—Lamentablemente, así es.

Sin embargo, Lara no parecía perturbada.

—Quiero empezar por registrar la embajada norteamericana.

—Allí no hay nadie, señora Porter. Fue saqueada y ha permanecido vacía estos últimos años.

—¿Recuerda al ayudante e intérprete de mi marido, Emilio Sánchez Perón?

Key, que había viajado extensamente por Centroamérica y Sudamérica, estaba familiarizado con la costumbre de agregar el apellido materno para establecer la identidad del individuo.

—Vagamente —respondió el sacerdote mientras se llenaba de nuevo el vaso de ron, por tercera vez si Key no se había descontado—. Si no recuerdo mal, era un joven atento y callado. Delgado. Con gafas.

—Ese es Emilio. ¿Le ha visto o tenido alguna noticia de él?

—Supuse que había muerto durante el ataque a la embajada.

—Su nombre no aparecía en la lista de bajas.

—Eso podía ser un olvido.

—Lo sé —respondió Lara—, pero me aferré a la esperanza de que sigue vivo. Le fascinaba la biblioteca de la embajada. Pasaba allí la mayor parte de su tiempo libre. ¿Sabe si saquearon la biblioteca, al igual que el resto de la embajada?

El padre Geraldo se encogió de hombros.

—Los rebeldes no disponen de mucho tiempo para divertirse leyendo —respondió con una torcida sonrisa—. Pero no creo que quede nada intacto en el edificio, ni siquiera la biblioteca. No lo he visto, pero por lo que he oído, está todo destruido.

El desaliento que reflejó el rostro de Lara era verdaderamente conmovedor.

—¿Y el certificado de defunción de Ashley? —preguntó Key—. ¿No lo habría firmado algún médico antes de que la enterraran?

—Es posible —admitió el sacerdote—. Si no se destruyó el certificado, si se registró el nombre del médico y si logramos localizarle, es posible que sepa dónde está sepultado el cuerpo.

—Parece imposible, ¿no es cierto? —Lara suspiró.

—Ahora, de noche, lo parece —respondió Key después de ponerse de pie y acercarse a Lara para ayudarla a levantarse—. Estás agotada. ¿Dónde puede dormir?

—Antes tengo que ir al baño.

—Por supuesto —dijo el padre Geraldo al tiempo que señalaba un estrecho pasillo—. Por allí.

Mientras Lara estaba en el baño, que afortunadamente tenía agua corriente, Key y el sacerdote se tomaron otra copa.

—Si está tan limitado en cuanto al trabajo que realiza aquí, ¿por qué no regresa a casa? —preguntó Key—. No le sería difícil conseguir el traslado, considerando la cantidad de misioneros que han sido asesinados.

—Tengo un compromiso con Dios —respondió el cura—. Puede que aquí no sea de mucha utilidad, pero dudo que fuera más útil en otro lugar.

Levantó el vaso de ron y tomó un buen trago. El padre Geraldo sabía que en Estados Unidos la iglesia le mandaría a un centro de rehabilitación para alcohólicos. Permanecer en la zona bélica de Montesangre era la penitencia que se había impuesto a sí mismo por su debilidad.

—Puede que muera aquí si se queda.

—Soy perfectamente consciente de dicha posibilidad, señor Tackett, pero prefiero morir como mártir que como renegado.

—Yo prefiero no morir de ningún modo —respondió sombríamente Key—. Todavía.

El cura le miró con mayor interés.

—¿Es usted católico, señor Tackett?

La idea le pareció graciosa y Key soltó una carcajada. En Eden Pass no había ni una sola iglesia católica. Las pocas familias católicas de la ciudad viajaban treinta kilómetros para ir a misa. Se las trataba con un poco más de consideración que a las familias judías, y los protestantes de su ciudad natal, la mayoría de los cuales suponían erróneamente que todo norteamericano de nacimiento era automáticamente cristiano, los miraban con cierto desdén.

—Me eduqué como metodista, pero no se lo reprocho. Hicieron lo que pudieron. Fui la pesadilla de todos los profesores de religión que tuvieron la mala suerte de tenerme como alumno. Eliminé cualquier duda que pudieran haber tenido, en cuanto a la existencia del diablo. Soy una prueba viviente de que Lucifer está vivo y coleando. En lo concerniente a la virtud, soy una causa perdida.

—No lo creo —respondió el cura después de levantar el vaso para mirar a través del ron—. Yo no soy un buen sacerdote, pero tampoco he olvidado todo lo que aprendí. Todavía puedo ver el corazón de un hombre y juzgar su carácter con bastante precisión. Hay que ser valiente y compasivo para traer aquí a la señora Porter, particularmente teniendo en cuenta su relación con su hermano.

Key hizo caso omiso de lo que acababa de oír y se inclinó sobre la mesa para poder hablar en un susurro. Se oía correr el agua en el baño, pero no quería arriesgarse a que Lara le oyera.

—Puesto que asegura ser capaz de evaluar con bastante precisión el carácter de los demás, ¿cree que ha engañado al guerrillero de la carretera con las paparruchas que le ha contado?

Dejó de correr el agua en el baño.

—No —respondió el cura antes de vaciar el vaso.

El padre Geraldo y Key intercambiaron una mirada cargada de significado. Lara regresó; estaba molida.

—Hora de acostarse —dijo Key después de ponerse de pie.

El cura los acompañó por un laberinto de pasillos. Al entrar en una celda, sonrió alentadoramente a Lara y le indicó la ventana.

—Da al patio. He pensado que le gustaría. Pero no olvide utilizar la tela mosquitera.

Lara no pareció percatarse de que el catre situado debajo de un crucifijo era estrecho, la única luz era la de una tenue bombilla colgada del techo, el cuarto era caluroso y mal ventilado, y en lugar de armario había tres perchas en la pared.

—Muchas gracias, padre Geraldo. Se arriesga usted muchísimo para ayudarme. No lo olvidaré.

—Es lo menos que puedo hacer, señora Porter. En más de una ocasión, esta iglesia se benefició de su generosidad, a pesar de no ser católica.

—Admiraba el trabajo que hacía, que superaba los aspectos discutibles sobre el dogma.

—Recuerdo el día en que nació su hija —dijo con una mordaz sonrisa—. Yo visitaba las salas del hospital cuando oí que había dado a luz y pasé por su habitación para felicitarla.

—Lo recuerdo. Nos habíamos visto en algunos actos sociales, pero fue extraordinariamente amable al visitarme aquel día.

—Fue la primera vez que la vi sonreír —comentó el cura—. Y la ocasión se lo merecía. Su hija Ashley era hermosa.

—Gracias.

El sacerdote le cogió la mano y, después de estrechársela brevemente, le dio las buenas noches y salió del cuarto. Después de haberle recordado el nacimiento de su hija, parecía pequeña y desamparada, como si la aflicción la redujera de tamaño. Key deseaba aliviar su dolor, acariciarla con compasión y comprensión, como lo había hecho el sacerdote, pero sus manos permanecieron pegadas a sus costados.

—¿Tienes todavía el revólver? —preguntó Key.

—Lo he guardado en la bolsa de la cámara.

La bolsa colgaba de una de las perchas de la pared. Key sacó el voluminoso revólver y se lo entregó.

—No te separes de él. Ponlo debajo de la almohada.

—¿Te ha contado el padre Geraldo algo que yo debiera saber? ¿Estamos en peligro?

—Creo que debemos estar preparados para que nuestra situación empeore, antes de mejorar. Si no tenemos ningún problema, seremos muy afortunados —respondió mientras movía la cabeza en dirección al catre—. Procura descansar. Mañana será un día muy largo. Empezaremos por la embajada.

Lara le miraba con una persistencia que le hacía sentir crecientemente incómodo.

—Dime la verdad, Key. No me hables como si fuera una niña. Crees que esta búsqueda es inútil, ¿no es cierto?

Lo creía, pero no tenía el valor de decírselo. El padre Geraldo le había confirmado lo que él ya sospechaba, que los soldados les habían permitido entrar en la ciudad porque sentían curiosidad por averiguar más sobre ellos y

la razón de su presencia, y no porque se hubieran creído el cuento de la viuda y del idiota de su cuñado.

Key creía que tendrían suerte si lograban salir vivos de Montesangre. Dudaba de que logaran regresar sanos y salvos al avión con los restos de Ashley Porter en un ataúd.

Pero aunque no tenía el valor de contarle la verdad, tampoco estaba dispuesto a insultar su inteligencia con una vana mentira. A forma de compromiso, decidió no responder a su pregunta.

—Procura descansar, Lara. Yo voy a intentarlo.

En lugar de irse a la cama, volvió a la cocina para hacerle compañía al padre Geraldo, que siguió bebiendo hasta quedar inconsciente. Cuando el cura roncaba sonoramente doblado sobre la mesa, Key encontró un catre en un diminuto cuarto frente al de Lara. Se acostó en calzoncillos entre las ásperas sábanas de algodón y se quedó profundamente dormido, con el oído sintonizado a cualquier ruido.

Debió quedarse más profundamente dormido de lo que pensaba, porque no despertó hasta que sintió que alguien le sacudía el hombro. Agarró instintivamente su Beretta, quitó el seguro y se incorporó de un brinco.

Lara, que ya se había lavado, peinado y vestido, estaba junto a su cama con la mano suspendida en el aire, cerca de su hombro. El cañón de la pistola estaba a sólo unos centímetros de su cara.

—Maldita sea —exclamó entonces Key—. Podía haberte matado.

—Siento haberte asustado —respondió Lara pálida y temblorosa—. Te he llamado varias veces. Pero no ha sido hasta... que te he tocado...

Se miraron mutuamente a través del bochorno matutino. Resultaba difícil respirar aquel aire pesado y húmedo. A Lara le subía y bajaba el pecho con el esfuerzo.

Durante la noche, Key había arrojado al suelo la sábana que le cubría. Las gotas de sudor descendían por su velludo pecho, le rodaban por las costillas, la barriga y se concentraban junto al ombligo. Una erección como un poste de teléfonos había dilatado la parte frontal de sus calzoncillos.

—Son las siete de la mañana —dijo Lara casi jadeando—. He preparado café —agregó antes de dar media vuelta y salir corriendo.

Key dejó la pistola sobre la cama, se cubrió la cara con ambas manos y las bajó por sus barbudas y trasnochadas mejillas. Las erecciones matutinas no eran inusuales, pero aquella era particularmente dura.

Mientras se vestía, contempló la puerta abierta por la que Lara había salido corriendo.

—Tenía razón. Aquí no hay nada.

Lara apartó de un puntapié un trozo de escayola caída del techo. No había palabras para describir lo que había sido la biblioteca de la embajada norteamericana. La araña de cristal yacía destrozada sobre las baldosas del suelo, desprovistas ahora de las alfombras que antes las cubrían. Las estanterías estaban vacías. Montones de cenizas constituían el testigo silencioso del destino de los libros.

La bandera, enarbolada en otra época en la sala, estaba ahora hecha añicos. Sobre todas las paredes se habían pintado consignas contra Estados Unidos. Ningún muro permanecía intacto. Al parecer se habían disparado armas de fuego contra el techo, porque sobre el suelo había trozos de escayola y frisos desparramados. Los muebles habían sido confiscados. Roedores y pájaros anidaban ahora en los escombros.

—Lo siento, señora Porter.

El padre Geraldo circulaba entre las ruinas. Su aspecto era macilento: piel pálida y ojos irritados. Le temblaban tanto las manos que le había sido difícil tomarse el café que había preparado antes de abandonar la rectoría. Lara fingió no percatarse de que agregaba ron al café.

—No es culpa suya. Intentó prevenirme de que eso sería lo que encontraría.

—¿Le apetece ver algo más?

—El despacho de Randall, por favor.

—Date prisa —dijo Key.

Estaba junto a la ventana, pegado contra la pared. Podía ver, sin ser visto. Se habían puesto la ropa que el cura les había facilitado la noche anterior y habían aparcado el *jeep* en un callejón, antes de entrar en el edificio. No obstante, tanto él como Lara estaban convencidos de que sus disfraces no engañarían a nadie que les prestara la debida atención.

Key llevaba consigo el rifle. Su pistola estaba bajo el cinturón de sus pantalones. Desde el momento en que habían entrado en la dilapidada estructura, estaba más interesado por lo que ocurría en las calles que por lo que pudieran descubrir en el interior.

—El mismo *jeep* ha pasado tres veces —dijo después de volver la cabeza—. En el mismo van dos soldados. El coche lleva la bandera del Corazón. No me inspira confianza.

—Nos daremos prisa —prometió Lara mientras ella y el cura se abrían paso entre los escombros hacia la puerta de la biblioteca.

Key los siguió, pero sin dejar de mirar por encima del hombro conforme subían por la escalera, hacia la sala que había sido el despacho del embajador.

—¡Espera! —exclamó en el momento en que Lara estaba a punto de abrir la puerta cerrada—. Échate a un lado.

Lara retiró la mano y Key se acercó con el rifle. Ella y el sacerdote se colocaron con la espalda contra la pared, alejados de la puerta. Key se situó junto a Lara y empujó la puerta con el cañón del rifle.

—Era la única puerta del edificio que estaba cerrada —explicó después de titubear unos instantes—. Podía haber sido una trampa.

Lara dio un pequeño rodeo y entró en el despacho. En otra época había estado amueblado como corresponde a un embajador de Estados Unidos, pero había quedado tan completamente arrasado como la biblioteca. El escritorio seguía en su lugar, estaba tan destrozado que apenas se tenía en pie. La superficie había sido rasgada con un cuchillo, probablemente el mismo lo habían utilizado para destrozarse el sillón de cuero. Mechones de algodón emergían de los boquetes. El mueble bar había sido saqueado, jarros y copas arrojados contra las paredes.

—Parece que el despacho de su marido fue objeto del mismo trato que las demás salas. —El padre Geraldo suspiró con tristeza cuando se dirigía hacia la puerta, pero Lara le agarró por el brazo.

—Espere. Puede que no.

Se acercó a la pared del fondo, donde había un armario que parecían haber respetado. Abrió uno de los cajones y emitió una pequeña exclamación.

—Mire. Papeles y documentos —dijo al tiempo que levantaba uno de ellos para examinarlo—. Están escritos en español, pero parecen oficiales.

El padre Geraldo lo leyó por encima de su hombro.

—Es un pacto comercial —dijo—. Básicamente, azúcar sin refinar a cambio de armas. Pero está fechado varios meses antes del golpe, de modo que no puede ser de gran interés.

—Lo es para alguien —respondió Lara antes de introducir de nuevo las manos en el armario, sacar unas gafas y mostrárselas al cura.

—Parecen...

—Las que usaba Emilio —concluyó emocionada—. ¡Lo sabía! Sabía que si estaba vivo...

De pronto, Key se acercó y le cubrió la boca con la mano. Le hizo también una seña al cura para que guardara silencio y ladeó la cabeza hacia la puerta, que habían dejado abierta.

—Ahí hay alguien. —Movié los labios sin emitir ningún sonido.



Le indicó a Lara que se agachara tras el armario. Ella movió decididamente la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Key la agarró por el holgado vestido y la obligó a detenerse. Furiosa, dio media vuelta y le miró fijamente. Pero Key la dominó con la mirada y Lara se acurrucó obedientemente tras el armario. El padre Gerald se agachó junto a ella.

Ahora ella también había oído los pasos al otro lado de la puerta. Key se acercó sigilosamente a la misma. Había dejado el rifle apoyado contra la mesa, pero llevaba la pistola en la mano como si estuviera perfectamente decidido a utilizarla.

¿Y si cogían a Emilio desprevenido? ¿Y si los había oído llegar y, temiendo por su vida, se había ocultado en otro cuarto? Era casi un chiquillo y les había sido fiel tanto a Randall como a ella. Puede que supiera dónde estaba la tumba de Ashley. Puede que Key, con sus reflejos de pistolero, le disparara cuando se asomara a la puerta.

Lara se aguantaba la respiración y escuchaba. Los pasos se acercaban inconfundiblemente, pero su autor procuraba pasar inadvertido. Avanzaba de forma irregular, como si también se detuviera para escuchar. Por fin cesaron los pasos. Si su oído no la engañaba, había parado junto a la puerta, exactamente como lo habían hecho ellos cuando Key abrió la puerta con el cañón del rifle.

Lara miró aterrorizada conforme Key apuntaba a la puerta con su pistola.

Hubo movimiento en la puerta.

Lara se puso de pie y avanzó.

—¡Emilio, atención!

## Veintiuno

Sobresaltado por el grito de Lara, Key se volvió, la golpeó con el reverso de la mano y la arrojó al suelo. Luego, al oír un ruido en la puerta, se agachó, dio una voltereta y disparó tres veces.

El ruido retumbó en el edificio vacío y dejó a Lara temporalmente sorda. Tenía gusto de sangre en la boca. Aturdida y desconcertada, hizo un esfuerzo para sentarse y mirar hacia la puerta. En el umbral, con un costado abierto por los disparos, yacía una cabra.

—¡Mierda! —exclamó Key antes de tirar de un brazo de Lara para levantarla y sacudirle la cabeza—. ¿En qué coño estabas pensando? —preguntó mientras la empujaba hacia la puerta—. Larguémonos de aquí cuanto antes. Vamos, padre. En menos de un minuto esto se llenará de soldados.

Lara apenas evitó pisar la sangre al salir por la puerta. Key la empujó por la escalera y las salas de la planta baja. Le dolía el labio y sabía que se le hincharía rápidamente.

Cuando llegaron a la puerta trasera por la que habían entrado, Key le dio un tirón para detenerla. Asomó cautelosamente la cabeza e inspeccionó el entorno. Lara volvió la cabeza para mirar al padre Gerald, que estaba apoyado contra el marco de la puerta con la respiración entrecortada. El cura le ofreció amablemente un pañuelo. Se secó los labios y se lo devolvió manchado de sangre.

—Vamos —dijo Key—, pero con la cabeza gacha y listos para ponernos a cubierto. Podría haber francotiradores en los tejados.

La cogió de la mano, salió corriendo hacia el *jeep*, la levantó para colocarla en su asiento y se sentó al volante en lugar del padre Gerald. Al cura no pareció importarle. Sin decir palabra se instaló en el asiento trasero, pocos segundos antes de que el coche saliera disparado hacia el próximo callejón.

Key, a una velocidad que quitaba el hipo y sin acercarse a ninguna calle principal, conducía de callejón en callejón entre montones de basura y

escombros cambiando imprevisiblemente de dirección.

—¿Te he lastimado? —preguntó al tiempo que miraba fugazmente a Lara.

—Claro que me has lastimado. Me has golpeado.

—Si no te hubieras movido de donde te dije que te quedaras, no habría ocurrido —dijo al tiempo que daba un golpe de volante para no atropellar a un joven ciclista—. ¡Maldita sea, a quién se le ocurre levantarse y empezar a gritar de ese modo! —exclamó mientras le daba un puñetazo al volante—. Te convertiste en un blanco perfecto para quien pudiera estar en la puerta. No había tiempo para pedirte educadamente que te agacharas. Te golpeé para salvarte la vida.

—¿De una cabra?

—No sabía que se tratara de una cabra, ni tú tampoco.

—Creí que era Emilio.

—¿Y si lo hubiera sido? ¿Esperabas que me matara a mí?

—Intentaba evitar que le mataras a él.

—Tengo más control del que supones.

—¿En serio?

Paró el *jeep* tan de repente que Lara salió propulsada hacia adelante.

—Sí, lo tengo. Y tú tendrías que saberlo mejor que nadie —dijo mirándola fijamente. Finalmente, ella bajó la mirada—. Padre, ¿qué le parece cómo está progresando de momento el día? —agregó después de volver la cabeza.

El padre Gerald bajó un frasco que se había llevado a la boca y se secó los labios con el reverso de la mano.

—Lástima que hayamos tenido que abandonar la cabra. Habría dado de comer a varias familias.

Key parecía dispuesto a retorcerle el pescuezo, pero a Lara le resultó gracioso el comentario del sacerdote y empezó a reírse. El padre Gerald también se rio. Por fin Key reconoció el humor macabro del momento, con una forzada sonrisa.

—¡Qué diablos! —suspiró Key después de echar la cabeza atrás y contemplar el fragmento de cielo visible entre los dos edificios donde estaban aparcados—. Una maldita cabra.

Cuando dejaron de reírse, miró a Lara, le tocó el labio inferior y en su rostro se reflejó una expresión de arrepentimiento al ver la sangre fresca en la punta de sus dedos.

—Ha sido un acto reflejo. No pretendía lastimarte.

—No tiene importancia —respondió Lara mientras se pasaba la lengua por el corte y percibía no sólo el gusto de la sangre, sino un sabor ligeramente salado donde la había tocado—. No quiero dejar de buscar ahora.

—¿Ahora?

—Es increíble que hayan respetado aquel armario. O se trata de un milagro, o Emilio está vivo y ha estado hace poco en aquel despacho repasando papeles. Aquellas eran sus gafas. Podría jurarlo. Ha estado allí recientemente.

—Hoy no volverá. Si merodeaba por los alrededores, le habremos dado un susto de muerte.

Probablemente Key tenía razón, pensó Lara. Emilio era su mejor oportunidad de obtener información, en el supuesto de que siguiera vivo y lograra hacerle salir de su escondite. Decidió que volvería más tarde a la embajada, con o sin Key y el padre Geraldo, y pasaría allí la noche si era necesario, para establecer contacto con el antiguo ayudante de su marido. Key tendría una retahíla de objeciones contra su proyecto, de modo que no le revelaría sus intenciones hasta que fuera indispensable.

Sin embargo, había otras posibilidades que podía explorar entretanto.

—Padre Geraldo, ¿no habría constancia de la muerte de Ashley en algún registro público?

—Tal vez. Antes de la rebelión, esta nación intentaba funcionar de un modo civilizado. Si el registro no ha sido destruido, se encuentra en el Ayuntamiento.

—¿Qué papeleo es necesario para acceder al mismo? —preguntó Key.

—No lo sabré hasta que lo intente.

—Si se enteran de lo que busca, será como si izáramos una bandera roja.

El cura reflexionó momentáneamente sobre el dilema.

—Les diré que busco el certificado de alguien llamado Portales. Portales, Porter. Si el registro es alfabético, el nombre de Ashley tendrá que aparecer en el mismo volumen.

—¿Volumen? ¿No están informatizados? —preguntó Key.

—No en Montesangre —respondió el padre Geraldo con una sonrisa inducida por el ron.

Resultó ser asombrosamente sencillo. Después de su incidente en la depredada embajada, les costó creer en su buena suerte.

Menos de media hora después de dejarlos en el *jeep* aparcado a un par de manzanas del juzgado, el padre Geraldó regresó alegre y sonriente.

—Dios se ha apiadado de nosotros —dijo cuando se instalaba en el asiento trasero.

A pesar de que sólo se había ausentado poco rato, a Lara le había parecido una eternidad. Temía que no encontrara ningún registro, ni obtuviera información alguna. Key fingía estar dormido bajo su sombrero de paja, pero no dejaba de vigilar por que no quería llamar la atención.

Ciudad Central era una población caótica, pero todavía había comercio. La gente se desplazaba de un lado para otro en abarrotados autobuses, coches privados, bicicletas, o a pie. Sin embargo, a pesar de tanto movimiento, no daba la impresión de ser un lugar ajetreado.

En el estado de ánimo de la población predominaba la cautela. La gente no se entretenía a charlar en corros, para evitar que los militares que circulaban permanentemente con sus vehículos por las calles principales interpretaran erróneamente sus motivos. Los menores permanecían cerca de sus nerviosas madres. Los tenderos hacían su negocio sin entablar largas conversaciones con sus clientes.

Lara y Key se sintieron aliviados cuando vieron regresar al padre Geraldó tranquilo y campechano.

—¿Ha averiguado dónde está enterrada Ashley? —preguntó Lara con anhelo.

—No, pero he visto un certificado de defunción firmado por el doctor Tomás Soto Quiñones.

—Vámonos —dijo Lara al tiempo que le indicaba a Key que arrancara el *jeep*.

—Un momento. Ese tal Soto —empezó Key después de volver la cabeza para mirar al padre Geraldó—, ¿de qué lado está?

—Eso no importa —dijo Lara impaciente por seguir la pista.

—Por supuesto que importa.

—Es médico y yo también lo soy. Eso toma precedencia sobre cualquier afiliación política. Me brindará la cortesía profesional que corresponde.

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan ingenua? —exclamó exasperado Key—. Puede ser perfectamente el cuñado del Corazón o un espía de Escávez. En ambos casos, si hablamos con él y metemos la pata, estamos perdidos.

—Discúlpenme —intervino como pacificador el padre Geraldó—. En el desempeño de mis funciones, me he encontrado varias veces con el doctor Soto. Nunca he tenido constancia de que fuera fiel a ninguna facción en

particular. Trata a los heridos de ambos bandos, más o menos como lo hago yo.

—¿Te das cuenta? ¿Podemos ir ahora?

—Aunque le inspiremos compasión —respondió Key sin prestarle atención a Lara—, se arriesgará si nos ayuda. Dado el peligro potencial, puede que dude en hablar con nosotros. Incluso es posible que se niegue rotundamente a hacerlo. Y en el peor de los casos, podría denunciarnos a los escuadrones de la muerte del Corazón.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —dijo decididamente Lara.

—Tú no eres la única persona en juego.

—Si no quieres ir conmigo, iré sola.

Key intentó intimidarla con la mirada, pero no lo logró, y se dirigió al padre Geraldo:

—¿Qué le dice su sexto sentido acerca de ese doctor?

La indecisión se reflejó en los ojos oscuros del sacerdote.

—Tanto si accede como si no a ayudarnos —respondió por fin—, creo que podemos confiar en que guardará el secreto.

Lara estuvo de acuerdo.

—Muy bien —dijo Key sin levantar la voz—. Lo haremos, pero a mi manera.

Lara y Key esperaban en el abigarrado despacho del doctor en el hospital mientras el padre Geraldo actuaba una vez más como su portavoz. A pesar de que Key había cerrado las persianas para protegerse del sol del atardecer, el ambiente de aquel cuarto sin aire acondicionado era bochornoso. Lara llevaba la blusa pegada al cuerpo. El sudor había formado una cuña oscura en el centro de la camisa de Key, que utilizaba con frecuencia la manga para secarse la frente. No malgastaban oxígeno ni energía charlando.

El silencio era también una precaución adicional. No querían que sus voces llamaran la atención de ningún miembro del personal del hospital al despacho del doctor. Justificar su presencia podría ser delicado.

La espera se hizo interminable. Lara cruzó los brazos sobre el escritorio y apoyó la cabeza en los mismos. Hacía más de dos horas que estaban allí. ¿Por qué tardaban tanto? Le empezó a volar la imaginación: los habían descubierto. Habían llamado al ejército y los soldados estaban rodeando el hospital. Probablemente, Key tenía razón, el doctor Soto utilizaba su profesión como tapadera. En realidad era un espía. Se había percatado del

engaño del padre Geraldo, le había torturado hasta obligarle a confesar la verdad y...

En el momento en que oyó unas voces en español que se acercaban, se incorporó en su asiento. Key también las oyó, se situó tras la puerta y le indicó a Lara que guardara silencio y se apartara del campo de visión hasta que el médico hubiera entrado en el despacho.

Le latía con fuerza el corazón. Le descendía un reguero de sudor por el escote. Giró la manecilla de la puerta y el doctor Tomás Soto Quiñones entró en el despacho, seguido del sacerdote. El médico acercó la mano al interruptor y encendió la luz.

—Ha sido un parto normal, pero estas cosas pueden durar...

Entonces se percató de la presencia de Lara y la miró interrogativamente.

—Discúlpeme, doctor —dijo humildemente el padre Geraldo, todavía en castellano—. No he sido sincero con usted. Es cierto que me gustaría hablar con usted de una cantina para los necesitados, pero tal vez más adelante.

Key avanzó, cerró la puerta y se colocó entre la misma y el desconcertado médico.

El padre Geraldo se disculpó con Lara y Key por el retraso.

—Ha dicho que me recibiría después de asistir a un parto. Los dolores se han prolongado y ha durado más de lo previsto.

—¿Son ustedes norteamericanos? —preguntó el doctor en un impecable inglés—. ¿Cómo han cruzado la frontera? Hagan el favor de decirme lo que ocurre —agregó antes de dirigirle una inquieta mirada al rostro severo de Key y a la pistola que llevaba bajo su cinturón. Después miró al cura con la boca abierta y luego a Lara, que estaba ahora de pie junto al escritorio—. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy la doctora Lara Mallory —respondió Lara con la sensación de que su labio inferior le pesaba como un yunque, aunque hacía horas que había dejado de sangrarle—. Hasta hace tres años vivía en Montesangre con mi marido, el embajador Randall Porter.

—Sí, claro —respondió al refrescar la memoria—. Su fotografía apareció en los periódicos. Su marido fue secuestrado y ejecutado. Qué tragedia. Una violencia sin ningún sentido.

—Sí.

—El colectivo médico sigue afligido por la muerte del embajador. Desde que se interrumpieron las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, ha sido difícil obtener productos farmacéuticos y suministros médicos.

—Como médico, comprendo perfectamente su problema —dijo Lara antes de acercarse unos pasos—. Doctor Soto, me ocuparé personalmente de que reciba abundantes suministros, si me ayuda ahora.

El doctor le echó una nueva ojeada por encima del hombro a Key y luego miró interrogativamente al cura. Después volvió a dirigirse a Lara.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Ayúdeme a localizar la tumba de mi hija.

El doctor Soto la miró aturdido y asombrado, pero no dijo nada.

—Cuando capturaron a mi marido, mi hija murió en el tiroteo. La han enterrado aquí. Mi gobierno y varios regímenes montesagrinos han hecho caso omiso de mis peticiones para exhumar su cadáver y devolverlo a Estados Unidos. He venido para ocuparme de ello personalmente. Pero no sé dónde está enterrada.

Al fondo del pasillo se oía el crujido de unos zapatos de suela de goma sobre el suelo de vinilo. El ruido de vasos y bandejas indicaba la llegada de los carros de comida. Pero en aquel diminuto despacho, situado junto a la salida de emergencia, imperaba el silencio.

Por fin, el doctor se aclaró la garganta.

—Acepte mi más sentido pésame. Siento por usted una gran admiración por atreverse a emprender una misión tan peligrosa. Pero estoy completamente perdido. ¿Cómo podría saber yo dónde está sepultada su hija?

—Usted firmó su certificado de defunción —declaró Lara después de aproximarse aún más a él. Key tensó los músculos y acercó la mano a su pistola, pero ella le indicó con una fugaz mirada que no interviniera—. ¿Recuerda el incidente?

—Naturalmente.

—Su nombre era Ashley Ann Porter. Murió el cuatro de marzo de aquel año, pocas horas antes de que estallara oficialmente la revolución.

—Recuerdo claramente cuándo mataron a su hija y capturaron a su marido. A usted también la hirieron.

—Entonces debe recordar haber firmado el certificado de defunción de Ashley y la entrega del cadáver para su sepultura.

Al médico se le había cubierto la cara de sudor. Era un hombre fuerte y robusto, más bajo que ella. Tenía el rostro cuadrado, con una nariz ancha y achatada que indicaba la presencia de sangre india en su linaje. Sus manos parecían demasiado grandes y torpes para ejercer la cirugía, a pesar de que el padre Geraldo les había dicho que era un respetado cirujano.

—Lamentablemente, no recuerdo haber firmado dicho documento.



—¿Debe recordarlo! —exclamó desesperadamente Lara.

—Por favor, compéndalo —se apresuró a responder el médico—. Las horas y días siguientes al secuestro del embajador fueron los más turbulentos de la historia de este país. Hubo centenares de muertos. Nuestro presidente y su familia escaparon por los pelos de la muerte. Todos los que habían prestado servicio en su administración, independientemente de su rango, fueron ejecutados en público. Las calles estaban cubiertas de sangre.

Lara había leído la versión de los periódicos desde la cama de su hospital en Miami. No dudaba de la veracidad del caos que describía el doctor.

—¿No recuerda a una niña anglosajona entre todos los demás cadáveres? —preguntó Key con escepticismo, que hablaba por primera vez desde la llegada del doctor.

—Lo siento, señora —respondió mientras movía su cabeza calva—. Comprendo que le decepciono.

Lara respiró hondo varias veces para coger fuerzas y luego le tendió la mano derecha.

—Gracias, doctor Soto. Disculpe el dramatismo con que nos hemos acercado a usted.

—Comprendo la necesidad de tomar precauciones. Su marido no era popular entre los rebeldes que ostentan ahora el poder.

—Mi marido representaba a Estados Unidos y nuestro país había tomado una posición favorable al presidente Escávez. Randall se limitaba a cumplir con su obligación.

—Lo comprendo —respondió pausadamente Soto—. No obstante, casi puedo asegurarle que los parientes y amigos de personas torturadas y asesinadas por los esbirros de Escávez no son tan generosos en su forma de pensar.

—¿Podemos confiar en que mantenga la boca cerrada respecto a este asunto? —preguntó de pronto Key.

—Por supuesto. No los traicionaré.

—Lo lamentaría si lo hiciera.

El padre Geraldo se interpuso entre ambos.

—Creo que debemos dejar que el doctor Soto atienda a sus obligaciones.

—Sí —afirmó Lara—. No tenemos por qué seguir molestandole.

El padre Geraldo le echó una bendición al médico y le pidió perdón por haberle tendido una trampa. El doctor Soto le aseguró que lo comprendía. Cuando Lara se dirigía hacia la puerta, Soto la cogió del brazo.

—Lo siento, señora Porter. Ojalá hubiera podido serle más útil. Buena suerte.

—Muchas gracias.

Después de colocarse de nuevo el pañuelo sobre la cabeza, abandonó el despacho detrás del padre Geraldo. Key cerraba la retaguardia y el cura los conducía por el mismo camino por donde habían entrado, a través de un ala del hospital que estaba cerrada, porque el inestable gobierno no podía permitirse mantenerla abierta. Después de muchos años visitando a sus feligreses en el hospital, conocía muy bien su estructura.

Salieron sin ser detectados. A Lara le sorprendió comprobar que había oscurecido mientras estaban en el hospital, aunque no le importaba que fuera de día o de noche. Le faltaban las fuerzas para colocar un pie delante del otro y probablemente habría permanecido inmóvil, de no haber sido por la ayuda de Key.

Después de que el descubrimiento del certificado de defunción de Ashley avivó sus esperanzas, el resultado de su reunión con el doctor Soto había sido enormemente decepcionante. El destino la había aplastado y carecía de iniciativa para proseguir.

Todavía se proponía regresar a la embajada, con la esperanza de encontrar a Emilio Sánchez Perón. Pero antes debía descansar. El reposo le levantaría la moral. Sabía que después de dormir unas horas, revisar sus alternativas y elaborar otro plan de acción, se sentiría mucho más optimista.

Eso era lo que se decía a sí misma para darse ánimo mientras avanzaba penosamente hacia el *jeep*.

No llegó al vehículo. Key tiró de ella tras un contenedor, detrás del hospital.

—¡Silencio! ¡Padre!

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre Geraldo después de volver la cabeza.

—No es necesario que actuemos como espías —protestó Lara—. Nadie nos ha visto.

—¿A qué hora abandonará Soto el hospital? —preguntó Key después de indicarle al padre Geraldo que se acercara.

—No tengo ni idea. ¿Por qué? —respondió al tiempo que se encogía de hombros.

—Nuestro amigo médico miente.

—Pero le conozco desde...

—Créame, padre —interrumpió Key—. Puede que usted sea un buen juez cuando se trata de santos, pero yo reconozco a los pecadores. Está mintiendo.

—¿Cómo? —preguntó Lara.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Ha dicho que no recordaba a tu hija. Eso es mentira —afirmó Key—. Aquel incidente apareció en grandes titulares en el mundo entero. Yo estaba en Chad cuando ocurrió y lo leí en primera plana. De acuerdo, fue el principio de la revolución. Los cadáveres pasaron por el depósito como la mierda por un tubo engrasado. Puede que estuviera hasta la coronilla de difuntos, pero no puede haber olvidado que firmó el certificado de defunción de la hija del embajador norteamericano, muerta en un tiroteo. No me lo trago.

Era asombroso cómo Lara confiaba instintiva y plenamente en Key. Con su desaliñada barba, parecía el más temible de los malhechores, un individuo que atraía el peligro y se regocijaba en él. Sus portentosos ojos azules se movían con la rapidez de una centella conforme escudriñaban los edificios circundantes.

Detectaban hasta el más mínimo movimiento. El tono de su voz era sosegado, urgente, apremiante y convincente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lara.

Key debió percibir silenciosamente su confianza incondicional, porque sus atentos ojos dejaron de escrutar el entorno para posarse en ella.

—Esperar.

Cuando oyó el fatídico clic, el doctor Soto quedó inmediatamente paralizado. Key apoyó el cañón de su Beretta detrás de la oreja del médico y le dobló el brazo a la espalda, hasta colocarle la mano entre las paletillas.

—Si hace el menor ruido, le vuelo la tapa de los sesos —susurró en la oscuridad, tan bajo que el sonido podía confundirse con el de las hojas movidas por la suave brisa—. Camine.

El doctor no protestó. Avanzó hacia el *jeep*, que emergió de las tinieblas del callejón. Al volante estaba el padre Gerald, simultáneamente emocionado y aprensivo. Lara, sentada al borde del asiento trasero y agarrada al respaldo del delantero, contemplaba cómo se acercaba Key con su rehén.

—Lara, regístrale.

Se apeó del vehículo y pasó las manos por el exterior de la ropa del médico.

—No voy armado —protestó ofendido.

—Pero es un maldito mentiroso —replicó Key. Lara asintió para confirmar que no llevaba ninguna arma escondida y regresó a su asiento en el

*jeep*—. Suba.

Soto obedeció y se sentó en el asiento delantero. Key se colocó de un brinco junto a Lara y empujó el cañón de su pistola contra la nuca del médico. El padre Geraldó puso el coche en marcha y se alejaron.

—¿Adónde me llevan? Santo cielo, se lo ruego... No sé por qué me tratan de este modo. ¿Qué quieren de mí?

—La verdad —respondió Lara después de acercarse para que la oyera—. Sabe más de lo que nos ha contado sobre la muerte de mi hija, ¿no es cierto?

Key hurgó su nuca con la pistola.

—¡No! —respondió el médico en un tono agudo y tembloroso—. Les juro que no sé nada. Se lo juro por Dios.

—Tenga cuidado —dijo Key—. Hay un vicario de Jesucristo presente, que se lo cuenta todo.

—No puedo ayudarles —gimió.

—¿No puede o no quiere? —preguntó Lara.

—No puedo.

—Eso no es verdad. ¿Qué sabe que no nos ha contado?

—Señora Porter, se lo suplico...

—Cuéntemelo —insistió Lara.

El padre Geraldó condujo por un sendero sin asfaltar que acababa en un claro remoto del bosque sobre el río. El río empezaba como cristalino torrente en las montañas, pero después de haber serpenteado por la jungla y cruzado Ciudad Central, donde recogía basura y contaminantes, vertía lodo en el océano. Paró el coche, pero dejó el motor en marcha.

—¿Estaba usted de servicio en el hospital el día en que atacaron nuestro coche? —preguntó Lara.

Intentó asentir, pero se lo impedía la presión de la pistola.

—Sí —susurró asustado.

—¿Vio a mi hija?

—Sí. Estaba malherida.

Lara suspiró al recordar la sangre que manaba de la herida en el cuello de Ashley. Indudablemente tenía cortada la arteria carótida. Cerró los ojos para intentar alejar aquella imagen de su mente. Más tarde podría afligirse. Ahora no podía permitirse el lujo de hacerlo.

—¿Qué ocurrió con el cuerpo de mi hija?

—Padre —suplicó Soto al tiempo que movía los ojos en dirección al sacerdote—. Le ruego que interceda. Tengo una familia a la que debo

proteger. Dios sabe que mi corazón está con la señora Porter, pero temo las represalias.

—Hace bien —dijo Key casi en un gruñido—. El Corazón no está aquí, pero yo sí. No hemos hecho un viaje de casi dos mil kilómetros para perder el tiempo con usted. Cuénteles a la señora lo que desea saber, o de lo contrario no nos sirve para nada. ¿Comprende? En otras palabras, es perfectamente prescindible.

A Lara no le parecían correctas las tácticas atemorizadoras de Key. Se habían puesto de acuerdo en que sólo las utilizaría cuando todas las demás hubieran fracasado, o en el caso dudoso de que estuvieran convencidos de que Soto les contaba la verdad y no supiera nada respecto al entierro de Ashley. Estaba bastante segura de que no llevaría a cabo sus amenazas, pero esperaba que Soto se las creyera antes de brindarle la oportunidad de ponerlas a prueba.

—¿Padre? —suplicó Soto con la voz entrecortada y la mirada en las turbias y contaminadas aguas a sus pies—. Por favor.

El padre Geraldo se santiguó, agachó la cabeza y empezó a rezar en voz baja. No pudo haber sido más convincente.

—Estoy harto de esta mierda —exclamó Key al tiempo que se apeaba del *jeep* y le indicaba con la cabeza al doctor que bajara.

—El cementerio del Sagrado Corazón —exclamó.

—El Sagrado Corazón. ¿Allí es donde está enterrada? —preguntó Lara.

El médico expulsó el aire de sus pulmones y pareció deshincharse como un globo.

—Sí. Durante los primeros días de la lucha, llevaron allí a la mayoría de las víctimas. Llévenme allí y se lo mostraré.

El padre Geraldo dejó de rezar y puso la marcha atrás. Subieron de nuevo al vehículo.

—Más le vale que no nos haya engañado —le advirtió Key al médico.

—No, señor. Se lo juro por mis hijos.

El cementerio estaba situado al otro lado de la ciudad. Habría sido un largo viaje en circunstancias normales. La distancia aumentó considerablemente, debido a la sinuosa ruta que tomó el sacerdote. Cambió varias veces de dirección, para asegurarse de que no les seguían. Para evitar los controles de carretera y los transportes militares, zigzagueó por barrios aparentemente abandonados, donde las farolas permanecían apagadas y sólo los gatos callejeros tenían el valor de asomarse.

Lara tenía los nervios destrozados. Por fin llegaron a las puertas del cementerio.

—¡Está cerrado!

—Pero el muro es bajo. Vamos —dijo Key después de bajar del *jeep* y hacerle una seña a Soto para que se apeara—. Las dos manos sobre la cabeza. Si las baja, le pego un tiro.

—No puede matarme, ya que de lo contrario no sabrán dónde buscar la fosa de la niña.

La bravuconada no surtió ningún efecto en Key. Sonrió con una dentadura extraordinariamente blanca junto a su barba negra.

—No he dicho que pensara matarle. Sólo he dicho que le pegaría un tiro. Por ejemplo en la mano. No podría cambiar un esparadrapo, ni mucho menos ejercer la cirugía —dijo, e inmediatamente dejó de sonreír—. Muévase.

Ninguno de ellos tuvo dificultad en salvar el pequeño muro de piedra. Soto indicó la dirección que debían seguir. No se arriesgaron a utilizar una linterna. Era una noche sin luna y avanzaron cautelosamente entre lápidas por un terreno accidentado.

El cementerio estaba situado en la ladera de una colina y ofrecía una magnífica vista de la ciudad, con las montañas como telón de fondo. Tampoco había escapado a los efectos de la guerra. Ya nadie lo cuidaba. A muy pocas tumbas parecía haberseles prestado atención desde el principio de la revolución. A Lara se le partió el corazón de pensar que su hija pudiera estar enterrada en un lugar tan desolado, cubierto de hierbajos, y poblado por reptiles de la jungla que se deslizaban sin ser vistos entre los matorrales.

«Ashley no permanecerá aquí mucho tiempo», juró para sus adentros.

El doctor Soto llegó a una terraza, al borde de una amplia depresión, y se detuvo. Con unos movimientos muy lentos para no provocar a Key, volvió la cabeza hacia Lara. Le asustó el aspecto vampiresco de sus ojos, hasta que se percató de que su brillo fluctuante era en realidad el de unas lágrimas no derramadas.

—Habría preferido que no lo supiera, pero usted ha insistido —dijo el doctor Soto—. Habría sido mucho mejor que no me hubiera obligado a traerla aquí. Y mejor aún que hubiera olvidado lo que le sucedió en Montesangre y se hubiera quedado en Norteamérica.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó Key.

Lara, más confundida que enojada, se acercó al borde para contemplar la depresión. Medía unos veinte metros de diámetro, de forma aproximadamente redonda, y parecía el cráter de un meteorito, a pesar de que en algunas partes había crecido la vegetación.

Todavía perpleja, volvió la cabeza para mirar al padre Gerald, que contemplaba aquel hoyo de escasa profundidad. Tenía los hombros y los brazos caídos. Agarraba con fuerza la botella, pero sin beber de la misma. La presencia del pozo le había causado estupor y suplantado su preocupación por el ron.

Key miraba también más allá del borde, como si le pidiera explicaciones. De pronto se le estremeció el cuerpo entero, como si alguien hubiera tirado con fuerza de una cuerda sujeta a su cráneo. Dejó caer la pistola al suelo, agarró al doctor por las solapas de su traje de lino y lo levantó hasta que sus pies estuvieron a varios centímetros del suelo.

—¿Está diciéndonos...?

Key había sacudido las lágrimas de los ojos del doctor, que ahora le rodaban por las mejillas.

—Sí, sí. Doscientos. Trescientos. ¿Quién sabe?

—¿Doscientos o trescientos qué? —preguntó Lara en un tono agudizado por el pánico—. Doscientos o trescientos...

Cuando comprendió la respuesta, se quedó sin aliento. Su boca permanecía abierta, pero era incapaz de exhalar o inhalar.

Key soltó al médico y se le acercó.

—¡Lara!

El sonido más escalofriante que había oído en su vida rompió el silencio sepulcral del cementerio. Al principio no se percató de que había emergido de su propia garganta. Con los brazos abiertos de par en par, se arrojó contra el borde del hoyo y se habría precipitado al fondo de la depresión de no haber sido porque Key extendió el brazo y la agarró por la cintura. Intentaba retirarla, pero ella, doblada sobre su brazo, luchaba con la fuerza anormal de un demente.

Por fin logró librarse de su agarro y se arrastró inexorablemente hasta el borde de la depresión, donde escarbaba la tierra con las uñas y arrancaba puñados de hierba, sin dejar de emitir aquel gemido sobrenatural.

—¡No! ¡Dios mío! ¡No, por favor! ¡Ashley! No, Dios mío, no.

El doctor Soto parloteaba sobre el día en que se había ordenado la excavación de la fosa común. Se habían utilizado excavadoras mecánicas con el propósito específico de acomodar enormes cantidades de víctimas. Los sepultureros eran incapaces de satisfacer la demanda, decía. Cuando ya no cabían más cadáveres en el depósito, empezaron a guardarlos en cualquier espacio que encontraron. Centenares de personas habían muerto en las calles, donde se habían descompuesto sus cuerpos abandonados, con el consiguiente

peligro para la salud pública. Hubo brotes de tifus y otras enfermedades contagiosas. Los comandantes rebeldes resolvieron el problema de la forma más expeditiva que se les ocurrió.

—¡Lara, para! —exclamó Key mientras intentaba tirar de ella por los hombros, sin que ella dejara de escarbar con los dedos y se negara a soltar la tierra.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —repetía el doctor Soto.

Ahora Lara comprendía la reticencia del médico a revelar la existencia de aquella fosa común. Temía las represalias, pero no por parte del Corazón, sino de ella.

—¡Suéltame!

Cuando Key intentaba alejarla de aquel macabro agujero, Lara le hizo sangrar el antebrazo con sus arañazos. Emitió un quejido de dolor, pero sólo sirvió para que redoblara sus esfuerzos para controlarla.

—Lara —decía suavemente el padre Geraldo, arrodillado junto a ella—. Dios, en su infinita sabiduría...

—¡No! —chilló—. ¡No me hable de Dios!

Pero luego, inmediatamente, imploró la misericordia del Señor.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Key con las manos todavía sobre los hombros de Lara, pero una mirada asesina dirigida al doctor Soto—. ¿Quién ordenó que arrojaran a los niños a una fosa común? Santo cielo, ¿son ustedes unos bárbaros? Quiero un nombre. ¿Quién dio la orden? Quiero el nombre de ese hijo de puta.

—Lo siento, señor, pero es imposible saber quién ordenó que se sepultara a la gente en masa. Todo...

El próximo sonido que emitió el doctor Soto fue un suave suspiro. Se desplomó de rodillas con las manos sobre el pecho y luego cayó de costado.

El padre Geraldo rezaba su tercera avemaría cuando se desplomó de bruces contra el húmedo suelo, cerca de la mano derecha de Lara.

Fascinada y horrorizada, vio un charco negro bajo su cabeza.

—¡Cielos!

Key había intentado recuperar la Beretta que antes había dejado caer al suelo, pero no con la suficiente rapidez. Al intentarlo, recibió una patada en las costillas, que le derribó con un gemido.

Retrocediendo a gatas, Lara intentaba frenéticamente alejarse del estercolero gelatinoso que había sido la cabeza del padre Geraldo, cuando alguien la levantó del suelo con tanta rapidez que le castañetearon los dientes.

—Buenas noches, señora. Volvemos a encontrarnos.



Era Ricardo, el jefe de los guerrilleros que los habían parado antes de llegar a Ciudad Central.

Las ruedas del camión militar cogieron un enorme bache y Lara se precipitó contra el lateral de la caja. Hacía horas que viajaban.

Incluso antes de que su cerebro registrara que estaban rodeados de hombres armados, le habían atado las manos a la espalda. Todavía lo estaban y eso le impedía mantener el equilibrio con los saltos que daba el camión. Se había dado tantos trompazos de un lado a otro que, si sobrevivía, estaría cubierta de magulladuras.

Su supervivencia era todavía una cuestión de especulación.

El padre Geraldo estaba muerto. El doctor Soto había fallecido sin concluir la frase. Key estaba muy vivo. Gracias a Dios. Había obsequiado a sus captores con una retahíla de insultos y blasfemias cuando los sacaron a rastras del cementerio y los obligaron a subirse al camión. Varios soldados habían hurgado en sus pertenencias, que habían dejado en el *jeep*. Uno de ellos se había dedicado a manosear la máquina de fotografiar y los objetivos de la bolsa.

—¡No toques eso con tus sucias manos! —le chilló Key.

Al igual que Lara, tenía las manos atadas a la espalda, pero eso no le impidió lanzarse contra el soldado y quitarle la bolsa de las manos de una patada. El excitado soldado reaccionó golpeándole la sien con la culata de su pistola. Key se tambaleó y cayó de rodillas, pero no perdió el conocimiento.

—Tu madre te parió después de acostarse con un asno. —Key sonreía mientras miraba al soldado con sangre en la herida.

Comprendiera o no el inglés, el soldado se lo tomó como un insulto y se lanzó contra Key, pero antes de que pudiera vengarse, Ricardo le ordenó al joven soldado que llevara a los presos al camión.

Discutieron entre ellos sobre si llevarse el *jeep* o dejarlo en la puerta del cementerio. Finalmente, Ricardo decidió que uno de los soldados se pusiera al volante y los siguiera.

Subieron a Lara y a Key a la caja del camión. A continuación les arrojaron sus pertenencias, incluida la bolsa de la cámara y el maletín médico. Después de que los soldados subieron a bordo, bajaron el toldo de lona y lo sujetaron. No podían ver nada, pero sus captores insistieron de todos modos en cubrirles los ojos. Evidentemente, Key se resistió. Fueron necesarios tres hombres para sujetarle antes de poder atarle un sucio trapo alrededor de la cabeza.

Lara sabía que la resistencia física era inútil, pero su mirada expresaba el alcance de su desprecio cuando se acercaron para vendarle los ojos.

El camino era prácticamente intransitable. Los soldados no se habían lavado. Dentro de los límites sin ventilación del camión, el hedor era insoportable. Lara tenía sed, pero sabía que era inútil pedir agua. Tenía el trasero molido, al igual que sus piernas y brazos. La cuerda empezaba a lastimarle las muñecas.

Quería saber a donde los llevaban y por qué. ¿Cuánto tardarían hasta llegar a su destino? ¿Tenían un destino específico? ¿Qué ocurriría cuando llegaran?

Conservó la energía que habría empleado para preguntárselo. Nadie le habría respondido. Habían intentado comunicarse en una sola ocasión y a Key le habían castigado por ello.

—¿Lara? —preguntó con una voz tan carrasposa como la suya—. ¿Estás bien?

—¿Key?

—Gracias a Dios —suspiró Key—. Procura resistir y...

—¡Silencio!

—Vete a la mierda.

A continuación se habían oído golpes seguidos de un gemido y Key no había vuelto a hablar desde entonces.

Lara intentó autohipnotizarse para extraer la mente y el cuerpo de su actual situación. Pero cada vez que intentaba evocar en su mente la imagen de una puesta de sol en el desierto, o las olas de una marea que se alejaba, o el suave desplazamiento de unas nubes, no hacía más que pensar en la fosa común del cementerio donde permanecería eternamente su hija.

Conseguir lo que inicialmente se había propuesto era imposible. ¿Por qué no intentar escapar, y dejar que la bala de un soldado se convirtiera en su liberación? El padre Gerald y el doctor Soto no habían experimentado ningún dolor. Extinción instantánea. Qué maravilla.

¿Por qué conservaba la voluntad de sobrevivir?

No, era más fuerte que la voluntad. Era el anhelo de asegurarse de que los responsables de tal atrocidad recibieran su merecido. Sepultar a la hija de un embajador de Estados Unidos de un modo tan repugnante suponía una violación de los derechos humanos internacionalmente reconocidos. Si sobrevivía, se aseguraría de que el mundo entero conociera aquel ultraje.

Lara había tratado a muchos pacientes terminales. Hasta aquella noche, no había comprendido su disposición a abandonar la vida. ¿Cómo podía uno

aferrarse obstinadamente a la vida cuando sabía que la situación era desesperada? A menudo había reflexionado sobre la negativa del espíritu humano a aceptar la muerte. Ahora sabía que uno puede sobrevivir incluso en las peores circunstancias.

El instinto de supervivencia era más fuerte de lo que ella suponía. Conservaba la vida, incluso cuando la mente se había dado por vencida. De no haber sido así, habría muerto al descubrir la fosa común y saber que su hija estaba enterrada allí. El instinto innato de supervivencia la mantuvo a lo largo de la prolongada noche.

Debió quedarse dormida, porque despertó cuando se detuvo el camión y oyó ruido en el exterior. Olió un fuego de leña y comida.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Key con sarcasmo.

Pusieron a Lara de pie y la bajaron del camión. Sus extremidades estaban entumecidas y doloridas. Tropezó cuando la empujaron hacia adelante, pero el aire fresco en la piel y los pulmones era muy agradable. Respiró hondo y procuró reactivar la circulación en sus piernas.

De pronto le quitaron la venda de los ojos. Ricardo estaba cerca de ella con una radiante sonrisa.

—¡Bienvenida! —exclamó al tiempo que Lara retrocedía para alejarse de su ofensivo aliento—. El Corazón está ansioso por recibir a sus huéspedes especiales.

A Lara le sorprendió su dominio del inglés.

—Yo también tengo mucho que decirle al Corazón.

—Una mujer con sentido del humor —rió Ricardo—. Eso me gusta.

—No era una broma.

—Sí que lo era, señora. Y muy graciosa.

Entonces, una mujer con un pantalón de camuflaje sucio y camisa militar cubierta de manchas se echó en sus brazos. Después de un beso vergonzosamente apasionado, durante el cual él la manoseó sin ningún decoro, la mujer susurró:

—Entra. Tengo comida para ti.

—¿Dónde está el Corazón?

—Esperando dentro.

Sin quitarse mutuamente las manos de encima, se acercaron a un rudimentario cobertizo, subieron por unos desvencijados peldaños y llegaron a una puerta cerrada con una cortina. Los demás soldados recibían también la bienvenida de otras mujeres del campamento, que les ofrecían platos de comida de una olla comunitaria colgada sobre una hoguera. Tomaron café en

tazas de hojalata. Lara se habría contentado con un trago de agua. Le dolía todavía el labio, que seguía hinchado.

Dos individuos con armas semiautomáticas los vigilaban a ella y a Key. Cuando Lara le vio por primera vez, no pudo evitar un suspiro. Estaba sentado en el suelo, cerca de ella, pero separados por los guardias. La sangre de su sien se había coagulado. La herida tenía mal aspecto. Era preciso limpiarla, desinfectarla y probablemente suturarla. Se preguntó si le permitirían utilizar su instrumental médico, pero comprendió que no lo harían.

Key tenía unas oscuras ojeras de cansancio, y supuso que ella también debía tenerlas. La ropa de ambos estaba muy sucia y manchada por el sudor. Apenas había amanecido y, por consiguiente, el sol no había empezado a calentar todavía, pero la humedad era tan elevada que se había formado una densa niebla pegada a las copas de los árboles de la jungla, que rodeaba el claro del bosque.

Lara no necesitaba el mensaje silencioso de la penetrante mirada de Key para comprender lo precario de su situación. Cuando ella estaba pendiente de él, Key dirigió la mirada a la bolsa fotográfica. Uno de los soldados la había descargado del camión, junto con las otras bolsas, y la había dejado en el suelo, cerca de donde se encontraban.

Laraladeó la cabeza interrogativamente, consciente de que Key intentaba comunicarle algo, pero sin ser capaz de descifrar el mensaje.

Entonces, movió los labios y, sin sonido, pronunció:

—Magnum.

Lara lanzó una fugaz mirada a la bolsa y, cuando volvió a concentrarse en Key, este asintió casi imperceptiblemente.

—Señora, señor —dijo Ricardo, apoyado pomposamente en uno de los postes que sostenían el techo de bálago del cobertizo—. Están de suerte. El Corazón los recibirá ahora.

Se hizo un respetuoso silencio en el campamento. Los que estaban comiendo dejaron el plato en el suelo. Todas las miradas se dirigieron hacia la puerta del cobertizo. Incluso los niños que habían estado corriendo y protegiéndose de los disparos imaginarios de ametralladoras de juguete dejaron de jugar. Los soldados rebeldes cesaron en su intento de impresionar a las mujeres con exagerados relatos de sus hazañas. Toda la atención se centró en el cobertizo.

Se abrió ceremoniosamente la cortina y apareció un individuo.

Lara se cayó de rodillas y, con una voz casi imperceptible, exclamó:

—¡Emilio!

## Veintidós

—Discúlpeme, señorita Janellen.

Al oír la voz de Bowie casi le dio un patatús, pero lo disimuló a la perfección.

—Hola, señor Cato —respondió después de levantar la cabeza, con la condescendencia de una aristócrata rusa—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Bowie estaba en el umbral de la puerta, entre el almacén y el diminuto despacho situado al fondo del mismo. Estaban a solas en aquel edificio feo y deforme, donde reinaba el silencio.

Había traído consigo el aroma del exterior. Los primeros indicios del otoño estaban en el ambiente y Janellen, que le miraba con soterrado anhelo, los olía en su ropa. Llevaba el cabello completamente planchado por el sombrero, cuya ala circulaba nerviosamente entre sus dedos. Tenía los labios agrietados.

—Me preguntaba si había tenido alguna noticia de su hermano y la doctora Mallory.

—No —respondió con un repentino sentimiento de culpa.

Era egoísta por su parte estar tan sumergida en su disgusto por su relación con Bowie cuando sus vidas podían estar en peligro. Key había prometido llamar si era posible, pero no se había sabido nada de él desde su partida, hacía tres días. Janellen estaba terriblemente preocupada y su madre, aunque no lo había admitido, también. Sólo salía de su habitación a las horas de las comidas, e incluso entonces, el mínimo de conversación parecía un esfuerzo.

—Lástima —dijo Bowie—. Esperaba que a estas alturas hubieran emprendido ya el regreso —agregó, mientras jugaba con una paja suelta del ala de su sombrero.

—¿Desea algo más, señor Cato?

—Pues, sí señora. El cheque de mi paga. No estaba en mi buzón esta mañana. Cualquier otra semana no la habría molestado, pero mañana debo pagar el alquiler.

Perfectamente consciente de que no mentía, Janellen miró hacia el buzón vacío con el nombre de Bowie.

—Dios mío. Disculpe mi descuido, señor Cato. Debo haberlo olvidado en la caja fuerte.

La caja fuerte oficial de la empresa era una monstruosidad, que pesaba fácilmente más que tres pianos, y dominaba un rincón del abigarrado despacho. Sobre la parte frontal de acero negro, había afiligranados adornos dorados. Se remontaba a la época en que su abuelo pagaba al contado a los obreros.

Cuando se acercó a la misma, Janellen percibía la mirada de Bowie clavada en su espalda y la ponía nerviosa. Afortunadamente, conocía la combinación con los ojos cerrados. La abrió y sacó el cheque del cajón donde lo había dejado deliberadamente aquella mañana. Puesto que no había tomado la iniciativa de ponerse en contacto con ella, desde la noche en que se besaron en la cocina, el día del ataque de Jody, se las arregló para obligarle a que viniera a hablar con ella.

Había huido en plena tormenta, manifestando que prefería la fría compañía de la lluvia torrencial y los rayos al calor de sus brazos. Puede que a Bowie le decepcionaran sus besos, que le diera asco su ávida reacción a sus caricias, pero no estaba dispuesta a permitir que no le hiciera ningún caso, como si no hubieran compartido cierto grado de intimidad.

—Aquí lo tiene, señor Cato —dijo Janellen, asegurándose de que sus dedos no entraran en contacto cuando se lo entregaba—. Siento haberlo olvidado.

Volvió a sentarse tras su escritorio y se concentró en los papeles de los que se ocupaba antes de su llegada. Su corazón latía con tal contundencia y sonoridad que podía medir el pulso en los tímpanos de sus oídos. Lo que ocurriera a continuación dependía de él. Los próximos momentos serían críticos. Si Bowie daba media vuelta y salía sin decir palabra, Janellen se llevaría un gran disgusto. Su despreocupación era fingida, para ocultar su abatimiento. Si aquel beso tempestuoso junto al fregadero de su cocina representaba el alcance de sus relaciones, prefería dejar de respirar.

Transcurrieron lentamente diez segundos. Veinte. Treinta.

Bowie movía nervioso los pies.

Janellen esperaba, sin dejar de tomar notas en un albarán con un lápiz rojo, mientras todo su futuro y el concepto que tenía de sí misma colgaban de un hilo.

—¿A qué se debe... que haya dejado de tutearme?

Janellen levantó la cabeza y fingió sorprenderse de verle todavía allí. Simuló tener que meditar la respuesta.

—Creí que habíamos dejado de tutearnos.

—¿Por qué?

—Cuando dos personas se tutean significa que son amigos. Los amigos no se rehuyen. Los amigos se llaman, se visitan, pasan tiempo juntos, se las arreglan para verse. Los amigos se saludan cuando se cruzan, en lugar de volver la cabeza y fingir que no se han visto —dijo refiriéndose al día anterior, cuando Bowie había fingido no verla al cruzarse casualmente en la calle Texas.

—Escúcheme, señorita Janellen, comprendo que pensó...

—Ni siquiera los examigos fingen que la otra persona no existe.

Se le empezaba a quebrar la voz y, por ello, se odiaba a sí misma. Independientemente de lo que sucediera, se había prometido no llorar delante de él.

—Los amigos no se comportan como si nunca hubiera... habido nada entre ellos. Como si nunca hubieran...

Le disgustó enormemente no poder evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se puso de pie, le dio la espalda y empujó un pañuelo bajo la nariz.

—No sirvo para esto —declaró quejumbrosamente mientras se secaba los ojos—. No sé jugar como otras mujeres. El truco del cheque ha sido estúpido y juvenil. Sé que te has dado perfecta cuenta de ello. Pero no se me ha ocurrido otra forma de obligarte a que me vieras a solas.

Se volvió para mirarle, consciente de que tenía el peor aspecto posible. Su llanto no era atractivo como el de las actrices de la pantalla. Cuando lloraba, se le irritaban los ojos, se le ponía roja la nariz y se le formaban manchas en la piel.

—Lo siento, Bowie. Sé que debes sentirte terriblemente incómodo. Márchate si quieres. No tienes por qué quedarte. Estoy bien. En serio.

Pero Bowie no se movió. En realidad, si había algo redimible en aquella situación era el hecho de que Bowie parecía tan desdichado como ella.

—Lo cierto, Janellen, es que soy yo quien lamenta haberte infligido una escena como esta.

Decidió que, dado que ya se había puesto en ridículo y no le quedaba nada que perder, procuraría llegar al fondo del asunto.

—¿Por qué has estado rehuyéndome?

—Porque no creía que desearas verme después de... ¡Mierda! —farfulló al tiempo que volvía la cabeza, pero cuando su mirada se posó sobre un



voluptuoso calendario de una mujer desnuda, volvió a mirar apresuradamente a Janellen—. No creía que quisieras verme después de la forma en que te traté. Fui muy irrespetuoso contigo y la verdad es que me inspiras muchísimo respeto.

Le subió un calorcillo a las mejillas cuando recordó la mano de Bowie bajo su falda agarrándole el trasero con lo que interpretó como lujuria incontrolable. Había sido espantoso, sí, pero muy emocionante.

—Bueno, tampoco se puede decir que yo actuara de un modo muy respetuoso, ¿no te parece? —dijo casi sin aliento—. Pero supuse que nuestro respeto mutuo había quedado ya establecido. Creí que nuestra relación había pasado a otro nivel. Pensé que querrías, bueno, ya sabes, follar conmigo.

Se le cayó el sombrero sobre la mesa. Después de desplomarse en una silla, hincó los codos entre los albaranes y se sujetó la cabeza con ambas manos. Hinchó las mejillas, exhaló y apretó los labios.

—Sé que es la palabra correcta —agregó tímidamente Janellen—. Key la utiliza constantemente para referirse a... eso.

—Sí, qué duda cabe, es ciertamente la palabra justa. Transmite con toda claridad el mensaje.

—¿Entonces? ¿Estaba en un error?

Bowie se frotó la nuca. Después de lo que a Janellen le pareció una eternidad, levantó la cabeza.

—Lo cierto es que ese término no es el adecuado. Si hubiera sido eso lo que yo pretendía, podíamos haberlo hecho sobre el suelo de la cocina. Pero el caso es que te tengo demasiada consideración para levantarte la falda y tratarte como a una prostituta de diez dólares. Compréndelo, Janellen, tú tienes clase, pero yo soy basura y eso no lo cambiará nada.

—¡Tú no eres basura!

—Comparado contigo lo soy. Además, soy un expresidiario.

—Te condenaron por hacer algo que había que hacer. En mi opinión, a quien debían haber mandado a la cárcel era a ese animal al que atacaste y no a ti.

—Pero, el estado de Texas lo interpretó de otro modo. —Sonrió con indulgencia ante su vehemencia—. Como lo harían los habitantes de Eden Pass —agregó con seriedad—. Si decidieras salir conmigo, ¿cómo crees que reaccionaría la gente?

—No me importa —respondió Janellen. De repente dio la vuelta al escritorio, se agachó junto a la silla donde estaba sentado y apoyó confiadamente las manos en sus muslos—. Bowie, siempre he vivido de

acuerdo con las expectativas de los demás. He hecho todo lo que se esperaba de mí y nada que pudiera considerarse impropio. Pero no hace mucho, Key me recordó que la vida se me escapaba de las manos —agregó después de acercarse—. No comprendí la razón que tenía hasta que me besaste. Entonces, por primera vez en mi vida, experimenté una sensación de libertad. No quiero envejecer y luego descubrir que me he perdido lo mejor que la vida puede ofrecer por temor a ofender a alguien. Durante treinta y tres años he sido la impecable señorita Janellen y, francamente, ya estoy harta. Lo único excitante y emocionante me ha ocurrido contigo.

»¿Qué importa que la gente se escandalice por lo nuestro? Hace años que murmuran acerca de mi soltería y me compadecen por no tener ningún novio. A elegir entre compasión y escándalo, prefiero el escándalo. Si te gusto —agregó después de respirar hondo—, aunque sólo sea un poco, no te alejes de mí por temor a mancillar mi reputación.

—Si me gustas aunque sólo sea un poco —repitió con una triste sonrisa. La levantó para sentarla sobre sus rodillas—. Me gustas tanto que me duele el corazón cuando pienso en ti, que es siempre... —agregó mientras le acariciaba con suma delicadeza el reverso de la mano, como si temiera fracturar sus frágiles huesos—. A la gente no le gustará que formemos pareja, Janellen. Te expones a perder mucho. Por mi parte, no tengo nada que perder. Ni dinero, ni fama, ni familia, ni amigos, ni una posición social. Pero a ti puede que te duela.

—No me dolerá, Bowie —dijo después de colocar los dedos sobre sus labios.

—Te dolerá. Yo te provocaré dolor y me siento mal sólo de pensar en ello.

Sus caras estaban muy próximas. Bowie la miraba con sus ojos oscuros e intensos, y Janellen comprendió que ya no se refería a su efecto como pareja en la sociedad. Hablaba del dolor físico que le causaría el coito.

—Anhele ese dolor —susurró Janellen—. Quiero sentirlo ahora mismo.

Se dejó caer suavemente sobre él y gimió con ternura cuando Bowie la rodeó con sus brazos. Incluyó la cabeza sobre sus bíceps y recibió gustosa su ávido beso. Sus bocas se fundieron, cálidas y anhelantes.

Bowie pasó suavemente los dedos por su mejilla, siguió el contorno de su mandíbula y le acarició el cuello. Entre fervientes besos, Janellen le alentaba en un susurro. Cuando su mano cubrió con delicadeza uno de sus pechos, ella musitó cariñosamente su nombre.

—No puedo seguir, ya que de lo contrario haré lo que he jurado no hacer.

—¿De qué estás hablando, Bowie? —preguntó Janellen después de abrir los ojos y erguir la espalda.

—Que no voy a follar contigo —dijo al tiempo que ella emitía un pequeño quejido de protesta y decepción—. Lo que quiero —agregó inmediatamente— es hacer el amor contigo. Quiero hacerlo como es debido, en una cama con sábanas perfumadas, en un lugar limpio, digno de ti.

—Eso a mí no me importa, Bowie —respondió relajada, con una suave risa.

—A mí sí. Sigo creyendo que soy lo peor que haya podido ocurrirte, pero tú eres lo mejor que me ha sucedido en mi vida, y de eso no cabe la menor duda. No quiero tratarte como a cualquiera de las mujeres que están a mi alcance.

Aunque a Janellen le había decepcionado que interrumpiera los prolegómenos, se le llenó el corazón de ternura.

—Estoy bastante seguro de que eres virgen —dijo al tiempo que la miraba fugazmente y ella asentía—. No alcanzo a comprenderlo, pero me alegro muchísimo de ser el primero. Es un honor que no me tomo a la ligera, de modo que cuando ocurra, quiero que sea también como la primera vez para mí. Y en cierto modo lo será. Nunca me he acostado con una mujer con la que compartiera el cepillo de dientes.

—¿Lo compartirás conmigo? —preguntó Janellen con una risita mientras le hurgaba el hombro con la nariz.

A guisa de respuesta le dio un beso, con la lengua sumergida en su boca.

—Buscaré un lugar donde podamos ir —dijo Bowie con la voz ronca cuando dejaron de besarse.

—Tu remolque —sugirió Janellen entusiasmada—. Iré esta noche después de cenar.

—El remolque no está mal para mí, pero no es digno de tu presencia.

—¡Bowie!

Movió obstinadamente la cabeza.

—Tiene que ser un lugar especial. Cuando lo encuentre, tú serás la primera en saberlo.

—¿Pero cuándo?

—Todavía no lo sé —respondió con fervor en la mirada—. Cuanto antes.

—Hasta entonces, puedes venir a mi casa todas las noches, cuando mamá se haya acostado.

—Nunca me acostaría contigo a hurtadillas bajo el mismo techo que tu madre.

—No me refiero a que debamos acostarnos, sino a estar simplemente juntos. No puedo dejar a mi madre. Maydale sospecharía si le pidiera que se quedara hasta tarde todas las noches. Pronto se me acabarían los pretextos para salir de casa. Si vamos a vernos, es preciso que vengas a casa.

—Eso equivaldría a tentar el destino, Janellen —dijo Bowie con el entrecejo fruncido—. Si nos arriesgamos, es posible que ocurra algo terrible.

—Eso son bobadas. No sucederá nada.

—Tu madre podría sorprendernos juntos. Entonces la habríamos armado gorda.

En eso tenía razón. Pero ni siquiera la censura de su madre le impediría verse con Bowie.

—Tomaremos todas las precauciones necesarias para que nadie nos sorprenda hasta que estemos dispuestos a divulgar nuestra «relación». — Janellen sonrió alegremente—. Yo estoy lista para contárselo al mundo entero.

—Yo en tu lugar esperaría —dijo Bowie con una tristeza comparable a la euforia de Janellen—. Tarde o temprano, habrá algún problema. Soy así de gafe.

—Todo está cambiando para ambos.

—Janellen —dijo Bowie mientras cogía su cara entre sus manos y la mirada fijamente a los ojos—. ¿Estás segura? ¿Estás completamente segura? Porque estar conmigo no va a ser un paraíso para ti. Todo lo contrario, será un infierno.

Janellen cubrió las manos de Bowie con las suyas.

—Estar sin ti sería un infierno. Preferiría morir. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y puede que no me creas, pero nunca se lo había dicho a nadie.

Volvieron a besarse y Janellen insistió, hasta que Bowie le prometió acudir a la puerta trasera de su casa a medianoche.

Heather Winston no tenía el más mínimo interés en estudiar la ocupación del noroeste. Abandonó enojada su libro de historia norteamericana y aplicó su mente al asunto mucho más importante de mantener controlado a Tanner Hoskins.

Estaba de servicio en la recepción del motel The Green Pine, como todos los fines de semana de siete a diez. El trabajo no era duro. Le dejaba tiempo para hacer sus deberes y estudiar para los exámenes. Pero también le impedía

pasar el tiempo con Tanner. Entre los ensayos del grupo de animadoras, los entrenamientos de fútbol y todas las demás actividades extraescolares, disponían de muy poco tiempo para estar juntos, a excepción de los fines de semana.

A ella le gustaba tan poco como a él, pero Tanner era quien más se quejaba.

—Últimamente tu madre te tiene tan controlada que apenas merece la pena que salgamos.

Heather temía que no tardara en hartarse de la situación y buscara la compañía de otra chica con menos obligaciones y un horario no tan riguroso como el suyo. Aquella misma mañana le había sorprendido coqueteando con Mimsy Parker junto a su taquilla durante el descanso. Todo el mundo los había visto juntos.

Cuando acabaron las clases, había corrido la noticia entre todos los alumnos del campus de que Heather estaba a punto de ser abandonada.

No lo permitiría.

Recientemente, habían elegido a Tanner presidente de la asociación estudiantil. El viernes pasado, había marcado dos goles de banda. Este curso, era el chico más popular del instituto. No estaba dispuesta a permitir que Mimsy Parker se lo arrebatara.

Cuando planeaba diversos métodos para garantizar su fidelidad, un patizambo entró por la puerta automática, se quitó el sombrero y examinó el vestíbulo.

—Hola, ¿puedo servirle en algo?

—Buenas noches, señorita Winston.

—¿Me conoce?

—La he visto con sus padres. Me llamo Bowie Cato.

Heather reconoció su nombre. Era el expresidiario que trabajaba ahora para los Tackett. Se estremeció de miedo. ¿Iba a robarle? Su mirada era inquieta y cautelosa. Ella era la única persona de servicio en el vestíbulo. Una camarera y un cocinero mantenían el comedor abierto, pero no le serían de gran ayuda si lo que Bowie Cato se proponía era robo a mano armada y asesinato.

—Le parecerá un poco extraño —dijo después de aclararse nerviosamente la garganta—. Pero, bueno, el caso es que tengo unos parientes que vendrán a pasar el fin de semana. Mi remolque es demasiado pequeño para dormir todos en él y, además, son unas personas bastante quisquillosas. De modo que lo que busco es un lugar donde se puedan hospedar. Una noche, tal vez dos.

—Tendré mucho gusto en hacerle una reserva, señor Cato. ¿Llegarán este fin de semana?

—No, no, no necesito ninguna reserva. El caso es que no estoy seguro de cuándo vendrán. Son bastante imprevisibles.

Heather estaba desconcertada. Parecía inofensivo. No veía ninguna arma, pero suponía que podía llevarla bajo su chaqueta tejana. Su actitud no era agresiva, pero no se explicaba su nerviosismo.

—Cuando conozca la fecha de su llegada, puede llamarnos y hacer la reserva. En esta época del año, solemos tener vacantes.

—Sí, señorita —respondió antes de empezar a mirar mapas y folletos del mostrador, al parecer no dispuesto a marcharse—. En realidad, me pregunto si sería posible ver una habitación. Inspeccionarla de antemano. La más bonita que tengan —agregó apresuradamente—. Les gustan las cosas bellas.

—¿Quiere ver si nuestras habitaciones son lo suficientemente elegantes para sus parientes? —rio Heather.

—No pretendo ofenderla, señorita Winston —dijo al tiempo que levantaba las manos, con un aspecto tan inofensivo que Heather se sintió estúpida de haberle tenido miedo—. Así es cómo son. Altivos. Insisten siempre en que todo sea como debe ser. Les he prometido inspeccionar el motel antes de que se comprometan a venir.

Heather se acercó al cajón donde guardaban las llaves por orden numérico.

—La suite nupcial es la habitación más bonita que tenemos.

—¿La suite nupcial? Me gusta.

Heather colocó un cartel sobre el mostrador que decía tenga la bondad de esperar unos minutos y disimuló su sonrisa cuando le indicó que pasara por una ancha puerta de cristal. Lo de los parientes era tan cierto como que ella tenía alas para volar. Estaba haciendo preparativos para una cita con una dama y a Heather le pareció que era encantador que se tomara tantas molestias.

—La suite está cerca de la piscina —comentó Heather, cuando cruzaban el patio ajardinado.

—Hace un poco de frío para nadar.

—Está climatizada todo el año.

—¿No me diga? —dijo mientras contemplaba inciertamente el agua.

—En serio. Esta piscina es el orgullo de mi padre. Mi madre le convenció para que la construyeran cuando ampliaron el motel y levantaron esta nueva ala. Pero fue a papá a quien se le ocurrió climatizarla. La suite nupcial

también fue idea de mi madre. No es tan sofisticada como las de los hoteles de Dallas o Houston, pero es bonita. Hemos llegado.

Abrió la puerta y le cedió el paso. Bowie titubeó en el umbral.

—Si se siente incómoda entrando en la habitación conmigo, señorita Winston, puedo verla solo.

Había tanta sinceridad y compasión en su mirada que Heather le habría seguido a un callejón oscuro con todos los diamantes de Darcy.

—Después de usted, señor Cato.

La «suite» estaba pintada de color menta y melocotón, y la calidad de la tapicería era un poco superior a la de las demás habitaciones. Consistía en una sala de estar y un dormitorio con una enorme cama de matrimonio. La bañera tenía propulsores de agua a presión incorporados. Por lo demás, era como la mayoría de las habitaciones de los moteles. A Heather no le gustaría pasar allí su noche de bodas, pero suponía que les debería parecer lujosa a los provincianos de Eden Pass.

Bowie Cato mostró interés por todas las agradables características que le mostró, pero sin adoptar ningún compromiso.

—¿Adónde da? —preguntó mientras señalaba una puerta al fondo del dormitorio.

—Al aparcamiento. Si el cliente desea alquilar sólo el dormitorio, cerramos con llave la puerta que conecta con la sala de estar.

—Interesante. ¿De modo que se puede entrar en la habitación desde el aparcamiento sin tener que pasar por el vestíbulo y alrededor de la piscina?

—Efectivamente —respondió disimulando otra sonrisa, convencida de que el señor Cato tenía un idilio secreto—. Junto al televisor del dormitorio hay un magnetoscopio, de modo que pueden traer sus propios vídeos si lo desean.

—Dudo que nos dediquemos a mirar...

Dejó de hablar cuando se percató de que se había delatado a sí mismo. Avergonzado, se le sonrojaron las orejas y se le formó un nudo en la garganta. Heather sonrió para indicarle que sabría guardar su secreto.

—Al igual que los médicos y los abogados, el personal del sector hotelero es muy discreto.

—Sí, señorita. Bueno, creo que ya he visto todo lo que necesitaba. Ha sido usted muy amable. ¿Puedo salir por esta puerta? —preguntó al tiempo que se acercaba a la que daba al aparcamiento.

—La cerraré cuando haya salido. ¿Desea que le haga una reserva?

—No esta noche, gracias. Me pondré en contacto, cuando... se haya concretado una fecha. ¿Le parece bien?

—Por supuesto.

Con un aspecto todavía pusilánime, se puso el sombrero y agitó la mano para despedirse. Heather cerró la suite y regresó al vestíbulo. Al parecer, no había venido nadie en su ausencia, ni había aumentado su interés por la historia de la colonización. El hecho de pensar en Tanner le impedía concentrarse. Le había dicho que esta noche se quedaría en casa estudiando, ¿pero sería cierto?

Llamó impulsivamente al número de su teléfono, le preguntó a su padre si podía hablar con él y le alivió escuchar que Ollie le decía que esperara mientras llamaba a Tanner.

—Hola, soy yo, ¿qué estás haciendo?

—Estudiando historia.

—Yo también. Es agotador —dijo mientras retorció el cable del teléfono—. Lamento haber sido tan perversa contigo al salir de la escuela.

—No tiene importancia.

Heather detectó por el tono de su voz que la tenía.

—Todo el mundo decía...

—No creas todo lo que oigas.

Le pareció que la respuesta era excesivamente vaga. ¿Por qué no se desentendía de los rumores y negaba interesarse por Mimsy Parker? «Estoy perdiéndole», pensó aterrada. Sabía que nunca lo superaría.

—Tanner, ¿por qué no me llevas en tu coche a mi casa a las diez, cuando termine de trabajar? ¿Por favor? Quiero verte.

—¿No tienes el tuyo?

¿Desde cuándo necesitaba un pretexto para verla?

—Les diré a mis padres que no arrancaba y te llamé.

—¿Por qué no?

—De acuerdo —dijo al tiempo que consultaba su reloj—. Te espero dentro de treinta minutos. A no ser que quieras venir ahora y hacerme compañía hasta que llegue el sereno.

—Te veré a las diez.

Heather estaba impaciente cuando colgó el teléfono. Utilizó la media hora restante para acicalarse. El reflejo en el espejo de su polvera era reconfortante. Puede que las tetas de Mimsy Parker fueran como melones, pero Heather tenía todavía el mejor cabello, la mejor ropa, la mejor sonrisa y



los mejores ojos. Y sus pechos tampoco eran para reírse. De haber sido un poco mayores, los tendría caídos como los de Mimsy en pocos años.

En todo caso, la tierra es de quien la trabaja. Tanner todavía le pertenecía. Lo único que debía hacer era conservarle.

El sereno, un tipo pecoso que estaba prendado de ella, llegó con unos minutos de antelación. Cuando Tanner llegó en su coche al patio frontal, a fin de no aparentar una avidez excesiva, fingió estar ocupada en la recepción con el sereno. Después de tenerle esperando cinco minutos, se reunió con él en el coche.

—¡Es tan torpe! —exclamó exasperada cuando se dejaba caer en el asiento—. ¡Es increíble! Pertenece a la National Honor Society, pero en lo concerniente al sentido común es un inútil. Hola —dijo al tiempo que se acercaba para darle un beso en la mejilla.

—Hola.

Heather actuaba como si nada hubiera ocurrido y Mimsy Parker no existiera. Charló incesantemente sobre la escuela, los profesores y temas inconsecuentes.

—Tengo que conseguir algo que ponerme para la elección de la reina de la belleza. Creo que mi madre y yo vamos a ir de compras a Tyler el próximo sábado. Si no encontramos allí nada interesante, iremos a Dallas el próximo sábado. Tienes mucha suerte de no tener que preocuparte de lo que te pondrás para la coronación a media parte. Llevarás tu uniforme de futbolista.

Aquella era una forma sutil de recordarle que había sido nombrada como candidata a reina de la belleza y que él tenía mucha suerte de ser su acompañante oficial.

—Tu camiseta estará manchada de barro y, cuando te quites el casco, tu cabeza estará empapada de sudor. Con ese aspecto, tienes un enorme atractivo sexual. Me excito sólo de pensar en ello.

Cuando dejó caer la mano sobre su muslo, fingió que se trataba de un gesto accidental. Percibió su reacción inmediata. «¡Qué boba he sido! —pensó—. ¡Qué imbécil!». El sexo es poder. No había más que ver el provecho que le sacaba su madre: le bastaba con susurrarle algo a Fergus y mirarle seductoramente para conseguir lo que se le antojara.

Desde el momento en que Heather había alcanzado la edad de reconocer aquel estilo de manipulación por lo que era, lo había despreciado. Tal vez había llegado el momento de cambiar de actitud. Su sexualidad era una fuente ilimitada y todavía intacta.

¿Para qué la conservaba? ¿Por qué no la utilizaba? Ahora. Cuando la necesitaba. Todas las demás mujeres lo hacían. Su madre. Esa zorra de Mimsy Parker. Si quería conservar a Tanner...

—Para aquí —dijo de pronto, a una manzana todavía de su casa—. Quiero hablar contigo un momento.

Tanner aparcó junto a la acera, paró el motor y apagó las luces.

—¿De qué?

Le habría gustado abofetearle para borrar aquella insolente sonrisa de su rostro, pero en su lugar sonrió seductoramente y se le acercó.

—En realidad no quiero hablar.

Le besó con la boca abierta y buscó la lengua de Tanner con la suya.

Le cogió desprevenido, pero reaccionó de inmediato. Después de unos apasionados besos y algunos movimientos cuidadosamente ensayados, su erección estaba perfectamente establecida tras su bragueta. Heather se la acarició suavemente.

Tanner introdujo la mano bajo su jersey y se la colocó sobre el pecho.

—¿Qué te ha dado? —suspiró mientras le desabrochaba el sujetador.

«Mimsy Parker», pensó Heather.

—Lo mucho que te quiero. Sigue.

Mientras Tanner le pellizcaba suavemente el pezón, Heather le colocó la mano en la nuca y atrajo su cabeza hacia sí.

—Tanner, esta noche he tenido una gran idea —dijo mientras introducía la mano en sus vaqueros—. ¿No te parece maravilloso?

—Sí. Dios mío. Santo cielo. Espera. Tengo un preservativo. ¿Quieres qué...?

—No. Quiero verlo.

—Más rápido, cariño. Así. Así.

—Acaríciame, Tanner —dijo al tiempo que separaba los muslos y acercaba la palma de su mano al centro de los mismos.

Después de varios acalorados minutos de masturbación recíproca, la dejó frente a su casa. Le brillaban todavía los ojos y tenía el rostro encendido. Estaba conmovedoramente agradecido y nuevamente embelesado.

Segura una vez más de sí misma, Heather subió dando saltos los peldaños de su casa. Mimsy Parker no tenía la más mínima oportunidad de arrebatarse el novio.

Cuando entró en la casa, con una compleja mentira preparada para justificar que Tanner la hubiera acompañado, le agradeció silenciosamente al expresidiario la idea que había salvado su relación.

## Veintitrés

El Corazón del Diablo les brindó a sus prisioneros la más cautivadora de sus sonrisas. Miró fugazmente a Key, pero después de satisfacer su curiosidad, volvió a concentrarse en Lara. Key dudaba de que Lara fuera consciente de que había caído de rodillas al suelo.

Apenas acababa de pensar en ello, cuando Lara se incorporó lentamente.

—No puedo creerlo. Emilio, ¿qué...?

—Ya no me llamo Emilio Sánchez Perón —replicó, después de que se esfumó de su rostro su radiante sonrisa—. Hace mucho tiempo que dejé de ser aquel joven ingenuo e idealista. Para ser exactos, desde el comienzo de la revolución y su regreso a Estados Unidos —agregó, casi escupiendo las últimas palabras—. Una nación por la que siento un profundo desprecio.

Key detestaba lo que aquel joven decía, pero le impresionaba su forma de expresarlo. Hablaba perfectamente el inglés, sin el menor acento español, a pesar de que no usaba contracciones.

El mugriento entorno realzaba aún más su nitidez. Iba perfectamente afeitado e impecablemente limpio, cosa difícil de conseguir en plena jungla. Llevaba su cabello negro tan planchado hacia atrás que su cráneo parecía tan suave y reluciente como una bola de billar. Llevaba una pequeña cola de caballo en la nuca. Aquel estilo ponía de relieve sus elevados pómulos, las angulosas facciones de su rostro y la dura expresión de sus labios. Llevaba unas gafas con una fina montura dorada.

Key se las había visto con personajes difíciles en todos los confines del mundo, pero no recordaba a nadie tan escalofriante como Emilio Sánchez. No era corpulento, pero la frialdad apagada de sus ojos era sintomática de una crueldad ilimitada. Los ojos de una serpiente.

—¿Si tanto odia a Estados Unidos, por qué trabajaba para mi marido en la embajada? —preguntó Lara.

—Mi cargo en la delegación diplomática me permitía recibir información que a otros les resultaba muy útil.

—En otras palabras, era un espía.

—Entre usted y su marido —sonrió de nuevo—, siempre pensé que usted era la más inteligente.

—Utilizaba la embajada como fuente de información. ¿Desde cuándo?

—Desde el primer momento.

—Hijo de puta.

Se oyó un murmullo a su alrededor entre los que comprendían el inglés. Desapareció gradualmente la sonrisa del rostro del Corazón, como fundida por el calor.

—Después de haber salvado la vida por los pelos en una ocasión, señora Porter, ha cometido una locura regresando a Montesangre.

—Vine con la intención de recuperar los restos de mi hija. Quería llevármelos a Estados Unidos.

—Ha hecho el viaje en vano.

—Ahora lo sé. Y maldigo a los montesangrinos que la sepultaron en un pozo —declaró con lágrimas en los ojos, pero sin amilanarse—. Que Dios los condene a todos.

—Será difícil que Dios le preste atención aquí, señora Porter. Hace décadas que no se interesa por los pobladores de Montesangre. Hemos dejado de creer en su existencia.

—¿Es esa la razón por la que le resultó tan fácil asesinar al padre Geraldo?

—¿El cura borracho? —exclamó con sorna al tiempo que Ricardo le daba una palmada en la espalda, como si acabara de contar un chiste—. Dejó de ser útil hace mucho tiempo. No era más que otra boca que alimentar en un país de gente hambrienta.

—¿Y el doctor Soto? Sin duda, era de utilidad para su régimen.

—Y también para Escávez.

—Su desperdicio es imperdonable. El doctor Soto curaba a la gente. A la hora de salvar vidas, no pensaba en la política.

—Esa fue su perdición —respondió llanamente el Corazón—. En Montesangre no hay cabida para lealtades divididas. Hablando de lo cual —agregó mientras le dirigía la mirada a Key—, siento curiosidad acerca de sus lealtades, o ausencia de las mismas, señor Tackett. Sólo gracias a mi curiosidad sigue vivo.

—Mi vida es un libro abierto.

Los soldados que custodiaban a Key le habían permitido ponerse de pie. Le dolían terriblemente las costillas. Probablemente tenía un par de ellas rotas, a causa de las patadas que había recibido durante el ataque en el

cementerio. Todavía le dolía más la cabeza. Se le había formado una costra en la herida de la sien, pero le palpitaba todo el cráneo. El áspero residuo salado del sudor seco en la piel le producía escozor. Además, tenía hambre.

—Está ayudando a la puta que destrozó la carrera política de su hermano —dijo Sánchez—. Me parece curioso. ¿Qué puede haberle impulsado a jugarse la vida por ella?

—No ha sido por ella, sino por su hija. Creo que tal vez mi hermano fuera su padre.

—¿En serio? —exclamó el Corazón al tiempo que se sacaba un pañuelo blanco doblado del bolsillo trasero de sus pantalones y se secaba la frente.

Incluso los déspotas eran víctimas del calor de la jungla. A Key le encantó comprobar que aquel individuo tampoco era inmune a las molestias. Hacía que sus propios achaques fueran más tolerables.

—Ahora que sé lo ocurrido con el cuerpo de Ashley, estoy de acuerdo con lo que Lara opina de su país.

—¿Y cuál es esa opinión? —preguntó Sánchez mientras se guardaba meticulosamente el pañuelo en el bolsillo.

—Montesangre es un pozo de mierda y el Corazón del Diablo su papel higiénico.

Con la velocidad de un rayo, Ricardo desenfundó la pistola de su cinto y apuntó a Key. Sánchez levantó parsimoniosamente la mano. Ricardo bajó la pistola, pero sin dejar de dirigirle a Key una mirada asesina.

—Usted está muy loco, o es muy valiente —dijo reflexivamente Sánchez—. Prefiero creer que es valiente. Sólo alguien con mucho valor se habría atrevido a entrar con un avión en mi país sin permiso —agregó con una fría sonrisa de lagarto—. A pesar de su experto pilotaje y su absurda representación cuando mis hombres les pararon en la carretera, sabíamos exactamente dónde había aterrizado. No lo he visto personalmente, pero Ricardo me asegura que es un avión excelente. Bien equipado. Nos será muy útil para continuar la lucha. Muchas gracias por contribuir a nuestra causa.

Key volvió la cabeza hacia Lara. Cuando se cruzaron sus miradas, lo mejor que pudo hacer fue encogerse desamparadamente de hombros. No tenía ningún comodín en la manga. Aunque lograra recuperar el Magnum de la bolsa fotográfica, le acribillarían a balazos antes de poder utilizarlo. Luego asesinarían también a Lara, y puede que su muerte no fuera tan piadosamente rápida.

—Desatadles las manos.

Considerando la gravedad del pensamiento de Key, la brusca orden del Corazón le cogió por sorpresa. Ricardo empezó a protestar, pero Sánchez le ordenó inmediatamente que se callara.

—No somos salvajes. Dadles agua y algo de comer.

Ricardo delegó aquella desagradable responsabilidad a sus subordinados, que arrojaron bruscamente a Lara y a Key al suelo. Con una rapidez y una ferocidad asombrosas, les cortaron las cuerdas de las muñecas. Las de Key estaban muy lastimadas. Por lo que pudo ver, las de Lara estaban peor. Tenía grietas en la piel y sangraba.

Les trajeron unos rudimentarios tazones de cocido, que consistía primordialmente en alubias y arroz. Los trozos de carne eran escasos e indefinidos. Key decidió que era preferible no saber lo que era. Un joven delgado como un fideo y una mirada tan hostil y lejana como la del Corazón le trajo una taza de arcilla llena de agua. Bebió ávidamente.

Cuando bajó la taza, se percató del barullo junto a él. Lara había arrojado la comida que le habían ofrecido al suelo y la abucheaban por tirar el agua.

—Qué infantil, señora Porter —comentó el Corazón, sentado a la sombra en una silla que le habían traído, con una muchacha a cada lado que le abanicaba—. Me sorprende que sea tan demostrativa. La recuerdo como a una mujer que apenas manifestaba sus emociones.

—Sería incapaz de aceptar su limosna después de lo que les ha hecho al padre Geraldo y al doctor Soto.

—Como quiera.

Lara miró a Key, claramente enojada con él. Key se encogió de hombros, consciente de que su insolente ademán serviría sólo para que aumentara el furor que le inspiraba por comer y beber lo que le había ofrecido su captor. Si les quedaba alguna posibilidad remota de escapar, necesitarían la fuerza física para hacerlo.

Puede que no tuviera tantos principios como Lara, pero era indudablemente mucho más práctico. Hacía sólo unos momentos, había sentido compasión de su estado físico. Ahora, habría podido retorcerle el pescuezo por desperdiciar el agua y la comida que tanto necesitaba.

Después de que Sánchez dio una señal, varios guerrilleros se acercaron y desaparecieron tras la choza. Key se acabó la comida y vació la taza de agua. Cuando alguien retiraba los utensilios vacíos, regresaron los soldados con un hombre y una mujer. Ambos tenían las manos atadas a la espalda.

Daban asco. El hedor corporal y a excrementos era insufrible, y Key estuvo a punto de vomitar. Al hombre le habían golpeado la cabeza. Tenía el

cabello pegado con sangre coagulada. Todas sus facciones estaban tan distorsionadas por la hinchazón, los cardenales y las magulladuras, que Key dudaba de que sus parientes más próximos fueran capaces de reconocerle.

La mujer probablemente había sufrido todavía más. Cuando la empujaban, varios soldados del campamento silbaron y le lanzaron insultos en castellano, que Key había aprendido de niño en Texas. Era fácil comprender cómo la habían brutalizado. El trauma la había insensibilizado. Tenía la mirada en blanco. Nada de lo que ocurría a su alrededor le provocaba reacción alguna.

Sánchez abandonó su silla en la sombra y se acercó a un extremo de la tarima, desde donde miró más allá de la lastimosa pareja para dirigirse a Key y Lara.

—Este hombre y esta mujer fornicaban cuando estaban de vigilancia. A causa de su negligencia, tropas leales a Escávez atacaron uno de nuestros campamentos. Todos ellos murieron en la lucha que se desencadenó, pero no antes de matar a dos de mis mejores soldados.

—Por favor —farfullaba el hombre con sus labios hinchados y descoloridos—. Corazón, lo siento mucho. Lo siento.

Se disculpaba una y otra vez. Aquella mujer era su prometida, según dijo. Se querían desde que eran niños. Dadas dichas explicaciones, reconoció que no debían haber puesto en peligro las vidas de sus compañeros.

—No es más que una puta —replicó tranquilamente Sánchez—. Anoche se acostó con cincuenta hombres.

El hombre sollozaba, pero sin discutir. Suplicaba clemencia y juraba por sus difuntos padres que nunca volvería a actuar con negligencia cuando estuviera de servicio. Se dejó caer de rodillas y avanzó hasta llegar a pocos centímetros de las relucientes botas de Sánchez para suplicar la clemencia y el perdón de su comandante.

—¿Admites que fue la lujuria lo que le costó la vida a tus camaradas? Eres débil. Un estúpido libertino, esclavo de tus pasiones egoístas. Ella es una puta, una perra en celo que se ofrece al primero que llega.

—Sí, sí —asentía el acusado.

—La liberación de Montesangre es lo único por lo que uno debería sentir ese ardor irresistible. Todos debemos estar dispuestos a hacer sacrificios personales.

—Sí, Corazón, sí.

—Podría castrarte.

Aquella perversa amenaza, susurrada a media voz, provocó una retahíla de súplicas y promesas en un castellano tan rápido que Key tuvo dificultad en

comprenderlo.

—Muy bien, no te caparé —dijo el Corazón mientras el acusado lloraba y gemía de alivio, y profería esmerados encomios a la grandeza de su comandante—. Pero semejante descuido no puede permanecer impune.

Al igual que un cirujano cuando extiende la mano para recibir el bisturí, Sánchez extendió la suya. Ricardo le colocó una pistola en la palma de la mano. El Corazón se agachó, apoyó el cañón del arma en la frente del plañidero y apretó el gatillo.

La mujer se sobresaltó instintivamente al oír el ruido, pero permaneció impassible ante la sangre y tejido cerebral desparramados de su novio. Respondiendo a una seña del Corazón, Ricardo se apeó de la tarima y se colocó detrás de la mujer. Le levantó la cabeza por su larga cabellera y, con un veloz movimiento del brazo, la degolló con una siniestra daga. Cuando le soltó el pelo, se desplomó junto a su difunto amante.

Key miró fugazmente a Lara. Permanecía inmóvil y silenciosa. Admiraba su estoicismo. El macabro espectáculo se había llevado a cabo para impresionarlos, pero al igual que Key, Lara se negaba a darle al Corazón la satisfacción de reaccionar con repulsión y miedo.

«Puede que yo sea el próximo —pensaba Key—, pero ese mentecato hijo de puta no me verá de rodillas suplicando por mi vida».

Un expectante silencio invadió el campamento. Toda actividad quedó suspendida. Key sospechaba que la anticipación no tenía nada que ver con los cadáveres que arrastraban, sino con el destino que les esperaba a él y a Lara. Las ejecuciones de enemigos y traidores como la que acababan de presenciar eran probablemente frecuentes; sucesos cotidianos destinados a reforzar la disciplina y desalentar la desobediencia. Los habitantes del campamento, incluidos los niños, estaban acostumbrados a ello. Pero poder castigar a dos ciudadanos norteamericanos suponía un espectáculo excepcional que había captado la atención de todos los presentes.

Sin embargo, fue Lara quien inició la ofensiva.

—Usted era un joven inteligente, Emilio Sánchez Perón —dijo con una voz debilitada por el cansancio, pero que llegaba a todos los oídos del campamento—. Podía haber llegado a ser un gran hombre, un excelente líder, el líder que podía haber sacado a Montesangre de su pobreza y retraso endémicos, para introducir el país en el siglo veintiuno. Sin embargo, ha retrocedido para convertirse en lo que me ha acusado a mí de ser: un niño. Un niño petulante, cobarde, egoísta y mimado.



»Habla de liberar a su pueblo de la opresión —prosiguió Lara mientras miraba con sorna alrededor del campamento—. Esta comunidad es la más oprimida que he visto en Montesangre. Usted no es un líder, es un tirano. Cualquiera día, uno de sus seguidores se hartará de su tiranía y no le mostrará compasión alguna. No inspira miedo, sino lástima.

Los que comprendían el inglés se asombraron de su temeridad. Los que no lo entendían podían interpretar fácilmente la expresión del rostro del Corazón. Se le subieron los colores a la cara. Sus ojos brillaban con malicia.

—No soy un cobarde —afirmó categóricamente—. Yo maté al general Pérez porque su voluntad empezaba a debilitarse.

—Maldita sea —susurró Key.

Sánchez era el usurpador al que el padre Geraldo se había referido. El soldado que había asesinado a su propio comandante para tomar el poder de las fuerzas rebeldes.

—Sí, señora Porter —prosiguió Sánchez—. Veo que está sorprendida. Quiero que comprenda lo decidido que estoy a convertirme en el líder incuestionable de mi país. Haré lo que sea necesario, aunque a veces las tareas sean desagradables —agregó al tiempo que dirigía la mirada a la sangre fresca del suelo, que se secaba al sol.

—¿Como matar a uno de sus propios hombres a bocajarro?

—Sí —respondió con una sonrisa tan resuelta y afectada que era todavía más escalofriante que lo sucedido—. Como lo que acaba de presenciar. O como organizar la emboscada del coche del embajador Porter.

El cuerpo de Lara se estremeció. Se puso pálida. Desapareció incluso el color de sus labios.

—¿Usted?

—Coordiné la operación por orden del general Pérez porque estaba familiarizado con la agenda del embajador. No estaba previsto que asistiera usted a la fiesta. Usted y el embajador discutieron por ello. Él insistió en que le acompañara.

»Debió haber sido fiel a sus instintos y haberse negado. Él era nuestro objetivo, no usted. Si se hubiera quedado en la embajada, tal vez la habría podido sacar a hurtadillas antes del ataque. Tal como sucedió, no pude hacer nada. Era demasiado tarde para anular la emboscada.

—Ashley.

Key no llegó a oírle pronunciar el nombre, pero vio cómo movía los labios.

—Ashley —exclamó cuando asimiló el impacto—. ¡Usted asesinó a mi hija!

—No hice tal cosa —respondió—. Fue una lamentable víctima de la guerra. En realidad, la niña me gustaba bastante.

La poca importancia que le atribuyó a la muerte violenta de su hija puso a Lara frenética. De pronto empezó a moverse y se transformó en un torbellino que giraba, se agachaba y agitaba los brazos. Su conversión violenta fue tan repentina que cogió incluso a los guardias por sorpresa. Cuando asimilaron la situación, esperaban que avanzara en dirección a Sánchez. No estaban preparados para que retrocediera.

Cuando acabó de agitarse, había vaciado el contenido de la bolsa fotográfica en el suelo y empuñado el Magnum con el que apuntaba a Sánchez. Había por lo menos dos docenas de pistolas y rifles cargados que la apuntaban.

—¡No!

Key se incorporó de un brinco, se lanzó contra Lara y la derribó. El intenso dolor de las costillas casi le hizo perder el conocimiento, pero siguió agarrado a ella, procurando sujetarle los brazos y arrebatarle el revólver. La cruel ironía era que Sánchez suponía su única esperanza de supervivencia. Si Lara le mataba, ellos estarían también más muertos que vivos. Mientras conservaran la vida, cabía la esperanza de huir de Montesangre.

Con una fuerza asombrosa, Lara luchaba como un gato endemoniado.

—¡Suéltame! ¡Voy a matarle!

Varios soldados que se habían unido a la pelea separaron a Key de Lara. No comprendía por qué los guerrilleros no habían disparado contra ellos y eliminado el peligro para el Corazón. Sólo cuando vio que se acercaba tranquilamente, comprendió que probablemente llevaba un chaleco antibalas. Y, al parecer, a no ser que el campamento fuera objeto de un ataque directo, nadie disparaba un solo tiro sin que él lo ordenara directamente.

—Soltadla.

Al oír su voz, los guerrilleros obedecieron y se alejaron de ella. Lara se puso de pie y, con el Magnum en unas manos sorprendentemente templadas, apuntó a Sánchez.

—¡Lara, no! —exclamó Key mientras luchaba en vano con los soldados que le sujetaban—. No lo hagas. Por Dios, no lo hagas.

—No me matará, señor Tackett —dijo Sánchez sin dejar de mirar fijamente a Lara, a pesar de estar hablando con Key.

Lara amartilló el percutor del revólver.

—No me menosprecie, Emilio. En este momento soy capaz de cualquier cosa. Por su culpa, mi hija murió aquella mañana. Voy a matarle. Luego ya no me importará lo que esa banda de carniceros desharrapados haga conmigo.

—Usted no apretará el gatillo, señora Porter, porque eso la convertiría en lo que me acusa a mí de ser: un asesino a sangre fría. Usted es una sanadora, alguien que ha jurado prolongar la vida, no poner fin a la misma. No puede matarme. Iría contra todo lo que representa.

«Astuto hijo de puta», pensó Key. Sánchez se exhibía ante la tropa. Su actuación era digna de un personaje legendario y el muy cabrón era perfectamente consciente de ello. Apostaba a que Lara no apretaría el gatillo y llevaba todas las de ganar. Había dispuesto de años para estudiarla, cuando trabajaba en la embajada. Sabía la clase de mujer que era y conocía su dedicación a la medicina. La capacidad de matar era algo de lo que carecía.

—Hijo de puta —exclamó con lágrimas que formaban regueros en la mugre de sus mejillas, y unas manos que empezaban a temblarle por el peso del revólver—. Usted es la causa de que mi hija esté muerta.

—Pero no puede matarme.

—Arrojaron su dulce cuerpo a una fosa común y lo cubrieron de porquería. ¡Le odio!

—Si tanto me odia, apriete el gatillo —la incitó—. Ojo por ojo. Supongo que matarme sería una justa compensación.

Key no estaba dispuesto a permitir que pusiera en ridículo a Lara. Podía costarles la vida si apretaba el gatillo, pero dedujo que de cualquier modo morirían y decidió llevarse a Sánchez consigo.

—¡Hazlo, Lara! —exclamó—. Mándalo al infierno. Apunta a su relamido gaznate.

Su temblor era incontrolable. Aunque hubiera sido capaz de apretar el gatillo, no habría dado en el blanco. Sánchez seguía acercándose.

—¡Quédese donde está! —chilló Lara—. Voy a matarle.

—No lo hará.

—¡Sí! —gritó histérica.

—Nunca podrá hacerlo.

Perfectamente seguro de sí mismo, Sánchez extendió el brazo y agarró el revólver. Lara opuso una resistencia simbólica, pero él no tuvo ninguna dificultad en arrancarle el arma de las manos. Lara se cubrió la cara con ambas manos y empezó a sollozar. Sánchez, con una complaciente sonrisa en los labios, apoyó el cañón del Magnum en la coronilla de su cabeza agachada.

Key emitió un torturado aullido salvaje que parecía proceder de las mismas entrañas del infierno.

—Su sentimiento es conmovedor, señor Tackett —sonrió Sánchez—. Me temo que ese respeto desproporcionado por la vida humana, cualquier vida humana, acabará por ser la perdición de Norteamérica. Usted opta por salvarle la vida a la amante de su hermano.

—Si la mata, es hombre muerto —le advirtió con los dientes apretados.

—No está usted en situación de amenazarme, señor Tackett.

—Si no lo logro en esta vida, vigile cuando llegue al infierno.

Empezó a luchar con los soldados que le sujetaban. Dio una patada con el tacón y alcanzó a uno de ellos en la rodilla. Oyó un agradable crujido. Golpeó al segundo con el codo en la barriga. Al igual que su compañero, cayó al suelo. Se lanzó al frente después de librarse de sus opresores, pero vio impotentemente alarmado y horrorizado cómo Sánchez apretaba el gatillo del Magnum.

Se oyó el clic de la recámara vacía.

Key quedó paralizado. Sus rodillas parecían de gelatina. La inercia le hizo perder el equilibrio y se cayó de bruces al suelo.

Sánchez se reía del espectáculo.

—No estoy loco, señor Tackett. Retiramos las balas cuando descubrimos el revólver en la bolsa de la cámara. Su intento por ocultar el arma fue propio de un aficionado.

Arrojó el revólver de nuevo a la bolsa y utilizó su pulcro pañuelo para secarse las manos.

—Debo agradecerles a usted y a la señora Porter la diversión que nos han proporcionado esta mañana.

—Maldito hijo de puta —exclamó Key mientras hacía un esfuerzo para levantarse y acercarse a Lara.

Nadie se lo impidió, lo cual suponía en sí un insulto. Su aspecto debía ser demasiado lamentable para considerarle como una auténtica amenaza.

Si lo hubieran sabido.

En muchas ocasiones se había sentido terriblemente destructivo. Había utilizado sus puños en las peleas contra personas y objetos. Pero no recordaba una sola ocasión en la que hubiera sentido que podía llegar a arrebatarse la vida a alguien.

Hasta ahora.

Dada la oportunidad, despedazaría literalmente a Sánchez con sus propias manos. Quería hincar los dientes en su garganta, paladear su sangre. Era una

reacción primaria, animal, que nunca se habría creído capaz de experimentar, y de una intensidad aterradora.

—¿Por qué no nos mata y acaba de una vez?

—No tengo intención de matarlos, señor Tackett. ¿Era eso lo que suponía?

—¿Piensa retenernos aquí indefinidamente? ¿Para qué? ¿Para proporcionarle diversión todas las mañanas?

Sánchez sonrió.

—Es una propuesta tentadora, pero no puedo ser tan complaciente conmigo mismo. En realidad, voy a soltarlos. Los llevarán de nuevo a Ciudad Central y se hospedarán en el mejor hotel. Mañana al mediodía, los colocarán a bordo de un avión comercial con destino a Bogotá. A partir de allí, se organizarán ustedes mismos el viaje.

—¿A cambio de qué? —preguntó Key con escepticismo.

—Me aseguraré de que los medios de información y las autoridades competentes conozcan su visita clandestina a Montesangre y, cuando lleguen a Estados Unidos, transmitirán con toda claridad mi mensaje a su gobierno.

—¿Mensaje? —preguntó Lara, que había dejado de llorar y ahora escuchaba.

Key le había colocado el brazo sobre los hombros y Lara se apoyaba en él.

—El mensaje es que haré absolutamente todo lo que sea necesario para hacerme con el poder de este país. El presidente Escávez no dispone de la fuerza militar, la resistencia personal, ni el apoyo público necesario para derrotarme. Su poder es cosa del pasado. En pocos meses, su decreciente ejército será completamente aniquilado. Antes de fin de año, habré instaurado mi gobierno en Ciudad Central.

—¿Qué le hace suponer que a Estados Unidos le importan un carajo usted y su asqueroso gobierno?

Sánchez exhibió sus pequeños dientes afilados en una grotesca sonrisa.

—Mis compatriotas tienen una necesidad perentoria de suministros, comida y medicamentos. Me gustaría volver a establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

—Qué duda cabe. ¿Qué interés podemos tener nosotros en dicha perspectiva?

—Podría plantearles lo mismo a diversos países sudamericanos que necesitan un conducto imparcial para el transporte de drogas. La política de Montesangre ha consistido en resistirse a dicho lucrativo método de ingresos, pero estamos en una situación extrema.

—¿Qué anacrónico! ¿No irá a decirnos que las situaciones extremas exigen medidas extremas?

Sánchez les brindó otra de sus repugnantes sonrisas.

—Debemos considerar todas las alternativas. Montesangre sería un lugar conveniente donde hacer escala, entre Sudamérica y Estados Unidos, y los traficantes están dispuestos a pagar generosamente por dicho privilegio.

Key pensó en la pista de aterrizaje, construida específicamente para los traficantes. Había sido sincero con Lara cuando le dijo que nunca había transportado drogas, pero eso no significaba que no se lo hubieran propuesto, o que no hubiera sentido la tentación de hacerlo. Las probabilidades de ser atrapado eran realmente mínimas y el dinero inmejorable.

Pero la idea de esos cabrones avariciosos que convertían a adolescentes en prostitutas para financiar su adicción iba contra su código moral. Al contrario de lo que la mayoría de la gente pensaba de él, no estaba completamente desprovisto de conciencia.

—¿Qué le hace suponer que alguien nos escuchará, a Lara y a mí?

—Su viaje estará bien documentado por los medios de información. Aunque la actitud del gobierno sea adversa, se hará el debido hincapié en su valentía. El público simpatizará con su misión y su lamentable fracaso. Se convertirán en el centro de atención.

»Lamentablemente, la reputación de la señora Porter es dudosa y, por consiguiente, no inspira confianza. Pero usted es el hermano superviviente del senador Tackett. Sin duda dispone todavía de colegas leales en altos cargos. Le escucharán.

—Si se presenta la oportunidad, transmitiré su mensaje —respondió Key a regañadientes.

—Tendrá que esforzarse un poco más, señor Tackett. Debe darme su palabra.

No tenía la más mínima intención de inmiscuirse en la política montesangrina, ni siquiera a distancia. Cuando él y Lara estuvieran a salvo, en lo que a él concernía aquel país podía hundirse en el Pacífico. Pero hasta entonces, le prometería a Sánchez todo lo que fuera necesario.

—Le doy mi palabra.

—Arderá en el infierno, Emilio —declaró Lara, que había recuperado las fuerzas, aunque era evidente que sólo funcionaba gracias a la adrenalina.

—No deja de fantasear —respondió tímidamente Sánchez.

—No lo crea, el infierno existe. He estado allí. El día en que secuestraron a mi marido y asesinaron a mi hija, y de nuevo anoche, cuando vi el lugar

donde estaba enterrada.

—Son cosas que ocurren durante una guerra.

—¿Guerra? —exclamó burlescamente—. Usted es quien fantasea. Esto no es una guerra, sino simple terrorismo. Y usted no es un guerrero, sino un criminal. Carece de honor.

El honor era algo sagrado en la cultura montesangrina. Key temió que Lara hubiera ido demasiado lejos insultando a Sánchez en la forma más ofensiva ante sus discípulos. Se aguantó la respiración, con el temor de que el Corazón rescindiera su oferta de liberarlos. Pero con brusco ademán, ordenó que los llevaran a Ciudad Central.

Key no le dio tiempo a cambiar de opinión. Subió al camión y luego extendió los brazos para ayudar a Lara. Le alivió comprobar que no les habían atado las manos. A continuación les arrojaron su bolsa fotográfica, el maletín de Lara y sus otras bolsas. Dos soldados se colocaron junto a la salida de la caja del camión.

Key se sentó con la espalda contra una pared lateral y acogió a Lara junto a él.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Lara en un susurró—. ¿Nos manda con sólo dos vigilantes?

—Eso parece.

El ruidoso motor del camión se puso en funcionamiento y, con el crujido del cambio de velocidades, empezó a avanzar. Por la abertura posterior, vieron cómo cruzaban el campamento. Cuando vieron por última vez a Emilio Sánchez Perón, el temido Corazón del Diablo, estaba sentado en la puerta de su dilapidada cabaña, hablando con sus lugartenientes, mientras le abanicaban unas adorables jovencitas.

—Es tan increíblemente vanidoso —comentó Lara enojada—, que cree que ya no suponemos ningún peligro para él.

Key la agarró suavemente por la barbilla y le volvió la cabeza hacia él.

—¿Y lo suponemos?

Después de reflexionar, movió lentamente la cabeza mientras las lágrimas empezaban a descender por sus mejillas.

—No. Aunque hubiera logrado matarle, su muerte no habría devuelto la vida al padre Geraldo, ni al doctor Soto, ni a Randall, ni a Ashley.

—No, no lo habría hecho —dijo Key al tiempo que le secaba una lágrima de la mejilla.

—¿Entonces de qué habría servido? Me habría convertido en una asesina, como él.

—No he tenido oportunidad de decir nada acerca de lo que descubrimos anoche. Lo siento, Lara.

Movió la cabeza para darle las gracias, pero no tenía fuerzas para seguir hablando. En pocos segundos, sucumbió al agotamiento. Se le cerraron los ojos y la cabeza le cayó hacia atrás contra la pared del camión. Casi inmediatamente halló alivio en el sueño y empezó a respirar rítmicamente.

Uno de los guardias se acercó con vendas para los ojos.

—Lárgate, zopenco —exclamó Key—. Vamos a dormir. Tendremos los ojos cerrados.

El guerrillero consultó a su compañero, que se encogió indiferentemente de hombros. Guardó las vendas y regresó a la cola, junto a su camarada. Encendieron un cigarrillo.

A pesar de que le dolían las costillas, Key rodeó a Lara con un brazo para evitar que se golpeará la cabeza contra el camión, y la acomodó junto a él. Lara se giró de costado y apoyó la cabeza en su hombro.

Uno de los soldados hizo un comentario grosero sobre la forma instintiva en que Lara acomodó el ángulo de sus muslos contra la cadera de Key. Ambos se rieron y le miraron con una lasciva sonrisa.

Key les hizo un gesto obsceno con el dedo antes de sucumbir a su propio agotamiento.



## Veinticuatro

Llegaron al hotel a la puesta del sol. En otra época había sido maravilloso, pero como todo lo demás en Ciudad Central, había sufrido los efectos de la guerra. Tiempo ha, Lara había asistido a recepciones y fiestas diplomáticas en sus salones. Ahora, el personal era antipático e inadecuado, con un comportamiento más propio de rudos soldados que obedecían órdenes que de anfitriones.

Después de varias horas de traqueteo en la caja del camión, Lara estaba tan aliviada de haber llegado a su destino que no le preocupó la notable falta de comodidades del hotel. No tuvieron que molestarse en firmar el registro. Guardias armados los acompañaron inmediatamente al tercer piso.

Los pasillos estaban desiertos. Imperaba el silencio tras las puertas numeradas. Lara supuso que aquel piso estaba reservado para «huéspedes especiales» y que podía considerarse perfectamente como centro de detención. Esencialmente, todo aquel que se hospedaba en una habitación del tercer piso estaba bajo arresto domiciliario.

—Señora Porter —dijo el botones, al tiempo que le entregaba a Lara una llave y otra a Key—, espero que su estancia en nuestro hotel sea de su agrado.

Dadas las circunstancias, su hospitalidad era una farsa. No obstante, hizo una reverencia antes de retirarse con los dos guardias hacia el ascensor. Sólo el botones entró en el mismo. Los guardias se quedaron junto a las puertas correderas. También había soldados en las salidas de emergencia, a ambos extremos del pasillo.

Lara abrió la puerta de su habitación y Key la siguió. El cuarto era roído pero aseado. A través de una puerta abierta, vislumbró los baldosines rosados del cuarto de baño y la cortina de plástico de la ducha con su despampanante estampado de malvavisco. Dejó su maletín y su bolsa en el suelo, y se detuvo en el centro de la habitación, demasiado agobiada para dar otro paso.

Key, que estaba a su espalda, la acarició suavemente. Lara se volvió para mirarle y, por primera vez desde que habían abandonado el campamento del Corazón, le vio. Parecía exhausto y derrotado. Levantó la mano para tocar la

herida de su sien, pero al percatarse de que su acto no obedecía a una motivación profesional, volvió a bajarla.

Key pronunció suavemente su nombre.

—¿Estás bien? —preguntó cuando estaban el uno frente al otro.

—Sí —respondió Lara con la voz ronca de haberle chillado a Sánchez, cuya única respuesta a sus acusaciones había consistido en reírse con deleite de sus males, sin expresar remordimiento alguno por la muerte de Ashley—. No, no estoy bien —agregó con lágrimas en los ojos. Se inclinó hacia Key y movió la cabeza con tristeza—. Mi hija está muerta, perdida para siempre.

—No llores —musitó Key después de ofrecerle el amparo de sus brazos—. Ya no puede hacerte ningún daño. Estás a salvo.

De pronto sintió un fuerte deseo de convencerse de lo que acababa de oír. Cerró los puños e hincó los dedos en los músculos del pecho de Key. Necesitaba desesperadamente tocar y ser tocada, y al parecer Key sentía el mismo anhelo de alejar sus propios temores.

Inclinó la cabeza de Lara hacia atrás mientras agachaba la suya. Se desencadenó simultáneamente un desenfrenado afán, que ambos aspiraron agresivamente a satisfacer. Key se apoderó de su boca e introdujo su lengua con avidez y frenesí.

Lara le rodeó el cuello con los brazos y amoldó su cuerpo al de Key. Él le sacó la blusa de la cintura del pantalón y desabrochó sus botones. A continuación llevó las manos a su espalda para desabrocharle el sujetador y luego cubrió sus pechos con las manos. Sus fuertes dedos penetraban en la carne.

El nombre de Key emergió de los labios de Lara: una pregunta, una profesión, una plegaria.

Key bajó la cabeza y rodeó un pezón con sus labios. Lara echó la cabeza atrás y se entregó por completo a la cálida urgencia de sus caricias. Introdujo el pezón en su boca al tiempo que movía su fuerte y posesiva mandíbula. Luego volvió a besarla en la boca, moviendo de un lado para otro la cabeza, cambiando de ángulo, probando nuevas posiciones, degustándola plenamente.

Por fin levantó la cabeza para mirarla, con pasión en sus ojos intensamente azules. Sus cejas, sobre una nariz recta y estrecha, fruncidas por la determinación. Sus labios formaban una fina y decidida línea en el seno de sus barbudas mejillas.

Lara le deseaba con el más puro y concentrado deseo sexual que jamás había experimentado. No obstante, cerró los ojos y movió negativamente la cabeza.

—No deseo convertirme en una de las mujeres de Key Tackett.

—Sí que lo deseas. Esta noche sí.

La llevó a la cama y colocó su cabeza sobre las almohadas. Key parecía conocer su mente mejor que ella misma, porque le abrazó ávidamente cuando se le acercó. Sus labios tenían un sabor salado debido al sudor y estaban ligeramente sucios, pero le parecían insaciables.

Después de apartar la blusa y las copas del sujetador, Key frotó suavemente sus pezones con la palma de la mano, hasta que se pusieron duros y tan sensibles que el más mínimo contacto le hacía arquear la espalda sobre la cama.

Lara no le impidió que desabrochara sus pantalones y se los bajara junto con las bragas hasta los tobillos. Luego se desabrochó los suyos, pero fueron las manos de Lara las que los hicieron descender por encima de su trasero.

La penetró.

Ella le recibió.

Él estaba increíblemente duro. Ella húmeda y acogedora. Key levantó la cabeza y contempló su rostro acalorado. Lara sentía el color de sus mejillas y oía el acelerado susurro de su propia respiración. Sus miradas se entrelazaron cuando penetraba más hondo en su cuerpo. Lara se mordió el labio inferior para no gritar.

Cuando estaba plenamente acoplado en su interior, hizo una mueca de placer. Luego, con un gemido, apoyó su frente contra la de Lara.

—Santo cielo. Un coito de fantasía.

Key empezó a moverse y Lara levantó las caderas para recibir sus acometidas. Cada una de ellas la dejaba sin aliento, incapaz de negarse a sí misma las arrebatadoras sensaciones que le evocaban.

Key la esperó. Cuando Lara alcanzó el cénit de su excitación, Key le agarró la cabeza con ambas manos y la besó en la boca con tanta pasión e intimidad como su coito. Su orgasmo fue prolongado, intenso y superior a las fuerzas de Key, que al eyacular hundió la cabeza en el cuello de Lara y absorbió su piel entre sus dientes.

Ambos permanecieron bastante tiempo inmóviles.

Por fin se levantaron de la cama y se trasladaron de la habitación de Lara a la de Key. Su ropa y botas sucias habían dejado la cama hecha un asco. Sin preocuparse de la curiosidad de los guardias, cruzaron el pasillo y entraron en

su habitación, que era una copia exacta de la de Lara, a excepción de los baldosines del baño de color turquesa y los sonrientes caballitos de mar estampados en la cortina de la ducha.

Se desnudaron y entraron en la ducha, de la que sólo lograron extraer agua tibia y oxidada. Encontraron unas pequeñas pastillas de jabón, envueltas en papel de celofán verde. Utilizaron tres para quitarse la mugre el uno al otro.

El agua se enfriaba progresivamente, pero permanecieron bajo el chorro explorando. Lara examinó la herida de su sien y dijo que podía colocarle una grapa.

—No te molestes —respondió Key—. Sobreviviré.

Examinó también sus costillas amoratadas y le comunicó que tenía probablemente varias fisuras.

Key admitió que le dolían, pero no permitió que se las vendara.

—La noche que nos conocimos, me dejaste como una momia. Aquel maldito vendaje estuvo a punto de volverme loco. Al día siguiente me lo quité.

Le calificó de testarudo mientras pasaba los dedos por el vello de su pecho. Rodeó sus cumplidos genitales con las palmas de las manos y tomó un sorbo de agua de la depresión triangular de la base de su laringe.

Key cubrió de suaves besos la cicatriz de su hombro y le dijo que era hermosa cuando ella protestó e intentó ocultarla.

—Además, es apenas un rasguño comparada con la mía.

Lara siguió con el dedo la abultada cicatriz de su pierna izquierda, desde la rodilla hasta la horcajadura.

—¿Qué te ocurrió?

Key le habló de su accidente de tráfico, que le destrozó la pierna y toda esperanza de seguir con su carrera futbolística.

—¿Tuviste una gran desilusión? ¿Era eso lo que deseabas?

—Era lo que Jody deseaba. Nuestra relación nunca había sido particularmente amigable. Pero después del accidente... —Movié la cabeza—. Prefiero no hablar de Jody.

La acarició por todo el cuerpo, brindando y obteniendo la misma porción de placer. Key era indulgente y sensual, mucho más de lo que podía haber imaginado. Pensó que estaba indudablemente soñando, pero nunca lo había hecho de un modo tan erótico sobre su marido. Y nunca respecto a Clark.

Por fin salieron del baño y mientras estaban buscando ropa limpia en sus respectivas bolsas, alguien llamó a la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó Key bruscamente.

—Tengo la comida para ustedes.

Abrió cautelosamente la puerta y vio a un soldado con una bandeja sobre el hombro.

—Gracias —dijo después de coger la bandeja y, sin darle tiempo a hablar, le cerró la puerta en las narices y colocó de nuevo la cadena—. Espero que sea mejor que el rancho del campamento de Sánchez —agregó después de dejar la comida sobre la mesa.

—Podría estar envenenada —comentó Lara cuando se acercaba a la mesa sin dejar de cepillarse el cabello mojado.

—Puede ser, pero lo dudo. Si quisiera matarnos, no lo haría con tanta sutileza. Lo habría hecho ante sus admiradores.

En la bandeja había una selección de fruta, queso, pollo frío y agua embotellada. Key cogió un muslo y lo mordió desinteresadamente.

—Me preguntó por qué nos habrá dejado marchar.

—Es extraño, ¿no te parece? —dijo Lara mientras pelaba una naranja.

—Muy extraño. No sé lo que me esperaba, pero esto, desde luego, no —comentó Key mientras señalaba a su alrededor con el muslo de pollo—. No es exactamente el Plaza, pero está mejor que una choza de bambú con suelo de arena.

»En definitiva —agregó mientras masticaba pensativamente—. ¿Nuestras vidas a cambio de llevar su «mensaje» a Estados Unidos? No. No cuadra. Demasiado fácil. Si deseara transmitir un mensaje a nuestro gobierno, podría utilizar a alguien más influyente que nosotros, por ejemplo el jefe de Estado de un país aliado —declaró después de dejar el hueso en la bandeja y abrir una botella de agua—. ¿Por qué no nos ha matado, Lara?

Lara dejó la naranja a medio mondar en la bandeja.

—No lo sé.

Se acercó a la ventana, separó las cortinas y contempló la ciudad.

—La naranja te sentaría bien. No has comido en todo el día.

—No quiero tener que agradecerle nada a Emilio Sánchez —respondió mientras miraba con asco hacia la mesa.

—Aun así, debes comer.

—Realmente no tengo hambre, Key. No es mi estómago lo que ocupa mi mente —dijo con un deje de impaciencia en el tono de su voz, dirigida primordialmente a ella misma—. Estoy intentando ordenar las cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Las cosas. Todo. Respecto a lo que ocurrió aquí hace tres años. Randall. Ashley. Si me dedico a pensar en eso... la fosa común en la

que está enterrada, probablemente me volveré loca —dijo mientras sostenía un trozo de cortina en su puño cerrado—. De modo que no puedo hacerlo. Debo concentrarme en mis recuerdos de cuando vivía. Debo recordar lo alegre y feliz que era, el júbilo que me proporcionó durante el poco tiempo que la tuve.

—He perdido a mi hija —prosiguió. Su voz ronca empezó a temblar y decidió hacer una pausa para componerse—, pero si me concentro en su vida en lugar de su muerte, poco importa dónde esté enterrada. Su espíritu sigue vivo. En este sentido, esta no ha sido una misión fracasada después de todo.

—Has tenido que regresar para asimilarlo.

—Sí —asintió—. Ese episodio, empezando por el escándalo, ha dominado mi vida desde hace demasiado tiempo. He acusado a todos los demás por identificarme con los titulares de la prensa sensacionalista, pero yo he sido la más culpable. No puedo seguir considerándome una víctima. Ha llegado el momento de mi vida.

—¿En Eden Pass?

—Allí no he tenido mucho éxito —respondió después de volver la cabeza para mirarle.

—No porque no seas una buena doctora, sino por culpa de los Tackett. Te hemos hecho la vida imposible.

De pronto prefirió no verle y desvió la mirada.

—Dime, Key, ¿por qué ha ocurrido esto entre nosotros?

—¿El rencor? ¿O lo otro?

—Lo otro.

Key inhaló y permaneció durante un momento sin respirar ni decir palabra.

—Tú eres la doctora —declaró por fin—. ¿Alguna teoría?

La tenía y lo indicó con un ligero movimiento de los hombros.

—Las personas que sobreviven a una experiencia en la que ha peligrado su vida —empezó a decir con mucha lentitud— frecuentemente quieren practicar el sexo a continuación —declaró al tiempo que Key levantaba una ceja, sin que ella supiera si por curiosidad o escepticismo—. Tiene sentido. El sexo es la liberación máxima de la emoción, una forma de afirmar inequívocamente la vida.

»He tenido pacientes que me han confesado avergonzados que habían hecho el amor justo después de un funeral. Con una pasión extraordinaria. Los seres humanos tienen un miedo innato a la muerte. El sexo supone una confirmación inmediata de la supervivencia.

»Después de las aterradoras experiencias que hemos vivido estos últimos días, es comprensible que liberemos nuestros temores y emociones mediante el sexo. Un sexo salvaje y agresivo. Somos un ejemplo clásico de dicho fenómeno psicológico.

Key, que la había escuchado atentamente, avanzó hasta acercarse tanto a ella que Lara tuvo que levantar la cabeza para verle la cara.

—Y un carajo. Ha ocurrido porque nosotros lo hemos querido —dijo Key antes de estampar un fuerte y rápido beso en sus labios—. Y no necesita otra justificación.

De camino a la cama, se desprendieron de la ropa que se habían puesto hacía poco. Cuando Key la tocó con el reverso de sus rodillas, se sentó y acercó a Lara hasta tenerla de pie entre sus muslos. Se llevó uno de sus pechos a la boca y empezó a moverle el pezón con la lengua.

Lara parpadeó y se le cerraron los ojos mientras de su garganta emergían pequeñas exhalaciones entrecortadas. Sus dedos jugaban con mechones del cabello de Key, pero sin limitar el movimiento de su cabeza, para que pudiera desplazarse libremente sobre sus pechos y descender por el centro de su cuerpo. El contacto de su barba en la barriga le provocaba sensaciones excitantes y prohibidas. Empezó a sentir un delicioso escozor entre los muslos. Los labios de su vagina estaban hinchados y calientes.

Key le colocó las manos sobre el trasero y acercó su cintura hacia sí. Le frotó el vientre con la nariz. Le besó el ombligo y la suave piel bajo el mismo. A pequeñas y cálidas bocanadas, su respiración agitaba el vello púbico de Lara.

Entonces Key le dio la vuelta y la acostó sobre la cama, de modo que la unión de sus muslos formaba una cuna para su descendiente cabeza. La besó con la más impúdica concupiscencia. La succionaba suavemente con la boca mientras su lengua le revelaba aspectos que ella misma desconocía. Como si se hubiera introducido en su mente, siguiendo las directrices de sus pensamientos, Key sabía exactamente cuándo presionar, cuándo frotar, cuándo absorberla con su boca y cuándo separarse para acariciarla con la punta de la lengua.

Cuando se colocó sobre ella, Lara estaba saciada, repleta, humedecida por el sudor y embriagada de pasión. No obstante, sus relajados labios despertaron ante sus pertinaces besos. Cuando la penetró, no fue una bendición final sino un principio.

Key acarició suavemente la cicatriz de su hombro con la punta de los dedos.

—Fue grave, ¿no es cierto?

—Muy grave. Durante algún tiempo, los médicos creyeron que tendría muchísima suerte si recuperaba la movilidad parcial del brazo.

—Conociéndote, decidiste demostrar que se equivocaban.

—Después de haberse curado la herida, pasé meses en rehabilitación.

—Creo que deberías dejar de castigarte a ti misma —dijo Key después de observarla durante unos momentos de reflexión— por no haber muerto con el resto de tu familia.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—Hasta cierto punto, sí.

Lara se apoyó en un codo y contempló su esbelto cuerpo desnudo. Además de la cicatriz de la pierna, tenía muchas más en el torso.

—¿Y qué me dices de ti mismo? Eres muy temerario. Te arriesgas innecesariamente. ¿Por qué te castigas?

—No es lo mismo —respondió enojado—. Me gustan las emociones fuertes por sí mismas.

Lara le indicó con la mirada que no se lo tragaba. Contemplaba una cicatriz después de otra. Tenía una particularmente fea que zigzagueaba sobre sus costillas bajo el brazo derecho.

—Una herida de arma blanca —respondió cuando ella le miró interrogativamente.

—Evidentemente, perdiste la pelea.

—En realidad la gané.

No se atrevió a preguntar por la suerte del perdedor.

—¿Y esta?

—Un accidente de aviación. Salí andando del aparato, pero me desgarré el brazo con un trozo del fuselaje.

A Lara le maravillaba su tranquilidad.

—Aparte de hoy, ¿habías corrido alguna vez el peligro real de perder la vida?

—En una ocasión.

—Cuéntamelo.

—Me pegaron un tiro. Aquí —respondió al tiempo que señalaba su cicatriz más reciente, con la que Lara ya estaba familiarizada—. Estuve a punto de desangrarme.

Lara echó el cabello atrás con una carcajada.



—Fue algo más que un mero rasguño, pero ciertamente no una herida mortal.

—Lo sé. Pero no hablaba de la herida propiamente dicha —respondió Key—. El caso es que acudí al consultorio del doctor Patton esperando encontrarle, pero en su lugar hallé a otra persona. Una mujer.

Lara estaba embelesada por su mirada y la calidad hipnótica de su voz.

—¿En qué sentido supuso eso un peligro para tu vida? —preguntó con la voz muy ronca.

—Volví la cabeza, la miré y me dije: «Mierda, Tackett, eres hombre muerto».

—Somos seres adultos, Key —dijo Lara con un nudo en la garganta—. Mayores de edad y demasiado maduros para jugar. No espero flores ni cumplidos por tu parte. No es preciso que...

Key colocó el índice en posición vertical sobre sus labios.

—No estoy diciéndotelo para acostarme contigo. Estamos en la cama y he disfrutado de ti. Te lo digo porque es verdad y lo sabes tan bien como yo. Estamos aquí, juntos, porque lo hemos deseado desde el primer momento. Ambos sabíamos que era sólo cuestión de tiempo —dijo mientras extendía el brazo para acariciarle la mejilla—. Después de mirarnos por primera vez, para mí no había otra alternativa, ni tampoco para ti. Quería follar contigo en aquel mismo momento.

—Hasta que descubriste quién era.

—Quería acostarme contigo de todos modos —dijo antes de colocarle la mano en la nuca, agarrar un puñado de sus cabellos y acercarle la cara a escasos centímetros de la suya—. Maldita sea, y todavía lo deseo.

Key extendió los brazos cuando Lara bajaba de la cama y empezaba a recoger su ropa.

—¿A dónde vas? —susurró medio dormido.

—A mi habitación.

—¿Para qué?

—Para tomar un baño.

—Aquí hay una bañera.

—Pero nos hemos quedado sin jabón. Además, debo organizar mis cosas para estar lista cuando nos recojan para llevarnos al aeropuerto —respondió mientras se vestía apresuradamente.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Las nueve! ¿Tanto hemos dormido? —exclamó al tiempo que se incorporaba y se pasaba los dedos por su despeinada cabellera.

—No tienes por qué levantarte. Disponemos de mucho tiempo hasta el mediodía.

—No, voy a levantarme. No quiero darles a esos cabrones ningún pretexto para retrasar nuestra salida. Tan pronto como me haya duchado, procuraré que nos traigan un poco de café.

—Para entonces, lo tendré todo listo.

Le sonrió, comprobó que tenía la llave, abrió la puerta y salió al pasillo.

A pesar de lo que había dicho, en lugar de levantarse inmediatamente, Key se quedó en la cama con la mirada perdida en el techo. Anoche Lara le había confesado cierta confusión. Con la menor franqueza que le caracterizaba, él no había admitido su propia ambigüedad.

Para apaciguar su conciencia, Lara había elaborado una explicación psicológica que justificaría el hecho de haberse acostado con él, aunque Key dudaba de que ella misma se la creyera. No creía que la lujuria precisara análisis ni racionalización alguna. Era un impulso con derecho propio.

Estaba confuso, no por el hecho de que hubiera ocurrido, sino por lo que sentía posteriormente respecto a ello y a ella.

Nunca había disfrutado tanto con ninguna mujer. Físicamente, armonizaban a la perfección. Ella le había igualado en pasión y pericia. A pesar de todo lo que había publicado sobre ella la prensa sensacionalista, Key no la suponía sexualmente liberada. El mero recuerdo de su juego en la cama le producía ahora un calorcillo en las entrañas. Incluso después de su maratón sexual, estaba lejos de sentirse saciado. Quería más de ella.

Eso, a su vez, era inesperado y desconcertante. Habitualmente, el acecho constituía la mayor parte de la satisfacción. Cuando caía, los encantos de una mujer decrecían rápidamente. Le preocupaba enormemente comprobar que Lara era ahora más misteriosa que antes. Había en ella niveles y dimensiones que anhelaba explorar. Por regla general, las mujeres eran tan desechables como las hojas de afeitar. Cuando se aburría de una, la descartaba y la reemplazaba por otra. Pero no sentía ningún deseo de deshacerse de Lara y menos de reemplazarla.

Claro que tampoco le pertenecía para hacer con ella lo que se le antojara.

¡Ah! Por fin reconoció el quid de sus aprensiones. No le pertenecía. A decir verdad, en otras circunstancias, puede que le perteneciera todavía a su hermano.

Clark la había poseído antes.

Eso y sólo eso había impedido que la noche anterior fuera la mejor velada sexual de su vida. Inconscientemente, debió haber transmitido su desazón. O de lo contrario, la doctora Mallory era sumamente perceptiva.

Ella se lo había comentado después de acabarse el resto de la comida y decidir que procurarían dormir. Estaba de lado, de espaldas a él, con la cabeza apoyada en sus manos cruzadas. Key frotaba distraídamente un mechón de su cabello entre el índice y el pulgar, y pensaba que había tenido más suerte que él en quedarse dormida, cuando le sorprendió oír su voz adormecida.

—Sé en qué estás pensando.

Key acercó una rodilla a sus muslos.

—De acuerdo, listilla, ¿en qué estoy pensando?

—En Clark.

Se le esfumó la sonrisa del rostro y soltó el mechón de cabello que tenía entre los dedos.

—¿Y qué sobre él?

—Te preguntas si estoy comparándoos y, en tal caso, qué calificación mereces.

—No sabía que también fueras siquiatra.

Lara volvió la cabeza y le miró por encima de su hombro desnudo.

—Tengo razón, ¿no es cierto? ¿No es eso en lo que estabas pensando?

—Tal vez.

Con una triste sonrisa, movió ligeramente la cabeza.

—Tú y Clark... sois personas muy diferentes. Igualmente atractivos, muy carismáticos y ambos nacidos para mandar, pero muy distintos. Yo quería a tu hermano y creía que él me quería a mí. Pero con él no fue nunca como esta noche —dijo en un mero susurro antes de volver la cabeza para apoyarla de nuevo sobre sus manos—. Nunca —repitió, cuando Key creía que ya había terminado.

Había yacido un rato, carcomido por los celos, deseando desesperadamente creerla. Pero el deseo no tardó en superar a la envidia. O puede que no fuera el deseo, sino el anhelo celoso de posesión.

De pronto la rodeó con el brazo y se la acercó bruscamente hasta aposentar firmemente su trasero contra su barriga. La penetró de un solo empuje. Le mordió la parte posterior del cuello y lo retuvo entre sus dientes para satisfacer su necesidad de dominio y control.

No era preciso. Lara estaba tan receptiva, abierta y cargada de erotismo que bastó la presión de la palma de la mano en su pubis para que el muro

interior de su cuerpo se ajustara a su pene como un puño mágico, frotándolo y extrayendo su semen y sus dudas.

Transcurrió cierto tiempo antes de que se normalizara nuevamente su respiración. Sus cuerpos brillaban con una fina capa de sudor. Cuando por fin Key se retiró, Lara dio media vuelta y le frotó el pecho con la boca abierta.

—Qué impudor —exclamó Lara.

—Nunca he pretendido otra cosa.

—No me refería a ti, sino a mí.

Key se había quedado dormido con Lara en sus brazos, seguro en su convencimiento de que su sesión amorosa había superado su satisfacción mutua. Pertenecía a otra dimensión.

Pero ahora era de día y sus dudas le acechaban. Pensó en todo lo que le había dicho, en sus reacciones sensuales, en sus osadas caricias. Sin duda, Lara no podía haber estado más a gusto con su hermano.

¿Habría cabalgado en alguna ocasión sobre Clark hasta caer agotada sobre su pecho?

Key cerró los puños.

¿Le habría provocado a Clark un fausto orgasmo con su deslizante y tentadora mano?

Blasfemó.

¿Le habría permitido a Clark besarla entre los muslos, abrirlos y degustar...?

Un grito escalofriante le obligó a incorporarse de un brinco.

Cuando el segundo grito rompió el sosiego matutino, Key ya se había puesto los pantalones y estaba junto a la puerta, cuyas bisagras estuvo a punto de arrancar en su premura por abrirla.

—Buenos días —les dijo Lara a los guardias cuando salió de la habitación de Key.

Sin preocuparse de sus lascivas miradas, cruzó el pasillo, entró en su habitación y cerró la puerta a su espalda.

Sus botas habían cubierto la alfombra de barro y, como Key lo había señalado, dejado la cama hecha un asco. De buen humor, le había dicho que a pesar de lo que pudiera haber oído acerca de los texanos, aquella era la primera vez que había hecho el amor con las botas puestas.

¿Hacer el amor? ¿Eran esas las palabras literales que había utilizado, o las había suavizado su recuerdo?

Harta de autoanálisis por un día, alejó de su mente el preocupante dilema. La conclusión a la que había llegado anoche era positiva. El resto de su vida empezó en el momento de besar a Key. La experiencia había sido catártica. ¿Por qué darle un nombre? Su estado de ánimo y su cuerpo hablaban por sí mismos. Se sentía de maravilla. Excepcionalmente, ¿por qué no dejarlo tal cual?

Cogió su bolsa y entró en el baño. Cuando vio su reflejo en el espejo del lavabo, se compadeció de sí misma y soltó una carcajada. Iba sin maquillar y, aunque se había lavado el pelo, lo había hecho con una pastilla de jabón, y se notaba.

A él no parecía haberle llamado la atención, ni preocupado.

Se ruborizó desde el pecho hasta las mejillas. Después de desabrocharse los primeros botones de la blusa, se contempló los pechos y, como era de suponer, comprobó que la barba de Key los había irritado. Antes de que volvieran a acostarse juntos, insistiría en que se afeitara.

*Si volvían a acostarse.*

Descubrió a pesar suyo, que deseaba desesperadamente hacerlo cuanto antes.

Con una sonrisa de anticipación en los labios, abrió la cortina de la ducha y extendió el brazo hacia los grifos.

Su ritmo retumbó en los baldosines rosados.

Acostado en su bañera, apaleado y sangrando pero muy vivo, estaba Randall Porter. Su marido.

## Veinticinco

—Estás encantadora —dijo el exembajador de Estados Unidos en Montesangre después de ponerse de pie cuando su esposa entró en la sala—. Aunque me gustaba más tu cabello cuando te lo aclarabas. ¿Cuándo dejaste de hacerlo?

—Mientras me recuperaba en Miami. Fueron unos meses muy difíciles para mí. El color del cabello no era una de mis prioridades.

Lara miró a Key, que no se había molestado en levantarse a su llegada. Estaba sentado en un sillón, con un tobillo sobre la rodilla y el pie le bailaba a un ritmo trepidante. Su postura habría parecido relajada en cualquier otra persona, pero Lara intuía que estaba a punto de estallar.

Si Randall detectó la ira tenuemente controlada de Key, no manifestó indicación alguna de ello.

—¿Te apetece algo de beber, cariño? Disponemos de unos minutos antes de bajar.

—No, gracias. No me apetece tomar nada. Ni comprendo por qué es necesario que participe en esa conferencia de prensa.

—Eres mi esposa. Tu lugar está junto a mí —respondió Randall mientras se servía un refresco—. ¿Señor Tackett? ¿Algo de beber?

—No.

Randall regresó al sofá donde estaba sentado cuando Lara se reunió con ellos desde el dormitorio de la suite en el hotel Houston. Sus cómodas habitaciones suponían una mejora considerable respecto a las que habían ocupado en Montesangre.

Ornamentos florales de bienvenida cubrían todas las superficies. Su fragancia combinada era empalagosamente dulce y le había producido a Lara una molesta jaqueca. Consideraba que aquellas felicitaciones eran terriblemente hipócritas, porque en gran parte procedían de los mismos funcionarios y personajes políticos que, hace cinco años, se habían alegrado de ver a Randall y a su infiel esposa desterrados en Montesangre, evitando así el embarazo de tener que convivir con ellos en Washington.

Técnicamente, Randall era todavía embajador de Estados Unidos. Cuando los medios de información se enteraron de su asombrosa resurrección, a través de los servicios de prensa colombianos, la noticia tomó precedencia sobre todas las demás y ocupó los grandes titulares de prácticamente todos los periódicos del mundo. Su vuelta a la vida creó un enorme revuelo en la nación y frenesí en la prensa.

En Bogotá habían curado sus heridas, que eran más superficiales de lo que parecían a primera vista. Key se había dejado convencer y le habían hecho una radiografía de las costillas. Tres de ellas estaban fracturadas, pero no había sufrido daños internos.

Las heridas de Lara eran igualmente graves, pero no tan evidentes. Para el agotamiento, le recetaron buenas comidas calientes y dos noches de descanso con la ayuda de medicamentos. Había comido y dormido, pero parecía estar todavía aturdida. La coordinación de sus movimientos era deficiente y hablaba de forma atolondrada. El marido al que creía muerto había vuelto de pronto a la vida. Todo su ser estaba desconcertado.

Neiman Marcus se había ofrecido generosamente a facilitarle todo lo necesario para su primera aparición en público desde su regreso a territorio norteamericano. Para la conferencia de prensa, los almacenes le habían donado un traje chaqueta de seda y lana, unos zapatos de calidad, así como los complementos correspondientes y joyas apropiadas. El personal del salón de belleza del hotel había acudido a su suite para peinarla, hacerle la manicura y maquillarla. A nivel superficial, su aspecto era impecable y parecía dispuesta a acompañar a su marido a la conferencia de prensa, prevista para dentro de media hora en el salón más grande del hotel.

Preferiría enfrentarse a un pelotón de ejecución, pensaba Lara.

En un sentido muy real, ese sería exactamente el caso. Demasiado nerviosa para sentarse, deambulaba sin ton ni son entre los muebles de la sala, abarrotados de flores.

—Sabes lo que sacarán a relucir, Randall.

—Tu idilio con Clark —respondió sin remordimiento alguno.

Le habían comunicado la muerte de Clark durante el vuelo de Montesangre a Colombia, pero ya lo sabía. Las noticias del exterior llegaban a infiltrarse, aunque raramente ocurría a la inversa.

—Me temo que eso es inevitable, Lara —prosiguió Randall—. Procuraré distraerlos con mi historia de los tres últimos años.

—No parece haberle sentado mal la experiencia —dijo Key, que había dejado de mover el pie y golpearse los labios con los dedos—. Está moreno,

en buena forma y bien alimentado.

Lara también se había percatado de la excelente condición física de Randall. Tenía incluso mejor aspecto que cuando le había conocido hacía siete años, como si hubiera pasado unos meses de vacaciones en Hawaii, en lugar de tres penosos años como preso político.

Randall pellizcó la raya de sus nuevos pantalones, regalo también de Neiman.

—Después de los primeros meses de mi cautiverio, me trataron muy bien.

»Al principio, los rebeldes me apalearon despiadadamente. Durante varias semanas, me golpearon regularmente con pistolas y cadenas. Estaba convencido de que eran los prolegómenos de mi ejecución —dijo antes de vaciar su vaso, consultar el reloj y, al comprobar que todavía disponían de unos minutos, prosiguió—. Un buen día me arrastraron a las dependencias del general Pérez. Y digo «arrastrado» porque no podía caminar. Me llevaron como un saco de patatas.

»Pérez estaba satisfecho de sí mismo. Me mostró fotografías de mi «muerte», tal como la habían fingido. Habían ejecutado a un hombre, Dios sabe quién, de tantos tiros en la cabeza que no era más que una masa deforme.

Lara se agarró los codos. La habitación estaba helada. Después de pasarse tres años en los trópicos, Randall había ordenado que pusieran el aire acondicionado lo más fuerte posible.

—No es difícil de imaginar lo devastador que fue para mí ver aquellas fotografías. También me mostraron periódicos norteamericanos que publicaban la noticia de mi muerte. Tenían fotografías de mi funeral. Pensé en el infierno que aquello debía suponer para ti —dijo con una mirada de conmiseración a Lara—. Le agradecí a Dios que estuvieras a salvo, pero sabía que agonizarías por la forma violenta en que había muerto. Saber que no mandarían a nadie a rescatarme fue la peor de mis torturas. En lo que a todos los demás concernía, yo estaba muerto.

—¿Te contaron lo de Ashley?

—No. No supe que había muerto en la emboscada hasta que leí los artículos de mi funeral. Mi único consuelo fue saber que, milagrosamente, tú habías sobrevivido. De no haber sido por el cura...

—¿Cura? ¿El padre Gerald?

—Por supuesto. Logró embarcarte en uno de los últimos aviones que salían de Montesangre con destino a Norteamérica. Creí que lo sabías.

—No. No lo sabía —respondió Lara en un tono apocado—. Debí haberle dado las gracias.



—Actuó, sin duda, con mucho valor —dijo Randall—. Emilio le tenía rencilla por haber facilitado tu huida. Supongo que esa fue la razón por la que ordenó su asesinato.

Key blasfemó entre dientes.

—Es usted muy amable de contárselo.

—Lara es una persona realista, ¿no es cierto, cariño? No obstante, me sabe mal por el cura. Y por el doctor Soto.

—Nunca me perdonaré haberlos involucrado —dijo Lara a media voz—. Siempre me sentiré parcialmente responsable de sus muertes.

—No te hagas eso a ti misma —insistió Key—. Habían decretado su eliminación, con o sin nuestra intervención. Sánchez nos lo dijo claramente.

Lara le miró agradecida por sus buenas intenciones, pero sabía que se llevaría la culpa de sus asesinatos a su propia tumba.

—Has sido increíblemente valiente para volver a Montesangre, Lara —dijo Randall—. Gracias a Dios que lo has hecho. De lo contrario, seguiría todavía como rehén.

Key se puso de pie. Se había afeitado la barba, pero su cabello todavía largo contribuía a su aspecto de animal salvaje enjaulado. Con desdén por el papel de héroe nacional que ahora desempeñaba, había rechazado la oferta de Neiman de facilitarle ropa nueva. Por su cuenta, había comprado unos vaqueros, una chaqueta deportiva y unas botas de montar.

—No lo entiendo —declaró—. ¿Lara y yo llegamos sin previo aviso a Montesangre, y al cabo de treinta y seis horas sus captores deciden soltarle? —preguntó con los brazos extendidos—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Evidentemente, le queda mucho por aprender sobre la mentalidad de esa gente, señor Tackett. —Randall sonrió indulgentemente.

—Evidentemente. Porque para mí, su versión huele a mierda.

Randall entornó ligeramente los ojos.

—Usted nos ha salvado la vida a mí y a Lara. Por consiguiente, le haré la cortesía de pasar por alto su innecesaria vulgaridad.

—No se moleste.

Randall hizo caso omiso de Key y dirigió sus próximas palabras a Lara:

—A Emilio le gustan los juegos mentales. ¿Recuerdas los campeonatos de ajedrez que organizamos en la embajada?

—Esto es más serio que el ajedrez, Randall.

—Para ti y para mí. No estoy seguro de que Emilio diferencie los juegos de sobremesa, de los pequeños dramas que organiza con vidas humanas para

su propio entretenimiento. ¿No recuerdas que te dio las gracias por proporcionarles entretenimiento en el campamento aquella mañana?

—Yo lo recuerdo —respondió Key—. Y me alegro de que lo haya mencionado, porque hay algo más que me intriga. Usted nos ha dicho que estaba en la cabaña cuando eso ocurría, ¿no es cierto?

—Estaba amordazado y maniatado —asintió Randall—, y no pude advertirles que seguía vivo. Esa era la broma privada de Emilio.

—¿Cuándo te enteraste de que yo estaba en Montesangre? —preguntó Lara.

—A la mañana siguiente de tu llegada. Sabía que algo ocurría, porque mis vigilantes actuaban de una forma brusca y sin mirarme a los ojos. Con el transcurso de los años, habíamos cultivado cierto respeto mutuo. De pronto adoptaron nuevamente una actitud hostil y taciturna.

»Después de que Ricardo interceptó el *jeep* en la carretera, ya sólo fue cuestión de horas antes de que dedujeran quién era la «viuda». Hubo cierta especulación respecto al cuñado idiota —dijo con la mirada fija en Key—. Pero cuando Emilio descubrió su nombre, ató inmediatamente los cabos sueltos. Sabía lo de la... amistad de Lara con Clark.

»Cuanto más husmeaban, más volátil era la situación. La noche antes de que os trajeran al campamento, me trasladaron a mí. Emilio me atormentaba con la idea de matarte lenta y dolorosamente ante mis ojos. Me golpearon, pero no severamente. Quería que estuviera consciente para el espectáculo de la mañana siguiente.

»Cuando se os llevaron, volvieron a golpearme antes de trasladarme a Ciudad Central. Probablemente nos llevabais una hora escasa de ventaja, pero mis guardias y yo pasamos la noche en el camión. Lo último que recuerdo es haber perdido el conocimiento poco después del amanecer. Tu grito cuando me encontraste en la bañera me despertó. Estaba tan asombrado como tú de descubrir que estaba vivo —dijo antes de levantarse para ponerse la chaqueta—. Bien, creo que ha llegado el momento de bajar.

—Sigo sin comprender la estrategia de Emilio —declaró Lara, sin moverse para reunirse con Randall junto a la puerta.

—Luego hablaremos de ello.

—No, hablaremos ahora, Randall. Si insistes en que me enfrente a la prensa, debo comprender plenamente la situación. Se interesarán por mis contactos con el Corazón del Diablo, y tendré mucho gusto en contárselo todo acerca del joven delgado y estudioso que trabajaba como traductor en la embajada, así como sobre el asesino a sangre fría que conocí la semana

pasada. Pero no puedo hablar de política exterior sin tener una idea más clara de lo que Emilio se proponía. ¿Por qué permitió que nos marcháramos? ¿Por qué te ha mantenido vivo y encarcelado durante tres años, y ahora de pronto te suelta?

Randall se mordió el interior de su mejilla, aparentemente frustrado por su confusión, y decidió complacerla.

—He tenido tres años para reflexionar sobre la razón por la que fingieron mi muerte. Con aquella supuesta salvajada, pretendían demostrar el enorme resentimiento de Montesangre por la intervención de Estados Unidos en sus asuntos internos.

—¿Por qué no le mataron de veras? —preguntó Key.

—Supongo que querían conservarme como comodín. Si Estados Unidos hubiera decidido mandar el ejército a Montesangre, como lo hizo en Panamá, podían haberme utilizado como rehén.

—Entonces, ¿por qué te han soltado ahora? —preguntó Lara.

—Es muy sencillo. Están muertos de hambre. Montesangre depende para casi todo de las importaciones. Con el embargo decretado por Estados Unidos, al que se adhieren nuestros aliados y los países que temen nuestras represalias, se agotaron rápidamente sus recursos. Francamente, me sorprende que hayan durado tanto tiempo. Con toda probabilidad no lo habrían hecho si Pérez fuera todavía su líder. Habrían relajado hace tiempo su posición política sin alguien tan despiadado como Emilio al timón. Se ha convertido a sí mismo en un semidiós.

—¿Qué es usted, el presidente de su club de admiradores? —preguntó cáusticamente Key.

—Por supuesto que no —respondió Randall fríamente—. Ha sido mi carcelero durante tres años. No obstante, he presenciado personalmente el sufrimiento de los montesangrinos. Me inspiran mucha compasión y me gustaría ayudarles a salir de su aprieto. A pesar de su crueldad, Sánchez supone su mejor esperanza de unificar el país, alimentar a los hambrientos, acabar con el caos y establecer alguna semblanza de organización. Y, consideraciones personales aparte, debo admirar su tenacidad.

»Tiene un tesón y una paciencia inusuales. Aprovechar su aventura para liberarme ha sido un brillante golpe de ingenio. Era consciente del valor humano de la situación, sabía que despertaría el interés del público norteamericano. Es su invitación a Estados Unidos, para abrir de nuevo el diálogo diplomático.

—Ese fue el mensaje que me dio a mí. ¿Por qué utilizar innecesariamente su comodín?

Randall sonrió como si le divirtiera la ingenuidad de Key.

—Sabe que yo gozo de más credibilidad en Washington que un vaquero.

—No soy vaquero.

—Claro que lo es —respondió mientras paseaba la mirada por su vaqueros y sus botas para indicar la baja opinión que le merecían—. La única diferencia es que cabalga sobre aviones, en lugar de hacerlo sobre caballos. Por lo demás, es un paleta del campo. Incluso su hermano lo creía.

Key se lanzó contra él, pero Lara se interpuso.

—¡Clark no creía tal cosa! —exclamó enojada con Randall—. Quería muchísimo a Key.

—Respeto tu superior conocimiento respecto a qué y a quién quería Clark.

—Randall sonrió al tiempo que le tendía la mano a Lara—. Debemos bajar, cariño. ¿Estás lista?

Sin aceptar su mano, avanzó decididamente hacia la puerta y, al presentir que Key no la seguía, volvió la cabeza.

—¿Vienes?

—No.

Le entró pánico. Lo único que le hubiera dado fuerzas durante la conferencia de prensa habría sido contar con la presencia de Key. Evidentemente, no habría podido ofrecerle apoyo físico, pero contaba con tenerle a su lado para sentirse segura.

A juzgar por su decidida expresión, sabía que era inútil intentar convercerle, pero debía intentarlo de todos modos.

—Cuentan con tu presencia.

—Pues tendrán que llevarse un desengaño. Los periódicos sugieren que te llevé a Montesangre para rescatarle a él —dijo con un movimiento de cabeza en dirección a Randall—. Esa no fue la razón por la que fui y no voy a fingir que lo fuera.

—Lo atribuirán sencillamente a su modestia, señor Tackett.

—No puedo controlar lo que ellos piensen. Lo único que puedo controlar realmente es a mí mismo y no voy a ser presa de una manada de buitres con sus cámaras —respondió Key con la mirada fija en Randall—. Tú tampoco tienes por qué ir —agregó dirigiéndose a Lara—. Nadie puede obligarte a ello.

Lara se resistió a la fuerza magnética que la atraía hacia él. Había tanto que decir y tanto que explicar, pero para no empeorar aún más la situación,

optó por guardar silencio.

Naturalmente se alegraba de que Randall no hubiera sido brutalmente asesinado. Celebraba la liberación de su horrible y prolongado cautiverio. Sin embargo, desde un punto de vista egoísta, su liberación no podía haberse producido en peor momento. Randall estaba libre, pero su encarcelamiento acababa de empezar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y una de ellas le rodó por la mejilla. Al verla, Key empezó a decir algo, pero cambió de opinión y decidió guardar silencio. Se miraron mutuamente afligidos.

—Vaya, vaya —dijo Randall después de toser para aclararse la garganta, sin percatarse de que expresaba el pensamiento de Lara—. Parece que la resurrección del marido se ha producido en un momento inoportuno.

—Como decías, Randall, vamos a llegar tarde —respondió Lara mirando a su marido—. Vámonos.

—Esperarán —dijo Randall, después de levantar la mano para indicarle que esperara—. Esto, por otra parte, exige una atención inmediata.

—No hay tal «esto».

—Nunca has sabido mentir, Lara —respondió Randall con una carcajada—. Por deferencia al trauma que has experimentado, estas últimas noches no he reclamado mis derechos matrimoniales. Menos mal que no lo he hecho. Indudablemente me habría encontrado la puerta de tu dormitorio cerrada con llave.

Lara le dirigió una mala mirada, pero no dijo nada.

Randall colocó un dedo paralelo a sus labios y contempló estimativamente a Key.

—Contrasta tanto con Clark que me sorprende que le encuentres atractivo. Evidentemente no es tan sofisticado como su hermano mayor. No obstante, desprende una calidad apasionadamente animal, que supongo que a una mujer como tú debe resultarle atractiva.

—No soy sordomudo, hijo de puta —exclamó Key—. Si tienes algo que decir, habla directamente conmigo.

—Muy bien —respondió con toda amabilidad—. ¿No se ha sentido un poco ridículo follando con una mujer conocida por el país entero como la puta de su hermano?

Ni siquiera Lara pudo controlar entonces a Key. Se acercó a Randall y le agarró con ambas manos el pescuezo.

—¡Key, no! —exclamó Lara, al tiempo que intentaba separar en vano los dedos de Key del cuello de Randall.

Le empujó contra la puerta y la cabeza de Randall dio un sonoro golpe. Intentaba frenéticamente abrirle los dedos, pero sólo lograba que le estrujaran con mayor fuerza.

—¡Por favor, Key! —chilló Lara—. ¡No empeores la situación! ¡No me conviertas de nuevo en noticia de primera plana!

Su súplica hizo efecto. Lara comprobó que parpadeaba rápidamente, como para dispersar una nube de ira. Cuando asimiló sus palabras, sus dedos empezaron a relajarse y soltó a Randall con un brusco gesto de desprecio.

Randall se recuperó y, con una semblanza de dignidad, se arregló la chaqueta y la corbata.

—Me alegro de que los vaqueros ya no lleven revólver. Ahora podría estar muerto.

A Key no se le había normalizado todavía la respiración y su aspecto era el de un hombre peligroso.

—Si vuelves a hablar de ese modo de Lara y de mí, te mataré.

—Qué caballeroso —exclamó Randall en tono burlesco—. Por última vez, Lara, ¿nos vamos? —agregó dirigiéndose a su esposa.

Key se acercó a Lara y la cogió por los hombros.

—No tienes por qué hacer lo que él dice —declaró mientras la sacudía ligeramente—. *No tienes por qué hacerlo.*

—Sí, Key, tengo que hacerlo —respondió sosegadamente Lara, pero con una convicción férrea.

Su primera reacción fue de incredulidad. Luego su confusión se convirtió en ira. Lara vio cómo se le endurecía el rostro de furor. Sabía que no comprendería su decisión y no podía explicárselo. Por consiguiente, su única alternativa consistía en soportar su desprecio.

Key la soltó, dio media vuelta, abrió decididamente la puerta y salió a grandes zancadas. Con desazón, Lara contempló su partida.

—Me parece que ha ido muy bien, pero después de tanto hablar, no me vendría mal una copa —dijo Randall antes de quitarse la chaqueta del traje, colgarla cuidadosamente del respaldo de una silla y acercarse al mueble de las bebidas—. ¿Te apetece algo, cariño?

—No, gracias.

Se preparó un whisky con soda y chasqueó apreciativamente los labios después del primer sorbo.

—Una de las muchas cosas que he echado de menos durante mi cautiverio —dijo al tiempo que se sentaba en el sofá con el vaso en la mano y se desataba los cordones de los zapatos—. Estás muy apocada, Lara. ¿Qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? Me he convertido en presa fácil y hoy se ha inaugurado la temporada de caza —respondió enojada—. Detesto exhibirme y me molesta enormemente que me obligues a abrir una vez más mi vida al escrutinio público.

—Debiste pensar en las consecuencias antes de engatusar a Key Tackett para que te llevara a Montesangre.

—Agoté todos los demás recursos antes de pedírselo a Key. Era mi última esperanza. Ya te he contado la razón por la que fui, por la que tenía que ir.

—Y la prensa ha tomado buena nota de tu noble motivación. Has sido bastante conmovedora al describir la fosa común. Es probable que te nombren «madre del año» —dijo mientras tomaba otro sorbo de whisky—. Francamente, no comprendo por qué estás tan disgustada.

—Porque el solo hecho de contar el incidente del cementerio supone una invasión de mi intimidad, Randall. Y si bien mis motivos eran puros, los de los periodistas no lo eran. Sólo sus buenos modales les han inducido a interesarse por los acontecimientos de nuestro viaje, por el déspota despiadado del Corazón y por los efectos de tu liberación en la política exterior.

»Lo que quieren son trapos sucios. «¿Por qué decidió formar equipo con el hermano del senador Tackett, señora Porter?». «¿Está Key Tackett resentido por su papel en la caída del senador Tackett?». «¿Fue su muerte un suicidio?». «¿Qué sintió cuando descubrió que su marido estaba todavía vivo, señora Porter?». ¿Qué clase de preguntas son esas?

—Fundamentales, diría yo —respondió Randall mientras dejaba el vaso sobre la mesilla con una tranquilidad desconcertante—. ¿Cómo se siente, señora Porter, respecto a la resurrección de su marido?

Lara eludió su penetrante mirada.

—Prefiero que me llamen por mi nombre profesional, Randall. Hace mucho tiempo que soy la doctora Mallory. «Señora Porter» tiene connotaciones negativas para mí.

—Claro, como el hecho de que estás casada —dijo con una falsa carcajada—. Tú no tienes mucha suerte, ¿verdad, Lara? Te has enamorado en un momento muy inoportuno. Y, por si faltara poco, del hermano de Clark. La

ironía no tiene desperdicio —agregó al tiempo que echaba la cabeza atrás y soltaba otra sonora carcajada.

Lara se negó a darle la satisfacción de negar o confirmar su suposición. Su relación con Key, indefinible incluso para sí misma, no era de la incumbencia de Randall, excepto en cuanto a que era legalmente su esposa. Desde un punto de vista sentimental, no se había sentido conyugalmente vinculada a él desde antes de aquel desastroso fin de semana en Virginia.

—Se hace tarde —dijo Randall después de vaciar el vaso—. Creo que nos conviene descansar un poco. Tenemos reservas para un vuelo a Washington a las diez de la mañana.

—Yo no voy a Washington.

Randall, que se había agachado para recoger sus zapatos, se incorporó lentamente.

—Ni lo sueñes. Está todo arreglado.

—Pues desarréglalo. No pienso ir.

—Tenemos una cita con el presidente de Estados Unidos en su despacho —insistió ruborizado.

—Dile que lo lamento. No puedo acudir a la cita.

Lara se dirigió hacia el dormitorio. Randall abandonó apresuradamente el sofá, la cogió del brazo y le obligó a dar media vuelta.

—Estarás junto a mí en todo momento durante esta epopeya, Lara.

—No, no lo haré, Randall —respondió al tiempo que se soltaba el brazo de un tirón—. Francamente, me sorprende que quieras compartir la popularidad. Cuando saliste de Washington eras un cornudo, el hazmerreír de todos. Ahora regresas como héroe. Probablemente te invitarán a participar en todos los debates por televisión, a escribir un libro, puede que en el futuro incluso hagan una película. Tu credibilidad ha sido plenamente restaurada y una vez más cuentas con la confianza del presidente. ¿Por qué insistes en que comparezca, apoderándome de parte de tu popularidad y recordando a todo el mundo la gran mancha negra de tu carrera?

—Para guardar las apariencias —respondió con una fría sonrisa—. Eres todavía mi esposa. Estoy dispuesto a hacer la vista gorda en cuanto a tus relaciones con Key Tackett. Después de todo, me creías muerto.

—No adoptes esa actitud moralista conmigo, Randall. El mártir que sigue perdonando a su descarriada esposa —dijo Lara en un tono cargado de desdén—. Esa fue tu actitud cuando llegaron a los quioscos las fotografías en las que se me veía saliendo de la casa de campo de Clark. Quién imaginaría que tú



habías mantenido relaciones extramatrimoniales prácticamente desde el día de nuestra boda.

—Nunca lo he confesado —respondió escuetamente—. Lo supones porque te conviene.

—También supongo que no eras célibe en Montesangre. Si estabas en buenas relaciones con los guardias, estoy segura de que te lo organizaron.

—Muy astuta, Lara. En realidad, disfruté de una relación física gratificante durante mi cautiverio. Era una chica hermosa, frágil y delicada, con ojos color azabache. Estaba conmovedoramente dispuesta a complacerme en todo lo que le pidiera. No era en absoluto la persona ideal para la guerrilla, a pesar de sentir dedicación por la causa y de ser prima segunda de Emilio Sánchez Perón.

»Cuando descubrió que se había convertido en mi amante, ordenó que la desentrañaran. Creo que estaba celoso. Durante su juventud habían sido muy íntimos. O tal vez temía que su devoción por mí pusiera su lealtad en tela de juicio. De un modo u otro, puso fin a un entretenimiento muy gratificante.

A Lara le dio náuseas lo sucedido y el desenfado con que Randall lo relataba.

—Debí haberme divorciado de ti antes de ir a Montesangre —dijo Lara.

—Es posible. Pero entonces estabas embarazada. Eso te complicaba las cosas.

—Sí, porque me amenazaste con arrebatarme el bebé si no me quedaba contigo.

—Pude haberlo hecho. Eras una esposa adúltera, no precisamente una madre ejemplar. ¿Qué tribunal del país habría otorgado la patria potestad de un recién nacido a la puta de Clark Tackett?

Le había formulado la misma pregunta cinco años antes. Sabía que no la amenazaba en vano. Si Lara hubiera insistido en divorciarse y negarse a acompañarle cuando abandonó el país, Randall habría agotado todos los recursos legales para obtener la patria potestad de su hija. Lara habría recurrido hasta al Tribunal Supremo de no haber sido por una consideración importantísima: Ashley. Durante los años más importantes de su desarrollo, habría ido de uno a otro más como objeto de discordia que como ser humano. En dichas circunstancias habría sido imposible educar a una niña feliz y satisfecha. No era eso lo que quería para su hija.

—Tus insultos no pueden herirme, Randall, porque no te quiero. Tú tampoco me quieres a mí. ¿Para qué seguir perpetuando esta farsa?

—Las apariencias son muy importantes en mi profesión —respondió con exagerada paciencia—. Eres un condimento, Lara, siempre lo has sido. Al igual que la mayoría de las esposas. Cuanto más inteligentes y atractivas mejor, pero son poco más que un elemento decorativo.

Lara retrocedió asqueada.

—Tomo nota de tus objeciones —dijo Randall en un tono condescendiente, que enfureció aún más a Lara—. A decir verdad, esta nueva faceta tuya de rebeldía me resulta bastante excitante, pero ya empieza a hartarme. Resérvala para mejor ocasión, si no te importa. Me acompañarás a Washington y permanecerás obedientemente a mi lado, al igual que me acompañaste a Montesangre y cumpliste con tus obligaciones de anfitriona oficial.

—Ni lo sueñes —replicó Lara con desafío y temeridad—. Debido a la terrible experiencia que has vivido, te había concedido el beneficio de la duda. Pero tres años de reclusión no te han cambiado, Randall. Eres tan egoísta y manipulador como siempre lo has sido. Puede que ahora todavía más, porque consideras que el mundo está en deuda contigo después de lo que has tenido que soportar.

»Me alegro de que estés vivo, pero no quiero tener nada que ver contigo. No se te ocurra pensar que puedes convencerme de lo contrario. Todo ha terminado entre nosotros, desde hace mucho tiempo.

»Te acompañé a Centroamérica a cambio de Ashley. Accedí a quedarme un año después de su nacimiento. Faltaban pocas semanas para que se cumpliera el plazo cuando la mataron. La perdí de todos modos —declaró con rencor—. Ahora que está muerta, ya no tienes nada con qué amenazarme. No dispones de nada para presionarme, porque ya he perdido todo lo que me importaba.

—¿Qué me dices del hermano Tackett número dos?

—No puedes perjudicar a Key.

—¿No? —preguntó en un tono aterciopelado—. Leyendo entre líneas, yo diría que tiene muy buen concepto de su hermano. Reflexiona, Lara.

La amenaza era muy sutil, pero extraordinariamente real. Lara dominó sus facciones para no manifestar su alarma.

—No te atreverías a contárselo.

—Lo que suponía —rio Randall—. No lo sabe. Sigue siendo nuestro pequeño secreto.

Lara le miró unos instantes y luego se rio.

—En esta ocasión, Randall, tendrás que demostrar tu baladronada —dijo cuando se dirigía hacia la puerta del dormitorio—. No me importa lo que hagas, a condición de que te mantengas alejado de mí —agregó después de volver la cabeza al llegar al umbral de la puerta—. Vete a Washington. Sal en los periódicos. Haz migas con el presidente. Conviértete en una celebridad. Relaciónate con tantas mujeres como se te antoje. El divorcio con el que te amenacé hace unos años va a convertirse en realidad. Lo solicitaré inmediatamente. Y de ahora en adelante, si esperas que te responda, llámame doctora Mallory. No me daré por aludida si utilizas tu apellido.

Entró en el dormitorio y dio un portazo.

## Veintiséis

Janellen se protegió los ojos del sol mientras esperaba con impaciencia la llegada del «chulomóvil».

—¡Mamá, ya está aquí! —exclamó cuando lo vio entrar en el camino de la casa.

Key había llamado desde el aeródromo para comunicarles que acababa de llegar y que pronto estaría en casa. La noche anterior había telefoneado desde Houston.

—Ha regresado el hijo pródigo. Matad el becerro cebado.

Janellen no llegó a tal extremo, pero le dijo a Maydale que preparara una cena especial. ¡Key estaba sano y salvo! ¡Había regresado!

Bajó las escaleras dando saltos y se colocó en el camino del Lincoln obligándole a parar. Apoyó las manos sobre el capó y sonrió a Key a través del parabrisas antes de correr hacia la puerta y arrojarse a sus brazos cuando se apeó.

—¿Cómo estás? Cuidado con esas costillas fracturadas —dijo Key cuando recuperó el equilibrio. Le dio un abrazo y luego se separó un poco para contemplarla—. ¡No puedo creerlo! ¡Estás hermosa!

—No es verdad —protestó tímidamente Janellen.

—Reconozco la hermosura cuando la veo. ¿Qué te has hecho?

—Me he cortado y ondulado el pelo, eso es todo. En realidad, estaba bajo el secador en la peluquería cuando alguien lo golpeó para llamarme la atención y señaló el televisor. Era una noticia sobre ti, la doctora Mallory y su marido, que anunciaba que salíais de Montesangre para regresar a casa vía Colombia. Cuando os vi a todos en la pantalla, casi se me paró el corazón.

—Sí, ha sido una semana muy ajetreada —respondió Key con una sonrisa forzada—. Me gusta tu peinado —agregó después de pellizcarle la mejilla.

—A mamá le parece horrible. Dice que es demasiado frívolo para una mujer de mi edad. ¿Tú qué opinas? —preguntó preocupada.

—Que tiene muchísimo atractivo sexual.

—Muchas gracias, caballero —respondió con una reverencia.

—Caramba, también has aprendido a coquetear —dijo Key mientras se llevaba las manos a las caderas, ladeaba la cabeza y la miraba de arriba abajo—. ¿Ocurre algo que yo debiera saber?

—No.

La respuesta había sido demasiado rápida y decidida. Si sus mejillas manifestaban el calor que sentía, su hermano se percataría inmediatamente de que mentía.

—Cato sigue rondando por aquí, ¿no es cierto?

Intentó disimular su sonrisa, pero era incapaz de ocultar la alegría que le infundía la sola mención de su nombre. Le evocaba recuerdos de las horas que habían pasado besándose en la sala a altas horas de la noche, discutiendo en un susurro los pros y los contras de su relación, Janellen por los primeros y Cato por los segundos, y forjando planes para un futuro, del que según él carecían pero ella consideraba que sí lo tenían.

A pesar de sus discrepancias sobre la naturaleza y duración de su relación, la relación existía. Janellen sólo podría haber sido más feliz consumando la relación y pasando las veinticuatro horas del día con Bowie.

Su felicidad era transparente, en particular para su intuitivo hermano, en cuyo rostro se dibujó una radiante sonrisa.

—Confío en que te trate bien. Si no lo hace y me entero, le buscaré, le arrancaré las pelotas y se las daré de comer a un perro. Díselo de mi parte.

—¡No pienso decirle tal cosa! —declaró Janellen—. No sería propio de una dama.

Luego se rio de su chiste privado cuando recordó el grosero vocabulario que había utilizado con Bowie para asegurarse de que gozaba de su atención. No lo lamentaba. Había surtido efecto.

Se cogió del brazo de Key y le condujo hacia la casa.

—Debes estar agotado. Le he dicho a Maydale que te cambiara las sábanas de la cama. Podrás acostarte inmediatamente después de cenar y tomar un buen baño caliente.

Key se detuvo de pronto y Janellen levantó la cabeza. Jody los contemplaba desde la puerta. Tenía muy buen aspecto. Al parecer, los médicos habían sido unos alarmistas después de todo y, como de costumbre, Jody tenía razón. Mejoraba a pesar de sus lúgubres pronósticos.

En los últimos quince días, había mostrado signos evidentes de mejoría. Aseguraba sentirse mejor y tenía más energía. Estaba atenta y no protestaba cuando llegaba el momento de tomar sus medicamentos. Incluso había

reducido su consumo de cigarrillos a dos paquetes diarios. Ayer había empezado a acudir de nuevo a la peluquería.

Janellen dudaba de que fuera una coincidencia que Jody hubiera empezado a animarse el día en que supieron que Key había salido de Montesangre. A pesar de sus frecuentes discusiones, su madre y su hermano se preocupaban muchísimo el uno por el otro.

—Hola, Jody.

Su tono era cauteloso y reservado. Todavía recordaba las palabras atolondradas y dolorosas de Jody antes de marcharse. Jody también parecía recordarlas. Se crisparon momentáneamente sus finos labios, como si experimentara una punzada.

—Veo que has regresado de una sola pieza.

—Más o menos.

Janellen los miraba alternativamente, con el profundo deseo de conservar su armisticio implícito.

—Entremos en casa y tomemos algo antes de cenar.

Jody los precedió y rechazó la bebida, pero encendió un cigarrillo.

—He leído que el ejército rebelde confiscó tu avión —dijo mientras soltaba una bocanada de humo en dirección al techo.

—Es cierto. Gracias, hermanita —respondió cuando esta le entregaba el whisky con hielo que acababa de servirle—. Pero no importa. El individuo que nos lo prestó tenía la esperanza de que el aparato se estrellara o le ocurriera alguna catástrofe para poder cobrar del seguro. Necesita el dinero más que el avión.

—Ya me imaginaba algo por el estilo. Tratas con personajes muy poco escrupulosos.

—Hablando de personajes poco escrupulosos —dijo Janellen con el propósito de evitar cualquier situación desagradable—, Darcy Winston estaba en la peluquería el día que me hice la permanente. No dejaba de hablar de su hija Heather y de que ella y Tanner Hoskins no se quitaban nunca las manos de encima. Dijo que a este paso, se vería obligada a rociarlos con la manguera del jardín.

Key soltó una carcajada y Janellen le miró perpleja.

—En la peluquería todo el mundo se rio cuando lo dijo, pero yo no lo entiendo.

—Válgame Dios, Janellen —replicó Jody con impaciencia.

—¿Qué?

—Olvidalo —dijo Key—. Sigue. ¿De qué más habló la señora Winston?

—Cuando transmitieron la noticia sobre ti y la doctora Mallory, se abrió paso con los codos y se pegó al televisor. Al oír que el señor Porter no estaba muerto después de todo, organizó un escándalo.

—¿En qué sentido? —preguntó Key, que había dejado de sonreír.

—Riéndose a carcajadas. A nadie más le pareció gracioso. Parecía una clueca. En serio, llamar a esa mujer «vulgar» sería un elogio.

—No es más que una pordiosera calentorra —afirmó Jody mientras arrojaba la ceniza al cenicero—. Fergus creyó que al casarse con esa puerca blanca la convertiría automáticamente en respetable. Pero, evidentemente, no fue así. Tras sus prendas de diseño, sigue siendo basura. Fergus ha sido siempre un imbécil.

Maydaje los llamó a la mesa y le sirvió a Key su comida predilecta: filetes de pollo fritos y ternera asada con todos los complementos. De postre había dos tartas, una de melocotón y otra de pecana, y helado de vainilla preparado en casa.

Janellen esperaba que devorara el banquete que había organizado para él, pero comió moderadamente. Sonreía cuando hablaba con ella y respondía a sus preguntas, pero sin entrar en detalles. Era educado con Jody y no dijo nada que pudiera molestarla o provocarla. Para alguien que había estado a punto de perder la vida a manos de los guerrilleros rebeldes, estaba inusualmente apocado.

En los descansos de la conversación, su mirada se perdía lánguidamente en la lejanía y era preciso llamarle la atención para volver al presente.

Después de la cena, Jody se disculpó para retirarse a su habitación y ver la televisión.

—Me alegro de que estés bien —dijo antes de abandonar el comedor.

Key la observó pensativo cuando se marchaba.

—Lo dice en serio, ¿sabes? —declaró sosegadamente Janellen—. Creo que estaba más preocupada que yo por ti, y yo me subía por las paredes. Experimentó un gran cambio el día en que supimos que estabas vivo y de regreso a casa.

—Tiene mejor aspecto que cuando me marché.

—¡Te has dado cuenta! —exclamó—. Yo también lo creo. Me parece que está recuperándose.

Key extendió la mano y le acarició la mejilla, pero con una triste sonrisa en los labios.

—Hay algo más, Key. Algo relacionado con mamá. Ayer, cuando regresé del trabajo, no la vi y la busqué por toda la casa. Nunca adivinarías dónde

estaba. En la habitación de Clark, escudriñando entre sus pertenencias.

De pronto, Key estaba atento e interesado.

—Que yo sepa, no había estado en ese cuarto desde que entramos para recoger el traje del entierro. ¿Qué pudo impulsarla a hacerlo ahora?

—¿Husmeaba entre sus cosas?

—Papeles, certificados, diplomas, anuarios, recuerdos y notas que había escrito cuando era senador —asintió Janellen—. Y estaba llorando, cosa que no había hecho siquiera en el funeral.

—Lo sé. Lo recuerdo.

De pronto, Janellen se percató de que Key tenía ahora el mismo aspecto que cuando estaba junto a la fosa de su hermano. Aunque sus actos y respuestas verbales parecían normales, tuvo la sensación de que se limitaba a guardar las formas, como lo había hecho después de la muerte de Clark. Parecía estar perdido y destrozado, como si algo incomprensible le hubiera ocurrido.

Durante los días siguientes al funeral de su hermano, Janellen había estado demasiado sumergida en su propia aflicción para ocuparse de la de Key, aunque si lo hubiera intentado, probablemente la habría rechazado. Además, se habría sentido inadecuada. Todavía le ocurría. No obstante, colocó las manos sobre su brazo y lo estrujó compasivamente.

—Leí un libro sobre la aflicción para que me ayudara a asimilar la muerte de Clark. Según su autor, que es psicólogo, el dolor puede ser de efecto retardado. A veces, una persona puede no manifestarlo durante muchos años. Luego, un buen día emerge y sale todo a la superficie. ¿Crees que puede haberle ocurrido eso a mamá?

Key siguió pensando, sin decir palabra.

—Creo que es un paso positivo —prosiguió Janellen—. Puede que por fin haya asimilado el hecho de haberle perdido. Ahora que ha ordenado sus sentimientos, puede que ya no esté tan enojada. Os habéis llevado bien durante la cena. ¿Te has dado cuenta de su cambio de actitud?

—Tú siempre tan optimista, ¿no es cierto? —Key sonrió afectuosamente.

—No me tomes el pelo —replicó Janellen, ofendida.

—No estoy tomándote el pelo, Janellen. Era una observación, que pretendía ser un cumplido. Si todo el mundo fuera tan inocente como tú, el mundo sería un lugar mucho más agradable donde vivir.

Key tiró juguetonamente de uno de sus nuevos rizos, pero su sonrisa era superficial.



—¿Quién sabe qué impulsó a Jody a husmear entre las pertenencias de Clark? Podría significar algo, o nada. No esperes demasiado de ella. Las cosas no cambian de un modo tan definitivo y con tanta rapidez. Algunas cosas no cambian nunca. Tú estás enamorada. Eres feliz y quieres que todos los demás también lo sean.

Janellen apoyó la cabeza en el pecho de su hermano y le dio un ligero abrazo.

—Tienes razón, Key. No había sido tan feliz en toda mi vida. Soy más feliz de lo que creía posible.

—Se nota, y me alegro muchísimo por ti.

—Pero me siento culpable.

—No lo hagas —dijo Key enojado después de separarla bruscamente—. Aprovecha hasta la última gota. Extrae de ello todo el placer que puedas. Te lo mereces. La has aguantado a ella, a mí y a todos los demás durante muchos años. Maldita sea, Janellen, no te disculpes por haber hallado la felicidad. Prométeme que no lo harás.

—De acuerdo. Te lo prometo —asintió aturdida por la vehemencia de su hermano.

Le dio un fuerte beso en la frente y volvió a separarse de ella.

—Debo marcharme.

—¿Marcharte? ¿A dónde? Creí que querrías quedarte en casa esta noche y descansar.

—Estoy descansado —dijo mientras buscaba las llaves del coche en el bolsillo de sus vaqueros—. Tengo muchas cosas pendientes.

—¿Qué cosas pendientes?

Key le lanzó una mirada significativa y se dirigió a la puerta.

—¡Key, espera! ¿Te refieres a beber?

—Para empezar.

—¿Mujeres?

—Desde luego.

Janellen le cortó el paso en la puerta y le obligó a que la mirara a los ojos.

—No te lo he preguntado porque he supuesto que no era de mi incumbencia.

—¿Preguntarme, qué?

—Sobre Lara Mallory.

—¿Qué ocurre con ella?

—Pues yo creía que, bueno, ya sabes, que tal vez...

—¿Creías que reemplazaría a Clark en su cama?

—Dicho así suena fatal.  
—Fue fatal.  
—¡Key!  
—Debo marcharme. No me esperes levantada.

Antes de abrir la puerta, Lara miró a través de la persiana para ver quién había llamado y luego quitó rápidamente los pestillos.

—¡Janellen! Cuánto me alegro de verla. Pase —dijo al tiempo que se echaba a un lado para conducir a su inesperada invitada a la sala de espera.

—Confío en que no la haya molestado. Tengo la mala costumbre de aparecer sin haber llamado antes. Una vez más, me he dejado llevar por mis impulsos.

—Aunque hubiera llamado, no habría podido hablar conmigo. He dejado el teléfono descolgado. Hay muchos periodistas que no aceptan un «no» por respuesta.

—También han estado llamando a Key.

Oír su nombre era como si se le clavara una flecha en el corazón. Procurando hacer caso omiso del dolor, retiró una caja de libros de una silla.

—Siéntese, por favor. ¿Le apetece beber algo? No estoy segura de lo que tengo...

—No quiero nada, gracias —respondió Janellen mientras contemplaba el desorden reinante a su alrededor—. ¿Qué ocurre aquí?

Lara se separó perezosamente un mechón de cabello de la cara. Desde su regreso, incluso los actos involuntarios parecían exigirle una cantidad enorme de energía.

—Que está todo hecho un asco —respondió con una triste sonrisa. Después se sentó sobre una caja—. Estoy empaquetando.

—¿Por qué?

—Abandono Eden Pass.

Janellen era posiblemente la única persona de la ciudad que no se alegraba de la noticia. Su expresión era una mezcla de disgusto y desesperación.

—¿Por qué?

—Me parece que es evidente —respondió Lara con un rencor en el tono de su voz que no supo disimular—. Aquí las cosas no han funcionado como esperaba. Clark cometió un error al dejarme este lugar. Y yo cometí un error al aceptarlo.

A Lara le conmovió comprobar que Janellen tenía lágrimas en los ojos.

—¡Los habitantes de esta ciudad son tan estúpidos! Usted es el mejor médico que hemos tenido.

—La opinión que se han forjado de mí no tiene nada que ver con mi capacidad profesional. Han cedido a la presión.

No fue necesario mencionar a Jody Tackett como autora de lo sucedido.

—Lo siento —dijo Janellen, que evidentemente ya lo sabía y se sentía culpable por la parte que le tocaba.

—Lo sé. Muchas gracias —respondió mientras se obsequiaban mutuamente con una sonrisa, conscientes de que en otras circunstancias podían haber sido muy buenas amigas—. ¿Cómo está su madre? ¿Han sido eficaces los medicamentos?

Janellen le habló de la clara mejoría de Jody. Lara no quería estropear su optimismo, pero consideró que era su deber profesional introducir cierto realismo.

—Me alegro de oír que está mejor, pero vigílenla. Debe seguir tomando los medicamentos hasta que el médico le indique lo contrario. Debería someterse a revisiones periódicas y frecuentes. Y antes de rechazar definitivamente la idea de angioplastia para dilatar la carótida, deberían hacerle otra serie completa de análisis.

—No creo que mi madre esté de acuerdo, pero si detecto algún síntoma de agotamiento o, Dios no lo quiera, de otro ataque, insistiré.

Después de unos minutos más de charla, Janellen se levantó para marcharse.

—Esta mañana he visto a su marido por televisión —agregó desde el umbral de la puerta—. Han mostrado un vídeo en el que se veía al presidente recibéndolo.

—Sí, yo también lo he visto.

—El entrevistador le ha preguntado por qué no estaba usted con él. Ha respondido que estaba tan sobreexcitada después de sus experiencias en Montesangre, que no ha podido acompañarle a Washington.

Era irritante que Randall hablara en su nombre y diera información falsa. Le había aclarado inequívocamente su posición en Houston y había permanecido encerrada en su habitación de la suite hasta asegurarse de que había abandonado el hotel para coger su vuelo a Washington. No se habían despedido.

Sus pretextos para justificar su ausencia en Washington eran egoístas, pero no podía hacer nada al respecto, a excepción de reprochárselo personalmente. El asunto no merecía otra confrontación. La próxima tendría

lugar en el juzgado, cuando solicitara el divorcio, y Lara dispondría de un abogado para hablar en su nombre.

—Debió ser... —titubeó Janellen—. No puedo siquiera imaginar cómo se sintió cuando descubrió que había estado vivo durante todo este tiempo.

—No, estoy segura de que no puede imaginárselo.

Introspectivamente, Lara vio de nuevo a Randall en la bañera. Oyó su propio grito que retumbaba en las paredes de chabacanos baldosines, el crujido de la madera de la puerta que Key derribó para entrar en la habitación, y sintió sus brazos que la envolvían. Había hundido el rostro en su pecho. Al principio, creyeron que Randall estaba muerto.

Pero resucitó.

Key no la había tocado desde entonces, ni siquiera por casualidad.

Puesto que no había palabras para describir el enorme trastorno que había supuesto la resurrección de Randall, se limitó a decir:

—Me produjo estupor comprobar que estaba vivo.

—No me cabe la menor duda, pero no parece sobreexcitada. ¿Por qué no le acompañó a Washington? —dijo Janellen antes de retirar inmediatamente la osada pregunta—. Lo siento. Mi pregunta es de una mala educación imperdonable.

—No se disculpe. Es una buena pregunta. La respuesta es que simplemente decidí no ir con él. La política es su campo, no el mío. La manera de utilizar su actual celebridad es cosa suya. Yo deseo ignorar la mía, y preferiría que todos los demás también lo hicieran.

—Igual que Key.

Sintió una nueva punzada en el corazón.

—Parecía sentirse terriblemente incómodo al convertirse de pronto en centro de atracción.

—Va a marcharse de nuevo —declaró apresuradamente Janellen con el rostro contorsionado por la angustia—. A Alaska. Me lo ha dicho esta mañana. Le han ofrecido un trabajo para inspeccionar el conducto petrolífero. Es decir, un piloto que comprueba los desperfectos de la línea.

Lara asintió vagamente.

—Dice que pagan bien y que necesita un cambio de ambiente. Le he recordado que acababa de hacerlo, pero me ha respondido que el viaje a Centroamérica no cuenta. No quiero que se marche —agregó con evidente ansiedad—. Pero ahora que la salud de mamá ha mejorado, no creo que nada pueda retenerlo aquí.

—Supongo que no —respondió Lara en una voz que parecía de ultratumba.

—Estoy muy preocupada por él —prosiguió Janellen—. Al principio creí que estaba simplemente cansado después de su epopeya, pero hace una semana que han regresado y sigue igual.

—¿Está enfermo? —preguntó Lara alarmada.

—No, no está enfermo. No físicamente. Está retraído. Ha desaparecido el destello de su mirada. Ni siquiera chilla cuando se enoja. No es propio de él.

—No, no lo es.

—Es como si alguien hubiera desconectado el cable que le cargaba las baterías.

Lara no supo qué responder.

—Bueno —concluyó torpemente Janellen—, se me ha ocurrido que merecía la pena mencionárselo.

Titubeó como si le quedara todavía algo por contar. Lara se preguntó si sabría que se habían acostado juntos. Claro que no podía saberlo... pero tal vez lo había adivinado.

—¿Cuándo piensa marcharse?

—No tengo ningún programa fijo, cuando haya acabado de empaquetar. Todavía no he hablado con la inmobiliaria para poner el edificio en venta.

—¿Se trasladará a Washington?

—No —exclamó categóricamente—. Todavía no he formulado ningún plan específico —agregó en un tono más amable.

—¿Está empaquetando para marcharse y todavía no sabe a dónde va?

—Así es —respondió Lara con una pequeña sonrisa.

Janellen quedó atónita, pero los buenos modales le impidieron seguir preguntando.

—Cuando conozca su nueva dirección, ¿tendrá la bondad de mandármela? Comprendo que existen rencillas entre usted y nosotros, los Tackett, pero me gustaría seguir en contacto con usted.

—Usted no tiene nada que ver con las «rencillas» —dijo amablemente Lara—. Me encantará tener noticias tuyas.

Janellen parecía dudar si sería correcto hacerlo, pero por fin le dio a Lara un pequeño abrazo antes de dirigirse apresuradamente a su coche.

Lara miró hasta que desapareció el coche. Entonces cerró lentamente la puerta, dando simbólicamente por concluido un capítulo de su vida. Aquella visita de Janellen sería probablemente su último contacto con los Tackett.

Más tarde, Janellen y Bowie estaban acurrucados en el sofá de la sala de estar. Hacía varias horas que Jody se había retirado a su habitación. Key, como de costumbre, había salido.

Bowie descansaba en los cojines del rincón en forma de semicírculo con Janellen sobre sus rodillas. Tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y con los dedos le golpeaba distraídamente el pecho desnudo a través de la camisa desabrochada.

—Ha sido terrible —susurró Janellen—. Estaba ahí, rodeada de cajas, con aspecto de no tener la más mínima idea de lo que haría a continuación.

—Puede que te confundieras.

—No lo creo, Bowie. Su aspecto era el de no tener un solo amigo en el mundo entero.

—No tiene sentido. Acaba de descubrir que su marido está vivo.

—Para mí, tampoco lo tiene. ¿Por qué no está con él? Si yo hubiera creído que estabas muerto y descubriera que no lo estabas, nunca volvería a separarme de ti. Te quiero tanto... —dijo antes de levantar la cabeza—. Maldita sea, claro. Eso es. La doctora Mallory ya no quiere a su marido. Puede que se haya enamorado de otro.

—Tranquilízate. Estás elaborando algo en tu mente que no es necesariamente cierto.

—¿Como qué?

—Como que existe algo entre la doctora y tu hermano.

—¿Tú también lo crees? —preguntó excitada.

—Yo no creo nada. Creo que eso es lo que tú crees. Viajar solos a Centroamérica en un avión y ser capturados por los guerrilleros es bastante romántico. Parece una película. Pero no interpretes lo que no es.

Janellen se puso triste y admitió que había pensado en la posibilidad de un idilio entre Key y Lara.

—Ambos parecen tan terriblemente desgraciados desde su regreso... Key está impaciente por marcharse.

—Siempre ha sido un trotamundos. Tú misma me lo has contado.

—En esta ocasión, es más que sed de aventura. No corre hacia algo que le apasiona, sino que huye de alguna cosa. Y lo mismo ocurre con la doctora Mallory. No actuaba como una mujer cuyo amante ha regresado de pronto de la muerte —dijo con una mueca—. A juzgar por su aspecto por televisión, no se lo reprocho. Parecía un verdadero energúmeno. Además, Key es muchísimo más guapo.

Bowie soltó una carcajada.

—¿Sabes que eres terriblemente romántica?

—Key me ha dicho que estaba enamorada y que le gustaría que todo el mundo fuera tan feliz como yo. Tiene razón.

—¿En cuanto a que quieres que todo el mundo sea feliz?

—En cuanto a estar enamorada —respondió con la mirada fija en sus ojos profundos—. ¿Cuándo, Bowie? —preguntó sinceramente después de colocarle las manos sobre las mejillas.

Se planteaba con frecuencia dicha cuestión. Cada vez que lo hacía, alentaba su pasión o la apaciguaba. Pero esta noche provocó una separación física. Con el entrecejo fruncido, Bowie se separó de ella, se puso de pie y empezó a abrocharse la camisa.

—Tenemos que hablar, Janellen.

—Yo no quiero seguir hablando. Quiero estar contigo. No me importa dónde sea, a condición de que estemos juntos.

—He encontrado un lugar que puede ser apropiado —respondió Bowie desviando recatadamente la mirada.

—¡Bowie! —susurró—. ¿Dónde está? ¿Cuándo podemos ir? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no es correcto, Janellen —Bowie respondió a la última pregunta.

—¿No te gusta la habitación?

—La habitación no tiene nada de malo. Lo que ocurre... —dijo. Hizo una pausa y movió la cabeza con exasperación—. Detesto venir aquí a hurtadillas todas las noches como un chiquillo, circulando en la oscuridad, hurtando unas caricias, susurrando como en una maldita biblioteca y saliendo por la puerta trasera. No es correcto.

—Pero si has encontrado un lugar donde podamos ir...

—Todavía sería peor. Tú eres una mujer demasiado respetable para escabullirte sigilosamente en un motel por la puerta trasera con el propósito de dar unos tumbos en la cama —declaró Bowie con las manos levantadas para impedirle que protestara—. Además, tal vez creas que podríamos hacerlo sin que nadie se enterara, pero te equivocas. No lo lograríamos. He vivido en Eden Pass el tiempo suficiente para comprobar la rapidez y precisión con que circula la información. Es demasiado arriesgado para exponerse.

»Tarde o temprano llegaría a oídos de tu madre, y probablemente vendría a por mí con una escopeta o haría que me persiguiera la policía. Maldita sea, ya he tenido antes otros problemas. Si no me costaba la vida, yo lo superaría.

Pero tú no. No has tenido un solo problema en tu vida. No sabrías cómo desenvolverte.

—He tenido muchos problemas.

—No del estilo de los que estoy hablando.

Sabía por sus hermanos que los hombres detestaban que las mujeres lloraran y procuró contener las lágrimas.

—¿Intentas retractarte, Bowie? ¿Buscas pretextos porque no quieres estar conmigo? ¿Es mi edad lo que te desalienta?

—¿Qué dices?

Se le escapó un sollozo.

—Eso es, ¿no es cierto? Intentas escabullirte porque soy mayor que tú.

—¿Eres mayor que yo? —preguntó tan enojado como sorprendido.

—Tres años.

—¿A quién le importa?

—Al parecer a ti. Esa es la razón por la que intentas retractarte. Podrías tener a una mujer mucho más joven que yo.

—¡Mierda! —exclamó mientras caminaba en un pequeño círculo sin dejar de blasfemar para sus adentros—. ¿Cuánto has tardado en imaginar esa bobada? Maldita sea, ni siquiera conocía tu edad y, de haberlo hecho, no me habría importado en absoluto. ¿Tan mal me conoces? Mierda.

—¿Entonces por qué?

Se disipó su ira, se agachó frente a ella y le agarró las manos.

—Janellen, en lo que a mí concierne, tú estás muy por encima de cualquier otro ser humano que jamás haya pisado este planeta. Preferiría perder mi brazo derecho a lastimarte. Esa es la razón por la que debí haber impedido que esto ocurriera desde el primer momento. La primera ocasión en la que me sentí atraído hacia ti debí haber hecho las maletas y abandonar la ciudad. Lo sabía, pero no pude resistir la tentación —dijo antes de hacer una pausa para mirarla con tanta intensidad que parecía grabar su rostro en su memoria—. Te quiero mucho más que a mí mismo —agregó mientras le pasaba el pulgar por sus temblorosos labios—. Esa es la razón por la que no quiero llevarte a hurtadillas a una habitación alquilada, esconderte como a una ramera, y exponerte a que hablen de ti como de una cualquiera.

»No pienso hacerte eso —declaró antes de ponerse de pie y recoger su sombrero—. De ningún modo. No señora —agregó al tiempo que se colocaba el sombrero y daba un tirón del ala—. Y no se hable más de ello.



Lara apoyó suavemente la cabeza contra el marco de la puerta.

—Esto no es una buena idea, Key.

—¿Desde cuándo cualquier cosa relacionada contigo ha sido una buena idea?

Key la echó a un lado y entró. Lara cerró la puerta trasera a su espalda después de asegurarse de que nadie le había visto llegar. Era una precaución innecesaria. Su llamativo Lincoln amarillo aparcado frente a su casa equivalía a anunciar la visita por la radio local.

Cuando Lara dio media vuelta para entrar en la sala, Key estaba apoyado contra un armario, con la camisa por encima de los pantalones. Evocaba el recuerdo desaliñado, desconcertante y sexualmente apetitoso de su primera visita en la misma sala.

Aquella noche le había pedido whisky. Ahora él mismo se lo había traído. El líquido se agitó en la botella cuando la levantó para llevársela a la boca. La herida de su frente había cicatrizado, pero la piel que la rodeaba todavía estaba amoratada. También lo estaban sus costillas. Su expresión era insolente y su complexión colérica.

—Estás borracho.

—Tienes razón.

—¿Para qué has venido? —preguntó Lara con los brazos cruzados.

—¿Puede salir el embajador Porter a participar en el juego? —dijo Key en son de burla.

—Todavía está en Washington.

—Pero estará aquí mañana. Han publicado un artículo en la edición de la noche. «Heroico estadista visita Eden Pass». Qué emoción, no te jode.

—Si sabías que no estaba aquí, ¿por qué me lo has preguntado?

—Sólo para excitarte. —Sonrió—. Para comprobar si tu corazón empezaba a dar saltos al oír su nombre.

—Creo que es preferible que te marches —dijo Lara después de volverle fríamente la espalda y abrir la puerta.

Key extendió el brazo tras su espalda y la cerró de un empujón, dejando la palma de la mano apoyada contra la misma y a Lara atrapada entre él y la puerta. En el reducido espacio del que disponía, Lara volvió la cabeza para mirarle.

—Nunca respondiste a mi pregunta —dijo Key.

—¿Qué pregunta?

—Sobre tu hija. Puesto que hemos regresado vivos, quiero saberlo. ¿Era Clark su padre?

¿Qué quería oír?, se preguntó Lara. ¿Qué quería ella contarle?

La verdad desnuda.

Dios mío, qué lujo tan liberador supondría poder aclararle plenamente la situación, revelar todos los detalles desconocidos, y de ese modo tal vez lograrse que Key se mostrara más compasivo hacia ella.

Las circunstancias atenuantes eran las fundamentales. Paradójicamente, por el hecho de ser fundamentales, debían permanecer secretas.

Especialmente respecto a Key. Y sobre todo ahora que sabía que le quería.

—Randall era el padre de Ashley.

—¿Estás segura? —preguntó con un destello de decepción en la mirada.

—Sí.

Lara se percató de que a Key le importaba, pero intentaba disimularlo.

—De modo que me engatusaste para que arriesgara la vida por nada.

—Yo no te convencí para que fueras a Montesangre, te persuadiste tú mismo. Nunca llegué a sugerir que Clark fuera el padre de Ashley.

—Tampoco lo negaste —dijo después de acercarse y arrojar sobre su rostro su cálido aliento con sabor a whisky—. Eres un personaje de cuidado, ¿no es cierto? Una astuta manipuladora. Una embaucadora.

»Al principio no podía entender cómo alguien tan racional como mi hermano pudo tener una relación tan chapucera con la esposa de su mejor amigo. Te luciste con tus artes de seducción, ¿verdad? Le calentaste de tal modo que ni siquiera distinguía la cabeza de los pies. Y luego ese bobo de Randall se quedó contigo. Menudo majadero. Es un mameluco y probablemente un mentiroso, pero ni siquiera él merece ese trato.

La agarró por la cintura y se la acercó bruscamente. Le dio un fuerte beso bajo la oreja.

—Sabes cómo conseguir lo que quieres de los hombres, ¿verdad, doctora? Los excitas mentalmente con gran habilidad, incluso antes de que se saquen la polla.

Lara cerró fuertemente los ojos. Las acusaciones eran desagradables. Le dolían, particularmente porque procedían de Key, que en más de una ocasión había arriesgado la vida para salvar la suya, que había sido tierno y apasionado con ella, cuyas caricias todavía anhelaba y cuya voz la perseguía en sus sueños.

Basándose en los hechos, como él los conocía, tenía buenas razones para insultarla. Su desprecio se basaba en lo que él consideraba la verdad. Era un error que Lara no podía subsanar, por consideración a Key más que a sí misma.

Deseaba desesperadamente estar con él. Pero no de ese modo. Se había condicionado a sí misma para tolerar el desprecio del mundo entero, pero no el de Key.

—Quiero que te marches.

—Y un carajo —respondió. Dejó caer la botella al suelo, llevó la mano bajo su falda y le agarró las bragas—. Tú eres lo único que soy capaz de oler y paladear, y no pienso en otra cosa. Maldita sea, tengo que librarme de tu embrujo.

Pegó la boca a sus labios y le dio un furioso beso.

—¡No, Key! —exclamó Lara con los muslos apretados.

—¿Por qué? No será la primera vez que eres infiel.

Lara le sacudió la mano con la que le sobaba el pecho.

—¡Para!

—Estás en deuda conmigo, ¿lo has olvidado? Me debes los noventa mil restantes de mis cien mil, o esto —dijo al tiempo que forzaba la mano entre sus muslos y la sobaba íntimamente—. Y elijo esto.

—¡No!

—No te preocupes, desapareceré antes del amanecer. Tu marido no te sorprenderá con las manos en la masa en esta ocasión. Soy más inteligente que mi hermano. Y mejor. ¿No es cierto?

—No, no lo eres —exclamó Lara—. ¡Clark nunca tuvo que recurrir a la violación!

Esto le dejó instantáneamente tan sobrio como el agua fría que le había arrojado en otra ocasión a la cara. La soltó y retrocedió respirando con fuerza y sonoridad.

Al descubrir la raíz de su agresividad, Lara sintió más pena que ira. Deseaba acariciarle la cara, pasarle los dedos por los mechones húmedos pegados a la frente, aplacarle, decirle que lamentaba haberle agredido en la peor forma posible, comparándole desfavorablemente con Clark.

Pero no tuvo más remedio que dejar sus palabras en el aire y ver cómo retorció el labio de repugnancia por la puta adúltera repudiada por su hermano.

—No, estoy seguro de que no lo hizo —dijo después de mirarla de arriba abajo y chasquear con desprecio los labios—. Tranquilízate, doctora. No tienes nada que temer de mí.

Dio la vuelta y abrió la puerta. Tropezó con la botella de alcohol y le dio una patada. La botella se estrelló contra la pared y se rompió.

Salió apresuradamente por la puerta, bajó dando brincos los peldaños y se subió a su Lincoln. Aceleró y los neumáticos despidieron arena antes de que el vehículo empezara a moverse. Se alejó velozmente.

Lara cerró la puerta y, de espaldas a la misma, se acurrucó en el suelo. Con los brazos cruzados sobre las rodillas, dobló la cintura y soltó un doloroso alarido.

## Veintisiete

—¿De modo que esto es lo que tanto te resistías a abandonar? —dijo Randall, que se había paseado por todas las salas del consultorio hasta llegar al despacho de Lara, donde había estado empaquetando libros y carpetas.

Había llegado a Dallas-Fort Worth procedente del National Airport, y había alquilado un coche para el desplazamiento de dos horas hasta Eden Pass.

Varias horas antes empezaron a circular furgonetas de los medios de información por la calle del consultorio, a la espera de su llegada. Cuando apareció, se le acercó un número impresionante de cámaras y periodistas.

Su odisea en Montesangre le había redimido del escándalo que había involucrado a su esposa y al senador Tackett. Como un niño travieso que hubiera cumplido el castigo impuesto y hecho borrón y cuenta nueva, fue recibido calurosamente por el presidente y los altos cargos del Departamento de Estado. Después de experimentar desde el interior la cultura montesangrina, se convirtió en su experto de turno en el Capitolio. Tenía interés periodístico.

—Mi esposa y yo hemos tenido muy poco tiempo para estar juntos desde nuestro regreso. Estoy seguro de que lo comprenden.

Después de unas risitas bien intencionadas, guardaron sus cámaras y micrófonos en las furgonetas y se marcharon. Muchos tocaron el claxon y saludaron con la mano, como si se despidieran de un viejo amigo.

Ahora empezaba a oscurecer en la calle, pero Lara no había encendido las luces de su despacho. La penumbra se ajustaba mejor a su estado de ánimo. También ocultaba sus ojeras.

Convencida de que nunca volvería a ver a Key, había llorado hasta quedarse rendida la noche anterior después de su iracunda partida. La odiaba cuando se marchó. Su sensación de pérdida era terriblemente dolorosa y se acercaba a lo que había sentido en Miami al recuperar el conocimiento y percatarse de que la horrible pesadilla que había tenido era real.

Por fin, alrededor de las dos de la madrugada, había acumulado la fuerza suficiente para trasladarse a la cama, donde había yacido despierta hasta el amanecer. Había pasado el día empaquetando sus pertenencias, trabajando arduosamente entre lapsos de depresión paralizadora, cuando sus manos se volvían inútiles y su mirada, a través de unos ojos secos y empañados, se perdía en la lejanía.

El crepúsculo convertía su despacho en un lugar más acogedor, más cálido, más seguro; un refugio para su mísero desaliento. Había llegado a gustarle el revestimiento de las paredes del doctor Patton, así como su mobiliario masculino, y habría deseado poder disfrutarlo muchos años.

—Es muy provinciano —comentó Randall mientras se dejaba caer en un sillón de cuero.

—El instrumental es moderno.

—Me refiero al conjunto. No se parece en nada a ti.

No tenía la más remota idea de cómo era ella.

—No sólo hay enfermos en las grandes ciudades, Randall. Aquí podía haber tenido una buena clientela —dijo mientras cerraba la tapa de una caja de cartón y la sujetaba con cinta adhesiva—. A condición, claro está, de que me hubieran brindado una oportunidad razonable de cultivarla.

—Territorio de los Tackett.

—Indiscutiblemente.

—Hay algo por lo que siento curiosidad —dijo al tiempo que cruzaba las piernas, con la elegancia de Fred Astaire—. Pudiendo instalarte en cualquier lugar del continente, ¿por qué diablos elegiste este? Precisamente en Texas —agregó con evidente asco—. ¿Qué te impulsó a escoger la ciudad donde más desprecio sentirían por ti? ¿Tienes tendencias masoquistas?

No tenía ninguna intención de reconstruir para Randall los tres últimos años de su vida. En realidad, tampoco estaba dispuesta a permitirle que se quedara bajo su techo. Sin embargo, antes de pedirle que se marchara, había algo que deseaba saber.

—No fue fácil para mí reemprender mi carrera profesional —empezó a decir—. A pesar de haber estado malherida, y de haber perdido a mi hija y a mi marido en una sangrienta revolución, la gente no se apresuró a perdonarme. Se me consideraba todavía la fulana de Clark.

»Solicité empleo en hospitales de todo el país. Algunos llegaron a contratarme en base a mis credenciales, antes de relacionar a la doctora Lara Mallory con la señora de Randall Porter, en cuyo momento, en un alarde de

mojigatería, me pedían que dimitiera por el bien de la institución. Eso ocurrió por lo menos una docena de veces.

—De modo que por fin decidiste abrir tu propio consultorio. Supongo que utilizaste el dinero de mi seguro de vida para financiarlo. Pero eso no explica por qué lo hiciste aquí.

—No compré el consultorio, Randall. Lo heredé libre de todo gasto. De Clark —dijo. Hizo una pausa para realzar lo que acababa de decir—. Fue una de las últimas cosas que hizo antes de morir.

Randall tardó unos momentos en asimilar la información. Cuando lo hizo, dio un pequeño suspiro.

—Caramba, caramba. Compraba la absolución de sus pecados. Una moral conmovedora.

—Sólo puedo imaginar cuáles pudieron ser sus motivos, pero sí, creo que se consideraba en deuda conmigo.

—Ahora supongo que me pasarás factura a mí. ¿Qué te debo por acompañarme a Montesangre?

—El divorcio.

—Denegado.

—No puedes negarme nada —replicó Lara con vehemencia—. ¡Key y yo te salvamos de tu encarcelamiento en aquel mísero lugar! ¿O ya lo has olvidado? ¿Acaso tu fama instantánea te ha borrado por completo la memoria?

Gradualmente se dibujó una sonrisa en el rostro de Randall, tan paternalista como el tono de su voz.

—Lara, Lara. Siempre tan ingenua. Después de todo lo que has vivido, ¿todavía no ves más allá de la superficie? ¿No te ha enseñado nada la experiencia? Cuando el río suena... etcétera —dijo acompañando sus palabras de un perezoso gesto circular con la mano—. ¿No has aprendido a mirar más allá de las apariencias para ver cómo son las cosas en realidad?

—Bravo por tu razonamiento, Randall. ¿Pero qué diablos significa?

—¿Crees sinceramente que tú y ese insensato piloto precipitasteis mi liberación?

Su voz adquirió un tono suave, musitante y afectado, que hizo estremecer a Lara. Tenía un mal presentimiento.

—¿Qué estás diciéndome?

—Reflexiona un poco, Lara. Pasaste por la facultad de medicina con notas excelentes. Estoy seguro de que puedes deducirlo.

—En Montesangre...

—Sí —la alentó Randall—. Sigue.

—Emilio...

—Muy bien. ¿Qué más? Estruja un poco el cerebro.

Las barreras mentales eran opacas, pero al romperlas lo vio todo con absoluta claridad.

—Tú no eras en absoluto su prisionero.

—¡Buena chica! —exclamó con una carcajada—. Detesto parecer ingrato, pero no te atribuyas el mérito de haberme salvado la vida. Mi «plan quinquenal», como me gusta llamarlo, estaba de todos modos a punto de realizarse. Tu cómica travesura con Key Tackett fue un simple hecho casual, que Emilio y yo utilizamos como catalizador. Permitió que el desenlace fuera mucho más convincente.

Lara miró a los ojos del hombre con el que estaba legalmente casada y se percató de que eran los de un loco. Estaba perfectamente compuesto, hablaba con suma elocuencia y era peligrosamente astuto: el retrato aterrador de un malvado.

—¿Todo ha sido un engaño? —susurró Lara.

Randall abandonó su sillón y se le acercó.

—Después de aquella mañana en Virginia, en Washington se me despreciaba. Clark tenía poderosos aliados, incluido el propio presidente, a quien su conducta puso en un compromiso, pero siguió apoyando a su protegido. Por lo menos hasta cierto punto.

»A petición de Clark, me nombró embajador y utilizó sus influencias para acelerar la aprobación del senado. A nivel superficial, acepté el cargo con elegancia y humildad, como si me hubieran hecho un gran favor. En realidad, consciente de que se trataba de una forma de destierro legal, lo detestaba tanto como tú.

»A partir del momento en que ocupé mi cargo, empecé a cavilar sobre la forma de regresar a Washington como héroe. Emilio era un chico inteligente con sus propias ambiciones, y la muerte de Pérez las convirtió en realidad.

—Asesinato.

—Como quieras llamarlo. Juntos, elaboramos un plan que nos proporcionaría a cada uno lo que deseábamos. Era indispensable que mi «huida» se produjera en el momento preciso y se obtuviera de la misma pleno rendimiento. Cuando regresara a Estados Unidos, en lugar de guardarles rencor a mis apresadores, insistiría en que me volvieran a mandar a Montesangre, abriría de nuevo la embajada y establecería relaciones diplomáticas con el nuevo régimen.



—El régimen de Emilio —dijo Lara, que se acercaba imperceptiblemente al teléfono.

—Exactamente. A raíz de mi informe al presidente, el gobierno de Emilio no tardará en ser reconocido. Con el apoyo de Estados Unidos, tendrá un control absoluto de su república. Se me atribuirá el mérito de haber restaurado la paz en una nación hostil, que podría ser de gran importancia estratégica en la lucha contra el tráfico de drogas. Después de un tiempo prudencial, mis esfuerzos serán indudablemente recompensados con un ventajoso cargo en el extranjero o en Washington. Muy distinto de ser tratado como un cornudo, ¿no te parece?

—Estás loco.

—Como un zorro, Lara. Está todo previsto, te lo aseguro. Con el transcurso del tiempo, todo funciona incluso mejor de lo previsto. Lo que ahora necesito es una cariñosa esposa para completar mi imagen de diplomático ejemplar.

»Por consiguiente, cariño, permanecerás fiel y sumisa a mi lado, sonriendo a los periodistas y saludando a las masas, hasta que yo te ordene lo contrario. Ni se te ocurra hacer nada para estropearlo.

Lara empezó a reírse.

—Eres un traidor con delirios de grandeza, Randall. ¿Crees sinceramente que voy a participar en ese traicionero «plan quinquenal» que has elaborado?

—Sí, creo que lo harás —respondió con absoluta tranquilidad—. ¿Qué alternativa tienes?

—Daré la alarma. Les hablaré de la brutalidad de Emilio. Llamaré...

—¡¿Quién va a creerte a *ti*?! —exclamó Randall a la vez que movía tristemente la cabeza ante las fantasías de su esposa—. ¿Quién confiará en lo que diga la mujer que fue sorprendida mientras cometía adulterio con el senador Tackett? Tu credibilidad es tan inexistente hoy como aquella mañana en que abandonamos la casa de campo.

»Veo que pretendes pedir auxilio —agregó al tiempo que señalaba el teléfono, al que se había acercado paulatinamente—. Adelante. No harás más que ponerte en ridículo. ¿Quién creerá que un embajador de Estados Unidos inició una revolución contraria a los intereses de su país?

—«¿Iniciar una revolución?». ¿Qué quieres decir? La revolución empezó cuando... cuando nuestro coche... No, espera —dijo. Inmediatamente levantó la mano como para alejar una retahíla de confusos pensamientos, que abarrotaban su mente con excesiva rapidez para asimilarlos.

—Pierdes facultades, querida —declaró en un tono aterciopelado—. Tu torpeza mental se debe probablemente al hecho de vivir en la frontera. Reflexiona. Te he hablado de un plan *quinquenal*. Se inició a nuestra llegada a Montesangre, no cuando me secuestraron.

Empezó a latirle con fuerza el corazón y se llevó la mano a la garganta, que de pronto estaba muy seca. Algo se le escapaba. Algo que debería recordar. Algo...

La verdad le produjo el mismo impacto que el de una bala. Se disipó la niebla de su memoria y aquellos instantes olvidados, inmediatamente precedentes a la emboscada, se repitieron en su mente en cámara lenta.

*Ella y Ashley jugaban a darse palmadas en las manos en el asiento trasero. El coche se acercó al cruce. Redujo la velocidad, aparecieron hombres armados y rodearon el vehículo. El conductor recibió un balazo y se desplomó sobre el volante.*

*Lara chilló. Randall volvió la cabeza para mirarla.*

*—Adiós, Lara. —Sonrió sin miedo alguno.*

Lara exhaló como un huracán.

—¡Lo sabías! —exclamó—. ¡Tú y Emilio organizasteis la emboscada a nuestro coche! ¡Tú hiciste que mataran a nuestra hija!

—¡Cállate! ¿Quieres que te oiga todo el vecindario?

—Quiero que me oiga el mundo entero.

Randall le dio un guantazo en la boca.

—¡No seas imbécil! —dijo apresuradamente sin levantar la voz—. No era mi intención que muriera la niña. Las balas no eran para ella.

Lara ni siquiera se detuvo a pensar lo que había implícito en aquel comentario. Extendió el brazo para agarrar la bolsa del equipo fotográfico, que había dejado encima del escritorio el día de su regreso de Montesangre.

Al amparo de la oscuridad, introdujo la mano en la bolsa y la cerró alrededor de la culata del revólver. Lo sacó y giró el brazo para apuntar al centro del pecho de Randall.

—Es tu última oportunidad de cambiar de opinión.

Janellen miró a Bowie y le sonrió.

—No voy a cambiar de opinión. Estoy completamente decidida, cien por cien segura de mi decisión. Además, tú eras quien se había retractado, quien se oponía decididamente a la idea. Por fin he logrado convencerte y no pienso volverme atrás, ni permitir que tú lo hagas —dijo antes de cogerle del brazo y

apoyar la cabeza en su hombro—. Limítate a conducir, señor Cato. Estoy ansiosa por llegar a nuestro destino.

—Si alguien me ve conducir tu coche...

—Está oscuro. Nadie nos verá. Y si alguien nos viera, probablemente creería que Key te ha pedido una vez más que me protejas de los periodistas.

—Sí, hoy los he visto merodeando por todas partes.

—Intentan ver al señor Porter —dijo Janellen, cuyo recuerdo se injirió en su felicidad. Frunció el entrecejo—. Mamá le vio por televisión y se disgustó muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque le recuerda el escándalo, Clark y todo lo demás. Dejó la cena y se encerró en su cuarto.

—¿Has esperado a que llegara Maydale antes de marcharte?

Como estaba previsto, Bowie y Janellen se habían reunido en el despacho de Tackett Oil.

—Sí. Ha venido a pasar la noche. Le he dicho que iba a Longview para asistir a un cursillo de mejora personal.

—¿Qué me dices de Key?

—Nunca llega antes del mediodía, a veces incluso más tarde. Dice que juega al póquer con Balky hasta el amanecer en el aeródromo y que luego es más cómodo dormir allí que regresar a casa. En todo caso, nunca sabrá que he salido.

Bowie miraba nervioso todos los coches con los que se cruzaban.

—Circular a hurtadillas no me parece correcto. Augura el acaecimiento de algo terrible.

—Por Dios, Bowie. —Janellen suspiró con afectuosa exasperación—. Eres la persona más pesimista y fatalista que he conocido en mi vida. Hace unos meses, tú eras quien tenía antecedentes, pero yo vivía en una especie de cárcel. Tanto tu suerte como la mía han cambiado.

—La tuya lo hará si te quedas conmigo el tiempo suficiente —dijo Bowie en tono melancólico—. Perderás tu fortuna.

—Te he dicho un millón de veces que no me importa perderla. Mi familia tenía muchísimo dinero, pero no éramos felices. No había amor entre mis padres. Su antagonismo afectó a mis hermanos y a mí. Lo sentíamos, incluso antes de ser lo suficientemente mayores para comprenderlo.

»Convirtió a Clark en un perfeccionista, que no se permitía a sí mismo el error más insignificante. Key cayó en el polo opuesto, y vive como si no le importara nada, aunque creo que lo suyo es un mecanismo de defensa. No

quiere que nadie sepa el profundo dolor que le causó la muerte de nuestro padre y el rechazo de mamá.

»Y yo me convertí en una estúpida tímida e introvertida, temerosa de expresar una opinión contraria a cualquier cosa. Créeme, Bowie, el dinero no compra la felicidad ni el amor. Prefiero tu amor a todas las riquezas del mundo.

—Eso es porque nunca has dejado de tenerlas.

El tema estaba exangüe de tantas veces que lo habían tocado. Janellen estaba decidida a impedir que una discusión estropeará la noche más feliz de su vida.

—Sé exactamente lo que hago, Bowie. Soy mayor de edad. Te amo con todas mis fuerzas y creo que tú también a mí.

—Sabes que sí —respondió con toda seriedad después de volver la cabeza para mirarla.

—Eso nos da la fuerza necesaria para enfrentarnos a lo que sea. ¿Qué puede llegar a ocurrirnos que no seamos capaces de combatir?

—Maldita sea —refunfuñó Bowie—. Acabas de tentar al destino para que nos lo muestre.

—Bowie —rio Janeüen mientras le besuqueaba el cuello—, eres un caso.

Darcy vislumbró a Key cuando entraba en The Palm. Estaba sentado solo al fondo de la barra, agachado sobre su copa como un perro ante un hueso.

Ella se sentía eufórica. Fergus estaba en una reunión de la junta escolar, que solían durar varias horas. Le encantaban las reuniones de la junta escolar, ya que le dejaban buena parte de la noche libre.

Heather estaba de servicio en la recepción del motel. Tenía bastantes probabilidades de ganar el concurso de belleza del próximo viernes.

Darcy había gastado más de setecientos dólares en ropa para Heather para dicha ocasión. A Fergus le daría un ataque si lo supiera, pero ella lo consideraba como una buena inversión. Si Heather ganaba el título de reina, aumentarían sus probabilidades de formar parte de la mejor asociación femenina en la universidad. Puede que Fergus no apreciara esas sutilezas, pero Darcy lo hacía.

A pesar de que estrenaba coche cada dos años, pertenecía al club de campo, vestía ropa cara y vivía en la mayor casa de Eden Pass, todavía se la excluía de los círculos sociales más selectos.

Estaba decidida a que Heather cambiara su suerte. Su hija sería la llave que le permitiría penetrar en los círculos cerrados, aunque fuera por la puerta trasera.

De la actitud de Key se desprendía un peligro potencial, pero de todos modos decidió acercarse a él. ¿Qué importaba que la última vez que le había visto le hubiera escupido en la cara y él la hubiera amenazado de muerte? Las cosas no le iban muy bien en la actualidad. Puede que su estado de ánimo fuera más receptivo después de que le habían bajado los humos.

Darcy se sentó en un taburete junto a él.

—Hola, Hap. Vino blanco, por favor. Con unos cubitos de hielo —le dijo al camarero, que se retiró inmediatamente en busca de la bebida—. ¿Estás todavía enojado conmigo? —preguntó entonces después de volver la cabeza para mirar a Key.

—No.

—¿No? ¿Has aprendido a perdonar y olvidar?

—No. Para estar enojado con alguien, es preciso que ese alguien le importe a uno. No es el caso.

Reprimió su ira, sonrió a Hap cuando le servía la copa y tomó un sorbo.

—No me sorprende que estés de un humor tan sombrío —dijo mientras rozaba la rodilla de Key con la suya cuando se volvía para mirarle—. Te llevarías un buen susto al descubrir que el difunto marido estaba vivo.

—No quiero hablar de ello.

—No me sorprende. Es un asunto delicado. ¿Lograste por lo menos acostarte con ella antes de que depositaran al embajador Porter en su bañera?

A Key se le tensaron los músculos y Darcy comprendió que lo había hecho. Sabía que caminaba sobre terreno resbaladizo, pero algo intolerable para ella era la indiferencia de un hombre. Prefería los abusos verbales o físicos a ser ignorada.

Además, sentía curiosidad.

—¿Fue lo buena que esperabas? ¿No tan buena? ¿Mejor?

Supuso que mejor a juzgar por la forma en que Key vació el vaso y le pidió a Hap que le sirviera otro. Según los rumores que circulaban, había que ser realmente estúpido para antagonizar a Key Tackett en aquellos momentos. Su estado de ánimo era truculento, quisquilloso, pendenciero.

Ayer, sin ir más lejos, a las doce del mediodía, en la calle Texas, había amenazado a un periodista con meterle la cámara en el culo si no la apartaba de su vista. Más tarde, en Barbecue Bobby's, se había peleado con un sureño forastero por aparcar su camioneta demasiado cerca del Lincoln. Los testigos

aseguraban que transcurriría mucho tiempo antes de que aquel fanático sureño regresara a Eden Pass.

Se decía que a cualquier hora del día o de la noche estaba al borde de la borrachera, y pasaba muchas horas en el aeródromo del condado con ese anormal de Balky Willis. Alguien aseguró que hacía prácticas de tiro en el estadio de fútbol a las cuatro de la madrugada, pero el rumor no había sido confirmado.

Si la actuación de Lara Mallory en la cama le hubiera decepcionado, no le habría importado que su marido apareciera sano y salvo. Sin embargo, cuanto más le hubiera gustado, más furioso estaría por el curso de los acontecimientos.

Por lo que Darcy había oído y veía ahora por sí misma, Key estaba realmente deprimido.

Los celos le infundían temeridad y se atrevió a hurgar en una hebra sensible.

—Supongo que ahora comprendes por qué tu hermano arriesgó su carrera por ella —dijo mientras Key flexionaba la mandíbula—. Me pregunto cómo os compara a ambos y quién merece más puntos. ¿Habéis hablado de vuestros méritos?

—Cierra el pico, Darcy.

—Entonces fuiste tú —exclamó con una carcajada—. Muy interesante. Tres personas en una sola cama son multitud.

Key volvió la cabeza y le lanzó una mala mirada con sus ojos irritados y rodeados de ojeras.

—Por lo que he oído, tú has formado parte de un trío en numerosas ocasiones.

A Darcy se le subió la cólera, pero se tranquilizó inmediatamente. Su risa era moderada y seductora. Se acercó a Key, presionando los pechos contra su brazo.

—Tienes razón. Y conste que me lo pasé de maravilla. Alguna vez tendrías que probarlo. ¿O ya lo has hecho?

—No en este continente.

—Parece fascinante. —Darcy volvió a reírse mientras le acariciaba el brazo con un dedo—. Me muero de impaciencia por oír todos los sórdidos detalles.

Key no se apresuró en desechar la idea. Alentada, Darcy llevó la mano al bolso y sacó un llavero que columpió ante sus narices.

—Tiene ciertas ventajas ser la esposa del propietario de un motel. Como la de tener una llave maestra que abre las puertas de todas las habitaciones — declaró mientras se pasaba la lengua por el labio inferior—. ¿Qué me dices?

Darcy se echó ligeramente atrás para que Key pudiera comprobar que se le habían endurecido los pezones al contacto con sus bíceps.

—Vamos, Key. Disfrutamos cuando estuvimos juntos, ¿no es cierto? ¿Tienes algo mejor que hacer?

Key vació el vaso de un trago. Después de dejar suficiente dinero sobre la barra para pagar lo suyo y lo de Darcy, la empujó hacia la puerta.

No habló hasta llegar a la calle.

—¿Tu coche o el mío?

—El mío. Tu submarino amarillo se ve a lo lejos. Además, a nadie le sorprende que mi coche esté aparcado en el motel.

Cuando acababan de instalarse en El Dorado, Darcy se acercó y frotó suavemente los labios de Key con los suyos. No era más que un aperitivo, un indicio de las maravillas que le esperaban.

—Me has echado de menos. Lo sé.

Key permaneció impasible en el asiento mirando con tristeza a través del parabrisas.

Darcy sonrió con complacencia felina. Key estaba abatido, pero le excitaría en un abrir y cerrar de ojos. Aunque fuera lo último que hiciera en la vida, le demostraría que Lara Mallory era olvidable.

El Cadillac avanzaba velozmente hacia el motel The Green Pine.

Jody conocía bien a Janellen. Estaba lejos de ser tan inteligente como ella creía. Habitualmente, cualquier alteración de la rutina la trastornaba. La engatusaba para que comiera, le suplicaba que no fumara, insistía en que se acostara y le imploraba que se levantara. Revoloteaba como una clueca.

Pero esta noche, cuando Jody había rechazado la cena, Janellen no había protestado con su persistencia habitual. Incluso antes de esta noche, Jody había detectado en ella cambios extraordinarios. Le preocupaba su aspecto como nunca lo había hecho. Había empezado a maquillarse y se había hecho rizar el pelo. Vestía de otro modo. Sus faldas eran más cortas y los colores más vistosos.

Se reía con mayor frecuencia. A decir verdad, estaba tan alegre que mareaba. Se esforzaba en ser amable con personas de las que antes se ocultaba.

Tenía un pícaro destello en la mirada que a Jody le recordaba desconcertantemente a Key. Y a su difunto marido. Janellen le ocultaba un secreto a su madre por primera vez en su vida.

Jody dedujo que se trataba de un hombre.

Había oído entre bastidores las paparruchas que Janellen le había contado a Maydale sobre el cursillo de Longview, cuando era evidente que tenía una cita con su amante, probablemente en el mismo motel donde su padre se reunía con sus fulanas. Su sordidez le dejó a Jody un mal sabor de boca. ¿No había aprendido esa niña nada de lo que había intentado enseñarle? Antes de que algún cazador de fortunas le arruinara la vida a Janellen, tendría que intervenir.

Todos los asuntos importantes de la familia eran de su responsabilidad, y lo habían sido desde que le dijo «sí, quiero» a Clark hijo. ¿Dónde estarían hoy los Tackett si ella no hubiera contribuido a maniobrar su destino? Nunca dispuesta a permitir que los sucesos siguieran su curso caprichoso, resolvía personalmente todas las crisis.

Como la que tenía programada para esta noche. Evidentemente, antes tenía que escabullirse de Maydale.

Fergus Winston divagaba placentemente.

La tesorera de la junta escolar era una solista soprano del coro de la iglesia anabaptista. Le gustaba tanto el sonido de su propia voz que les relataba detalle por detalle todos los apartados del informe financiero, en lugar de repartir copias y dejar que cada miembro las leyera.

Mientras detallaba los asientos con su trémulo falsete, Fergus ocultaba una sonrisa íntima que reflejaba la salubridad de sus propios informes financieros. Gracias al clima relativamente templado del verano, que había atraído a pescadores y excursionistas a los lagos y bosques del este de Texas, el motel había gozado de la mejor temporada hasta el presente.

Pensaba seriamente en la sugerencia de Darcy de utilizar parte de los beneficios para construir un salón recreativo, con equipamiento gimnástico y videojuegos. Desde que la había contratado para organizar la cafetería, Darcy todavía no le había dado malos consejos. Tenía el don de generar ideas rentables.

También tenía el don de gastar hasta el último céntimo que ganaba. Como la mayoría de la gente, Darcy no creía que su marido fuera demasiado astuto. Puesto que la quería, la dejaba vivir con la ilusión de que él desconocía sus



relaciones extramatrimoniales. Le disgustaba que buscara la compañía de otros hombres, pero no tanto como lo habría hecho vivir sin ella.

Había oído a un psicólogo por la radio que hablaba de las causas psicológicas profundas de la conducta humana aberrante, ancladas en la infancia. Ese era indudablemente el caso de Darcy. Le inspiraba compasión, y todavía incrementaba el amor que sentía por ella. Siempre y cuando acabara por regresar junto a él, haría la vista gorda en cuanto a sus infidelidades y mantendría los oídos sordos a las mofas de sus amigos y asociados.

Ella creía que Fergus desconocía las exuberantes cantidades de dinero que gastaba en sí misma y en Heather, pero él lo sabía. Su esposa tenía una mente creativa, pero él contaba hasta el último centavo. Conocía con absoluta precisión el valor del motel. Con el transcurso de los años, había aprendido a ocultarle los beneficios a Hacienda, dónde ser extravagante y dónde utilizar atajos.

Tosió para disimular una carcajada. Gracias a Jody Tackett, ahorrraba millares de dólares todos los años. Siempre había tenido la esperanza de vivir hasta ver morir a su vieja enemiga. Antes de que siguiera deteriorándose su salud y quedara incapacitada, debía decidir si revelarle su pequeño secreto.

La elección del momento sería crítica. Después de todo, le confesaría un delito. Quería que estuviera lo suficientemente lúcida para asimilar el impacto de su confesión, pero incapaz de hacer nada al respecto.

Tal vez debería comunicárselo mediante una nota de agradecimiento. *Querida Jody: Antes de que pases a ocupar tu residencia eterna en el infierno, quiero darte las gracias. ¿Recuerdas cómo me estafaste con el contrato del pozo petrolífero? Pues bien, me alegra comunicarte que...*

—¿Fergus? ¿Qué opina?

La soprano le despertó de sus sueños.

—Creo que su informe ha sido muy completo. Si no hay enmiendas ni preguntas, sugiero que pasemos al próximo punto.

Cuando el vicepresidente introducía el nuevo punto de la agenda, Fergus volvió a sus placenteras fantasías de venganza.

—Tu traición mató a mi hija —dijo Lara con una voz tan templada como las manos con que sostenía el Magnum tres cinco siete—. Eres un hijo de puta. Asesinaste a mi hija, y ahora voy a matarte a ti.

Al verse encañonado por el revólver, Randall hizo una pausa, aunque sólo momentánea, y se recuperó admirablemente.

—Ya intentaste este número tan dramático en Montesangre y no funcionó. No engañaste a Emilio, ni logras engañarme a mí. Tu misión es la de curar, Lara, no la de matar. Valoras demasiado la vida humana para arrebatarla a alguien.

»Sin embargo, no todo el mundo comparte tu alta consideración por los demás seres humanos. Estos nobles ideales te impiden apoderarte de lo que quieres. El último paso es el único que realmente cuenta, Lara. El hecho de darlo o no darlo determina el éxito o el fracaso. Uno debe estar dispuesto a dar el último paso, ya que de lo contrario, el esfuerzo no merece la pena. En este caso concreto, el último paso consiste en apretar el gatillo, y nunca lo harás.

—Voy a matarte.

Después de un breve desasosiego, recuperó el temple.

—¿Con qué? ¿Con un revólver vacío? Le quitaron las balas, ¿no lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Pero ahora está cargado de nuevo. Key tenía munición de repuesto en un bolsillo secreto de la bolsa. A los soldados se les pasó por alto cuando la registraron. Volvió a cargar el revólver antes de salir del hotel para coger el avión a Colombia —dijo al tiempo que hacía retroceder el percutor—. Voy a matarte.

—Fanfarroneas.

—Esta es tu última opinión, Randall. Y te equivocas.

El estruendo fue ensordecedor. Un resplandor anaranjado iluminó la estancia. Lara se precipitó de espaldas contra la pared y el pesado revólver se le cayó de las manos.

Introdujo la llave en el cerrojo. Sin que nadie los viera, entraron en la suite matrimonial y cerraron la puerta a su espalda. Él extendió la mano para pulsar el interruptor, pero cuando lo hizo no ocurrió nada.

—Debe haberse fundido la bombilla —dijo él.

—Hay una lámpara sobre la mesa del fondo —respondió ella, mientras cruzaba la salita a oscuras.

Su curiosidad mecánica le impulsó a probar de nuevo el interruptor.

La bombilla no estaba fundida, pero había un cortocircuito en el interruptor. Cuando lo pulsó por segunda vez se produjo un chispazo.

La habitación estalló.

## Veintiocho

Lara se quedó sin aliento al golpearse contra la pared. Cuando se recuperó, se acercó a la ventana. Parecía que toda la zona norte de Eden Pass estaba en llamas.

Cogió su maletín y salió a toda prisa, sin prestar atención a las señales de tráfico, para acercarse cuanto antes a la inmensa columna de humo negro. No tardó en deducir que la explosión se había producido en el motel The Green Pine.

Llegó a los pocos segundos del camión de bomberos y el coche del *sheriff*. Un ala del edificio estaba envuelta en llamas. Sucesivas explosiones lanzaban lenguas de fuego hacia el oscuro firmamento. Los daños a la propiedad serían cuantiosos. El número de víctimas dependería del número de habitaciones ocupadas. Lara se preparó mentalmente para lo peor.

—¿Algún indicio de supervivientes?

El *sheriff* Baxter tuvo que esforzarse para oírla con el rugido de la hoguera.

—Todavía no. Santo cielo. Qué desastre.

Por muy denodados que fueran sus esfuerzos, Lara sabía que el cuerpo de bomberos de Eden Pass, cuyos miembros eran en su mayoría voluntarios, no tenía la más mínima probabilidad de controlar el incendio. El capitán de bomberos fue lo suficientemente inteligente para percatarse de ello y, en lugar de mandar a sus hombres, precariamente equipados, a luchar contra las llamas, les ordenó que procuraran evitar que se extendieran. Luego llamó a los cuerpos de bomberos más importantes de la región para pedirles ayuda.

—Llamen también a alguien de Tackett Oil —gritó el *sheriff* Baxter—. Ese pozo está peligrosamente cerca.

Gus, su ayudante, llamó por la radio de la policía.

—¿*Sheriff*, puedo utilizar su teléfono móvil para llamar al hospital del condado? —preguntó Lara.

El *sheriff* asintió.

Lára se sentó en el coche patrulla e hizo la llamada. Afortunadamente, habló con una eficaz enfermera de urgencias, a quien explicó la situación.

—Manden sus ambulancias inmediatamente. Asegúrese de que traigan suministros de emergencia, analgésicos, jeringuillas, vendajes y bombonas portátiles de oxígeno —dijo Lara, además de sugerirles que pidieran ayuda a otros condados, porque ellos sólo disponían de dos ambulancias—. Avisen también a Medical Center y al hospital Mother Frances de Tyler. Probablemente necesitaremos sus helicópteros para trasladar a las víctimas más graves a sus centros de traumatología.

»Dígales que pongan en estado de alerta a sus equipos de emergencia. Comunique a todos los bancos de sangre de la región que probablemente se necesitarán más unidades y hagan un inventario de todos los grupos disponibles inmediatamente. También necesitarán más personal. Va a ser una noche accidentada.

—¡Allí! —les indicaba frenéticamente el *sheriff* Baxter a los bomberos cuando se reunió de nuevo con ellos.

Se oían gritos en el ala del motel, que no había sido destruida por la explosión inicial. Lara vio aterrada cómo un grupo de bomberos voluntarios penetraba en el edificio en llamas. En cualquier momento, otra explosión podía arrebatárles la vida.

Después de unos instantes de gran angustia, empezaron a sacar supervivientes. Dos de los bomberos llevaban víctimas sobre sus espaldas. Otros caminaban por sí mismos, pero Lara se percató de que estaban aturridos, quemados y con síntomas de asfixia por inhalación de humo.

Les indicó a los bomberos que los alinearan en el suelo y empezó a examinarlos uno por uno para evaluar sus heridas mientras mentalmente iba tomando nota de las más graves e infundía la única medicina de la que disponía en aquel momento: aliento.

Nunca había sido tan anhelado el aullido de las sirenas. De la primera ambulancia se apearon tres técnicos sanitarios. Con su eficaz colaboración, Lara colocó sondas endovenosas, empezó a administrar oxígeno y les indicó qué heridos debían ser trasladados inmediatamente al hospital. Después de descargar varias cajas de suministros de emergencia, la ambulancia se alejó velozmente con sus heridos a bordo.

Los demás la miraban con los ojos empañados. Lara esperaba que comprendieran lo difícil que era jugar a ser Dios, y decidir quién debía irse y quién quedarse.

Los bomberos efectuaron otras incursiones. Aumentó el número de víctimas y con ello las dificultades de Lara para atenderlas a todas. Dos estaban en estado de *shock*. Varias lloraban y una gritaba de agonía. Algunas estaban inconscientes. Hizo lo que pudo para administrarles unos primeros auxilios.

Lara estaba agachada junto a un hombre, al que aplicaba un torniquete para remediar una fractura múltiple del cubito, cuando oyó un frenazo peligrosamente cerca de donde se encontraba. Volvió la cabeza con la esperanza de ver otra ambulancia.

Darcy Winston se apeó de su El Dorado.

—¡Heather! —exclamó—. ¡Dios mío! ¡Heather! ¿Ha visto alguien a mi hija?

Se dirigió hacia el edificio en llamas decidida a entrar, pero un bombero la agarró y se lo impidió.

—¡Mi hija está ahí! —exclamó Darcy mientras luchaba con el bombero.

—Oh, no —refunfuñó Lara—. No.

¿Era una de las víctimas aquella joven con la que había establecido una relación amistosa inmediata? Buscó a Heather Winston entre las personas rescatadas, pero no estaba allí.

—Santo cielo.

Al oír la voz de Key, Lara volvió la cabeza y se percató con una claridad meridiana de que acababa de llegar con Darcy.

—Necesito ayuda, Key —dijo, consideraciones personales aparte—. No puedo ocuparme de esto a solas.

—Iré a por el helicóptero. De paso llamaré a mi hermana y le diré que venga a ayudarte —respondió mientras miraba hacia la lejanía—. Maldita sea, ese pozo...

—Ya han llamado a alguien de Tackett Oil.

—Es el número siete. Si no me equivoco corresponde a la ruta de Bowie. No creo que tarde en llegar. Cuando haya cerrado el pozo, también echaré una mano.

No había dejado de moverse desde que se apeó del coche de Darcy para dirigirse al volante.

—¿Estás bien?

—Yo sí. Pero ayúdame a trasladar a esta gente al hospital.

—Volveré en seguida.

Se instaló al volante y salió a toda velocidad, incluso antes de cerrar la puerta del vehículo. A los pocos segundos, llegaron otras tres ambulancias.

Los bomberos voluntarios sacaron a otras cinco víctimas del edificio, que reemplazaron a las que Lara acababa de mandar al hospital. Una anciana sucumbió a la inhalación de humo a los pocos minutos de haber sido rescatada. Su hija sostenía su mano inerte y sollozaba.

Un pequeño que parecía ileso lloraba y preguntaba por su madre. Lara no sabía a quién pertenecía, ni si su madre había sido rescatada.

—Yo me ocuparé de él.

Era la voz de Marion Leonard. Lara abrió la boca asombrada, pero no perdió el tiempo formulando preguntas.

—Me hará un favor. Muchas gracias —respondió al tiempo que le entregaba el niño y Marion se lo llevaba hablándole tranquilizadamente.

—Dígame qué puedo hacer, doctora Mallory —dijo Jack Leonard, que también estaba presente.

—Estoy segura de que los bomberos necesitan ayuda para dispensar oxígeno.

Asintió para obedecer su sugerencia.

Lara se percató de que había llegado Fergus Winston. Darcy estaba en sus brazos, agarrada a las solapas de su chaqueta y llorando copiosamente.

—¿Estás seguro, Fergus? ¿Me lo juras por Dios?

—Te lo juro. Heather me ha llamado para decirme que esta noche tenían un ensayo adicional del grupo de animadoras. Le he dado permiso para que se marchara temprano.

—Santo cielo, gracias. Gracias —dijo Darcy antes de dejarse caer sobre su pecho.

Fergus la abrazó, le acarició el cabello y las mejillas agredidas por las lágrimas, y le aseguró que su hija estaba sana y salva. Pero en su triste cara y en sus afligidos ojos se reflejaba la luz del incendio que consumía rápidamente su negocio.

Cuando el ruido de los rotores de un helicóptero llegó a sus oídos, Lara levantó la mirada al cielo. Acababa de llegar un aparato de Flight for Life. A los pocos minutos se elevó, con dos pacientes a bordo. Poco después llegó Key, con el mismo helicóptero que le habían prestado para trasladar a Letty Leonard. Lara dirigió al aparato a dos mujeres que habían sufrido graves heridas y contusiones de la explosión de una ventana.

—¿Has visto a Janellen? —chilló Key por encima del estrépito reinante. Lara movió la cabeza—. El ama de llaves dice que se ha ido a Longview —agregó encogiéndose de hombros—. Nadie en Tackett Oil logra localizar tampoco a Bowie.

—Si aparece, le diré que has preguntado por ella.

—Regresaré cuando pueda —dijo con el pulgar levantado antes de despegar.

Lara volvió a su tarea, a la que se dedicó hasta perder la noción del tiempo. Su única medida era el número de supervivientes que podía salvar, o aliviar su sufrimiento hasta poder trasladarlos al hospital. Procuraba no pensar en los desahuciados.

No le faltaba la ayuda de voluntarios. Jimmy Bradley y Helen Berry, que llevaban dos semanas casados, le habían ofrecido asistencia. También lo había hecho Ollie Hoskins. Pero a quien más se alegró de ver fue a Nancy Baker, su antigua enfermera.

Era rápida, eficaz y con la experiencia necesaria para ocuparse incluso de las peores heridas. Otros habitantes de la ciudad que antes la rechazaban le habían ofrecido ahora sus servicios. Lara no rehusó la ayuda de nadie.

Aquella noche trabajaban seis empleados en el motel. El número total de clientes registrados era de ochenta y nueve, más otros dos cuya presencia nadie conocía.

Bowie Cato entró en la suite nupcial del hotel Shreveport del centro de la ciudad con la novia en brazos.

—Oh, Bowie, es maravilloso —exclamó Janellen después de admirar el paisaje cuando él la depositó en medio de la sala.

—Di muchas vueltas. Cuando oí hablar de este lugar, tuve que obtener permiso por escrito del oficial responsable de mi libertad condicional, por el hecho de que se encuentra en Luisiana.

—Te has tomado muchas molestias.

—Si te gusta vale la pena.

—Me encanta.

—Por lo que cuesta, puede que pasemos el primer mes de matrimonio sin comer.

Janellen se rio y le rodeó la cintura con los brazos.

—Si se lo pides con gracia a tu jefe, estoy segura de que te subirá el sueldo.

—No habrá ningún favoritismo sólo por ser el marido de la dueña —afirmó categóricamente Bowie—. No soy un buscador de oro. Lo expresé claramente la noche en que decidí transformar nuestro idilio secreto en fuga

—agregó mientras movía confundido la cabeza—. Todavía no acabo de comprender cómo ha ocurrido.

—No quisiste que la gente hablara mal de mí como si fuera una cualquiera. Y yo te respondí que la solución consistía en casarnos.

—Puede que tu madre logre que anulen el matrimonio —dijo preocupado mientras se mordía el interior de la mejilla.

—No puede hacerlo. Soy mayor de edad.

—Puede que Key me pegue un tiro.

—Entonces yo le pegaré otro a él.

—No bromees. Me sabe terriblemente mal interponerme entre tú y tu familia.

—Les quiero, pero nada me importa tanto como tú, Bowie. A las verdes y a las maduras, ahora eres mi marido —declaró al tiempo que agachaba tímidamente la cabeza—. O lo serás en el momento en que dejes de hablar y me lleves a la cama.

Con tacones, era tan alta como él. Se acercó y le besó suavemente los labios. Bowie dio un suspiro de satisfacción, la abrazó y le dio un fuerte beso. Se excitó inmediatamente y retrocedió avergonzado.

—¿Quieres que te deje sola un rato?

—¿Para qué?

Nervioso, se frotó los muslos con las palmas de las manos.

—Bueno... para que puedas... yo qué sé. Supongo que para hacer lo que hacen las novias. Imaginaba que querrías cierta intimidad.

—Oh —exclamó claramente decepcionada—. Creía que te gustaría desnudarme.

—Por supuesto —respondió apresuradamente Bowie—. Es decir, si tú lo deseas.

Pareció pensárselo detenidamente antes de asentir.

Bowie movió los dedos hábilmente y empezó a desabrocharle los botones de la blusa, unos pequeños botones de madreperla muy parecidos a los que habían engendrado sus primeras fantasías sobre ella.

El refrenamiento disminuyó con cada prenda que se quitaban. Se desnudaron mutuamente con toda tranquilidad, degustando sin prisas cada descubrimiento. Aunque Janellen se había criado con dos hermanos en la casa, tenía una curiosidad infantil por su cuerpo. En un asombrado susurro, le dijo que era muy apuesto y Bowie le respondió que no se había percatado de que estuviera tan mal de la vista. Cuando él le dijo que era hermosa, ella le



creyó, porque sus caricias eran enormemente convincentes. Lograba que se sintiera como una diosa de la belleza y del amor.

—No quiero lastimarte, Janellen —susurró mientras la acostaba.

—No lo harás.

No lo hizo, ni siquiera cuando había penetrado profundamente en su interior. Janellen era torpe y tal vez con un anhelo excesivo de complacer, de modo que Bowie le dijo que se relajara y dejara todo el trabajo para él. Obedeció su sugerencia y, para regocijo y sorpresa de ambos, el orgasmo de Janellen fue tan estrepitoso como el de Bowie.

A continuación, se tomaron una botella de champán por cortesía del hotel. Janellen seleccionó los nombres de sus primeros cuatro hijos. Bowie le juró que el día de San Valentín dispondría de suficiente dinero para ofrecerle un anillo, como corresponde al marido, pero Janellen le aseguró que no necesitaba nada tangible que simbolizara su amor. Lo sentía con cada bocanada de aire que respiraba.

—¿Te apetece sumergirte en un baño de burbujas, ver la televisión, o algo por el estilo?

—Algo por el estilo —respondió Janellen con una picara sonrisa que habría asombrado a las señoronas de Eden Pass que la consideraban una solterona empedernida. Después metió la mano bajo la sábana y le acarició descaradamente.

—Dios se apiade de todos nosotros —suspiró Bowie—. La señorita Janellen va a convertirse en una maníaca sexual.

Si Bowie y Janellen hubieran conectado el televisor en su suite nupcial, habrían visto las noticias sobre el catastrófico incendio en Eden Pass, que ya había causado diez víctimas mortales. Todas habían sido identificadas y las autoridades informaban a los parientes más próximos.

Los bomberos de seis condados tardaron varias horas en controlar finalmente las llamas. Al amanecer había empezado la investigación preliminar para determinar las causas de la explosión. Los inspectores empezaron a examinar los escombros todavía humeantes.

Según las primeras especulaciones, el pozo número siete de Tackett Oil habría sido un factor contribuyente. Puesto que Bowie era ilocalizable, su capataz había cerrado los conductos de gas y petróleo del pozo.

A continuación no se habían producido más explosiones, lo cual indicaba que el pozo alimentaba efectivamente las llamas.

Key, el único Tackett inmediatamente accesible, era interrogado por los agentes federales.

—¿Habían tenido antes algún problema de fugas de gas o de petróleo en ese pozo, señor Tackett?

—No, que yo sepa, pero no estoy relacionado con el negocio de mi familia.

—¿Quién lo está?

—Mi hermana. Ha salido de la ciudad.

—Tenía entendido que su madre era quien llevaba la batuta.

—No en los últimos años.

—De todos modos, me gustaría hablar con ella.

—Lo siento, pero eso es imposible. Tuvo un pequeño infarto hace pocas semanas y apenas se mueve de la cama.

Lara, que oía la conversación, no dijo nada para contradecirle. Tampoco lo hicieron los demás.

—Lo único que puedo decirles —agregó Key dirigiéndose a los agentes— es que en Tackett Oil siempre se han observado rigurosamente las normas de seguridad. Nuestro historial es impecable.

Los agentes se agruparon para conferenciar.

Cuando el peligro había pasado, docenas de curiosos divisaron por la zona para contemplar el siniestro y ofrecer sus condolencias a Darcy y Fergus Winston por su enorme pérdida.

Darcy, cuyo aspecto era todavía espectacular mientras que todos los demás estaban cubiertos de mugre, no dejaba de escudriñar el creciente gentío en busca de Heather. Le había preguntado varias veces a Lara si la había visto.

—Todavía no puedo creer que todo nuestro trabajo se haya convertido en humo —repetía entre suaves y delicados sollozos a quienes le ofrecían palabras de aliento—. Pero evidentemente lo reconstruiremos.

Fergus, sin embargo, parecía más nervioso que desconsolado. A Lara le intrigaba su conducta. Puede que no hubiera pagado las cuotas de su seguro.

Lara oyó cómo Darcy, claramente exasperada, le decía o Fergus:

—Debería estar aquí.

Al parecer consideraba que Heather debería estar presente, a fin de completar la imagen de la familia para los medios de información.

Se oyeron dos gritos simultáneos.

Ambos procedían del lado oeste del complejo, donde se había producido la primera explosión.

—¡Necesito ayuda!

—¡Capitán! Creo que debería ver esto.

Lara y Key estaban entre los que echaron a correr. Junto con otras personas, se acercaron al primero que había gritado.

—Aquí debajo hay un cuerpo.

Key le ayudó a levantar un viga metálica del cuerpo calcinado de un ser humano.

—Cielos, aquí hay otro —dijo otro agente a pocos metros de distancia, cuando nadie había asimilado todavía el impacto del primer descubrimiento.

—¡Capitán! —exclamó sin aliento el segundo agente que había chillado después de una carrera de veinte metros para acercarse a su superior—. He descubierto algo —agregó mientras señalaba hacia el campo abierto—. Es un conducto de gas, pero que no forma parte de la instalación del motel. Sube verticalmente. Sospecho que está conectado a un conducto subterráneo, empalmado directamente al pozo.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Key después de abrirse paso entre la gente.

—Señor Tackett —respondió el capitán con el entrecejo fruncido—, parece que alguien ha estado extrayendo gas natural de su pozo.

En aquel momento, un alarido desgarró el aire matutino. Procedía de la muchedumbre que estaba detrás del cordón policial. Darcy tenía a una adolescente agarrada por los hombros, y la sacudía de tal modo que se le movía la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué estás diciéndome? ¡Mientes! —exclamó al tiempo que le daba un guantazo a la niña—. Heather estaba en el ensayo de las animadoras. Le dijo a Fergus que se marchaba temprano para acudir al ensayo. ¡Debería matarte, asquerosa mentirosilla!

—No estoy mintiéndole, señora Winston —farfulló la niña—. Heather me dijo que le facilitara una coartada si usted llamaba a mi casa. No hubo ningún ensayo. Me dijo... —prosiguió con la voz entrecortada—, Heather me dijo que Tanner iba a reunirse aquí con ella, y que iban a pasar la noche juntos en una de las habitaciones del motel —agregó con la cara cubierta de lágrimas y contorsionada por el dolor—. Dijo que sería muy romántico, porque iban a utilizar la suite nupcial.

A Ollie Hoskins, que había trabajado incansablemente toda la noche ayudando en todo lo que pudo, le entró el pánico al oír el nombre de su hijo.

—¿Tanner? ¿Tanner? ¿Tanner estaba aquí? No. No puede ser. Mi hijo... ¡No!

Darcy empujó a un lado a la llorosa amiga de Heather y vio cómo los lúgubres bomberos transportaban dos camillas de los escombros humeantes de la suite nupcial. Sobre cada camilla había una bolsa cerrada de plástico negro.

—No. No. ¿Heather? ¡NO!

Entonces Fergus dejó a todo el mundo atónito al desplomarse de rodillas y cruzar los brazos sobre la cabeza. Con un angustioso alarido, se cayó de bruces al suelo.

—No me vendría mal una taza de café —dijo Key cuando Lara se dirigía hacia su coche—. Además, aquí no tengo coche. Pediré que me recojan desde tu casa, si no tienes inconveniente.

Ambos sabían que no era una coincidencia que hubiera llegado con Darcy, pero a ninguno de los dos les pareció el momento oportuno de mencionarlo.

Key estaba tan mugriento como ella, con la ropa impregnada de hollín y sudor. Lara había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había despegado con su helicóptero, para regresar con la mayor brevedad posible y transportar otra víctima.

Después de trasladar a todos los heridos a los hospitales de la región, se había dedicado a ayudar a los bomberos voluntarios. Lara también se quedó para facilitar los primeros auxilios, en casos de cortes y quemaduras. Subconscientemente, procuraba oír la voz inconfundible de Key. Incluso en las tinieblas antes del amanecer, la distinguía fácilmente entre las de los demás.

Le hizo una seña con la cabeza para que se subiera al coche.

—¿Qué crees que le ocurrirá a Fergus? —preguntó cuando iban de camino.

Se lo habían llevado esposado.

—Pasará el resto de su vida entre rejas. Además de robarnos a nosotros, tiene que responder por doce muertes.

—Incluida la de su propia hija —comentó Lara con un escalofrío.

—Será preferible para él que nunca lo suelten. Darcy ha prometido matarle si se presenta la oportunidad. Y estoy seguro de que lo haría —dijo

antes de hacer una pausa—. Sólo me he acostado con ella en una ocasión. La noche en que me disparó —agregó al cabo de unos instantes.

Al parecer, la mirada que le lanzó Lara era inadvertidamente acusatoria, porque Key agregó:

—Anoche, acababa de decirle que me llevara a mi coche y mientras discutíamos tuvo lugar la explosión.

—La traté injustamente —confesó Lara en un susurro—. No la creí capaz de amar a nadie excepto a sí misma. Pero quería mucho a su hija. Sé cómo uno se siente cuando pierde a un hijo. También comprendo que desee matar a Fergus por su participación en la muerte de Heather. Ha sido accidental, pero en el fondo él es el responsable.

Aparcó en la parte trasera del consultorio, reacia a entrar y enfrentarse a lo que había dejado.

—Randall está aquí.

—Una de mis personas predilectas —respondió Key con un profundo suspiro, mientras abría la puerta del coche. Esperó a Lara para dirigirse juntos hacia la casa—. No está cerrada con llave —comentó.

—He salido con tanta prisa que no me he molestado.

Avanzaron por las silenciosas y lúgubres habitaciones. Las vilezas reveladas pocos momentos antes de la explosión volvieron ahora a su mente y se enfureció.

—Me parece que no está aquí —dijo Key.

—No puede haberse marchado.

—¡Eh, Porter! ¿Dónde te has metido? —exclamó Key cuando se acercaba al despacho de Lara.

La puerta estaba entreabierta y le dio un ligero empujón.

A Lara le subió un escalofrío por la espalda.

—Key, antes de...

—¿Porter? —dijo Key al tiempo que entraba en el despacho—. ¡La hostia!

Lara se sobresaltó al oír la blasfemia, irrumpió en el cuarto, pero quedó paralizada en el umbral de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó.

Key se agachó junto al cuerpo postrado de Randall. No había duda de que estaba muerto. Se había formado un charco de sangre coagulada bajo su cabeza. Su rostro era una máscara paralizada de sorpresa.

—¡Yo no lo he hecho! —suspiró Lara—. No he sido yo. No he apretado el gatillo.

Key levantó la cabeza para mirarla.

—¿De qué diablos estás hablando? Claro que no has sido tú.

—Le he apuntado con el revólver, pero...

—¿Qué?

—El Magnum —dijo mientras señalaba el revólver, que estaba donde lo había dejado caer—. Pero no he apretado el gatillo —agregó mientras se cubría la boca con la mano, nauseabunda por primera vez ante la presencia de tanta sangre—. La honda expansiva de la explosión me ha arrojado contra la pared... Pero yo no le he disparado. ¿O lo he hecho? —preguntó al tiempo que extendía aterrada la mano—. ¡Key! ¿Lo he hecho?

Key se puso de pie y empujó el Magnum con la punta de la bota. Su expresión era lúgubre y de incredulidad.

—No lo he hecho —repitió mientras movía vigorosamente la cabeza—. ¡Lo juro por Dios! No habría podido hacerlo. Sólo pretendía asustarle. Quería que experimentara parte del miedo que me había infligido en el campamento de Emilio.

—Lara, lo que dices no tiene sentido.

—Randall era responsable de la muerte de Ashley —exclamó esperando desesperadamente que la comprendiera.

—¿Cómo?

—Estaba aliado con Emilio desde el primer momento —respondió antes de relatarle desordenadamente y en frases entrecortadas lo que Randall le había contado—. Sé que parece inconcebible. ¡Pero es verdad! Te lo juro. Oh, no —exclamó con las palmas de las manos contra las sienes al detectar su escepticismo—. ¡Otra vez no! No puedo soportarlo. ¡No se me puede acusar de algo que no he hecho!

—Te creo. Tranquilízate.

—¡Dios mío, Key! Yo no le he disparado. No habría podido. ¡*No lo he hecho!*

—No, he sido yo.

La ronca confesión procedía del reducido espacio entre la puerta semiabierta y la pared. Key se acercó y cerró la puerta para comprobar quién se ocultaba tras la misma.

## Veintinueve

—¡Jody!

Jody Tackett estaba sentada sobre sus piernas cruzadas en un rincón del suelo. Una pistola, utilizada evidentemente para el asesinato, se encontraba cerca de ella. Estaba consciente, pero había perdido el control muscular en el lado izquierdo de la cara. Tenía la blusa cubierta de saliva.

—Ha sufrido un infarto —declaró Lara al tiempo que apartaba a Key y se agachaba junto a su madre—. Llama al nueve uno uno.

—No te molestes. Estoy muriéndome. Quiero morir. Ahora puedo —decía arrastrando las palabras, con las consonantes a medio formar, los sonidos abiertos como sus labios y las vocales guturales, pero esforzándose para hacerse entender—. No podía permitirselo.

—¿Qué es lo que no podías permitirle, Jody? —preguntó Key, que se había arrodillado junto a ella—. ¿Qué es lo que no podías permitirle?

Lara llamó al nueve uno uno. Por segunda vez en las últimas doce horas, pidió dos ambulancias, una para Jody y otra para Randall. Luego regresó junto a Jody y le colocó un compresor de presión en el brazo.

—Debió llegar en el mismo momento en que yo salí —dijo Lara, dirigiéndose a Key—. Randall ha caído exactamente donde le dejé.

Jody hacía un gran esfuerzo para pronunciar las palabras.

—No podía permitir que hablara de Clark.

—No hable, señora Tackett —dijo amablemente Lara antes de soltar el torniquete y presionarle la muñeca para tomarle el pulso—. Pronto llegará la ambulancia.

—¿Qué podía decir de Clark? —preguntó Key, que le sostenía la nuca con la palma de la mano—. ¿Qué sabía Randall Porter sobre Clark que tú no querías que revelara?

—Key, este no es el momento. Está gravemente enferma.

—¡Le ha volado a tu marido la tapa de los sesos! —exclamó Key—. ¿Por qué, maldita sea? Quiero saber lo que ha impulsado a mi madre a cometer un asesinato. ¿Tú lo sabes?

—Estás disgustando a mi paciente —se limitó a responder.

—Cielos. Lo sabes. ¿De qué se trata?

Lara guardó silencio.

Key bajó la cabeza para mirar a Jody y comprendió, al igual que Lara, que intentaba comunicarle algo antes de que fuera demasiado tarde.

—Jody, ¿de qué se trata? ¿Sabía Porter algo relacionado con la muerte de Clark? ¿Fue un asesinato político preparado para que pareciera un accidente? ¿Sabía Clark que Porter seguía vivo?

—No —respondió Jody mientras imploraba a Lara con la mirada—. Cuénteselo.

Lara empezó por mover lentamente la cabeza.

—No, no —declaró categóricamente.

—Lara, por el amor de Dios. Era mi hermano —dijo Key. Extendió el brazo para agarrar a Lara por la barbilla y obligarla a que le mirase—. ¿Qué sabes que yo desconozco? ¿Qué sabía Porter que suponía una amenaza tan grande para Clark, incluso después de muerto? Sea lo que fuere, esa era la razón por la que Jody no te quería en Eden Pass, ¿no es cierto? Temía que revelaras el secreto.

—Porter... —jadeó Jody—. Porter estaba...

—No, señora Tackett —suplicó Lara—. No se lo cuente. No solucionará nada y sólo logrará afligirle. No insistas —agregó mirando a Key—. La ha destruido. Ha asesinado por ello. Olvídalo. Te lo suplico, Key, olvídalo.

Sus súplicas cayeron en oídos sordos. Key dobló la cabeza hasta que su rostro estuvo a pocos centímetros del de Jody.

—¿Qué hacía Porter? ¿Tramaba algo con Clark? ¿Sorprendió a Clark en alguna conspiración política de la que no podía escapar? ¿Tráfico ilegal de armas? ¿Tal vez drogas?

—No.

—Cuéntamelo, Jody —insistió con ternura—. Inténtalo, por favor. Cuéntamelo. Necesito saberlo.

—Randall Porter era...

—Sí, Jody, ¿qué?

—No, Key. Por favor. *Por favor.*

—Cállate, Lara. ¿Qué era Randall Porter, Jody?

—El amante de Clark.

Durante varios segundos Key permaneció inmóvil. Luego irguió la cabeza y miró fijamente a Lara.

—¿Mi hermano y Porter...?



Lara, derrotada, se dejó caer contra la pared. Durante los últimos cinco años había anhelado revelar el secreto, pero ahora hubiese preferido que Jody Tackett se lo hubiera llevado a la tumba para no tener que contemplar la desilusión que se esparcía como una mancha de aceite por el rostro de Key.

—¿Eran amantes? —preguntó con una voz frágil y quebradiza.

Lara asintió lánguidamente.

—Aquella mañana en Virginia, mi hermano estaba en la cama con Porter, no contigo. *Tú* los sorprendiste a *ellos*.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas y se las apartó con el puño cerrado.

—Sí.

—Maldita sea —exclamó mostrando los dientes—. Mierda.

Dejó caer los codos sobre su rodilla levantada, apoyó la frente en la palma de la mano y hundió los dedos en su cabello. Durante un largo momento, permaneció en aquella angustiosa posición.

Por fin bajó la mano y miró a su madre.

—Clark te lo confesó, ¿no es cierto?

—Cuando le dio...

—Cuando compró este lugar para Lara —apuntó Key al tiempo que Jody asentía imperceptiblemente con los ojos llenos de lágrimas—. Tú le exigiste que te contara por qué hacía algo tan estúpido por una mujer que había arruinado su carrera. Él se desmoronó y te contó la verdad. Tú se lo reprochaste, probablemente le rechazaste, y él se suicidó.

Una terrible crepitación emergió de los pulmones de Jody.

—Key, no le hagas eso —susurró Lara.

Pero no era su intención atormentarla. Colocó los brazos debajo de su madre y la levantó contra su pecho. Aquella mujer, tan pequeña e indefensa en los brazos de su hijo, sirviéndose del cerebro en lugar de la belleza, había atrapado al famoso «don Juan» de Eden Pass, empujado a Fergus Winston a cometer un delito para vengarse, infundido en sus empleados un temible respeto y en toda la ciudad una lealtad ferviente.

Key le secó la saliva de la barbilla con el pulgar y apoyó la mejilla encima de su cabeza.

—No te preocupes, madre. Clark murió sabiendo que le querías. Lo sabía.

—Key —pronunció su nombre no con reproche sino con contrición—. Key —repitió después de lograr levantar la mano y colocarla sobre el brazo de su hijo.

Key cerró con tanta fuerza los ojos que escurrió las lágrimas de los mismos. Cuando llegó la ambulancia, tenía todavía a su madre en brazos, arrullándola como a un bebé y meciéndola suavemente.

Pero Jody Tackett ya estaba muerta.

—Gracias, señor Hoskins.

Ollie le había traído personalmente la compra al coche y se la había colocado en el maletero.

—No hay de qué, doctora Mallory.

—¿Cómo está la señora Hoskins?

Ollie se sacó un pañuelo del bolsillo y, sin disimulo, se secó los ojos.

—No muy bien. Pasa mucho rato en la habitación de Tanner. Le quita el polvo. Pasa tantas veces la aspiradora por la alfombra que está gastándola. No come, no duerme.

—¿Por qué no la trae al consultorio? Podría recetarle algún sedante suave.

—Gracias, doctora Mallory, pero su problema no es físico.

—La aflicción puede ser físicamente debilitante. Lo sé. Anímela a que venga a verme.

Ollie asintió, le dio de nuevo las gracias y volvió a su trabajo en el interior del Sak'n'Save. Hoy era uno de los días más ajetreados del año en el supermercado, el miércoles anterior al día de Acción de Gracias. La calle Texas estaba abarrotada de gente.

Un grupo de voluntarios colgaba decoraciones navideñas: luces multicolores a lo ancho de la calle y un Papá Noel con botas y sombrero de vaquero sobre el edificio de un banco. Los transeúntes ofrecían consejos espontáneos.

A pesar de la reciente catástrofe, la vida seguía su curso en Eden Pass.

Lara estaba a punto de salir marcha atrás de su aparcamiento, cuando apareció Key en su Lincoln y se paró detrás de ella, impidiéndole que saliera. Se apeó y se acercó entre su coche y la camioneta aparcada junto al mismo.

Gritos y bocinazos desde la calle le llamaron la atención.

—¡Eh, Tackett! ¿No vas a mover esa mierda amarilla? Está bloqueando el tráfico en la calle.

—Da la vuelta, horripilante besugo —respondió Key con una sonrisa mientras le hacía un gesto obsceno con el dedo a su amigo Possum.

Todavía se reía cuando llegó junto a la puerta del coche de Lara. Llamó a la ventanilla y se quitó sus gafas de aviador.

—Hola, doctora, ¿cómo te va?

No habían estado juntos a solas desde el día de la muerte de Jody. Si él podía parecer despreocupado, también podía hacerlo ella, aunque se le había acelerado enormemente el pulso.

—Creía que te habías ido a Alaska.

—La semana próxima. Le he prometido a Janellen que pasaría aquí el día de Acción de Gracias. Será el primero que ella y Bowie celebren juntos. Para ella es importante que esté aquí para cortar el pavo.

—Me lo traje para presentármelo.

—¿El pavo?

Levantó la mirada al cielo para indicar que apreciaba su chiste.

—Me gusta mucho tu cuñado.

—Sí, a mí también. Me gusta particularmente que sea tan susceptible en cuanto a que la gente pueda creer que se ha casado con Janellen por dinero. Trabaja como un negro a fin de demostrar lo contrario. Está inspeccionando todos los pozos para asegurarse de que cumplen con las normas de seguridad. Se culparía a sí mismo de la catástrofe causada por el pozo número siete, si Janellen se lo permitiera. Sabía que había alguna anomalía, lo único que ocurrió fue que no le dio tiempo de localizar el problema.

»En todo caso, están locos el uno por el otro. Yo me siento totalmente superfluo. Cuando me marche, tendrán la casa para ellos solos. Le he regalado mi mitad a mi hermana.

—Es muy generoso por tu parte.

—No guardo ningún recuerdo agradable de esa casa. Ninguno en absoluto. Puede que ellos la conviertan en un lugar feliz para sus hijos —dijo con una carcajada mientras movía la cabeza—. Actuó un poco a destiempo. Hasta el día de su muerte lamentará no haber estado aquí cuando Jody sufrió su infarto.

Volvía a llamar a su madre Jody, pero Lara recordaba la ternura con que la había abrazado y que la llamaba madre en el momento de su muerte.

—¿Le has contado a Janellen lo de Clark?

—No. ¿Para qué? Ya ha sido bastante duro para ella asimilar que Jody hubiera asesinado a tu marido.

Había tenido lugar una investigación. Key había citado la demencia de Jody como causa de su acto de violencia. En su confusión, había declarado ante el juez, había relacionado la inesperada aparición de Randall Porter con la muerte de Clark. Le había matado pensando que protegía a su hijo. El tribunal aceptó su versión de los hechos. En todo caso, la asesina había

fallecido. Caso sobreseído. A veces, el respeto por el código de honor era lo más justo.

Miró fijamente a Lara con sus penetrantes ojos azules.

—Pudiste haberle contado la verdad al juez.

—Como tú has dicho, ¿para qué? Nadie me habría creído hace cinco años. No podía haber demostrado nada entonces, ni ahora tampoco. Además, sólo habría servido para prolongar las cosas indefinidamente. Me alegré de que todo terminara. Lo importante para mí es que la muerte de Ashley haya sido vindicada.

Había ordenado incinerar el cadáver de Randall. Puesto que se había celebrado un funeral oficial para él hacía unos años, no consideró que le debiera al público otro espectáculo. Se había limitado a celebrar una ceremonia íntima en Maryland, a la que sólo había invitado a un puñado de excompañeros suyos.

—¿Qué ocurre con el plan que Porter urdió con Sánchez? —preguntó Key.

—Cuando me llamó el presidente para ofrecerme sus condolencias, le dije que no estaba de acuerdo con la evaluación de mi marido de la situación en Montesangre. Le conté que tú y yo habíamos presenciado directamente la brutalidad del Corazón, con su propia tropa y con los enemigos. Hablando puramente como contribuyente, le dije que no querría que mis impuestos contribuyeran a apoyar su régimen.

—También me llamó a mí y le dije lo mismo, pero en un lenguaje menos elegante.

—Me lo imagino.

Se apoyó en la camioneta destartalada junto al coche de Lara, levantó una rodilla y colocó la suela de su bota sobre la puerta abollada. Con su uniforme texano, chaqueta y pantalones vaqueros, parecía formar parte del paisaje. Un brusco viento otoñal le revolvía el cabello. Sus ojos eran ligeramente más oscuros que el firmamento.

Lara le deseaba.

—Creí que pensabas marcharte de Eden Pass, doctora.

—He cambiado de opinión y he abierto de nuevo el consultorio. Ahora la gente me ha aceptado. El negocio funciona bien y he vuelto a contratar a Nancy. Ya está pidiéndome que contrate a alguien para que la ayude.

—Te felicito.

—Gracias.

Durante un vacío palpable en la conversación, ninguno de ellos sabía dónde mirar.

—Marion Leonard está embarazada —dijo Lara—. No le importa que se sepa. Lo han dado a conocer inmediatamente. Fue una de mis primeras pacientes cuando abrí de nuevo el consultorio.

—Me alegro —asintió con sensatez—. ¿Entonces aquel rumor sobre un pleito por tratamiento indebido carecía de fundamento?

—Eso parece.

No entraron en el papel de Jody en la divulgación de dicho rumor.

—¿Leíste el informe del gobierno cuando se publicó en el periódico? —preguntó Key.

Después de varias semanas de investigación, la agencia federal había dado a conocer el resultado de sus pesquisas. La explosión en el motel The Green Pine había sido provocada por un conducto ilegal que conectaba el pozo número siete de Tackett Oil con dicho motel. Un escape había llenado de gas natural inodoro la suite nupcial, raramente utilizada. Se había comprimido a un nivel altamente combustible. La chispa de un cortocircuito había bastado para provocar la explosión.

Fergus Winston, contra las indicaciones de su abogado, se había declarado culpable de todos los cargos y había empezado a cumplir su cadena perpetua.

Darcy había cerrado la casa y abandonado la ciudad. Circulaban numerosos rumores. Algunos decían que pasaba las noches junto a la tumba de Heather y los días en la puerta de la cárcel, a la espera de una oportunidad para matar a Fergus. Otros decían que se había vuelto completamente loca y que estaba ingresada en un centro psiquiátrico. Todavía otro rumor aseguraba que se había ligado a un jugador de baloncesto de segunda categoría, y estaba con él en algún lugar de Oklahoma.

—Por lo que tengo entendido —dijo Lara—, Fergus aprovechó la antigua salida de escape de gas.

—Efectivamente. Eran habituales. Quemaban el gas que salía del pozo. Pero un buen día, mi abuelo decidió vender el gas además del petróleo y cerró los conductos de escape, que más tarde se declararon ilegales. Fergus conocía la existencia de ese pozo, lo abrió de nuevo y lo extendió hasta su motel. Dispuso de gas gratuito durante muchos años y probablemente se tronchaba de risa.

Una vez más se les agotó la conversación. Cuando el silencio empezó a ser incómodo, Lara extendió la mano hacia la llave del contacto.

—Será mejor que me vaya. Tengo cosas congeladas en el maletero.

—Antes de aquella mañana, ¿sabías que Clark y tu marido eran amantes? No se esperaba la pregunta. Se le cayó la mano de la llave.

Key se agachó para que sus caras estuvieran al mismo nivel. Con las manos vagamente entrelazadas, apoyó la muñecas en la ventanilla abierta.

—¿Lo sabías?

—No tenía la más remota idea —respondió en voz baja—. Cuando les vi, quedé atarida. Pero sólo momentáneamente. Luego perdí un poco los estribos y me puse histérica.

—¿Quién llamó a la prensa?

A Lara no se le ocurrió siquiera eludir sus preguntas, ni disfrazar sus respuestas con eufemismos.

—Sonó el teléfono en mi mesilla de noche. Desperté y lo contesté. Mi interlocutor se identificó sólo como íntimo amigo de Clark y me obsequió con varios calificativos desagradables —respondió Lara, mientras en el rostro de Key se reflejaba un destello de dolor—. Me preguntó si sabía que Clark le había abandonado por mi marido. Luego colgó. Lo tomé por la llamada de un loco y me volví para contárselo a Randall. Pero no estaba en su cama. Me levanté y fui en su busca. Los encontré en la habitación de Clark —prosiguió después de frotarse la frente con el índice y el pulgar—. Luego deduje que la misma persona llamó probablemente a la prensa y les dijo que un suceso sensacional estaba a punto de ocurrir en la casa de campo. En todo caso, los periodistas llegaron a los pocos minutos de mi descubrimiento. Clark se puso casi tan histérico como yo. Fue idea de Randall fingir que... —Suspiró mientras se encogía de hombros—. El resto ya lo conoces.

Key blasfemó en memoria del embajador Porter.

—¿Por qué no intervino el individuo del teléfono para contradecir las historias de la prensa sensacionalista sobre ti?

—Supongo que se acobardó —respondió Lara—. De todos modos, ya había conseguido lo que se proponía, desacreditar al senador Tackett.

—Tú podías haberlos expuesto, Lara. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Quién me habría creído? —respondió con una triste carcajada—. Randall había tenido relaciones con muchas mujeres que habrían jurado que era completamente heterosexual, y lo era.

Key frunció perplejo el entrecejo.

—Conocía las preferencias sexuales de Clark y se aprovechó de ello. Un favor a cambio de otro, supongo. Randall no estaba por encima de ese género de manipulación cruel. Utilizó a Clark y me utilizó a mí. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería.

—Como fingir durante varios años que estaba muerto.

—Sí. Y no le preocupaba en absoluto que nuestra hija hubiera muerto en el tiroteo. Key... —prosiguió con reticencia después de desviar la mirada, porque, por razones evidentes, el próximo tema era delicado—. No confiaba en que Randall fuera sincero conmigo en cuanto a su bisexualidad. A decir verdad, sospecho que Emilio era también su amante. Hice extensos análisis de sangre, de Randall y de mí, durante mi embarazo. No quería transmitirle a mi hija el virus del sida. Ambos obtuvimos resultados negativos, pero nunca volví arriesgarme. La noche en que concebí a Ashley, que fue sólo pocas semanas antes del incidente, fue la última vez que me acosté con Randall. La última —repitió mirándole fijamente a los ojos.

—No te lo había preguntado.

—Pero tienes derecho a saberlo.

Su penetrante mirada era inquietante. Estaban rodeados de bullicio y confusión, pero entre ellos reinaba un profundo silencio. Lara halló consuelo en el sonido de su propia voz.

—En cuanto a lo de mi credibilidad, el concepto de «inocente hasta que se demuestre lo contrario» es un mito. Antes de recuperarme plenamente del espanto de haber descubierto a mi marido en la cama con otro hombre, se me calificaba de adúltera sorprendida con las manos en la masa. Si hubiera declarado la verdad, lo habrían considerado meramente como un ruín contraataque —dijo mientras movía con tristeza la cabeza—. Después de que me fotografiaron en camisón cuando salía de la casa de campo de Clark en compañía de mi marido, quedé catalogada.

—Creía que mi hermano tenía suficiente integridad para no permitir que otra persona pagara por él.

—Quedó atrapado en la mentira de Randall, al igual que yo. Las consecuencias eran tan graves que, en realidad, no podía plantearse decir la verdad. Pero, al contrario de Randall, le remordía la conciencia. El hecho de regalarme el consultorio en Eden Pass fue su forma de recompensarme, de decirme que lo lamentaba. —Sonrió tristemente—. No le juzgues con excesiva severidad, Key. Ocultaba su homosexualidad desde hacía muchos años. Debió sentirse terriblemente solo y desgraciado.

—Todavía intento asimilarlo, reconciliar la idea de mi hermano como yo le conocía con la del individuo que estaba en la cama con Randall Porter. Recuerdo un verano en que estuvimos juntos en un campamento de verano. Evidentemente, hicimos lo que suelen hacer los adolescentes cuando se ocultan en el bosque. Nos masturbamos hasta que nos dolía. Maldita sea,

hacíamos competiciones de eyaculación. Con la intimidad que existía entre nosotros, ¿por qué no me lo dijo?

—Puede que entonces no lo supiera.

—Tal vez. Pero cuando le eligieron senador sí que lo sabía. En la noche de su elección, después de derrotar a su contrincante, y cuando concluyeron todas las ceremonias, cogimos juntos una gran borrachera para celebrar la victoria. —Sonrió al evocar el feliz recuerdo—. Al día siguiente, por la mañana, tuvo que enfrentarse a la prensa con la peor resaca de la historia. Amenazó con matarme por haberle hecho aquella jugada. La última vez que le vi con vida todavía nos reímos de ello. Me habría gustado que hubiera confiado lo suficiente en mí para contármelo —concluyó con la mirada pérdida en la lejanía después de que la sonrisa se esfumó de su rostro.

—¿Lo habrías aceptado?

—Quiero creer que lo habría hecho —respondió después de cerrar momentáneamente los ojos—. La opinión que Jody tenía de los homosexuales no era ningún secreto —agregó con amargura—. Creo que Hitler era más tolerante. Debió ser terrible cuando Clark se lo contó.

—Estoy segura de que fue devastador para ambos.

—Lo que le dijera le empujó al borde del precipicio —dijo Key. Se incorporó e introdujo las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, con las palmas hacia afuera, bajó la mirada a los pies, giró sobre los tacones de las botas y golpeó el asfalto con las suelas—. Era muy hábil, ¿sabes?, para empujar a la gente al borde del precipicio. Válgame Dios —exclamó para reírse de su propia moderación—. Era una verdadera experta. Sabía exactamente el tornillo que debía apretar, y cuándo y cómo hacerlo. Era incapaz de dejar a la gente en paz tal como era. Ni a Clark, ni a Janellen, ni a mí, ni a mi padre. Por cierto —agregó levantando de pronto la mirada—, me ha dejado una carta.

—Lo sé, Janellen me lo ha mencionado —respondió Lara después de aclararse la garganta.

—¿Te ha dicho lo que contenía?

—No. Sólo que ambos habíais encontrado una carta que debíais abrir en el caso de que Jody falleciera.

—La fecha de la mía indica que la escribió cuando estábamos en Montesangre —dijo con las esquinas de los labios inclinadas hacia abajo y los hombros ligeramente encogidos—. Dice que todo el mundo tenía la impresión de que odiaba a papá por alternar con otras mujeres y abandonarla durante largos períodos. Pero lo cierto es, según la carta, que le quería. Locamente,



dice. Hasta perder la razón, afirma literalmente. Ella le quería y él le daba disgustos. Graves —prosiguió con la cabeza gacha y la mirada en las botas—. La carta dice que cada vez que papá iba con otra mujer, sentía como si le clavaran una daga en el corazón, porque sabía que ella no era alegre y atractiva. No era el tipo de mujer que pudiera mantener despierto su interés. Sabía que la única razón por la que se había casado con ella era para salir de un atolladero. Pero él nunca supo, o no le importó, que ella realmente le quería. Desde el punto de vista de papá, era un matrimonio de conveniencia. Jody logró dirigir Tackett Oil como se lo proponía, y él utilizaba el matrimonio como válvula de seguridad cuando se metía en algún lío. No habría estado mal, de no haber sido porque Jody le quería y su infidelidad le dolía.

Saco las manos de los bolsillos, se las frotó, colocó una de ellas palma arriba y la contempló como si pretendiera descifrar su significado.

—Además —prosiguió con un profundo suspiro—, la carta también dice que la razón por la que ha sido siempre tan dura conmigo se debe a que yo era exactamente igual que mi padre. El mismo aspecto, el mismo temperamento y desear por encima de todo pasárselo bien. Más adelante, empecé incluso a enojarme y alternar con mujeres, como él. Asegura... que nunca había dejado de quererme, pero que le dolía sólo verme. El día en que nací, papá estaba con otra mujer. Yo era el recuerdo vivo de aquel incidente y, por consiguiente, no podía manifestarme su amor. Primordialmente, de algún modo curioso, temía que yo rechazara su amor, como lo había hecho mi padre. Por tanto, optó por no arriesgarse —declaró mientras se encogía de hombros, para dar valerosamente la impresión de que no le importaba—. Eso fue lo que escribió. Bobadas por el estilo.

—No creo que sean bobadas, ni tú tampoco lo crees —dijo Lara al tiempo que Key levantaba la cabeza para mirarla—. Jody quería a sus dos hijos, Key. Luchó hasta el último momento para proteger la reputación de Clark.

—Entonces, ¿por qué se esforzó tanto en el último momento para contármelo?

—Porque quería que supieras que Clark la había decepcionado. Siempre había sido su hijo predilecto y tú lo sabías. No quiso morir sin equilibrar las cosas. Eso supuso un sacrificio personal enorme para ella, lo cual demuestra lo mucho que te quería.

Key parpadeó, pero Lara no supo si era debido al sol o a que había efectuado algún descubrimiento importante.

—Parece que le das mucha importancia a eso del sacrificio personal.

Lara ladeó la cabeza perpleja y le miró.

—Tú no guardaste el secreto de Clark por temor a que nadie te creyera —prosiguió Key—, sino porque le querías. Me lo confesaste tú misma de camino a Montesangre.

»Era una pura amistad, nunca mantuvisteis relaciones sexuales. Aunque Randall Porter era un gusano en una mierda de vaca, no le habrías engañado mientras siguieras legalmente casada con él. Lo descubrí por mí mismo. Pero respetabas a Clark como estadista y le querías como amigo. Esa es la razón por la que nunca le delataste, aunque él te hubiera traicionado.

—Luego te fuiste con Porter a Montesangre por el bien de tu hija. Otro sacrificio personal. En ti es habitual hacer sacrificios por las personas que amas, Lara —dijo antes de colocar las manos en la ventanilla abierta y apoyarse sobre la misma—. Cuando Jody quería contarme que Porter, y no tú, era el amante de Clark, le suplicaste que no lo hiciera. Tenías la oportunidad de demostrar que no eran ciertas todas esas cosas horribles que yo había dicho sobre ti. Pero no la aprovechaste porque querías protegerme y evitar que descubriera la verdad respecto a mi hermano, te negaste a hablar —agregó mientras la atravesaba con la mirada—. Y desde entonces, no he dejado de preguntarme por qué.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —preguntó Lara con la garganta cargada de emoción.

—Creo que estoy al borde de un descubrimiento —respondió al tiempo que abría inesperadamente la puerta del coche—. Apéate.

—¿Cómo dices?

—Que te apees.

La agarró, la sacó del coche, la apoyó contra sí, colocó las manos entre su cabello y le sujetó la cabeza para darle un fuerte beso.

—No quiero ir a Alaska —dijo Key cuando separó la cabeza—. Aquello es demasiado frío y, además, no conocen la diferencia entre un filete de pollo frito y un armadillo. Aquí tengo más trabajo del que puedo hacer. Y hay una bonita propiedad cerca del lago que hace años que tengo ganas de comprar. Pero parecía absurdo construir una casa para mí solo, sin esposa ni hijos.

Lara introdujo la cara en la abertura de su chaqueta y aspiró su cálido aroma mientras la tela de la camisa de Key absorbía sus lágrimas de alegría.

—¿Me dirás algún día que me quieres? —preguntó después de echar la cabeza atrás.

—Acabo de hacerlo. Pero no me escuchabas.

—Te escuchaba —respondió Lara con la voz ronca.

—Entonces convénceme para que no me marche, doctora —dijo Key en un susurro.

Lara le acarició suavemente las cejas, la nariz y el contorno de su boca.

—¿Qué puedo decir para convencerte de que te quedas?

—Di que sí.

—¿A qué?

—A todo. Luego nos ocuparemos de las preguntas.